

4-24-

313

A. S. ...

# LITERATURA CLÁSICA LATINA.

2.ª EDICIÓN

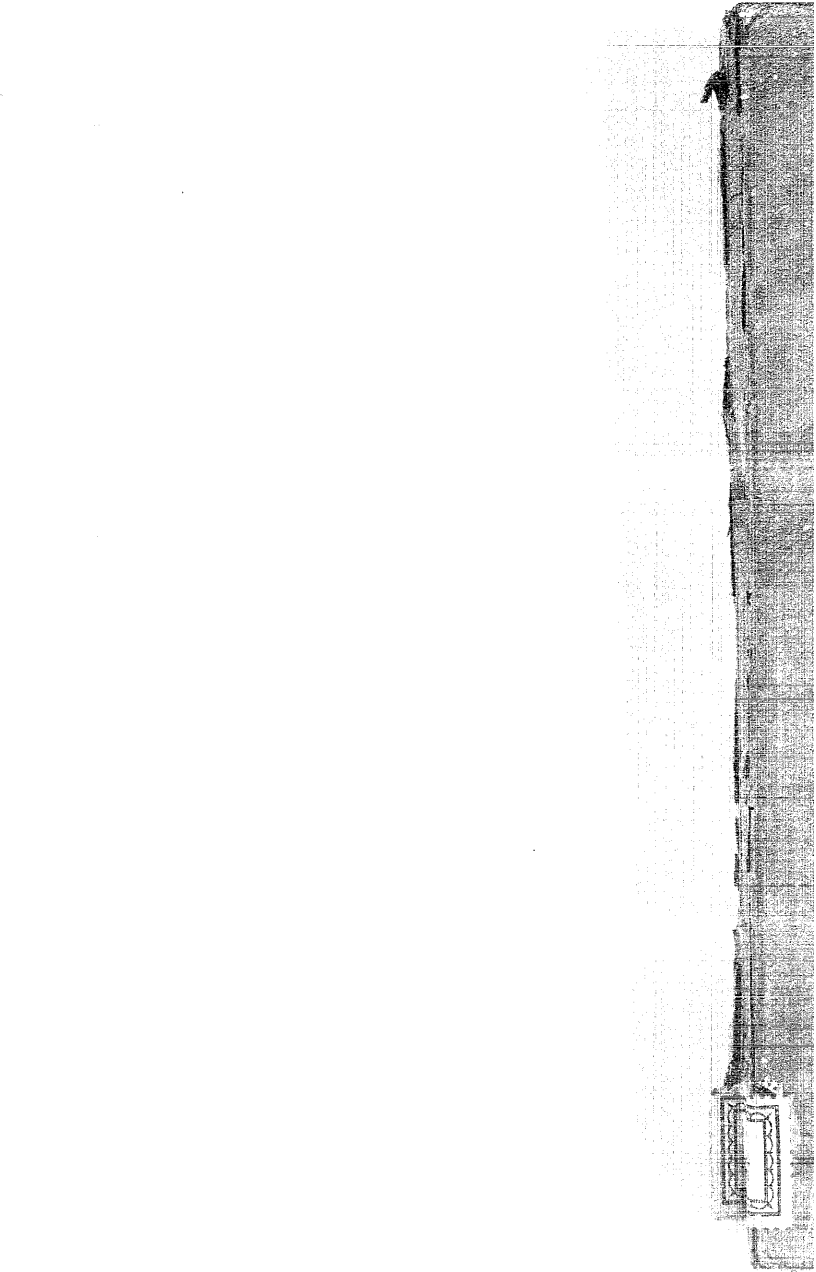
con reglas y ejercicios

ALVARO ...

Imp. y ...

1907





4-24-4-3

27/10/3

A. González Garbín.

LITERATURA CLÁSICA LATINA.

2.ª EDICIÓN  
corregida y aumentada.

GRANADA

Imp. y Lib. de la Vda. e Hijos de P. V. Sabatel,  
calle de Mesones, n.º 52.

1996

15618

R 28320

LECCIONES  
HISTÓRICO-CRÍTICAS  
DE  
LITERATURA CLÁSICA LATINA

PARA USO DE LOS ALUMNOS QUE CURSAN

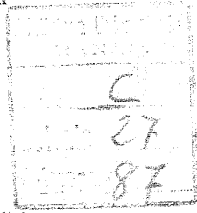
ESTA ASIGNATURA EN LA FACULTAD DE

FILOSOFÍA Y LETRAS

POR EL DOCTOR

A. González Garfín,

*Catedrático con la categoría honorífica de término en dicha Facultad,  
Profesor de Lengua y Literatura latinas en la Universidad  
de Granada, ex Catedrático electo de Lengua Griega  
de la Universidad Central.*



105

*B. al n 105*

2.ª EDICIÓN  
corregida y aumentada.

GRANADA.

Imp y lib. de la Vda. e Hijos de P. V. Sabatel,  
calle de Mesones, 52.  
1898.

## ADVERTENCIA

---

Esta obra es propiedad del Autor. Queda hecho el depósito é inscripción que previene la Ley vigente de propiedad intelectual.  
Todos los ejemplares irán numerados, y rubricados por el Autor.

*Nim.* .....

## A MIS MUY QUÉRIDOS DISCÍPULOS

---

Á vosotros, con quienes he pasado los mejores y más gratos años de la vida, procurando, desde la amada cátedra, inspiraros el culto de la belleza ideal, es dedico este humilde libro, en público testimonio del gran afecto que os profeso.

*A. G. Garbin.*

GRANADA  
1896.



Presentado, con otros dos ejemplares, en la Biblioteca  
universitaria de Granada, para los efectos de la  
Ley vigente de Propiedad intelectual. Granada  
21 de Setiembre de 1897.

Anto. Gonz. Garbín



no 105 1/2  
prop. int.

MINISTERIO  
DE  
FOMENTO

UNIVERSIDADES



*A l. Director general de Instrucción pública  
digo con esta fecha lo que sigue:*

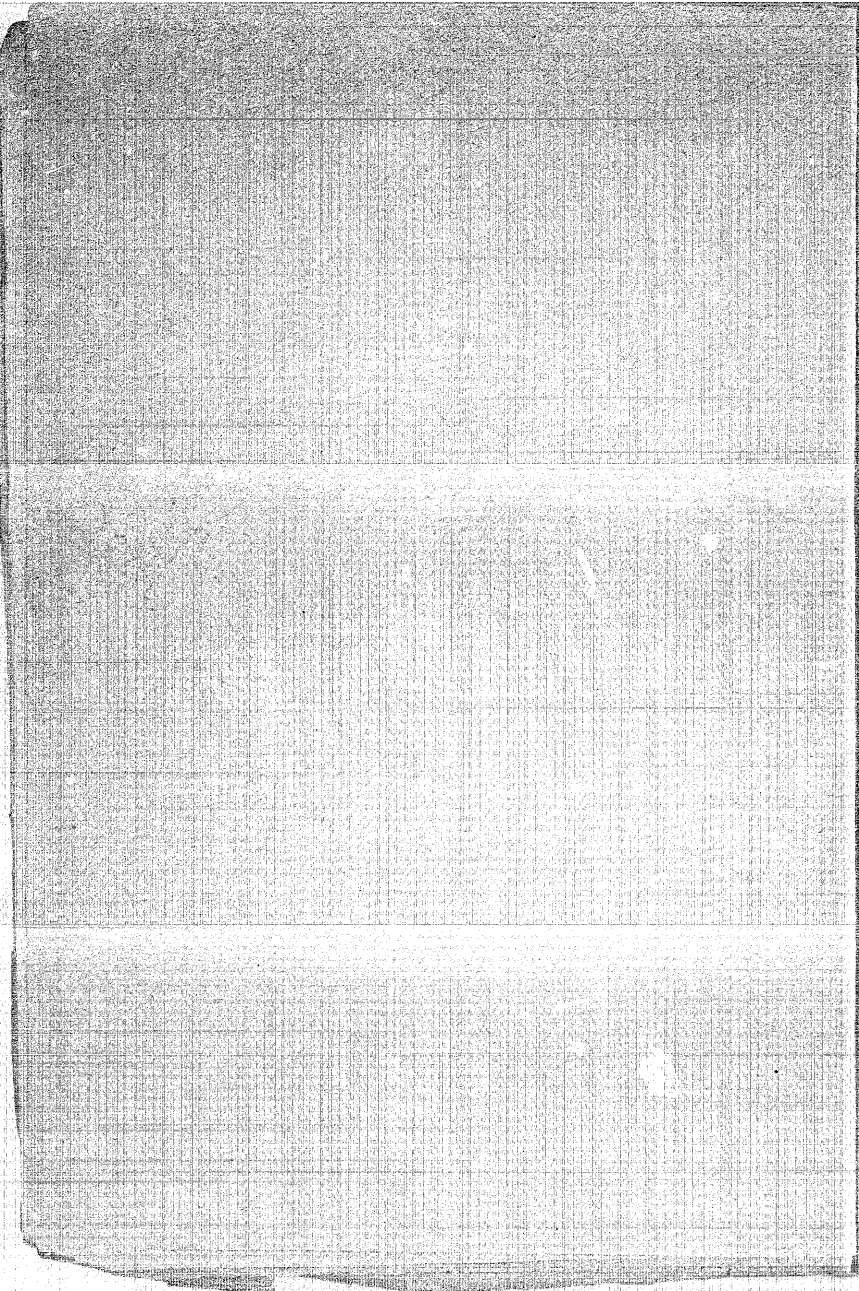
*Ilmo. Señor: En vista de lo informado por el  
Consejo de Instrucción pública, S. M. el Rey  
(q. D. g.) ha tenido á bien declarar DE UTILIDAD  
PARA LA ENSEÑANZA y de MÉRITO ESPECIAL para la  
carrera del autor el libro «Lecciones histórico-  
críticas de Literatura clásica latina» escrito  
por D. Antonio González Garbín, Catedrático  
numerario de la Universidad de Granada».*

*Lo que de Real orden traslado á V. S. para  
su conocimiento y satisfacción, acompañándole  
copia del informe del Consejo, y un ejemplar  
del libro.*

*Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 10  
de Diciembre de 1883.*

Sardcaí.

Sr. D. Antonio González Garbín.



---

## PRÓLOGO DE LA 1.<sup>A</sup> EDICIÓN.



**R**OMA representa la síntesis de toda la cultura que alcanzó la humanidad en la Edad antigua de la Historia. ¿Cómo nació, cómo vivió, y cómo murió esta nación poderosa de la antigüedad? Qué misión cumplió en la Historia general humana y qué elementos de civilización legó a las nacionalidades que se alzaron sobre sus ruinas? Temas son estos que no podrán menos de interesar en todas las edades á los amantes de la Historia crítica, y más principalmente á cuantos nos apellidamos con orgullo hijos de la raza latina, porque en nuestro corazón y en nuestro cerebro hierve la sangre de aquel noble pueblo que tan señalados servicios prestó en la antigüedad, á vueltas de tremendos errores, á la causa común del progreso humano. La historia, pues, de la Ciudad eterna y del vasto Imperio romano, sus maravillosas instituciones civiles y políticas, su lengua varonil y majestuosa, su ciencia, su religión, su industria, sus inmortales códigos, su arte, su literatura, todas las manifestaciones, en suma, de su cultura intelectual no han podido menos de ser en todo tiempo asunto de estudio ameno, interesante y fecundo; razón por la cual viene siendo la base de los estudios consagrados en las naciones civilizadas con el generoso título de «*Humanidades*», el conocimiento

### VIII.

de la hermosa lengua latina y de los Autores clásicos de la antigua Roma. La *cultura oriental* asiática y europea se comunicó por medio de la lengua latina á las razas de la Europa occidental y á las naciones germánicas que vinieron á suceder en los grandes destinos humanos á los vastos imperios y civilizaciones que se desarrollaron en las costas mediterráneas, como siglos adelante llevaron estas naciones cultas del Occidente europeo la civilización heredada de los romanos y la suya propia á las vírgenes regiones del Nuevo Mundo.—No es posible, sin estudiar este gran pueblo que podamos conocer á fondo las armoniosas hablas romances originadas de aquella noble lengua immortalizada por la divina inspiración de Virgilio, la elocuencia de Marco Tulio, la elegancia ática de Salustio, la gravedad de Tácito y de Séneca. Ni nos es dado apreciar con ciencia cumplida y perfecta nuestras leyes patrias, ni nuestras instituciones sociales, ni nuestras artes, ni nuestra literatura, ni nuestros usos y costumbres más seculares sin ir á buscar en gran parte sus orígenes en aquella antigua madre, maestra y educadora de nuestra raza. Nosotros vamos á estudiar á Roma en su cultura literaria, quizá el menos original pero nó el aspecto menos interesante de su civilización esclarecida. Fué discípula Roma de la sabia Grecia, y su literatura es en gran parte un trasunto de la helénica; pero, aun con haberse casi limitado en esta esfera á conservar y transmitir *el helénismo*, todavía supo imprimir á la poesía, á la elocuencia, á la filosofía y á la historia aquel sello de grandeza, de sentido práctico y exaltado patriotismo, que informan la vida entera de aquella nación memorable de la antigüedad. Por donde la preciosa *Literatura clásica latina* se hace muy digna de atenta meditación y estudio.

Háse no obstante considerado por algunos el estudio de la literatura clásica antigua como enteramente in-

necesario, y por otros (1) como notoriamente pernicioso: preocupaciones inconcebibles que han sido ya victoriosamente impugnadas por ilustres críticos y por sabios cultivadores de las letras, y que no necesitan por consiguiente ser tomadas en nuestros tiempos en seria consideración. En efecto, la inmensa utilidad que reporta el conocimiento de las lenguas y literaturas sabias se halla universalmente reconocida en todas las naciones cultas, no sólo por el indecible inagotable recreo que lleva consigo la contemplación esthetica de las maravillas artísticas—(sabido es que las clásicas literaturas han proporcionado en todos los tiempos y países grato esparcimiento y consuelo á los espíritus más distinguidos)—sino porque los ingenios colosales de aquellas insignes literaturas de la antigüedad abarcaron todas las ciencias y cultivaron ó, por mejor decir, fijaron el tipo en todos los géneros literarios, ofreciendo vasto campo para los estudiosos, y acabados modelos que imitar en las numerosas obras maestras de los mismos que, completas ó mutiladas, han resistido la mano destructora de los siglos. Entre estos restos se encuentran escritos de mérito sobresaliente y verdaderas obras admirables del espíritu humano: ¿cómo no ha de ser provechosa su lectura y estudio?—Además, la vasta cultura intelectual greco-romana ha seguido ejerciendo, según dejamos indicado, una grandísima influencia después de la ruina política de aquellas dos naciones memorables, y muy especialmente la latina, pues no hay literatura alguna en lo antiguo ni en lo moderno que haya tenido una acción más extensa y duradera. Ya hemos dicho que por medio de la enérgica lengua de los romanos se difundió el helenismo por toda la Europa; esta hermosa lengua facilitó la predicación evangélica; cuando Roma cayó bajo los rudos golpes de los bárbaros, la lengua de los venci-

(1) Conocida es, entre otras, la obra del abate Gaume intitulada: *El gusano roedor de las Sociedades modernas ó el paganismo en la educación*. Paris, 1851.



dos, lejos de desaparecer, extendió considerablemente su imperio: los vencedores se sirvieron de ella para escribir sus códigos; la Iglesia la adoptó para su liturgia; los misioneros heroicos la llevaron á mundos cuya existencia ignoraban los romanos; gobernantes y gobernados la emplearon en la redacción de documentos privados y públicos; los teólogos, los cronistas, los filósofos y los poetas pensaron y escribieron en la hermosa lengua latina. Aun después de haber nacido las lenguas modernas, por la mezcla de los pueblos, la dominación de esta lengua preciosa subsistió sin rival; habiendo influido la lengua y la literatura clásica latina, después de la gloriosa época del Renacimiento, en las formas que ha revestido la moderna civilización y en el carácter que han ostentado las modernas literaturas. La historia de nuestra literatura patria nos enseña, sin ir más lejos, cuanto debió á las letras clásicas griegas y latinas nuestra espléndida literatura nacional. Ha sido, pues, la literatura latina uno de los instrumentos más poderosos de civilización que han tenido las sociedades humanas. Con razón se sigue cultivando su estudio con afán amoroso y creciente en las primeras naciones del mundo: ¡lástima que en nuestra patria no se le rinda en nuestros días, por un error inexplicable, el culto que se le tributó en la dorada edad de las letras españolas!... Las letras clásicas latinas que con tanta gloria cultivaron los Nebrijas y Brocenses, los Abriles, Árias Montanos y Sepúlvedas, que fueron noble disciplina del espíritu en días de impercedera memoria, apenas si son hoy saludadas por la inteligente juventud que acude á nuestras aulas: dos breves cursos de idioma latino estudiados en edad temprana y casi olvidados cuando vienen á la Universidad á estudiar la Literatura latina en la Facultad de Letras,—¡en un pequeño curso de lección alterna!—tal es, en resumen, el tiempo que en la actualidad se consagra en esta gran nación latina al culto serio de

aqueila lengua y literatura maternas, en otros siglos tan veneradas por nuestros sabios y maestros más insignes. (1) Á despertar en nuestros amados discípulos la vocación por estos nobilísimos estudios venimos consagrandos todos los esfuerzos de nuestra humilde existencia; con tal intento venimos há ya algunos años publicando algunos estudios especiales de literatura romana y griega, y versiones en lengua vulgar de algunas piezas clásicas, acompañadas de ilustraciones y comentarios; y con igual propósito lo hacemos hoy de este Compendio histórico-crítico de Literatura latina, después de haber examinado los mejores tratados de igual materia dados á luz en lo que va de siglo en Europa.

Pretendiendo, efectivamente, dar á estas lecciones histórico-críticas el mayor interés y amenidad, hemos consultado los libros que en la actualidad gozan de mayor aceptación en Francia, en Italia, en Inglaterra y en Alemania, no siendo estas páginas (ingenuamente lo confesamos) otra cosa sino el resultado de dicho estudio: unos extractos de lo que nos ha parecido más selecto en aquellas doctísimas obras, entre las cuales debemos citar preferentemente la conocida de Pierrón, el precioso libro de Paul Albert, los exquisitos Estudios del eminente profesor de Florencia Atto Vannucci, la Historia de la Literatura latina del Inglés Dunlop, las alemanas de Schoell, Ficker y Bernhardt, la magistral del Doctor Baehr, y sobre todas el magnífico libro que recientemente ha visto la luz en Europa, debido á la erudición profundísima del malogrado profesor de Tubinga Guillermo Segismundo Teuffel. Dicho se está que hemos tenido también á la vista los manuales publicados en nuestra España, desde los estimables, aunque reducidos Compendios de los Sres. Terra-

(1) Desde el actual año académico ha quedado constituida en nuestras Universidades la enseñanza de la Lengua y la Literatura latina, en un curso de lección diaria.



XII.

dillos y Costanzo, resúmenes de los manuales de Ficker y de Lefranc, hasta la versión del Compendio de Baehr dada á la estampa hace dos años por el Dr. Rivero, profesor de lengua sánscrita en la Universidad matritense, libros apreciables que vienen siendo de no poca utilidad á nuestra juventud.—Sin duda con cualquiera de ellos ó vertiendo al español el que nos hubiera parecido más á propósito entre los extranjeros, hubiéramos encontrado satisfechas las necesidades de nuestra cátedra; pero cediendo á las instancias de nuestros queridos discípulos, y estimulados por el consejo de algunos amigos y compañeros, nos hemos decidido á ordenar y publicar estos apuntes dispersos, deseando vivamente que sirvan á la juventud de algún provecho, ya que á su educación intelectual venimos por algunos años consagrados con todo el gusto de nuestro corazón y con todas las fuerzas de nuestro espíritu.

A. G. G.

GRANADA

1882.

---

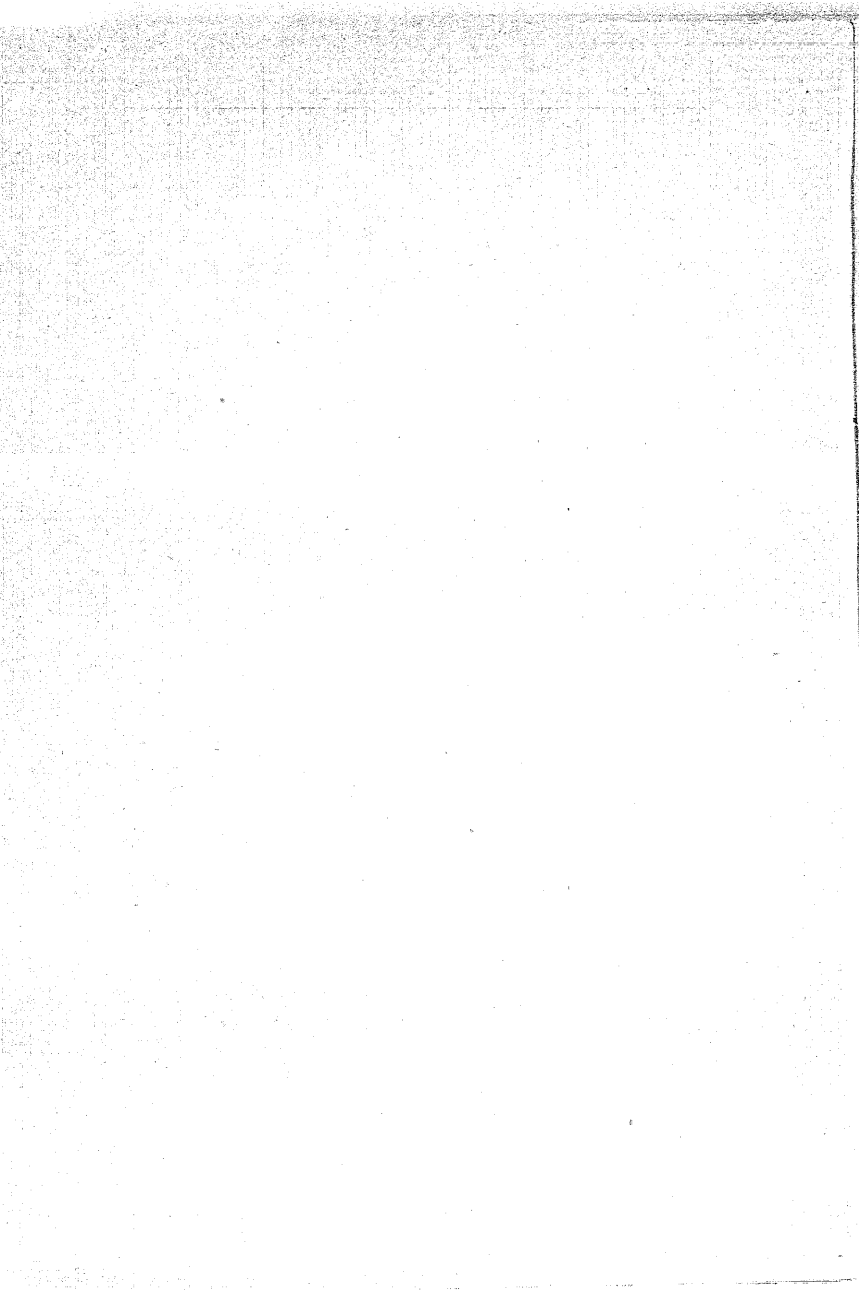
El favor y generosa benevolencia dispensados á este humilde libro por eminentes profesores y por el alto Cuerpo consultivo de la Enseñanza pública, así como por otras doctas individualidades y corporaciones literarias y científicas, y el ser muy reducido el número de obras de texto publicadas en España relativas á esta asignatura, nos han impulsado á publicar esta nueva edición, que hemos procurado corregir con el mayor esmero posible, introduciendo en la obra algunas ligeras reformas inspiradas por inestimables observaciones de dignísimos compañeros, por los consejos de

nuestra yá larga experiencia en la enseñanza de estos estudios y por nuevas detenidas lecturas de los más acreditados libros contemporáneos de Historia de la literatura clásica romana.

¡Ojalá que hayamos logrado verificar nuestro trabajo con algún acierto, y que pueda nuestro pobre libro ser tan útil y provechoso, como nosotros anhelamos, á esa juventud española, simpática é inteligente, á quien lo hemos dedicado, y en la que la Patria contristada funda en la dolorosa hora presente sus más legítimas esperanzas!

Granada 1.º de Setiembre de 1896.

*A. G. Garbin.*



---

# LITERATURA CLÁSICA LATINA.

---

## INTRODUCCIÓN.

---

### LECCIÓN 1.<sup>a</sup>

#### **Concepto de la asignatura.—Plan de su enseñanza.**

Entre las varias definiciones que se han dado de la *Literatura* (1) es, en nuestro sentir, la más aceptable aquella que determina el campo de su estudio diciendo que es «*la manifestación artística del pensamiento humano por medio de la palabra hablada ó escrita;*» pues con esta definición claramente se dá á entender que el estudio de la *Literatura* no abarca el de todas aquellas producciones orales ó escritas debidas á la humana sabiduría; sino meramente el de aquellas que tienen intrínseco valor estético, el de aquellas en que se nos presenta la belleza ideal por medio de la palabra. Son objeto, por lo tanto, del estudio literario el poema, la arenga, el relato histórico y aún la composición científica, en tanto que nos ofrecen ese inefable placer estético con que nos deleitan las demás obras artísticas: la melodía musical, el cuadro, la estatua, el monumento arquitectónico. No es, por consecuencia, la *Literatura* el estudio de todos los escritos reflejo de la cultura humana; pero tampoco es sólo el estudio de las obras poéticas, como han querido algunos estéticos, excluyendo modos y partes tan principales de la *Literatura* como la Oratoria, la Historia y la Didáctica, por más que esta última clase de producciones literarias están en relación más

---

(1) Sobre la etimología y significado de la palabra *Literatura*: WALZ, *Historia L. L.* c. IV, § 3, 4. NAHMACHER, *Comment. de Literat. rom.*, Sect. II, c. 1, 51.

estrecha con la Ciencia que con el Arte; pero la Verdad y la Belleza se compenetrán de tal manera, tan íntimamente se estrechan y relacionan, que con razón pudo decir el sabio Platón de la hermosura, que era *el resplandor de la verdad*.

Ahora bien, en el vasto estudio de la Literatura ó de las Bellas letras se señalan partes y tratados diferentes, tales son: la Literatura filosófica,—la preceptiva,—y la histórico-crítica.—La Literatura filosófica, no es otra cosa sino la ciencia que estudia las leyes permanentes que presiden en la manifestación literaria;—la Literatura preceptiva es el arte que formula y ordena las reglas de la producción literaria basadas en la Ciencia de la Literatura;—y la Historia crítica de la Literatura tiene por objeto examinar y juzgar el mérito de las obras producidas en diferentes épocas y naciones.

El asunto principal de este libro (y el objeto primordial de nuestra asignatura) es el Estudio histórico-crítico de la Literatura de uno de los pueblos que más influencia han ejercido en la Historia general humana: nos proponemos el examen histórico, analítico y crítico de la literatura de la antigua Roma, comunmente denominada *Literatura latina*, por haberse hallado en el *Lacio* (1) la gran metrópoli que extendió por el antiguo mundo conocido el triple imperio de su lengua, de sus armas y de su derecho.

Veamos ahora por qué se ha dado á esta Literatura latina ó ro-

---

(1) Llámase en la antigüedad el *Lacio* (*Latium*) á una pequeña región de la Italia central limitada al N. por la Etruria, de la cual se veía separada por el río Tiber; al S. por la Campania de cuyo país la separaba el Liris; al O. por el Mar Tyrreno y al E. por las tribus sabinas y samnitas.—El suelo del Lacio lo formaba en su mayor parte una *pasta llanura* (*AGRI LATI*), de unos 272 kilóm. cuadrados. Aquí fué donde vino á establecerse en edades remotísimas la raza conocida en la Historia con el nombre de *raza latina*; en este país, teatro, en edades prehistóricas, de formidables trastornos geológicos, se decidió un día la fortuna del pueblo á quien estaba prometido el imperio de la Tierra.—Eran los *primitivos latinos* (*LATINI PRUSCI*), un pueblo de origen pelásgico (*aborigenes*) de los más antiguos de la Italia: formaban una confederación óliga de 30 estados, cuya capital era Alba-longa, ciudad que fué arrasada más tarde por los romanos, viniendo á ser Roma, desde entonces, señora y dueña de todas las otras ciudades latinas confederadas, como más adelante lo fué del resto de la Italia y de todo el mundo conocido de los antiguos.—El asunto de la Topografía del Lacio y de la campaña romana ha servido de estudio á Nibby, Canina, Fea, Visconti, Raoul Rochette, Sickler, Müller, Geil, Westphal, Drahm y por último á *Dejardins*, que en su *Ensayo sobre la Topografía del Lacio* recopila todas las investigaciones de los arqueólogos anteriores.—Sobre los primitivos habitantes de Italia y del Lacio véanse las *Historias romanas* de Niebur, Waschmuth y Mommsen y «*Los Etruscos*» de Müller, 1.º y 2.º siguientes.

mana el dictado de *clásica*. Entre las varias divisiones que se hacen de la Literatura, considerando las formas históricas que reviste el Arte en la persecución de la Historia universal, es la más importante la que divide la Literatura en simbólica ú oriental, — clásica ó greco-romana, — y romántica ó cristiana. En el grupo de las *literaturas orientales* se comprenden las de los imperios de la China y de la India, las de los imperios occidentales del Asia, la hebráica y la de los árabes. Bajo la denominación de *literaturas clásicas* se comprenden las dos literaturas de la Grecia y de la Roma antiguas. Y por último, apellídase *literatura romántica* la de todos aquellos pueblos que han escrito inspirados en los sublimes ideales, en la pura filosofía del cristianismo. Ahora bien: á las dos grandes literaturas de la antigua Grecia y de la antigua Roma se les ha dado la denominación de *clásicas* por las formas admirablemente bellas que ostentan las producciones literarias de aquellos dos memorables pueblos de la antigüedad: los armoniosos cantos de sus inspirados poetas, las elocuentes arengas de sus famosos oradores, las inmortales páginas de sus historiadores eminentes, los preciosos escritos de sus célebres pensadores y filósofos. Y no porque todos los escritores romanos y griegos, cuyas obras han llegado hasta nosotros, hubieran logrado estampar en ellas aquel selio de rara perfección; sino porque se nota aun en las creaciones literarias clásicas de segundo y de tercer orden el generoso anhelo de conseguir esta misma pulcritud y perfección plásticas, digámoslo así, que son propias del arte y de la literatura greco-romanas, formas esthéticas muy diferentes y distintas de las formas simbólicas irreflexivas y monstruosas de las primitivas literaturas asiáticas, pero que después fueron á su vez eclipsadas por las formas más espirituales, más profundas y variadas del arte romántico ó cristiano.

La literatura greco-romana ó clásica preséntasenos constituyendo *un todo*, cuyas partes se enlazan y estrechan recíprocamente, sin que por esto cada una de las dos literaturas, la griega y la latina, dejen de aparecer con caracteres propios é independientes. Es cierto que la parte más notable de la Literatura clásica consistió en las producciones del saber y del genio griego: que la Literatura de los romanos es casi en su totalidad una copia de la helénica; pero, á pesar de esta superior originalidad y belleza de la Literatura grie-



ga, la Literatura romana es bajo otros aspectos una continuación de aquella. Si la Literatura latina nos ofrece lagunas deplorables en la filosofía y en la poesía trágica, por ejemplo, nos vemos ampliamente recompensados con la riqueza que nos presenta la griega en estos dos interesantes géneros de Literatura; en cambio si en el género epistolar, en el elegíaco y en algún otro hemos perdido casi totalmente las obras de los griegos, nos consolamos con la abundancia que de ellos se han conservado de los romanos escritores. Sin contar que aun en aquellas producciones en que los romanos tomaron por modelo las de los griegos, consiguieron no pocas veces igualar y aun aventajar á sus maestros, é imprimir en todas ellas, sobre todo en los escritos de su severa prosa, el sello de su majestad y de su profundo sentido práctico.

Pero el estudio de las Letras clásicas no puede emprenderse con fruto sin otros *conocimientos científicos auxiliares*. Es preciso para poderlas comprender y juzgar con acierto que se tengan amplias noticias de la Geografía, de la Historia y de la Arqueología de Grecia y de Roma; que se hayan estudiado con reflexión la Religión é instituciones civiles y políticas de estas dos grandes naciones de la antigüedad; que se posean algunos conocimientos acerca de las creaciones artísticas que les han granjeado tan imperecedera gloria, y de las cuales se conserva un considerable número en ruinas arquitectónicas, en estatuas, en bajos-relieves, en piedras, medallas, etc. En suma: que se han de conocer bastantemente los varios ramos del saber humano, que se comprenden bajo el título común de Antigüedades clásicas. Todo esto sin contar con que el estudio de los *Principios de Literatura general* deben preceder al de las literaturas particulares, si se quiere hacer este más ameno, elevado y fecundo.

Pero todavía pueden señalarse como más indispensables estudios previos para la inteligencia de los Autores clásicos, y aun algunos como partes principales del estudio de las clásicas Letras, *la Gramática y la Filología*, que exponen las reglas á que se sometieron las lenguas sabias cuando llegaron á cierto grado de perfección y de fijeza, dando á conocer sus orígenes y progresos; la *Crítica* que establece los principios que han de tenerse presentes no solo para juzgar de la autenticidad de las obras que llevan al frente nombres

célebres de la antigüedad, sino para discernir lo apócrifo de lo original en ciertos pasajes, y para elegir entre las diversas variantes que ofrecen los textos; y por último, *la Hermenéutica* ó arte de interpretar los autores antiguos bajo el aspecto de la lengua y de las materias de que se ocupan sus obras, con auxilio de la Historia, de la Geografía de la Arqueología y aun de las ciencias naturales y exactas.

Ahora bien, dada la gran copia de autores latinos de la Edad antigua que han llegado hasta nosotros, y la excelencia, gravedad y variedad de las materias que se tratan en sus escritos inmortales, ¿es posible que en corto tiempo puedan ser leídos ni estudiados *por entero* todos ellos? Fácilmente se comprende la imposibilidad de realizar este vasto trabajo en el breve espacio de un curso académico. ¿En qué límites debe encerrarse, por lo tanto, nuestra enseñanza? Debe limitarse (y es la práctica generalmente seguida) á hacer una *Exposición histórico-crítica de la Literatura latina*, y á dar á conocer (por medio de traducciones y análisis) los más interesantes pasajes de los Prosistas y de los Vates autores de grandes poemas, y las piezas más selectas y celebradas de los líricos y poetas menores.

Ya hemos indicado en qué conocimientos de Antigüedades se han de hallar versados los que deseen comprender bien y gustar las obras clásicas completas ó los más interesantes y bellos fragmentos de las mismas. Pero además de los mencionados conocimientos es de sumo interés y conveniencia que se examine en globo el extenso campo de las Letras clásicas, que se adquiera una noción general del conjunto que ofrecen estas vastas literaturas. A satisfacer esta necesidad imperiosa vienen los tratados de Historia crítica de ambas literaturas. Y á este propósito debemos advertir que hay una esencial diferencia entre la *Historia de la Cultura* de un pueblo y la de su *Literatura*: pues la primera comprende todo cuanto ha contribuido á elevarle desde su primer estado de rudeza al estado de pueblo civilizado, enrando en este estudio, no solamente la Historia de su Literatura, sino la de su Comercio, Industria, Navegación, Instituciones, etc.; mientras la segunda limita su campo al estudio histórico de las manifestaciones literarias. Podemos, pues, definir la *Historia de la Literatura clásica, en general*, diciendo



que es: la *exposición histórico-crítica del origen, progresos, vicisitudes y decadencia de la Literatura de los griegos y de los romanos*.

Puede inferirse por lo dicho anteriormente que para hacer un completo y fundamental estudio histórico-crítico de las Letras latinas, es preciso conocer y tener en cuenta á cada paso el desenvolvimiento histórico de la Literatura helénica, precedente y modelo constante de la romana; pero como el concreto objeto de la asignatura que estudian los alumnos, para quienes hemos ordenado este Compendio, es la *Literatura latina*, á hacer la *Exposición histórico-crítica de las letras romanas* hemos de limitar el asunto de este libro. ¿Y qué enseñanza se ha de desprender de este Curso histórico-crítico de Literatura? Se ha de llegar á conocer por medio de esta Exposición histórica lo siguiente: hasta qué punto sirvió á la cultura esthética general de la humanidad el pueblo romano, mediante su literatura; en qué ramos ó géneros de la misma se distinguieron los autores latinos más principalmente; cuales fueron los genios que brillaron en aquel gran pueblo de la antigüedad; en qué épocas figuraron; circunstancias y elementos que influyeron en el espíritu de cada escritor, ó en el contenido y carácter de sus obras; y en cuanto á estas, el número de ellas, el de las que se conservan y el de las que han perecido, los títulos de las mismas, juicio que han merecido á la crítica de todos los tiempos, estado en que poseemos los textos, versiones que se han hecho de los mismos en nuestra lengua patria, trabajos que en los tiempos modernos se han llevado á cabo sobre las principales obras clásicas por insignes esclarecidos filólogos, con otras varias noticias que nos ayuden á leer, entender y juzgar con acierto las obras maestras de esta clásica Literatura de la antigüedad.

Ni los griegos ni los romanos se cuidaron de trabajos de esta índole, no obstante la marcada afición de los sabios de Alejandria á los estudios de erudición y de carácter crítico, ni en la misma moderna Europa se han publicado obras de historia crítica literaria hasta época bien reciente en que por la necesidad de clasificar y de dar unidad á los estudios, y por el espíritu de investigación filosófica propio de nuestros tiempos, se han escrito libros, que más ó menos compendiosamente, pero bajo plan completo y determinado,

han bosquejado el cuadro histórico de estas interesantes literaturas de la Edad antigua.

Para la redacción, por consiguiente, de estos trabajos han debido recogerse, en primer término, las noticias que se hallan esparcidas en las obras de los mismos escritores, y en las de los gramáticos y eruditos de la antigüedad. Así, pues, son fuentes de conocimiento en nuestra materia, de gran precio, las obras de escritores griegos que se han ocupado de las cosas romanas como Dionisio de Halicarnaso, Polybio, Plutarco y otros, y las de los insignes gramáticos, retóricos y críticos latinos como Marco-Terencio Varrón, Cicerón, Plinio el viejo, Quintiliano, Suetonio, Aulo Gelio, Macrobio y otros varios.

Y viniendo á las fuentes bibliográficas de la Edad moderna, debemos indicar como obras útiles de consulta:—1.º Aquellas que tratan magistralmente la Literatura general de todos los pueblos, como la Biblioteca universal de Conrado Gesner, el Diccionario histórico-crítico de Bayle, el Diccionario histórico-crítico de Chaupéfié, la Enciclopedia moderna de Courtin, el Manual de Bibliografía clásica de Schweiger, el Polyhistor litterarius de Morhof, la Crítica de los autores célebres de Blound, el Onomasticon litterarium de Sax, el Conspectus reipublicæ litterariæ de Heumann, el Manual de la Historia universal de la Literatura de Bouginé, la Historia de la literatura desde su origen hasta los tiempos modernos de Eichhorn, etc., etc.;—2.º Son todavía fuentes más estimables para el objeto de nuestro estudio aquellas que se ocupan de la Literatura clásica en general, como el Manual de la Literatura clásica de Eschemburg, la Enciclopedia de la antigüedad clásica de Schaaf, el Manual de la Literatura clásica de Fuhrmann, el Repertorio de Literatura antigua de Schoell, la Historia de la Literatura de griegos y romanos de Mohuicke, los Elementos de la Literatura de griegos y romanos de Passow, los Elementos de Literatura griega y romana de Matthiae, y el Manual crítico de las principales ediciones de los clásicos griegos y latinos, de sus traducciones y de los comentarios de que han sido objeto publicada por Fr. Petrá; y otras varias que podrían enumerarse.—Por último, para el especial estudio de la *Historia de las Letras latinas* son de más necesaria consulta aquellas obras de crédito que de una manera especial y directa se han ocupado de este asunto. Enumerare-

mos las más notables que se han publicado fuera de España, y terminaremos mencionando las únicas que hasta ahora han visto la luz pública entre nosotros. Se han publicado fuera de nuestra patria las siguientes:

*J. A. Fabricius*:—Bibliotheca latina, cura J. A. Ernestii. Leipzig, 1773, 3 v., 8.º

*J. G. Walch*:—Historia crítica latinæ linguæ. Leipzig, 1729, 8.º

*G. Ephr. Müller*:—Introducción histórica y crítica para el conocimiento provechoso de los escritores latinos (al.) Dresde, 1747, 5 v., 8.º

*J. C. Zenné*:—Introductio in linguam latinam. Iena, 1779.

*Th. Chr. Hartless*:—Brevior notitia litteraturæ romanæ. Leipzig, 1789 y Suplementos, 1799 y sigtes, 3 v., 8.º

*F. A. Wolf*:—Historia de la Literatura para un curso público (alem.). Halle, 1819, 8.º

*F. Schoell*:—Historia de la literatura romana (en francés). París, 1815, 4 v., 8.º

*T. F. Bergmann*:—Commentatio de litterarum conditione apud romanos inde a bello punico primo usque ad Vespasianum. Leyden, 1878, 4.º

*Jhon Dunlop*:—Historia de la Literatura romana desde los tiempos más antiguos hasta Augusto (en inglés). Londres, 1824, 2 vol.

*R. W. Browde*:—Historia de la Literatura romana clásica. Londres, 1853 (en inglés.)

*Caeriani*:—Historia de las ciencias, letras y artes de los romanos desde la fundación de Roma hasta Augusto. Mántua, 1823, 8.º (en italiano).

*Joh. Chr. F. Bæhr*:—Historia de la Literatura romana (en alemán). Calsruhe, 1868-1873. De esta obra alemana se han hecho una traducción francesa por Roulez, y otra traducción italiana por Jh. Mattei. El compendio de la misma obra ha sido traducido recientemente del alemán por el profesor español D. J. M. Rivero. Madrid, 1878.

*G. Bernhardt*:—Fundamentos de la Literatura romana (en alemán). Halle, 1830, en 8.º Brauschweig, 1872.

*Franz Eicker*:—Historia de la Literatura romana (segunda parte de su Compendio histórico de Literatura clásica antigua, en

alemán). Viena, 1835. Esta obra ha sido traducida en francés por M. Theil y publicada en París en 1837.

*M. Em. Lefranc*:—Historia elemental y crítica de la Literatura latina. París, 1838 (en francés).

*Bergeron*:—Historia de la Literatura latina. Namur, 1851, (en francés).

*Alejo Pierrón*:—Historia de la Literatura romana, 6.ª edición (en francés). París, 1873. De esta obra se publicó una traducción castellana en Barcelona en 1860.

*Atio Vanucci*:—Estudios históricos y morales sobre la Literatura latina. Florencia, 1862 (en italiano).

*Paul Albert*:—Historia de la Literatura romana (en francés). París, 1870, 2 t., 4.º

*G. S. Teuffel*:—Historia de la Literatura romana. Leipzig, 1875. Se ha traducido al francés por J. Bonnard y Pierson. París, 1883.

*F. Beltour*:—Historia de la Literatura romana (en francés). París, 1889, y los compendios de *W. Kopp*, de *E. Munk*, de *Nicolai*, y algún otro.

Los trabajos que hasta ahora han visto la luz pública en España, acerca de la historia de la Literatura latina, son los siguientes:

*Casti Gonzalesii Emeritensis*:—Compendiaria in Latium via, sive præstantiorum linguæ latinæ scriptorum notitia, ad usum hispan. juvent. Matriti, ex Typographia regia, 1792, 8.º

*Terradillos*:—Curso elemental de Literatura latina. Madrid, 1848.

*Costanzo*:—Manual de Literatura latina. Madrid, 1860.

*Díaz*:—Compendio histórico-crítico de Literatura latina. Barcelona, 1866.

*Villar*:—Historia de la Literatura latina, Zaragoza, 1866.

*Canalejas*:—Apuntes para un Curso de Literatura latina. (Primer volumen: hasta Lucrecio.) Madrid, 1874.

Además de estos tratados generales de Historia de la Literatura y Lengua latina clásicas, se han publicado en Europa otros importantes trabajos histórico-críticos, ya sobre alguna época especial de esta Literatura, bien sobre alguno de sus ramos en particular, ora sobre autores á obras latinas determinadas. A este género de trabajos pertenecen los dos libros sobre la *Poesía satírica de los griegos y de los romanos*, de Casaubon; los *Estudios sobre la Poesía la-*

*luna de la decadencia*, de Nisard; los *Estudios sobre la Poesía latina*, de Patin; los dos tomos sobre la *Elocuencia latina antes de Cicerón*, de Berger; el libro de M. Martha, sobre *Lucrecio*; el de M. Boissier sobre *Varrón*, el de Charpentier, sobre los *Escritores latinos del Imperio*; la *Historia de la elocuencia latina* de Cucheval; y otra multitud de escritos, disertaciones y tesis publicadas en folletos, ó volúmenes sueltos ó insertas en Revistas notables de las Corporaciones sabias de Europa; ó al frente de las obras que componen la gran Colección de Autores latinos de Nisard, y otras muy apreciadas: ó sirviendo de ilustraciones á las más estimadas versiones españolas y extranjeras de los Autores clásicos latinos. (1)

Dada una idea del objeto de nuestra asignatura, de la manera como nos es dado verificar su estudio y de las fuentes notables bibliográficas antiguas y modernas, que nos es dado consultar con relación al asunto, pasamos á exponer los diferentes métodos que se suelen seguir en estas exposiciones histórico-críticas de las literaturas, indicando el plan que nosotros nos proponemos seguir en la de la *Literatura clásica latina*, materia y objeto de este libro.

Cuatro son los métodos usados hasta el presente en exposiciones de esta naturaleza, á saber: el alfabético, el cronológico, el estético ó de clasificación por géneros, y el mixto ó científico. El *alfabético* ordena los autores en la disposición que deben guardar sus nombres en un diccionario; el *cronológico* clasifica los escritores según el orden de los tiempos; el *estético* parte la materia en secciones, haciendo separadamente la historia crítica de cada género literario; el *método mixto* combina los anteriores, huyendo de sus inconvenientes y aprovechando las ventajas de cada uno. Siguiendo este método, se hace el estudio primero *en vista general*, dividiendo las Historias de las literaturas en períodos, y determinando los caracteres, importancia y movimiento literario de cada uno;—y luego en una segunda parte, *especial y biográfica*, se estudian separadamente y, por su orden cronológico y estético, las obras de los prosistas y de los poetas de cada época literaria.

Este último método es el adoptado en la actualidad por los más

---

(1) De los más importantes trabajos de esta índole iremos haciendo mención en el curso de la obra.

eminentes tratadistas de historias literarias y es el que hemos aceptado nosotros, creyéndole el más útil; pues ofrece la ventaja de poder seguir el Curso de la Historia de la Literatura á la luz de la Historia política, haciendo más razonado, claro y ameno su estudio, y además cumple con aquella importante regla del buen método científico, que exige en toda exposición científica el estudio de la materia primero en *su unidad* y luego en su interior *variedad y contenido*. Dicho se está que los estudios histórico-críticos de los autores más notables deben ir acompañados de lecturas, versiones, análisis y comentarios de pasajes ó piezas selectas, que lleven alguna enseñanza útil al entendimiento, que muevan la voluntad al bien y que eduquen el sentimiento con la contemplación y goce de la hermosura.



EXPOSICIÓN HISTÓRICA, ANALÍTICA Y CRÍTICA  
DE LA  
**LITERATURA CLÁSICA LATINA.**

I.  
**PARTE GENERAL.**

**RAZÓN DEL MÉTODO.**—Si la literatura de un pueblo es el vivo reflejo de su carácter, de sus creencias, de sus instituciones y costumbres, y si las condiciones de su lengua y de su raza y de ese mismo carácter, instituciones y creencias ejercen una influencia eficaz y poderosa en su cultura intelectual, é imprimen un sello especial á sus creaciones, en la esfera del arte, es obligado en esta PARTE GENERAL de nuestro estudio considerar primero el asunto con relación al *artista creador*, dando una idea, siquiera breve y rápida, acerca de los orígenes del pueblo cuya producción literaria es nuestro asunto, de su lengua, de su carácter, de sus instituciones y de su genio (elementos subjetivos de la producción literaria); — para en segundo término considerar ya *la obra*, (parte objetiva)—también en *vista general*: es decir, reseñando el movimiento literario de la antigua Roma en cada época de su Historia, sin detenernos todavía en ningún escritor ni en ninguna obra en particular, pues esto ya pertenece á la PARTE ESPECIAL Y BIOGRÁFICA, la segunda y más importante de nuestro estudio.

LECCIÓN 2.<sup>a</sup>

A.

**El pueblo romano. Su origen y su lengua; su carácter, sus instituciones, su genio.**

El pueblo romano, del mismo modo que los demás de la península itálica y de la Grecia y casi todos los europeos con otros varios pueblos asiáticos, procedían de un tronco común: de la raza privilegiada é inteligente, distinguida en las ciencias históricas con

las denominaciones de *arya*, indo-germánica ó indo-europea: la superior de las tres grandes familias á que etnógrafos y filólogos reducen las que más se han señalado en la Historia. Después que eminentes orientalistas han divulgado en la Europa científica las lenguas antiquísimas de la Persia y de la India y se han cotejado con los idiomas antiguos y modernos de Europa, ha venido á ser un hecho comprobado en la ciencia, que tanto la antigua lengua literaria de la India, el sanscrit, como el latín, el griego, el zend, el pehlvi, el persa y los antiguos idiomas teutónicos, célticos y eslavos, provienen de un común origen; que son lenguas todas derivadas de aquella que debió hablar en su patria primitiva la excelsa raza de la cual descenden los pueblos todos que han hablado aquellos idiomas. Guiada la ciencia histórica por este rayo de viva luz, ha podido seguir las huellas de esta raza á través de la oscura noche de las edades prehistóricas y conjeturar con bastante verosimilitud que en aquellas edades remotísimas, á las cuales no alcanzan las tradiciones ni los recuerdos históricos, los pueblos *aryos* debieron constituir una familia única, hablando un mismo lenguaje, con idéntica religión, con el mismo género de vida y de costumbres. Examinados, en efecto, el latín, el griego y el sanscrit y los demás idiomas indo-germánicos, hállanse términos comunes idénticos para designar los animales domésticos, las plantas, los instrumentos de la labranza, las habitaciones, los vestidos y los elementos primeros de las ciencias: asimismo se ha sentado como opinión probable que la patria primera de la familia arya debió hallarse en las regiones del Oxus, en el Asia central, sin que sea posible determinar, en el estado actual de la ciencia, la marcha precisa de las emigraciones de esta raza, la primera en artes, la principal en letras, la más meritoria en las conquistas de la civilización y en los adelantos del mundo. La historia real de los diferentes pueblos oriundos del tronco indo-europeo no comienza, á decir verdad, para nosotros, hasta el momento en que los vemos establecidos en los lugares elegidos por ellos, hablando los idiomas propios que se han elaborado, practicando el culto imaginado por cada uno de ellos, y regidos por sus propias instituciones religiosas, civiles y políticas. Tal aconteció en los antiguos pueblos de la península itálica. En los albores de la historia aparece el Lacio, en



el centro de la Italia, como una serie de campas (*agri lati*) formando unos como distritos ó solares de familias (*gentes*) denominados *nicos*, constituyendo más tarde *villas* con la aglomeración de estos distritos, de cuya unión y confederación se formaban por último la *civitas* y el *populus*. Servíales de centro para las ceremonias religiosas, para las diversiones públicas y para la celebración de otros actos importantes de la vida social un punto fuerte y elevado: el *Capitolio*. Roma como las demás ciudades latinas debió constituirse por esta especie de *synecismo* ó asociación de pequeñas ciudades ó tribus, pues sábase que antes de labrar sus muros ocupaban sus colinas *tres villas* ó barrios pertenecientes á la misma raza, aunque de diferente linaje: los ramnenses, los lucerios y los ticios. Pero cuando la historia ilumina con sus primeros respaldos los tiempos, la ciudad tiberina aparece ya en su unidad exclusiva, con su recinto amurallado en medio de la confederación latina. Después de la caída de Alba-longa, Roma vino á ser la Metrópoli del Lacio y comenzó á realizar sus maravillosos destinos. Cuando llegó á adquirir esta supremacía sobre los otros pueblos latinos, su dialecto se hizo también predominante, y de aquí surgió *la lengua y la literatura* especialmente llamada *latina*. Ardua empresa sería querer determinar las relaciones de este dialecto *latino-romano* con los otros dialectos del Lacio ó con los idiomas de los restantes pueblos de la Italia central, ora por lo poco que se sabe de estas antiguas hablas itálicas, ora por las grandes alteraciones sufridas por todas ellas, aun por la misma lengua romano-latina. De todas maneras cabe pensar que serían grandes las semejanzas y analogías entre todos los dialectos del Lacio, especialmente entre el idioma de los romanos y el de los oscos, (1) puesto que en Roma

(1) Gracias á los asombrosos trabajos de Bopp, de Schleicher y de Mr. Chavé, secundados por otros sabios filólogos, honor de nuestro siglo, ha quedado admirablemente creada la *gramática comparada de las lenguas indo-europeas*. Era doctrina repetida, antes de quedar definitivamente establecidas las bases de esta ciencia, que el latín, del mismo modo que las demás lenguas de la Italia antigua á él semejantes, se derivaban del idioma griego, y aun se citaba como dialecto engendrador de las hablas antiguas itálicas el viejo dialecto cólico. Pero la filología comparada ha venido á enseñarnos que la lengua latina no es hija sino hermana de la lengua griega, como ambas lo son del sanscrit y de las lenguas eránias, eslavas, célticas y germánicas. En efecto, háse hecho notar, cotejando la fonética y la morfología de todos estos idiomas, que el latín posee multitud de formas más arcaicas que las que le corresponden en la lengua griega; así como en cuanto á la conjugación por punto general la lengua

se representaban y eran comprendidos los *ludi osci*, mimos ó juegos en el antiguo lenguaje de los oscos. Esta lengua romana formada de los despojos y de las ruinas de otras lenguas afines debió ser grosera é informe á juzgar por lo que de ella nos dicen Cicerón, Tito Livio, Polybio, Quintiliano, Festo y Aulo Gelio, ignorándose los ensayos que debieron hacerse para perfeccionarla, pues la falta de documentos pertenecientes á esta época remotísima deja cerradas las puertas de la Crítica. Lo que sí puede afirmarse es que, á medida que la cultura helénica fué suavizando el carácter y costumbres de los romanos, las formas y palabras del áspero latín primitivo se vieron substituidas por otras griegas más dulces y agradables, metamorfosis que se operó, como veremos más adelante, cuando los romanos se apoderaron de la Magna Grecia y más adelante de la misma Grecia trasmarina. (1)

helénica ha conservado formas más puras y más antiguas que su compañera, la latina. El latín es el gran representante de las lenguas itálicas: además de él, se hallaban en Italia otra multitud de dialectos, que debían desaparecer con el curso de los siglos y de los cuales sólo tenemos alguna idea del *osco* y del *umbrio*, que no se diferencian del latín más antiguo, que conocemos, sino en lo que pueden desemejarse los varios dialectos griegos, y menos de lo que se diferencian las lenguas neo-latinas ó los dialectos célticos ó ibéricos entre sí.—*Sobre los orígenes de la lengua latina: Lanzi*, Ensayo sobre la lengua etrusca, I, 37 y 88;—*Müller*, I, 26;—*Niebur*, H. R., I, 64;—*Grotesfend*, Rudimenta linguæ umbricæ, Pte. II.;—*Henop*, De lingua sabina.—*Paulino de S. Bartolomeo*, De latinæ sermonis origine et cum oriental. ling. connexion;—*Calmberg*, De utilitate que ex accurata linguæ sanscritæ cognitione in linguæ latinæ etymologiam redundat.

(1) Esta transformación de la lengua latina por medio de la griega, y la diferencia indicada entre el latín posterior y el antiguo, se notó principalmente en la lengua usada por las clases elevadas de Roma y por los escritores: este latín fué denominado *nobilis*, *classicus* ó *urbanus* en contraposición al rudo latín de las clases populares, repleto de bárbaros vocablos itálicos y de voces mal sonantes, que recibió el nombre de *sermo plebejus*, *vernaculus* ó *rústicus*.—Este hablar rústico del vulgo, fué el que, difundido por los legionarios y colonos romanos en las provincias, sirvió de base, mezclándose con los dialectos indígenas y con otros idiomas extraños, á las lenguas denominadas por los filólogos *romances*, *neo-latinas* ó *vulgares*, que son: el italiano, el francés, el provenzal, la lengua romana ó *curvælsche* que aun se habla en el país de los Grisones, en Suiza, el *castellano*, el portugués y otros dialectos ibéricos, y el valáco ó rumano, que se habla en la Valaquia, la Moldavia y parte de la Transilvania. Es decir, que el latín penetró y se hizo predominante en aquellas regiones y provincias sometidas á la dominación romana, que carecían de superior cultura y de literatura; esto es, en las regiones sud-occidentales de Europa y en algunas comarcas orientales de la misma, privadas igualmente de civilización. No pudo imponerse, ni hacerse predominante, del propio modo, en la culta Grecia, ni en los países donde florecían la lengua y la ilustración helénicas.—*Sermo urbanus, urbanitas*. Cicer. Orat. III, 12. Quint. I., VI, 5.—Sobre las lenguas neo-latinas véase á Hovelacque, *Linguistique*, 256 y sigtes.—Diefenbach, *Lenguas neo-latinas escritas* (al.) p. 49 y sigtes.—Dietz, *Gramática de las lenguas románicas*, v. I.

Veamos ahora cuales eran los rasgos característicos de este pueblo, que tanta fama ha dejado en la Historia. Refiere una leyenda, que cuando se abrían los cimientos del Capitolio, los obreros descubrieron una cabeza humana; y que, consultados los adivinos, predijeron que aquella había de ser la cabeza del orbe: *ibi caput orbis futurum*. Ahora bien; cada romano estaba poseído de que aquel era el gran destino de su patria: la dominación universal del mundo. A la realización de esta gran misión todos y cada uno, desde el último de los quirites hasta el primero de los magistrados, consagraban entera su vida y su fortuna; todo se debía sacrificar por el Estado; esta era una deuda que se contraía al nacer, y todos y cada uno de los ciudadanos romanos miraban con el mayor desinterés la cosa pública. Este sentimiento general y profundo de patriotismo, encarnado en las entrañas de aquel pueblo, constituía una fuerza enorme y potente; pero no una fuerza irregular, sino una fuerza organizada: como que todas las instituciones religiosas, civiles y políticas se encaminaban en aquella sociedad á dirigir y desenvolver este ingénito poderoso patriotismo: familia, religión, arte, instituciones sociales y políticas; todo afectaba en Roma ese sentido positivista y eminentemente práctico y utilitario que la llevó á realizar sus grandes destinos.

En la familia romana encontramos bosquejada la sociedad romana toda entera: religión, derecho, justicia, autoridad, educación; pues en la vida doméstica, del mismo modo que en la pública, se ejercitan y hacen cumplir el culto, las leyes y las costumbres patrias. Fuera del hogar, están las supremas magistraturas y cuerpos políticos, que velan por los intereses comunes; en la casa, se encuentra la autoridad suprema del *padre de familia*, guardian del honor, de la religión, de la propiedad y de las severas costumbres domésticas. A la autoridad jerárquica del padre libre hállanse sometidos la mujer, los hijos, los hijos de los hijos. No quiere decir esto que la mujer romana estuviera sujeta á un yugo tan despótico y arbitrario como la esclava del Oriente. No gozaba en verdad de ciertos derechos civiles ni políticos, hallábase siempre bajo el poder del padre, del marido ó del más próximo pariente; pero en el interior de la casa la matrona romana era respetada y en ella gozaba de los fueros de esposa y madre de familia, en la medida que lo

permitían aquellas costumbres inexorables. El hijo de familia jamás se veía libre de la tutela paterna, ni aun por llegar á ser á su vez esposo y padre: la muerte solamente podía emancipar al hijo de aquella férrea autoridad paterna, que podía disponer de su libertad, de su hacienda, de su vida. Hasta si se le vendía y recobraba su libertad, el hijo liberto volvía á caer bajo el rígido poder del padre; pero ni la religión ni las leyes otorgaban al jefe de la familia aquellas facultades omnímodas, para que las ejercitase cruel ni arbitrariamente, ni en menoscabo de los eternos principios de la moral, ni los de los intereses sociales; antes al contrario, sobre el padre de familia pesaban deberes y obligaciones sacratísimos, particularmente con relación á la educación de los hijos. No aspiraban los romanos como los griegos á desarrollar armónicamente, por medio de la educación, todas las fuerzas y energías del cuerpo y del espíritu, concertando en la vida lo agradable y lo bello con lo útil y con lo serio, no: así como las leyes de Licurgo quisieron hacer de los espartanos un pueblo de guerreros, las leyes y las costumbres y la educación de los romanos se encaminaban á hacer de los hijos de familia ante todo hombres útiles al Estado. Si durante la primera edad aprenden la gimnástica, no lo hacen como los atletas griegos para proporcionar esbeltez y gracia ó hermosura al organismo; sino para vigorizarlo y disponerlo para las rudas fatigas de la guerra; si aprenden á leer, el libro de lectura es el código patrio, la Ley de las XII Tablas; antes de salir á la vida pública, aprenden á amar la patria, oyendo en los banquetes de familia ensalzar las virtudes heroicas de sus antepasados y de los hombres ilustres; libres ya de las manos maternas, cuando han vestido la toga viril, empiezan su aprendizaje de ciudadanos: ellos acompañan al padre al foro, al campo de Marte y á la curia; á todos los actos de la vida pública, y en ellos se enseñan á respetar, á rendir un culto serio á la majestad de la patria; llegando á encarnarse íntimamente en sus entrañas el sentimiento de que todo cuanto son y cuanto pueden ser, las cualidades que poseen y cuantos conocimientos pueden adquirir, todo, absolutamente todo, lo deben en primer término al Estado. Por esto los romanos miraron en los primeros siglos las artes bellas y las letras como ocupación indigna de serios ciudadanos, considerando como la única verdadera ocupación digna de un romano los asun-

tos de la plaza pública (*ocupatio fori*): la virtud, *virtus*, es la energía viril (*vis*); las artes y ejercicios en que los griegos se educaban para producir la elevación y el recreo del alma y la suavidad y blandura de las costumbres eran apellidados por los romanos *græcum otium*. Así la Grecia creó los primeros artistas, poetas y filósofos del mundo, como Roma los primeros ciudadanos y legisladores; y en la esfera del arte y de la literatura cultivó con superior originalidad y maestría aquellos géneros que más se acomodaban á las condiciones características de su genio: serio y rígido para los asuntos graves de la vida pública; burlón, sarcástico y hasta groseramente licencioso en las horas de regocijo y esparcimiento. El mismo régimen de sumisión y de orden, de sentido práctico, que vemos en el interior de la familia, nos le encontramos en todas las instituciones públicas: la ciudad, la legión, la religión misma, todo estaba organizado, todo estaba sometido á la ley suprema de la utilidad del Estado. Los más antiguos recuerdos de su historia nos la muestran ya en posesión de esas maravillosas cualidades de energía, de prudencia, de economía, de fría perseverancia y de previsión, de sentido práctico, en una palabra. La famosa constitución de Servio Tulio, que dividió al pueblo en clases y en centurias, asignando á cada una un papel importante; aquella sabia constitución, que creó distinciones sin elevar barreras infranqueables entre las distintas clases sociales, pues sólo relegaba fuera de la cosa pública á los extranjeros y á los esclavos; la institución y los privilegios de la suprema jefatura; las atribuciones tan exactamente precisadas del Senado; la creación sucesiva de las magistraturas, que las circunstancias hicieron necesarias: la participación gradual y progresiva de la plebe en los cargos públicos, este arte maravilloso de conciliar la tradición con las reformas exigidas por la extensión del Estado, y por el cambio sucesivo de las costumbres; toda esta organización y orden admirables son lo que sostiene, fortifica y hace invencible la ciudad romana. En el arte de la milicia, más debió el pueblo romano sus triunfos á sus hábitos de orden y de disciplina, á distancia dirigidos por la política hábil y atinada del Senado, que á su genio propiamente guerrero. La organización de la *legión* y la astucia paciente del Senado, representante fiel del espíritu romano, esas eran las fuerzas poderosas de aquellos ejérci-

tos invencibles. Como la legión, hemos dicho que estaba en la ciudad romana organizado el culto. En vano pretenderemos encontrar en la religión primitiva propiamente nacional de los romanos, esas divinidades poéticas, personificaciones colosales ó simplemente humanas, que hallamos en las religiones de la India y de la Grecia: pues aunque por la lectura de los poetas del siglo de Augusto nos sentimos transportados al sonriente mundo helénico, debemos tener en cuenta que aquella religión poética era enteramente exótica y artificial, que era en absoluto opuesta al carácter del culto propiamente nacional de los romanos. La religión, RELIGIO, era para los romanos un verdadero *vínculo*, un yugo que les sujetaba en todos los momentos de su vida á los decretos celestiales, manteniéndoles en continuo estado de terror y de superstición; ellos no representaban los númenes creadores, ni las energías de la naturaleza, ni las abstracciones de la vida moral por medio de individualidades graciosas, nobles, bellas ó terribles, por medio de imágenes radiantes, llenas de pasión y de vida, como las que encontramos en las gigantesca epopeyas de la India ó en los inmortales poemas homéricos. Nada de eso en las religiones itálicas: los dioses romanos son representaciones abstractas de séres y de cosas, nó de individuos (*nomina, numina*); innumerables, porque reproducen los innúmeros aspectos de la naturaleza exterior y todas las circunstancias de la vida humana. Cada romano tiene un dios especial suyo, su *genius*; — la casa es un templo; — el hogar, los muros, las puertas, el pavimento son sagrados; sagrados los límites de su heredad, las tumbas son altares, sus antepasados son dioses; todas sus acciones están sujetas á un rito, el día entero está dedicado á la religión: por la mañana y por las noches invoca á sus penates, y á la salida y entrada en la casa le dirige una plegaria; cada comida es un acto religioso que comparte con sus divinidades domésticas. El nacimiento, la iniciación, la toma de la toga, el matrimonio, son actos solemnes de su culto. Y no tan sólo sacrifica diariamente en el hogar, sino que cada mes asiste á rendir culto á los dioses de su curia, y muchas veces al año á los de su *gens*, ó de su tribu: y por cima de todos ellos el romano debe culto á los dioses de la ciudad. El romano invoca á los númenes protectores de la siembra, de la recolección, de la vendimia, de las distintas labores del campo:



pero todas estas divinidades son puras abstracciones; pues en el culto romano todo es árido, desnudo, seco; la imaginación no desempeña papel alguno en esta religión severa. En cambio las creencias ganan en profundidad y severidad lo que pierden en gracia y en poesía. Por otro lado, las cosas de la religión se hallaban reglamentadas y organizadas como las demás instituciones: los dioses se dividían en *dii majorum gentium*, *dii minorum gentium*: las divisiones de la ciudad terrestre se correspondían con las de la ciudad celeste: las divinidades y los privilegios religiosos de los patricios eran diferentes de los de los plebeyos; durante los siete primeros siglos eran rechazados de la ciudad los cultos y dioses extranjeros: *ni qui nisi romani dii, neu quo alio more quam patrio colerentur*, decía Cicerón en su tratado de las Leyes. Las formalidades del culto estaban con toda precisión determinadas, y distintos colegios sacerdotales se hallaban encargados de las ceremonias; pero el sacerdocio constituía una función civil, que se ejercía según las leyes establecidas: era además de eso una dignidad á la que pudieron llegar todos los ciudadanos, no el privilegio de una casta; por más que, durante los primeros siglos, el patriciado, así como tuvo solo el conocimiento de las fórmulas judiciales, se conservó como propiedad exclusiva el ejercicio del ritual, la fijación de los días fastos y nefastos, la designación de las festividades, del calendario en una palabra. De tal manera vino á ser la religión una fuerza que manejaron el Senado y el orden patricio representantes del alma de la nación y de la política romana.

Ahora bien: si la literatura de un pueblo es, como digimos al principio, el vivo reflejo de su carácter, de sus creencias, de sus instituciones y de sus costumbres, y si ellas imprimen un sello especial á sus creaciones, en la esfera del arte, ¿cuál será el carácter de la literatura romana? El carácter de la literatura latina corresponde perfectamente á las condiciones del genio del pueblo que la produjo: los romanos no tenían, según hemos dicho, ni la delicadeza, ni las facultades inventivas, ni la universalidad, ni la imaginación de los griegos: su superioridad residía en la sobriedad y en la precisión del pensamiento, en la firmeza y en la tenacidad de la voluntad. Su inteligencia de lo útil y su severo sentido práctico degeneraron muchas veces en egoísmo y en astucia, como su fir-

meza en grosera terquedad; pero aquellas cualidades le hicieron alcanzar poderosos y sólidos resultados en la jurisprudencia y en la política, como decididamente fueron poco favorables para las artes y la bella literatura. En vano hemos de buscar en la literatura poética de este pueblo, de escasa fantasía, los bellos himnos religiosos, las majestuosas epopeyas, ni los sentidos cantos líricos, que encontramos en las literaturas de otros pueblos dotados de imaginación creadora, influidos por las condiciones de una naturaleza espléndida y sonriente. El habitante de Roma sufre desde los albores de su existencia la inclemencia de un suelo ingrato y de un clima mortífero; encorvado sobre el arado, vive encadenado á la tierra árida, que apenas le sustenta; la naturaleza que le rodea no despierta en su espíritu el entusiasmo generoso, sino el recuerdo incesante de la dura ley del trabajo. Ocupado durante algunos siglos, por la apremiante ley de la necesidad, en allegarse medios de subsistencia, ejercita la guerra estimulado más que por el ardor de la gloria por el deseo de agrandar el *ager publicus*: así se explica cómo al lado del guerrero no encontramos el bardo que cante sus hazañas en nobles poemas épicos como el Ramayana ó la Iliada, el del Cid ó el de los Niebelungen: cuando la poesía penetra en sus muros es mirada como importación extranjera digna de menosprecio: sólo la literatura cómica y satírica son recibidas con aplausos, porque en los romanos es ingénito el humor bufón y sarcástico, propio de todas las razas itálicas. El carácter enérgico de este gran pueblo, su sentido práctico y seguro, su gravedad, su patriotismo absoluto, todas sus grandes cualidades encuentran en la prosa su expresión natural y todo su realce. El romano, hombre de negocios, *omnium utilitatum et virtutum rapacissimus*, como dice Plinio, sólo mira con predilección las artes y las ciencias de una utilidad manifiesta ó inmediata. La primera obra de cierta extensión escrita en prosa latina, es un tratado de explotación rural; la primera y más estimada de las ciencias, el derecho; el único arte que jamás miraron los romanos con menosprecio fué el arte oratorio; pero la elocuencia misma y la historia las pusieron al servicio de los intereses civiles y políticos; y hasta la misma filosofía, desdeñada en un principio como estéril indigno pasatiempo, fué cultivada después como disciplina útil del entendimiento para regular la vida del ciudadano



y del hombre de Estado. En resumen, el genio romano desplegó las condiciones originales de su genio en todos aquellos ramos de la literatura que necesitan menos de una imaginación viva y penetrante que de una razón fría, lógica y calculadora; en aquel género de literatura útil y bello-útil que mira menos al ideal que al sentido de lo conveniente y de lo bueno para la vida. (1)

---

(1) Sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y de Roma, léanse: el interesante estudio de *F. de Coulanges*, La Ciudad antigua.—*Guhl y Köhner*, La vida de los griegos y de los romanos.—*Creuzer*, Resumen de las antigüedades romanas.—*Hultman*, Constitución fundamental romana.—*Hartung*, La religión de los romanos.—*Mommsen*, H. R. I., 5, II y siguientes.

## LECCIÓN 3.<sup>a</sup>

### B.

#### **Segunda división de la Parte general: Reseña general histórica de la Literatura romana.**

Punto de partida y extensión de la Historia de esta Literatura.—ÉPOCA ANTE-HISTÓRICA: su carácter. Manifestaciones poéticas y monumentos de estos primeros siglos.—Carmina: el verso saturnio.—*Carmen fratrum Arvalium*.—*Carmen salsare*.—*Carmina Convivialia*.—*Nenia*.

### I.

Según el general testimonio de los antiguos, los primitivos romanos más que hombres de sentido artístico y de inspiración poética fueron gentes de sentido práctico, atentas á la necesidad de hacer fructíferos sus campos y el acrecentamiento de su territorio, por medio de la guerra: los antiguos quírites eran, en su edad primera, un pueblo rívido y severo de labradores y de soldadas. No estuvo aquel pueblo en los primeros siglos de su existencia en aptitud de componer esos bellos himnos religiosos, ni esas canciones populares, ni esos grandes poemas heroicos, que nos encontramos en las más remotas edades de la artística Grecia. Comienza propiamente la literatura latina, cuando llevando los romanos sus armas á la Magna Grecia, á la Sicilia y á la Grecia del lado allá del Adriático, empezaron á admirar las maravillosas obras del espíritu griego, influyendo desde este tiempo el helenismo de una manera capital y decisiva en el rumbo que tomó el genio romano en la esfera del arte y de la literatura. Con las primeras importaciones del helenismo, llevadas á Roma por esclavos ó libertos oriundos de la Grecia, aparecen las primeras manifestaciones literarias de la lengua latina; pudiendo afirmarse que estos primeros ensayos artísticos realizados ora para regocijar al pueblo en los festejos públicos, ora para educar á las clases elevadas, constituyen en realidad el punto de partida de la Historia de la literatura romana.

## II.

La generalidad de los tratadistas de Historia de las letras latinas clásicas consideran, sin embargo, como un primer período de esta Historia el espacio de los *cinco primeros siglos*, desde la fundación de la Ciudad hasta la terminación de la primera guerra púnica, ó sea hasta el tiempo en que un maestro griego, Andrónico, empieza á difundir en Roma el gusto por la poesía homérica y por los espectáculos teatrales á la griega.—Pero en esa primera época (*ætas barbara*) por más que fueron notables los progresos conseguidos por los romanos en su cultura política y en la ampliación de su territorio, no se deja ver ni aún sombra de movimiento científico apropiado para producir una bella literatura. Hallábase su habla, todavía áspera y ruda, apenas elevada á lengua escrita, sufriendo entonces, bajo la influencia de los varios elementos que abundaban en Roma y en torno de ella, una especie de desenvolvimiento y desarrollo que hasta el siglo VI no siguió una dirección determinada y decisiva. Así la Historia no nos cita nombre alguno de *escritor*, perteneciente á estas primeras centurias: algunos fragmentos de letanías y cantos hieráticos, ya ininteligibles en el siglo de Augusto, áridas crónicas ó calendarios redactados por los Pontífices, fórmulas y textos mal conservados de leyes antiquísimas, y algunos restos epigráficos. tales son los monumentos que de la lengua latina bárbara de esta edad remota han llegado hasta nosotros.

¿Quiere decir esto que los fieros romanos de la época de los Reyes y de los primeros tiempos de la República estuviesen despojados absolutamente de todo sentido estético, que se vieran privados completamente de los puros goces y esparcimientos del arte y de la poesía tan característicamente estimados por todos los pueblos oriundos de su misma raza? Contesta á esta cuestión la moderna escuela histórica, afirmando que el pueblo latino, como todas las nacionalidades indo-germánicas, sintió ese amor á lo maravilloso y á lo heroico, que ha engendrado la espléndida literatura épica de todos los pueblos. En efecto, desde principios de nuestro siglo, el eminente historiador Bertoldo Jorge Niebur pretendió reconstruir

la historia primitiva de Roma, aplicando á ella las atrevidas concepciones que en aquella sazón habían surgido del estudio y conocimiento de los romances y poemas antiguos populares de todas las naciones europeas. Para Niebur la historia de los primeros siglos de Roma según el relato de Tito Livio es una historia meramente legendaria, de la cual es alma la coexistencia, dentro de los muros de Roma, de dos pueblos distintos que se confunden más tarde: de la raza patricia y de la plebeya; la una es el pueblo vencedor, la otra el vencido; aquellos son los señores, estos los vasallos ó clientes; aquellos son los dueños de la Ciudad, del mando, de las leyes, del culto; los otros la raza incorporada sin participación ninguna en el Derecho ni en la Religión. La historia de Roma se reduce, en gran parte, á la lucha interior enconada entre dos enemigos seculares. Según aquel pensador, la historia de esta lucha ardiente entre la aristocracia y el pueblo, se encuentra embellecida por la fantasía popular: con tal criterio juzga que son verdaderos romances la historia de Rómulo; el robo de las Sabinas; la lucha de los Horacios; la ruina de Alba Longa; la violación de Lucrecia; la demencia de Bruto; la expulsión de los Tarquinos, odiosos representantes de la casta opresiva; la memorable batalla, en fin, del lago Regilo, que concluye con la aborrecida tiranía de los reyes. Estas leyendas poéticas, más ó menos extensas, son para el historiador germánico obra de la imaginación del pueblo romano, que cantaba en ellas sus hazañas y sus conquistas como lo hicieron en sus tiempos los helenos, los borgoñones, los escandinavos, los españoles de Pelayo, los bretones de Arturo, y los francos de Carlo-Magno. Hipótesis es esta de Niebur á primera vista aceptable, deslumbradora y sonriente; pero que dista, sin embargo, mucho de conformarse con la realidad. No hay, en efecto, ningún historiador, arqueólogo ninguno que nos diga la menor palabra de tales epopeyas populares romanas, no obstante que todos citan los monumentos más antiguos de la poesía, reducidos á pobres monótonos cantos litúrgicos. Ni el pueblo de rudos labradores que vivía en las agrestes campiñas del Lacio ó en las laderas áridas de la Sabina gozaba de esas dulces condiciones de bienestar que provocan á la expansión poética en un país afortunado, bajo un cielo radiante, y ante una naturaleza bella y espléndida; el suelo romano era por el contrario, mal sano, árido é

ingrato, asolado frecuentemente por la epidemia y por el hambre: ¿cómo había de ser aquella ingrata comarca tierra fecunda de la poesía? Ya que la tradición y la historia callaran, la lengua podría habernos conservado, al menos, el nombre de esos poetas populares que en las otras naciones se llaman aedas, rapsodas, bardos, escaladas, juglares, trovadores; pero, lejos de eso, las palabras griegas *poesia* y *poeta* son del siglo VI; y en este mismo siglo los primeros poetas ó *escribas* que conocemos, son por lo general esclavos ó libertos extranjeros que, si se ocupan de las cosas romanas, es para halagar el orgullo del patriciado; si componen algo para recrear al pueblo, son simplemente comedias á la manera griega, con cuya novedad deleitaron á aquella romana plebe turbulenta, hasta entonces sólo acostumbrada á las cruentas luchas de los gladiadores, á las exhibiciones del gran triunfo y á los juegos circenses de carácter exclusivamente guerrero, ó á las farsas libres y procaces que regocijaban su humor cáustico y agresivo. No es posible, pues, sin violentar las enseñanzas de la Historia, convertir en un coro de aedas al pueblo más grave, positivista y calculador de la antigüedad, por más que Catón, Dionisio de Halicarnaso, Varrón y Valerio Máximo aludan en algunos pasajes de sus obras á la antigua costumbre de los romanos de entonar cantos, en alabanza de los antepasados, en los banquetes de los señores y en los solemnes funerales. A pesar de estos textos, que cita Niebur, en comprobación de su doctrina, no es posible dar gran importancia á esos primeros vagidos de la poesía y del arte romano. Con todo, antes de entrar en el estudio de la *Literatura latina*, propiamente dicha, es preciso decir algo acerca de las únicas sencillas manifestaciones poéticas de que fué capaz la inspiración romana en aquellas remotas edades, enumerando á la par los pocos monumentos escritos en lengua latina de los cinco primeros siglos, que han llegado hasta nosotros: con lo cual tendremos una idea del estado de la cultura y de la lengua de los romanos en esta *edad bárbara*, que denominaremos con Teuffel, *ante histórica*, por comenzar casi al final de ella la historia auténtica de Roma, y principalmente la de las letras de que queremos ocuparnos: es decir, que nuestra Exposición histórico crítica comenzará realmente con los escritores y obras que vieron la luz en el siglo VI de la fundación de Roma, y concluirá

allá en el siglo V de nuestra era con las producciones literarias de la musa gentílica y cristiana, que aparecen en las postrimerías del Imperio romano de Occidente.

### III.

La falta de datos precisos nos impiden asistir, dice Mommsen, á los progresos del arte en los principales grupos de naciones itálicas. En el Lacio, como en casi todos los pueblos, el arte de la poesía, la música y la coreútica aparecen unidos en su origen y formando parte ora del culto y de las solemnidades religiosas ora de los festejos y regocijos privados ó públicos. De los primeros acentos de la musa latina, no han llegado hasta nosotros más que fragmentos raros de escasa importancia, que muestran la impotencia de la raza primitiva latina para concebir y expresar con armoniosas formas y bellas imágenes las ideas y sentimientos que la animaban. Todos estos primitivos cantos (CARMINA), tenían por expresión invariable un metro uniforme y grosero, desconocido absolutamente de los griegos, y sin duda contemporáneo de los primeros toscos ensayos de la musa romana popular, rudo metro llamado *saturniano* ó *fau-niño*, con razón calificado de *horridus* por Horacio; pero que tenía, sin embargo, su medida como todos los metros de la antigüedad griega y romana. (1) En este metro saturnio debieron pronunciar sin duda sus predicciones, invocaciones y conjuros mágicos los antiguos sagrados intérpretes de la voluntad de los dioses, aquellos antiguos cantores divinos como el *vate* Marcio, de cuyas profecías se conservó memoria entre los romanos por dilatados siglos; pero de esta antiquísima poesía hierática sólo ha venido á nuestras manos un trozo de una letanía religiosa cantada y bailada por los Sacerdotes Arvales; y otros fragmentos de un canto alterno, acompañado también de la danza sagrada, que se atribuye al Colegio de los Salios.

#### 1.—El Canto de los hermanos Arvales: (*Carmen fratrum ar-*

---

(1) W. Corsen. Orígenes poesía romana. Berlín, 1846.—Son asimismo notables los trabajos sobre el mismo tema de la antigua poesía romana dados á luz por W. Th. Streuber y W. Westphal.



*valium*). Es del tiempo de Rómulo, ó por lo menos contemporáneo de las más antiguas instituciones religiosas de Roma. Eran los *arvales* un colegio sacerdotal cuya fundación se atribuía á Rómulo. Estos sacerdotes, en número de doce, hacían una procesión en el mes de Mayo á través de *la campiña* para obtener de los dioses una recolección abundante. Paseaban á la par, como símbolo de la fecundidad que para los campos impetraban, una cerda preñada. Antes de sacrificarla entonaban la rogativa ó canto sagrado que ha llegado hasta nosotros con el protocolo de unas actas de esta cofradía sacerdotal, que data de la época de Heliogábalo. (1) Esta plegaria se cantaba al parecer en forma dialogada ó alterna, acompañada de una danza animadísima (*tripudium*.) A juicio de los doctos con la invocación á los dioses se mezclaban algunos mandatos para el orden de la ceremonia dirigidos á los ministros del culto y al pueblo que asistía al acto religioso. Y en verdad que el único carácter

---

(1) El descubrimiento de las *Actas y monumentos de los Hermanos Arvales*, encontrados en unas tablas de bronce en los cimientos de la iglesia de San Pedro, en Roma, en 1777, fueron publicados, descifrados y comentados por Marini, en 1795; después han sido impresos y explicados por S. Hermann, Klausen, Corseu, Melchiorri, Henzen, De Rossi, Borghesi, Wilmann, Jordan y Mommsen. Hé aquí la manera como este último sabio investigador de las antigüedades romanas presenta el texto y la traducción del canto religioso de los Arvales:

### HIMNO DE LOS ARVALES.

ENOS LASES JUVATE.  
Nos, Lares, juvate !

NEVE LVAERVE MARMA SINS INCURRERE IN PLEORES  
Ne lue me (ruinam), Mamers, sinas incurrere implures!

SATUR PUFERE MAR LIMEN SALI STA BERBER  
Satur esto, fere Mars! In Jimén insili! Sta! Verbera!

SEMOMIS ALTERNIS ADVOCAPIT CUNCTOS  
Semones alterni advocate cunctos!

ENOS MARMOR JUVATO  
Nos, Mamers, juvato !

TRIUMPE  
Tripudia!!

A los dioses: Oh dioses Lares! Venid en nuestra ayuda! Marte! Marte! no permitas la ruina y la desolación sobre la muchedumbre! ¡Cálma tu furor, temible Marte!—A un ministro del culto: Salta el umbral! ¡Alto! Golpea!—A todos: ¡Haced á vuestra vez todos la invocación á los Semones (Lares)!—Al ayo Marte: Oh Marte! Préstanos tu auxilio!—A todos: Brincad, saltad, brincaad! (danza religiosa).

poético que encontramos en este canto sacro es la triple repetición de cada verso y la quintuple de la exclamación final.

2.—Otros fragmentos, (1) que poseemos, posteriores en fecha á los de los arvaes, son los del *Canto de los Sacerdotes Salios*: (*Car-men saliare*). Desde época remotísima esta cofradía sacerdotal, instituida por el Rey Numa, era la custodiadora de los *ancilia* ó escudos sagrados del dios Marte. Denominábanse *saios* (*salii*) porque en la procesión religiosa, que hacían en el Monte Palatino durante la primavera, iban cantando, *al compás de una danza*, unos himnos llamados *aramenta*, de los cuales nos ha conservado algunos fragmentos por cierto ininteligibles, el docto gramático M. Terencio Varrón; plegarias que, á juzgar por el fin de este instituto religioso, consagrado á Marte Gradivo, podríamos suponer que se dirigían á demandar del dios de la guerra la protección del Estado naciente y de las armas romanas; pero según algunos arqueólogos invocaban en estas salmodias á diversos númenes tutelares.

Sin duda que otras corporaciones religiosas deberían poseer cantos y letanias (2) que se remontaran á la más alta antigüedad; pero

(1) Estos fragmentos los cita Varrón en su tratado *De lingua latina* para demostrar que la *s* en el latín más antiguo, equivalía á la *r*.—Ni los antiguos ni los modernos han podido fijar el sentido ni la medida de estos versos de los salios. Los fragmentos del *Canto de los Salios* han sido reunidos y comentados por Egger, *Lat. serm. vet. reliquiae* (p. 72 y sg.); asimismo han sido estudiados por Berger y por Corssen, en su citada obra acerca de los *Origenes de la poesía latina*. Hé aquí uno de estos fragmentos tal como lo dispone Grotefend en sus rudimentos de la lengua úmbrica.

#### CANTO DE LOS SALIOS.

COZOIAULOIDOS ESO: OMINA ENIMVERO  
Choro iauloidos\* ero: omina enimvero  
AD PATULA'OSE'MISSE JANI CUSIONES.  
ad patulas aures misere Jani curiones.  
DVONOS CERUS ESET, DVNQVE JANVS VEVEE  
BONUS CERUS\*\* erit donec Janvs vivet  
. . . . . MELIOS EUM REGUM  
melior eorum regum.

(2) Pertenecen al género de que nos ocupamos, al menos en parte, las *siete tablas* de bronce descubiertas en 1444, cerca de Gubbio, en la Umbría, (la antigua Iguvium), conocidas con el nombre de *tablas eugúvinas* acerca de las cuales han escrito muchos doctos anticuarios, entre ellos Lanzi, Lepsius y Grotefend. Dos de dichas tablas (la VI y la VII) están escritas en caracteres latinos, las otras en caracteres etruscos según unos, úmbricos según otros. Por lo que de estas Tablas ha podido descifrarse, contienen preceptos referentes al culto; y, además de estas advertencias, pleges y letanias escritas al parecer en el verso itálico.

\* Rey de los cantos.

\*\* Nombre místico de Jano.



¡qué contraste no ofrecen estas plegarias latinas faltas de pasión, estricta y positivamente formuladas, con el sentimiento y la idealidad poética de los majestuosos himnos védicos, de los brillantes himnos órficos, de las primeras inspiraciones religiosas de la Grecia!

3.—Veamos ahora cual debió ser la índole de los otros cantos poéticos de la Roma primitiva por lo que de ellos nos dicen los antiguos testimonios, ya que son escasísimas las reliquias que han llegado hasta nosotros de aquellas manifestaciones poéticas sencillísimas. Discurriendo en este círculo de la *Poesía popular* los primeros que se nos presentan son los *carmina convivialia*, canciones que se usaban en los banquetes solemnes con acompañamiento de la *tibia*, análogos en cierta manera á los *escolios* de la Grecia. El asunto de estos cantos eran las glorias gentilicias, el elogio de aquellos venerables antepasados, que se habían hecho ilustres por sus hechos en la paz ó en la guerra. Estos son los famosos cantos de *gesta* que Niebur y su escuela han considerado como fuente de la historia legendaria de los Reyes y de los tiempos primeros de la República, estimándolos como grandes creaciones de la inspiración popular, sin considerar que estos cantos conviviales resonaban sólo en los festines de conmemoración y en los funerales de los grandes: que eran sólo una especie de adiós rítmico enviado al difunto por cada uno de los comensales. En efecto, ateniéndose al texto de la Ley de las XII Tablas, cada uno de los convidados al recibir la copa, que pasaba de mano en mano, debía repetir en un ritmo consagrado algunas frases en honor del difunto. Ahora bien, si todos estos honores se dispensaban sólo al altivo patriciado, si los funerales de los plebeyos debían ser según la Ley «silenciosos» (*tacita funera*), ¿cómo hemos de convertir en magníficas expansiones poéticas del genio popular unas fórmulas meramente encaminadas á halagar el orgullo de la altiva aristocracia romana?

4.—Del mismo carácter y naturaleza debieron ser indudablemente las *nenias* ó cantos laudativos, que acompañaban al cortejo fúnebre, las cuales estuvieron á cargo en un principio de los mismos parientes del difunto, así como después se confiaron á planiferas asalariadas, conocidas con el nombre de *præfica*, y como más adelante se cantaron en los funerales de algunos emperadores por coros de manebos y de doncellas romanas.

Despréndese de toda la reseña y examen que acabamos de hacer de estos primeros productos espontáneos de la fantasía romana que en esta *bárbara edad* no se creó nada sublime y majestuoso en el campo de la poesía seria. El genio latino era eminentemente burlón y cáustico como lo son siempre los espíritus positivos; poseía el don de la ironía, de la mímica, de la farsa: así, pues, los verdaderos gérmenes antiguos de poesía popular, que transcendieron á la ulterior cultura de los romanos, no hay que buscarlos en las manifestaciones que acabamos de mencionar, sino en otras expansiones y artísticas costumbres antiguas de que vamos á ocuparnos: esto es, en los coros fescenninos, en las saturas, en los mimos, en las atelanas, en las antiguas farsas cómicas, en una palabra.

## LECCIÓN 4.<sup>a</sup>

### Continúa el estudio de la cultura romana y de los monumentos latinos de los cinco primeros siglos.

Los cantos satíricos y farsas cómicas.—Monumentos histórico-políticos.—Monumentos privados: inscripciones.—Monumentos jurídicos: la Ley de las XII tablas.—La elocuencia en esta época.

1.—En las aldeas y campiñas del Lacio, del propio modo que en las del Atica, cuando llegaban las fiestas anuales de la recolección y de la vendimia, cubriéndose los aldeanos la faz con máscaras labradas de cortezas de árbol, coronados de espigas ó de pámpanos y danzando al son de la flauta, entregábanse á la expansión más licenciosa, cantando en diálogos improvisados versos impúdicos é insolentes, que si en un principio pudieron no producir agravios, con el tiempo se tornaron en ataques violentos personales y en rústicas injurias. Esta poesía villana recibió el nombre de *fescennina*: según unos, por haber nacido en una aldea ó campiña falisca llamada *Fescennia*; según otros, por *Fascinus*, dios de los sortilegios, que estos cantares tenían la virtud de conjurar. Los excesos de esta expansión satírica llegaron á ser tales, que tuvieron que reprimirse por la Ley en el año 302 de Roma. Los cantos corales *fescenninos* dejaron de emplearse después en la fiesta campestre de Tellus y de Silvano, y, separándose de su destino primitivo, gradualmente vinieron á convertirse, por último, como veremos, en *cantos de boda*, en fiesta exclusivamente nupcial. De estas alegres poesías fescenninas se originaron también: la *sátira romana*, una especie de poesía pastoril, el *carmen amicum*, y por último, las primitivas *farsas escénicas* de los romanos.

2.—Según Tito Livio y Valerio Máximo, que lo ha repetido, los primeros juegos escénicos (*ludi scenici*), los celebraron los roma-

nos en el año 339 de Roma, bajo el consulado de C. Sulpicio Pético y de C. Licinio Stolón, para distraer y levantar el espíritu público profundamente conmovido por los terribles estragos que causó en la Ciudad una epidemia, y que no fueron parte á disminuir ni la ceremonia del *lectisternium*, ni las frecuentes rogativas á los dioses. Pues bien: de los diálogos tradicionales satíricos fescenninos y de las danzas y pantomimas ejecutadas al compás de la flauta por los artistas venidos de la Etruria para los mencionados juegos escénicos, que fueron por cierto muy gratos al pueblo, surgió una composición, que por ser una mezcla confusa de versos, de cantos y de gestos pantomímicos recibió el nombre de *satura*, palabra latina que significa farrago ó miscelánea. Estas improvisadas farsas cómicas se representaron por jóvenes actores libres y lograron grandísimo aplauso: hasta que habiéndose hecho la comedia artística de los griegos dueña y señora del teatro, en el siglo VI, continuaron representándose las *saturas* á modo de intermedios ó sainetes con el título de *exodia*; pequeñas piezas á las cuales se unió bien pronto otra farsa itálica también de carácter bufón y satírico, que por proceder en una ciudad de la Campania llamada *Atella*, recibió el nombre de *atellana*.

3.—Mucho se ha escrito por parte de eminentes eruditos y filólogos acerca de la índole y naturaleza de esta antigua farsa cómica de los romanos, sin que haya sido posible hasta ahora fijarlas con toda precisión; sin embargo, por las indicaciones que respecto de ella se encuentran en los autores antiguos, dedúcese que no eran *las atellanas* otra cosa, en su primera época, sino á manera de unos bosquejos cómicos *improvisados* en los que se trazaban con rasgos más ó menos humorísticos ciertos tipos y caracteres ridículos, constantemente los mismos, tales como el *Maccus* (el tonto), el *Bucco* (el glotón), el *Pappus* (el viejo bonachón), el *Dossenus* (el varón sabio), etc., personajes cuyos retratos nos los encontramos aún ingeniosamente reproducidos en la farsa moderna popular de los italianos llamada *comedia del arte*, donde se hacen los pasos del *polichinela*, de los *dos criados*, del *pancistu* y del *doctor*. ¡Tan característico es en el pueblo italiano el genio cáustico propenso á la ironía y á la caricatura! tan innata es su afición al movimiento cómico, al gesto y al disfraz!... La atelana afectó en siglos poste-

riores formas literarias, compitiendo con los dramas artísticos imitados de la literatura helénica.

4.—Los *mimos* (*mimi*) eran asimismo parodias ó imitaciones burlescas de hechos y de personas conocidas, verdaderos graciosos cuadros de costumbres de tan antiguo origen como las atelanas. Como la atelana, el mimo se representó al principio aisladamente; después como *exodium* ó entremés; y en tiempo del Imperio como pieza literaria que llegó á alcanzar gran boga y popularidad. (1)

5.—Hijos de este humor festivo y desenfadada licencia de los romanos, eran los coros insolentes que la brutal soldadesca acostumbra cantar en torno del carro del triunfador cuando lo subían al Capitolio: en estos cantos triunfales (*carmina triumphalia*) un coro dirigía procazes invectivas al caudillo, recordándole sus ridiculeces y defectos, mientras que otro coro entonaba las alabanzas del vencedor: extraña costumbre que nos la encontramos ya en la fiesta triunfal de L. Quincio Cincinato y de Camilo en los años 296 y 365 de Roma, y que se conservó hasta la época de los Césares (*versus ludicri in romanorum cesares*), puesto que poseemos los dardos poéticos de este género que en tales solemnidades arrojaron á César, á Augusto, á Tiberio, á Nerón, á Otón y á Domiciano. (2) ¡Siempre la misma afición de los romanos á esta clase de

---

(1) Sobre estas primitivas fiestas y farsas romanas: A. T. Broman, *De versibus luscenninis*. Upsala, 1852.—Siegler, *De Miris romanorum*. Gotinga, 1878.—Schober, *Munk*. De fabulis atellanis. Breslau, 1830 y 1840.—Lannoy. Estudio sobre las atelanas (en fr.) Lovayna, 1850.—Mommson, II. R., I.

(2) No poseemos ningún *specimen* de los coros satíricos cantados en los tiempos de los Marcelos y Cincinatos; pero podemos formarnos una idea de ellos por los versos de este género lanzados á los Césares que nos ha conservado Suetonio. Al indómito conquistador de las Galias le saludaron en su fiesta triunfal con este doble coro:

—Gallias Cæsar subegit,—Nicomedes Cæsarem.  
—Ecce Cæsar nunc triumphat qui subegit Galliam.  
—Nicomedes non triumphat qui subegit Cæsarem.

El docto académico D. Luis Fernández Guerra cita, entre otros, estos versos, como muestra de la metrificación que era más grata á los oídos de la plebe romana, y en comprobación de que la fuente del romance octosílabo castellano hay que buscarla en la métrica greco-latina y no en la árabe. He aquí ahora como traduce el maligno epigrama de la soldadesca contra César:

Oprimió César las Galias,—y Nicomedes á él.  
Mirad como César triunfa,—que oprimió al audaz francés.  
Si á él le oprimió Nicomedes,—¿por qué no triunfa también?

bromas satíricas dialogadas! Hasta á las festividades religiosas llevaban su vena satírica: así en las fiestas de Pan y de Silvano, en las de Fauno y de Sileno, mientras un coro ensalzaba á estos dioses, otro los ridiculizaba; pero donde principalmente se pronunciaban estas burlas insolentes era en los festejos nupciales (*carmina nuptialia*): sobre todo si se trataba del casamiento de alguna vieja impúdica con un inexperto mozalvete, de las bodas de un viejo verde ó de cualesquiera otras en que concurrieran particularidades de suyo excitadoras á la chacota y al escándalo. Esta natural irresistible propensión del espíritu romano nos da la clave del brillante desarrollo que logró en la interesante literatura latina clásica la SÁTIRA PÓETICA, por excelencia llamada ROMANA (*satira tota nostra est...*): la sátira que contó entre sus ilustres cultivadores á poetas tan insignes como Ennio y Lucilio, Varrón y Horacio, Persio y Juvenal.

Veamos ahora lo que pudo hacer el genio romano en esta edad prehistórica literaria en el campo de la prosa. Hablando y escribiendo en la severa prosa estaban los romanos en el lleno de su carácter como gentes primordialmente consagradas á la agricultura y al tráfico, á la política y á la guerra, á los negocios en una palabra: así vemos que la geponía, la oratoria, la jurisprudencia, la filosofía aplicada y la historia fueron los géneros científicos-literarios que con más originalidad y provecho cultivaron.

Los documentos más antiguos de la Prosa latina de que tenemos noticia, podemos dividirlos en Escritos histórico-políticos;—Monumentos privados;—y Fuentes de la literatura jurídica.

Poquísimo ha llegado á nosotros de estos primeros escritos latinos en prosa. La mayor parte perecieron en la antigüedad; teniendo noticias de ellos por citas de los escritores latinos posteriores ó por las referencias de los antiguos historiadores: por tal manera sabemos de las alianzas hechas en tiempo de los reyes (*foedera regum*) y de algunos tratados ó pactos de los más antiguos tiempos de la R. P.: tales como el de comercio y navegación con Cartago: el celebrado con el rey Porsena; la alianza con los Latinos del año 261 de R; el *Fedus ardeatinum* del año 310; la *Lex tribunicia prima* de 261; y la *Lex Icilia de Aventino publicando* del año 298. También han llegado á nosotros, por citas de los gramáticos antiguos,



unos fragmentos de las llamadas *Leges regie*, generalmente consideradas como ordenanzas y decisiones de los reyes; pero que no son sino antiguas reglas relativas al culto. Esta colección de pretendidas *leges regias* es la que se conoció por los jurisconsultos antiguos con el nombre de *Jus papirianum*, por haberse coleccionado y publicado en tiempo del primero ó segundo de los Tarquinos por Sex. ó P. Papirio.

Los sacerdotes eran los que más frecuentemente usaban de la escritura (1) no ya sólo en asuntos de su inmediata esfera, es decir, en negocios del culto, del ritual sagrado, del derecho eclesiástico (*libri Pontificum*); sino en otros que revestían el doble carácter religioso y civil (*commentariū Pontificum*). Era asimismo minis-

---

(1) Los modernos arqueólogos calculan que la escritura romana comenzó á fines del siglo III, en el cual la influencia de la lengua y de la civilización griegas se habían empezado á sobreponer en Roma á las de los etruscos. Que el alfabeto romano sea de origen griego lo demuestran la igualdad en número y forma de los caracteres griegos y romanos, y el modo antiquísimo de escribir de los romanos, que era el llamado *boustróphedon*, trazando líneas como hacen los bueyes cuando aran: es decir, escribiendo primero un renglón de derecha á izquierda, á la manera de los orientales, luego otro de izquierda á derecha, y así sucesivamente. Esta manera de escribir la adoptaron los antiguos griegos y de tal modo fueron escritas las leyes de Solón; los etruscos escribían de la manera que ha prevalecido en todos los pueblos de Occidente. Según Mommsen el alfabeto latino procede de un alfabeto griego respectivamente moderno: del de los dorios de Cúmas (*Cumæ*) y de Sicilia: constaba originariamente de 16 letras: ABCDEIKLMNOPQRST; posteriormente se agregó á ellas la G cuyo lugar ocupaba primeramente la C; la F correspondiente al digamma eólico; la H que equivalía al espíritu áspero griego, antiguamente expresado con el mismo signo; la V derivada del *ypsilon* y la X del *csi*; y por último la Y y la Z, que se introdujeron en los últimos tiempos de la R. P. Cuéntase que el emperador Claudio introdujo tres signos (Ϛ, Ϟ, Ϡ), que cayeron en desuso después de su reinado: el primero un *digamma eólico invertido* para distinguir la V consonante de la propia letra como vocal; el segundo, *antisigma* correspondiente á la doble labial de los griegos; y el tercero expresaba un sonido medio entre la I y la U. La distinción posterior entre la I y la J y entre la Ú y la V es moderna: probablemente del siglo XVII. (*Dionis. de Hætic. A. R. I.*, 33.—*Plinio: H. N.*, VII, 56.—*Tácito: Ann.*, XII, 14.)—Mommsen, *H. R. I.* 3:7.—Ritschl, *Rh. Mus.* XXIV.

En cuanto á la *pronunciación* latina, según el erudito Ciampi (*Acroasis*, 13) no difería casi de la moderna italiana, sobre todo la del dialecto vulgar: la de las vocales, por lo que dicen los gramáticos antiguos, era sustancialmente la misma; los diptongos, aunque se pronunciaban de una vez, daban un sonido compuesto; la pronunciación de las consonantes se diferenciaba indudablemente de la actual y sufrió varias mutaciones según los tiempos, haciéndose más dulce conforme fué suavizándose el idioma latino.—Por lo que hace á la estigmatología de la escritura, diremos que los *acentos* eran imitación de los griegos y los *signos de puntuación* servían más bien, á lo que parece, para marcar las pausas en la recitación oral de los escritos que para separar las frases y las partes del discurso entre sí.—*Quint.: I. O.*, T. 5.—*Rudimann. Institutiones grammaticæ*, c. II, p. 407.

terio del sacerdocio la redacción de los *Fastos ó Kalendarios*: listas de los días del año en que se administraba justicia (*dies agendi*), de los que eran de mercado, de los que estaban destinados á regocijos públicos, á los sacrificios, etc. Estos *Fastos de los Pontífices* pasaron después á tener el sentido de Listas de años (anales) en las que se consignaban los nombres ya de los magistrados epónimos, ya de los triunfos, ya de los Pontífices mismos (1).— Pero no deben confundirse estos Registros ó Notas pontificias, escritas sin ánimo de publicarlas, con los ANALES redactados por el *Gran Pontífice*, motivo por el cual se intitulaban ANNALES MAXIMI: estos eran importantes documentos oficiales, que se exponían al público y podían copiar todos los ciudadanos. En ellos anotábanse en forma concisa los acontecimientos más notables; y se conservó la costumbre de redactarlos por los Pontífices hasta el siglo VII en que, por el gran número de publicaciones de este género debidas á escritores privados, se hizo inútil la intervención de la autoridad en su redacción. Depositábanse los Anales máximos en la morada (en *la Regia*) de los Pontífices: y en gran parte fueron pasto de las llamas, á mediados del siglo IV, en el terrible incendio de la Ciudad por los Galos.

Los Cuerpos Civiles consignaron del mismo modo en memorias y registros los actos oficiales en que intervenían (*Libri et Commentarii magistratuum; Commentarii consulum; questorum. edictum*, etc. *tabula censorie* etc.)

2.—Ni faltaron tampoco en estos siglos de la historia primitiva de Roma ciudadanos particulares que consignaran por escrito (*Monumenta Privata*) los sucesos que más pudieran interesar á la Ciudad entera, á sus familias ó á sus personalidades propias: y así fué como nacieron las crónicas comunales, las gentílicas y domésticas; crónicas en las que si es cierto que algunas veces moviera á sus autores, al redactarlas, el noble deseo de conservar los recuerdos del pasado, en otras debieron entrar por mucho las simpatías personales y el anhelo de glorificación. De todos modos deben estimarse como joyas de importancia para las ciencias auxiliares de la

(1) A esta clase pertenecen los que por conservarse en el Capitolio denominan los doctos *Fastos capitolinos*. Sobre la historia de estos y otros *fastos* oficiales, su descubrimiento y publicación v. W. Henzen: *C. I-lat. I. 415; Hirschfeld, Hermes. IX, 93; Mommsen I. R., n. 697, etc.*



Historia. A esta clase de composiciones pertenecen las listas de antepasados y árboles genealógicos (*stemma*); las inscripciones grabadas sobre los retratos de familia (*imagines et eloquia generis*); y las laudaciones ó fúnebres panegíricas (*orationes funebres*). (1).

De análogo género que los que acabamos de citar son los raros monumentos epigráficos, que han llegado hasta nosotros de esta edad antiquísima: tales como la inscripción de la *Columna rostrata*, que fué erigida en honor del Cónsul C. Duilio, por su victoria naval sobre los cartagineses en 494, y los más antiguos *Epitafios de los Escipiones*: el de Cornelio Escipión Barbado, cónsul en 456, y el de su hijo L. Cornelio, cónsul en 495:—preciosas inscripciones sobre las cuales han disertado eruditísimamente los más reputados arqueólogos y romanistas de Europa (2).—Estas inscripciones tumulares han sido consideradas por algunos entusiastas anticuarios como pequeños poemas fúnebres ó nenias;—pero es difícil encontrar en cualquiera de dichos epitafios, aparte de su sobria elegante sencillez y severidad, ninguna de aquellas condiciones literarias indispensables para que podamos calificarlos como poemas elegiacos ó fúnebres.

(1) Dicho se está que los *Cantos en honor de los muertos*, de que antes hemos hablado, eran inspirados por el mismo espíritu que el que movía á los autores de estos documentos de que ahora nos ocupamos. Las oraciones fúnebres se comenzaron á publicar más adelante en forma de libro: así se publicaron la de Q. Cecilio Metelo en honor de su padre (en 533 de R.); la de Fabio Cunctator en honor de su hijo (en 547), etc.—H. Graff, de *Rom. laudationibus*: *Dorpat*, 1862. E. Hübner: *Hermes*, 1. (1866) p. 440 y sigtes.

(2) Practicando excavaciones cerca del arco de Septimio Severo, se encontró el pedestal de la Columna de Duilio, en el año de 1565: el cual se halla, según dice Schoell, en una de las salas del Capitolio con la inscripción detallano el número de naves y la cantidad de botín cogido á los enemigos después de la batalla: (*Plinio H. N. XXXIV, 11*). La inscripción fué dada á conocer por Aldo Manucio. Como se hallaba borrada en parte, se han ocupado de su restauración muchos sabios arqueólogos. Mommsen cree que esta inscripción es de época muy posterior, tal vez del tiempo de Claudio en que se restauró el monumento. (I, lat. 195.) *Ritschl, Inscriptio qua fertur columna rostrata duillianæ*. Berlin; 1852.—Consúltese asimismo á *Egger. Latin. serm. v. reliquæ*.

El sepulcro de Escipión Barbado fué descubierto en 1780: el epitafio de dicho sarcófago, que á fines del siglo pasado se encontraba á la entrada del Museo Pio Clementino, dice así:

CORNELIVS. LVCIVS. SCIPIO. BARBATVS. GNAIVD. PATRE. PROGNATVS. FORTIS. VIR. SAPIENSQVE—QVOIVS. FORMA. VIRTVTIEL. PARISVMA. FVIT—CONSOL. CENSOR. AIDILIS. QVEL. FVIT. APVD. VOS—TAVRASIA. CISAVNA. SANSIO. CEPIT—SVBIGIT. OMNE. LVQCANA. OPS.—DESQVE. ABOVCIT.

*Lucio Cornelio Scipión Barbado, á quien su padre engendró fuerte y sabio y cuya*

3.—Por último, debemos ocuparnos del más notable monumento jurídico de esta edad lejana: de la famosa *Ley de las XII Tabas*.—En virtud de la Ley terentila, se nombraron en el año primero del siglo IV, unos embajadores ó legados para que fuesen á estudiar las sabias leyes de la Grecia: ley que respondió al clamor continuo de los tribunos del pueblo contra la irritante arbitrariedad que imperaba en la administración de justicia, aplicándose el derecho al antojo y capricho del patriciado. Dos años más tarde, en el 302 de R., se constituyó una comisión legislativa compuesta de diez individuos (*decemviri*), la cual entró en funciones en el año 303, y llegó á redactar un Código, que escribieron en X Tablas, á las cuales se añadieron otras dos en el año siguiente. Este *Código de las Doce Tabas*, fué la base de la grandiosa legislación romana: en él se escribieron las reglas del procedimiento y del derecho civil, y se dictaron admirables leyes de policía y de derecho criminal y religioso. Grabóse este famoso Código de los Decemviro en tablas de bronce, según el testimonio de los antiguos, obligándose á aprenderlo en las escuelas á los jóvenes romanos (*carmen necessarium*) hasta la época de Cicerón. Todavía en el reinado de Justiniano se conservaban copias de estas célebres Leyes; preferidas por el gran Orador romano á las bibliotecas de todos los filósofos; pero hoy no existen de ellas más que *fragmentos*, si bien bastante considerables, y dignos de ser estudiados, en su fondo y en su forma; en su fondo,

*hermosura fué tan sobresaliente como su valor, fué entre vosotros cónsul, censor, edil. Tomó á Taurasia Turin, á Cisauna (Susa, ciudad del Piamonte), á Samnio: sojuzgó toda la Lucania y trajo prisioneros en rehenes.*

La inscripción sepulcral de su hijo L. Cornelio fué descubierta en 1640 en la Via Appia: ofrece la particularidad de que, siendo más moderna, tiene más arcaísmos. Dice así.

HONC. OINO. PLOIRVME. COSENTIONF. R (OMAC?)  
 DVONORO. OPTVMO. PVISE. VIRO.  
 LVCION. SCIPIONI. FILIOS. BARBATI.  
 CONSOL. C. NSOR. AIBLIS. RIC. EVET. A (pud vos?)  
 HEC. CEPIT. CORSICA. ALERIAQVE. VRBE.  
 DEBET. TEMPESTATEBVS. AIDE. MPEPETO.

*Muchos de los virtuosos romanos convinieron en que fué un varón excelente este Cornelio Scipión hijo del Barbaao: fué cónsul, censor y edil entre vosotros; tomó á Corsica y á la ciudad Arria y edificó un templo al dios de las Tempestades.*

Estos dos epitalios han sido publicados y comentados por Visconti, Orelli, Ritschl, Mommsen, etc. En la introducción de esta costumbre, dice Tauffel, puede verse ya la predilección de esta ilustrada familia de los Escipiones por la civilización griega.

por los notables preceptos legislativos que contienen; en su forma, por ser admirable el lenguaje y severo estilo en que se halla redactado este antiquísimo monumento jurídico del pueblo romano. (1)

En resumen: los varios documentos de esta edad primitiva de la Historia de Roma, de que nos hemos ocupado, si son, por punto general, estimables y de interés para la filología ó para las ciencias auxiliares de la Historia, son de escasa ó ninguna importancia para la Literatura: pudiendo únicamente exceptuarse los monumentos epigráficos y los legislativos: pues en estos vetustísimos documentos de la severa prosa latina se muestra ya aquella lengua, aunque todavía áspera, con las grandes condiciones de vigor, majestad y enérgico laconismo que han hecho de ella el instrumento más preciso para la legislación, y el primero de los idiomas del mundo para expresar en mármoles y bronces el recuerdo de los hechos que se quiere que vivan á perpetuidad en la memoria de los hombres.

Dos palabras, para concluir, acerca de la elocuencia romana en este período.

No en la Roma antigua de los reyes; pero en la Roma republicana cuando en públicos debates contendían el patriciado y el pueblo, disputándose sus derechos, ó discutiendo los graves asuntos de la patria, debieron unos y otros expresarse más de una vez con fogosa elocuencia; con no menos ardor arengarían á sus legiones aquellos héroes romanos que iniciaron las grandes conquistas de

---

(1) Para que nuestros lectores se formen una idea del enérgico estilo y tono imperativo de estas antiguas Leyes, citaremos algunos de los fragmentos conservados. La suprema autoridad del padre sobre el hijo se establece con estas palabras: «*Si Pater filium ter venundabit filius a patre liber esto*»;—los fueros de ciudadano romano y el derecho de reivindicación contra el detentador extranjero se consignan en cinco palabras: «*adversus hostem perpetua auctoritas esto*»;—la pena del talión: «*qui membrum rupsit ni cum eo pascit, talio esto*»; la dura ley de raza, prohibiendo el matrimonio entre patricios y plebeyos: «*patribus cum plebe connubii jus nec esto*».—Citaremos, por último, un fragmento de la Tabla 3.<sup>a</sup>, *De rebus creditis*, para que se aprecie el espíritu duro é inexorable que informaba esta antiquísima legislación del pueblo romano. Después de establecer que el acreedor tiene derecho á prender y cargar de grillos al deudor confeso, que no paga, pasados XXVII días, concede á los acreedores el bárbaro derecho de despedazarle... «*Si plures erunt creditoris tertis undenis, id est, nicesimo septimo die, corpus rei in partes secanto; si plus minusve secuerint, sine fraude esto; si male trans Tiberim cum peregre venundantes*»... ¿Inspiró esta ley feroz al egregio trágico inglés la condición terrible del contrato en el *Merceder de Venecia*?....

su raza; pero ni estas alocuciones militares pasan por punto general á la historia, pues son siempre inspiraciones del momento dictadas por el sentimiento de la cólera, del honor ó del patriotismo, ni de aquellos discursos políticos (si es que pueden llamarse así las breves pero enérgicas frases que debieron pronunciarse en aquellas asambleas) tenemos la más insignificante noticia. Uno solo, el tan celebrado discurso del censor Appio Claudio en el Senado, es el que puede darnos una idea de los antiguos rasgos de la elocuencia romana, en nada semejantes á los espléndidos de la oratoria griega, que en este género literario, como en todos, sirvió de modelo á los eminentes numerosos oradores romanos que brillaron en siglos posteriores.

Pero no hemos de formarlos idea de la elocuencia de Appio Claudio por el discurso que pone en sus labios el biógrafo griego Plutarco, el cual le hace hablar de una manera tan fastuosa como no cabía en un romano de su época. Gracias al poeta Ennio sabemos lo que el ilustre ciego debió decir en aquella memorable sesión del Senado en que se pusieron á discusión las proposiciones de Pyrro. Las palabras del indómito anciano, no fueron sino una viril explosión de la dignidad y del patriotismo: «En otro tiempo, Padres Conscriptos, erais hombres prudentes y previsores, hoy... sois unos insensatos. ¿Cómo entrar en convenios con el enemigo mientras este pise el suelo de la Patria? Que Pyrro salga de Italia; y después podrán oírse sus proposiciones.....» — Y ya que citamos el nombre del célebre censor Appio Claudio el Ciego, hemos de hacer notar que nadie mejor que este viejo patricio, celoso defensor de los privilegios de su casta, representa el momento de transición de la edad antigua, que nos ocupa, á la nueva que va á iniciarse con la invasión del helenismo. Appio Claudio, á pesar de sus aristocráticas preocupaciones, era un hombre de progreso, como diríamos hoy: en obras públicas y en hacienda planteó importantes reformas (Vía Appia); fué además notable juriconsulto; se ocupó hasta de gramática y de poesía (el cambio de la s en r en las palabras Furius, Valerius, etc., y la traducción de las sentencias de Pitágoras...) cuanto podía hacerse en su tiempo. La gran poesía, la filosofía, la música, las artes plásticas, estas sublimes *superfluidades* que los romanos denominaron con menosprecio el *græcum otium* se

introdujeron un siglo más tarde, no sin haber provocado enérgicas protestas.

Concluido ya el estudio de esta primera *edad bárbara ó ante-histórica* de la sociedad romana, y examinando los más antiguos monumentos que han llegado hasta nosotros de la lengua latina, vamos á comenzar la Exposición histórica de la literatura, propiamente dicha, de la antigua Roma,—determinando previamente las grandes divisiones que pueden hacerse en este estudio, y la extensión y caracteres más culminantes de cada período literario;—y después, pasaremos á reseñar el aspecto social y político y el estado de las letras en cada una de estas distintas edades y tiempos de la Historia romana.

## LECCIÓN 5.ª

### Periodos de la Historia de la Literatura latina.

Divisiones que se han hecho de la Historia de las Letras clásicas latinas.—Cómo vamos á dividir nosotros nuestra Exposición histórico-crítica.

Aunque con repetición hemos indicado que los romanos de la época de los Reyes y de los primeros tiempos de la República se manifestaron poco dispuestos para las artes bellas y para las letras, sería un error pensar que aquel pueblo sobrio fué enteramente hostil á toda importación extranjera. Antes por el contrario, desde edad remota adoptaron de los pueblos que iban conociendo cuanto les pareció bueno y provechoso: ya hemos visto que en el siglo IV recibió la legislación romana notable mejoramiento bajo la influencia de la de Solón; en el curso de aquel mismo siglo sabemos que se llegó hasta reservar á los griegos un lugar de preferencia en el foro, la *græcostasis*, lo que prueba que era la civilización griega mirada con respeto; y, que esta cultura helénica se venía ya desde entonces imponiendo, nos lo revela la adopción de nombres griegos desde principios del V siglo (*Philippos*, *Philón*, *Sophos*), así como la costumbre de tenderse á la mesa; la de dedicar á los difuntos monumentos con epitafios; la erección de estatuas á Pitágoras y á Alcibiades. Por otro lado, la innúmero multitud de esclavos y de libertos griegos que desde tiempo eran traídos prisioneros á Roma, difundieron grandemente el conocimiento de la lengua griega hasta en las clases populares. Toda esta preparación lenta de más de siglo y medio se necesitó para vencer la repugnancia pertinaz con que los viejos romanos miraron las artes bellas y la literatura, por el solo motivo de parecerles cosas frívolas ó inútiles y á los más intransigentes novedades fatales y perniciosas; hasta que, con motivo de las guerras púnicas, la juventud guerrera de Roma se puso en contacto más íntimo y prolongado con la civilización griega de la Sicilia, y comenzó á ser más rápida y fecunda la acción del he-



lenismo en el espíritu romano. Entonces fueron transportados á la Ciudad los refinados gustos y delicados placeres del mundo griego; y á la vez con las artes del lujo y de la molicie adquirió carta de naturaleza la hasta aquel momento desestimada literatura. Al año siguiente de haber concluido la primera guerra con Cartago pudieron ya representarse sin dificultad los dramas á la griega del tarantino Andrónico, y desde este punto comienza, como dijimos en otra lección, la Historia literaria, que es objeto de nuestro estudio.

Ahora bien: si examinamos en su conjunto toda esta interesante Literatura antigua y nos fijamos en que sucesos políticos y sociales de transcendencia favorecieron notoriamente su progresivo desarrollo y la condujeron á todo su magnífico apogeo, así como otros acontecimientos trajeron evidentemente su triste larga decadencia y por último su muerte, fácilmente se comprenderá la conveniencia y aun la necesidad de estudiar esta historia, seccionándola en grandes ciclos, épocas y períodos, que hagan más comprensibles las diferentes fases porque pasó esta interesante literatura, desde su tímido origen hasta su plena madurez y sucesivo empobrecimiento.

Yá nuestro docto San Isidoro (Orig. IX, 9) y el cardenal Adriano distinguieron edades distintas en la lengua latina; pero Oberto Gifanio y Scott son los primeros que dividieron la Historia de la latinidad, basándose en la Historia política. Á estas varias épocas de la Latinidad clásica se le han dado por sabios humanistas como Antonio Sabélico, Escaligero, Vossio, Otao Borriquio, Facciolatti, Funcio y otros varios, idénticas denominaciones que á los diversos períodos de la vida: —*infancia de la literatura, adolescencia, edad viril, vejez y decrepitud*;— semejando las diferentes fases de la vida de un idioma ó de una literatura al nacimiento, desarrollo, madurez, postración y muerte de los seres humanos. Otros eruditos, apreciando el mayor ó menor mérito y valor relativo de las producciones literarias de cada época, han aplicado á las varias edades de las letras romanas aquellas denominaciones que los antiguos mitólogos y poetas dieron á las épocas más ó menos venturosas de la humanidad primitiva, comparándolas con metales de mayor ó menor precio: así han distinguido una *edad de oro* de la literatura, otra *de plata*, otra *de hierro*, etc., etc.—Pero, prescindiendo de los

varios titulos que estos doctos han dado á las diversas épocas históricas de la Latinidad clásica, importa consignar que no ha habido congruencia de opiniones en la república literaria acerca de la extensión y límites que deben darse á cada uno de esos periodos, y á veces ni aun respecto á las épocas en que deben colocarse á determinados escritores. — Nosotros, pues, habiendo estudiado ya en concepto de época *ante-histórica* la de los cinco primeros siglos, comenzaremos la Historia propia de la Literatura latina en el que la generalidad de los autores han considerado como segundo período de ella: esto es, cuando se introduce en Roma la cultura literaria helénica, y aparecen las primeras obras literarias en lengua latina; puesto que todos unánimemente reconocen que con este suceso histórico comienza realmente la vida literaria de la lengua romana; — y seguiremos en nuestra Exposición histórica la división que presenta en su docta Historia de la Literatura de los romanos el esclarecido escritor alemán G. Teuffel.

En el curso histórico-crítico de esta Literatura pueden distinguirse desde luego dos grandes ciclos literarios. En efecto, desde el nacer de la Literatura latina con traducciones ó imitaciones más ó menos felices de la griega hasta que mueren las letras romanas en los últimos días del Imperio, hay un espacio de *más de siete siglos* en que se vé á esta Literatura desenvolverse bajo la influencia del helenismo y llegar á una época de esplendor y de grandeza (*el Siglo de Oro*) en los últimos tempestuosos años de la República y en los días de la renombrada paz octaviana; — así como desde que se constituye el Imperio, con la pérdida de las instituciones republicanas y con la degradación y envilecimiento de aquella sociedad corrompida, comienza la postración del genio romano y la consiguiente decadencia y ruina de su hermosa literatura. En resumen: desde la primera guerra púnica hasta la muerte de Augusto, la cultura literaria de la Roma gentilicia, marcha en *progresión ascendente*; — desde que expira Augusto hasta la extinción del Imperio sigue una *progresión descendente*. — Al primero podemos denominarlo CICLO LITERARIO DE LA REPÚBLICA; al segundo CICLO DEL IMPERIO. — La ÉPOCA DE AUGUSTO, aunque la incluimos en el ciclo I, debe considerarse como *período de transición*.

EL CICLO DE LA REPÚBLICA podemos asimismo subdividirlo en dos



subciclos ó periodos: el uno el de la *juventud*,—el otro el de la *edad viril ó aurea* de la Literatura latina.—*a*). El primero comprende el movimiento literario del siglo VI de Roma y de casi todo el VII: es decir, la sexta centuria en que se implanta y florece la literatura dramática y en que nacen la elocuencia y la prosa literaria; y el tempestuoso siglo sétimo que, por serlo de grandes agitaciones sociales y políticas, es la esplendorosa época de la oratoria romana. En el siglo VI aparecen, como hemos dicho, los grandes dramáticos Nevio y Plauto, Cecilio y Terencio, el gran épico, satírico y trágico Ennio, y el más antiguo de los ilustres prosistas el severo M. Porcio Catón; en el siglo siguiente ilustra la tribuna romana el ardiente patriotismo de los Gracos y la pasión de otros tribunos amigos de ellos ó adversarios; y tras ellos figuran como oradores insignes los Antonios, los Crasos y los Hortensios;—y en cuanto á la poesía, dejando de ser oficio vil de míseros esclavos, lanza sus atrevidas ingeniosas sátiras por boca del caballero Lucilio.—*b*). El segundo período, la gran *Ætas aurea*, empieza en los últimos años del siglo VII de Roma y llega hasta el último tercio del VIII ó sea hasta el comenzar del siglo I del Cristianismo. En este período se pueden distinguir dos épocas perfectamente caracterizadas: la *época de Cicerón y la de Augusto*.—á la primera da nombre el eminente tribuno, príncipe de la elocuencia y de la prosa literaria latina: siendo coetáneos suyos el docto polígrafo Varrón, el gran poeta didáctico Lucrecio, el ardiente lírico Catulo y los primeros elegantes historiadores romanos César, Salustio y Nepote.—A estos últimos siguen inmediatamente, en la época de Augusto, el Herodoto de los historiadores romanos Tito Livio, y Trogo Pompeyo;—pero más que por los prosistas se hizo famosa la época de Augusto por aquel sinnúmero de poetas que fueron regocijo de su Corte ó de los Círculos aristocráticos de aquel tiempo: entre los cuales brillaron el dulce cantor de la *Eneida* Virgilio, el elegante lírico y jovial satírico Horacio, los elegiacos eróticos Propercio, Tibulo y Ovidio: es decir, los celebrados vates que prestaron á la poesía latina el ritmo melodioso y la inimitable gracia y hermosura, las preciosas formas clásicas que se han afanado por imitar en los siglos siguientes los más insignes cultivadores de la bella literatura.

El segundo CICLO LITERARIO que hemos apellidado DEL IMPERIO puede subdividirse á su vez en otros dos períodos, cada uno de ellos caracterizado por la creciente corrupción del Imperio y por la mayor consiguiente decadencia de la antigua civilización y de las letras gentílicas latinas.—a). Es el primer período del Ciclo del Imperio el que constituye la comunmente intitulada *Ætas argentea*, edad de plata de la Literatura latina: así denominada, porque todavía en el primer siglo del Cristianismo, que comprende, ó sea durante las dinastías julia y flavia, y bajo los reinados de Nerón y de Trajano, dan lustre á esta Literatura escritores de primera nota. En efecto, honor de aquella época literaria fueron los celebrados épicos Lucano y Silio Itálico, Estacio y Valerio Flaco, que se esmeraron en imitar las pulcras, bellas formas virgilianas;—en aquella centuria aparecieron también las famosas Instituciones de un tan insigne maestro de Retórica como M. Fabio Quintiliano;—en ella escribió sus inmortales páginas el gran filósofo español L. Annéo Séneca;—entonces escribieron sus celebradas sátiras Persio y Juvenal;—sus chispeantes epigramas Marcial;—su interesante obra Columela;—en este período figura aquel Plinio el mayor, cuyo vasto talento supo acumular en sus libros toda la ciencia antigua;—al lado suyo y educado por él brilló su sobrino el dulce orador y profundo epistológrafo Plinio el joven;—entonces también apareció el geógrafo ibero Pomponio Mela y el historiador también español L. Annéo Floro: y, por cima de todo este gran plantel de apreciables escritores, sobresale, en este primer período del Imperio, el grave historiador Cayo Cornelio Tácito, que legó á la posteridad, trazado con pincel incomparable, el cuadro sombrío de la degradación y oprobio de su siglo.—b). El segundo período, ó sea la llamada *Edad de cobre* de las letras latinas, abarcará un espacio de tres siglos. Este es el triste período de la *vejex ó decadencia* de las letras romanas. En el segundo siglo de C., ó sea en los reinados de Adriano, de los Antoninos y de M. Aurelio, en poesía á la inspiración fecunda reemplaza la fría erudición y las pueriles concepciones ó caprichos métricos; y desaparecen las grandes manifestaciones de la prosa, ejercitándose los escritores en resúmenes históricos ó en eruditos estudios sobre antigua literatura patria.—En los siglos subsiguientes examínanse con hondo pesar las manifestaciones de la cada v §

más decadente literatura latina gentílica; pero con júbilo se ven aparecer los primeros insignes escritores de la literatura cristiana de Occidente, dignos de figurar entre los grandes Autores de la latinidad clásica objeto de nuestro estudio.

## LECCION 6.<sup>a</sup>

### **Ciclo I. — La literatura romana durante la República y en la época de Augusto.**

*Primer período: Consideraciones acerca del mismo: Carácter y aspecto general de los siglos VI y VII.—Estado de la lengua latina en este período.*

Abraza este primer período de la Historia de la Literatura latina desde el año 514 al 670 de la fundación de Roma, ó sea casi por entero los siglos VI y VII. Veamos como dió el pueblo romano estos primeros pasos en la senda de su cultura literaria.

a. *El Siglo VI.*—En los primeros años del siglo VI de Roma, hemos dicho que comienza la Historia literaria latina, empezando á fundirse en el molde de la noble vigorosa lengua romana la hermosa literatura de la Grecia. Comenzó esta literatura á ejercer primeramente su influencia en el teatro. Los romanos venían de antiguo celebrando juegos públicos que duraban cierto número de días, el último de los cuales se destinaba á los festejos escénicos (*ludi scenici*): representaciones escénicas que eran ocasionales, pues ora se hacían después de las grandes fiestas llamadas *megalenses*, bien después de un triunfo, y á lo más dos ó tres veces al año. No había aún teatros permanentes en aquellos remotos tiempos; pues el primer teatro fijo que se fabricó en Roma fué el famoso de Pompeyo. En la época que historiamos improvisábase el teatro, levantando al aire libre un tablado sostenido por maderos, el cual formaba la escena, donde representaban los actores:—y, mirando al cual, se colocaba el pueblo de pie en semicírculo, en la pendiente espaciosa de una colina, ó en un sitio análogo anchuroso (1). En uno de aquellos sencillos palcos escénicos, hasta entonces destinados á las

(1) Creemos conveniente dar á nuestro jóvenes lectores, para la más perfecta inteligencia del asunto que estudiamos, una ligera idea de los teatros de la antigua Roma y de la manera como se daban en ella los espectáculos teatrales.

Tres épocas pueden distinguirse en la historia de los teatros romanos, con relación

rudas farsas itálicas, ya estudiadas, debieron representarse por primera vez en lengua latina las piezas dramáticas del tarentino Andronico, en el año 514 de R., ó sea al siguiente de aquel en que terminó la primera guerra púnica.

La senda quedó trazada por este poeta y á la vez pedagogo extranjero, que así encantaba al pueblo con la novedad de sus piezas dramáticas, á la manera griega, como instruía á la juventud patricia, haciéndole conocer en latín los sublimes poemas homéricos. Otros poetas de genio siguieron sus huellas y desde entonces comenzó á alternar con gran popularidad entre las diversiones roma-

á su construcción: la primera, aquella en que se formaban, como indica el texto: en esta época era costumbre que los espectadores estuviesen de pie, ó que llevasen al teatro sus asientos; en el año 146 a. de C. se erigió ya un teatro completo, con hileras de asientos, si bien era todo ello un armazón de madera que se desmontaba cada vez que se acababa de dar un espectáculo: esta es la segunda época de organización; la tercera es la de los teatros permanentes. El primer teatro fijo de piedra fué edificado por Pompeyo sobre el modelo del de Mitilene al cual siguieron los dos famosos de Balbo y de Marcelo, cuyas ruinas aún existen. Por los restos arqueológicos, y por las indicaciones de los AA. antiguos, podemos formarnos una idea de los teatros romanos, muy semejantes en su trazado y caracteres generales á los de los griegos.

La planta de estos edificios formaba un gran arco ó herradura. Por el lado de la semicircunferencia, se alzaban al exterior una ó mas arcadas sobrepuestas, formando galerías, con puertas (*vomitoria*) por las que entraban al teatro los espectadores. —Interiormente, y adosado al muro semicircular, se hallaba el cuerpo del edificio denominado *caeca*, en el que se sentaba el público. Componíase la *caeca* de gradas con asientos numerados: cuyas hileras ó escalones se elevaban en líneas concéntricas las unas sobre las otras. Este anfiteatro estaba dividido *horizontalmente* en pisos ó departamentos llamados *maniana*, cada uno de los cuales contenía determinado número de filas de asientos; hallándose separados estos pisos unos de otros por largos corredores denominados *præcintiones*; —y *verticalmente* en compartimientos cuneiformes (*cunei*), por un cierto número de escalones (*scalæ*) que servían á los espectadores para bajar hasta el departamento v.lla donde estaba su localidad. —La extremidad opuesta del teatro, que contenía la escena, las habitaciones de los actores, etc., era rectilínea: formaba, por decirlo así, la cuerda ó diámetro del arco que trazaba la *caeca*. —Entre la *caeca* y la escena se encontraba la *orchestra*, el patio como si dijéramos: en ella se colocaban los magistrados y las personas de distinción. —La escena estaba dividida en tres partes, á saber: la *scena* propiamente dicha, que ocupaba el fondo, y en la cual se presentaban las decoraciones: más abajo y delante de la escena se hallaba el *pulpitum*, ó sitio donde declamaban ó cantaban los actores; y un poco más abajo aún, el *proscenium*, en el cual se bailaba y cantaba durante los entreactos, estando separado el *proscenium* del *pulpitum* por un telón que se llamaba *aulæum*. El lado rectilíneo del Teatro ó sea el de la escena se hallaba exteriormente decorado en los grandes teatros con suntuosos pórticos y galerías y con magníficos paseos, que frecuentaban la gente desocupada y la juventud elegante de Roma. Interiormente se embellecían los teatros con fausto y magnificencia por los encargados de estos espectáculos.

Las representaciones, como se dice en el texto, formaban parte de los festejos públicos, tenían lugar de día, y todo el mundo estaba convidado á ellas: hombres,

nas el bello teatro de los griegos. Estas comedias á la griega ó *fabule palliate*, (1) estuvieron en gran boga durante todo el siglo VI y con ellas se celebraron los triunfos de los Marcelos y de los Escipiones, después que se vió Roma seriamente amenazada por los ejércitos de Annibal.

Pero cuando la Literatura echó sus profundas raíces fué cuando se vió terminada aquella guerra formidable; cuando libre, de aquel

mujeres y niños; no todos de una vez; pero en cada función entraba una porción considerable del pueblo. Se entraba con un billete (*tessera*) en el que se marcaba el asiento que cada cual debía ocupar en el teatro. Los ediles presidían las representaciones; y á cargo de ellos estaba el sostenimiento y administración de la *caterva*, ó compañía cómica; ellos recibían ó rechazaban las piezas; pagaban á los poetas, á los histriones y á los artistas todos, músicos y decoradores que trabajaban para el teatro.

En cuanto al traje de los actores en la escena, el actor trágico usaba ropas severas y el alto coturno; el actor cómico se presentaba en la escena con el *pallium* griego ó la *toga* común y con la sandalia ordinaria llamada *soccus*; pero lo que habia de más singular era el uso de la *máscara*: parece que empezó á usarse en tiempo de Terencio.

En un manuscrito de Plauto y de Terencio de la Vaticana del siglo IX se encuentran los retratos de las máscaras correspondientes á sus comedias; de él se tomaron para las famosas ediciones de Urbino y de Roma en el siglo pasado.—*Guhl y Konev*.—*La vida de los griegos y de los romanos*, § 84, 106. *Rich*, *Diccionario de antigüedades romanas*, etc.

(1) Daban los romanos el nombre de *comedia palliata* á la que presentaba en escena asuntos y personajes griegos (de *pallium*, capa griega que usaban los actores en esta clase de comedias). Eran verdaderos arreglos de la comedia nueva ateniense en los que se hacían alteraciones adaptadas al gusto romano. La comedia que representaba de una manera franca y completa las condiciones y usos de la sociedad romana denominábase *fabula togata*; cuando era de bajo cómico se llamaba *tabernaria*.—En cuanto á los dramas serios recibían los dictados de *fabula trabeata* y *prætextate* las comedias y tragedias de argumento romano en que los personajes de la pieza usaban la *trabea* ó toga de los caballeros ó la *prætexta* de los magistrados superiores ó personas de alto rango: así como se apellidaba *fabula crepitate* á la tragedia griega. La trágico-comedia ó *comædia rhintonica* era una especie de parodia de la comedia seria.—*Planipes* era la piececita ó mimo de argumento romano.

En cuanto á las diversas maneras de representación: se denominaban *stataria* aquellas comedias en que habia más diálogo que acción; *motoræ* aquellas en que habia más acción que diálogo; y *mixtæ* aquellas en que alternaban por igual la declamación y la acción. Para comprender esta clasificación es preciso tener alguna idea del sistema ó economía que se empleaba en las composiciones dramáticas romanas. En una misma pieza se distinguían las partes que se declamaban solamente, esto es los monólogos y diálogos (*soliloquia*, *diberbia*), de las que formaban unos como recitados ó canturias (*cantica*), que estaban á cargo de los cantores, y que se acompañaban por los músicos con la *tibia* y con la gesticulación por los actores. Eran, pues, las comedias una especie de *vaudevilles* ó *farquelas*. Al eminente filólogo Wolf somos deudores de un trabajo en el cual se exponen las notas características que distinguían los soliloquios de los cantos, y se enumeran los cánticos de las piezas existentes de Plauto y de Terencio.—*Bæhr*.—*Historia de la literatura romana*, I., 3.



tremendo peligro, se entregó Roma por completo á la satisfacción de la victoria, aflojándose aquella tensión de la fuerza nacional que la guerra misma había hecho necesaria. La empeñada contra Filipo III de Macedonia y sobre todo la guerra contra Antíoco, á mediados del siglo, contribuyeron eficazmente á hacer desaparecer inveteradas costumbres, contribuyendo en mucho al cambio radical que se operó en el espíritu de los romanos. Las diversiones escénicas se hicieron cada día más frecuentes, difundiendo en la masa popular una manera de cultura; á la vez que una gran parte del patriciado se educaba en las letras, en la filosofía y en la elocuencia de los griegos, siendo los optimates realmente los que más se aprovecharon del saber helénico, en particular el círculo escogido de los Escipiones. Pero enfrente de estos ilustrados patricios, se levantó un partido aristocrático conservador ó tradicionalista, á la cabeza del cual se hallaba el famoso censor Marco Porcio Catón. Estos inexorables preocupados patricios pretendían contener el movimiento progresivo de la educación helénica, creyéndola enervadora del carácter, y corruptora de las costumbres. (1) A esta declarada oposición de los anti-helenistas, se debieron sin duda los decretos que expulsaron de Roma á filósofos y retóricos griegos; por esta misma suspicaz prevención contra las artes griegas (contra el *græcum oliuon*) despacharon cuan apresuradamente les fué posible á una embajada ateniense al frente de la cual venia el filósofo epicúreo Carneades. Por otro lado, además de que la poesía y las artes refinadas de los griegos parecían á los conservadores cosa afeminada ó inútil; además de que les inspiraban igual menosprecio las abstrusas cuestiones de la filosofía teórica y las gárrulas enseñanzas de los retóricos; sucedía que los representantes de la poesía y del arte eran generalmente esclavos ó libertos extranjeros de baja extracción; unos pobres artistas que *trabajaban para comer*...; cómo, habían de ser mirados con respeto por la altivez romana; el enjambre de famélicos que se llamaban maestros de filosofía; de retórica eran también por punto general unos farsantes

(1) Sobre la educación y cultura de los romanos en este período primitivo, es digno de ser leído Egger: Estudio sobre la educación y particularmente sobre la educación literaria de los romanos, desde la fundación de Roma hasta la época de Mario y Sila.—Paris, 1833.

ridículos, indignos del título que se daban: unos despreciables charlatanes que explotaban la ignorancia y los vicios groseros de Roma. Distaban mucho de semejarse los escribas ó poetas asalariados de Roma á los nobles vates de la Grecia, y sus filósofos y retóricos á los respetables sabios atenienses: nada de poetas como Sófocles ni Aristófanes; ni filósofos como Platón; ni retóricos como Isócrates. Esto explica en gran parte la oposición del grupo tradicionalista. Sin embargo, esta funesta intolerancia no debió ser muy tenaz y absoluta, pues en 548 vemos otorgarse á los poetas el derecho de corporación, y en 587 el Senado mismo trajo á Italia mil aqueos de alto rango y elevada cultura, entre los cuales se hallaba el primer historiador griego de las cosas romanas Polibio, al cual retuvo Roma en calidad de huésped, durante diez y siete años. Además de esto, los buenos, aunque pocos escritores que figuraron en aquel siglo, después de Andrónico, fueron como él, por punto general, muy estimados y hasta favorecidos por la aristocracia. Catón mismo, al decir de Cicerón y de Plutarco, fué en el último período de su vida un discípulo estudioso de los griegos, y él quien trajo á Roma al gran poeta Ennio que fué más adelante el portaestandarte del helenismo: verdad es que el inexorable censor, tipo el más perfecto y acabado de la severidad romana, no era sistemático enemigo de toda la ciencia ni de las obras todas de los griegos: antes por el contrario, era admirador de aquellos sabios escritores de la Grecia que, como Tucídides, por ejemplo, habían legado á la posteridad páginas repletas de ciencia útil y positiva. Desde que la oposición es menos rígida se vé que las musas griegas penetran con paso cada día más rápido en el suelo rudo y agreste del Lacio.

En resumen: en este siglo nace y empieza á vivir la literatura latina. En poesía la literatura dramática recibe un gran desenvolvimiento, y brillan los primeros cultivadores de la poesía épica y la satírica; en historiografía aparecen los primeros analistas; en derecho los primeros jurisconsultos y en la literatura didáctica los primeros escritores. Marco Porcio Catón es el digno representante de la elocuencia y de la prosa literaria del siglo VI; así como Andrónico, Nevio, Plauto, Pacuvio, Cecilio y Terencio y el polígrafo Ennio son los genios poéticos que más notable influencia ejercieron en este siglo.



b. *El siglo VII.*—El siglo séptimo completó lo que había comenzado el sexto. En el orden político después de la ruina de Cartago, de Corinto y de Numancia, puede decirse que quedaba cumplida la dominación de Roma sobre el mundo, siendo uno de los resultados de la conquista más dignos de consideración la fusión universal que realizó en el orden de las ideas. La Italia, la Grecia y el Oriente se ponen en comunicación viva y continua; por las puertas de Roma entran los representantes de todos los países y de todas las civilizaciones así como el espíritu de la gran Ciudad se extiende en todo el antiguo mundo por medio de las colonias, las preturas y los proconsulados. El turbión de esclavos extranjeros que en inmenso número se introduce en Roma, en la Italia y en la Sicilia, mézclase con las clases populares, influyendo prodigiosamente en sus creencias, en sus usos y en sus costumbres;— en las altas clases sociales, deseosas de distinguirse de las inferiores por sus gustos y maneras delicadas, encuentra un campo abonado donde ejercer su influencia el refinamiento gracioso, espiritual y delicado de los griegos asiáticos. Perfecciónase de un modo notable en este siglo la educación de los ciudadanos, ensanchándose considerablemente el círculo de los conocimientos que recibe la juventud romana. El de la lengua griega llegó á series tan vulgar como el de la lengua patria: así se explica como pudieron representarse en este tiempo comedias en griego y también nos da razón del sinnúmero de inscripciones bilingües (en griego y en latín) que se encuentran de esta época. La biblioteca de Paulo Emilio entregó á la avidez del espíritu romano todos los tesoros de la ciencia, del ingenio y de la elocuencia de los griegos. El helenismo se impuso por completo, pudiendo decirse ya con fundamento el *Græcia capta ferum victorem cepit*. Yá hemos visto como al finalizar la precedente centuria se había operado una especie de reacción contra el prejuicio nacional, siendo buena prueba de ello el favor y distinciones que se dispensaron al celebrado poeta calabrés Ennio y á otros escritores extranjeros; pero todavía faeron más grandes el respeto y la estimación que se captaron y la influencia que ejercieron en este tiempo el historiador Polibio, huésped por mucho tiempo de los romanos, y el filósofo griego Panecio. Este último, sobre todo, fué de tal manera considerado que Escipión el Africano le tuvo de

compañero inseparable, haciéndole vivir en su propia casa y llevándole consigo en sus expediciones militares.

Verdad es que todos los sabios griegos que vivieron en este tiempo en comunicación continua con los romanos, experimentaron á su vez una transformación muy digna de ser notada. Sabido es que los griegos miraron con singular predilección la ciencia contemplativa, y que los romanos eran poco dados á la especulación pura. Ahora bien, el historiador Polibio, y el filósofo Panecio, se separaron de sus compatriotas y se hicieron semi-romanos. Cicerón alaba á este último de gustar poco de las sutilezas dialécticas (*spine disserendi*) y de la inflexible rigidez de opiniones (*acerbitas sententiarum*). Panecio fué el maestro esclarecido que con su ciencia y con la elevación de sus sentimientos contribuyó poderosamente á acreditar en Roma la rígida filosofía de los estóicos; sistema filosófico que era por otro lado el más concordante con las creencias y sentido de los romanos, si bien también alcanzó alguna fortuna el escepticismo de sentido común de Arcesilao y Carneades y más adelante, por el abatimiento de las almas, á consecuencia de las calamidades públicas, la desconsoladora doctrina de Epicuro. Esta propagación de la filosofía, y la introducción de los cultos supersticiosos venidos de Oriente, crearon en el espíritu de las clases dirigentes é ilustradas cierta especie de escepticismo: pues llegaron á considerar la religión nacional como institución meramente política; y por otro lado en las muchedumbres, y aun en algunos personajes muy considerables de la República, encontramos un estúpido fanatismo que daba crédito á las supercherías, sortilegios y encantamientos de los adivinos, astrólogos y decidores de la buena ventura, que ejercían su industria lucrativa en los barrios bajos de Roma.

Además de la descreencia de los ilustrados y de la superstición de los ignorantes, cundieron otros muchos males en el orden moral, contrastando con la progresiva cultura de la época. Ya desde los últimos treinta años del siglo precedente empezó á apoderarse de las altas clases una sed de riquezas que no conocía obstáculo alguno para saciarse; se pisoteaban insolentemente las leyes; se emprendían las guerras más injustas; se celebraban triunfos sin autorización; se absorbía la sangre de las provincias y se saqueaba á los

aliados. Las convenciones y tratados de paz vergonzosas se hacían á cada paso; y, en lugar de adquirir como en otros siglos prestigio y grandeza por la —*Virtus*— romana, se empleaban la astucia, la mala fe y las intrigas diplomáticas. Cierto es que el siglo VI legó al VII la noble figura del segundo Africano, del ilustrado amigo de Panecio y de Polibio, y que en torno de él se agrupaban espíritus muy distinguidos; pero, por lo mismo que las costumbres de este círculo eran muy contrarias al espíritu dominante, se hizo un centro propio y literalmente aristocrático, cada día de más escasa influencia. En cuanto á las costumbres privadas véanse arrojados yá en este siglo los gérmenes de la profunda corrupción que en breve plazo describirá en sus elocuentes arengas el príncipe de la oratoria romana (1).

El cuadro de las costumbres de aquel siglo de agitación y de turbulencias debió retratarse con vivos y animados colores en la literatura de la época; pero por desgracia ni á nosotros han llegado más que débiles ecos de las patrióticas arengas de los Gracos, y de los grandes oradores de aquel siglo, ni es mucho por desgracia lo que se ha salvado de la importante literatura escrita del mismo: debiendo hacer notar á este propósito que, aunque eran ya bastantes los hombres de importancia que poseían una superior cultura, fueron contados los que escribieron: tanto porque todavía lo de ser autor se consideraba como un oficio de poca consideración ó como pasatiempo de los desocupados, cuanto porque casi todos los hombres de valer de aquel tiempo tenían que dedicar toda su actividad á la cosa pública y mezclarse por fuerza en las luchas enconadas de los partidos.

Los poetas latinos del siglo VII puede decirse que se limitaron casi á proseguir el cultivo de la literatura dramática, siendo sus más notables cultivadores: el gran poeta trágico L. Accio, que figuró á principios de esta centuria; á mediados de la misma, el poeta cómico Afranio, y el autor de togatas L. Atta. La sátira poética tuvo también en este siglo un digno representante en el caba-

(1) Para el estudio del estado social, político y literario de este siglo y para el conocimiento de su historia, véanse á Polibio, Plutarco, Apiano, etc., y entre los modernos á Gerlach, Estudios históricos; á Heeren, Revolución de los Gracos; Mommsen, H. R. y Teuffel, Bachr, Albert, etc., H. de la L. R.

llo Lucilio, y la poesía erótica en el docto P. Valerio Sorano.— En cuanto á la prosa, al calor de las luchas políticas adquirió un desenvolvimiento rápido la oratoria, siendo muchos los grandes ciudadanos que brillaron entonces en la tribuna, figurando entre los más elocuentes oradores el menor de los Gracos, M. Antonio y J. Craso; la historiografía del siglo VI hállase representada por Pisón, Frugi, Antipatro, Asselio, Sissená, etc.; es decir, por los escritores de Anales en que ya se nota la influencia de la retórica y el espíritu de partido; la ciencia jurídica por los Q. Escévolas el augur y el pontífice; y la erudición literaria y científica (que desde mediados del siglo comienza á ponerse en moda) por muchos escritores no romanos casi todos; á excepción quizá de L. Elio Estilón.

En esta primera época de la historia literaria de Roma, todavía la lengua latina conserva algo de la aspereza que hemos notado en los monumentos escritos de los cinco primeros siglos. Véase en ella empleados sustantivos que dejó en desuso el siglo de Augusto (1); otros se conservaron con una acepción distinta (2); fueron más adelante rechazados mil vocablos griegos, ó imitados del griego, ó de construcción extravagante usados humorísticamente por los cómicos (3). Empero lo que principalmente diferencia el lenguaje de esta época del de los siglos posteriores son las terminaciones de los sustantivos (4). Por último, es también muy de notar en este período literario el empleo frecuentísimo de diminutivos, caprichos que se dá también en los comienzos de otras literaturas modernas. Por último, otras partes del mecanismo gramatical y la ortografía latina sufrieron también numerosas modificaciones

(1) Tal sucede con el nombre *bucco* (parianchín), *anguina* (cables), *bucæda* (aqueil á quien se dan correazos), *axicia* (las tijeras), y otros mil.—Véase el gran diccionario de Scheller que cita los pasajes de los autores antiguos en que se encuentran estas voces.

(2) Por ejemplo: la palabra *heres*, que la usaban en sentido de propietario; *hostis* por extranjero, *labor* por enfermedad ó desgracia, etc.

(3) Así decían *architecton* en vez de *architectus*;—*hallophant* griego *hallophantés*, embustero, etc.—*Plagipatides* (suire lapos) llama Plautus á los pobres parásitos sobre los que á cada momento llueven palos y bofetadas.

(4) Muchos de la primera declinación se usaban como de la 3.<sup>a</sup> *angustilas*, *concorditas*, *indulgitas*; otros como de la 5.<sup>a</sup> *amicities*, *avarities*, *tu curies*; algunos masculinos de la 2.<sup>a</sup> se usaban como neutros y reciprocamente: *navum*, *collus*, etc.; se usaban en la 3.<sup>a</sup> decl. indistintamente las term. *io* y *do*: *claritudo* y *claritas*, etc. El genit. de la 1.<sup>a</sup> en *ai*, el dat. y abl. del pl. en *abus*; los en *us* de la 2.<sup>a</sup> declinábanse como de la 4.<sup>a</sup> etc., etc., etc. *Funk, De adolescentiæ latinæ linguæ tractatus, Marburg*. El interesante cap. VII de esta obra se halla extractado por Schoell, *lit. rom.* I, 96 ysgtes.

## LECCIÓN 7.<sup>a</sup>

### Segundo período histórico del Ciclo I.

EL SIGLO DE ORO: Su carácter y extensión: épocas en que se divide.—a).—ÉPOCA DE CICERÓN: carácter y aspecto general de la misma.—Las letras latinas en esta época.

Pasamos á ocuparnos del período más brillante de las letras latinas, de aquel que, por haber sido en el que figuraron sus escritores más insignes y en el que la literatura y la lengua alcanzaron su grado superior de belleza y perfeccionamiento, es conocido en la historia literaria con la denominación de *Siglo de Oro*:—como que abarca efectivamente el espacio de un *siglo* (desde el 671 al 770 de R.) ó sea desde la dictadura de Sila hasta la muerte de Augusto.

Este período esplendoroso de la Literatura latina clásica dijimos, al trazar el plan de nuestro Estudio histórico, que podía ser dividido en dos épocas bien marcadas y distintas: una, la de los últimos agitados años de la República, la edad de los grandes prosistas y oradores, *la de Cicerón*, en una palabra; la otra la era de la paz, la de los elegantes poetas, la de la literatura cortesana, *la de Augusto*.

x). — *Época de Cicerón*.—La mejor y la más interesante de las dos mencionadas edades es sin disputa la de Cicerón: (desde el año 671 al 711 de R.); pues si bien la poesía no llegó á alcanzar todavía en aquella época una lengua rítmica con toda la gracia, toda la flexibilidad y exquisita pureza que tuvo en los labios de Horacio y de Virgilio, en cambio la historia, la elocuencia y la literatura didáctica y política, los grandes géneros literarios en que más podía imprimir el pueblo romano su genio especial y su carácter, llegaron á todo su apogeo, manifestándose con tan alto estilo y con tan sobria majestad, como no volvió á verse en las épocas posteriores.

Yá hemos indicado de qué manera en el siglo VII se relajaron las costumbres, y cómo habían llegado á su colmo los abusos y la

corrupción de los optimates. En vano el ardiente patriotismo y noble corazón de los Gracos habían pugnado por poner remedio á los hondos males de la República: los ilustres tribunos fueron sacrificados, y comenzó desde entonces la lucha enconada entre la plebe y la nobleza, que agotando las fuerzas de la una y de la otra, hizo posible y fatalmente necesaria la dictadura. En la época que historiamos, la derrota del partido popular y el definitivo triunfo del patriciado eran un hecho consumado; pero la situación fué tan poco sólida como era poco fundada en derecho. Hallábase la aristocracia en extremo degenerada y dividida; no podía ser por consiguiente su dominación durable: y en cuanto al pueblo era un ciego instrumento, que manejaban á su capricho los osados y ambiciosos. La dictadura, repetimos, se hizo inevitable. Sila la ejerció feroz y tiránica, habiendo aniquilado la población con sus horribles proscripciones, y abdicádola después de tres años de bárbaro despotismo.

Aventureros como el joven Catilina, hicieron sus esfuerzos por apoderarse de ella, con el intento de destruir la República y constituir un poder único, que era el pensamiento constante de los jefes del partido popular. Los planes de Catilina fueron descubiertos durante el consulado de Cicerón, y el audaz agitador murió peleando heroicamente al frente de los suyos en los campos de Pistoria.

El cónsul Marco Tulio Cicerón, hombre de superior talento y de extraordinaria elocuencia, y que gozó de una popularidad inmensa, hubiera podido tal vez ejercer una provechosa benéfica dictadura, si hubiera poseído un carácter menos débil y tornadizo. Pero este hijo halagado de la fortuna fué impulsado por su vanidad y por su alma susceptible á seguir un sistema de báscula, que concluyó por hacerle perder la estimación de todos los partidos. El resultado inmediato de todo este deplorable orden de cosas fué la formación del primer triunvirato, luego la sangrienta guerra de César y de Pompeyo, la muerte de Pompeyo, el triunfo definitivo de César. El magnánimo general fué elegido *dictador perpetuo*; pero las reformas populares con que pretendió destruir la gastada constitución antigua republicana, movieron á algunos fanáticos, que deseaban á toda costa conservarla, á asesinar traidoramente al que apellidaban



*tirano*, siendo por el contrario el más liberal y generoso de los ciudadanos romanos. El vil asesinato del dictador no produjo otro resultado inmediato sino el herir de muerte á la república agonizante. En sus postrimerías un segundo triunvirato sirvió de puente para pasar á la Monarquía. El primer triunvirato llevó á Cicerón al destierro; el segundo le arrancó alevosamente la vida (1):

Dibujado el aspecto político de la época ciceroniana, pasemos á reseñar el estado de la cultura general y el movimiento prodigioso literario que tuvo lugar en aquel tiempo.—Mientras que la República marchaba rápidamente á su disolución, el culto helenismo dominaba más y más en la educación y en las costumbres, reflejándose vivamente su influencia en las formas cada vez más espléndidas y hermosas de la literatura. Educarse y vivir á la griega era inexcusable en toda persona distinguida. En todas las casas romanas de la alta clase se tenían griegos que servían de preceptores, de lectores ó de compañeros de viaje. Eran hombres de profundo saber que entraban al servicio de las familias de rango y concluían por imponérseles: Lúculo tenía á su Antioco; M. Crasso sostenía á Alejandro Polyhistor; L. Pisón á Filodemo; Cicerón tenía cerca de sí á Lysón y á Apolonio; M. Bruto á Aristos, Estraton, Posidonio y Empilos: verdad es que había poco de serio en este género de relaciones: los griegos buscaban en ellas condiciones de vida, el sustento; los señores romanos el tener á su disposición una pluma complaciente. Ahora, los espíritus enérgicos que, no habiendo heredado posición ni fortuna, deseaban abrirse camino y sobrepujar á sus predecesores, buscaron asimismo en la ciencia y en la literatura griega el medio de distinguirse. Hízose general el emprender los jóvenes de posición viajes de estudio al Oriente en busca de las más renombradas escuelas griegas de filosofía y de retórica: á Atenas, á Rodas á Mitilene: hasta tal punto que, al fin de la época de Cicerón, se consideraba como obligado complemento de toda educación superior el frecuentar una escuela griega, como

---

(1) Fuentes para el estudio de esta época: *Cicerón*, *Catilinarías*, *Filípicas*, etc.—*Salsustio*, *Guerra catilinaría*.—*César*, *Comentarios*.—*Veleyo Patérculo*, *Floro*, *Apiano*.—*Dión Casio*, *Plutarco*.—Entre los modernos han escrito admirablemente sobre la vida y la época de Cicerón: *Midleton*, *Flemmer*, *Suringar*, *Brückner*, *Porsyth* y *M. Boissier*.

lo indica el ejemplo del joven Cicerón, de Horacio, de L. Bíbulo, de Mesala, y de otros muchos.—Y no sólo influyó en el progreso literario del pueblo romano la civilización de la Grecia contemporánea, sino que también la gloriosa Grecia del pasado ejerció una gran influencia en la cultura romana, quizá más seria y fecunda, por medio de los libros. Así como Paulo Emilio, después de su victoria sobre Perseo, había traído á Roma una rica biblioteca griega, la toma de Atenas por Sila produjo el resultado de que trasladara este á la Ciudad la famosa biblioteca de Apélicon, y con ella las obras más preciosas de Aristóteles y de Teofrasto; el botín del Ponto proporcionó á Lúculo inestimables tesoros del mismo género. Así pudieron aparecer en Roma bibliófilos tan doctos como Cicerón y M. Terencio Varrón; y así formarse un comercio tan importante de librería como aquel á que se dedicó el famoso Ático.—Pero debemos añadir que, á pesar del conocimiento que los romanos obtenían por la bibliografía de la literatura griega antigua,—merced á los maestros que los instruían, se familiarizaron más con la literatura helénica de su tiempo ó con la de la época más inmediata.—El espíritu griego se enlazó de todos modos con el romano de la manera feliz que puede notarse en los insignes escritores latinos de aquel tiempo.

Y viniendo ya á ocuparnos de la rica producción literaria de esta época importantísima, hemos de hacer notar de nuevo aquello que en especial la distingue y caracteriza: el *predominante cultivo de la prosa*: dejándose ver en esto las tendencias prácticas de aquellos tiempos y la influencia de las luchas políticas.

Veamos, sin embargo, los géneros literarios en que más ó menos brilló el ingenio romano en esta época. *La elocuencia* llegó al apogeo de su desenvolvimiento artístico y consiguientemente adquirió cada vez más importancia la teoría del *arte oratorio*—(Cicerón): —prosperó grandemente la *literatura política*, habiéndose publicado acerca de los hombres y de los acontecimientos importantes de la época, abundantísima copia de folletos, de memorias y biografías,—así como un exorbitante número de obras que se ocupaban de las prácticas sagradas, lo que se explica por la importancia que tenían para la política misma las cosas referentes al culto;—*la historiografía* afectó diversos caracteres:—ora se inspiraba en un



sentido político (César), ora seguía las huellas de la antigua Analística (Cornelio Nepote), ora se ocupaba de historia comparada griega y romana; (Varrón, Ático, Nepote):—*la epistolografía* fué también género literario que se cultivó mucho en esta época, en gran parte con sentido político: razón por la que estos documentos literario-políticos, y las *acta diurna* ó periódicos oficiales instituidos por César, á fines del siglo VII, son considerados como fuentes muy estimables para la historia de aquellos tiempos de agitación, de lucha y de grandes pasiones;—*la literatura científica y la de erudición* adquirió un gran desenvolvimiento, consagrándose á ella multitud de literatos (Varrón) y de maestros, muchos de ellos libertos extranjeros; sobre todo la *filosofía* tuvo ilustres cultivadores que expusieron por primera vez en lengua latina, los más notables sistemas filosóficos de la Grecia; si bien practicaron, como los filósofos mismos griegos de aquel tiempo, una especie de eclecticismo al antojo de cada uno (Varrón, Cicerón);—*La poesía* juega un papel muy secundario, como hemos ya advertido, en toda la época que estudiamos; en la primera mitad de ella el más notable representante de la literatura poética es el *satírico* M. Terencio Varrón. En la segunda mitad de la misma se prestó mayor atención al culto de las musas: movimiento que produjo como primer resultado el *poema didáctico* de Lucrecio, obra enteramente romana en su honrada rudeza y por el carácter arcaico de su lengua; pero informada por un serio espíritu filosófico. La generación joven se distribuyó los *diversos géneros de poesía* y cultivó los campos más variados: tales fueron Catulo y sus allegados Licinio Calvo, Helvio Cinna y otros varios. La *literatura dramática* fué la única que quedó sin cultivadores: la gente de letras, encerrada en su egoísmo, desdenaba escribir para el pueblo: gracias á que eminentes actores como Esopo, el trágico, y Roscio, el cómico, supieron dar una vida nueva á las piezas trágicas y á las *palliata* del siglo VI de Roma:—*el mimo* se hizo bien pronto el más popular de los géneros dramáticos, debido á que esta clase de juguetes cómicos eran el único espejo en que el pueblo veía retratadas las costumbres disolutas de aquellos tiempos calamitosos.

El plantel de literatos y de hombres científicos de la edad ciceroniana puede dividirse en dos secciones, según que pertenecen á

la primera ó á la segunda mitad de dicha época, á la antigua ó á la nueva generación (1). Son los primeros aquellos cuya juventud se remontaba á los días de las terribles luchas entre Mario y Sila, cuyos escritores ú oradores ostentaron en sus discursos ó en sus escritos el carácter grave y serio de su tiempo (Varrón, Hortensio, Cicerón, César, Lucrecio);—son los segundos aquellos que florecieron en los vergonzosos días de gran relajación moral de Clodio y de Clodia, en los que el cinismo pasaba por ingenio, en aquellos en que la antigua austeridad romana no se encontraba *ni en las costumbres ni en los libros*, como decia Cicerón;—en los que los jóvenes escritores, dejándose arrebatar por el torbellino de las pasiones dominantes, agostaron en flor su existencia, (Calvo, Celio Rufo, Salustio): fueron bajo este punto de vista, así como por sus tendencias literarias, los precursores de la juventud disipada dada á las letras en el siglo de Augusto.

Pueden dividirse también los escritores de la época de Cicerón en dos grupos distintos, atendiendo á la diversidad de sus tendencias literarias: pues los unos son, digámoslo así, *conservadores*, como Varrón y Lucrecio, es decir, escritores que inspirándose en el sentimiento nacional, atendían más al fondo que á la forma: otros eran bajo este punto de vista *reformistas*, como Cicerón y Catulo, y se preocupaban mucho, como los griegos contemporáneos, de la gallardía de las formas y de la perfección del estilo.

---

(1) Cicerón ocupó una posición *central* por la extensión de su actividad literaria y por la duración de su influencia; la vieja generación y una parte de la joven se agrupaban en torno de él. Consideraremos, pues, el año 691 DE R., 93 A. DE C., ó sea el año del consulado de Cicerón,—que marca el momento crítico en la situación de los partidos y en la vida del grande orador,—como el punto de división de las dos mitades en que partimos esta época: comprendiendo en la primera los escritores que á la mencionada fecha habían llegado al punto culminante de su actividad política ó literaria, y en la segunda los que estuvieron en su apogeo después del dicho año 691.

Á la 1.ª mitad de la época pertenecen: M. Terencio Varrón, que nació en 639, Q. Hortensio, (n. 640), Atico, (n. 645), Cicerón que nació en 648, y D. Laberio.—Á la 2.ª mitad corresponden, aunque formando parte de la generación más antigua: César que nació en 645, Lucrecio, (n. 655), M. Porcio Catón, el menor, (n. 659), Cornelio Nepote, (n. 660); y representando la generación más joven: G. Salustio Crispo, que nació en 667, Catulo que nació en el mismo año, M. y D. Bruto, (n. 669 y 670), Asinio Polión (n. 670) M. Antonio, (n. 671), Calvo y Varrón de Atax, (n. 672), etc.—*Teuffel: Liter. romana*, I, 259 y sgtes.

Por último, en política la generación joven se dividía asimismo en dos partidos: pues los unos eran *republicanos*, como Catulo, Calvo, etc., y los otros *partidarios de la política de César* como Q. Tuberón, M. Antonio, Trebacio, Asinio Polión y el príncipe de los historiadores de la época, el elegante C. Crispo Salustio.

## LECCION 8.<sup>a</sup>

### Continuación del Siglo de Oro.

6. LA ÉPOCA DE AUGUSTO; su aspecto general y su carácter: las Letras latinas en esta época.—Estado de la lengua latina en el Siglo de Oro.

Vamos á examinar en esta lección la segunda época que hemos distinguido en el *Siglo de Oro* de la Literatura romana. Es esta la llamada *Época de Augusto*, porque en efecto la política sagaz y astuta de este príncipe influyó no menos que en las instituciones y en las costumbres de su época, en el especial carácter que toma la literatura en los días de su reinado (1).

Después de la batalla de *Actium* y de la muerte del triunviro, amante de Cleopatra, terminó el azaroso siglo de las guerras civiles, habiendo quedado César Octaviano señor exclusivo de Roma, y cerrado por primera vez el templo de Jano, desde la época de Numa. Pero este nuevo árbitro del mundo, esquivando con cautelosa astucia el dar en los escollos mismos que su gran predecesor, procuró no romper abiertamente con el pasado republicano; y, aunque con ánimo deliberado de ir anulando las instituciones antiguas, afectaba sincera voluntad de respetarlas. Con tal propósito fué asumiendo en sí, mas con apariencias de desinterés, todos los altos poderes y grandes cargos de la República: recibió primeramente el título de emperador (*imperator*) y después el de Augusto, y pasando por cima de las leyes, fué declarado conjuntamente cónsul, censor, pontífice, tribuno. Para evitar toda sospecha de usurpación, rehusó el título de dictador perpetuo, que le fué ofrecido por el pueblo. Con el mismo propósito se hacía nombrar colegas en el consulado y procuraba que fuesen elegidos de entre sus más impla-

(1) Para el estudio especial de esta época pueden consultarse, además de los historiadores antiguos, *Veleyo Patérculo*, Hist. romana; *Tácito*, *Anales* é *Historias*; *Suetonio*, *Biografías de los primeros emperadores*, etc.—á *Egger*: *Examen critico de los historiadores antiguos de la vida y del reinado de Augusto*;—*Löbell*: *sobre el principado de Augusto*;—*Becker*: *Galó ó escenas romanas en tiempo de Augusto*.

cables enemigos: el hijo de Cicerón, por ejemplo, Polión, Varrón, Pisón, Lentulo, los nombres más ilustres y respetables de la República. Pero es lo cierto que el omnipotente *imperator* mandaba las legiones y la armada; que presidía el Senado, que gobernaba el Estado, que inspeccionaba las costumbres, la religión y el culto, que representaba, en fin, al pueblo; que había declarado su persona sagrada é inviolable.

Esta política hipócrita y sagaz (1) diseminó en los órdenes más elevados, y hasta en la misma literatura, un general espíritu de falsía. Ya en otro lugar indicamos que desde fines del siglo VI se venía apoderando de las almas superiores un cierto escepticismo religioso: pues bien, en la época de que nos ocupamos no había un solo hombre esclarecido que creyese ya en las fábulas del politeísmo. Augusto, como todos los hombres ilustrados de su época, participaba de la misma descreencia; pero juzgaba también, como todos, que la religión era un útil instrumento político, y de necesidad imperiosa el sostenimiento del culto nacional: afectó, pues, el celo más exagerado por el exacto cumplimiento de las ceremonias religiosas, haciendo restaurar los antiguos templos y erigiendo otros suntuosísimos con la colaboración y auxilio de los ciudadanos más opulentos de Roma: él obtuvo de Filipo la construcción de un templo á Hércules, de Cornificio la de otro dedicado á Diana, y hasta de su rival Asinio Polión, logró que levantara un templo á *la diosa de la Libertad*. Tal desconsoladora falta de fe, unida á tan calculada hipocresía, trascendió, como no podía menos, á las costumbres, cundiendo como nunca en la ciudad con el elegante despotismo, la adulación, la venalidad, la abyección, la perfidia y la depravación más insolente y desenfrenada. El lujo, los grandes escándalos domésticos, (la seducción, el adulterio, el divorcio), el calculado célibatismo, eran síntomas harto graves de la profunda llaga que corroía las entrañas de aquella sociedad, y á la cual pretendían hipócritamente los gobernantes poner remedio por medio de las leyes (2) cuando ellos mismos eran los primeros en quebrantarlas. La su-

(1) Sobre la doblez y falsía del dictador escribe un historiador de nuestro tiempo. «Augusto murió diciendo á los que le rodeaban: «Si he ejecutado bien el drama de la vida, aplaudid.» frías palabras que revelan el carácter del hombre calculador y astuto y acusan la indiferencia que comenzaba á consumir la civilización antigua.

(2) La ley *Julia* y la *Papia poppea*.

presión de la vida pública, y la desocupación y el ocio, que fueron consiguientes, tornaron á aquella noble Roma, en otro tiempo tan sobria en sus costumbres, en una sociedad sin pudor, por completo embriagada en los placeres, aduladora servil de aquel despotismo fascinador, que, en cambio de sus votos y de sus alpausos, la ofrecía para su recreo y esparcimiento circos y teatros espléndidos, paseos y jardines pintorescos, térmias regaladas y pórticos magníficos.

Pues la literatura se hizo asimismo servil y cortesana: porque si bien en un principio hubo alguna diferencia entre los escritores de la generación antigua, que habían gozado su juventud en los días de la república, y los de la nueva, educada bajo la monarquía, bien pronto la paz y los trabajos del despotismo ejercieron su influencia enervadora sobre todos indistintamente. Comprendiendo, en efecto, el astuto emperador cuánto importaba á sus propósitos contar con los aplausos de los hombres de saber, se declaró protector decidido de las letras, y á toda costa quiso hacerse amigo de los grandes escritores de su tiempo: él sedujo al severo republicano Varrón, confiriéndole el encargo de comprar y organizar vastas bibliotecas públicas (1);—él recogió á Horacio, náufrago de Filipos, en el que todos creían que existía un espíritu inquebrantable, por haberse mantenido algún tiempo á la sombra y á distancia del dominador;

(1) Ya hemos hablado en otro lugar de las importantes bibliotecas de Perseo y de Apélicon de Teos llevadas á Roma por Paulo Emilio y por Sila. El poderoso Lúculo, á fin de promover y difundir la filosofía y la ciencia griega, abrió la suya al público con liberal magnificencia. Fueron también riquísimas las colecciones de Ático, de Cicerón, de su hermano Quinto y del docto Varrón. Asinio Pollión con el botín de la guerra dalmática fundó la primera biblioteca pública en un suntuoso pórtico del templo de la Libertad (715 de R.);—y, á imitación suya, Augusto instituyó otras dos: la *Octaviana* y la *Palatina* cuya organización encargó previamente al sabio Varrón: la primera se estableció en el teatro Marcelo y fué confiada á la inspección del renombrado gramático C. Melisso; la *Palatina* se fundó en el templo de Apolo y fué encargada al no menos célebre Higino: esta última fué presa de las llamas en el incendio de Nerón y la *Octaviana* en el de Tito.

En cuanto á la construcción y disposición de los edificios destinados á bibliotecas, el descubrimiento de una en Herculano nos ha proporcionado un exacto y minucioso conocimiento de los mismos, y el medio de comprender mejor las descripciones que de bibliotecas nos han dejado los antiguos.

Las bibliotecas notables públicas ó las de los palacios de los grandes se adornaban con retratos y bustos de divinidades (*Minerva*) ó de personajes célebres.—Los esclavos ó libertinos encargados de su custodia, de las copias de libros, etc., eran de una especial categoría (*antiquarii, librarii, amanuenses litterati*).—Sobre las bibliotecas antiguas romanas V. Poppe, Diss. de privatis atque illustrioribus pub. vett. Rom. bibliothecis, earumque fatis. Berol. 1826.—Geraud, Ensayo acerca de los libros en la antigüedad. Paris, 1840.



—El colmó de beneficios al poeta Virgilio, proporcionándole para sus poemas asuntos tan nobles como la glorificación de la antigua agricultura del Lacio y las leyendas heroicas de la cuna de Roma;—él en fin, patrocinó y hisopjeó con bromas amables al gran historiador Tito Livio, reprochándole tan solo su adhesión á la causa vencida, con el cariñoso título de «mi querido pompeyano». La dulce afabilidad y ese arte del mundo sutil y adormecedor triunfaron sin grandes esfuerzos de todas las resistencias, obligando á aceptar á todos un poder en apariencias patriótico y tolerante, pero que llevaba en sí la degradación del sentimiento y la ruina de la libertad. Hemos afirmado que sin grandes dificultades, porque la fortuna favoreció en grau manera los planes del usurpador. Á los adversarios de su política les faltaban yá las fuerzas y el ánimo, viéndose abandonados del pueblo, que se hallaba cansado á su vez de luchas interminables. La indigna pasión de Antonio por Cleopatra hab'a servido también de pretexto á otros para pasarse al campo de Octavio. De tal manera hoy uno, mañana otro, iban todos reconciliándose con el nuevo orden de cosas. Los hombres de carácter que no se doblegaban, como los jurisconsultos Casselio y Labéon, pasaron por originales ridículamente tenaces con los cuales era imposible toda inteligencia. En suma, los esplendores de la Roma imperial se impusieron á los poetas, historiadores, oradores y eruditos de la época, viniendo á ser la literatura un instrumento dócil del imperio: *Instrumentum Regni*.

Á la vez que la situación era favorable para las letras, los poetas y literatos encontraron un apoyo inmediato en los hombres de Estado de aquel tiempo, ora por tener ellos mismos gustos literarios, ora porque, al despeñar esta protección, obedecían á cálculos políticos. Las casas de estos importantes hombres públicos fueron otros tantos círculos ó tertulias literarias de suma importancia, pues en ellas se dieron á conocer multitud de ingenios de la época. El primero de todos estos círculos era el de Mecenas, del cual el poeta Horacio, aunque no el de más edad, era el miembro más eminente por la originalidad de su carácter, por su ingenio vigoroso y por el encanto de su inimitable estilo. Á este círculo pertenecían Virgilio, L. Vario, Plécio, Tucca, Quintilio Varo, Aristio Fuceo, Domicio Maso, etc. Más tarde fué uno de sus concurrentes el poeta Propert-

cio. El colorido francamente gubernamental de esta reunión, se comunicó á todos y á cada uno de los hombres de letras que la frecuentaban, como puede apreciarse por muchos de sus escritos glorificadores de la política de Augusto. Otro de los círculos literarios, el de Messala Corvino, era más reservado en materia política: por lo menos el nombre de Augusto ni una sola vez figura en las hermosas poesías de Tibulo, el más distinguido de los escritores amigos de Messala. En la reunión de este magnate se señalaron Pedio Poplicola, hermano de Messala, Emilio Macro, Valgio Rufo, Lygdamo, Sulpicia, Lynecio y alguna vez Ovidio. Asinio Polión era asimismo insigne cultivador y amante de las letras; pero su crítica dura y severísima alejaba de su lado á todos los escritores como no fueran de la superioridad reconocida de Horacio. Debíose, sin embargo, á la iniciativa de aquel literato eminente la boga que alcanzaron en aqueila época las *recitaciones* y *lecturas públicas*, que vinieron á reemplazar (correspondiendo perfectamente con el espíritu del tiempo) á las antiguas asambleas populares. En cuanto al emperador Augusto, ya hemos consignado que procuró captarse con su benevolencia la adhesión y el aplauso de los hombres más ilustres de la época; pero ahora debemos añadir que en los últimos años de su reinado, cuando consideró su poder sólidamente establecido, cuando se vió solo y abandonado de los compañeros y amigos de sus mejores años, pues todos le precedieron en la tumba, tornóse irritable y sombrío: el antiguo *tolerante amigo de los literatos*, dictó entonces las medidas más duras é inexorables contra escritores insignes de su tiempo. (1)

Presentado ya el cuadro, á la vez deslumbrador y triste de la época, pasemos á determinar los géneros literarios que en la misma fueron cultivados.

Ya advertimos en la lección anterior, que así como la época de Cicerón fué la de los grandes oradores y prosistas, la de Augusto se distinguió por sus elegantes y primorosos poetas: fenómeno lite-

---

(1) Egger en la citada obra suya acerca de los Historiadores antiguos de Augusto, distingue dos épocas en su reinado: el primero en que hubo más libertad para escribir, y el segundo en que se castigaba y sofocaba la libertad de hablar y de escribir en cuanto se opusiesen á la política ó intereses del poder dominante (*destierro de Ovidio*).



rario cuya explicación y fundamento se halla en el distinto orden político dominante en una y otra época histórica.— Con el despotismo político tuvo que enmudecer *la tribuna*. Extinguida la vida pública, toda la actividad política pasó á las manos del soberano: las asambleas populares se hicieron cada un día menos frecuentes, y por lo tanto faltaban á la palabra las grandes ocasiones en que pudiera inflamarse con el fuego de la elocuencia. No le quedaba á la oratoria más campo que las deliberaciones del Senado, y las causas civiles que se juzgaban ante el tribunal de los centumviro; y, aun así, en el primer caso la libertad de la palabra se veía coartada por la presencia del príncipe y el servilismo de la mayoría de los senadores; y en cuanto á la competencia, yá bien limitada de los centumviro, disminuyó más de día en día en provecho de la del *Præfectus urbi*. De tal manera se les escapaba el terreno á los escasos oradores que como Asinio Polión y M. Messala, habían sobrevivido á la República: los que no quisieron condenarse al silencio turrieron que acomodarse al género reinante, al discurso enfático y falto de seriedad, á *la declamación*, en una palabra.— Los esfuerzos del insigne *retórico* cordobés M. Séneca, por restaurar la tribuna, fueron enteramente estériles.— *La historiografía* que en la época anterior había conseguido un gran florecimiento, se resintió también notablemente del nuevo régimen político. M. Bruto fué defendido, es verdad, en las memorias de sus amigos Messala y Volumnio; pero después de la batalla de *Actium*, Asinio Polión consideró prudente dejar sin concluir su historia de las guerras civiles. No había medio de escribir historia sino á gusto y complacencia de la política imperial. Era preciso por consiguiente ocuparse de épocas remotas, como lo hicieron Trogo Pompeyo, Fenestela, y L. Arancio, ó emplear la ingenua poética sencillez de Tito Livio. Todo este cúmulo de circunstancias dió lugar á que la historia romana fuera campo explotable para los escritores griegos contemporáneos (Timágenes y Nicolás de Damas, Diodoro, Dionisio de Halicarnaso, Estrabón, Juba, etc., etc.) extraños á las complicaciones políticas por razón de su nacionalidad.— En cuanto á la *literatura científica*, trataron de distintos asuntos especiales Julio Higino, Verrio Flacco, Sinnio Capiton y Vitrubio: la literatura jurídica, en la que se distinguieron Antistio Labeón y Ateyo Capiton, adquirió

cierto prestigio, gracias á la importancia que otorgó el emperador á las respuestas y opiniones de los jurisconsultos.

Así como el desenvolvimiento de la prosa y de la elocuencia estaba en armonía con la antigua vida activa y seria de los romanos, el desarrollo considerable que tuvo la literatura poética en la época de Augusto, hallábase en conformidad con la *decantada paz* y las dulzuras que disfrutaban, bajo el imperio, los inofensivos amantes de las musas. No fué en verdad una poesía nacional y grandiosa, de alto vuelo y acento generoso, la de estos poetas de la corte de Augusto; porque modelada principalmente en el estilo de la esmerada poesía alejandrina, atendía á la melodía del verso, á la galanura de la expresión, á la delicadeza y gracia de las imágenes, á ser amena y deleitosa, mas que á conmover ni á levantar el sentimiento popular. Los poetas romanos del tiempo de Augusto, no escribían para halagar ni entusiasmar á un gran pueblo como los excelsos vates de Grecia; ni aun siquiera para divertir á las muchedumbres, como los poetas cómicos latinos del siglo VI: sus poemas se escribían para ser leídos en reuniones selectas ó para ser juzgados por la posteridad, afectándose en ellos en algunas ocasiones cierta desestimación del aplauso popular. Así vemos á estos poetas, en especial al pulcro elegantísimo Horacio, en lucha perpetua con la corriente general, que tributaba un homenaje de admiración á los antiguos escritores nacionales; pero esta lucha era sin duda apasionada como sostenida por el despecho y el espíritu de partido.

A pesar de las anteriores consideraciones, es preciso reconocer que en lo que podemos llamar gracia poética así como en lo respectivo á la belleza y elegancia de la forma, los poetas clásicos latinos del Siglo de oro no tienen rival. Cultiváronse por ellos con exquisito primor artístico todos los géneros poéticos: la *epopeya* (con las variedades próximas del *poema didáctico* y del *idilio*) tuvo un representante notable en el príncipe de los poetas latinos P. VIRGILIO MARÓN; la *poesía lírica* fué llevada á su mayor altura por Q. HORACIO FLACCUS: quien, más que en los alejandrinos, se inspiró en los líricos clásicos de Grecia: en Alceo y en Sáfó, en Píndaro y en Simónides;—el mismo esclarecido poeta había dado antes nueva vida á la *sátira romana*; pero este género, privado del movimiento

y de la libertad republicana, tenía que limitarse á determinados asuntos: por lo que aparece después (en el mismo Horacio), bajo la forma de la inofensiva *carta poética*, en un tono más acomodado á las circunstancias;—los poetas *elegiacos* superan en ingenio á sus predecesores; la *elegía erótica*, introducida en el mundo literario por Cornelio Galo, ofrece en las obras de Tibulo la gracia y el encanto de los poetas de la Grecia; enriquecida con asuntos nuevos por Propertio, adquiere una perfección y ligereza de formas notables en la lira del desgraciado Ovidio.—En cuanto á la literatura dramática continuó en lamentable decadencia; pues el pueblo más buscaba en el teatro las pomposas fiestas, los mimiambos y las pantomimas lúbricas, con que procuraron entretenerle sus nuevos señores; que las producciones fecundas del ingenio, que conmueven el corazón y regeneran el espíritu.

Terminado el rápido bosquejo histórico de esta Época literaria, segunda de las dos en que hemos dividido el renombrado Siglo de Oro, vamos á terminar esta lección haciendo algunas breves consideraciones acerca del estado de la lengua latina en este Período. — Por dos caminos llegó la lengua latina, enérgica y de suyo ya vigorosa, al grado superior de perfección que alcanzó en este brillante período de las letras romanas: por una parte contribuyeron á darle firmeza y precisión, á depurarla, digámoslo así, los trabajos gramaticales á que se dedicaron no sólo literatos tan doctos como Varrón, sino hasta hombres de Estado de tanta importancia como Julio César; y por otra vinieron á prestarle flexibilidad, belleza, melodía y elegancia sin igual los grandes prosistas y poetas que ilustraron la historia romana en su celebrado siglo literario. El primero de todos Cicerón. Este príncipe de la tribuna romana, este literato eminente debe ser considerado como el que representa el punto céntrico y culminante de la literatura y de la lengua latina; por lo mismo que la prosa literaria fué en lo que más positivamente lució el ingenio de los romanos, y por lo mismo que la palabra bello-útil llegó en Cicerón á todo su apogeo: en la retórica, en la filosofía y en la política, hasta en el género epistolar. Al par que Cicerón, ennoblecieron también el idioma latino otros prosistas distinguidos: siendo verdaderamente notables el historiador César, por su modesta sencillez; Salustio por su expresiva concisión (*immortalis velocitas*);

Tito Livio por su encantadora abundancia (*lactea ubertas*), y todos por su pureza y encantadora elegancia. No menos sensible fué la influencia de los poetas del Siglo de oro en el progreso y perfeccionamiento del idioma latino. Ya el profundo Lucrecio había precedido al mismo Cicerón en lo de acaudalar el vocabulario científico, salvando las dificultades que experimentaba al tratar su asunto en la lengua de los romanos; pero todavía fué mucho más lo que ganó la lengua poética con los vates de la época de Augusto: *En los versos armoniosos del cantor de la Eneida, dice Fieker, domina aquella armonía eternamente joven, hermana y compañera de las Gracias, cuyo hábito suave espárce sobre cada verso la eufonía y sobre cada período el ritmo que completa la analogía de la expresión y del pensamiento.*— Debemos añadir que éstos progresos se verificaron en la lengua literaria; pues el *idioma popular ó lengua común* sufrió graves alteraciones (de las que ya se dolía el mismo Cicerón) en los labios de los extranjeros que venían á Roma; ó en las provincias conquistadas, al ponerse en contacto con los dialectos más ó menos rudos de los indígenas.

## LECCIÓN 9.<sup>a</sup>

### Ciclo II.—La Literatura romana durante el Imperio.

*Primer período:* LA EDAD DE PLATA de las Letras latinas, su carácter y aspecto general. Estado de la Literatura y de la lengua en este período.

Dijimos que el primer período del *Ciclo literario del Imperio* lo constituye la comunmente denominada *Edad de plata (ætas argentea)* de las letras latinas: cuyo período comprende los reinados de los Césares de la dinastía julia y flavia y los de Nerva y de Trajano, ó lo que es lo mismo, desde la muerte de Augusto hasta el principado de Adriano. (1) Ya hemos consignado en otro lugar que á este período literario se le intitula *edad argentea*, porque todavía en el primer siglo del cristianismo que comprende, —(ó más exactamente desde el año 14 al 117)—dieron lustre insignes escritores á las letras latinas clásicas. Suélese, sin embargo, llamar *escritores de la decadencia*, en general, á todos los autores romanos posteriores á la época de Augusto, sin más diferencia entre los de esta edad de plata y los subsiguientes que el considerar como de menes valor á aquellos que más se alejan del renombrado Siglo de Oro. Empero no toda la literatura del siglo I es digna de la calificación de decadente: cierto que no encontraremos en las obras de ninguno de los escritores latinos de este siglo aquella proporción harmónica en las partes, ni aquella unidad, medida y exquisita propiedad en los términos, ni la sencillez ni la gracia encantadora que admiramos en las producciones literarias de la época más clásica; pero en

---

(1) Facciolati, Funcio,—y Baehr, Ficker y Teuffel, consideran el término de este período literario hasta el reinado de Trajano. Wolf y Schoell lo extienden hasta principios del de Adriano; Walch y Celario hasta Antonio Pio.—Fuentes para el estudio de esta época: los antiguos historiadores Velejo, Tácito, Suetonio, Plutarco, etc. y Plinio el joven.—Cartas de César Balbo á Amadeo Peyrón, sobre los primeros siglos de la era cristiana. Turín, 1838.—*Merival, H.* del Imperio romano.—*Hock.*—Hist. rom. desde el fin de la R. P. hasta Constantino.

cambio hay no pocos insignes escritores en este azaroso siglo que poseen la primera y la más apreciable de todas las cualidades literarias, aquella que las comprende todas: *la originalidad*. En efecto, para hablar y escribir en esta época desastrosa y terrible, en nada semejante á los anteriores tiempos de la sociedad romana, se necesitaban una elocuencia y una poesía nuevas, un lenguaje y un estilo desconocidos: ni la dulce serenidad ni la facundia espléndida de Tito Livio podían ser empleadas por el grave Tácito, airado contra su siglo, ni podemos exigir al indignado poeta Juvenal, la gracia, la urbanidad ni la cadencia rítmica de Horacio; las saturnales de los Césares y las iniquidades y desastres de aquellos tiempos reclamaban, como hemos afirmado, otro estilo y otro lenguaje; y no cabe considerar como escritores de decadencia á los hombres que supieron crear esta nueva literatura con la fuerza de su inspiración y de su ingenio. Escritores de decadencia pueden considerarse en buena hora los infinitos escritores *plagiarios* de la misma época, el rebaño servil de imitadores (*oh imitatores! servum pecus*) contra los que arrojó sus aceradas saetas el gran satírico latino. En esos escritores está la verdadera decadencia; la decadencia incurable, porque, como dice muy acertadamente el docto crítico Mr. Paul Albert, esa decadencia es ante todo esterilidad.

Hechas estas previas indicaciones, vamos á bosquejar rápidamente el cuadro que presentaba el Imperio romano durante el siglo primero del Cristianismo, para explicar después las vicisitudes por que pasaron, en medio de aquel profundo abatimiento moral y político, la vida intelectual y más especialmente la literaria de aquella nación infortunada.

Sabido es que con el nacimiento del Imperio, Roma vió extinguirse los últimos fulgores de su preciada—virtud—y de su antigua gloria. Ya hemos visto como los hombres de genio se doblegaron, convirtiéndose en dócil instrumento de la astuta política de Augusto;—las altas clases sociales cómo vivían encenagadas en el sibaritismo y en el vicio;—el pueblo cómo se arrastraba degradado y envilecido.—En una sociedad tan debilitada y abyecta ¿cómo no había de echar raíces profundas la tiranía despótica y arbitraria? En efecto, después de la muerte de César Augusto, ciñeron la diadema imperial una serie de príncipes abominables, cuya política



inicia y desastrosa se recordará perpetuamente con horror en la Historia. Impusieron aquellos déspotas á su pueblo el yugo más afrentoso; dieron insensata muerte á la autoridad del Senado; sofocaron aquel alto espíritu de patriotismo y aquella noble abnegación, que engendraron en otro tiempo la grandeza y el poder de la invicta Roma. El primero de estos monstruos coronados fué Tiberio, que sacrificó sin piedad por la terrible *ley de lesa majestad* á multitud de ciudadanos inocentes;—vino después el feroz Calígula cuya bárbara crueldad fué llevada hasta la demencia;—seguidamente fué elevado al trono por los pretorianos el débil Cláudio, príncipe algo más inofensivo; pero, mientras él se entregaba á sus raras aficiones arqueológicas, sus célebres favoritos vendían los cargos públicos y tiranizaban las provincias, y las impúdicas Mesalina y Agripina hacían víctimas de su vergonzosa lubricidad y de su codicia á los hombres más dignos de su tiempo;—por último, subió al solio imperial el ingrato regio discípulo de Séneca, el incendiario de Roma, el asesino de su propia madre, el terrible Nerón, déspota el más repugnante y odioso que han conocido los siglos. Concluyó con este infame parricida la monstruosa dinastía Julia, que había tiranizado á Roma por más de cincuenta años, sucediéndole, en el gobierno del Estado, después de un breve período de anarquía, la más benéfica familia de los Flavios; pero como si la Providencia quisiera revelar la triste condición de los pueblos sometidos á un poder absoluto, tras de los primeros monarcas bondadosos y humanitarios que de esta casa reinaron, Vespasiano y Tito, cionó en sus sienés la corona un tan brutal enérgimen como el emperador Domiciano. El breve período de doce años, durante el cual ocuparon el trono los dos primeros Flavios, fué en la historia del Imperio un oasis de ventura, después de los días de fiebre ardiente y de desesperación de la primera dinastía. Vespasiano devolvió su autoridad y prestigio al Senado, mejoró la administración y las costumbres, erigió grandes monumentos y protegió las ciencias y las artes útiles. Su hijo Tito, llamado por su rara virtud y su bondad *amor y delicias del género humano*, prosiguió la obra gloriosa de su ilustre padre, llevando á tal punto su natural benéfico y generoso que *consideraba perdido el día que no había hecho algún beneficio*; este monarca prudente conservó asimismo

sus prerrogativas al Senado y á los Comicios, y expulsó á los espías y delatores, dejando en desuso la ley pavorosa de lesa majestad. Contrastando con el carácter del generoso Tito, fué el de su hermano y sucesor Domiciano violento, feroz y sanguinario. Por fortuna este vástago degenerado de la noble familia flavia tuvo por sucesores en el trono á dos monarcas de instintos nobles y alma levantada: al venerable anciano Nerva y después de él á su hijo adoptivo el español Ulpio Trajano, quien con su valor y prendas nobilísimas, supo levantar el Imperio á un superior alto grado de prosperidad y de grandeza, así en el orden material como en lo que dice relación á la vida intelectual, pues el ilustre príncipe fué protector desinteresado de las ciencias, de las artes y de las letras.

Por la idea ligerísima que acabamos de dar de la triste situación política por que atravesó el Imperio durante la época que actualmente es objeto de nuestro estudio, puede fácilmente deducirse que la literatura debió arrastrar en él una existencia dolorosa, sobre todo, durante el despótico gobierno de la familia augusta y del último príncipe de la flavia. Todos estos príncipes, aunque no destituidos de cultura, fueron declarados enemigos de toda manifestación sublime del pensamiento. Aquellos déspotas endiosados no podían sufrir en torno de ellos nada que pudiera oscurecerlos: al lado de ellos no cabían más que míseros serviles aduladores ó instrumentos inicuos de su tiranía. El mismo anhelo de insensata glorificación literaria, que se anidaba en el alma de algunos de estos déspotas inexorables, los indujo á hacer enmudecer á los hombres de genio que en su tiempo osaron levantar, compitiendo con ellos, el vuelo de su ardiente fantasía: tal sucedió con el poeta español Lucano, en hora fatal para él colocado por su tío Séneca al lado de Nerón.

Este insoportable régimen de opresión, que condenaba al genio á un silencio de muerte ó á la indigna adulación y bajo servilismo, produjo por otro lado la funesta consecuencia de crear en los espíritus cierta presunción y arrogancia extravagantes. El hábito de la hipocresía llevó á olvidar por completo la naturalidad, y de los hombres de la época hizo unos cómicos afectados, unos ampulosos declamadores. Los pensadores y literatos no pudieron menos de dejarse arrastrar por la corriente de los tiempos, y adquirieron asimismo una avidez extraordinaria de singularizarse, un sentimiento



de presunción y de vanidad á veces llevada hasta el delirio, que imprimió carácter, como no podía menos, á la manera de escribir de los Autores de esta época. La sobria sencillez se reputaba como pobreza de entendimiento; hacíase gala de la sutileza de los conceptos; del uso incesante de los giros retóricos en la poesía, y en la oratoria del estilo recargado de expresiones ó imágenes poéticas. Todos los escritores, aun los más notables y distinguidos, exageraron su propio estilo individual; Séneca, su concisión, Persio su obscuridad calculada, Juvenal sus vivas descripciones, Valerio y Estacio el pulimento de sus formas. Ciertamente en los tiempos de Vespasiano algunos escritores de gran valer como Plinio Segundo, y el gran maestro Quintiliano, aun el mismo Tácito, pretendieron restaurar el gusto clásico, imitando la sencillez de los pensamientos y la armoniosa rotundidad en los periodos de la época ciceroniana. Pero sus intentos fueron estériles: tan contraria era esta tentativa á las ideas de la época, que sus autores mismos tuvieron que abandonarla.

Y no sólo contribuyeron á crear esta sensible decadencia, en la esfera de la cultura literaria, las arbitrariedades y persecuciones del despotismo imperial, la indiferencia del pueblo por las cosas literarias y la corrupción moral y la falta de buen sentido general; sino que de una manera especial y directa favorecieron la propagación creciente del mal gusto literario, la educación viciosa que se daba á la juventud en las escuelas y la perniciosa influencia de las lecturas públicas, que se tornaron en unos centros ridículos de mutuas complacientes ó interesadas adulaciones.

Á pesar de estas adversas circunstancias, la literatura no dejó de ostentar un amplio externo desenvolvimiento, creciendo de modo considerable el número de sus cultivadores. Á favorecer esta propagación notable de las bellas letras, vinieron muy especialmente las bibliotecas públicas que se fundaron en este siglo no sólo en Roma sino en varias ciudades de Italia. Aulo Gelio nos habla de la que instituyó Vespasiano en el templo de la Paz, después de la famosa destrucción de Jerusalén; Domiciano mismo, á pesar de su marcada aversión á la ciencia, por un autojo inexplicable hizo restaurar las célebres bibliotecas de Augusto, que, como hemos indicado en otro lugar, fueron destruidas por el incendio; y después de él, el inclito

Trajano fundó la que llevó su nombre en la basílica *Ulpia*, situada en el foro llamado de Trajano (1).

Para que con entera claridad y exactitud se pueda apreciar el movimiento literario de este primer siglo del Imperio, vamos á indicar la atmósfera política que respiró cada uno de los más señalados escritores de la época, el *medium*, digámoslo así, que imprimió carácter á la vida de cada uno y á sus obras.—Para esto consideraremos dividido en tres subperiodos todo el espacio histórico de la *Edad argéntea* de las letras romanas, que actualmente estamos estudiando: primero, el de la dinastía Julia; segundo, el de la de los Flavios; tercero, los reinados de Nerva y de Trajano.

1).—Yá hemos dicho que durante la primera dinastía, el despotismo imperial rayó hasta la locura más insensata. Suprimidas las asambleas del pueblo desde el reinado de Augusto, continuó con mayor motivo, en este período de terror, muda y silenciosa la tribuna romana, no pudiendo apenas cultivarse *la oratoria* más que en las defensas judiciales, en elogios de los príncipes ante el Senado envilecido y en declamaciones sobre asuntos imaginarios;—*la historia* imposibilidad de narrar fiel é imparcialmente los hechos, gime en la servidumbre: por esta triste causa el noble historiador Cremucio Cordo expió su libre franqueza: así como otros historiógrafos menos independientes tuvieron que doblegarse á las circunstancias tal como sucedió en los días del emperador Tiberio á *Veleyo Patérculo* y á *Valerio Máximo*;—*la literatura científica*, la de erudición y la *jurídica*, por su carácter neutral y pacífico, vivieron alejadas de todo peligro: así pudieron publicar sin obstáculos sus estudios y sus investigaciones los doctos científicos *Celso*, *Columela*, *Pomponio Mela*. Pero entre todas las variedades de la prosa literaria alcanzó una gran altura en esta primera mitad del siglo la *literatura filosófica*. En efecto, entonces escribió sus obras inmortales el profundo filósofo español L. ANNÉO SENECA: páginas admirables donde vividamente se refleja la lúgubre tristeza y la amargura infinita que consumía las almas en aquellos días luctuosos de mortal inseguridad para la vida y de pérdida de todas las esperanzas:—

---

(1). En este período se fundaron también multitud de bibliotecas privadas agregadas á las Escuelas: en Milán, Como, etc.

Aparece, por último, entre los escritos en prosa de la época, un género literario desconocido de las épocas anteriores y que en Roma tuvo pocos cultivadores: *la novela*, siendo curiosa la que escribió el regocijado Petronio, pues en ella nos pinta con vivo chiste y con singular desenfado los vergonzosos placeres de la Corte.—Entre histórica y novelesca es asimismo la *Vida y hazañas de Alejandro* que redactó con estilo ameno, aunque algo declamatorio, el conocido escritor Quinto Curcio Rufo.

En cuanto á la poesía, como por un lado este era el campo de la literatura donde el genio podía esparcirse y vivir con menos recelo, y como por otro con el incremento que tomaron en este tiempo las *recitaciones* ó lecturas públicas tenían los amantes de las musas ocasiones frecuentes y continuas donde calmar el ansia ardiente de aplauso y celebridad, que se apoderó en aquel siglo de todos los espíritus, explicase el por qué no faltaron á la poesía numerosos cultivadores. No quiere esto decir que todos los poetas de este primer subperíodo fueran dignos de ceñir el laurel de Apolo; pero hubo algunos dignos de mencionarse, entre ellos SENECA y Cl. Materno como cultivadores de la tragedia, el lírico *Basso*, el didáctico *Lucilio Junior*, el fabulista FEDRO, el bucólico *Calpurnio Siculo*, el satírico PERSIO, y sobre todos ellos el insigne poeta cordobés LUCANO, que ensayó la épica histórica, tratando de restaurar las formas clásicas de la poesía virgiliana.

La educación y la enseñanza recibieron asimismo desde el ilustrado gobierno de Vespasiano un impulso notable y de prósperas consecuencias. El magnánimo emperador estableció por primera vez en Roma enseñanzas públicas á cargo del fisco, siendo el docto QUINTILIANO uno de los *profesores* retribuidos por el Estado de quien se hace especial mención, por la gran celebridad que alcanzaron las lecciones del ilustre retórico español. (1)

(1) Hasta el tiempo de Vespasiano la educación y la enseñanza eran profesiones privadas; pero en el reinado de este emperador mudó la cosa de aspecto, pues se asignó un estipendio determinado á los retóricos latinos y griegos, llamados desde entonces *profesores*, esto es, maestros pagados por el Estado. En la época de los Antoninos se hizo extensiva esta cualidad á los maestros de filosofía. La enseñanza se ordenó sistemáticamente con arreglo á un plan general. Comenzaba con la lectura de los poetas, en especial de Homero, de Horacio y de Virgilio.—Suetonius: *Vespas.* 18.—Roeder: *De scholast. romana. instit. Diss.—Bonn. 1828.* Rhodig: *De antiq. grammat. discipl. Venet. 1718.*

Todos estos subsidios y medios de pública ilustración fueron, sin embargo, del todo insuficientes para contener la corrupción creciente de las letras y la decadencia lamentable del buen gusto. Con todo, es preciso repetir lo que al principio de esta lección dejamos apuntado: aunque en este siglo de rebajamiento intelectual y moral todo se conjuraba para hacer imposible una restauración de la literatura, cumplida y satisfactoria, no por eso dejaron de brillar en el mismo un número selecto de autores eminentes, que, si no poseyeron el lenguaje noble y sencillo y el puro gusto del siglo clásico, por otras cualidades admirables se hicieron dignos de ser contados entre los más ilustres escritores de la antigüedad.

2).—Yá hemos dicho que el espíritu de los escritores romanos pudo tener alguna expansión y libertad durante la segunda dinastía, pues los flavios fueron ciertamente protectores y amigos de los hombres de genio y de saber: verdad es que Vespasiano deslustró su reinado con la persecución y la muerte del filósofo Helvidio; pero sabido es que dispensó su amistad generosa y su protección más decidida al sabio naturalista PLINIO, quien con su vasta enciclopedia elevó á las ciencias y á las artes un monumento imperecedero. En la época misma de Vespasiano y de Tito dieron también á luz sus escritos abundante número de historiadores, retóricos y juriconsultos como Muciano, Clavio Rufo, Gabiniانو Aper, Celio Sabino y otros muchos,—y entonces también apareció la bella imitación épica de VALERIO FLACCO, otro de los poetas épicos pseudo-virgilianos.—En el reinado de Domiciano, publicó sus instituciones famosas el insigne maestro QUINTILIANO,—así como figuraron otros varios retóricos, juriconsultos y eruditos.—Entre los poetas que escribieron durante este funesto reinado deben mencionarse á SILIO ITALICO y ESTACIO, continuadores de la escuela poética de Lucano y de Valerio Flacco, y al epigramático poeta español MARCO VALERIO MARCIAL: casi todos estos escritores, por debilidad unos y otros por un sentimiento de calculado servilismo, humillaron su genio á las plantas del tirano.

3).—Llegamos á los últimos tiempos de la edad literaria que estudiamos: á los reinados dichosos para la literatura de Nerva y de Trajano: dichosos, porque los hombres de elevado espíritu, que habían adquirido celebridad durante el reinado del prudente Vespasiano,

siano y de su hijo Tito, y que tuvieron que ocultarse durante el gobierno tiránico de Domiciano, volvieron á aparecer en los días en que reinaron estos príncipes tolerantes y benéficos. Pero ahí la pluma del satírico JUVENAL y del severo historiador CORNELIO TÁCITO, tenían que empaparse en la amarga hiel de los tristes recuerdos y pasados sufrimientos; y hasta la de un hombre tan dulce como el filósofo PLINIO EL JOVEN, uno de los espíritus más nobles y queridos de la sabia antigüedad.—Parece que en esta edad escribió también el historiador *L. Annéo Floro*. (1)

Para terminar el estudio histórico, en vista general, de la Edad de plata de la Literatura romana, vamos á hacer algunas ligeras indicaciones relativas á las alteraciones que sufrió la lengua latina, durante á esta época literaria. La adulación y el servilismo que habían contribuido á una decadencia sensible en la concepción artística engendraron asimismo multitud de idiotismos, de frases y de palabras en la lengua latina de este primer siglo del Cristianismo (2);—otras voces se introdujeron por licencia, tales como algunos grecismos, y frases poéticas que se permitieron los prosistas, las que en vano pretenderemos encontrar en los escritores del siglo de oro (3);—otras voces cambiaron de significación; y algunas (4) de terminación; introdujéronse multitud de palabras nuevas que hubieran sin duda reprobado los autores del siglo clásico (5);—con otras varias alteraciones gramaticales que de una manera evidente nos demuestran que en el siglo I se operó una revolución notable

---

(1) En el cuadro general que presentamos en la Lección 5.<sup>a</sup>, colocamos entre los historiadores de esta época al español Floro, por ser incierto el tiempo en que floreció, colocándole unos en el reinado de Trajano, otros en el de Adriano, etc.

(2) La palabra *caelestis* y *divinus* se aplicaban á todo lo que era referente al Príncipe y hasta el superbárbaro *caelestissimus*.—También se le dió el nombre de *Dominus* y *Majestas*, que antes se aplicaron al señor y á la grandeza de la R. P.

(3) Grecismos como *opus habere*; *laetus animi miles*.—*bonus militia*,—*clarigenus*,—*canere tibiis doctus*, etc. Frases poéticas de los prosistas: *amen belli, moriens lictorias* etc.

(4) Cambiando de significación: como *agritudo*, significando enfermedad del cuerpo; *ingenium* cualidad natural de cosas inanimadas; *avus* por *atavus*; *famosus* célebre (en buen sentido);—Cambiando de terminación: como *consortium*; por *consortio*; *voluptuosus* por *voluptarius*, etc. etc.

(5) *Fictitius, visibilis, sapidus, piissimus, restaurare, crucifigere*... etc., etc., etc.—Véase á Funk:—*De iuramenti latinæ lingue senectute tractatus*.—Marburg, 1736. Schoell, *Lit. rom. II*, 260.

en la bella lengua de Cicerón y de Virgilio.— Estas causas de corrupción y triste decadencia de la hermosa lengua latina clásica las veremos acrecentarse en el siguiente último periodo, con los sucesos políticos que trajeron la completa ruina y exterminio del Imperio de Occidente.



## LECCIÓN 10.

### **Ciclo II: Segundo período.**

La *Edad de cobre* de la Literatura romana: su carácter y aspecto general.—Estado de la lengua y de la Literatura latina desde el principado de Adriano hasta la conclusión del Imperio de Occidente.

El último período de esta Literatura (segundo de los dos que hemos distinguido en el Ciclo del Imperio) es el que denominamos, con Autores muy distinguidos (1), *Edad de cobre de las Letras latinas*; y comprende desde el reinado de Adriano hasta la caída del Imperio romano de Occidente, ó sea desde los primeros años del segundo siglo del Cristianismo hasta los últimos del quinto (117—476).

En el hecho de dar tanta extensión á este último período histórico-literario, compréndese fácilmente que entramos en unos tiempos de completa esterilidad para la bella literatura. Época fué en verdad esta de triste postración y de males, como lo son siempre las que traen en pos de sí la ruina de todos los pueblos; en estos cuatro últimos siglos habían llegado yá en la infortunada Roma á todo su grado máximo la corrupción, la debilidad y la anarquía en la vida interior del Imperio, viniendo á acelerar su ruina política, que era ya de todo punto inevitable, el triunfo definitivo del Cristianismo, la traslación de la capital del Imperio á Bizancio y las calamidades sin cuento que lo afligieron en esta prolongada época de vida agonizante: todo lo cual contribuyó á que aquella en otro

---

(1) Para el estudio de estos últimos tiempos históricos del Imperio pueden consultarse: á *Dión Casio*, *Herodiano*, los *Scriptores Historiæ augustæ*; *Aurelio Victor*, *Eutropio*, *San Rufo* y *Zosimo*; á los panegiristas *Cl. Mamertino*, *Rumenio*, *Naçario*, etc.; á *Paulo Orosio*, *Eusebio Idoçio*, *Sócrates*, *Teodoro*, *Soçomeno*, *Evagri*, etc.—Fuentes modernas: *Gibbon*: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*; *Manso*, *Vida de Constantino*. *Nisard*, *Estudios de costumbres y de crítica acerca de los poetas latinos de la decadencia*.

tiempo briosa debeladora de las naciones no hubiera podido ofrecer sino débil ó nula resistencia á las invasiones de las razas bárbaras, que al fin derrumbaron el Imperio occidental romano, quedando subsistente aún, por algún tiempo, el Imperio de Oriente ó bizantino como depositario único de la cultura greco-romana.

Comienza este período, decimos, con los reinados de Adriano y de los Antoninos durante los cuales el Imperio gozó de una paz profunda; y, en comparación con otros tiempos, tal vez de una verdadera felicidad. Pero esta calma venturosa no fué de larga duración. Bien pronto escalaron el trono tiranos caprichosos y sanguinarios, que se veían obligados á enflaquecer á las provincias á fuerza de exacciones, para pagar la guardia que amparaba sus personas, ó para comprar, á vil precio de oro, la paz de los pueblos limitrofes. Relajados los vínculos políticos y pendientes sólo de los talentos y virtudes del príncipe la disciplina y regularidad en la administración y el gobierno del Imperio, debía precipitarse sin remedio su caída el día que le faltasen aquellos hombres extraordinarios. Compuesto el ejército de provinciales incultos y de bárbaros mercenarios, que ofrecían su fuerza al jefe más pródigo y ambicioso; entregado á la afeminación el estado civil por la impureza y degradación, cada día en aumento, de las costumbres privadas y públicas; apagado en el corazón de aquel pueblo todo sentimiento de religión nacional, porque los dioses *«no sólo se iban, sino que se debían ir»*, y habiéndose difundido en la sociedad romana, que es como decir en todo el mundo antiguo, cierto espíritu de universalidad é indiferente cosmopolitismo, que había hecho olvidar aquel alto sentimiento de la patria romana, engendrador de su antigua gloria y de sus grandes hechos; con tales condiciones, decimos, era inevitable el vergonzoso despotismo militar, que comenzó á imponerse desde los reinados funestos de Septimio Severo y del bárbaro Caracala. Desde estos príncipes hasta Diocleciano se suceden en toda la primera mitad del siglo III una larga serie de emperadores indignos de mencionarse, pues ninguno de ellos pudo verificar reforma alguna durable ni fecunda, por la brevedad de sus reinados, á lo cual se unía, como era consiguiente, la flaqueza y deplorable degradación del pueblo. En la segunda mitad del siglo III se acumulan á las anteriores, nuevas desgracias y calamidades públicas, y las



irrupciones en las fronteras de los francos, godos y germanos. Para mejor contener las embestidas de estos pueblos bárbaros dividió el Imperio el príncipe Diocleciano, compartiendo la autoridad imperial con el duro Maximiano; y, como medio de revestir de grandeza su poder majestático, aislóse del pueblo, ciñóse formalmente la diadema y dió á su corte fastuoso aparato y pompa verdaderamente oriental. Pero este mismo celo ardiente por hacer fuerte y vigorosa la constitución del Imperio le llevó á dictar insensatamente una persecución tan horrible contra los cristianos, que ha merecido por ello ser llamada en la historia esta época sangrienta la *era de los mártires*. Tinta aún en sangre la púrpura imperial, la dejó Diocleciano, obligando asimismo á la abdicación á su asociado Maximiano; sucediéndose á poco una larga y encarnizada guerra civil tras de la cual quedó al cabo Constantino dueño único del Imperio. Eran los comienzos del siglo IV. En esta época ocurrieron los hechos importantísimos de establecerse la corte en Bizancio y el de proclamarse la libertad de la Iglesia cristiana. Á mediados del mismo siglo el valeroso é ilustrado príncipe Juliano, no comprendiendo el elevado espíritu del evangelio, se propuso la obra de restaurar el moribundo paganismo; pero sus decretos fueron impotentes contra la ley providencial del progreso, que venía á cumplir la moral evangélica. Los dioses gentílicos no vivían ya en la conciencia humana y quedaron, á pesar de los vanos intentos políticos del *Apóstata*, enteramente abandonados y desiertos sus altares. En tiempo de Valentiniano se volvió á dividir el Imperio; nuevamente volvió á reunirse bajo el cetro del gran emperador Teodosio; y otra vez y para siempre quedó fraccionado al morir este príncipe. Desde entonces camina con rápida marcha el Imperio hacia su muerte. En el de Occidente, por la ineptia del emperador Honorio, que dió muerte á su esforzado general y hábil ministro el vándalo Estilicón, fué fácil al rey godo Alarico saciar en Roma su sed de oro y de venganza, entregando al saqueo la Ciudad eterna. En el reinado de Valentiniano III, perdiéronse casi todas las provincias del Imperio occidental, menos la Italia, habiéndose arrojado al mismo tiempo sobre él las hordas bárbaras y terribles de los hunos. Fué salvado por un momento el menguado Imperio con la derrota de Atila en los Campos cataláunicos; pero en cambio quedaron aseguradas las

nuevas nacionalidades fundadas por los bárbaros. Muerto violentamente Valentiniano, ocuparon el solio romano miseros impotentes régulos, hasta que, á fines del siglo V, acabaron los hérulos con aquella sombra de poder, destronando al último emperador Rómulo Augústulo, y aclamando á su jefe Odoacro, señor y rey de toda la Italia.

Así concluyó el Imperio latino de Occidente, cuando se hubo extinguido la raza fuerte y vigorosa que le había sostenido, y cuando las ideas en que se fundaba desaparecieron gastadas ante los principios de vida que trajo al mundo la sublime doctrina del Evangelio.—En efecto, el movimiento más importante de la civilización en esta época es la *lucha entre el gentilismo y el cristianismo*: que concluyó, como queda dicho, con el triunfo de este último, porque su moral y sus doctrinas consoladoras concluyeron por subyugar todas las almas. La teoría del pecado y de la gracia y la de una vida mejor que la de este valle terrenal de lágrimas y de amarguras, encontró abierto el corazón de los pobres, de los atribulados, de los débiles y los humildes; por otra parte la gente educada y algo docta no anidaba ya en su conciencia la fe del paganismo y encontraba admirable el dogma consolador de un Dios creador de Cielo y Tierra: tanto más cuanto que la grandiosa doctrina se propagaba y defendía y ensalzaba ya en aquellos siglos con arte encantador y sublime por grandes oradores, escritores, y poetas cristianos, que contraponían el fuego ardiente de su fantasía creadora á la desmayada y fría inspiración que daba vida á los escasos endros literarios de las musas gentílicas.

Estos siglos de la Edad literaria, que estudiamos, ofrecen efectivamente la antítesis más completa con todo lo que le antecede: ni aun siquiera como en el período precedente encontraba la más débil resonancia en el ánimo de los romanos la voz del patriotismo. Plinio, Tácito, Quintiliano, deploraban siquiera la decadencia de la antigua educación nacional: pero de esto no se encuentra ni el rasgo más insignificante en la época que historiamos. Roma vino á ser la patria del género humano: á ella aflúan los extranjeros y los provinciales y ellos se constituyeron en árbitros y señores: españoles, africanos, sirios, tracios, cada uno de los pueblos del inmenso Imperio estuvo representado á su vez en el trono del Mundo. Ha-

bian desaparecido, pues, en Roma todas aquellas ideas de religión, de dignidad, de sentimiento patrio; únicas que pueden enaltecer la inspiración y dar vida á una literatura bella, espontánea y vigorosa; el coloso había agotado sus fuerzas. *Después de la conquista del Mundo*, decía la poetisa Sulpicia, *había quedado el pueblo romano como el atleta que triunfa en los juegos olímpicos: quedó único vencedor en el estadio; pero, lánguido y debilitado, tuvo que consumir por fuerza sus ánimos en el inmóvil reposo*. En efecto, la Roma gentilica, después de realizar su misión política, había apurado todos sus ideales; y como su genio era ante todo político, enfriado y muerto éste, quedaba herida también de muerte su literatura nacional. No debemos extrañarnos del escaso valor y cuantía de su producción literaria en esta su triste prolongada decadencia.

Veamos ahora qué ramos de la literatura dieron señales de vida en este último período de las Letras latinas.

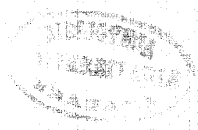
Caracteriza este período de retroceso y de incultura literaria, una marcada ineptitud para producir algo original y propio. En la primera mitad del segundo siglo se perdieron ya por completo las reminiscencias y sentido de la escuela de Quintiliano: gustábase ya muy poco de los modelos clásicos, mezclando el mayor número de escritores, en informe caos, todos los estilos, enamorados simplemente de lo exótico y extravagante. Y todavía hacíase más sensible y relevante la esterilidad infecunda del genio romano en esta época, cuando su hermana mayor la noble raza griega, á pesar de hallarse también privada de libertad política, seguía dando muestras de fecundidad inagotable, ostentando en su gloriosa decadencia un plantel no poco numeroso de insignes escritores.—De todas maneras, y como se nota en la historia general de todos los pueblos, pasado el período de creación original, vino acentuándose cada vez más el de *la erudición y la crítica*. Así vemos que esta época de pobreza literaria, en cuanto á los grandes géneros, fué como si dijéramos el siglo de oro de los *gramáticos* y de los eruditos. En este siglo escribieron sus trabajos de paciente curiosa investigación *Terencio Escalaro, Cornelio Frónton, Sulpicio Apolinar, Aulo Gelio, Nonio Marcelo, Censorino, Donato, Macrobio, Dionédes* y otros muchos eruditos, gramáticos y escritores de antigüedades históricas.

En cuanto á la *oratoria*, que venía de antigua siendo en la educación romana la preparación indispensable de cuantos aspiraban á los honores, á tomar parte en la vida política, contó en esta época con los retóricos que se formaban en las escuelas públicas más nombradas (1). Fueron muy célebres las escuelas de la Galia:—de Marsella, de Narbona, de Tolosa, de Burdeos, de Autun, de Rheims y de Treveris; pero ¿qué genios salían de ellas? aquellos oradores, atildados estilistas dedicados á los panegíricos encomiásticos de los Césares.—En España y en África las hubo también de elocuencia y de poesía, que dieron, en medio de todo, los más aceptables oradores, poetas y escritores de la época, así gentiles como cristianos: de las españolas salieron escritores de tanto ingenio como el poeta PRUDENCIO; de las escuelas de Cartago, de Madaura y otras los oradores y escritores paganos *Apuleyo* y *Frónton*, y cristianos de tanta valía como *TERULIANO*, *Arnobio*, *Cipriano* y *SAN AGUSTÍN*. Estos oradores cristianos del África, crearon una singular *latinidad* en armonía con la ardiente fantasía de la raza; una latinidad ampulosa y original, que se conoce con el nombre de *latinidad africana* llena de hermosa vida y de enérgica vehemencia.

Verdad es que la más preciada latinidad de estos siglos se encuentra, como hemos indicado en otro lugar, en la literatura de los Santos Padres: como que estos insignes escritores consagraban su palabra al servicio de una pura fe, que defendían con caloros: elocuencia contra los paganos, que fijaban contra los herejes, y que enseñaban amorosamente al pueblo. El único digno orador romano de la latinidad gentilica fué *Simmaco*, el adversario de San Ambrosio, el último elocuente defensor del paganismo.

Una sola ciencia eminentemente romana hizo en este período de infecundidad literaria y científica progresos admirables: la ciencia del Derecho. Entonces brillaron los ilustres jurisconsultos *Ulpiano*, *Papiniano*, *Paulo* y *Gajo*, considerados, aun en nuestro tiempo, como los fundadores del Derecho. En los tiempos mismos de Cicerón, la jurisprudencia no era casi otra cosa sino la ciencia de las decisiones de los pretores y de los jurisconsultos; la ciencia del De-

(1) Fundáronse dos universidades, una en Roma, otra en Constantinopla. De la última fundada por Valentiniano III, en 424, sabemos que tenía un personal de 31 profesores de filología, literatura griega y romana, jurisprudencia, etc. Baehr, t. 65.



recho no existía propiamente. El estudio de la filosofía, sobre todo de la estoica, condujo paso á paso á los juriconsultos á investigar los principios fundamentales de las leyes. Y á citamos entre los juriconsultos de la época de Augusto, á los célebres jefes de los sabianos y de los proculeyanos, promovedores de la revolución que se operó en el estudio de la ciencia jurídica. Las obras de Séneca, los nobles ejemplos dados por los estoicos durante los reinados de Nerón y de sus sucesores, y el haber ascendido al solio imperial el filósofo estoico Marco Aurelio, todo contribuyó á infundir en el Derecho romano los eternos principios del derecho natural, es decir, la equidad y la razón. Las saludables reformas, que aportó á las instituciones esta noble ciencia, constituyen la única faz grata y consoladora que ofrece esta época de corrupción en las costumbres y de duro despotismo político. En efecto, penetraron en las instituciones civiles la humanidad y la justicia: el derecho paternal, antes tan rígido y despótico, quedó restringido; la mujer se vió dignificada, y el esclavo reconocido y proclamado ser moral. Los nobles creadores de esta hermosa obra, por lo mismo que eran los únicos espíritus levantados, que realizaban un bello ideal en la esfera del pensamiento, fueron los únicos que en sus escritos emplearon la más pura y noble literatura, un lenguaje sobrio, apropiado, enérgico y elegante, que en nada se semejaba á la ampulosa latinidad contemporánea.

*La historiografía* fué muy pobremente cultivada en este período último siendo los sumarios y compendios el género dominante: entre todos los historiadores latinos de la época (*Suetonio, Justino, Aurelio Victor, Eutropio*, etc.) el último de ellos *Ammiano Marcelino*, descuella sobre todos, no sólo por su recto sentido y excelente juicio, sino por el interesante cuadro que nos ha legado de las costumbres de su tiempo. Una ciencia auxiliar de la Historia la *Geografía* nos presenta en esta época trabajos notables y curiosísimos. También aparecieron algunas otras obras *didácticas* de no gran importancia. — *La novela* tuvo su representante en *Apuleyo*.

Fuera de las reducidas manifestaciones que quedan indicadas, la literatura latina profana de este período decadente es enteramente nula ó insignificante. Pero en la *literatura poética* fué donde mostró principalmente su esterilidad la musa gentilica. Las composi-

ciones más felices fueron incorrectas, desabridas imitaciones de los poetas antiguos; ó caprichosos ridículos juegos métricos como los de *Optaciano*, ó poemitas geográficos descriptivos como el de *Ariano*, ó didácticos de tan menguado valor como el de *Paladio*. — En esta época imitó *Nemesiano* con mediano estilo las églogas de Calpurnio Siculo. Los últimos ecos de la musa pagana, fueron, á vueltas de todo, dignos de los mejores tiempos de esta literatura antigua: tanto porque en el corazón de *CLAUDIANO* late en algún modo el sentimiento de la patria romana, la pérdida de cuya antigua grandeza lamenta, como porque supo escribir con una versificación dulce, variada y armoniosa que nos hace recordar los regalados acentos de la lira virgiliana.

Entre los poetas cristianos son dignos de mencionarse *Aurelio Prudencio*, *Ausonio*, su discípulo *S. Paulino de Nola*, *Próspero de Aquitania*, *Yuliano* y otros muchos. Sus obras no se recomiendan por la belleza de la versificación, de las formas externas literarias, sino por el ferviente entusiasmo religioso que las anima. La musa latina moribunda exhalaba estos últimos acentos de verdadera poesía, gracias á la religión eminentemente sublime ó ideal que amorosamente difundía ya su espíritu por el mundo:—religión admirable que prestará su calor y su vida á las nuevas literaturas de las nacionalidades europeas, que se alzarán sobre las ruinas del Imperio.

Pasemos á ocuparnos del idioma.

En este período agraváronse, como era consiguiente, las causas de la corrupción del idioma latino, que, según queda dicho, se habían hecho ya muy sensibles en el período precedente: no habiendo sido bastantes para contener esta deplorable perversión de la lengua la constitución de las escuelas protegidas por los príncipes, ni las enseñanzas de gramáticos y retóricos. En este tiempo se despertó una gran afición á las frases rebuscadas y arcaicas, síntoma de los más marcados de decadencia. Por otro lado la predilección que se concedió en esta época á la lengua y á la literatura griega, á costa de la latina, tuvo para ésta funestas consecuencias. Además de que venía siendo la lengua helénica el idioma de la corte, en este tiempo vino á hacerse la lengua usual de los romanos pertenecientes á familias ilustres, por educarse los niños de ambos sexos con pedagogos esclavos ó libertos griegos: así es que se introdujeron multi-



tud de helenismos en la lengua latina, que alteraron su pureza, y de voces griegas sin adaptar sus formas ó terminaciones al genio de la lengua; variáronse á la par la significación de innúmeras palabras, con lo que sufrió el idioma latino un trastorno general que afectaba á su gramática toda. Pero el golpe más completo lo recibió el latín de los nuevos conquistadores del Imperio: ya indicamos en otro lugar que la affluencia de extranjeros en Roma venia pervirtiendo la pura lengua latina por la mezcla de multitud de palabras extrañas: pues este mal acreció, como era de esperar, desde que emperadores salidos de familias oscuras comenzaron á escalar el trono, atrayendo á Roma del fondo de las provincias un sinnúmero de extranjeros: con lo que al propio tiempo que estos enjambres de bárbaros invadieron el territorio, inundó la lengua latina un diluvio de palabras bárbaras y exóticas. Ya hemos dicho también cómo los escritores africanos alteraron por su parte la propiedad de la expresión, prodigando sin medida los tropos y figuras, y cayendo por este lujo forzado en una enfática apariencia, en una oscuridad enigmática. Todo esto hace mucho más admirable al poeta Claudiano, considerado como hablista, pues bajo el aspecto de corrección y belleza de lenguaje fué un verdadero prodigio en la época de decadencia en que vivía. (1)

Al concluir este período termina la literatura antigua de los romanos: pues, aunque continuó viviendo la lengua en la boca de los

---

(1) En esta época se introducen multitud de voces en la lengua para expresar títulos ó distinciones sociales, en particular para lisonjear al supremo imperante: así se le designaba no sólo con el título de *Augusto ó Imperator* sino que se le agregaban los calificativos *pius, fortissimus, providentissimus, victoriosissimus*; ó se le dieron los tratamientos de *serenitas, majestas, sublimitas* y otros análogos. A los príncipes de la Iglesia se les dieron también desde la época de Constantino análogos tratamientos: así se les llamó *Domini beatissimi, reverendissimi, venerabiles*, etc. La filosofía, la medicina, la jurisprudencia y la teología introdujeron también en el idioma gran número de voces corrompidas v. g.: *angariare* por *cogere*; *anatomia*, *déca prótia* por *decem primi*, *anathema, baptizare* y sus derivados: como *baptizator, baptizatio* y otros; *monasterium, cænobium, eleemosyna, eremus, martyr*, y sus compuestos; *clericus, laicus* y otras muchas voces tomadas del griego casi siempre variando su significado de una manera absurda. El catálogo de voces arcaicas, que se pusieron nuevamente en voga en este tiempo, fué muy numeroso; así como el de aquellas que cambiaron de significado ó de terminación; y por último, el de voces nuevas creadas por los nuevos usos, ideas y costumbres de la época. Acerca de las variaciones de la lengua latina en este último período pueden consultarse la obra mencionada de Schoell y la de *Fuencía: Iners ac decrepita lingue latine senectus*.

vencidos, y se comunicó á los vencedores por la necesidad de tener comercio con aquellos, no pudo menos de sufrir graves modificaciones. El latín continuó siendo la lengua del gobierno y de la vida pública, como ya lo era de la iglesia; pero lo vemos sin embargo desde el siglo VI, de n. e., esencialmente cambiado en su carácter fundamental y llegar á un punto de degradación tal del que ya no era posible levantarlo. Los esfuerzos de un *Boecio* y de un *Casiodoro*, y la gran influencia que ejercieron en su siglo y sobre los siguientes, prolongaron todavía en el VI el estudio de la antigua literatura clásica, cuya pérdida lograron también contener compilaciones enciclopédicas como la del ilustre SAN ISIDORO; pero la muerte de la latinidad clásica era inevitable. El idioma latino acabó de perderse como lengua hablada, llegándose á formar, con el curso de los siglos, del latín corrompido de las clases populares, en contacto con el eclesiástico y con la mezcla de voces bárbaras de provinciales y germánicas, *las lenguas* conocidas con el nombre de *vulgares, neolatinas ó romances*. Estos nuevos idiomas se acaudalaron también con voces originarias de las lenguas semíticas.



## II.

### PARTE ESPECIAL Y BIOGRÁFICA.

#### **Ciclo I.—La Literatura durante la República y en la época de Augusto.**

PRIMER PERÍODO: desde *Andrónico hasta Sila.*

(*Siglos VI y VII de R.*)

#### LECCIÓN 11.

*Escritores latinos del siglo VI de R.: poetas, prosistas.—Andrónico; Cn. Nevio. Plauto: vida y trabajos literarios de este poeta.—Piezas del mismo que se han conservado.—Examen analítico y crítico del teatro de Plauto.—Su renombre en la posteridad. Sus prólogos. Sus comentadores antiguos.—Imitadores de Plauto.*

En el siglo VI de Roma comienza, como hemos advertido en la PARTE GENERAL, la literatura propiamente dicha de la lengua latina. En poesía aparecen los primeros ensayos de literatura dramática, de la epopeya y de la sátira: distinguiéndose, entre los poetas, Andrónico, Nevio, Plauto, Q. Ennio, M. Pacuvio, Estacio, Cecilio, Publio Terencio, y otros varios.—Aparecen asimismo las primeras manifestaciones de la historia, de la elocuencia y de la didáctica, en cuyos géneros se distingue entre todos el célebre Marco Porcio Catón, el censor.

I.—LIVIO ANDRÓNICO.—El primer introductor de la literatura griega en Roma fué Livio Andrónico, natural de Tarento, probablemente prisionero de los romanos, cuando conquistaron por primera vez aquella ciudad en el año 482: es lo cierto que fué llevado á Roma como esclavo del cónsul Livio Salinator. Siendo hombre docto y de claro ingenio, su patrono le encargó la educación de sus hijos, otorgándole después la libertad. Abrió después una escuela para iniciar á la juventud romana en el conocimiento de la lengua

helénica, interpretando en idioma latino las obras maestras de la grandiosa literatura de la Grecia. Con este propósito, hizo una traducción, ó tal vez una imitación, porque Andrónico era poeta, de la Odisea de Homero, de cuya traslación sólo se conservan algunos versos citados por Gelio y por algunos otros eruditos de la antigüedad.

Pero su obra más importante fué el haber introducido en las fiestas escénicas, el drama artístico de la Grecia. Tuvo lugar este importante suceso, al decir de T. Livio, en el año 514 ó más exactamente en el 513 de R. Si esta primera composición suya dramática fué una tragedia ó una comedia, no puede decidirse con certeza, pues imitó ó tradujo piezas griegas de uno y otro género, de las cuales han llegado hasta nosotros fragmentos, por desgracia muy insignificantes, que han sido coleccionados, entre otros, por Bothe, por Dutzler y recientemente por Ottón Ribbeck. No es posible formar un juicio exacto del mérito de las producciones dramáticas de este antiguo poeta por los fragmentos mencionados, ni tampoco por el juicio de los antiguos: pues mientras Quintiliano dice en sus Instituciones *nihil in poetis supra Livium Andronicum*, Cicerón las consideraba indignas de ser leídas dos veces; y eso, que los gramáticos y eruditos de su tiempo, exagerados partidarios de lo antiguo, las propusieron como modelos en las escuelas. De cualquier manera, cabe la gloria á este poeta extranjero, de haber iniciado á los rudos romanos en los delicados misterios del arte, trayendo á la escena romana los famosos personajes del teatro de Sófocles y de Eurípides (1). Siguiendo también la costumbre de los griegos, recitaba él mismo sus composiciones en la escena, hasta que, debilitada su voz por las frecuentes representaciones, obtuvo de los ediles permiso para poner en lugar suyo á un joven esclavo, el cual cantase al son de la flauta, acompañándole él su canturía con movimientos y gesticulaciones: desde entonces quedó en vigor esta separación de la declamación y del canto; éste á cargo de los cantores, y el diálogo (*dixerbia*) á cargo de los actores.

(1) De una manera análoga tradujo y arregló para la escena española las tragedias griegas el célebre poeta Pérez de Oliva en el siglo XVI: su tragedia *La Venganza de Agamenón* es un arreglo de la Electra, de Sófocles; y su *Hécuba triste* es la tragedia de Eurípides.

Conocemos los títulos de muchas de las tragedias de Andrónico y de algunas de sus comedias (1), y por ellos deducimos el asunto de las mismas: sea de ello lo que quiera, es lo cierto que llegó á conquistarse tal afecto y popularidad que por su fama fué elevado á la categoría, digámoslo así, de poeta oficial: pues en el año de 545 vemos que se le encarga por los pontífices un himno que, con motivo de ciertos presagios funestos, debía cantarse á *Juno Regina* en la Ciudad por un coro de veintisiete doncellas.

Tal fué el maestro y el poeta que arrojó en el suelo romano los primeros fecundos gérmenes de cultura. La República consagró á su memoria un monumento en el templo de Minerva sobre el Aventino.

II.—NEVIO.—Tras del poeta tarentino, vinieron otros que se inspiraron en las historias y tradiciones romanas, informando, en cuanto era posible, los dramas y poemas en las pasiones políticas que agitaban á Roma. El primero entre los escritores que siguieron este camino fué Cn. Nevio, el poeta enaltecido y celebrado por los vatos ó historiadores del Siglo de Oro. Este atrevido ingenio, natural, á lo que parece, de la Campania, se propuso satirizar desde la escena los abusos y las malas artes de los optimates, imitando la comedia política de Aristófanes; como puso en ridículo los vicios generales y los escándalos de su tiempo, exaltado por el más ardiente patriotismo. Pero los acerados tiros, que osó lanzar desde la escena al altivo patriciado, ocasionaron su desgracia: atrevióse á narrar en pleno teatro las aventuras galantes del vencedor de Aníbal; y de los orgullosos Metelos dijo: *que se hacían nombrar cónsules para arruinar á Roma.*

*«Fato Metelli Romæ fiunt consules».*

Á lo que ellos contestaron que *«los Metelos causarían la ruina de Nevio»:*

*«Dá' unt malum Metelli Nevio poetæ».*

Y en efecto, á poco fué reducido á prisión. Puesto en libertad,

---

(1) Conocemos entre otros los siguientes: *Achilles, Adonis, Ajax, Herión, Agestus, Andromeda, Antiopa, Helena, Ivo, Laodamia, Protesilaus, Tereus, Teucus, Centaurs y Equus trojanus.*—De su repertorio cómico se conservan los títulos de 3 piezas: *Gladiolus, Lidius, y Virgus.*—Fragmentos: *H. Duetzler: L. Andri fragmenta; Bothe, Poetæ scenici latinorum;—O. Ribbeck, Fragmenta tragæd. latinorum.*

por la intercesión de los tribunos, volvió nuevamente a la carga, hasta que, expulsado, concluyó su vida en tierra extranjera. Murió en Útica en 550.

Escribió Nevio tragedias y comedias (1), casi todas imitaciones del teatro griego; pero de la índole que hemos indicado. Además de estas piezas dramáticas y de algunas sátiras, escribió un poema de carácter verdaderamente nacional, sobre *La primera guerra púnica*: *BELLUM PUNICUM*. Por los escasos fragmentos que de él se conservan, y por la gran estima en que lo tuvieron los autores antiguos, se puede adivinar su valor é importancia literaria. El asunto era el más apropiado para levantar los ánimos de los romanos cuando las legiones de Aníbal amenazaban destruir la Italia: en efecto, ¿qué podía alentar más al entonces aterrado pueblo romano sino recordarle las hazañas de los Metelos y Lutacios y el austero patriotismo y sublime martirio de Régulo?

Así como Cicerón comparaba la Odisea del maestro Andrónico á la inmóvil estatua de Dédalo, del poema de Nevio solía decir que encantaba como una bella estatua de Mirón.

El poeta Nevio es el favorito de Niebur, quien saluda en él al gran poeta nacional, al ardiente poeta romano, que, despreciando los modelos griegos, se inspira sólo en el amor y en las glorias de su patria. Esta es la opinión de Klusmann (2) y la de casi todos los modernos críticos de Alemania; los cuales estiman que, si la intransigencia y altivez del patriciado y del pueblo no hubieran hecho enmudecer á la noble musa de Nevio, tal vez hubieran podido arraigar y fructificar en el suelo romano una literatura más original, espontánea y grandiosa que la que vino á predominar con la influencia exclusiva del helenismo.

Parece que el mismo poeta tenía conciencia de la revolución literaria que preparaba, y de que esta se haría imposible con su muer-

---

(1) *Tragedias*: *Andromacha?* *Danae*, *Equus trojanus*, *Héctor proficiens*, *Hesioida*, *Iphigenia*, *Lycurgus*.—*Comedias*: *Acontizomenos*, *Agrypnantes*, *Appela*, *Ariolus*, *Astiologa*, *Carbonaria*, *Celax*, *Commotria*, *Corolaria*, *Dementes*, *Demetrius*, *Dolus*, *Figulus*, *Glaucoma*, *Gymnasticus*, *Lampadius*, *Leo*, *Ludus*, etc. Fragmentos en O. Ribbeck.

(2) *Nevio mita et reliquia. Descriptis et editis Klusmann. — Tenæ, 1843. — Berchm. De Nevio poeta vita et scriptis. — Copenrath, 1861. — Patin: Estudios sobre la Poesía latina, I, 327. Paris, 1875.*

te, á juzgar por el epitafio que redactó para su sepulcro: *Si las Muzas inmortales es posible que lioren á los mortales, que las divinas hijas de Apolo lioren la muerte del poeta Nevio. Desde que el ha sido presa del Orco se han olvidado en Roma de hablar la lengua latina.* (1)

III.)—PLAUTO: SU VIDA Y SUS ESCRITOS.—En el año 529 de Roma, bajo el consulado de aquel altivo Flaminio á quien venció el valeroso Aníbal en la batalla de Trasimeno, nació en Sarsinia, en la Umbría, el poeta popular á quien tal vez, al decir de Festo, le dieron el nombre de Plauto (Plautus), *a pedum planitie*, por la anchura de sus pies, por cuya cualidad parece que apellidaban *ploti* ó *plauti* á todos sus compatriotas.—En aquellos días de gran ansiedad para el pueblo romano, en los que paseaba el Cartaginés victoriosas sus legiones por el codiciado suelo de Italia, poniendo pavor en el ánimo á la orgullosa Roma, entraba por las puertas de la Ciudad eterna el joven umbrío que, aunque venia á la vida en días de luto y de abatimiento para el pueblo romano, debía amenizar en breve plazo con sus alegres dramas las fiestas triunfales de los Marcelos y de los Escipiones. El deseo de hacer fortuna, utilizando sus talentos, le condujo á Roma, donde se consagró á escribir comedias, que vendía á los ediles para los juegos y fiestas públicas, siendo representante de sus propias obras, como lo fueron Shackspeare, Rueda, Molière y tantos otros en lo antiguo y en lo moderno. Sonrióle primero la fortuna y enriquecióse en poco tiempo, pues desde la edad de 17 años, en que comenzó su carrera con el estreno de «*Los Menecmos*», debieron seguir logrando sus piezas éxito sorprendente. Parece que quiso aumentar por medio del comercio el espléndido caudal que habia adquirido con el arte: especulaciones mercantiles que ocasionaron su ruina, viéndose precisado á hacerse esclavo y á dar vueltas á la rueda de un molino. La servidumbre no apagó la llama de su genio, y es fama que en situación tan precaria compuso algunas de sus inmortales producciones, explicándose por el hecho incuestionable de su desgracia (que la vida de un

(1) Mortales immortales flere si forent las,  
 Pierit divæ Camenæ Nevio poeta;  
 Postquam Orcino traditus thesauro,  
 Obliviti sunt Romæ loquere latina lingua.

poeta deja una huella profunda en sus escritos) el conocimiento perfecto que revela, en algunas de estas piezas, de las ínfimas clases sociales de Roma. Su numen poderoso le devolvió al cabo su libertad y su fortuna, dedicándose de nuevo al teatro, en el que siguieron obteniendo triunfos grandiosos sus preciosas innúmeras fábulas dramáticas.

Del gran repertorio cómico de este poeta, adorado del pueblo, sólo veinte piezas han llegado hasta nosotros; pero las bastantes para darnos á conocer el ingenio, la sal y exquisita *vis cómica* de Plauto.

Murió el poeta de la Umbría en el año 570 de Roma, cuando aun contaba nueve años el después celebrado Terencio, digno continuador de la gloriosa carrera de Plauto. Nuestro poeta se compuso un epitafio, como Nevio y como otros, en el cual se dice que *después de la muerte de Plauto la Comedia llora, la Escena queda desierta, y la Risa, los Juegos, las Gracias, la Poesía y la Prosa derraman á la par copiosas lágrimas.* (1)

*Piezas que se han conservado de Plauto.*— Háse dicho que este ingenio dramático compuso hasta 120 comedias. Pero los críticos convienen en que muchas de las que se le han atribuido son evidentemente apócrifas. La misma popularidad de Plauto llevó sin duda á escritores oscuros á poner el nombre del gran poeta al frente de sus producciones. El docto Varrón contaba como comedias plautinas auténticas solo 21, de las cuales han llegado 20 hasta nosotros. Las comedias de Plauto se dividen en dos series: á la primera pertenecen las ocho primeras, en orden alfabético, que se conocían hasta el siglo XIV; y á la segunda las doce restantes que se descubrieron en el siglo XV. Son, pues, en conjunto las siguientes: *Amphitruo* (Anfitrión); *Asinaria* (la Récua); *Autularia* (la Marmita); *Captivi* (los Cautivos); *Curculio* (el Gorgojo); *Casina* (la Suerte); *Cistellaria* (la Canastilla); *Epidicus* (Epidico); *Bacchides* (las hijas de Baco); *Menechmi* (los hermanos Menechmos); *Mosie-*

(1) Postquam morte captus Plautus, Comædia lugens:  
Scena est deserta: dein Risus Ludus Jocusque.  
Et Numeri innumeri simul omnes jollacrumarunt.

A. Gellio, I, 24 dice: Epigramma Plauti, quod dubitassetur an Plauti foret, nisi á M. Varrone positum esset in libro de Poetis primo.



*llaria* (el Fantasma); *Miles gloriosus* (el Militar fanfarrón); *Mercator* (el Negociante); *Pseudulus* (el Impostor); *Pœnulus* (el Cartaginés); *Persa* (el Persa); *Rudens* (el Cable); *Stichus* (Stico); *Trinummus* (el Hombre de las tres monedas); y *Truculentus* (el Grosero). Estas comedias y la *Vidularia*, de la que sólo se conservan unos pocos versos, componen las veinte y una del número varroniano. (1)

En las dos siguientes lecciones examinaremos con detención el repertorio de este popularísimo poeta de la antigua Roma.

---

(1) Varrón además de señalar las comedias que consideró como auténticas de Plauto (*fabulæ Varronianæ*), indicó que existían otras, con el nombre de Plauto, cuya composición era probable que se debiese al mismo poeta; y otras, en fin, que se atribuían al mismo, pero que indudablemente no le pertenecían. Las que se han conservado son, como queda dicho, las varronianas.

Sin duda por la gran consideración que se tributaba al nombre de Varrón se continuaron leyendo y copiando tan solo las piezas reconocidas por él como auténticas; explicándose de este modo la pérdida de las demás.

En algunas ediciones de Plauto figura una comedia titulada *Querolus*, atribuida por Servio y otros autores al poeta de Sarsina, sin tener en cuenta que en el prólogo se indica el deseo de imitar los modelos plautinos, y que en otro lugar de la obra se citan algunas frases de la oración ciceroniana *Pro Roscio*. Tampoco pudo ser autor de esta comedia, como presumen algunos, el inglés Gildas que vivió en el siglo VI de nuestra era.

## LECCIÓN 12.

### **Examen analítico y crítico del Teatro de Plauto.**

Caracteres de la comedia ateniense imitados por Plauto. Análisis y crítica de su repertorio dramático.

LA COMEDIA ATIENSIENSE MEDIA Y NUEVA IMITADA POR PLAUTO.— Grande fué la transformación que se operó, al comenzar el siglo VI, en las ideas, en los gustos y en las costumbres de los romanos; pero de todas las importaciones helénicas de este período, ninguna fué sin duda tan popular como la comedia, género dramático que alcanzó más fortuna que la tragedia griega, porque las condiciones literarias, políticas, religiosas y sociales, que favorecieron en Atenas el desarrollo de la literatura trágica, fueron enteramente nulas en la positivista Roma. Ya vimos cómo la comedia aristofánica política fué ensayada por Nevio; y cómo el valiente poeta vino á pagar con la cárcel y con el destierro los acerados tiros, que había osado arrojar desde la escena al altivo patriciado.

Los escritores dramáticos romanos, tuvieron que abandonar aquella senda erizada de punzantes espinas; y, dejando á un lado el noble ardimiento de la libre *comedia antigua* ática, tomar por modelos á los poetas cómicos de la Grecia esclava, á los autores de la *media* y de la *nueva comedia*: á Menandro, á Demófilo, á Difilo y á Filemón. El mismo Plauto lo declara terminantemente en algunos de sus *prólogos*.

¿Y cuál era el carácter de la *nueva comedia* de la Grecia? — Después de haber perdido su antigua libertad política el teatro ateniense, había tomado un carácter más psicológico; los tipos generales habían reemplazado á las antiguas caricaturas de los individuos; la pintura de los caracteres era menos viva, pero más profunda; la composición del drama más regular; el diálogo más mesurado, más natural; la musa de la comedia no hablaba ya á aquella muche-



dumbre ateniense móvil y apasionada, que aplaudía y silbaba en el teatro á sus oradores y á sus generales; sino á un público más reservado, más civilizado, aunque más corrompido, y sobre todo más escéptico, que solo buscaba en el teatro el recreo y el pasatiempo. Sucedió esto en la época de las grandes expediciones de Alejandro; el estrecho patriotismo de los antiguos, se había transformado en un cosmopolitismo universal, las barreras artificiales, en una palabra, caían de todos lados. En la comedia, imagen de la vida íntima de los pueblos, debía revelarse la fusión general hacia la cual se sentían arrastrados todos los espíritus: los padres mostrábanse camaradas de sus hijos más bien que sus señores; entre el dueño y el esclavo comenzaba á establecerse una especie de igualdad; lo que hoy llamamos la vida del mundo empezaba á existir en la sociedad antigua, pues las casas de las *hetáiras* eran centros de reunión de artistas y de filósofos, de políticos y de ricos negociantes. El vicio elegante y gracioso, el refinamiento y la molicie, en suma, penetraban en las costumbres fielmente retratadas en el teatro de la época. Y para dar al cuadro un dulce claro-oscuro, el pintor de aquellos tipos, tan gratos para el público, de *la elegante cortesana*, ó de *la meretriz impúdica*, del *viejo gruñón*, *avaro ó libertino*, del *joven calavera*, del *amante apasionado*, del *esclavo enredador*, presenta al lado los ridículos caracteres del servil mísero *parásito*, del odioso mercader de esclavas (*el leno*), del obeso *comerciante extranjero inflado*, porque cree que todos le adoran y le envidian su riqueza, del *militar fanfarrón*, especie de *matamoros* ó de *perdonavidas* de aquellos tiempos, y de otros varios tipos de la época, por todo extremo risibles y á veces hasta odiosos y repugnantes. Tales fueron los héroes de la *comedia nueva* de los griegos; tales los modelos esencialmente áticos que el gran genio de Plauto quiso introducir en Roma, y que hallamos de mano maestra y con entonación vigorosa reproducidos en sus dramas. Pero debe tenerse presente que Plauto no nos ofrece solamente en su galería dramática los tipos de las clases bajas sociales, ni los retratos de repugnantes personajes sumidos en el vicio. Al lado de mujeres impúdicas y de jóvenes libertinos y de viejos verdes que degradan su ancianidad, y de siervos bribones y enredadores y traidores y perversos, encontraremos severas virtuosas matronas; y doncellas can-

dorosas y simpáticas que defienden su honor con entereza; y jóvenes dignos y generosos; y ancianos graves y honrados que protestan de la corrupción que invade las costumbres; y criados ó siervos que llevan su lealtad y abnegación hasta el último sacrificio. En comprobación de lo que acabamos de manifestar, vamos á exponer rápidamente el asunto de cada una de las comedias plantinas y hacer sobre las más celebradas algunas particulares indicaciones.

ANÁLISIS Y CRÍTICA DEL REFERTORIO DRAMÁTICO DE PLAUTO.—Es la primera de sus comedias, la denominada AMPHITRUO, Anfitrión, única pieza de Plauto, de asunto mitológico, á la vez cómico y maravilloso. En el prólogo se la designa con el dictado de *tragicomedia*, atendiendo á la mescolanza de personajes divinos y humanos que en ella intervienen. En efecto, se trata en este drama de los famosos amores de Júpiter con Alcumena, esposa del general tebano llamado «Anfitrión».

El rey de los dioses, aprovechando una larga obligada ausencia del marido de Alcumena, toma la figura de éste, y consigue por tal manera introducirse en el lecho de la casta esposa de Anfitrión, ayudado en tal amorosa intriga por el dios Mercurio, que á su vez se transforma en Sosia, siervo del general tebano. Anfitrion y su criado ó esclavo vuelven de la guerra; y aquel envía delante á Sosia para que lleve á su esposa la feñiz noticia del regreso. Mas ¿cuál no había de ser la sorpresa del siervo al encontrarse en la casa de su amo (y con esta chispeante escena empieza la comedia) con otro Sosia, *completamente parecido á él mismo!* En efecto: su *alter ego* llega á hacerle dudar de su propia existencia, y ante sus amenazas se vé obligado á retirarse de la casa para ir á contar á su dueño las raras novedades que en ella ocurren.—Júpiter, con su hijo el pseudo-Sosia, se despide de Alcumena, y esta queda contristada por la nueva separación del que cree ser su esposo legítimo. Poco después llega el verdadero marido. La noble Alcumena le recibe cariñosa, pero en el coloquio infeliz! le habla de *«las caricias de la noche anterior»*, con cuya tremenda revelación los celos y la ira se encienden en el corazón del esposo. Á su vez la honrada matrona muéstrase irritada y ofendida por las reconvencciones de su marido, para la inocente extrañas é inexplicables. Mientras Anfitrion vá en busca de Naucrates, con el fin de probar á la infiel esposa que él acaba de llegar y que no ha podido ser el que ha compartido con ella el lecho conyugal, preséntase de nuevo Júpiter, con apariencias de Anfitrion, y tranquiliza á la conturbada Alcumena, dando orden al verdadero Sosia (quien toma esta vez á Júpiter por su propio señor) para que vaya á invitar á Bléfaron á su mesa.—Á poco regresa el verdadero Anfitrion, y tiene lugar otra escena que aumenta la confusión y el

despecho del general tebano. El truhán del dios Mercurio, disfrazado de Sosia, escarnece é insulta al pobre marido, cuando se acerca á su casa, y le impide la entrada en ella. La indignación y el dolor del desdichado Anfitrión crecen viéndose de tal modo ofendido hasta del que cree ser su miserable esclavo, y llegan á su colmo, cuando Júpiter le acusa de usurpador de su propia personalidad. Al fin el exceso Jove se manifiesta en su majestático esplendor y descubre la trama de que se ha valido para disfrutar de la hermosura de Alcmena, cuya virtud enaltece, y refiere que él es padre de uno de los dos hijos que ella acaba de dar á luz. Anfitrión concluye por considerar como una dicha suprema el que su tálamo nupcial se haya visto favorecido por el padre de los dioses y de los hombres!...

Como se vé, el asunto no podia ser más atrevido bajo el punto de vista moral y religioso, siendo este drama de Plautó uno de los más insignes ejemplos de las veleidades ó inconsecuencias del espíritu humano. La misma supersticiosa muchedumbre, que sin duda dirigía sus preces y tributaba sus acciones de gracias al augusto Jove óptimo y máximo, aplaudía después frenéticamente, y con un escepticismo inconcebible, á los histriones que pontan de manifiesto sobre el proscenio las flaquezas y debilidades del omnipotente padre de los dioses: contradicciones tanto más extrañas cuanto que los juegos escénicos formaban parte integrante de las más grandes solemnidades religiosas. El carácter de esta pieza, verdadera sátira contra los dioses del gentilismo, ha llevado á algunos críticos á afirmar que estaría modelada por la *hilario-tragedia* de Rhinton, ó por la comedia siculo-dórica de Epicarmo ó por la llamada *comedia media* de los atenienses. El original preciso y la época de la composición nos son desconocidos.

El asunto de la *ASINARIA* es enteramente burlesco. La palabra *Asinaria* del título quiere decir *Pieza en que se trata de unos asnos*, porque en efecto el principal resorte de la acción es un dinero que procede de la venta de una recua. Esta comedia es muy alegre: dice en ella el recitante del prólogo; y lo es en tal manera, que repugna analizarla: como que en esta pieza se nos ofrece el escandaloso ejemplar de un degradado padre de familia, viejo libertino que patrocina los torpes amores de su hijo, por asociarse á sus placeres clandestinos, y el de una madre infame, que trafica con la honra de su hija, y que se produce con escandalosa libertad de lenguaje. —El desenlace es sin embargo, de intención moral.

**AULULARIA.** Titúlase la tercera comedia la *Pieza de la Marmita*, porque el protagonista de ella es un pobre ridiculo *viejo avariento*, llamado Euclión, que guarda escondido en una *olla ó marmita*, un tesoro, motivo continuo de sus ansias y desvelos, y, por ende, causa perenne también para el mísero, de martirios y desvelos.

Abrese la escena del primer acto riñendo el avato á la vieja sierva Estáfíla, porque supone le espía sus movimientos y teme que le sorprenda el secreto del tesoro. Á poco sale para recoger su óbolo en un reparto de dinero que ha anunciado el jefe de su curia y *no quiere faltar porque no vayan á sospechar que es rico*. Un señor de posición, llamado Megadoro, pide á Euclión la mano de su hija; el receloso avariento lejos de alegrarse de la buena colocación que se le presenta á la muchacha, tiembla, porque cree que se habrán enterado del misterio de su caudal; y en medio de su turbación, accede á dar la hija en matrimonio, *pero sin dote*. Temiendo siempre que puedan robarle su adorada marmita, se decide á depositarla primero en el templo de la Buena Fe, luego en un bosque sagrado. Por último, se la roba un esclavo. El dueño de este siervo, es un joven llamado Licónides, que en las fiestas de Céres atentó contra el honor de la hija de Euclión, y desea reparar el agravio casándose con la muchacha á cuyo efecto descubre á su tío Megadoro lo ocurrido para que se la ceda. Cuando el mancebo se dispone á declarar al padre su honrado intento, se da una escena extremadamente cómica: el infeliz Euclión, delirante y desesperado, habiendo buscado en vano al ladrón que le ha robado su tesoro, se halla entregado á sus estériles lamentos, cuando se le acerca el joven Licónides, quien, al oírle, cree que el mísero anciano se duele, por lo de la hija, de su desgracia, y le pide perdón, confesándose autor de ella. El viejo, que ignora el suceso de su hija, se indigna contra el joven, creyendo que de lo que se confiesa es de ser autor del robo de la olla del dinero. Aclárase la situación de entrambos; y después que Licónides obliga á su siervo á que devuelva su marmita al viejo, éste le entrega en matrimonio su hija ¿y su tesoro?...

Esta comedia la poseemos incompleta. Se han escrito suplementos al final perdido del último acto, por Antonio Codro Urceo y otros humanistas; pero el verdadero continuador de Plauto es Molière: *Harpagón* y *Euclión* serán eternamente, en la esfera del arte, inimitables personificaciones de la avaricia. — El original pertenece á la *comedia nueva ática*.

La pieza de Plauto que se titula *CAPTIVI (Los Cautivos)* es una de las más celebradas del popular poeta latino. En efecto, esta pieza de Plauto ofrece el tipo, único en su repertorio y en toda la antigua literatura latina de este género, de lo que apellidamos especial-

mente *drama* en las modernas literaturas: pues tan distante está de la severa majestad y tono de la *tragedia* como del estilo y carácter bufón, satírico y licencioso de la *comedia*, diferenciándose por su moralidad muy particularmente del resto de las de Plauto, como él mismo con honrada ingenuidad y complacencia lo declara al principio y al fin de esta bella composición. El argumento de *Los Cautivos* es bien sencillo: se trata del noble sacrificio de un siervo por salvar á su dueño y de los sufrimientos y angustias de un padre por el amor de sus hijos.

Á un pobre anciano de Etolia, llamado Hegión le fué robado un hijo, de dos que tenía, por un pícaro esclavo. El otro hijo, de nombre Filopólemo, cae prisionero en la guerra que á la sazón sostienen los etolios con los eléos. El amoroso padre dedícase á comprar cautivos de la Elida, para ver si puede, por tal medio, conseguir el canjear á su amado Filopólemo por algunos de ellos. Entre los cautivos eléos, que le han sido adjudicados por el pretor se hallan los dos míseros jóvenes que se presentan ante el público, al comenzar el drama, sujetos con cadenas: el uno es el capitán Filócrates, el otro un siervo suyo llamado Tindaro. Los dos *Cautivos*, amo y esclavo, idean la estratagema de cambiar de trajes y de nombres, por cuyo medio se promete el señor que el viejo Hegión le enviará libre á su patria para realizar sus proyectos. El anciano cae fácilmente en el lazo: y deja ir al supuesto siervo para Elida con el encargo de arreglar con el padre de Filócrates el cambio de su hijo. Otro cautivo eléo hace ver después á Hegión el engaño de que ha sido objeto: el desconsolado anciano, indignado de la farsa que contra él se ha urdido, ordena á sus lorarios ó azotadores que encadenen al generoso siervo Tindaro ó pseudo-Filócrates, enviándole sin piedad á ejecutar penosos trabajos en los subterráneos. Por último, el pundonoroso Filócrates regresa de su patria, trayendo consigo á Filopólemo, y al infame siervo que había robado hacia muchos años el otro hijo. Dicho esclavo declara que vendió el niño robado á un opulento señor de la Elida llamado Teodoromedeo, es decir..... al padre de Filócrates. Pagnion, el niño robado, era, pues, el mismo siervo Tindaro...

Para poder apreciar el gran efecto que esta famosa comedia latina debió hacer en el público de la antigua Roma, es preciso tener muy en cuenta la importancia que se daba en las costumbres y en las leyes de aquel pueblo al rasgo de generosa abnegación que constituye el alma de la misma: el noble y heroico sacrificio de Tindaro. Los más graves historiadores romanos se complacen, en efecto, en ensalzar sublimes hechos de esta naturaleza. En la historia de Tito Livio se nos refiere que un esclavo de Flaminio murió, cubriendo

con su cuerpo el del famoso cónsul, en la memorable batalla del lago Trasimeno, y el ameno Valerio Máximo nos cita multitud de ejemplos de admirable fidelidad realizados por infelices honrados e esclavos. Esta comedia fué representada diez años antes de la muerte de su autor. Tal vez se propondría el noble poeta inaugurar un nuevo género en su edad avanzada.

La CASINA es imitación de una comedia griega de Dífilo. Al modelo griego se agregan en la comedia latina groseros chistes y obscenidades acomodados al gusto de los romanos. Baste saber que se trata en ella de otro viejo libertino que se enamora de la amante de su hijo (Casina); que el viejo intenta casarla con un colono suyo, con quien ha estipulado ciertas infames condiciones; que un esclavo del hijo descubre á la madre de éste el repugnante cínico convenio, y el viejo al fin concluye por verse humillado y despreciado de todos, y Casina, reconocida hija de un ciudadano libre, se une en matrimonio con el hijo del lúbrico anciano, á quien, si primero favoreció la *Suerte*, después fué vencido por la astucia, como dice Prisciano en el argumento de esta comedia.—La *Casina* ha llegado á nosotros enteramente mutilada, sobre todo en las últimas escenas.

Sigue en el orden alfabético la CISTELLARIA, que debió ser, en opinión de Crusius, la primera de las obras de Plauto en el orden cronológico, y representarse en el año 552 de Roma. Plauto se preocupaba poco del título de sus comedias, y no siempre los llevan guardando analogía con la idea fundamental del argumento: bastábale al poeta romano hacer en el título alusión á un incidente cualquiera del drama, siquiera fuera insignificante. Ya hemos visto que á la comedia del avaro, la intitula *Piexa de la Marmittilla*;—otra se llama la *Comedia del Cable*;—otra la de los *Asnos*, etc. Esta se denomina CISTELLARIA, ó *Piexa de la canastilla* (de *cista*, *cistella*) por una canastilla de juguetes pertenecientes á la muchacha abandonada, que figura en la comedia, y por cuya cestita podía ser reconocida: *cestilla* que se pierde y se recobra, lo que constituye en último término un incidente insignificante y completamente innecesario para la marcha ni para el desenlace de la acción.

En la *Cistellaria* se nos ofrece el simpático carácter de una virtuosa joven, tipo encantador de sentimentalismo delicado, contrastando con el de



una miserable celestina, vieja impúdica, borracha y apegada al lucro, que pasa por madre de aquella. La honrada muchacha, llamada Silenia, fué habida en la pasión ilícita de un joven de Lemnos con una doncella de Sicione; y, abandonada por sus padres, vino á parar á manos de la mujer sin honor, que quiere destinarla á su infame oficio. La pudorosa honrada Silenia rechaza con fiera tamaña indignidad; y, resuelta á no pertenecer más que á un solo nombre, sostiene relaciones amorosas con el joven Alcasimarco, concluyendo, después de ser recobrada por sus padres, por casarse con el elegido de su corazón.

Esta comedia ha llegado también á nuestro tiempo con escenas y pasajes notablemente truncados ó adulterados.

El *CURCULIUS* ó el *Gegego* es una producción de escaso interés bajo el punto de vista literario; pero en cambio es una preciosa fuente de conocimiento en cuanto á la historia del arte y de las costumbres. Toma nombre esta comedia del apodo cómico que se da en ella al *parásito*, quien desempeña en la pieza un papel principal. Los personajes de esta comedia ofrecen todos tipos dignos de ser castigados con el látigo de la sátira. el *parásito* con su vientre enorme, con un ojo fuerto, por haberlo perdido en las refriegas orgiásticas donde hace el papel de víctima irrisoria, entreteniendo con chistes y chocarrerías á la gente ociosa y librando con su ingenio de apuros á los amantes afligidos; el *lupus* infame, de insaciable codicia; el *banquero*, deudor moroso y acreedor sin entrañas; el *militar perdona-vidas*, eterno hazme reír de los intrigantes y sicofantas. Para hacer más completo este animado cuadro de costumbres de la época, lo encontramos todo en esta comedia: interpretaciones de sueños, el novelesco destino de una joven robada en sus primeros años (desgracia común de aquellos tiempos) esclava después, y reconocida libre al final del drama; y por último, hasta un intermedio cantado por el director de la *grex* ó coro; especie de parábasis aristofánica en que se revistaban malignamente todas las bribonías é iniquidades de aquel mismo pueblo soez que aplaudía con júbilo delirante. Esta comedia romana ofrece, sin embargo, la particularidad de carecer de prólogo, sin duda porque su excelente exposición lo hacía innecesario.

*EPIDICUS*.—El poeta latino, cuyo repertorio dramático analizamos, no ocultó su predilección particular por el *Epidicus*, como otros escritores insignes han preferido ciertas obras suyas de mérito.

to secundario á aquellas otras que les han ganado fama imperecedera. (1) No quiere decir esto que la comedia que nos ocupa es indigna de nuestro poeta; antes por el contrario, es una de las más entretenidas y de intriga más complicada. Sin duda deja de satisfacernos el ver cómo en esta fábula dramática triunfan la mentira y la trápala; cómo el libertinaje queda casi impune, y cómo se vé burlada la ancianidad, y la majestad paternal ofendida; pero no debemos olvidar que esto armonizaba con las condiciones y gustos del público y con las groseras costumbres de la época. Un esclavo de chiste y de inventiva inagotable que se burla con ingenio de su amo, cándido pobre viejo; que lo burla segunda vez; y que le engañará cuantas veces fuere necesario, es un personaje cómico que debió hacer las delicias de aquella bufona é insolente plebe que rugía hambrienta de escándalo en las gradas de la *cavea*.

Otra de las más estimables comedias plautinas es la denominada *BACCIDÆ*. El poeta latino Plauto le ha dado el título de *as duas Bacchidas*, porque en efecto, las dos heroínas de la comedia son dos huérfanas samias, cuyos padres las llamaron así, por estar ellos iniciados en los misterios de Baco.

Estas dos jóvenes gemelas se parecen como dos gotas de agua. Pobres y huérfanas, ponen á precio su hermosura. Una de ellas se establece en Atenas. Mnesiloco, hijo del viejo Nicóbulo, vé á la seductora cortesana y queda presa de sus encantos; pero el enamorado mancebo tiene precisión de hacer un viaje á Efeso por encargo de su padre. La comisión que lleva le retiene en esta ciudad durante dos largos años; y allí sabe por unos viñero que su amante se ha fugado. Desalado escribe á su camarada y gran amigo Pistóclero para que averigüe su paradero. En efecto, la cortesana se había ido á Creta en busca de su hermana; pero á poco habían regresado ambas á Atenas. Pistóclero cumple el encargo de su amigo; mas al cumplirle, cae á su vez en las redes de la otra Bacchida á pesar de las predicaciones y advertencias de su honrado maestro Lydo. Este pedagogo entera á Mnesiloco, cuando regresa, de los amores de Pistóclero y la Bacchida. De ignorar Mnesiloco que las Bacchidas son ya dos, y de la semejanza de ambas, nace el enredo, pues se cree que la Bacchida cortesana de su amigo, es la suya; y se indigna contra ambos. Convéncese después que su enojo es infundado, cuando se entera que son dos é idénticas las cortesanas. Cada uno de los dos amigos se apodera de la suya, y se procuran fondos para entregarse á los placeres. — En esta pieza cómica se

(1) *Epidicum quam ego fabulam æque ac me ipsum amo.*

Plauto. *Bacch.*, II, 2, 36.



ofrece un contrato para nosotros detestable, que se daba, sin embargo, en las costumbres de la antigua Italia: el de alquilar una mujer sus encantos por tiempo determinado: una de las cortesanas efectivamente se ajusta por un año con un rico militar por el precio de 20 minas. Con este motivo intervienen en la acción dos personajes cómicos: un pobre parásito del capitán Clónago, que por acudir á casa de las desenvueltas cortesanas, reclamando que cumplan el pacto convenido con su amo, es despachado con una paliza; y un siervo enredador, que media en las intrigas amorosas de los dos jóvenes, el cual, con ardid y trapacerías, no solo les consigne el dinero que necesitan para librar á la comprometida Bacchida de su empeño, y para sus goces y liviandades, sino que por último el diablo del esclavo consigue introducir á los ancianos padres en el burdel de las impudicas bacantes.

Como se vé, en el antiguo teatro romano, sin ofensa del sentido moral reinante, y aun en armonía con él, se presentaban estos cuadros demasiado al desnudo, proponiéndose sin duda hacer odioso el vicio, con mostrarle en toda su repugnante y ridícula desnudez. Se desconocían estas delicadas reservas y conveniencias sociales que constituyen uno de los aspectos más amables de la civilización y de las costumbres modernas.

Goza asimismo de gran nombradía la comedia *MOSTELLARIA* intitulada también *Phasma*, muy imitada por los dramáticos modernos. Denomínase la *Píexa ó Fábula del Espectro* (monstrum, *mostellum*, fantasma) porque en ella un joven, Filólaques, que disipa la fortuna de un padre ausente, se vale del ardid de hacer creer al cándido viejo, en el momento en que inesperadamente regresa, que se halla enerrado dentro de la casa un fantasma; con el objeto de impedirle la entrada y que no descubra sus fechorías. Sirve de auxiliar y de mediador al mozo derrochador un siervo suyo llamado Tránion. Después que logran aterrorizar al viejo con la invención mencionada del Fantasma, preséntase á aquel un usurero, reclamándole una gruesa suma, que tiene prestada al despifarrador Filólaques. El padre pregunta á éste en que ha invertido aquel capital enorme; y él le hace creer que lo había empleado en comprar la finca próxima, puesto que por el *fantasma* no podía habitar en la propia. El crédulo timorato anciano se decide á abandonar su casa, cuando un esclavo fiel le descubre lo que pasa, diciéndole que todo ello es un infame enredo; con lo que el indignado viejo monta en cólera y jura vengarse. Por último, un amigo de Tránion se

compromete á pagar todas las deudas y consigne que el padre otorgue su perdón al hijo y al esclavo.

El título de esta pieza debió excitar vivamente la curiosidad del pueblo romano, dada la supersticiosa credulidad que le era tan característica. Los cuentos de aparecidos, de fantasmas y de brujas gozaron en todo tiempo de una gran autoridad en Roma. Cónsules, senadores, ilustres guerreros, hasta hombres de superior talento, eran bajo el punto de vista de estas preocupaciones y terrores unos verdaderos niños. Tácito y Plinio nos han dejado en sus escritos ejemplos notables de esta credulidad. El docto amigo de Tácito nos refiere el caso de un aparecido, muy semejante al del *espectro* de Plauto, terminando su narración con las palabras *et hæc quidem affirmantibus credo...* Si esto decía un hombre sabio de la época de Trajano ¡cuánta no sería la superstición de los rudos romanos del siglo de Catón y de Plauto!

*Los Menechmos* (MENECHMI) ó sean los *Dos hermanos gemelos*. Es sin disputa una de las más apreciables producciones del repertorio de Plauto. En esta pieza, como en el *Anfitrión*, la virtud cómica estriba en los enredos, los *quid pro quos* y los graciosos conflictos que se originan de la semejanza completa que existe entre los dos hermanos gemelos que dan nombre á la comedia.

El asunto es el siguiente. Eran dos hermanos gemelos, enteramente parecidos, hijos de un mercader de Siracusa: tenían 7 años de edad, cuando el uno de ellos se le perdió al padre, en un viaje que había hecho á Tarento para asuntos de su comercio. Un mercader de Epidamno se encontró á aquel niño perdido y se lo llevó á su país. El padre del muchacho desesperado por aquel fatal accidente, muere de dolor. Llamábase el infante perdido, Menechmo. Su abuelo que lo idolatraba, se consoló con dar al otro gemelo, que había quedado en el pueblo natal, el nombre también de Menechmo, en vez del Sosicles, que hasta entonces había llevado. Éste, cuando se hizo hombre, se dió á recorrer países, en busca de su hermano: comenzando precisamente el drama cuando arriba con su nave al puerto de Epidamno. Todo el mundo toma al recién llegado por el Menechmo conocido en el país: la esposa de éste, la querida, el suegro, el doctor, que es llamado para curarle cuando le creen demente, todos le confunden con Menechmo el de Epidamno; como después á Menechmo de Epidamno lo confunden con Menechmo Sosicles: naciendo, como hemos dicho, de la circunstancia de semejanza en la figura y en el nombre de los dos gemelos las situaciones y conflictos cómicos de la fábula: hasta que al fin los dos hermanos se reconocen.



Sigue después la comedia titulada *Mercator*. En esta pieza no se trata de poner en ridículo á alguno de aquellos groseros tenderos ó mercaderes del Foro ó del Velabro; las caricaturas de tales personajes se quedaban para las improvisaciones fecenninas, para los mimos, ó para las atelanas. El protagonista de este drama tiene otro carácter.

Esta comedia podía hasta con más justificación titularse *El loco por el amor*, pues el *Mercader* de la comedia plautina no es tal mercader ni por vocación, ni por oficio, ni por estado: es un joven de posición á quien su padre ha impuesto la ocupación de negociante, para desterrarlo de Atenas, en expiación de sus torpezas y ruinosas liviandades. Pero nuestro enamorado viajante no por eso muda de carácter: llega á Rhodas, se apesona perdiidamente de una seductora cortesana, y la trae consigo en su nave, cuando regresa á Atenas. Al desembarcar en el puerto, el padre se apercebe de la bella; y el tal viejo, antes tan rígido y severo, queda furiosamente enamorado de la muchacha. Pregunta disimuladamente al hijo que para quién va destinada aquella mujer; y el hijo le responde que la trae para sirva de su madre. Suplicale entonces el viejo que la venda á un amigo suyo, y aun finje él mismo el contrato y la coloca en depósito casa de un vecino, con lo que el joven *Mercader* se desespera: y, á la par que él, la esposa misma del vecino, que cree que se ha instalado en su casa una rival. Hasta que por último, á ruegos de los amigos, el viejo enamorado cede la amante á su hijo.

El *MILES GLORIOSUS*. El *militar fanfarrón*, protagonista de esta comedia, nos presenta el ridículo tipo del *guapetón perdona-vidas* de todos los tiempos.

Una cortesana, libre de nacimiento, y un joven ateniense se amaban con delirio: durante una ausencia del amante, llamado Pleusido, es robada su querida Filocomasia por un bravucón militar que se la lleva á Efeso. Un esclavo de Pleusido se embarca para ir á informar á su dueño de lo que ocurre; pero él mismo es cogido en alta mar por unos piratas, que lo venden al *capitan fanfarrón*. El esclavo, interesándose siempre por su primer señor, aprovecha esta coyuntura para proporcionar entrevistas secretas á los dos antiguos amantes en la casa de un vecino, burlando de tal manera al presuntuoso militar Pyrgopolinices, que se cree tan invencible en las lides de amor como en el campo de batalla; que alardea constantemente de hallarse enamoradas todas las mujeres de su arrogante gentileza. Por una gatera de la casa del militar sorprende un siervo á la señora en los brazos de su amante; pero el imbécil es engañado á su vez por Palestrión, el esclavo protector de dichos amores, quien le hace creer que no es á su ama Filocomasia á la que él ha visto amartelada con un querido, si no á una hermana suya gemela enteramente parecida. Palestrión lleva su estratagema más allá, pues, halagando la necia vanidad del capi-

tan, héroe de la comedia, revétele, como en secreto, que la joven esposa del viejo vecino está perdida de amor por él y que arde en vivos deseos de tratarle. El vecino, que es un solterón, bien entrado en años, se presta á que una de sus clientes haga el papel de esposa suya. El militar cae en la trampa y despide á su querida Focomasia con espléndidos regalos, para entrar expedito en la nueva empresa amorosa. Resultado: que se burlan de él los amantes cuyos planes ha secundado estúpidamente; y que, al acudir á una cita de la fingida enamorada esposa del vecino, lo castigar, por supuesto adulterio, con un magnífico vapuleo.

El retrato del necio militar fantarrón, que se satiriza en esta fábula, debe advertirse que, en cuanto á lo que tiene de época, es la copia de una pintura extranjera: este soldado *demoledor de torres y de ciudades*, como burlescamente llama Plauto á su héroe, era el trasunto de aquellos mercenarios aventureros que se alistaban bajo las banderas de los réguos griegos de Asia, después de la disolución del imperio macedónico; los cuales, después de haber militado en Siria y en Egipto, volvían á su patria, contando mil proezas imaginarias y luciendo el dinero que, tan á poca costa, habían ganado.— Se hizo tan célebre sin embargo, la caricatura de este soldado jactancioso y perdonavidas de Plauto que hasta Cicerón decía: *deforme est imitari «Militem gloriosum.»*

PSEUDULUS. Aunque á esta comedia le da título un esclavo del mismo nombre, que en ella figura, gran forjador de embustes, el verdadero personaje principal de la pieza es un *Leno*, un mercader de amor llamado Balión, en cuyo papel se distinguió notablemente el famoso actor cómico romano Roscio, al decir de Cicerón. Con esto, dicho se está que en esta comedia, como por punto general en otras muchas, el poeta latino nos ofrece la sociedad repugnante de los lugares de prostitución. La antigua musa cómica se inspiraba casi siempre en la malignidad de la especie humana, considerando que un modelo de virtud presentado en las tablas no hace reír al público, que se sienta en las gradas para divertirse, tanto como la gente calavera, perdida y levantisca de la época que retrata la comedia.

Veamos el argumento de esta pieza una de las predilectas de Plauto, según afirma Cicerón por boca de Catón. Muerto de amor por la cortisana Fenicia un mancebo llamado Calidoro á quien falta dinero para conseguirla. Compra á la meretriz un militar por el precio de 20 minas, abonando en el acto 15 y dejando en casa de Balión la cortisana; con la

condición de que la entregarían al que, con el resto de la cantidad convenida, presentase un sello semejante al que él dejaba en su poder.— Apenas llega Harpax, criado, ó como si dijéramos ordenanza del militar, atrápale el audaz *Pseudolo*, esclavo de Calidoro, y le arrebató el sello, haciéndole creer que él es intendente de Balión. A seguida entrega el sello, y cinco minas á un supuesto mensajero, para que vaya á reclamar á Fenicia: con lo que el *leno* es engañado, burlado el militar y Calidoro queda en posesión de su amiga. El esclavo, un didor de la trama, recibe en premio una buena ración de vino.

*El mísero Cartaginés*: *PENULUS*. Es una de las comedias de Plauto donde más resalta la seriedad y elevado carácter de este gran ingenio, que frecuentemente se cubre con la máscara de Momo. Diríase que cuando estaban recientes los definitivos triunfos de los romanos sobre los cartagineses, cuando se conservaba aún vivo el odio contra la república eterna enemiga de Roma, una comedia que llevara por título *El pobre Cartaginés* tendría por objeto halazar las pasiones de la muchedumbre, escarneciendo en las tablas á aquellos mercaderes africanos, que habían osado disputar al pueblo rey la dominación y conquista del antiguo mundo.— Tal vez, al ver anunciada esta función sobre los muros de la basilica Porcia ó sobre las columnas del pórtico de Tarquino, el pueblo se llenaría de febril entusiasmo, esperando gozar en la cavea semejante espectáculo de irrisión y de escarnio; pero el poeta estaba muy lejos de tal innoble propósito. En lugar de un *Cartaginés* inícuo y antipático, Plauto presenta en la escena un infeliz honrado anciano á quien le han sido robadas sus dos hijas, que las anda buscando con amoroso afán, por todo el mundo, y que al fin las encuentra con la protección y la ayuda de los dioses. Y, lejos de lisonjear al populacho en esta comedia, lanza su autor sátiras aceradas contra aquel enjambre vil de plebeyos y de libertos, entregados á la vagancia y llenos de vicios, que vivían del infame lucro del testimonio falso y del perjurio, por los graves defectos de las instituciones jurídicas existentes y por los funestos prejuicios, que á la sazón dominaban acerca del trabajo y de la industria.

Este drama es célebre por el fragmento en lengua fenicia, que contiene en el acto V, sobre cuya lectura ó interpretación se han escrito disertaciones eruditísimas por notables filólogos antiguos y modernos, tales como Bochart, Bellermann, Gesenius, Lindemann,

Wex. Movers, Hitzig, etc. Por último, en 1871, A. M. Malmstrom ha publicado un trabajo muy interesante con el título *De punicis plautinis*.

EL PERSA.—En esta comedia, como en alguna otra, se trata de burlar á un aborrecible traficante de mujeres, á un repugnante *leno* llamado Dordalo, de cuyas garras consigue librar un siervo á Lemniselena, la bella ven adorada por su amo; y logra el esclavo rescatarla, mediante una suma, que le ha facilitado otro siervo, amigo suyo, á condición de que luego engañarán al *lupus*, como lo verifican, proponiéndole la compra de una supuesta joven *persa*, que no es sino la hija de un parásito. Cae en el lazo el codicioso mercader de esclavas; pero, al querer exhibir en público la linda muchacha, el parásito ó pseudo-persa lo demanda ante los tribunales, por el delito de querer traficar con su hija: con lo que el antipático prostituidor se queda sin esclava pérsica y sin dinero.—En el teatro de la antigüedad, donde no podían presentarse nuestros tutores codiciosos, ni nuestros tíos intratables, estos miserables y astutos traficantes, *lobos* á la par que *guardianes* de su mísera humana mercancía, ofrecían un tipo todavía más adecuado, para ser castigado con el látigo de la sátira.

RUDEUS ó sea el *Cable*.—Otros la intitulan los *Náufragos*.—Este lindo poema es muy semejante en su asunto á el *Penelus*; pero es superior al mismo en el plan, y por el pensamiento profundamente religioso y moral, que anima toda la composición.

Un *leno* cruel y bárbaro, que sale huyendo de Cyrene con dos preciosas esclavas suyas, naufraga casi á la vista del puerto. Las muchachas se salvan en un frágil esquife y se dirigen á un templo solitario de la diosa Venus en el que se les da hospitalidad por la venerable anciana que lo guarda. El *leno* es arrojado también por las olas á la playa, y quiere, cuando descubre el paradero de las jóvenes, arrancarlas á viva fuerza del sagrado santuario. Un pobre viejo, que cultiva un pequeño campo, próximo al templo de la diosa, corre con su gente á proteger la inocencia y á reprimir el sacrilegio. El cielo recompensa su virtud: pues, una de las débiles jóvenes, que defiende, es una hija suya, cuya pérdida lloraba mucho tiempo ha, sin esperanza ya de recobrarla. La *Providencia* ha hecho que un esclavo del anciano haya encontrado en la orilla del mar una balija del infame *lupus*, que contenía, entre otras cosas, un cofrecito donde se guardaban los objetos mediante los cuales debía ser reconocida la joven por su familia. El anciano padre, radiante de júbilo, abre los brazos á la hija de su corazón.



La comedia cuyo título es *Stichus*, *Stico*, podría denominarse más propiamente el *Triunfo del amor conyugal*: pues se trata en ella de la perseverante fidelidad que dos jóvenes casadas guardan á sus maridos, unos infelices cuya pobreza les ha obligado á ir á buscar fortuna en tierra extranjera. El padre de las muchachas, á spués que han transcurrido tres años, se afana por casarlas en segundas nupcias. La mayor se siente inclinada á doblegarse á la voluntad de su padre y señor; pero la menor la anima, y ambas aguardan al fin á sus esposos. Á poco regresan ambos con una gran fortuna, con lo que cambian las cosas, pues todos los adulan y agasajan: concluyendo la pieza con una orgía en que come, bebe y danza *Stichus*, esclavo de uno de los maridos, con el siervo del otro y con una impúdica meretriz á quien ambos siervos enamoran, concluyéndose este grotesco *fin de fiesta* dando de beber al flautista, que acompaña al canto, como si entre nosotros en una zarzuela los actores hicieran beber á la orquesta.

Nuestro poeta, como se puede inferir por el breve resumen del argumento, podría haber ofrecido en esta pieza una elevada enseñanza de las virtudes conyugales y sobre el culto servil que se tributa en el mundo á la riqueza y á la fortuna. Pero el poeta latino más parece que se propone ofrecernos en ella el triunfo de la gastronomía, pues en toda la comedia se trata, hasta la saciedad y con notable impertinencia, de comilonas y banquetes: cuando habiendo hecho de las dos castas esposas unas modestas Penélopés, y habiendo dado más movimiento dramático á la virtud que las ennoblee, haciéndolas resistir, por ejemplo, el asedio de amantes impertinentes, hubiera podido hacerse de este drama uno de lo más amables ó interesantes del repertorio plautino.

*TRINUMMUS*, la comedia de *El Hombre de las tres monedas*. El *Trinummus* es una interesante pieza de familia, en cuya acción juegan nobles personajes que, por su pureza de sentimientos, hacen recordar los del drama *Los Cautivos*. Esta pieza podría titularse más propiamente *El tesoro escondido* ó *El disipador*; pero ya hemos dicho que Plauto tiene el capricho de forjar los títulos de sus obras de un incidente cualquiera de poca importancia.

Veamos el argumento. Cármenes, viéndose precisado á emprender un largo viaje, deja encargado de sus asuntos á su amigo Cáricles, revelando.

le que tiene oculto en su casa un tesoro, y rogándole que en el caso de perecer, lo entregue en dote á su hija. Lesbónico, hijo de Cármides, es un joven de buen fondo, pero pródigo; durante la ausencia de su padre, disipa casi toda su fortuna y se decide á vender la casa paterna en la cual se halla escondido el tesoro; por lo que, para ponerlo á salvo sin tener que revelar el secreto, se ve precisado el fiel amigo de la familia á comprar finca, á pesar de que las apariencias puedan condenar su acto. La hija de Cármides es pedida á su hermano en matrimonio por un amigo suyo. Cáricles, queriendo cumplir lealmente con el encargo de Cármides, sin descubrir el misterio del tesoro, hace creer á Lesbónico que un criado de su padre ha traído la suma necesaria para dotar á la joven según corresponde al rango de su familia. Uno de los numerosos *agentes de intrigas* que por un módico salario se alquilaban en Roma para cualquier empeño, el *Trinummus* que da nombre á la comedia, se presta á figurar como mensajero de Cármides; pero se malogra toda esta noble maquinación, porque, en el momento mismo en que se va á llevar á cabo, se presenta el mismo Cármides, quien monta en cólera, al enterarse de que Cáricles ha comprado la casa; pero, después que todo se descubre, se apresura á recompensar la prudencia previsorá de su amigo, y le pide una hija suya para casarla con Lesbónico, á la vez que se llevan á cabo las proyectadas nupcias de la muchacha, á la cual dota el padre espléndidamente; concluyendo el drama con las protestas de arrepentimiento del disipador Lesbónico. En esta pieza como en la de *Los Cautivos* no intervienen mujeres.

La última comedia que se conserva en la colección plautina es la denominada TRUCULENTUS, esto es, *El Brutal* ó el *Grosero*. Esta comedia, que toma el nombre de un rudo esclavo que en ella figura, podría intitularse mejor *La Cortesana*: porque en este drama se ofrece el retrato, en toda su étnica desnudez, de la impúdica meretriz de aquella época. Fronesia es, en efecto, el tipo de una de esas mujeres desbocadas que hacen del vicio la ocupación de todos los momentos de su vida; á cuya hermosa desvergonzada asedian tres amantes, ó por mejor decir tres estúpidos compradores de sus caricias y groseras sensualidades. á saber: el uno de la ciudad, el otro un rico aldeano y el tercero un militar. Resultado: que la cortesana arruina al primero, que procura hacer lo mismo con el rico campesino, y que al capitán babilonio le hace creer, á fin de explotarle, que de sus amores ha tenido un hijo.

Basta con estas indicaciones para que se comprenda que la inmoralidad de esta pieza es intolerable, á pesar de tener algunas situaciones ingeniosas y algunos diálogos vivos y animados. El autor la tuvo en gran estima. *Distinque tempora...*



## LECCIÓN 13.

### Continúa el examen analítico y crítico del teatro de Plauto.

Cómo hizo Plauto sus imitaciones de la comedia griega. Importancia del estudio de sus fábulas dramáticas. Renombre de este poeta. Los prólogos de sus comedias. Sus comentadores. Sus imitadores.

Yá hemos visto cómo las comedias de Plauto son imitaciones del teatro helénico. Pero, aunque el poeta romano fué imitador de los griegos, sería un absurdo creer que perteneció al rebaño servil de imitadores (*imitatores, servum pecus!*) de que tan graciosamente se burlaba siglos después el satírico latino. Plauto no fué un traductor literal de las comedias griegas: el cómico de Umbria tomaba los personajes y los argumentos de las comedias griegas y los acomodaba con notable originalidad á los usos y costumbres romanas, como los autores de los teatros modernos han hecho arreglos de los dramas antiguos clásicos á las costumbres y gustos de la sociedad moderna. Plauto pone el lugar de la escena en ciudades extranjeras: en Atenas, en Epidauro, en Thebas, en Calidón, en Efeso, en Cyrene; cómo da nombres griegos, serios ó cómicos, á sus personajes: á un viejo lo llama *Antifón* (Contradictor—D. Gruñón), á cierto parásito le dá el nombre de *Curculius* (Carcoma); á otro el de *Arctotrogus* (Tragapán ó Ganapán); otro se llama *Saturión* (Repleto); los cocineros ó marmitones de la «Aulularia» se llaman *Antrax* (Carbón, Tizón); el otro *Congrión*; la vieja borracha *Staphyla* (Racimo de uvas), etc., etc. (1) Pero á pesar de este ropaje griego que

(1) Estos nombres ó apodos cómicos eran resortes de que se valía el poeta para excitar la hilaridad de la muchedumbre: á este mismo género de chistes pertenecen los grotescos nombres étnicos y geográficos que cita en algunos pasajes de sus comedias: así en la *Asinaria* pregunta un personaje á otro si quiere conducirle *apud fustitudinas fericepinas insulas*; y el ridículo Soldado fanfarrón habla de sus hazañas en los campos *Gurgustidoniis ubi Bombomaxides Cluniusaridydsarchides erat imperator summus*... ni más ni menos que como nuestro Caballero de la Triste figura.

ubre su comedia, y á pesar de que el pensamiento y la trama, los argumentos, los toma de los poetas cómicos de la Grecia, en el teatro de Plauto late el espíritu de Roma, las ideas, los usos, las costumbres romanas: los pretores administran justicia en Atenas ó en Cyrene con arreglo á la *Ley decenviral* de las Doce tablas, ni más ni menos que en el *Forum* de Roma; los comicios centuriados deciden las sentencias capitales; los padres gozan de absoluto imperio sobre sus hijos; los dioses de Roma inspiran á sus ciudadanos; en la *Aulularia* deposita el viejo avariento la marmita de su tesoro en el templo de la *Buena Fe*, y un esclavo invoca á Laverna protectora de los ladrones; cierto personaje se queja en los *Menechmos* de las grandes molestias que ocasionan las obligaciones y cargas de la clientela; un Cartaginés habla de las fiestas que proporcionan al pueblo los ediles: en otros dramas aparecen en ciudades griegas triunviros, lictores con las haces, dictadores, cuestores, el senado dotando en suerte las provincias, las prácticas romanas del censo, las monedas romanas; y en fin, el poeta, para que no se dude de su intención, estudiosamente desmiente el lugar en que la acción acaece y coloca el Capitolio en Epidauro y á Júpiter Capitolino y la Puerta *Metia* en Atenas.

De todo ello aparece claramente que el poeta latino se propone, como todos los escritores cómicos, representar las costumbres y el vivir de su pueblo y de su época. Por esta razón la lectura de Plauto, como la de los grandes dramáticos de todos los tiempos, es no sólo útil bajo el punto de vista del arte, sino también como fuente de conocimiento de gran valer, para el estudio profundo de la historia de un pueblo, de sus costumbres y de sus instituciones. Durante el día vemos á los romanos asistir al foro, á la plaza de comercio, al tribunal: ó bien pasar el tiempo en casa del médico, del perfumista ó del barbero, discutiendo y ocupándose de política: —durante la noche ir de recreo acompañados de esclavos con las teas encendidas; recrearse en opíparos banquetes y entregarse al juego de los dados después del festín; y por último aprendemos los cantos báquicos y galantes que deleitaban á aquellos señores del

na nombraba á Pentapoli'n el del arre banguado brazo, terrible rey de los Garamantas y al emperador Allianfarrón, señor de la grande isla Trapobana y al grande duque Micocolembó y á Brandabarbarán de Belfiche, etc., etc.

mundo. Vemos á las coquetas, reuniendo en su ropero centenares de túnicas de nombres y de formas diferentes: la túnica transparente, la tupida, la de lino de fr. rjas, la interior recamada, la túnica pluvial, la azafrañada, la verde-mar, etc., y mil otras invenciones elegantes, claro testimonio del genio de los mercaderes de modas de la antigüedad, que podían dar lecciones á los de nuestros tiempos. — Adquirimos el conocimiento circunstanciado de lo que constituía el programa de la educación de la juventud, dividida entre los ejercicios del cuerpo y los del espíritu. Ah! ¡y á cuán seria meditación no se entrega el alma, viendo al través de veinte y dos siglos el original de multitud de usos, de intrigas, de refinamientos de nuestra civilización!: los tipos de farsantes, de tunos y de miserables de todos los tiempos; el usurero estafador, el petardista caballero de industria, los bufones y *factótums* de los grandes, bajo la figura de los *parasitos*, nuestros perdonavidas de tiesos mostachos y ruidosas espuelas, bajo el aire jactancioso de los faufarrones de Roma; los funcionarios del Estado, cometiendo siempre los mismos abusos; los industriales y mercaderes con las mismas artes para atraer ó enganar al público; en los teatros antiguos las mismísimas intrigas y charlatanerías, las mismas prácticas de nuestros modernos teatros: los aplausos y las silbas preparadas, las fórmulas de galantería dirigidas al público, el lujo de las decoraciones y de los trajes, supliendo en muchas ocasiones la falta de mérito de una producción dramática; las sátiras dirigidas á otros autores rivales, el uso aristocrático de hacerse guardar el asiento por un esclavo, los acomodadores, colocando en su localidad á cada espectador, la policía manteniendo el orden y procurando el silencio. Minuciosas curiosidades que dan una gran fuerza de verdad á esta ingeniosa idea de un ilustre escritor: *«el teatro suple á la historia, y una buena comedia es el mejor retrato de un pueblo.»*

Son dignas de admiración y de atento estudio las fábulas dramáticas de Plauto: ora se les considere bajo el punto de vista artístico, ora se las estime como fuente riquísima para conocer las instituciones y las costumbres antiguas. Así se explica que hayan obtenido el universal aplauso de antiguos y modernos. Se han lanzado, sin embargo graves y duras censuras contra el cómico latino: unos le han criticado la inverosimilitud en algunas de sus intrigas drama-

ficas; otros el prosaismo y falta de interés y el quebrantamiento de las unidades de acción, de lugar y de tiempo que se nota en algunas de sus obras. Existen realmente estas inobservancias en algunas de las creaciones plautinas; pero no se tiene en cuenta que en la literatura antigua se cumplían menos de lo que se piensa estos rigurosos principios clásicos. También se ha censurado á Plauto por la condición inmoral y escandalosa de los personajes que con frecuencia presenta en escena: la meretriz, por ejemplo, y el inmundado tratante de honras, *el leno*; mas tales críticos olvidan que el poeta latino tenía que limitarse á llevar á las tablas los únicos personajes que le toleraban la ley y las costumbres, y que como escritor cómico debía sacar á la pública afrenta á aquellos inmundos seres los más dignos de ser castigados públicamente con el látigo de la sátira. Más digna de censura es la excesiva licencia que emplea á veces en sus diálogos, y aun este cargo se ha exagerado contra Plauto. No pensamos nosotros que sea lícito jamás al artista ni al poeta inspirarse en asuntos ni en pensamientos, que condenen el decoro ni la moral, pero ¿quién desconoce que los poetas dramáticos, aun los más severos y esclarecidos, se han visto precisados, para hacer tolerables al vulgo necio sus rígidas enseñanzas, á

*hablarle EX NERVO para darle gusto?*

¿Cómo hemos de olvidar que el poeta de Sarsinia se dirigía á aquella romana plebe bárbara y turbulenta, cuya rugiente inquietud en las gradas del teatro producía el ruido de las arboledas en el monte Gárgano, de corazón endurecido, de índole bufona y sarcástica hasta entonces sólo divertida con las feroces luchas de los gladiadores, con los insolentes cantares fescenninos, ó con las groseras representaciones de las atelanas? ¿Y habremos de ser más inexorables con este antiguo poeta del pueblo, que al cabo tenía que captarse el favor de una muchedumbre inculta y grosera, que con el egregio dramático inglés, que empleó á veces el mismo cómico lenguaje, dirigiéndose á los graves señores y nobles damas de una corte distinguida? ¿Pues nuestros antiguos escritores cómicos fueron siempre públicos y reservados? Y nuestros novísimos dramáticos pueden hablar de honestidad, cuando el adulterio, la violación y la seducción se emplean á cada paso como resorte dramático? Plauto, como los grandes dramáticos de todas las épocas, cono-

cia perfectamente la misión moral del teatro; pero este ilustre ingenio sabía también que la comedia corrige con la risa: *castigat, ridendo, mores*; y tenía que transigir con los torpes gustos é inclinaciones del vulgo, para sembrar en su corazón fecundos gérmenes de moral profunda. Como su contemporáneo, y tal vez amigo, el severo Catón, se muestra rígido condenador de la perversidad de las costumbres; como el austero Censor, condena el lujo desenfrenado de las matronas, el afán inmoderado de riquezas, la insaciable ambición que empieza á corroer las entrañas de la sociedad romana; como el estóico Marco Porcio se duele de la pérdida de las sencillas costumbres de los primitivos romanos. Plauto esmalta sus escritos, aun los más alegres y joviales, con las sentencias más puras de la moral antigua: muéstrase amante de la justicia, de la patria, de la humanidad; lanza atrevidas sátiras contra los dioses del paganismo; proclama en *Los Náufragos* el dogma de la Providencia y nos ofrece la elocuente crítica de los escándalos de su tiempo. En suma, el gran fundador del teatro romano se propuso inculcar en su auditorio ideas levantadas, nobles sentimientos, pasiones generosas. Si se ve obligado á emplear el triste recurso de los equívocos groseros y de los chistes indecorosos, no disimula su repugnancia; sintiéndose regocijado su honrado espíritu, cuando puede decir al pueblo, como en el interesante prólogo de uno de sus dramas más bellos y morales: *«Aquí no vais á oír versos cínicos como en la mayor parte de las comedias—mi comedia es un cuadro de buenas costumbres.»* La comedia es la viva imagen de la sociedad que retrata: en aquella época, como en todas, tal cinismo acusa más bien al público, que al poeta.

No pueden celebrarse del propio modo las comedias plautinas bajo el punto de vista de la versificación y del lenguaje. Su metrificación es descuidada y poco armoniosa; y su dición en verdad algo ruda y arcaica; pero, aun bajo este punto de vista, las comedias de Plauto ofrecen á los amantes de la antigüedad clásica y de la filología un objeto curiosísimo de estudio, porque este monumento de la antigua poesía latina nos ofrece un ejemplar aproximado de lo que debió ser aquella lengua *hablada* rústica ó vernácula de las clases populares de Roma, aquella enérgica lengua de los fieros conquistadores del antiguo mundo, antes de sufrir el fino pulimen-

to y el ritmo melodioso que le dieron los poetas y oradores, los historiadores y filósofos del esplendente Siglo de Oro. Cicerón, sin embargo, era entusiasta admirador de la vigorosa frase de Plauto; Auto Gelio le apellida ornamento de la lengua latina, y Varrón, al decir de Quintiliano, afirmaba *que si las musas quisieran hablar la hermosa lengua latina, deberían preferir la expresiva lengua de Plauto*. (1)

Este antiguo poeta latino ha gozado de gran renombre en la posteridad. Mientras del inmenso repertorio de obras dramáticas, a las griegas como latinas, que lograron ser representadas en la escena ateniense y en la romana, apenas se ha salvado del naufragio del tiempo un número reducido, y mientras de muchos y afamados poetas del género cómico apenas se nos han conservado los títulos de los dramas que les granjearon en su época reputación y fortuna, el popularísimo poeta Plauto gozó la noble satisfacción de ser frenéticamente aplaudido y coronado por sus contemporáneos, los ásperos conciudadanos del severo Catón, y la gloria insigne de que su memoria y sus escritos hayan seguido ejerciendo una eficaz influencia á través de los siglos. Representábanse sus comedias en tiempo de Diocleciano; sobrevivieron á la ruina del Imperio; triunfó el encanto de sus fábulas de la ruda barbarie de la Edad Media, siendo puestas en escena, según cuentan las Crónicas, hasta mediados del siglo XV; se han imitado en todas las modernas literaturas los caracteres que supo dibujar aquel genio vigoroso con tanta verdad y colorido, embelleciéndolos con gracia inimitable su alegre vena franca y comunicativa; y por una singularidad, notable en la historia de las letras, el que supo ganar laureles inmarcibles en la antigua escena los ha conquistado también en la moderna, arrancando aplausos en las márgenes del Spree, en 1844, como ha dos mil años los conquistaba bajo los muros del Capitolio. (2)

Debemos decir algo acerca de los prólogos de sus comedias. La

(1) Horacio, sin embargo, se burla en su *Epístola á los pisonis* (v. 270 y sgtes.) del detestable gusto de los antiguos romanos, por haber aplaudido los chistes y el lenguaje de Plauto. El amigo de Mecenas y de Augusto, el poeta cortesano, extremaba con frecuencia su oposición á los gustos del pueblo: *Odi profanum vulgus et arceo*....)

(2) Romanelli en su *Viaje á Pompeya* habla de una *teggara* ó contraseña de entrada, hallada entre las ruinas del teatro de la Ciudad sepultada por la lava del Vesu-



mayor parte de los *prólogos* que llevan las comedias de Plauto fueron escritos para repeticiones de su representación, en el siglo VIII de Roma. Por cierto que estos *prólogos* son de no poca importancia también, por los curiosos pormenores que suministran relativamente al teatro antiguo y á las costumbres escénicas de la época. En el prólogo se hacía la exposición del argumento, se presentaba el *programa* de la función, como si dijéramos. Los antiguos no aspiraban, como nosotros, á una completa *ilusión teatral*; y, por lo tanto, en nada debilitaban estos prólogos el interés del espectáculo; antes por el contrario, dada la organización de los teatros de Roma y la inmensa concurrencia que acudía, gratis, á aquellos públicos festejos, era el prólogo una verdadera exigencia del antiguo arte dramático. En estos prólogos no se limita el compositor á explicar al auditorio el argumento de la pieza, los personajes y el lugar de la acción; sino que otras veces se extiende á presentar capítulos de agravios al público, quejándose de sus majaderías ó impertinencias y de sus faltas de atención ó de compostura; ó por el contrario, adula á la muchedumbre, lisonjeando su vanidad y ofreciendo disculpa á sus miserias; dirigiéndose por supuesto casi siempre al público mismo el personaje recitante del prólogo. (1)

---

bio,—que dice: Cav. III, cun. III, grad. VIII, CASINA PLAUTI. (A. Vanucci. Studi sulla letterat. latina).

El día 5 de Mayo de 1844 fueron representados en Berlín, *Los Cautivos* de Plauto, en la lengua original, por los estudiantes de la Universidad, en presencia del Rey y de los Príncipes y ante un auditorio compuesto de hombres de estado, de literatos y de artistas.

En el año de 1879, entre los diferentes espectáculos que se dieron en Madrid para socorrer á los afligidos inundados de Murcia, fué uno de los más notables la representación de esta misma comedia latina, bajo la dirección de mi sabio maestro el doctor D. Alfredo Adolfo Camus.

(1) Al abrirse la escena, presentábase ante el público el actor encargado de recitar el prólogo. Representando á veces un número celaste, se mostraba en el prólogo adornado con sus atributos: en la *Aulularia*, desempeña el papel de prólogo el dios *Lar*, custodio de la casa donde se oculta el tesoro que constituye el argumento de la pieza: en el *Anfitrión* hace de prólogo *Mercurio*, hijo y mensajero de Júpiter; en *El Cable*, como se trata de un naufragio, recita el prólogo la tempestuosa constelación *Ayrturo*, apareciendo en medio de las nubes, circundada su frente de una aureola de estrellas.—En otros dramas los próloguistas son personajes alegóricos: así en el *Triunphus*, donde se trata de la prodigalidad de un joven, recitan el prólogo *el Lujo* y su hija *la Indigencia*; otras veces, en fin, se encargaba de él el jefe de la caterva, *el dux gregis*, quien se presentaba con blancas vestiduras y llevando en la mano un ramo de olivo, como en señal de súplica y de paz.—Acercá de los prólogos véase el estudio de *Litbig: De prologis terentianis et plautinis*.

Por su gran celebridad llegó á ser el Teatro de Plauto asunto de los más prílijos comentarios, críticas y glosas de los gramáticos y eruditos de la antigüedad, como lo está siendo también en nuestro siglo. El más notable de sus críticos antiguos fué M. Terencio Varrón. Bajo el punto de vista de la forma, Plauto tuvo como comentaristas á Sisenna y á Terencio Scauro; y como intérpretes de su lengua á Aurelio Opilio, Ser, Clodio, Elio Stilón y á algunos otros glosógrafos. En nuestra época se han publicado notables trabajos críticos del texto por multitud de sabios filólogos; y curiosísimas monógrafías, deduciendo el estado de la civilización, de las costumbres y de las instituciones civiles y políticas de la antigua Roma, de las noticias que se contienen en las obras de este insigne dramaturgo. (1)

*Imitadores.* Asimismo se han dado á luz de la colección plautina versiones preciosas en todas las lenguas de Europa, desde la época del Renacimiento hasta nuestros días, habiendo ejercido una

---

(1) Para el conocimiento completo de Plauto pueden consultarse los autores y los eruditos trabajos literarios siguientes:

Las *disertaciones críticas del texto* publicadas por Ritschl, Fleckeisen, J. Brix, Ladewig, Kretschmer, Seppent, Fuchs y otros sabios filólogos (V. Teuffel; I, 156).—Las *traducciones francesas* del Teatro de Plauto de François, Naudet y de Belloy; las alemanas de Koefer y de Donner y las italianas de Eugenio Angelio y de Luigi Bonini.—*Sobre la vida de Plauto*: A. Gellius, I, 24; III, 4.—Pareus: De vita, obitu et scriptis Plauti;—Lessing: Vida y escritos de Plauto,—y los *Estudios* siguientes: Duval, Teatro completo de los latinos;—Waschuth, Carácter de la comedia griega de Plauto;—Boissier, Quomodo græcos poetas Plautus transtulerit;—Kapmann, Res militares Pl.,—Romeijn, Loca nonnulla ex Plauti com. jure civili illustrata;—Benoist, De personis muliebribus apud Pl.;—Dubiet, Qualis fuerit familia romana tempore Plauti;—Benck, Estudios sobre los clásicos latinos aplicados al derecho civil romano;—Henriot, Costumbres judiciales de la Roma antigua, según los poetas latinos;—Hahn y Saupper, Quaestiones plautinae;—Evans, Lexicón Plautinum;—H. Stephanus, Diss. de Pl. latinitate;—Lindemann. Diss. de veterè latinæ linguæ prosodia.

En 1879 ha comenzado el autor de esta obra á publicar una versión castellana del Teatro completo de Plauto. Van publicadas la *Aulularia* y *Los Cautivos*.

El texto de las comedias de Plauto ha llegado hasta nosotros en dos diferentes reacciones, de las cuales la una se ha conservado en el palimpsesto ambrosiano, y la otra en los manuscritos de J. Camerario. Los manuscritos de Plauto habian ido desapareciendo en la Edad media, de tal manera que á principios del siglo XV sólo se conocian las ocho primeras comedias, según hemos apuntado en otro lugar. En el año 1428 se descubrió en Alemania un manuscrito con las doce últimas. La primera edición de las ocho piezas no tiene fecha, ni indicación de lugar: la *editio princeps* del Teatro completo se debió, en 1472, á Jorge Mécrua: este texto vino á ser la vulgata de Plauto hasta que J. Camerarius (Kammermeister) publicó su famosa edición, á mediados del siglo XVI. Después se han publicado otras muchas importantísimas con ricas ilustraciones y aparato crítico.



gran influencia la literatura de Plauto en los teatros modernos de Europa. En efecto, el *Anfitrión* ha tomado carta de naturaleza en el teatro moderno merced á Villalobos, Piareta, Rotrou, Ludovico Dolce, Molière y Dryden, traductores unos é imitadores otros de esta notable *tragi-comedia*:—Voltaire elogia la imitación hecha por Rotrou del bello drama *Los Cautivos*;—la comedia de carácter *Aulularia* ha servido de modelo á la *Sporta*, de Gelli, al *Araro* de Molière y á *El Misero*, de Fielding;—Regnard ha copiado el *Curculius*;—Nicolás Maquiavelo tomó asunto para su *Clivia* de la *Casina*;—la *Mostellaria* ha sido imitada por Addisón y Destouches;—el argumento de los *Menechmos* ha servido de base á Shakspeare para su *Comedia de los errores*;—el *Mercator* es el *Vecchio amoroso* de Donato Giannotti;—Ricobini y Dolce han imitado el *Rudens*;—la *Dote* de Cecchi se modeló en el *Trinummus*.

## LECCIÓN 14.

### Ennio.—Pacuvio.—Cecilio.

Q. ENNIO. Su vida. LOS ANNALES DE ENNIO: fragmentos que existen. Juicio que de esta obra formaron los antiguos. Las tragedias y praxetas de Ennio. Sus *Saturæ* y poemas didácticos: *Epicharmus* y *Evemerus*. Cualidades poéticas de Ennio.—M. PACUVIO.—ESTACIO CECILIO:—su vida y sus obras; su importancia literaria. Conjeturas acerca de su genio.

Prosiguiendo el estudio de los escritores latinos del siglo VI, pasamos á ocuparnos del gran poeta á quien la generalidad de los críticos consideran como el principal fautor del helenismo. Por este motivo el historiador Niebur, que exalta con entusiasmo al valeroso poeta Nevio, fulmina los rayos de su cólera contra el calabrés Ennio, porque en él vé únicamente al extranjero, al griego, al vate cortesano, y supone que con haber favorecido el predominio en Roma del gusto y la inspiración griega, habia impedido que se desarrollera una enérgica literatura al calor del sentimiento popular. Esta hipótesis del gran historiador alemán no descansa en razones indiscutibles. El poeta Ennio no destruye, en verdad, ninguna gran literatura esencialmente nacional preexistente: pues, si bien trae á la poesía latina las formas poéticas griegas, y si se inspira como sus otros contemporáneos en la literatura helénica, en la obra que le conquistó fama imperecedera, late un espíritu esencialmente romano.

I.) ENNIO: *Su vida*.—Nació el poeta ENNIO en Rudia, en la Campania, en aquel país de los *Peucetas* en que se mezclaban y confundían la influencia griega y la influencia osca. Los escritores romanos Varrón y A. Gelio nos indican que nació hacia el año 515 de Roma; y el poeta Silio Itálico añade, tal vez por enaltecerlo, que era descendiente de los antiguos reyes de Mesapia. En el año 550 militaba en el ejército romano de Cerdeña: entonces fué cuando el famoso Catón le conoció, y desde allí le trajo á Roma. Era Ennio hombre de vasto talento é instrucción. Poseía el griego, el latín y el osco; por lo cual, Ma decir que tenía tres corazones (*sese habera tria corda: quod loqui græcè et oscè et latinè sciret.....* 4. *Gel. XVII, 17, 1*). Vivió en Roma dando, como Andrónico,

lecciones de griego, y arreglando para la escena romana piezas dramáticas del teatro helénico. Ganóse por su claro ingenio las simpatías de la culta familia de los Escipiones y de otros distinguidos personajes de Roma; entre ellos, del cónsul Fulvio Nobilior, quien le llevó a su provincia de la Etolia para que le sirviera de testigo y gran cronista de sus hazañas. En el año 570 otorgáronle el derecho de ciudadanía, que recibió con gran orgullo el poeta: «yo, yo que fui en otro tiempo un simple habitante de Rudia, soy ya ciudadano romano.»

*Nos sumus Romani qui fuimus ante Rudini.*

Nombrado *triumvir colonie deducende*, le fué adjudicado un pequeño lote de tierra en *Potentia* ó *Pisaurum*, con el consentimiento del pueblo.

En los últimos años de su existencia, no parece que debió ser muy grande la protección que le dispensaron sus ilustres amigos, pues se sabe que vivía en el Aventino, enfermo y sin recursos, y que murió de gota á los 70 años, después de haber soportado con ánimo tranquilo las angustias de la pobreza y los achaques de la ancianidad. Los Escipiones, sin embargo, honraron su memoria; pues, al decir de Cicerón y de T. Livio, hicieron colocar su estatua entre los monumentos de la familia Cornelia.

El mismo M. Tulio nos ha transmitido, en sus *Tusculanas*, el epitafio que el poeta dejó redactado para su sepulcro: «contemplad, oh ciudadanos, la estatua del viejo Ennio, del poeta que cantó los grandiosos hechos de vuestros mayores.» (1)

Las producciones literarias de este antiguo escritor latino son: un celebrado poema épico-histórico;—imitaciones ó traducciones del teatro griego;—sátiras ó misceláneas poéticas;—y poemas de género didáctico.

a).—SUS ANNALES.—La obra á que debió su mayor gloria el escritor, de que hablamos, fué su poema, titulado ANNALES, en el cual cantó las antiguas tradiciones del pueblo latino y los hechos memorables de la historia romana, en orden rigurosamente cronológico,

(1) Adspicite, oh cives, senis Ennii imagini formam  
Hic vestrum panxit maxima facta patrum.

(Cic. *Tuscul.*, I, 15.—*De Senect.*, 20.)

y con gran fidelidad histórica: si bien dando mayor extensión á la guerra de Annibal y á los sucesos de su época.

Este poema fué dividido en 18 libros por el mismo autor, según unos; y según otros por el gramático Q. Vargunteyo. *Primer libro*: Introducción, época prehistórica, fundación de Roma, hasta la apoteosis de Rómulo. *Segundo*: de Numa á Anco Marcio. *Tercero*: los tres últimos reyes. *Cuarto*: desde la fundación de la República hasta la conquista de Roma por los Galos. *Quinto*: guerras contra los samnitas? *Sexto*: Pyrrro. *Septimo*: primera guerra púnica. *Octavo y noveno*: guerra contra Annibal. *Décimo y undécimo*: guerra de Macedonia. *Duodécimo, décimo tercero y décimo cuarto*: guerra contra Antioco. *Décimo quinto*: Fulvio Nobilior en Etolia. Muerte de Scipion el africano en el año 567 de Roma. Los tres libros restantes comprendían los sucesos de la historia contemporánea hasta el año 580; concluyendo el autor por hablar de sí mismo.

Los *Annales* de Ennio no han llegado íntegros á nuestro poder; siendo muy de lamentar la pérdida de este precioso monumento, que tanta luz hubiera podido darnos, no solamente sobre el desenvolvimiento de las letras latinas, sino también acerca de la historia antigua de Roma. Sólo han llegado á nosotros unos cortos fragmentos coleccionados y ordenados, á mediados del presente siglo, por el sabio filólogo alemán J. Vahlen con el título de *Ennianæ pæseos reliquæ*. La colección, que comprende unos 600 versos, va precedida de unos eruditos estudios críticos bajo el epígrafe de *Quæstiones ennianæ* (1)

Ofrecen los *Annales* una mezcla de poesía y de historia: no podía existir, por lo tanto, en esta celebrada composición literaria esa unidad de inspiración que reclama indispensablemente toda obra poética; ni podía darse de manera alguna en un asunto de tan vasta extensión en el que se aglomeraban tantos hechos distintos é inconexos: los más antiguos revestidos con el carácter poético de la leyenda; los últimos, como hechos recientes y contemporáneos, relatados con los detalles y descripciones más prolijos, y con el natural prosaismo de la historiografía. Los romanos tuvieron, sin embargo, en grandísima estima esta interesante Crónica poética de sus

---

(1) Fragmentos de los *Annales* fueron publicados por primera vez por los Estéfanos en 1564; después se dieron á la estampa otras varias colecciones y recensiones por eruditos humanistas del Renacimiento, siendo las más notables la de Jerónimo Colonna (1590) y la de Pablo Mérula (Van Merle) (1590).—La de Vahlen, citada en el texto, se dió á luz en Leipzig, en 1854, con motivo de un concurso abierto por la Universidad de Bonn.

más antiguas glorias. Ennio era considerado como el Homero latino: él mismo, envanecido de su obra, creía que era el primer poeta que en el Lacio había hecho hablar á la poesía un lenguaje digno de ella; y, sectario de la doctrina de Pitágoras, afirmaba que por la metempsicosis había pasado á él el alma del divino Homero. Los más doctos romanos prodigaron á Ennio las mayores alabanzas: Lucrecio, poseído de un exagerado amor nacional, proclama inmortales los versos de Ennio; Propercio le denomina el padre de la poesía latina; Cicerón habla de él con una especie de piadosa admiración; Virgilio le estudia, le imita, le copia versos enteros; el elegante Ovidio le considera como poeta sin arte, pero hace justicia á su ingenio potente y vigoroso; Horacio y Séneca parecen ser los únicos escritores que se volvieron contra esta antigua gloria nacional. En tiempo del Imperio el entusiasmo por este antiguo poeta fué llevado hasta la exageración.

b). *Sus tragedias y preteritas.*—Escribió Ennio, como antes hemos apuntado, traducciones é imitaciones del teatro griego. Yá hemos visto que no otra cosa hicieron Andrónico, Nevio y Plauto: también hemos indicado yá las causas diferentes por las cuales no pudo en ningún tiempo desenvolverse en Roma un teatro verdaderamente nacional, sobre todo en el alto género trágico. La altivez romana, repetimos, no podía tolerar que viles histriones, generalmente esclavos ó libertos, se mostrasen en la escena representando y vistiendo el noble traje de sus cónsules, de sus dictadores, de los graves magistrados de Roma: era preciso que los poetas tomasen del repertorio griego los argumentos para la tragedia latina. Así lo verificaban en efecto: ora modificando en algunos pormenores la fábula, bien acortando el canto del coro, ora presentando ciertos hechos bajo distinto aspecto: adaptando, en suma, en cuanto era posible, los modelos griegos á los gustos y exigencias de la escena romana. Por esta razón Ennio y sus sucesores imitaron con preferencia el teatro de Eurípides. El estilo retórico, y sobre todo los atrevimientos *filosóficos y religiosos* del poeta griego debieron ser muy agradables al viejo poeta latino; pues entre sus fragmentos dramáticos encontramos las palabras de un personaje que declama escépticamente contra la existencia de los dioses; de otro que invoca la existencia del mal para demostrar la impotencia de las mis-

mas divinidades; y de otro, en fin, que lanza sátiras atrevidas contra los astrólogos y adivinos, las cuales iban directamente flechadas contra los augures. Ya veremos como esta incredulidad religiosa se mostró en otras creaciones literarias de Ennio.

Atribúyesele asimismo la composición de una ó dos pretextas; y de poquísimas piezas cómicas, pues en este género era tan menguada su inspiración que Sedigito le coloca, en su célebre *cánon*, el último de los poetas cómicos latinos: *antiquitatis causa*. (1)

c).—*Sus sátiras y poemas didácticos*.—Ennio publicó además seis libros de sátiras—SATIRE ó SATIRE,—en el sentido de colección de poesías varias en ritmos y metros diferentes. Tal vez formaban parte de ellas sus restantes escritos poéticos de carácter didáctico y filosófico. Entre estos se citan los siguientes: un poema gastronómico titulado *Heduphagetica*, imitación del escrito por el poeta alejandrino Arquestrátos;—otro con el título de *Protepticus sive Præcepta*, de carácter moral;—Epigramas (*Epigrammata*);—y los dos poemas filosóficos intitulados EPICHARMUS y EYHEMERUS.

A juzgar por los cortos fragmentos que nos quedan de todos estos escritos, y por las ideas conocidas de Ennio, debió ser su poema filosófico EPICHARMUS una exposición poética de las doctrinas pitagóricas; tal vez una imitación de otra composición análoga que escribiera Epicarmo de Sicilia, gran sectario de Pitágoras. Dos caracteres son dignos de notarse cuando se estudian estas antiguas creaciones literarias latinas, á saber: el sentido filosófico que desde edad tan remota se nota en los poetas latinos, y el escepticismo que desde entonces empieza yá á apoderarse en Roma de los espíritus más elevados. Ennio, como más adelante Lucrecio y otros insignes escritores, discurren con grandísima libertad acerca de las divinidades reconocidas y veneradas por el Estado. Los nombres de los númenes celestes son para Ennio, en el *Epicharmus*, meras expresiones *simbólicas* de los elementos y de las fuerzas y energías de la naturaleza, nombres que según el poeta se explican fácilmente. *Júpiter* dice por ejemplo, *es lo que los griegos llaman Ether (aire); es el viento, es la nube, después la lluvia, y después de la lluvia*

(1) Los fragmentos de sus tragedias y comedias han sido coleccionadas por el filólogo Ribbeck.



*el frío y luego nuevamente el viento y el aire. Todas estas cosas de que os hablo ¿por qué se denominan JÚPITER? Porque este eternamente ayuda (IUVAT) á los hombres, á los pueblos y á las bestias.* Del propio modo explica en otros fragmentos la significación de Ceres, de Proserpina y de otras divinidades. Esta teología, á la vez física y etimológica, del poeta Ennio, fué comentada por Cicerón, quien recuerda que el viejo poeta latino había proclamado la identidad del sublime, del brillante Ether con el dios que todos invocan bajo el nombre de Júpiter. Con Ennio comienza la guerra de la filosofía contra los dioses del paganismo.

Al mismo intento debió obedecer el otro poema filosófico de Ennio titulado *Echemerus*, que no fué probablemente sino una reproducción, según Vahlen, en verso, de la *Historia sagrada* escrita por el filósofo alejandrino del mismo nombre, muy citada por los apologistas cristianos, en la cual el escritor griego explicaba los dioses gentílicos como héroes ó personajes ilustres divinizados, asegurando haber leído en pretendidas inscripciones de la isla imaginaria de Pancaya, el relato de su existencia mortal y haber visto él mismo sus sepulcros. Ennio osó, pues, atacar el culto nacional por el doble medio del *simbolismo* y de la explicación histórica del *echemerismo*.

¡Lástima que se hayan perdido escritos de tanto precio para el estudio del pensamiento filosófico y religioso de la antigüedad! (1)

d).—*Cualidades poéticas de Ennio*.—Es difícil apreciar el mérito y las cualidades literarias de este antiguo poeta latino por los exiguos fragmentos que poseemos de sus distintas composiciones. No es posible tampoco deducir por ellos hasta qué punto se dejó inspirar en el arte griego que le sirvió de modelo; pero podemos afirmar que, por mucho que tomara de la literatura helénica, se encuentra profundamente grabado en sus producciones el sello de su propio genio y del genio romano. En los pocos fragmentos de sus *Annales*, que han salvado los siglos, resuena enérgica y vibrante, á vueltas de la rudeza del estilo, aquel fiero patriotismo de la Roma antigua que constituyó su mayor grandeza. En cuanto á su genio

(1) Los fragmentos de toda esta poesía satírica y didáctica de Ennio pueden verse en la citada Colección de Vahlen.—Sobre sus sátiras v. el Estudio de Petermann: (1852).

dramático puede decirse que llevó á la exageración el tono declamador y sentencioso de su maestro Eurípides, desfigurando el carácter de sus personajes y robando belleza á las más interesantes situaciones. En cuanto á la versificación distaba mucho de ofrecer la elegancia y el ritmo de los modelos griegos; y sin embargo, en la métrica puede decirse que fué donde prestó el escritor, que estudiamos, su más importante servicio á la poesía latina. En este concepto es en el que puede con razón considerársele como patrocinador del arte griego: pues fué el primer poeta latino que ensayó el reproducir en la ruda lengua nacional las rítmicas formas métricas de la poesía griega, desterrando de la romana el *hórrido* verso saturnino.

II.—M. PACUVIO.—Este poeta, nieto de una hermana de Ennio, nació en Brindis (*Brundisium*) hacia el año 534 de Roma. Fué llevado por su tío á la capital, en donde, á la vez que ejercía el arte de la pintura, se dedicó á la composición de obras dramáticas, especialmente de tragedias; durando su carrera escénica hasta principios del siguiente siglo. En los últimos años de su vida se retiró á la Italia meridional, muriendo en Tarento en el año 622. Así como su tío Ennio imitó con preferencia las tragedias de Eurípides, Pacuvio muestra su predilección por Sófocles, cuyo tono supo moderar para las necesidades de la escena. Conocemos hasta 12 títulos de sus tragedias: pues tampoco se han salvado sino fragmentos del repertorio de Pacuvio: fragmentos que se encuentran en las colecciones varias veces citadas de Bothe y de Ribbeck.—También escribió una *fábula prætecta* intitulada *Paulus*.

En cuanto es posible juzgar de su mérito, dado que no poseemos íntegras sus composiciones, puede decirse que muestra en el arreglo de ellas mayor libertad é independencia que sus antecesores, como puede comprenderse por los preciosos fragmentos de su tragedia *Dulorestes*, imitación de la *Ifigenia en Tíuride*, de Eurípides. Célebrese sobre todo en Pacuvio la sublimidad de los conceptos, la dignidad de la exposición y su lenguaje verdaderamente romano, enérgico y robusto. Así gozaron de tan gran popularidad en la antigüedad los poemas trágicos de Pacuvio. Cuentan los historiadores, á este propósito, que en las famosas exequias de Julio César jugó un gran papel la poesía de Pacuvio. Se recitaba en ellas,



para levantar el espíritu de la muchedumbre, la lamentación de Ajax en la *Armorum Judicium* de Pacuvio; y dicen que al pronunciarse el verso, que era muy apropiado á las circunstancias: *«Haber yo salvado á los que habian de perderme!!»*

*Meni servasse, ut essent qui me perderent...*

estalló el furor del pueblo, lanzando terribles gritos de cólera. El docto Varrón celebraba la abundancia (*ubertas*) de su lenguaje. Otros varios escritores antiguos le alaban del propio modo; pero se le ha censurado por emplear á veces cierta exagerada afectación, por su pedantesco énfasis retórico, y por el abuso excesivo de voces arcaicas y extravagantes.

III.—ESTACIO CECILIO ó CECILIO ESTACIO.—Este célebre poeta cómico, contemporáneo de Pacuvio, gozó de tal popularidad que el citado Volcacio Sedígito lo colocaba á la cabeza de los escritores cómicos de su tiempo, haciéndole superior aun al mismo Plauto. Es de lamentar, por consiguiente, que se haya perdido para nosotros un poeta tan afamado, siendo preciso también estudiarle en los fragmentos esmeradamente coleccionados por los sabios filólogos Spengel y Ribbeck. (1)

Pertenecía Estacio Cecilio por su nacimiento á la raza céltica de los insubrios. Vino á Roma del 554 al 560, probablemente como prisionero de guerra. Después de su emancipación, se relacionó íntimamente con Ennio, al cual sobrevivió poco tiempo. Dedicóse á la literatura dramática, alcanzando gran boga sus comedias como queda dicho; llegando á hacerse tan notable que fué nombrado, según dice Suetonio, juez ó censor de las piezas que debían ser representadas. (2)

(1) De los treinta y nueve ó cuarenta títulos que conocemos de Cecilio, diez y siete se encuentran en piezas de Menandro y en las de Antifanes; una en el teatro de Posidippos, y una en el de Alexis.—Los fragmentos: *Cecillii Statii deperb. fab. fragmenta*, edición, L. Spengel, München, 1829; Ribbeck, *Com. latin. reliquæ Lipsiæ*, 1855.

(2) De esta especie de jurisdicción literaria sobre las obras dramáticas estuvo también investido en aquella época Lucio Lanuvino; y, un siglo después, Mecio Tarpa. Refiérese que Terencio se presentó á Cecilio para darle lectura, como censor, de su primera comedia *Andria*. En el momento mismo acababa de ponerse á la mesa Cecilio. Modestamente sentado sobre un escabel comenzó la lectura con trémula voz el humilde Terencio. La admiración del docto censor iba creciendo por momentos; y fué tal su noble júbilo que concluyó por invitar á comer á Terencio, colmando de alabanzas al joven poeta que había de ser su digno émulo, su próximo sucesor.

Colocado Cecilio cronológicamente entre Plauto y Terencio, siguió, á lo que parece, al principio de su carrera la manera y estilo plautino, en cuanto á las imitaciones y arreglos de la comedia nueva ateniense; habiéndose acercado más adelante (sin duda por la influencia creciente en Roma del helenismo) al sistema regular de Terencio, al gusto esencialmente griego. Tal parece deducirse también de los títulos mismos de sus comedias: pues, según observa Ritschl, unas lo tienen completamente latino como Plauto se los daba muchas veces; otras lo tienen en latín y en griego; otras llevan sólo títulos griegos á la manera de Terencio y de Turpilio. Este ingenio dramático, además de haber sido muy aplaudido por sus contemporáneos, como queda dicho, fué muy celebrado por todos los escritores antiguos: «*summus poeta*» le llama Cicerón; Varrón, Horacio, Veleyo, todos le prodigan las mayores alabanzas. Nosotros difícilmente podremos formar un juicio perfecto de los méritos que granjearon tan alto renombre á Cecilio: únicamente podemos afirmar, examinando los reducidos fragmentos que de él se conservan, que en su galería cómica figuraban los mismos caracteres y tipos que en las comedias de Plauto y de Terencio. (1)

---

(1) Para hacer un estudio más detenido y prolijo de los tres antiguos poetas latinos que comprende esta lección, puede leerse con gran provecho el precioso examen que de ellos hace *Mr. Patin* en su docta obra intitulada *Estudios sobre la Poesía latina*, P. II, t. 2.

## LECCIÓN 15.

### Terencio y otros poetas del siglo VI.

*Terencio:* Su vida.—Sus comedias en el orden tradicional; análisis de las mismas.—*Cualidades literarias de Terencio:* su comparación con Plauto.—Gran fama de Terencio: sus críticos y comentadores: sus imitadores.—*Otros poetas del siglo VI de Roma.*

1.)—TERENCIO: *Su vida.* (1)—PUBLIC TERENCIO llevaba el cognombre de *Africano* (APER) por haber nacido en Cartago, (en el a. 569), según afirman sus biógrafos; añadiendo que vino á Roma, siendo joven, en condición de esclavo. El cómo fué reducido á la servidumbre se ignora; sólo puede afirmarse que no debió ser como prisionero de guerra de los romanos, porque en el tiempo en que vivió el poeta (entre la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> guerra púnica) no podía darse este caso en atención á los convenios que se hallaban á la sazón en vigor, entre Roma y Cartago;—es más probable que el joven Terencio fuera robado por los númidas en algunas de sus continuas excursiones por el territorio cartaginés. Ello es que como tal esclavo fué vendido ó regalado (¿quién sabe si como obsequio de Massinisa ó de algunos de sus agentes políticos!) á un senador romano llamado Publio Terencio Lucano, quien, admirado de las grandes dotes de ingenio del joven africano, le dió una educación esmerada, restituyéndolo después á la libertad, haciendo, en suma, de un «bárbaro» un romano con el nombre de Publio Terencio. La exactitud de algunos de estos pormenores biográficos ha sido puesta en tela de juicio por la crítica moderna. (2) Parece, sin embargo, probable

(1) *Suetonii Vita Terentii*;—*Cic. ad Attic.*, VII, 3;—*Quintil. I. O. X.* 1-99;—*Reinhardt De P. Terentii Vita*;—*Daunou, Biografía universal.*

(2) El docto filólogo italiano Salvatore Betti publicó en 1860 un curioso estudio acerca de la patria y condición del poeta cómico Terencio. En él sostiene con argumentos históricos, que el diácono de *Africano* que se le da á Terencio era un verdadero sobrenombre, y no un derivado de patria, y que pudo venir del tinte de la piel, como

que por las circunstancias de su procedencia, entró en relaciones con Escipión el Africano, y con los personajes notables del círculo de los Escipiones, tales como Lelio y otros.

Muy joven aún, comenzó á escribir para el Teatro, pues el estreno de la pieza *Andria*, tan lisongeramente aplaudida por el célebre Cecilio, tuvo lugar en 588, cuando contaba de edad Terencio unos 20 años. Tras de esta comedia, se pusieron en escena cinco, que se representaron en grandes fiestas y solemnidades.

Las comedias de Terencio no debieron ser tan gratas al pueblo como las de los otros poetas cómicos: porque la delicadeza de pensamiento, la nobleza de estilo y la urbanidad de lenguaje, que en ellas resplandece, y que adquirió el joven poeta en el círculo aristocrático de sus amigos y protectores, pugnaban con los gustos de la ruda muchedumbre. Sábese, en efecto, que cuando se estrenó su comedia *Hecyra*, el público, cautivado por las habilidades de un acróbata, no atendió á la representación; y que la segunda vez que se puso en escena dieron los concurrentes la preferencia á una lucha de gladiadores; hasta que al fin, en la tercera tentativa, el bello drama fué oído con aplauso por la multitud inquieta y veleidosa de la última cavea. En los prólogos de sus comedias se duele el pobre poeta de aquellos inmerecidos desaires. Y no solamente nos informan los prólogos de los inconvenientes con que tenía que luchar el autor por parte del público: pues á las claras se descubre, por la lectura de aquellos, que se le hacía una guerra sorda y tenaz por autores rivales suyos, ora porque envidiaran su mérito, ó bien por celos del favor que dispensaba á Terencio la clase aristocrática. Y á hemos anotado en otro lugar que el caudillo de esta oposición era el poeta L. Lavinio, ó Lanuvino, el *malevolus vetus poeta* á quien alude en el prólogo del *Eunuco* y de otras varias comedias. Este implacable adversario, discípulo sin duda de Plauto, se aprovechaba del sentido y de las aficiones dominantes para poner en ridícu-

---

análogamente se cognominaron otros *Albus, Rufus, Flavius*, etc., y recuerda además que muchos en Roma se llamaron *Africanos* sin haber sido de África. Hace notar también que no se compagina con la condición *liberta* de Terencio su trato como *ingénuo* con los aristócratas; el llamarles estos *nuestro amigo* y el haber desposado su hija con un noble caballero romano, cuando las nupcias entre *ingénuos* y *libertos* se hallaban entonces severamente prohibidas. (*Actas de la Academia romana de Arqueología*, XIV, 141 y sgtes.)

lo «las gracias afeminadas del liberto senador». Y se llevó aquella guerra hasta la calumnia: pues llegaron á negarle la originalidad de sus composiciones, atribuyéndolas á sus ilustres amigos. *Algunos envidiosos*, se dice en uno de los prólogos, *pretenden que personas de alto rango ayudan al autor con sus luces, y que son sus colaboradores. ¡Y bien! ¿que hay en ello de injurioso para el poeta? Este se complace en agradar «á los que á su vez procuran hacerse gratos á todos así en la paz como en la guerra...»* De aquí han inferido los eruditos que el mismo Terencio confesaba ser cierta la pretendida colaboración. (1)

Pero realmente lo que declara es que se envanece y gloria de no transigir con los torpes gustos del público, y de atemperarse á la urbanidad, á la elegancia y al buen sentido de los cultos patricios, que le favorecían con su amistad: y ¡quién sabe si hasta con sus advertencias y consejos, cuando sometiera al juicio previo de los mismos las hermosas creaciones de su ingenio!

Cabe sospechar si el viaje que emprendió Terencio á la Grecia, sería motivado por los amargos pesares que trabajaban en Roma su existencia; pero en verdad no puede decirse hasta qué punto pudieron influir aquellas contrariedades: en su vida, ni tampoco en su fortuna; pues mientras en un pasaje de la vida suya escrita por Suetonio se nos dice, con relación al viejo poeta Publio Licinio, que Terencio llegó á verse reducido, á pesar de sus valiosas relaciones, á una pobreza extrema, en otro lugar se afirma que legó á su hija preciosos jardines en la *Via Appia* cerca de la villa Marcia: precisamente donde, no há mucho, se encontró un busto, hoy existente en el Capitolio, representando un hombre de 30 á 40 años, muy semejante al retrato que de Terencio se hace en sus biografías: «*fuisse dicitur mediocri statura, gracili corpore, colore fusco*.—Ello es que si su vida se halla envuelta en el misterio, lo propio acontece con su muerte: unos dicen que, de regreso de su mencionado viaje á la Grecia, naufragó con 108 comedias, que traía traducidas de Menandro; otros afirman que se salvó, pero que vino á morir en Estinfalo en la Arcadia, á la edad de 26 años, víctima

(1) En tiempos de M. T. Cicerón esta calumniosa especie estaba ya desautorizada. Debese recordar que Volcacio Sedigito no le negó el mérito de haber escrito sus obras, y eso que lo pospone á otros cinco poetas cómicos de la época.

de una fiebre violenta causada por el gran dolor de haber perdido sus obras: (a. 595 de R.).

SUS COMEDIAS.—Las seis piezas que Terencio compuso, imitadas del teatro de Menandro, han llegado hasta nosotros por medio de multitud de preciosos manuscritos y de hermosas ediciones existentes en las primeras bibliotecas de Europa. Todas ellas llevan títulos griegos y son las siguientes: *Andria*, la Andriana;—*Heautontimorúmenos*, El que se castiga así mismo;—*Phormio*, Formión;—*Eunuchus*, Eunuco;—*Hecyra*, ó La Suegra;—y *Adelphi*, los Hermanos. En las didascalías, que se conservan acerca de estas obras, se encuentran los pormenores de la época y ocasión en que se representaron, y de los actores y músicos que tomaron parte en la representación.

Siguiendo el mismo método que en el estudio de Plauto, haremos un breve examen analítico de las mismas.

ANDRIA, la *Andriana*.—Toma esta pieza su nombre de Andros, lugar ó patria de la muchacha inspiradora de la pasión amorosa que constituye el asunto de la comedia. Es la *Andria* una compilación de dos comedias menandrianas. La primera suministró al poeta la idea fundamental y el plan de su comedia; la segunda algunas escenas y accesorios.

He aquí ahora el argumento: Pánfilo, joven ateniense, hijo del viejo Simón, entabla cordiales relaciones amorosas con la hermana de una cortesana venida de Andros á Atenas. Muere la cortesana Crysis y deja á su pobre infeliz hermana Glyceria enteramente huérfana y sin más apoyo en el mundo que su tierno amante Pánfilo. Este se propone no abandonarla; pero el padre, para poner á prueba la docilidad de su hijo, le significa su decidida voluntad de casarlo con Filomena, hija de un vecino suyo llamado Crémes. Por otro lado el viejo Crémes, enterado de las relaciones de Pánfilo con la joven andriana, expresa á su amigo el anciano Simón que es preciso desistir de la proyectada boda; á pesar de ello, Simón, contando con la sumisión del hijo, ruega á Crémes que no le retire la palabra.—El desconuelo de Pánfilo, al saber la firme resolución de su padre, es extraordinario. Y no sólo á él entristecen las presuntas nupcias, sino á Carino, joven ciegamente enamorado de Filomena. En tal estado las cosas, conciértanse los dos mancebos: el uno para verse libre de la hija de Crémes, y el otro para lograrla.—Por consejos de un esclavo, afecta Pánfilo acceder de buen grado á los deseos del padre, esperando que éste, después de tales muestras de humildad, favorecerá sus verdaderos amores; pero lejos de eso... Simón, no encontrando en su hijo resistencia, se pro-



pone llevar adelante su plan de boda. Por fortuna este se deshace, al saber Crémes que Glyceria, ha dado á luz un niño, fruto de sus amores con Pánfilo; y además por haber descubierto que la pobre huérfana andriana es hija suya.—Desenlace: dobles nupcias de Glyceria y Pánfilo y de Carino y Filomena; y libertad del esclavo Davo, patrocinador de los contrarios amores, que constituyen el alma de este drama interesante.

El HEAUTONTIMORÉMENOS es otra imitación de Menandro: *ἑαυτὸν τιμωρόμενος; Se ipse punitens*). Hízose también esta comedia en las fiestas megalenses, en el año 591.—Se denomina *El verdugo de sí mismo* por ser el protagonista un señor, de nombre Menedemo, impresionable y honrado, que se condena á las mayores privaciones en expiación de haber desesperado á su hijo único Clinia con sus duras reprensiones y rigurosa oposición á ciertos amores del manco.

Huyendo éste efectivamente de las pesadas reconvenciones del padre, y para probarle que el amor no había amortiguado en él el valor y la dignidad, abandonó el hogar paterno y se separó de su amada.—El infeliz padre, lastimado de la soledad en que le deja su hijo querido, resuelve castigar su propio funesto carácter, entregándose en el campo á los trabajos más penosos hasta que volviera el que debía ser natural partícipe de su holgada posición y crecida fortuna. Regresa, al cabo de tiempo, el desesperado joven, y se hospeda en casa de un vecino del padre, llamado Crémes, el cual tiene también un hijo de nombre Clitífón, camarada de Clinia.—El tal Clitífón se halla á su vez relacionado con otra bella moza llamada Baquis.—Los dos muchachos arreglan el modo de avistarse con sus amantes en la casa misma de Crémes, sin que este lo advierta. Por otro lado el buen viejo anuncia convenientemente á su afligido vecino Menedemo la vuelta de su hijo, y ambos convienen en la manera prudente de recibirlo. Por último, cuando la modesta Antifila (que así se llama la novia de Clinia) viene á la casa de Crémes, le vé la esposa de éste un anillo... (medio de reconocimiento muy repetido en el teatro antiguo)... y por él se descubre que es hija del mismo Crémes.—Final: el padre de Clinia, ansioso de dar gusto á su hijo, y persuadido al cabo de la dignidad y bellas prendas de Antifila, la pide al padre; y éste se la concede con una espléndida dote.

En este drama y en los *Adelphos*, de que nos ocuparemos después, se plantea el difícil problema de la educación de los hijos, de tan gran interés en todos tiempos. Las profundas doctrinas que se encuentran, con lenguaje primoroso, diseminadas por toda esta obra le dan un valor inestimable.

c). — PHORMIO, Formión.—Nombre del parásito que figura en la

comedia: según las didascalias es imitación de otra griega de Apolodoro de Karistos. Se representó cuatro veces.

El asunto de la comedia es, en breves términos, el siguiente: Demafon y Cremes, dos señores ancianos de Atenas, tienen imperiosa necesidad de ausentarse de la Ciudad por algún tiempo, para ir á gestionar unos negocios de interés; y confián la custodia de sus hijos á un siervo llamado Geta. Este proponiéndose cumplir fielmente el encargo, quiso obligarlos á una vida moderada; pero ellos se le rebelaron y le molieron á palos. En tal conflicto, juzgó oportuno el pobre esclavo hacerse cómplice de sus calaveradas, rozando de las sobras de sus festines y despilfarros. Ayudado del siervo y del parásito Formión, unos de los muchachos se casa, y el otro compra por medio de sus agentes una esclava en 30 minas. Al volver los padres todo se descubre y la intriga termina felizmente.

d).— EUNUCOS, el Eunuco.—El modelo de esta pieza es otra con el mismo título de Menandro.

El éxito sorprendente que obtuvo esta composición debióse quizá á los cuadros demasiado libres que en ella se ofrecen. Recibió el autor por esta comedia el precio que hasta entonces no había obtenido en Roma ninguna otra: la cantidad de ocho mil sextercios: (cerca de 6.000 reales). En este poema dramático, resaltan en verdad, de un modo notable las cualidades literarias propias del escritor dramático cuyo repertorio examinamos.

En esta comedia se trata de la loca pasión de un atolondrado joven que se enamora de una hermosa muchacha, unida en calidad de hermana, con una cortesana llamada Thais. La joven se llama Pánfila; el mozo Quérea. Un hermano de este llamado Fedria se halla casualmente en relaciones amorosas con la cortesana, y le ha ofrecido regalarla un joven eunuco. Quérea lo sabe; y se aprovecha de la noticia, haciendo que un esclavo suyo le ciña las vestiduras del eunuco, con intento de introducirse (como lo consigue) en casa de Thais, y llegar, sin suscitar sospechas, hasta el lecho de la mujer que ama. La cortesana deja confiada la custodia de Pánfila al supuesto eunuco: el cual, aparece en la escena, á poco rato, satisfecho y alegre, dispuesto yá á abandonar su presa; y á encaminarse á la casa de su amigo para desnudarse de su ridículo traje.— Tanto su hermano Fedria como la cortesana se irritan del indigno proceder de Quérea; pero este contesta á las reconvenções que se le dirigen que no ha sido torpe apé- tito carnal, sino una verdadera pasión del alma la que le ha dominado, y promete unirse con la bella Pánfila cuando se entera de su origen libre.

Segue, en el orden cronológico de su representación, la comedia intitulada ΗΕΥΡΑ ó la Suegra. Siendo así que en latín hay una palabra propia *Socrus* correspondiente á *Ευρά* debe suponerse que fué



compuesta la fábula de Terencio á imitación de una griega del mismo nombre. El comentador Donato atribuye el original á Apolodoro. En las fiestas megalenses del año 595 se hizo el estreno y no se acabó de representar. Volvióse á repetir, por mandado de Gn. Octavio y Tito Manlio en las funerarias de Lucio Paulo Emilio con el prólogo 1.º No agradó y fué interrumpida por los funámbulos, como queda dicho en su biografía. Por tercera vez se puso en escena, siendo ediles Q. Fulvio y L. Marcio. La ejecución estuvo á cargo del famoso comediante Turpión, y al fin agradó á aquel publico voluble y caprichoso.

Argumento: Filomena, hija de Sóstrata, se ha casado con Pánfilo, mozo muy enamorado, que, después del matrimonio, sigue en relaciones ilícitas con una antigua querida suya llamada Baquis á la cual ha regalado, entre otras cosas, una sortija que el tal mancebo había arrancado de la mano de una pobre doncella á quien había atropellado en época no muy lejana. Los impúdicos amores de Pánfilo con Baquis traen perturbado el matrimonio, hasta que por último, la resignación y los encantos de la joven esposa triunfaron de los antojos y desvios de Pánfilo. Tuvo este que ausentarse por un poco tiempo y quedó la bella Filomena en casa de su madre. Laques, padre de Pánfilo, averigua que la nuera no quiere vivir con los suegros, por el carácter desagradable de su mujer Sóstrata. Pánfilo regresa, y se dirige, en busca de su cara mitad, á la casa de su suegra Myrrina. Pero ¿en qué ocasión?: en el momento en que su esposa está dando á luz un niño por él inesperado! La suegra se esfuerza por calmar su natural indignación, explicándole que poco antes de casarse la muchacha, había sido brutalmente violentada por un desconocido; y le ruega, con lágrimas en los ojos, que no haga público su deshonor por todos ignorado. El joven, por generosidad, ó por remordimiento, accede á guardar el secreto, y presenta como razón única para su divorcio las antipatias de carácter entre su madre y su mujer.—La pobre madre, creyendo el motivo real, se decide á vivir fuera de Atenas, con el fin de que halla paz entre los jóvenes esposos. Por una feliz coincidencia la affigida Myrrina ve en el dedo de Baquis aquel anillo que Pánfilo regalara en otro tiempo á la cortesana, y reconoce en él la joya hurtada á su hija por el que fué á la par ladrón de su honra. Pánfilo, el esposo legítimo, había sido su ofensor. La alegría sucede á las perturbaciones y sinsabores de todos.—¿Inspiró esta fábula terenciana al Príncipe de nuestros ingenios su bella novela *La fuerza de la sangre*?

ADELPHI, *los Adolphos*.—La última de las comedias del repertorio de Terencio titúlase *Adelphi*, ó sea *Los Hermanos*, por fundarse el argumento en el carácter opuesto de dos hermanos, y en la di-

versa manera de entender el uno y el otro la educación de los hijos. Es, pues, mezclada la acción de esta comedia, como casi todas las de Terencio. Representóse en las fiestas escénicas funerales de J. Emilio Paulo. Es imitación de otra pieza del mismo nombre del poeta Menandro.

En este drama se contrasta, como hemos dicho, la opuesta educación que reciben dos hermanos: el uno bajo la rígida tutela de su propio padre; el otro bajo la dirección de un indulgente tío suyo que le ha adoptado por hijo. El padre de ambos se llama Démea, hombre de carácter más que severo, duro é inflexible, que trata al hijo que vive con él con extremado rigor, con lo cual el mozo, temeroso siempre de irritar al padre, se hace hipócrita y solapado. El otro hermano vive con su tío ó padre adoptivo, persona cariñosa y tolerante hasta la debilidad, el cual hace del sobrino un muchacho franco y noble, pero audaz y resuelto.—Ctesifón se prenda de una linda esclava; pero no puede conseguirla del codicioso *leno*, porque este quiere aprovecharse del ávido deseo del joven, y que le pague cara la mercancía. Sabedor de ello Esquines, acude en auxilio del hermano, y á viva fuerza se la roba al *lupus*, produciendo un gran escándalo.—El viejo de mal genio, que cree que aquella aventura la ha llevado á cabo su hijo Ctesifón en provecho propio, se lamenta de ello con el padre adoptivo, considerando el hecho como la mala consecuencia de que con Esquines no se tuviera el saludable rigor que él empleaba con Ctesifón.—El noble Esquines se halla por otro lado en puras relaciones amorosas con una muchacha virtuosa y modesta, cuya familia, al tener noticia de la calaverada del robo de la esclava, se quejan también de su proceder y le reciben indignados cuando viene á la casa. El joven en vez de calmar los enojos de la familia de su amada, descubriendo las faltas de su hermano, se limita á callar y á concertar inmediatamente la boda con su querido tío y generoso padre adoptivo.

Los caracteres de los personajes que figuran en esta obra, sobre todo los de los padres, están trazados de mano maestra. El lenguaje y los pensamientos, de lo más brillante que se encuentra en el teatro antiguo.

CUALIDADES LITERARIAS DE TERENCEO. SU COMPARACIÓN CON PLAUTO. —Terencio, lo mismo que Plauto y los demás escritores de comedias paliadas, contemporáneos suyos, se inspiró en la comedia nueva de los griegos, especialmente en los originales de Menandro. Pero el arte dramático de Terencio se diferencia notablemente del de Plauto. Plauto, nacido del pueblo y por él levantado, vióse obligado, como queda dicho en otro lugar, á transigir en la escena con

los gustos groseros de aquel turbulento *paraíso* del teatro antiguo, para obligarlo a atender con paciencia la parte seria, grave y delicada de sus doctrinas. El poeta Terencio, por el contrario, favorecido, educado y sostenido por las clases elevadas, escribía para ellas con preferencia, y no se pudo ni quiso acomodar á las exigencias del vulgo numeroso. Así se explica el desgraciado éxito que tuvieron algunas de sus obras magistrales: los senadores de la *orchestra*, los caballeros y la gente patricia las recibirían sin duda con suma complacencia; pero para las turbas de los últimos asientos nada decían aquellas piezas de un artificio tan delicado, de una expresión tan pura, correcta y elegante. Terencio era un poeta literario, más á propósito por ser apreciado por un público selecto y delicado que por el pueblo. Los críticos que han cotejado los poemas dramáticos de Plauto y de Terencio, han hecho notar con prolijo análisis la diferencia de genio, de gusto y de arte, entre estos dos grandes poetas, pronunciándose unos en favor de Plauto y otros en favor de Terencio según el mayor ó menor apasionamiento de cada cual por las cualidades literarias relevantes del uno ó del otro poeta, sin considerar que cada cual de ellos debe ser apreciado bajo distinto punto de vista; y por lo tanto que así es injusto abusar de los méritos de Terencio contra Plauto, como encontrar en Plauto la condenación de Terencio. En cuanto á originalidad, Terencio y Plauto como todos los autores de la fábula *palliata* se limitaron, según se ha dicho con repetición, á imitar la comedia griega no política; ¿qué es, pues, lo que hay de característico en el uno y otro dramaturgo latino? Que en el teatro plautino se retrata más vivamente la vida romana de la época que en las composiciones de Terencio; en cambio en los dramas terencianos encontramos desarrollados con una verdad exquisita, con una naturalidad incomparable, con una delicadeza de expresión, y con una gracia y una ingenuidad, que nunca serán bastantemente admiradas, las afecciones más profundas del alma en relación con el sexo, la edad y los distintos vínculos de la familia. Tal vez la perspectiva de la escena, y de una escena como la antigua, exigía en aquellos cuadros más relieve, más movimiento, un cómico más franco y más enérgico, que la comedia fuera más romana y menos humana, y en esto consistió todo el mérito de Plauto y de sus imitadores. En suma, en Plauto encontramos una exce-

lencia: la verdad en las costumbres; Terencio esta hermosa cualidad: la verdad de la pasión; Plauto aludiere á toda consideración la complacencia del público para cuyo regocijo escribe sus obras Terencio, artista antes que todo, no teme incurrir en el desagrado de los espectadores, tal vez prometiéndose que de la injusta indiferencia de sus contemporáneos le desagraviaría la crítica de los siglos posteriores. Y así ha sido en efecto.

GRAN FAMA DE TERENCIO; SUS CRÍTICOS Y COMENTADORES.—En la misma antigüedad elogiaba Varrón sus obras por la elevación de las ideas; Horacio por la maestría que despliega en la pintura de los caracteres; César le denominaba *semi-Menandro*; (1) Cicerón, Quintiliano, Ausonio, todos los críticos antiguos le prodigaron los mayores aplausos, concordando con estas alabanzas las de los críticos modernos: el Petrarca, Mureto, Justo Lipsio, Erasmo, Melanton, Casaubon, Hugo Grozio, todos los doctos. han considerado á Terencio como uno de los más insignes dramáticos, recomendando además su lectura como perfecto modelo de estilo y de lenguaje, pues su dicción corresponde al *sermo nobilis*, á la pura latinidad del culto círculo aristocrático en que se había formado este ingenio esclarecido.

Los gramáticos y eruditos del período de la decadencia de las letras latinas comentaron también con especial predilección las comedias de Terencio, llamando la atención de sus contemporáneos acerca de la pureza y elegancia exquisita de su estilo.—Entre los comentadores cita Fabricio á Elio Donato, Eugraphio, Adesión, Aspro, Acrón, y á otros muchos; por último, á Sulpicio Apolinar, autor de los breves argumentos, en verso, que van al frente de las comedias. Los más notables son Elio Donato, que figuró á media-

(1) César le censuraba por la falta de lo que se ha llamado desde entonces *vis comica*.

Tu quoque, tu in summis, ó dimidiatè Menander,  
Poneris, et merito, puri sermonis amator.  
Lenibus atque utinam scriptis adjuncta foret *vis*  
*Comica* et æquato virtus polleret honore  
Cum Græcis, neque in hæc despectus parte jacere  
Unum hoc maceror, et doleo tibi desse, Terenti.

Meineke, Bentley y Wolf creen que la expresión *vis comica*, consagrada ya en la crítica, procede de haber puntuado malamente este epigrama de César. Según ellos debe colocarse una coma en la palabra *vis*; y el adjetivo «comica» referirlo no á dicha voz, sino al nombre *virtus* del verso siguiente.

dos del siglo IV de nuestra era, y Engraphio en el X. Parece que en los primeros tiempos de la Edad Media, en la época de los Carolingios, eran muy leídos aún los dramas terencianos: basta recordar á este propósito las famosas comedias latinas de la monja de Gandersheim llamada Hroswitha, que no son sino imitaciones preciosas de las de Terencio. (1)

En el Teatro moderno, sobre todo en la literatura dramática francesa, ha tenido Terencio multitud de notables imitadores: Barón ha copiado *La Andriana* conservando el título y un gran número de detalles; Lafontaine ha traducido en parte el *Emmeco*; Brueys y Palaprat han tomado del mismo personaje de Terencio muchos rasgos de *El Mudo*; el *Inquieto* de Fagán, es una imitación del *Heautontimorúmenos*; la *Escuela de los Maridos*, de Molière, y la *Escuela de los Padres*, de Barón, están tomadas de *Los Adelfos*; del *Phormion* son asimismo varias escenas de la *Trapaceries (fourberies) de Scapin*, del citado Molière. Por último, debemos mencionar á Cervantes, quien para su lindísima novela ejemplar intitulada *La fuerza de la Sangre* parece que debió inspirarse en la *Hecyra* de Terencio. (2)

(1) Sobre los dramas de la monja Hroswitha, véase á Freitag, *B. Hroswitha, poetria*. Es asimismo digno de ser consultado el interesante Análisis y crítica del Teatro de Hroswitha que figura en los *Estudios literarios* dados á luz por el docto y magistrado catedrático de Sevilla Sr. Fernández Espino.

(2) Para el cabal conocimiento de este gran poeta latino pueden consultarse los trabajos literarios que siguen: Las notables ediciones francesas con comentarios de Quicherat (1865) y las alemanas de Spengel y de Meissner (1875).—La traducción española de las comedias de Terencio de nuestro afamado humanista Pedro Simón Abril; la francesa de Madama Dacier y de le Monier; las italianas de Luisa Bergalli, de Fortiguerra y de Cesari; y la alemana de Bentley.—Sobre la Vida de Terencio las fuentes indicadas.—Estudios: *Mauricio Meyer*, Estudios sobre el Teatro latino;—*Dupat*, Teatro completo de los latinos;—*Haffer*, De personarum usu in P. Terentii comædiis;—*Schopen*, De Terencio et Donato ejus interprete;—*Schlee*, De versuum in cæticis terentianis consecutione.—*Boettinger*, De interpretatione Terentii;—*Reinhardt*, De versibus terentianis;—*Reinhold*, Anotationes criticæ in Terentium.—*Thre*, Quæstiones terentianæ. Y otra multitud de trabajos filológicos y críticos.

Las seis comedias de P. Terencio han llegado hasta nosotros por medio de preciosos manuscritos y de hermosas impresiones que se encuentran en las primeras bibliotecas de Europa. El manuscrito más antiguo (al parecer del siglo IV ó V) es el que se conoce con el título de *Bembinus*; todos los demás se remontan á la recensión de un gramático desconocido llamado *Calliopius*; el representante más completo de la recensión de Caliopeo es un manuscrito de París del siglo X.—Asimismo desde la edición *princeps*, que se dió á luz en 1470, se han publicado otras muchas hermosas ediciones del Teatro de Terencio, en los siglos XV, XVI y XVII; y desde este siglo hasta el actual otras varias preciosísimas con comentarios, ilustraciones y versiones que gozan de gran crédito en el mundo científico.

*Otros poetas del siglo VI de Roma.*—Contemporáneos de los autores dramáticos que hemos citado fueron los siguientes compositores de *palliate*: Trábea, Atilio, Aquilio, autor de la *Brotia*, Licinio Imbrex, Luscio Lavinio, el famoso rival de Terencio; Turpilio, Iuvencio y otros varios.

La *fabula togata* tuvo asimismo en este siglo su primer representante en el poeta TITINIO, miembro de una honrada familia plebeya y contemporáneo de Terencio, al cual debió haber sobrevivido. Sus composiciones dramáticas llevan todos títulos latinos y son ya verdaderas comedias *tarbenariae* bajo el punto de vista del asunto. Los fragmentos de ellas, que se conservan, presentan un tono rudo y popular, una animación y un vigor que recuerdan el arte de Plauto, así como el de Terencio en cuanto á la pintura metódica de los caracteres, que se extienden también á papeles de mujeres. (1)

---

(1) Se conocen los títulos de 15 piezas. Los fragmentos de Titinio y de los otros poetas cómicos citados, pueden leerse en las colecciones de Bothe, Ribbeck Neukirch.



## LECCIÓN 16.

### Los Prosistas del Siglo VI de Roma.

*Catón, su vida y su carácter.—Catón considerado como orador: juicio de los antiguos acerca de su elocuencia.—Catón como historiador: sus Orígenes.—Catón como didáctico: su obra De re rustica.—Otros prosistas del Siglo VI.*

Con más lentitud que la Literatura poética, empezó también en este siglo á manifestarse la Prosa literaria. Yá dijimos en otro lugar que la elocuencia latina debió nacer con la República romana, cuando en ardientes debates contendían el patriciado y el pueblo, disputándose sus derechos, ó cuando se ventilaban en las asambleas populares los graves asuntos de la patria. Ruda y grosera la elocuencia en sus primeros tiempos, debió, sin embargo, ser viva, animada y vigorosa, como que por medio de ella se conquistaban crédito, poder y fortuna. Nada empero nos ha quedado de aquellos primeros ensayos de la palabra oratoria; lo que se explica, teniendo en cuenta que aquellas luchas desaparecían con las circunstancias que las provocaban; y además, porque los romanos no les concedían sino una admiración secundaria, usando á la sazón con preferente entusiasmo la conquista del mundo. Á pesar de todo, en el siglo que nos ocupa comenzaron por primera vez los grandes oradores á escribir sus mejores arengas.—La historiografía, propiamente dicha, principia también en este siglo. Yá expusimos en otra lección los medios de que se valieron los romanos en los cinco primeros siglos para perpetuar los acontecimientos más importantes, e indicamos los monumentos que pueden considerarse como los primeros archivos de la historia romana. Después de la segunda guerra púnica, aparecen los historiadores: sucediendo al simple registro de los hechos en el orden cronológico (*anales*) la narración literaria seguida y algo razonada de los acontecimientos (*historia*).—Importa consignar que en gran manera contribuyeron á imprimir carácter, desde este siglo, á la elocuencia y á la historia, las enseñanzas de los sofistas y retóricos, que no cesaron desde fines del mismo de afluir á Roma, á pesar de las leyes que contra ellos se decretaron por el Senado.—Por último, la didáctica literaria latina presenta en esta época su más antiguo monumento.

M. *Forcio Catón* es el más notable representante de la Prosa literaria latina del siglo VI de Roma.

I). — M. PORCIO CATÓN, EL CENSOR. (1)—Yá digimos, en la *Parte general*, la significación que tuvo el austero Catón en su época y la enérgica oposición que, por su extremado amor á la patria, hizo al helenismo en la que le acompañó una parte considerable del patriciado. Era Catón el verdadero tipo del viejo romano, el ardiente representante de las tendencias nacionales de su tiempo, por lo que respecta á las costumbres en general, y en particular á la literatura. Catón vivió 90 años. Murió en 605 y nació en el año 515, es decir, en el mismo año que el poeta Elnio: presencié, por lo tanto, cómo se inició tímidamente el helenismo en Roma; cómo sirvió de modelo á los primeros ensayos literarios; cómo imperó más tarde en el teatro; y de qué manera concluyó por enseñorearse en las costumbres. Cuando murió el ilustre Censor esta importante revolución se había ya operado por completo; hasta el mismo Catón, que durante toda su vida había luchado por impedir, ó por contener al menos, aquella irrupción del helenismo, concluyó por dedicarse en sus últimos años, según afirma Plutarco, al estudio de las letras griegas; si bien para tomar de las mismas aquello que consideraba de utilidad práctica y positiva. Porque eso sí: su pluma y su palabra, del propio modo que su vida entera, no se emplearon jamás sino en asuntos serios y de provecho; en el cultivo del campo, en las fatigas de la guerra, en los cargos de la República, en abogar ante los tribunales y en las asambleas por los fueros de la justicia.

Era Catón un italiano de Túsculo. Sus antepasados no habían aspirado nunca á los altos honores y dignidades; fueron como lo indica su nombre (*Porcius, Porcii*) una modesta familia de agricultores y de *ganaderos*, si bien gente de buen sentido, y soldados intrépidos. Por esta razón rechazaba Catón el dictado de *hombre nuevo* que le dirigían sus adversarios, sin tener en cuenta los servicios y las virtudes de su familia. Desde su juventud se mostró

---

(1) Sobrenombres de Catón:—*Censor, Censorius, Orator*,—más tarde se le designó con el dictado de «*Priscus*» para distinguirlo de Catón el de Utica.—Sobre su Vida y su carácter léanse el *Catón* de Nepote y el de Cicerón, y la *Vida de Catón* por Plutarco. Entre los trabajos modernos merecen citarse: el de Weber, *Catonis vita et moribus*,—y el publicado por Kurt, en Lieja, 1872, con el título de *Catón el antiguo*.



Catón digno descendiente de ella: pues á los 17 años se había distinguido ya en el ejército, durante la gran lucha contra Annibal, habiendo asistido á la triste derrota del lago Trasimeno. En la guerra caminaba á pie; en el campo trabajaba con sus esclavos, desnudo como ellos; comiendo y bebiendo con ellos sobriamente. Cerca de su vivienda se hallaba la mansión del famoso Curio Dentato, cuyas sencillas severas costumbres constituían el ideal de Catón. Cuando se presentó en Roma el austero M. Porcio, el pueblo reconoció en él á uno de los suyos, y le nombró desde luego tribuno de los soldados, elevándole sucesivamente, por la inflexibilidad de su carácter y por sus rudos ataques al patriciado, á las más altas dignidades de la República: á la cuestura, á la pretura, al consulado, á la censura. En este último cargo, sobre todo, alcanzó grandísima celebridad: pues jamás se había ejercido una función tan delicada con rigidez más inexorable. La aristocracia romana tuvo en él un adversario terrible, perseverante, implacable. Durante su ancianidad conservaba todavía la misma integridad de alma, habiendo acusado ante el pueblo, en el mismo año de su muerte ¡á los 90 años! al famoso Servio Sulpicio Galba. Verdad es que también fué él acusado multitud de veces por sus enemigos; pero su probidad intachable salió siempre triunfante, no habiendo sido condenado ni una sola vez. Dadas las condiciones de carácter de este austero romano, tan célebre en la historia de su siglo, se comprende bien que no podía ser de manera alguna, como escritor, un cultivador de la poesía: sus cualidades y sus defectos, su rígido buen sentido, su espíritu práctico, su carencia absoluta de imaginación, le llevaron fatalmente á la prosa. Distinguióse, pues, M. Porcio Catón como *orador*, como *historiador*, como *escriptor didáctico*.

a).—Catón recibió de la naturaleza el don envidiable de la elocuencia. Como durante su larga existencia tomó una parte muy activa en la gestión de los negocios públicos, no le faltaron ocasiones en que lucir su gran talento de orador, luchando en la política contra el partido dominante, y en cuanto á las letras, capitaneando, como ya queda dicho, la fracción abiertamente hostil á la educación y bellas artes de la Grecia. No han llegado hasta nosotros las famosas arengas del Censor inexorable; pero en los fragmentos de ellas, que se conservan, muéstrase esa elocuencia, aunque ruda,

ardiente y apasionada, que sabe hacer vibrar admirablemente las cuerdas del alma.

Catón fué el primer orador romano que escribió y publicó sus *Discursos* en vastas proporciones. Estas oraciones catonianas gozaron de gran fama en la Roma antigua.

El príncipe de la elocuencia romana habla de ellas en su obra inmortal de *Los ilustres oradores*, en los siguientes términos: *¿Hay en la actualidad uno de nosotros que lea á Catón? ¿Hay uno siquiera que lo conozca? Y sin embargo, ¡qué hombre, gran Dios! No veamos, en él al ciudadano, al senador, al general; no se trata ahora más que del orador. ¿Quién supo jamás alabar con más nobleza? ¿acusar con más energía? ¡Qué delicadeza en los pensamientos! ¡Qué ingeniosa sencillez en la exposición de los hechos y de los argumentos! He encontrado y leído hasta ahora de él más de 150 discursos; y en todos ellos abundan las ideas y las expresiones brillantes. Su estilo es muy anticuado; se encuentran en él á veces palabras demasiado vulgares: era el modo de hablar de su tiempo. Pero cambiad en las arengas de Catón lo que entonces no podía suprimirse, prestad más armonía á sus periodos, enlazad con más arte y simetría las partes de sus discursos y unid también más artísticamente las palabras, y no podréis colocar á ningún orador del mundo por cima de Catón.*—Pero sin contar con los elogios de Cicerón, que pudieron ser exagerados, puesto que se había propuesto hacer del ilustre Catón el viejo su escudo y su defensa, todos los doctos antiguos ensalzan y enumeran las especiales dotes de su elocuencia, siendo indudablemente la mejor característica de ella la que nos da el erudito Aulo Gelio: *ea omnia distinctius numerosiusque fortasse an dici potuerint; atque vividius potuisse dici non videntur.*

Los discursos de Catón se conservaron durante mucho tiempo, por esta misma gran estima de que gozaron, y merced al cuidado de los gramáticos y retóricos. En el siglo IV de nuestra era circulaban todavía y se estudiaban por eruditos tales como Servio y Victorino. Y á hemos visto que Cicerón conocía más de 150 oraciones de Catón. Nosotros no poseemos más que fragmentos y citas de unas 80, á contar desde su consulado. (1)

b).—Catón compuso asimismo la primera *Historia romana* que se conoce en prosa latina; pues la mayor parte de los historiadores romanos, sus contemporáneos, escribieron con preferencia en grie-

---

(1) Sobre Catón, considerado como orador, véanse las disertaciones de Schober. Los títulos y los fragmentos de las oraciones de Catón han sido coleccionados por Meyer: *Orat. roman. fragmenta.*—y con más delicada crítica por Jordán: *Catoniana quae extant.*

go, bien porque la lengua latina no les pareciera suficientemente formada, ó más probablemente por querer encerrar en el estrecho círculo de la clase patricia el conocimiento entero del pasado. M. Porcio Catón comenzó su obra histórica, que intituló *Origenes*, en edad avanzada y la prosiguió casi hasta su muerte. Esta obra, que llegó á componerse de 7 libros, pudo tomar el título de *Historias* atendiendo á su asunto en general. En ella no sólo se hacía el relato de los orígenes y hechos de Roma sino de los otros pueblos de la Italia, aun de la septentrional. Era, en suma, una especie de enciclopedia de todos los conocimientos históricos de Catón, redactada para formar la educación de su hijo: la leyenda, la historia, las leyes, las costumbres, los antiguos hechos y los sucesos recientes, todo entraba en aquel vasto cuadro histórico de la civilización itálica.

El historiador Cornelio Nepote nos indica el asunto de que se ocupan los 7 libros de los *Origenes*: el I trata de los hechos acaecidos durante la monarquía; el II y III, cuyo común epígrafe ha dado título á toda la obra, investiga los orígenes de cada una de las ciudades itálicas; el IV y V narran sucesivamente la primera y segunda guerra púnica; los tres últimos refieren los sucesos ocurridos hasta la pretura de Servio Sulpicio Galba.

En cuanto á la forma, separóse Catón en este escrito histórico del método puramente cronológico de los annalistas, que consignaban año por año los sucesos que narraban, á semejanza de lo que se hacía en los registros de los pontífices. La obra de Catón formaba un todo distribuido en partes; constituía lo que se llama una verdadera composición literaria: ¿á qué conduce, dice él mismo, repetir lo que se encuentra en los *Annales de los pontífices*, el precio de los granos, las carestías, los eclipses de sol y de luna?... Y he aquí donde se muestra el verdadero espíritu de Catón: toma el arte historiográfico de los griegos, porque lo cree preferible y útil, siendo en este particular un hombre de progreso; pero á la vez se muestra viejo romano, con su espíritu conservador, movido de noble patriotismo, queriendo que se escriba en la lengua nacional la historia de la Patria. (1)

c).—El único escrito de Catón que ha llegado íntegro hasta nosotros pertenece al género didáctico: es su conocido tratado *De re*

(1) Los fragmentos que se conservan de los «*Origenes*» han sido esmeradamente coleccionados por Wagener: *Orig. fragmenta emendata, disposita et illustrata*; y por A. Bormann: *Originum libri VII reliquias disposuit...*, etc.

*rustica* en el cual se contienen instrucciones, más bien que de ciencia geopónica, en general, de economía rural aplicables á una heredad, créese que de L. Manlio, situada en las cercanías de Cásino y de Venafro. La primera parte hállase redactada sistemáticamente; la segunda ofrece una mezcla de recetas, de reglas de economía doméstica, de fórmulas de compraventa y de arrendamientos, de fórmulas que debían emplearse en los sacrificios ó en la operación de ciertas curas cabalísticas; en fin, una serie de preceptos y de observaciones consignados al azar, fruto de su larguísima experiencia. El tono concuerda con la manera un poco brusca de Catón: aforismos, frases cortas sin trabazón y sin enlace. Pero tal como es, hay pocos libros de la antigüedad romana que ofrezcan para nosotros mayor interés por la gran relación en que se encontraba la agricultura con la constitución y costumbres de los romanos. (1)

II).—OTROS PROSISTAS DEL SIGLO VI.—En la misma centuria en que figura M. Porcio Catón, cultivaron otros varios ingenios la prosa literaria, haciéndose notables como oradores, como historiadores ó como jurisconsultos.

a).—*Historiadores*.—Cuéntase entre los mencionados escritores, al más antiguo de los historiadores romanos Q. FABIO PICTOR. Escribió en griego su *Ἱστορία*, que abrazaba desde la llegada de Enéas hasta la época del autor, ó sea hasta la segunda guerra púnica. Polibio y los historiadores que se ocuparon de las cosas de Roma, en tiempos posteriores, consultaron esta obra como una de las más apreciadas fuentes históricas. Hízose de ella una traducción latina en época indudablemente muy posterior á la obra griega, pues los pasajes de ella, que se conocen, suponen un desenvolvimiento de la prosa latina más avanzado que el que reconocemos en los *Orígenes* de Catón.

Otro historiador de la misma época, fué el pretor I. Cincio Alimento. Fueron asimismo historiadores contemporáneos de Catón, C. Acilio,

---

(1) Texto en la obra *Scriptores rei rusticæ* publicada en 1533, en Venecia, y reimpressa multitud de veces en los siglos posteriores.—El tratado de Catón se dió á luz por separado, á mediados del siglo pasado, por Haynich, y la traducción por G. Gross, en 1787.

Al tratado *De re rustica* añadió Catón otros diversos escritos, sobre la guerra (*De disciplina*, *De re militari*); sobre la jurisprudencia; sobre la educación de los hijos (*Præcepta ad filium* ó *De pueris educandis*); en suma, una variada enciclopedia de conocimientos útiles.

A. Postumio Albino y el hijo de Escipión el Africano: todos los cuales redactaron también en griego sus escritos. (1)

b).—*Oradores contemporáneos de Catón.*—Citanse entre ellos á Q. Fabio Máximo, (Cunctator), á Q. C. Metelo, á M. Cornelio Cethego, á Publio Licinio Craso (Dives), al viejo Escipión el africano, al padre de los Gracos, á L. Papirio, á L. Paulo, y por último, entre los más jóvenes á C. Sulpicio Galo y á C. Ticio.

Los *juristas* más distinguidos del siglo VI de Roma fueron los dos Elios, Escipión Násica, L. Atilio, Q. Fabio Labeón y el hijo de Catón.

Para terminar el examen histórico-literario de la época que nos ocupa, debemos hacer mención de un hombre digno de ser recordado: del liberto Sp. Carvilio (el ordenador del alfabeto romano de 21 letras), uno de los primeros que fundaron escuelas públicas en Roma.

También debemos indicar que pertenece á la centuria que estudiamos, un importante monumento epigráfico subsistente, de no escaso interés para la historia política y la de la escritura: el *S. C. de Bacchanalibus*. (2)

---

(1) Los fragmentos de estos antiguos historiadores romanos pueden leerse en Krause: *Vita et fragm. vet. hist. romanorum*.

(2) El *fac-simile* en Ritschl, C. I. 196, p. 43.

## LECCIÓN 17.

### Poetas del Siglo VII de R.

Géneros literarios cultivados en el siglo VII.—Los poetas dramáticos de esta época:—*Attio*,—*Atta* y *Afranio*.—El satírico *Lucilio*: su vida, su genio y sus escritos.—Otros poetas del siglo VII.

Dijimos que el Período literario, que se conoce con el nombre de *Juventud de las letras latinas*, comprende el movimiento literario del siglo VI de Roma, que acabamos de estudiar, y el de casi todo el VII. Considerando este período del siglo VII en su conjunto (desde el a. 600 al 670) aparece de relieve que fué en él más cultivada la Oratoria y la Prosa literaria que la Poesía.

En el siglo VII, período histórico de encarnizadas guerras y de ardientes luchas políticas, sufrieron las bellas letras latinas el natural eclipse que padecen siempre las artes recreativas de la paz en las sociedades todas, y en todos los tiempos, cuando predominan la guerra y la violencia, siendo el espíritu de revolución y de combate, por el contrario, favorable para el desarrollo de la elocuencia. Pero, de las arengas de los grandes oradores de este siglo tempestuoso, las que se escribieron y se conservaban y leían con complacencia en los tiempos de la República, como con las instituciones monárquicas se perdió el amor á las glorias de la tribuna, sólo eran conocidas de los doctos y citadas por gramáticos y retóricos, y se fueron perdiendo por completo; y con la historiografía y la demás literatura escrita aconteció casi lo propio. Además, debemos repetir lo que ya dijimos al ocuparnos de este período en la Parte general: si bien en este siglo siguió progresando la cultura y eran bastantes los hombres de importancia que la poseían muy superior, eran, sin embargo, contados los que *escribieron y divulgaron sus escritos*: ya porque lo de ser autor se consideraba todavía como oficio de poca consideración, yá porque tenían que dedicar toda su actividad á la vida pública.

Vamos, pues, á ocuparnos de los notables poetas del siglo VII, cuyas mutiladas composiciones conocemos, fijándonos en los de mayor importancia, y después indicaremos los nombres de los ora-



dores, analistas, jurisperitos y científicos de aquella época, que gozaron de más fama en su siglo. Empezaremos por los escritores dramáticos.

D.—LOS POETAS DRAMÁTICOS DEL SIGLO VII.—En este período fueron dignos representantes de esta clase de literatura: el poeta trágico Attio;—los escritores de *fabula togata* Atta y Afranio;—y los de *atelas* Pomponio y Novio.

a).—ATTIO.—Siguió en su gloriosa carrera trágica á Ennio y á Pacuvio. Estos tres vates esclarecidos fueron en Roma los príncipes de la tragedia, como lo fueron en Atenas los inmortales poetas Esquilo, Sófocles y Eurípides: y así como estos tres genios de la Grecia, igualmente admirables, se distinguieron cada uno por su especial cualidad sobresaliente, del propio modo aconteció con nuestros tres afamados trágicos latinos: distinguióse Ennio por la gravedad sentenciosa, el movimiento patético y la naturalidad en la expresión; Pacuvio por su excesiva perfección y pulimento de estilo, por esto lo apellidaron *doctus*; Attio brilló por la espiritualidad y la elevación: *animosus, altus*, he aquí los dictados con que le calificaron Ovidio y Horacio.

Nació este poeta en Roma en el a. 584 y murió hacia el 660: es decir, que cuando debió comenzar á escribir para el teatro, hallábase aún vivo el recuerdo de los triunfos escénicos de Ennio, y ofrecía los más sazonados frutos de su ingenio el docto Pacuvio. Tuvo, pues, que luchar con este doble obstáculo; pero salió con gloria de tan difícil competencia, probando, por el gran acierto con que supo elegir el repertorio dramático griego que se propuso por modelo, que poseía una noción clara de la fuerza trágica. Mostró, en efecto, cierto gusto romántico y una marcada predilección á las leyendas del cielo troyano.

En opinión de Bothe escribió Attio 55 tragedias; 52, según los cálculos del erudito coleccionador de sus fragmentos Ot. Ribbeck. (1) Pero los críticos y eruditos, entre ellos M. Patin, creen que este número debe reducirse, considerando que Ribbeck ha visto una pieza en cada uno de los títulos que se conservan, cuando algunas lo llevaban doble ó triple; así, por ejemplo, *Agamemnonida et Eri-*

(1) Sobre L. Attio puede consultarse: C. Stahlberg: *De L. Attii, vita et scriptis*. —G. Boissier: *El Poeta Attius. Estudio de la tragedia latina durante la R. P.*

*gona* eran una sola pieza; *Io et Prometheus* otra; *Myrmidones*, *Hellenes et Achilles* otra. Puede, por consiguiente, limitarse el número á 37, según Teuffel, siendo las más célebres las que llevaban por títulos *Atrous*, *Epigoni*, *Epinauchimauchi*, *Philocteta*.

En cuanto á los modelos griegos que siguió el poeta, es enteramente imposible determinarlos con certeza; sólo cabe designar los originales de un pequeño número con entera seguridad. Se puede afirmar sin temor de equivocarse que el *Prometheus* es imitación de Esquilo; la *Antígona* de Sófocles; las *Phenissæ* de Eurípides. En algunas otras tragedias es de notar que emplea una especie de mescolanza ó *eclecticismo*; en la tragedia Filoctetes, por ejemplo, se nota que muchos pasajes son de Sófocles, otros de Esquilo ó de Eurípides: el asunto había ocupado, en efecto, á los tres grandes maestros de la escena ateniense. En las tragedias, cuyos argumentos se refieren á episodios de la Iliada, suele mezclar á Homero con sus modelos dramáticos.

L. Attio escribió además dos *protextæ*: una intitulada *Decius*, que trataba de la muerte heroica de P. Decio Mus, el joven, y la otra, *Brutus*, de la caída de Tarquino el soberbio y del establecimiento del consulado.

Atribúyensele otros varios trabajos de los que se conservan escasísimos fragmentos: una historia de la poesía griega y latina con el título de *Didascálica*; una historia de la literatura y de las artes con el de *Pragmaticon libri*; y unos *Annales* en verso heroico. El poeta L. Attio fué, pues, el digno rival de Ennio bajo el punto de vista de la universalidad, del ingenio, de las ideas levantadas, de la vanidad literaria; pero aventajó á su predecesor en el esmero y acabamiento que empleó en todo lo que escribía.

Con L. Attio termina el primer periodo de la tragedia romana, sin que en los tiempos subsiguientes (1) se hiciera en este alto género poético ningún verdadero progreso. Multitud de circunstancias impidieron la formación de una tragedia nacional, siguiendo la vía que habían abierto estos primeros escritores. Con el *Brutus* y el *Decius* de P. Attio puede decirse que terminan los levantados propósitos de fundar la tragedia romana. Ya veremos el carácter que toma esta literatura en la época del Imperio.

(1) A fines del siglo VII hizo algunos ensayos de literatura trágica el erador O. Julio César Strabón. De él no conocemos más que los títulos de tres tragedias.



La comedia en cambio recibió nueva vida y despertó un verdadero interés, cambiando el manto griego por la toga romana.—Yá en el siglo anterior algún escritor cómico ensayó la *fabula togata*; pero en la actual centuria figuraron los más notables autores de este género cómico, que descendió hasta retratar los personajes más bajos de Roma en la comedia *tabernaria*.

Los principales autores de *fabulas togadas* del siglo VII fueron Atta y el célebre Afranio.

a).—ATTA.—T. Quintio Atta vivió hacia mediados del siglo, señalándose su muerte en la Crónica de Eusebio en la 175.<sup>a</sup> olimpíada, es decir, hacia el año 676 de Roma. O. Ribbeck ha reunido en su curiosa colección mencionada unos diez ó once fragmentos de sus comedias (1) en los cuales se nota un carácter arcaico y un tono vivo y atrevido. Elogiábase en este poeta la lógica con que desenvolvía sus caracteres. Sus dramas se representaban todavía en la época de Horacio. Parece que también escribió epigramas y sátiras.

b).—AFRANIO.—El más señalado y fecundo de los escritores de comedias togadas fué L. Afranio cuya popularidad corrió pareja con la de Plauto y con la de Terencio. No se tienen noticias biográficas de este poeta. Atendiendo al silencio de los autores que cuidadosamente notan la procedencia extranjera de los más celebrados poetas latinos, podría concluirse que era de Roma; y según los cálculos de los eruditos, debió florecer hacia mediados del siglo, siendo contemporáneo de Pacuvio y de Attio y de los grandes oradores Antonio y Crasso.

El haberse hallado en boga su repertorio durante largo tiempo, como que se representaban sus obras todavía con gran éxito en el reinado de Nerón, hace que conozcamos los títulos de muchas de ellas y que se hayan salvado algunos fragmentos esmeradamente coleccionados (2) ó ilustrados por los sabios filólogos Ribbeck, Bothe, y Neurkich.—Sus más renombradas comedias fueron las tituladas *Fratria*, *Privignus*, y *Vopiscus*.

Los entusiastas de Afranio lo igualaban, en tiempo de Augusto, al dramático griego Menandro. «*Dicitur Afranii toga convenisse Menandro*» así se expresaba Horacio. En efecto, aunque Afranio tomaba directamente sus asuntos de la sociedad romana, como sus

(1) Fragmentos y coment. en Bothe, Scen. lat.; y en Neurkich. De fabula togata.

(2) V. Neurkich, Bothe, y Ribbeck. Obras citadas.

predecesores Titinio y Atta, no dejó por eso de tratarlos á la manera que los griegos; y, á juzgar por las palabras de Horacio, debió seguir la pauta del poeta Menandro. Sus comedias se limitaron á retratar las costumbres de la clase media, ofreciendo amables pinturas de la vida de la familia; y, con tal arte, que reunía á la par la gracia cómica de Plauto y la correcta elegancia de Terencio.

Como del género cómico cultivado por Afranio no se ha salvado ningún monumento literario, los versos y fragmentos de ellos, que se conservan, más sirven para interesar la curiosidad de los filólogos y para investigaciones arqueológicas literarias que para educar el sentimiento artístico y recrear el gusto: no hace muchos años que publicaron curiosísimas disertaciones sobre la inteligencia de unos versos de Afranio los sabios humanistas Quicherat, Theil y Nonce Rocca y los sabios latinistas españoles Sres. Camus, Miguel y Marqués de Morante.

Concluiremos esta breve reseña de la creación escénica romana del siglo VII, indicando que la farsa antigua conocida con el nombre de *Atellana* sufrió en esta centuria un cambio importantísimo: continuó siendo una especie de *fabula tabernaria*; pero pasó de los jóvenes aficionados de la aristocracia á los cómicos de oficio, y de la improvisación á una redacción preliminar. Esta revolución se operó, gracias al talento de *Necio* y de *L. Pomponio de Bolonia*. El segundo parece que fué más original y el más fecundo de ambos. Los fragmentos que de ellos se conservan demuestran que la inmoralidad era grande, aun en las clases inferiores de la nación. (1)

I.)—**LUCILIO: su vida y sus escritos.**—En la Parte primera reseñamos el general aspecto que ofrecía en el siglo VII la sociedad romana, señalando los elementos que vinieron á favorecer la cultura nacional y los que fueron germen funesto de corrupción en las costumbres. Contra el vergonzoso olvido de la *Virtus* romana se alzó, á mediados del siglo, un hombre de genio superior, reprendiendo en preciosas *sátiras*, que se hicieron celebérrimas, las ridiculeces y escándalos de su tiempo. Este poeta se llamaba C. Lucilio.

Nació Lucilio en la colonia latina de *Suessa*, en el país de los Auruncos, en el a. 606 de R. En la época en que figuró nuestro poeta ya se había impuesto definitivamente la cultura helénica,

(1) Fragmentos de atellanas en Naber y Munk (*Fabulae atellanae*) y Ribbeck.— Véase la disert. de Munck: *D. L. Pomponi bononiensis Atellanarum poeta*.

desapareciendo por completo la antigua prevención contra las artes y gustos de la Grecia. Lucilio fué, en este sentido, un hombre de su tiempo, habiendo contribuido á ello las afortunadas circunstancias que le pusieron en contacto con los espíritus más doctos y esclarecidos de Roma en aquel siglo. Lucilio pertenecía á una rica familia del orden ecuestre, y desde muy joven había empezado á servir en la milicia, habiéndose hallado al lado de Escipión Emiliano en la última campaña de la guerra de Numancia. Por medio de este hombre ilustre entró en relaciones con los grandes ingenios que frecuentaban en Roma el círculo de los Escipiones, trabando amistad con Polibio, con Terencio, con el filósofo Panecio, con el eminente jurisconsulto Rutilio Rufo, con el docto Lelio y con otros varones afamados de la época. Fuera de esta dulce intimidad en que vivió con tan egregios amigos, sábase muy poco acerca de su vida. Algunos de sus biógrafos refieren que poseyó una espléndida fortuna: que habitó en Roma el palacio fabricado por el Senado para alojar en él á Antíoco Epifanes; que hizo varios viajes por Grecia y por Sicilia, y por último, que murió en Nápoles en el a. 650.

Era Lucilio de complexión delicada, por lo cual no pudo tomar parte activa en la vida pública. Pero, si bien no luchó por el triunfo de ninguno de los partidos que combatían en la candente arena política, se decidió á abogar, desde el campo de la literatura, por una causa que no era ni la del Senado, ni la de los aliados, ni la de los plebeyos; por la causa de las costumbres públicas, y para ello le favorecieron considerablemente las nobles condiciones de su carácter, su gran talento y su alta posición. Compuso 30 libros de SÁTIRAS de las cuales solo han llegado á nuestro poder los apreciables fragmentos citados por los eruditos y los gramáticos.

Antes de Lucilio la sátira había sido dramática y burlesca; Ennio no se atrevió á darle una forma definitiva. Lucilio fué el verdadero creador de la sátira. (1) de este poema didáctico moral, que tuvo en Roma tan insignes cultivadores, y que todas las literaturas modernas han imitado de la latina. Es imposible que podamos formarnos una idea clara de lo que eran las sátiras del caballero Lucilio por los restos informes y escasos que de ellas se conservan.

(1) *Inventor Graius intacti carminis auctor...* II.

pero si no podemos dibujar por ellos un cuadro completo de costumbres, podemos adivinar algo de lo que constituía su asunto. Lucilio no era un censor austero y sombrío á la manera de Catón. Era un carácter sincero, franco é independiente, á la vez que jovial y amable, que asestaba sus tiros contra todos los vicios y viciosos de Roma, sin perdonarse á sí mismo, que por lo menos en materias de amor distaba de ser modelo de continencia. No podían menos de hacerse gratuitos aquellos ingénuos poemas satíricos en los que se sometía á una crítica sincera y honrada la vida de la sociedad contemporánea, considerándola bajo todas sus fases política, moral y literaria; crítica como ningún escritor cómico la había hecho antes de Lucilio, y como después de él no se atrevió á hacerla ningún otro poeta satírico.

El lujo, la molicie y el anhelo insaciable de goces de los grandes, con la caterva de vicios que fueron su consecuencia, suministraron al poeta el argumento de multitud de sátiras, en particular las del libro II, IV, VII, XI, XIII, XVIII. El libro I, intitulado *Deorum consilium*, parece que tenía por objeto flagelar la superstición y la irreligiosidad. El libro III contenía la descripción de un viaje desde Roma á Cápua y desde allí al estrecho de Sicilia, la cual sirvió de modelo á otra sátira parecida de Horacio. En el IX censura ciertas innovaciones de la ortografía y de lenguaje, ocupándose á la par en este y otros libros de la avaricia, de la usura, etc., etc., predominando en todos una tendencia moral y crítica, que ha hecho de Lucilio el primero de los escritores satíricos.

Los 20 primeros libros y el último hállanse escritos en verso exámetro, que ya en adelante fué el metro predominante en la sátira; en los libros restantes se sirvió además del yambo y del troqueo. Á pesar de que las relevantes cualidades de este ingenio poético, reconocidas por los antiguos, se reflejan en los fragmentos que nos son conocidos, es á saber: variedad de conocimientos, inteligencia viva, alta moralidad, y un espíritu verdaderamente satírico, en cambio resalta en ellos cierta negligencia en el estilo y aquel descuido en la forma de que le acusaba su sucesor Horacio: *Lucilius in hora saepe ducentos versus dictabat, stans pede in uno.* (1)

(1) Colección de fragm. de Lucil. por Janus Dousa, 1597.—Fragm. de L. revisados y traducidos por Corpet, París, 1845.—Estudios: Patin *Curso sobre Lucilio*.—Petermann, *De Lucilio Vita et carminibus*.—Y por último, los recientes estudios de Carlos Labitte, y de Duykers publicados en la *Revista de ambos mundos* y en la de *Instrucción pública* de Bélgica.

III.)—OTROS POETAS DEL SIGLO VII.—En la primera mitad de este siglo escribieron epigramas eróticos Pompilio y Valerio Edituo, imitando á los poetas griegos de Alejandría. Siguiéron también esta senda Porcio Licino y el cónsul Q. Lutacio Catulo; Licino publicó además un poema tratando de la historia literaria, y Catulo una autobiografía.—También dieron á luz sus poemas didácticos en este tiempo Q. Valerio, Ferencio Libón, y Volcacio Sedgito. Á fines del período histórico, que estamos estudiando, principió el poeta Levio á imitar las formas variadas de la poesía mélica de los griegos en poemas eróticos y burlescos. También figuró entonces el poeta épico A. Furio.

## LECCIÓN 18.

### La Oratoria y la Prosa literaria en el Siglo VII de Roma.

*La Oratoria en el siglo VII.*—Oradores notables anteriores á la época de los Gracos. Tiberio y C. Graco: sus amigos y adversarios. Oradores de época posterior: Antonio y Craso.—*La Historiografía de este siglo:* analistas, historiadores y biógrafos que más se distinguieron hasta el tiempo de Sila.—*Gramáticos, retóricos, jurisconsultos y científicos* de esta época; Estilón, los Escévolas.

1).—LA ORATORIA ROMANA EN EL SIGLO VII.—Después que el fiero Catón había lanzado los acerados tiros de su ruda elocuencia contra el altivo patriciado y contra todos los grandes concusionarios, que deshonoraban la Patria y depredaban á los pueblos y á las clases indefensas, continuaron ilustrando la tribuna romana otra multitud de oradores, cuya ardiente palabra llegó á ser cada vez más elegante, armoniosa y espléndida, gracias al perfeccionamiento creciente de la lengua latina y á la influencia que ejercía en los espíritus más elevados de la época, la ya preponderante educación helénica. (1)

El arte oratorio, vigorizado con las nuevas doctrinas y estudios, entró en aquel hermoso período ascendente en cuyo punto culminante encontramos la grandiosa figura de Cicerón, el príncipe de la elocuencia romana, acompañado y precedido de la multitud de insignes oradores, cuya historia nos ha legado el mismo gran tribuno, en el interesante opusculo donde se contiene cuanto sabemos acerca de los oradores romanos del tiempo de la República. (2)

El siglo VII, que estudiamos, fué de verdadero esplendor para la elocuencia, como acontece siempre que en la pública tribuna se discuten los grandes intereses de los pueblos ó las pretensiones apasionadas de los partidos; pero ya hemos dicho en la lección anterior la suerte que cupo á aquellas brillantes piezas oratorias: y, por lo tanto, apenas si nos será

(1) Los jóvenes se preparaban para batallar en el toro, en la curia, en las asambleas, poniéndose primero al lado de los oradores que gozaban de más fama; después oyendo á los retóricos y filósofos más distinguidos residentes en Roma; y más tarde concurriendo á las escuelas de Atenas, del Archipiélago griego y del Asia menor.

(2) Cicerón.—*Brutus sive de claris oratoribus.*



dado apuntar los nombres de los oradores más notables de la época y las cualidades en ellos más relevantes, apoyándonos en el dicho de los antiguos.

Veamos ahora, clasificados cronológicamente, quienes fueron estos oradores:

a).—*En los dos primeros decenios*: Figura en primer término P. CORNELIO ESCIPIÓN EMILIANO, el amigo íntimo del historiador Polibio, del filósofo Panecio, de C. Lelio, de Terencio, de Lucilio y de todos los grandes talentos de su época; en el cual ensalza Cicerón la gravedad y la majestad oratoria y la profunda ilustración. De sus discursos se conservan dos extensos fragmentos citados por A. Gelio y por Macrobio (1).—Fueron *contemporáneos y compañeros suyos de gloria en la tribuna* su hermano menor FABIO MÁXIMO EMILIANO, hijo del senador del mismo nombre, cuyas dotes de ingenio celebra asimismo Cicerón, y por cuyo vasto saber se le dió el dictado de *Sabio*; Servio Sulpicio Galba, á quien llama M. Tulio «*divinus homo in dicendo*»; el cónsul L. Furio Philo, cuya elegancia en el decir (*perbene latine loqui*) se encomia en el *Libro de los Ilustres oradores*; y, por último, el famoso adversario en política de Escipión el Africano, Q. Celio Metelo, cognominado el Macedónico.

b).—*En la época de los Gracos*.—Comprende esta época desde el año 620 al 635; y fué, como queda consignado, un período de grandísimas conmociones interiores. En este tiempo figuraron muchos y notables oradores; pero los más insignes fueron los dos hijos de Sempronio Graco y de Cornelia, TIBERIO Y CAYO GRACO, cuya ardiente palabra consagrada á la causa generosa del pueblo, produjo una grandísima agitación en toda la Italia, durante algunos años. Según el biógrafo Plutarco, la elocuencia de Tiberio era más dulce y seductora; sobresaliendo en el arte de conmover al auditorio, y expresándose además con una dicción pura y esmeradísima. Su hermano Cayo brillaba aún más, por su elocuencia violenta y arrebatadora. «Jamás, dice Cicerón, ha poseído nadie una elocuencia más rica y abundante.» Su rápido tránsito por aquella tribuna, á la que subieron y en la que sucumbieron tan insignes oradores, dejó en la

(1) Los fragmentos de los oradores romanos han sido coleccionados y publicados por H. Mayer: *Fragm. orat. romanorum*.—Véase para el estudio de la Oratoria, en esta época, además de las obras citadas de Cicerón, á *Ellendt: Hist. eloquentiæ romanæ usque ad Cæsares*.

imaginación de los romanos una impresión tan indeleble y profunda, que 300 años más tarde loíanse y se comentaban aún en las escuelas de los retóricos las fogosas arengas del elocuente tribuno. Plutarco y A. Gelio nos han conservado algunos fragmentos, notables por su rara energía, y de gran interés para la historia de las costumbres de la época.

Los contemporáneos de los Gracos eran todos oradores: pues, como queda dicho, jamás un tan gran número de hombres notables había tomado parte directa en los negocios públicos. Entre los *oradores del partido de los Gracos* se hallaban los hermanos Craso y Escévola, Ap. Claudio, suegro de Tiberio, M. Fulvio Flacco y C. Papirio Carbón: cuyos oradores habían llegado todos á la dignidad del consulado; y además de ellos, se contaban los pretores Publio Decio y C. Scribonio Curión; — *El partido contrario* hallábase representado por T. Annio Lusco, Q. Metelo, P. Násica, L. Pisón Frugi, P. Papilio, C. Fannio, Q. Elio Tuberón, el *princeps senatus* M. Scauro y M. Livio Druso: todos los cuales también habían alcanzado las primeras magistraturas.

Todos estos oradores más se distinguieron por el vigor natural y la energía y originalidad de su elocuencia que por la sabia aplicación de las reglas del arte, careciendo sus arengas de aquella delicadeza, abundancia y armonía que encontramos en la oratoria ciceroniana.

c). — *En la época siguiente á la de los Gracos desde 635 al 670 de R.*) Se señaló este período también por sangrientas guerras y por las violentas luchas intestinas, que terminaron con la tristemente célebre dictadura de Sila, habiendo producido también la vida intensa que se desenvolvió en medio de estas luchas los más brillantes resultados en todos los dominios de la actividad intelectual, en particular en la oratoria, cada vez más influida por las enseñanzas de los retóricos. Así es que en algunos de los oradores de este último período, inmediatos predecesores de Cicerón, encontramos ya algunas de las cualidades del eminente tribuno. Desde el año 665 al 650 figuraron el nieto de Catón el antiguo, Q. Metelo, el epicúreo T. Albucio, C. Galba y C. Fimbria. Entre los oradores de los últimos 20 años, del 650 al 670, fueron los dos más esclarecidos M. ANTONIO y L. CRASSO á quienes llama Cicerón *nuestros*



*grandes oradores* y «*los verdaderos rivales de los griegos*» figurando al lado de ellos como oradores de segundo orden, el jurisconsulto Q. Escóvola y el cónsul L. Marcio Filipo; y entre los más jóvenes, C. Julio César Estrabon (el autor de tragedias), el cónsul C. Aurelio Cotta y P. Sulpicio Rufo.

II.) — HISTORIADORES ROMANOS DEL SIGLO VII. — La Historiografía siguió en esta época la misma senda de progreso que la Oratoria. Hasta la mitad del siglo VII siguieron los historiadores latinos el camino trazado por los analistas; pero desde este tiempo en adelante, influida la Literatura histórica por las nuevas enseñanzas del arte griego, abandonó la forma árida de las antiguas crónicas por la verdadera exposición y narración histórica. Además de esto, siguiendo todos estos escritores el ejemplo de Catón, escribieron en la lengua nacional. En esta época aparece también, originada por la creciente cultura de las clases elevadas y por su importancia política, una variedad en la literatura del género que nos ocupa: empiezan en este tiempo los primeros ensayos de *Memorias* y *Autobiografías* redactadas por personajes importantes de la época.

Casi toda la historiografía de este siglo, que sirvió de preciosa fuente y de modelo para los escritores que siguieron, ha desaparecido; habiéndose salvado únicamente algunos retazos citados por los eruditos antiguos, esmeradamente coleccionados en nuestra época por los doctos filólogos Popman y Krause. (1)

Veamos, por orden cronológico, quienes fueron los más afamados *analistas é historiadores* del siglo VII.

a). — *Analistas de los dos primeros decenios*. — Figuraron en este tiempo CASIO HEMINA, del cual se citan hasta cuatro libros de una obra histórica, que lleva unas veces el nombre de *Historie* y otras el de *Annales*; y L. CULFURNIO PISÓN FRUGI, el enemigo célebre de los Gracos, autor de otros *Annales*, compuestos por lo menos de siete libros. Ambos analistas comienzan sus relatos desde la fundación de Roma y los continúan hasta su época. Á estos siguieron FABIO MÁXIMO SERVILIANO y L. ESCRIBONIO LIBÓN. — Cicerón, considerando la historiografía como un departamento de la elocuencia, no

(1) Popman: *Historicorum veterum fragmenta*. — Á Krause: *Vita et fragmenta veterum histor. romanorum*.

disimuló la poca estima en que tenía á estos primeros analistas, porque no sabían embellecer sus narraciones, sin considerar que estos escritores serios habían llegado á las primeras dignidades de la R. P., que poseían gran autoridad y aquellas excelsas condiciones de gravedad y exactitud, que valen más en el historiador que el arte de embellecer, y tal vez de desnaturalizar los hechos.

b).—*Historiadores de la época de los Gracos*.—Son los dos más principales historiadores de este período C. FANNIO y L. CELIO ANTIPATRO. Uno y otro historiador ofrecen de particular el no tratar sino del pasado más reciente: los *Annales* ó *Historias* de C. FANNIO, sobre todo, se refieren estrictamente á los sucesos contemporáneos; razón por la cual debieron ser tenidos como una fuente histórica de gran precio para el tiempo de los Gracos;—en cuanto á ANTIPATRO escribió una Historia de la segunda guerra púnica, en siete libros, dando á la narración «un tono más elevado», al decir de Cicerón. Bruto hizo de ella un Compendio, y T. Livio sacó de la misma gran partido para los relatos de su 3.<sup>a</sup> Década.

c).—*Historia de la época posterior á la de los Gracos*.—Los analistas, historiadores y biógrafos que vivieron en este último período, hasta la muerte de Sila, fueron: Q. CLAUDIO QUADRICARIO, de cuyos *Annales* nos encontramos citas en los autores antiguos hasta el libro XXIII: este analista realizó un verdadero progreso comenzando su relato histórico desde el incendio de Roma por los Galos. Fué también notable en esta época VALERIO ANTIATE el analista que nos es más conocido por citarle T. Livio con más frecuencia que á todo otro historiador, habiende tomado de él, al parecer, el cuadro de su obra.—Distinguiéronse asimismo en este período L. CORNELIO SISENNA que publicó, entre otros trabajos, una Historia de su época (lo menos en XIII libros) notable por su estilo ampuloso y sus tendencias arcaicas; su amigo L. LICINIO MACRO que se dedicó por el contrario á escribir sobre los tiempos más remotos unos *Annales* en los cuales sacrifica mucho á la retórica y al anhelo de glorificación gentilicia; y por último, L. VOLTACILIO PULITO el primer escritor de origen servil, que se ocupó de escribir historia.—Entre los miembros de la aristocracia romana que escribieron *autobiografías* en este período, debemos citar al polígrafo y eminente juriconsulto P. RUTILIO RULO, al general Q. Lutacio Catulo y á

## LECCIÓN 19.

### El Siglo de Oro de las Letras latinas.

#### I). ÉPOCA DE CICERÓN (671 á 691).

##### A). *Primera mitad de la época de CICERÓN.*—VARRÓN.

El polígrafo *M. Terencio Varrón*; su vida y su carácter. Géneros literarios cultivados por Varrón. Su literatura poética: sus *Sativæ Menippeæ*. Sus obras literarias en prosa: el tratado *De Lingua latina* y los tres libros *Rerum rusticarum*: análisis y crítica.

En las Lecciones correspondientes de la *Parte general* dejamos bosquejado, á grandes rasgos, el aspecto político y literario que ofrecía la sociedad romana en este interesantísimo período de su Historia. Quedó entonces explicado por qué razón se denomina *Fidat aurea* de la Literatura latina el siglo que media desde la muerte de Sila hasta la de Augusto, y también hicimos notar cómo esta brillante centuria literaria podía ser subdividida en dos períodos bien marcados y distintos: el de Cicerón y el de Augusto: el uno en que llega á su punto culminante de esplendor la oratoria, la historiografía, la literatura filosófica, gramatical, científica y política, la *prosa literaria* en una palabra;—el otro el período fecundo de la elegante literatura poética.

Considerando á M. Tulio Cicerón como la primera figura literaria de su tiempo, y el año de su célebre consulado (691) como momento supremo y crítico en la vida literaria y política del gran tribuno y en el movimiento literario y político de su época, dividimos la época ciceroniana en dos subperíodos: en el primero colocamos á aquellos escritores que, como Varrón, eran contemporáneos de Cicerón, como él representantes genuinos de la generación antigua de la época, y cuyos ingenios esclarecidos habían alcanzado ya renombre á la citada fecha de la vida del ilustre cónsul;—y en la segunda mitad de la época de Cicerón incluimos á los que dieron á luz sus afamadas producciones después que comenzó á caminar hacia su ocaso la afortunada estrella del egregio tribuno; algunos todavía pertenecientes á la vieja generación, como César y Lucrecio; otros á la generación joven de la época, como Catulo y Salustio. Uno de los más célebres de estos escritores es el sabio polígrafo *M. Terencio Varrón*, de cuya vida, genio y escritos vamos á ocuparnos en esta lección.

M. TERENCIO VARRÓN: *su vida y su carácter*. (1)—En el pueblo sabino de Reata, en el corazón mismo de aquel país agreste, que representaba la paciente energía de la vieja Italia, nació M. Terencio Varrón, en el año 638, diez antes que Cicerón, al cual sobrevivió 17 años. Dotado de superior talento, de alma vigorosa, y de una naturaleza de hierro, se entregó desde muy joven con todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu al cultivo de las letras y de las ciencias, habiendo llegado á ser quizá el hombre de más vasto saber de su tiempo, y uno de los más renombrados de la antigüedad; como que si hubiéramos de juzgar del mérito de este escritor insigne por los testimonios de la Edad antigua y de la Media referentes á sus obras, tendríamos que colocarlo quizá en más alto lugar que al mismo gran tribuno, honor de aquella época. Dijo-se más tarde del docto Longino que era «una biblioteca viviente y un museo ambulante;» pero tal vez pudo decirse con más exactitud del sabio polígrafo, de quien nos ocupamos en esta lección.

Á pesar de pertenecer M. Terencio Varrón á una distinguida familia senatorial, tuvo tan poca ambición y tan ardiente amor al estudio, que en la carrera política, de la que difícilmente podía sustraerse entonces en absoluto ningún ciudadano de valer, no pasó del grado de pretor. Distinguióse en la guerra de los Piratas, como lugarteniente de Pompeyo, y le fué concedido el insigne honor de una corona rostral. Republicano sincero é inexorable, se separó, sin embargo, de Pompeyo el día que éste entró á formar parte del primer triunvirato, contra el cual lanzó Varrón su célebre folleto satírico titulado «el Monstruo de tres cabezas» (*Τρικέφαλον*). Más tarde, cuando se encendió la guerra civil, volvióse á poner al lado de Pompeyo, habiéndole éste confiado el encargo de defender la Lusitania contra César. No pudo Varrón cumplir su comisión; pues de las dos legiones de que disponía, la una le abandonó, y la otra no pudo resistir las fuerzas del poderoso adversario, y tuvo que rendirse. Pasó desde España á Dyrrachium, á dar sin duda cuenta á Pompeyo de lo ocurrido; pero, á lo que parece, no fué bien reci-

(1) Son dignas de consulta, acerca de este autor, las siguientes obras: J. G. Schneider, De Vita M. Ter. Varronis, en sus *Script. Rei rustice*—y el interesante *Estudio sobre la Vida y las Obras de Varrón*, publicado en París por Boissier, en 1861.



do por éste. Ello es que no asistió á la batalla de Farsalia; y que, durante la dominación de César, vivió enteramente alejado de la política, habiendo pasado los veinticuatro últimos años de su vida completamente entregado al estudio y á sus trabajos literarios.

Á pesar de haber militado en el bando de Pompeyo, César le estimaba y le distinguía. Siguiendo el noble Dictador su generosa conducta de arrancar de la oposición á los hombres de valía sin hacerles sentir el yugo, consiguió atraerse á Varrón, encargándole la dirección de las grandes bibliotecas públicas que se proponía fundar; pero después de la muerte de César, se vió, como otros antiguos partidarios de Pompeyo, inscrito, por sugerencias de M. Antonio, en las listas de proscripción del segundo triunvirato; habiéndosele confiscado sus bienes y saqueado su riquísima biblioteca. Afortunadamente pudo escaparse del peligro, pues, al decir de Apiano, se disputaron todos el derecho de salvarle. Octavio Augusto hizo después por indemnizarle, confiándole, como lo había hecho su padre adoptivo, la inspección de las bibliotecas públicas. Los antiguos citan como una distinción extraordinaria la de haberse erigido á Varrón, en vida, una estatua que fué colocada en la grandiosa biblioteca fundada por Asinio Polión. Varrón murió á la edad de noventa años, trabajando infatigablemente hasta el fin de su existencia.

GÉNEROS LITERARIOS CULTIVADOS POR VARRÓN.—Fué este gran polígrafo notable no sólo por su fecundidad, sino por la infinita variedad de asuntos que cayeron bajo el dominio de su talento y de su pluma: antigüedades humanas y divinas, gramática, poesía, teatro, elocuencia, historia, jurisprudencia, astronomía, economía rural, sátiras, filosofía. Diez años antes de morir, afirmaba Varrón que había dado á luz 490 opúsculos; pero, á juzgar por los catálogos de sus obras, que se conservan, y por las citas de otras, que se hallan en los autores antiguos, puede calcularse que montaban á la cifra de 720 volúmenes repartidos en 74 obras diferentes. De toda esta gran biblioteca varroniana, se han salvado únicamente fragmentos de sátiras, de filosofía, de gramática, de historia ó más bien de arqueología, y de economía rural; pero ni un sólo tratado completo. Las dos obras que han llegado en mejor estado son: las tituladas *De lingua latina* y *De re rustica*. Podemos, pues, dividir el

catálogo de las obras de Varrón en dos secciones: comprendiendo en la primera su literatura poética;— en la segunda sus obras literarias en prosa.

OBRA POÉTICAS DE VARRÓN.—Entre las que se citan en la lista de las obras de Varrón, que nos ha sido conservada por San Jerónimo, se cuentan las siguientes: seis libros de *Pseudotragedias* y diez de *Poemas* en versos líricos ó elegíacos; 150 libros de *Sátiras Menippeas*, que ofrecen una miscelánea de prosa y de verso;— y por último se indican como escritos en forma poética cuatro libros de *Sátiras* probablemente del género de las de Lucilio y distintas de las Menippeas; y además un *Poema didáctico*, tratando de la Filosofía de la naturaleza.

La más original de estas obras poéticas, y cuyos fragmentos en su mayor parte nos han sido conservados por el gramático Nonio, es la intitulada *Sátiras Menippeas*. SATIRE MENIPPÉE. Escribiólas Varrón en la primera parte de su vida y les dió el nombre de un filósofo griego llamado Menippo de Gádara; y no porque Menippo hubiera escrito lo que los romanos llamaban sátiras; sino por que este filósofo cínico era, al decir de Luciano, extremadamente mordaz y satírico. Las Sátiras de Varrón fueron denominadas también *Sátiras Cínicas*. Adoptó en ellas Varrón el sistema de Ennio, haciendo de la sátira un verdadero *potpourri* literario, tan variado en el fondo como en la forma; abrazando á la vez las cosas de la erudición y de la vida común, la mitología y la historia, el presente y el pasado. Encontrábanse en ellas sentencias, refranes y chocarrerías populares, al lado de palabras y aun de versos en correcto griego; y lo mismo se empleaba en ellas, según queda dicho, la prosa que los metros de todo género. Los títulos de estas sátiras eran en general bizarros y caprichosos: ya hemos mencionado la que dirigió contra el primer triunvirato intitulada *Τρικέφαλον* (*Tricipitina*; el monstruo de tres cabezas). Otras llevaban por título un proverbio, y algunas doble título como *La Olla encontró su cobertera* ó *El Matrimonio*;—*Ἐὐθεῖ σεαυτῷ* (*Conócete á ti mismo*), etc. (1)

(1) Los fragmentos de las Sátiras menippeas se encuentran en *Mattaire: Corpus poet. latinorum*, II, 1525.

OBRAS EN PROSA DE VARRÓN.—Los escritos en prosa de Varrón abrazaban, como ya queda indicado, casi todos los dominios de la literatura. Mas á pesar de sus tendencias enciclopédicas, Varrón tiene siempre á la vista su patria y el pasado de su país: razón por la cual ejerció durante mucho tiempo una influencia considerable, habiendo sacado de sus escritos un gran partido los Padres de la Iglesia. Entre estas obras en prosa, las más importantes y que se mantuvieron durante más tiempo en el comercio literario, fueron: *Las Antigüedades divinas y humanas*; los libros de *Lengua latina*; los de *Agricultura*; la *Enciclopedia de las Artes liberales* y *Las Imágenes*.

He aquí la lista de las obras en prosa de Varrón, según los catálogos mencionados:

1.) DISCURSOS: *Orationum libri XXII et Suasionum libri III.*—2.) *Ἀριστοτελῶν libri LXXVI.* Venían á ser los LOGISTÓRICOS una colección de desenvolvimientos filosófico-morales á los cuales acompañaba un rico arsenal de pruebas históricas, á imitación tal vez de los escritos de Heráclito de Ponto. Esta obra tenía el tono á la vez serio y popular de Catón, de Cicerón y la forma también del diálogo, á lo menos en parte. Cada trozo ó capítulo tenía un doble título: el primero el nombre de un personaje histórico, que se hallaba en relación con el asunto; el segundo expresaba en latin el contenido de la pieza. Así por ejemplo el tratado sobre la educación de los hijos se titulaba: *Cato, de liberis educandis*; el de la fortuna, *Marius, de fortuna*; el de la demencia *Orestes, de insania*, etc.—3.) TRATADOS DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA: *Legationum libri III, de Pompejo III, y De sua vita libri III.*—4.) OBRAS DE HISTORIA ó más bien de ARQUEOLOGIA ROMANA: a.) *Antiquitatum libri XLI.* Venía á ser una enciclopedia de la antigüedad romana dividida en dos mitades: 25 libros de *Antigüedades humanas*, y 16 de *Antigüedades divinas*. En esta obra recogió Varrón todas las tradiciones primitivas de Roma, todo lo que podía realzar su gloria y la de sus primeros fundadores, aprovechándose en esta compilación aun de los cuentos más quiméricos. En las *Antigüedades humanas* trataba sucesivamente de los hombres, de los lugares, de los tiempos y de las cosas: los viajes de Eneas; los primeros reyes; las instituciones y los usos de la Roma primitiva. Las *Antigüedades divinas* eran, no sólo una exposición sobre las cosas de la religión, ilustrada con todos los documentos y con la enseñanza toda de las épocas anteriores, sino además una defensa ardiente de las instituciones religiosas como freno saludable de las costumbres, como una necesidad en la vida civil y política. Así se explica cómo llegó á ser este opúsculo, en las manos de los cristianos, un arma terrible para atacar el politeísmo.—b.) Una especie de Crónica con el título de *Annalium libri III.*—c.) Una historia, al parecer, de la civilización romana in-

titulada *De vita populi romani*.—d.) Cuatro libros *De gentis populi romani*, ó sea la cronología romana cotejada con la de la historia universal.—e.) Multitud de libros sobre las familias de los patricios romanos que pretendían descender de Eneas y de sus compañeros: titulábase *De familia troianis*.—f.) Otra obra intitulada *Arta*, explicación de los orígenes de costumbres romanas privadas.—g.) *Rerum urbanarum libri III*.—h.) *Tribuum liber*.—5.) OBRAS DE HISTORIA LITERARIA. La literatura dramática, y sobre todo Plauto, proporcionó á Varrón el asunto de un gran número de escritos; pero sus libros más importantes acerca de la historia literaria son los XV de *Imagines* ó *Hebdomades*, colección de biografías ó más bien de retratos de celebridades griegas y romanas, con otros tantos *Elogia*, en verso.—6.) OBRAS CIENTÍFICAS.—*Disciplina*, en 9 libros. Venían á ser un tratado enciclopédico de las artes liberales tales como los griegos las habían establecido, á saber: gramática, dialéctica, retórica, geometría, aritmética, astrología, música, medicina y arquitectura. Además de esta enciclopedia general escribió otra multitud de tratados particulares sobre casi todas las mencionadas ciencias, sobre *Gramática y lengua latina*, sobre *Philosophia*, sobre *Rhetorica*, etc., etc. Entre las obras científicas deben contarse sus libros *Rerum rusticarum*; la *Ephemeris rustica*; los libros *Ephemeridi navalis ad Pompeium*; el libro *De aestuariis* y los XV libros *De jure civili*. (1)

De toda esta abundante literatura varroniana, solo dos obras han llegado hasta nosotros, como queda dicho: el tratado *De lingua latina* y los tres libros *Rerum Rusticarum*. De los veinte y cinco libros DE LENGUA LATINA, no conocemos más que los libros V—X; y para eso, los libros VI, VIII y X presentan al final notables lagunas; así como los libros VIII y IX en el principio. Varrón había estudiado la gramática en los autores griegos, principalmente en los filósofos estoicos, maestros consumados en esta ciencia. Debió, pues, según todas las probabilidades, unir en esta gran obra al estudio abstracto de las leyes del lenguaje las investigaciones particulares más minuciosas sobre la lengua nacional. Así parece desprenderse de los títulos que se han conservado de sus trabajos gramaticales. Las letras, la ortografía, la sinonimia, el origen de la lengua latina habían sido estudiados por él en tratados especiales. Los veinte y cinco libros de *Lengua latina* deberían ser, por consiguiente, un gran resumen de todas sus observaciones en este gé-

(1) Fragmentos de estas obras perdidas de Varrón: Chappuis. *Fragmentos de las obras de V. intituladas Logistorici, Hebdomades... De forma Philosophia*, etc. París, 1868.—*Fragm. Varr. quæ inveniuntur in libris S. Augustini*, coleccionados por G. H. Franken, Lugd. Bat. 1836.—H. Kettner. *De vita pop. rom. Varr. quæ exstant*, Halle, 1863.—Véanse además las *Questiones varronianæ* de Mercklin y de J. Ritschl.



nero de estudios. La obra entera trataba en su primera mitad de la formación de las palabras y de sus flexiones; ó, como él dice, de sus *declinationes*; en la segunda se ocupaba de la *syntaxis* ó de la unión de las palabras constituyendo la frase. La parte de esta obra, que el tiempo nos ha conservado, ofrece un interés bien escaso. (1) Por otro lado es preciso reconocer que, después de los interesantes trabajos de la moderna filología comparada, las más estimables investigaciones de erudición antigua, encerrada en sí misma y enteramente extraña al conocimiento de las lenguas orientales, apenas merecen fijar nuestra atención.

En mejor estado que el anterior ha llegado á nosotros el tratado de *Economía rural* intitulado *RECURM RUSTICAREM libri III*. El primer libro trata de la agricultura, el segundo de la cría de ganados, el tercero de las aves y de los peces que se alimentan en los viveros. Esta obra de agricultura es la mejor y la más metódica que poseemos de los antiguos. Se halla escrita elegantemente y en forma de diálogo como los escritos filosóficos de Cicerón. Según aparece de la obra, la escribió Varrón, hallándose al borde del sepulcro, para que, después de su muerte, sirviera de guía á Fundania, esposa del autor, en el cultivo de unas tierras que aquella poseía. (2)

Las otras obras de Varrón no parece que se conservaron más acá del siglo VI de la era cristiana. Entre las pretendidas sentencias de Varrón, *Sententiarum Varronis*, que se encuentran en los mss., hay un determinado número que podrían haber sido indudablemente extractadas de sus obras.

---

(1) Estudios: *Spengel*, Sobre la Crítica de Varrón, —C. E. L. Oxé, De Varr. etymis quibusdam;—Libri de Ling. latina percussit...; *Wilmonns*, De Varr. libris grammaticis.

(2) *V. Kell*, *Observationes criticae in Catonis et Varronis de re rustica libros*. *Fremy*: *Quid in lib. os M. T. Varronis de Re rustica ad litteras attineat*.—Traducciones: la de *Grosso* y la de *Saboureux de la Bonneterie*.

## LECCIÓN 20.

### Otros Escritores de la Primera mitad de la Época de Cicerón.

*Prosistas:* El científico *Nigidio Figulo*.—*Oradores:* *Hortensio*.—*Historiadores* y otros escritores en prosa de este período, sin contar á Varrón ni á Cicerón.—*Poetas* que escribieron en esta época: el mimógrafo *Laberio*.

Yá que hemos estudiado al sabio polígrafo M. Terencio Varrón, vamos á proseguir en ésta lección el estudio de los prosistas y poetas, que figuraron en la primera mitad de la época de Cicerón, para pasar á ocuparnos exclusivamente del gran orador y escritor insigne, que da nombre á esta época brillante de las letras romanas. Como fué este período poco fecundo para la poesía (pues los prosistas Cicerón y Varrón fueron á la par, en este tiempo, sus mejores cultivadores), trataremos primeramente de los oradores y prosistas, y después, hablaremos de los pocos ingenios que enriquecieron la literatura poética, además de los dos mencionados polígrafos.

La Oratoria y los géneros de la Prosa literaria tienen en esta época representantes muy estimables (sin contar, repetimos, con Varrón ni con Cicerón, de cuyos escritores nos ocupamos separadamente).

I).—Entre los PROSISTAS debemos hacer mención de los siguientes:

a).—*NIGIDIO FIGULO*.—Este docto polígrafo, de los tiempos de Cicerón fué un buen cultivador de la *gramática*, ó lo que es lo mismo, de la literatura; pero se hizo célebre principalmente en las ciencias naturales y matemáticas (en la zoología, en la meteorología y en la astronomía). Era sectario de la filosofía pitagórica, y de tendencias conservadoras en política, habiendo prestado grandes servicios á Cicerón contra Catilina. Su gusto por las artes mágicas (astrología) le impidió tal vez ejercer gran influencia, habiendo venido también á eclipsar su ciencia y su erudición la espléndida y prodigiosa de M. Terencio Varrón. Los numerosos escritos de este atrevido pensador han perecido casi, siéndonos únicamente conocidos algunos pasajes citados por Gelio y por algunos otros eruditos de la antigüedad. Entre los títulos de sus obras, encontramos

mencionadas las siguientes: *De sphaera græcanica*, *De animalibus*, *De hominum naturalibus*, *De ventis*, *De Diis*, *De anguriis*, etc. (1)

b).—*Los Oradores*.—La serie de continuas revoluciones, que siguieron agitando la República en las postrimerías de su existencia, fueron eminentemente favorables para la elocuencia. Casi todos los hombres políticos de esta época fueron oradores notables; pero el más reputado de los que figuraron en el partido de los optimates fué Q. HORTENSIO HORTALO, rival y amigo de Cicerón. Nació siete años antes que él, en 640, y murió en el año 704. El uno y el otro fueron considerados por sus contemporáneos como las dos glorias de la tribuna romana. Hortensio procedía de una familia plebeya. Militó como simple soldado, y después como tribuno militar, en la guerra de los aliados. Su talento y su arrebatadora elocuencia lo fueron elevando sucesivamente á todas las altas dignidades de la R. P. hasta llegar al consulado y al venerado Colegio de los Augures. Llegó á adquirir una inmensa fortuna que le permitió vivir con verdadero sibaritismo. Legó á la posteridad su gran fama de orador; pero su reputación moral no quedó á la altura de la de su reconocido talento, pues se le acusaba no sólo de recibir presentes de sus clientes, sino de tener el hábito indisculpable de corromper á los jueces. Las condiciones que le realzaron como orador no podemos nosotros apreciarlas, porque sus arengas no han llegado hasta nosotros; pero su noble émulo M. Tulio Cicerón las dejó consignadas en la obra, ya antes citada, de *Los ilustres oradores*. «La naturaleza, dice, le había dotado de una memoria tan prodigiosa, que no solo le era innecesario escribir un discurso que ya hubiera meditado, sino que, después de perorar su adversario, repetía palabra por palabra cuanto había dicho y alegado contra él. Era su actividad infatigable: ni un solo día dejaba de hablar en el foro ó de prepararse para comparecer en él al día siguiente. Era admirable sobre todo en el arte de dividir su materia y en el de hacer luminosos resúmenes, así de sus discursos como de los razonamientos de la parte contraria. Su dicción era noble; rica y elegante; su voz

(1) M. Herté, De P. Nigidii Figuli studiis atque operibus.—Klein y Frey, *Questiones Nigidianæ*.—A. Breyssig, de N. F. fragmentis... servatis, Berlin, 1854.

conmovera; sus maneras oratorias inimitables. A este arte superior de su declamación oratoria parece que debió en gran parte su celebridad, pues el mismo M. Tulio añade: que gustaba más oírle que leerle: *dicebat melius quam scripsit*. Desplegó además una gran actividad literaria fuera de su vida forense: pues, aparte de sus discursos, publicó *Anales*, *Poesías eróticas* y un *Tratado general del Arte oratorio*. (1)

Pueden citarse también como oradores de este período pertenecientes al bando de los óptimates, al triunviro M. Licinio Craso, á L. Licinio Lúculo, á M. Pupio Pisón, á Gn. Pompeyo Magno y á algunos otros.

c).—*Los Historiógrafos*.—En el dominio de la Historiografía, uno de los más activos contemporáneos de Cicerón fué su amigo T. POMPONIO ÁTICO (645-722) quien se hizo notar sobre todo por sus *Anales*: historia romana ordenada bajo un plan sincronístico. Pueden citarse además á Procilio, Hortensio, Luceio, Sulpicio, L. Tuberón y otros historiadores menos importantes. (2)

Otros escritores latinos se consagraron en este tiempo á escribir ó, más propiamente, á traducir algunos tratados filosóficos, bajo una forma popular. Fueron en este sentido Amafinio, Rabino y Casio los predecesores de Cicerón: con la diferencia de que estos primeros escritores latinos de filosofía se limitaron á las doctrinas epicúreas. Tenemos noticia de ellos sólo por las citas de Cicerón y de algunos otros escritores de la antigüedad.

La jurisprudencia comenzó en esta época á hacerse una ciencia independiente: y de ello era marcado sintoma su creciente desenvolvimiento y la indiferencia por la política, que se nota ya en algunos notables juriconsultos. Tal sucedió con el jurista C. Aquilio Galo, digno discípulo del pontífice Q. Escévoia bajo el punto de vista del valor moral. Su discípulo Ser. Sulpicio Rufo se distinguió por su universalidad y por su fecundidad. Hizose célebre por su talento oratorio y por su gran erudición y sobre todo por su ciencia jurídica. Sus numerosos escritos ejercieron una influencia considerable, y por largo tiempo, en el desenvolvimiento del Derecho. Deben mencionarse además entre los juriconsultos de esta época á P. Orbio y á Preciano.

(1) L. C. Luzac, De Q. Hortensio oratore Ciceronis æmulo.—Linsen, De H. orat. C. æmulo. Fragmentos en la colección citada de Meyer, Orat. rom.—En estas obras pueden estudiarse las circunstancias en que fueron pronunciados 28 discursos de Hortensio.

(2) J. H. Hullemann, Diatriba sobre T. Pomponio Ático.—G. Boissier, Cicerón y sus amigos.



POETAS DE ESTE PERÍODO. —Yá hemos dicho que deben colocarse en primer término á Varrón y á Cicerón, cuyos trabajos poéticos se incluyen en el examen general de todas sus composiciones literarias. Pero, fuera de estos dos grandes polígrafos, figuran como poetas de la época, el citado Hortensio, el poeta satírico L. Albuccio, el poeta didáctico Egnacio, Volumnio, Suetio y Ninnio Craso, de cuyos ensayos, así como de los del tardío imitador de la *palliata* Clodio, tenemos noticia por las citas de los gramáticos antiguos.

Pero el más digno de notarse es el caballero romano D. LABERIO, autor de las piececitas escénicas llamadas *mimos*. (1)

Yá apuntamos en otro lugar que la literatura dramática quedó desdeñada por los grandes escritores de la época; y gracias á que los grandes actores Roscio y Esopo prestaron con su habilidad artística nueva vida al repertorio antiguo. Al juguete cómico denominado *Mimo* se limitó la literatura original escénica de la época.

Recuérdese lo que dijimos en la *Parte general* acerca de la naturaleza de esta breve farsa cómica en los primitivos tiempos. Ahora bien, desde esta época alcanzó el tal espectáculo cómico un desenvolvimiento literario muy estimable, merced al ingenio de sus nuevos cultivadores. En efecto, los *mimos* habían sido unas farsas groseras para divertir al populacho; representaciones cómico burlescas, casi improvisadas, de los caracteres y tipos más ridículos de las infimas clases de la sociedad. No había en estas piezas ni plan, ni verosimilitud, ni enlace: no eran más que unas escenas sueltas en las que se ridiculizaba un carácter principal colocado en diversas situaciones. Este carácter, confiado á un personaje, á quien se daba con preferencia el título de *actor*, pintábase con rasgos excesivamente enérgicos, más propios para arrancar risotadas á los espectadores que para recrear sus espíritus. Por lo demás el poeta no presentaba sino un ligero bosquejo del cuadro, el resumen del papel; los detalles eran suplidos por los actores, quienes, improvisando, se abandonaban á su natural inspiración. El autor mismo de la pieza se encargaba con frecuencia del papel principal: por esta razón muy rara vez fueron los *mimos* compuestos por hombres libres.

Antes de comenzar la acción, el autor exponía en un prólogo el asunto de la piececita que se iba á representar, á fin de hacer tolerable al auditorio el pasarse sin una exposición regular y para que pudiera comprender lo que imperfectamente se indicaba en aquellas representaciones con las palabras y los gestos de los interlocutores. El público, por lo demás, no se inquietaba esperando un desenlace razonable en aquellas delirantes intrigas. Cuando el autor no sabía cómo salir del atolladero en que se había metido, tomaba las de *Villadiego*, se *levantaba* el telón y comenzaba una

(1) Gryssar, *Del Mimo romano*.—Ziegler, *De Mimis romanorum*.

nueva pieza. El estilo de los *mimos* era innoble, bajo y lleno de locuciones viciosas, imitando el innoble lenguaje del populacho. En la época, que estudiamos, se hizo el mimo una composición dramática más regular y esmerada. Los mimógrafos no se contentaron, recreando al vulgo con inocentes bufonías, sino que pusieron en boca de sus personajes útiles verdades y bellas máximas; y hasta, usando de la libertad que permitía este género dramático, se permitían lanzar malignas alusiones aun á los jefes del Estado.

Castigó Laberio (1) en sus piezas, con una sátira mordaz, los vicios y las ridiculeces de sus contemporáneos. Había vivido hasta la edad de 60 años, irreprochable en sus costumbres y respetado por su carácter, entre las personas de su clase, cuando he aquí que, por un capricho del Dictador Julio César, se vió obligado el anciano Laberio á tomar parte en un certamen teatral, representando en persona uno de sus *mimos*. El oficio de cómico era mirado en Roma como deshonesto para un hombre libre, y sobre todo para un caballero. Laberio, como se veía precisado á hacer un papel indigno de su nacimiento, cediendo á las órdenes ineludibles del dictador, procuró justificar-se ante el pueblo en un prólogo, que puede considerarse como uno de los bellos monumentos de la literatura antigua. Macrobio, que nos ha conservado esta anécdota y el prólogo, añade que Laberio para vengar el ultraje, que se había inferido á su ancianidad, insertó intencionadamente en el cuerpo de la obra algunas sátiras picantes contra el dictador. Una esclava maltratada por su dueño, exclamaba: *¡Oh Romanos, hemos perdido la libertad!* En otro pasaje al decir: *«Es necesario que tema á la muchedumbre, el mismo que la aterra!.....»*

*Necesse est multos timeat, qui multi timeant.....*

súbitamente todas las miradas se volvieron hacia el banco del dictador. Fuera venganza ó justicia, Julio César adjudicó el premio en el certamen á P. Siro, rival de Laberio; pero queriendo restituirlo á la cualidad de caballero, que le había hecho perder, le remitió un anillo de oro y le invitó á tomar asiento entre los espectadores de su clase. Mas los caballeros de tal manera se extendieron en sus gradas, que fué imposible á Laberio encontrar en ellas

---

(1) Las composiciones de Laberio fueron muy celebradas en la antigüedad. Así dice de ellas Horacio.

*«Et Laberi mimos, et pulchra poemata miror.»*

lugar en que verificarlo. Cicerón, que se hallaba en el sitio de los senadores, al ver la situación embarazosa de Laberio, le dijo: *«de buen grado te ofrecería un asiento, si estuviésemos menos estrechos.»* *«Admirome de ello, replicó el poeta, porque tú tienes por costumbre ocupar siempre dos;»* aludiendo al carácter equívoco de Cicerón, que había querido conservarse amigo de Pompeyo sin malquistarse con César. (1)

El mimógrafo Q. Laberio fué imitado por Bibáculo de Cremona, quien escribió además epigramas picarescos dirigidos contra los monarquistas.

(1) Los fragmentos de Liberio que se conservan, se encuentran en las Colecciones varias veces citadas de Bothe y de Ribbeck.

## LECCION 21.

### M. Tulio Cicerón.

M. Tulio Cicerón, su vida y su carácter. Cicerón considerado como hombre de ciencia.—Biblioteca ciceroniana.—Renombre de Cicerón en la posteridad: los Ciceronianos. Trabajos y notables publicaciones de nuestra época acerca de la literatura ciceroniana, en general.

CICERÓN: *Su biografía, (1) su carácter.*—El príncipe de la Oratoria latina M. Tulio Cicerón nació en Arpino, villa municipal del Lacio y patria de Mario, en el día 3 de Enero del año 648 de Roma (un siglo próximamente a. de J. C.).—Su familia, aunque rica y perteneciente al orden ecuestre, había vivido siempre en la obscuridad, sin haber aspirado jamás á los cargos públicos. El primero de los Tulios que demandó sus sufragios al pueblo fué nuestro gran tribuno: pudo, por lo tanto ser en su época calificado, como lo fué en efecto, de «hombre nuevo» en el sentido que se daba este término.

M. Tulio y su hermano Quinto recibieron desde sus primeros años una educación esmeradísima bajo la dirección de su padre y de su abuelo, dos hombres de gran saber y de noble carácter. Muy jóvenes aún, fueron enviados á Roma, y en la casa de su tío materno C. Aculeo, jurisconsulto muy estimado, empezaron su instrucción literaria y científica. El poeta griego Arquias inició á Cicerón en la poesía y en la literatura de la clásica Grecia, habiendo sido para él bastante fecunda esta enseñanza, pues en esta primera época de su vida fué cuando escribió algunos opúsculos poéticos que eran leídos con gusto en la antigüedad, entre otros un pequeño poema mitológico titulado *Poulius Glancus* (la metamorfosis

(1) *Sobre su vida.* La Biografía de Plutarco; y las sig. biogr. modernas: Con. Middleton, Historia de Cicerón (en inglés), 4 vol. que han sido trad. al castellano por D. José Nicolás de Azara, Madrid, 1804;—Vita C. auctore Metoroto, Berlin: 1783;—Suringar, M. Tullii C. comm. rerum suarum, seu de vita sua. Lugd. Batav. 1854;—W. Forsyth, Vida de M. T. C., Londres, 1864;—G. Boissier, Cicerón y sus amigos, Paris, 1864.



del pescador Glauco en deidad marina); otro de asunto histórico titulado *Marius*, en honor de su afamado compatriota; y además tradujo en verso algunos trozos de Homero y de los trágicos griegos, y los *Fenómenos* de Arato. De la prosa literaria griega hizo también más adelante algunas versiones, entre otras la de las *Económicas* de Jenofonte, de las *oraciones* de Demóstenes y de Esquines «*Sobre la Corona*,» y de algunos *Diálogos* de Platón. (1)

Empezóse á iniciar en el conocimiento del derecho y en la práctica del foro, á cuya carrera se sentía impulsado por una vocación irresistible, bajo la protección y guía de los juriconsultos y oradores que gozaban á la sazón en Roma de más reputación y nombradía: de los oradores L. Craso y M. Antonio y de los eminentes juriconsultos P. y Q. Mucio Escévola, el augur y el gran pontifice. Su primer ensayo de oratoria forense no pudo, sin embargo, verificarlo hasta la edad de 27 ó 28 años: pues como todos los jóvenes romanos de su época vióse obligado á tomar las armas, habiendo militado en la *guerra de los aliados* bajo las órdenes de Gn. Pompeyo Estrabón, padre del gran Pompeyo: así como más adelante bajo las de Sila, que á poco se apoderó de la dictadura. En la sangrienta lucha de este último con Mario permaneció neutral M. Tulio, dedicándose en aquellos días luctuosos de la República á perfeccionar su educación filosófica y literaria, aprovechando los consejos y sabias lecciones de notables retóricos y filósofos griegos refugiados por aquel tiempo en la metrópoli, á consecuencia de la guerra de Mitrídates. Ya antes había recibido algunas nociones de filosofía del epicúreo Fedro; pero ahora se dedicó con ardor á esta ciencia, entusiasmado con las doctas lecciones del académico Filón de Larissa, á quien, según propia confesión, debió en gran parte, y más que á sus maestros de retórica, la gloria que llegó á alcanzar como orador. En la doctrina estoica le impuso el filósofo Diodoto, que vivió y murió en la casa de Cicerón. Como maestros de retórica tuvo al renombrado Elio Estilón y más tarde al célebre Molón de Rhodas, quien, por una circunstancia fortuita, residió por algún tiempo en Roma, gestionando asuntos de su patria.

(1) *Patin*: Estudios sobre la Poesía latina, II, 415.—En esta obra hace el gran latinista francés un precioso examen crítico de Cicerón y de Varón considerados como poetas.—Otros estudios: *Faguet*, De poeica M. T. C. facultate;—y *V. Clavel*, De M. T. Cicerone græcorum interprete.—Los fragmentos en la *Colección de V. Lecerc*.

Siendo ya Sila dictador, pronunció Cicerón su primera defensa en el foro, abogando por un tal P. Quincio; y á pesar de tener la parte contraria por patrono al eminente orador Hortensio, y de contar con influencia poderosa y con gran fortuna, el novel defensor salió victorioso de su primer ensayo, obteniendo un segundo y mayor triunfo en el año siguiente en que tomó á su cargo el perorar por P. Roscio Amerino, inicuaente despojado de sus bienes y acusado de parricidio por un favorito de Sila.—El foro era el lugar donde á la sazón se daban á conocer los hombres que más tarde aspiraban á figurar en la vida pública. Como cualquier proceso, por insignificante que fuera, podía relacionarse bajo cualquier aspecto con la cosa política, los oradores utilizaban esta circunstancia para exponer sus principios, para desplegar, como si dijéramos, su bandera. El joven orador M. Tulio parece que aprovechó sus primeras defensas para colocarse en la oposición, permitiéndose algunas elocuentes frases de protesta contra las miserias y calamidades políticas de la época, que fueron ávidamente acogidas por el público. Ora por reparar su salud debilitada por el asiduo trabajo y el estudio, ó quizás porque creyera prudente sustraerse á los peligros de su triunfo, ello es que se decidió á salir de Roma y de la Italia; y que, desde los años 675 al 77, estuvo viajando por la Grecia y el Asia menor, habiéndole proporcionado esta expedición la ocasión de trabar en Atenas íntima amistad con el confidente ya de toda su vida T. Pomponio Ático y de oír en aquel centro del saber al filósofo académico Antíoco, al retórico Demetrio de Creta y á otros maestros de gran fama; así como en Rodas escuchó nuevamente las lecciones de Molón y del renombrado estóico Posidonio. Muerto Sila, y restaurado Cicerón de ánimo y de cuerpo, regresó á Roma, y desde esta fecha comenzó verdaderamente su azarosa vida política.

En el año 677 fué elegido cuestor de Lilybéa, en Sicilia, habiendo dejado por su honrada y hábil administración tan grato recuerdo en el país, que los sicilianos decidieron más adelante confiarle la famosa acusación contra Verres. En el año 682 obtuvo, patrocinado por Pompeyo, el cargo de edil curul; y en 688 el de pretor urbano, en cuyo año subió por primera vez á la tribuna (*rostra*) para apoyar la famosa *rogación* de Manilio en favor de Pompeyo. Por últi-

fimo, favorecido por el mismo patricio, á quien antes había combatido ardorosamente, ascendió á la suprema dignidad del consulado. Cónsul, salvó á Roma amenazada por Catilina, y fué proclamado *Padre de la Patria*, habiéndole inspirado estos acontecimientos sus arengas más espléndidas y elocuentes. Pero los honores extraordinarios, que se le tributaron, la influencia inmensa que llegó á adquirir, el haberse declarado abiertamente en contra del jefe del partido plebeyo P. Clodio, acusado de sacrilegio, y las especiales condiciones de su carácter, todas estas cosas despertaron en sus enemigos el deseo de perderle. Los oligarcas Craso, César y Pompeyo creyeron conveniente por su parte anularle por entonces, y lo dejaron entregado á la venganza del ya tribuno Clodio, á instigación del cual se dictaron leyes en virtud de las que debía el ilustre tribuno sufrir el destierro y la confiscación de bienes. Salió de Roma el día 6 de Abril del año 696. Durante su ausencia su quinta fué saqueada, su casa de Roma demolida, y consagrado el lugar donde se encontraba situada, á la diosa de la Libertad.

Dirigióse directamente Cicerón á Tesalónica, y ya se preparaba á trasladarse á Cyrico, cuando sus amigos le advirtieron que no se alejase, por lo que decidió fijar su residencia en Dyrrachium. No soportó Cicerón su desgracia con gran fuerza de ánimo; antes por el contrario, se entregó al más profundo abatimiento, como puede juzgarse por las cartas que escribió durante esta época á sus correspondientes, y en particular á su esposa Terencia.

Por la activa gestión de sus amigos, y sobre todo por los esfuerzos del cónsul Léntulo Spinter y del tribuno L. Anneo Milón, le fué permitido tornar á Roma, habiendo recibido á su entrada una magnífica ovación. El foro y la curia dividieron por entonces toda su actividad. En el año 702 fué agregado al colegio de los augures; y, en el siguiente, fué enviado á la Cylizia, en calidad de procónsul, habiendo recobrado nueva fama y gran prestigio, tanto por su recta administración en aquella apartada provincia, como por los triunfos militares que alcanzó contra los Partos, y por los que le saludaron sus legiones con el título de *Imperator*.

Restituido á Roma, encontró ya trabada la funesta lucha entre César y Pompeyo, y colocado á este último á la cabeza del partido senatorial. Unos y otros se disputaron el sufragio de este hombre

importantísimo de la República; pero Cicerón, siempre vacilante, quiso captarse la benevolencia de los dos partidos, consiguiendo tan sólo hacerse á todos sospechoso. Viéndose, por último, obligado á declararse, se inclinó al lado de su antiguo favorecedor; pero sin ilusión y sin esperanza. Trasladóse al campamento de Pompeyo en Dyrrachium; y, aún allí, dió nuevas muestras de su característica irresolución, fingiéndose enfermo, por no asistir á la batalla de Farsalia. El triunfo de César lo relegó nuevamente á la sombra; y desde Septiembre del año 706 hasta el mismo mes del año siguiente, permaneció en Brindis. El generoso vencedor le invitó á volver á Roma, habiendo pronunciado entonces alabanzas del omnipotente dictador, que sirvieron tan sólo para rebajar su dignidad; pues, á pesar de su extraña complacencia, vivió, durante la suprema dominación de César, ó sea en los años 708 y 709, enteramente olvidado en su retiro de *Tusculum* donde se entregó por completo al estudio. Este memorable bienio, de obligado ocio para aquel hombre de estado, fué de gran fruto y de inmensa gloria para las letras romanas: pues entonces escribió el mayor número de los preciosos estudios filosóficos, literarios y políticos, que al par de sus arengas, han inmortalizado su nombre.

Las circunstancias políticas le arrancaron de nuevo, y en mal hora, de aquella dulce soledad y de las tranquilas meditaciones filosóficas en que había encontrado el eficaz lenitivo y consuelo de sus grandes amarguras. Engolfóse de nuevo en el revuelto mar de la política, después de la muerte del dictador, navegando siempre con aquel rumbo incierto que hizo de él un político desdichado, á pesar de su vasta inteligencia, de su nativa probidad, y de su sincero patriotismo. ¡El hombre que había quemado, ha ía poco, incienso en los altares de César, según queda dicho, tuvo la flaqueza, ó el error inconcebible, de aprobar aquel tremendo crimen, considerando la muerte *del tirano* como un beneficio de los dioses tutelares de la República!.... Quizá abrigó entonces la halagüeña esperanza de recobrar su perdida importancia política; pero bien pronto recogió el último amargo fruto de sus continuas oscilaciones. Como se veía desestimado de sus antiguos amigos (pues Bruto y Casio para nada le consultaban, ni seguían su consejo) ofreció su apoyo al heredero de César, al falaz joven Octavio, queriendo de algún



modo oponerse á los planes del ambicioso M. Antonio. Entonces pronunció contra éste en el Senado aquellas ardentísimas *filípicas* que costaron al ilustre tribuno la vida. Proscrito por el segundo triunvirato, y abandonado por último al odio del implacable M. Antonio, fué vilmente asesinado por los satélites encargados de su muerte, á la cabeza de los cuales venía un miserable llamado Pomilio Lenas, á quien el elocuente orador había salvado en otro tiempo de la última pena. Así pereció este grande hombre, á la edad de 64 años, en el día 7 de Diciembre del año 711. Su cabeza y sus manos fueron llevadas á M. Antonio, quien las hizo exponer en la tribuna de las arengas.

Añadamos á esta rápida biografía algunos pormenores de su vida privada que nos acabarán de hacer comprender las condiciones especiales de carácter del gran orador. M. Tulio tuvo dos mujeres: de su primera esposa Terencia le nació su hijo Marco, y su querida hija Tulia, cuya prematura muerte dejó profundamente lastimado su corazón. Era su amada hija «la luz de sus ojos,» y con tal vehemencia la adoraba que repudió á su primera mujer, tal vez por disidencias relacionadas con el casamiento de la hija; y á su segunda esposa Publilia, que era joven y rica, por haberse regocijado de la muerte de su Tulia. En el régimen de su vida era Cicerón sobrio, ordenado y de puras costumbres; apasionado de la ciencia y de la gloria; infatigable para el estudio; de trato jovial y amable en la vida social; de sentimientos nobles y generosos, de gusto delicado, tierno y cariñoso en la intimidad de la familia, fiel para sus amigos y amante de su Patria. Sus desfallecimientos y lamentables oscilaciones quizá tienen explicación en aquella misma vehemencia de imaginación, en aquella sensibilidad viva y exquisita que por otro lado prestaban tanta vida y tan singular dulzura á las obras de su entendimiento. Cicerón era realmente un hombre de probidad: *vir bonus*, en el verdadero sentido de la palabra, pues generalmente no le llevaban á este ó al otro lado las meras sugerencias del interés personal. Cuéntase del emperador Octavio que en cierta ocasión sorprendió á un nieto suyo leyendo una obra de Cicerón; y que el joven, al verle, se turbó, y quiso ocultar el libro bajo la toga; pero que el César lo cogió, y, después de examinarlo, se lo desolvió, diciéndole: «Este era un hombre *elocuente*, hijo mío, y que *amaba*

cordialmente á su *Patria*.» Esta frase célebre resume perfectamente cuanto habia de más noble y elevado en el alma de Cicerón: la elocuencia y el patriotismo.

CICERÓN CONSIDERADO COMO HOMBRE DE CIENCIA.—Considerado ahora ya el eminente M. Tulio Cicerón meramente como hombre de ciencia, es preciso afirmar que si bien no fué un genio creador y verdaderamente original, poseía un talento superior, y un don admirable de asimilarse todos los conocimientos y elementos extraños; los cuales, después de sufrir el natural trabajo interior de su gran espíritu, eran expresados por él en una lengua límpida, hermosa, incomparable.—Abrió, por consecuencia, á la literatura latina dominios por ella hasta entonces inexplorados, viniendo á ser el creador de una prosa, que ha servido durante siglos de modelo, por su abundancia, por su rotundidad y por su conformidad con el genio de la lengua latina. Cicerón fué un verdadero polígrafo; pues, si bien hizo de la oratoria su carrera, y en ella desarrolló espléndida y maravillosamente las alas de su genio, apenas hubo ramo de la literatura que no fuera por él ensayado y con éxito brillante: poesía, historia, retórica, filosofía, religión, política, todo entró en el dominio de la literatura ciceroniana, amena, correcta y sin igual elegantísima. No obstante que los escritos de este literato insigne han sido de los más respetados por la posteridad, se han perdido algunos de ellos importantísimos, y gracias á que recientemente se ha descubierto alguna de las más preciadas joyas de su rica literatura, que se consideraba ya para siempre dolorosamente perdida.

BIBLIOTECA CICERONIANA.—Las obras de Cicerón, que se conservan, son: *Oraciones* efectivamente pronunciadas, ó solamente escritas;—*Escritos sobre el Arte de la Retórica*;—*Tratados ó composiciones filosóficas y políticas*;—y una interesante *Correspondencia epistolar*, que es preciosa fuente para el conocimiento cumplido de este gran escritor y de los personajes y sucesos más importantes con él relacionados.—Sus *Ensayos poéticos é históricos* al par que algunos discursos, cartas y escritos filosóficos se han perdido: algunos de valor inestimable.

RENOMBRE DE CICERÓN EN LA POSTERIDAD: LOS CICERONIANOS.—Los escritores casi contemporáneos de Cicerón, es decir los historiados

res del siglo de Augusto, guardaron respecto del insigne M. Tulio un silencio que sólo se explica por las relaciones del gran tribuno con Octavio. Tito Livio y Asinio Polión fueron, no obstante, excepción honrosísima, pues tributan al elocuente orador elogios, que no solamente fueron ratificados sino acrecentados en la edad posterior: en la cual los doctos rivalizan en prodigarle las mayores alabanzas: apellidándole «el mejor ciudadano y el primer orador de Roma,» aseverando que con sus escritos prestó más gloria á su patria que todos los capitanes con sus conquistas. Los Padres de la Iglesia leían y estudiaban con predilección las obras de Cicerón, en especial las filosóficas, siendo muy visible el esfuerzo de los más notables escritores sagrados, como Lactancio y San Jerónimo, por imitar la lengua y el noble estilo de Cicerón. En la época memorable del Renacimiento esta admiración y este anhelo por imitar la frase del gran orador romano se llevaron hasta la superstición y la idolatría, llegándose á afirmar por aquellos apasionadísimos *Ciceronianos*, á la cabeza de los cuales se hallaban el cardenal Bembo y su amigo Longolio, que sólo era digna de imitación y de ser considerada como clásica la latinidad ciceroniana. Contra esta opinión extremadamente exagerada, se levantó, el primero, el sabio Erasmo de Rotterdam, intentando reducir á justos límites aquella excesiva admiración, por más que él era adorador entusiasta del Príncipe de la oratoria latina. Al efecto, dió á luz un folleto con el título de *Ciceronianus, sive de optimo genere dicendi*, que levantó gran polvareda en el campo de los latinistas, habiendo escrito acre y violentamente contra él César Escaligero y Esteban Dolet, hasta que en esta famosa polémica concluyó por dominar la opinión más sensata, en gran parte por la palabra y respetable autoridad del docto humanista Mureto.

En nuestro siglo han consagrado sus vigilias al inmortal prosista latino multitud de sabios filólogos y esclarecidos latinistas: ora depurando los textos ciceronianos, ora restaurando preciosos palimpsestos, multiplicándose incesantemente en todas las naciones de Europa las ediciones de las obras de Cicerón, los escolios y aparatos críticos de antiguos y modernos, las claves ó diccionarios ciceronianos, y las traducciones más elegantes y esmeradas.

Vamos á proceder ahora al Estudio analítico y crítico de sus Discursos y Tratados literarios y filosóficos, Cartas, etc.; y, en cada uno de esos capítulos, apuntaremos las fuentes bibliográficas más curiosas y estimables que, aparte de las publicaciones ya indicadas, merecen ser examinadas, en caso necesario, por los que gusten estudiar á fondo la espléndida literatura ciceroniana.

---



## LECCIÓN 22.

### Discursos de Cicerón.

*Oraciones de Cicerón:* número de las que se conservan.—Su clasificación, *Discursos forenses:* su examen analítico.

LAS ORACIONES DE CICERÓN.—Cincuentisiete es el número de las oraciones ciceronianas que han llegado hasta nosotros: de las restantes que se escribieron, unas han sido en absoluto devoradas por el tiempo, de otras se han salvado exiguos fragmentos. Hemos dicho de las que fueron escritas, porque muchas de las arengas del famoso tribuno quedaron sin reproducir, así como algunas de las que poseemos jamás fueron pronunciadas, debiendo considerarse como memorias políticas ó alegatos jurídicos, aunque redactados en forma oratoria. (1)

*Su clasificación.*—Las oraciones de Cicerón tratan de asuntos públicos ó privados: habiendo sido pronunciadas unas ante el Senado (*ad Patres Conscriptos*); otras en los tribunales (*ad Judices*); otras ante el pueblo (*ad Quirites*). Cicerón, como casi todos los oradores de su tiempo, di<sup>f</sup>undía en sus escritos y en casi todos sus discursos su apasionado espíritu político; y además muchas de sus defensas ó acusaciones judiciales eran á la vez actos políticos: esto hace algo difícil la clasificación de sus arengas; pero, atendiendo á las materias sobre que versan, y al sitio en que fueron pronuncia-

(1) Probablemente no se llevaban preparados sino algunos puntos principales del discurso (los exordios y peroraciones, por ejemplo), y el resto se improvisaba. Aunque no faltaban entonces stenógrafos (*notarii*) capaces de escribir las oraciones que oían pronunciar, es de creer que la mayor parte de las arengas, sino todas, eran escritas con calma después de pronunciadas. Pudo, por lo tanto, nuestro tribuno corregir y reformar algo sus oraciones al reproducirlas en la escritura; pero dada la respetabilidad de este hombre público y la trascendencia que tenían sus palabras en la tribuna, es de presumir que no se alejaría mucho de las oraciones pronunciadas. Cabe pensar, por consiguiente, que en la colección oratoria de Cicerón poseemos un cuadro bastante fiel de su admirable elocuencia y de la impresión profunda que producía.

das, podemos dividir las en dos grupos: comprendiendo en el primero los *Discursos forenses* (acusaciones ó defensas judiciales),— y en el segundo grupo los *Discursos esencialmente políticos*.

DISCURSOS FORENSES.—En Roma no había *abogados*, propiamente hablando. La palabra *advocatus* designaba otra cosa muy distinta. Cualquier ciudadano podía acusar ó defender ante los tribunales al primero que se le presentaba. Si el asunto era de interés y ruidoso, y el orador conseguía por fortuna un triunfo, llamaba la atención, conquistábase popularidad, y comunmente se veía elevado, por este medio á los ambicionados cargos públicos. Tal aconteció con M. Tulio Cicerón. Veamos ahora cuales fueron sus discursos, de carácter judicial, designándolos por orden cronológico:

1).—*Pro Quintio*.—Pronunció este primer discurso en el juicio de una *litis* por usurpación de posesión, y obtuvo la victoria al frente de su rival Hortensio, en Septiembre del año 673 de Roma.

2).—*Pro Sex. Roscio Amerino*.—Esta oración fué pronunciada en el a. 674 en defensa de Roscio de Ameria, acusado de parricida. Yá indicamos en la biografía lo que hacía en este debate el caso más grave: el tener por verdadero adversario á un favorito del dictador Sila.

3).—*Pro Q. Roscio Comælo*.—Según la opinión general, se pronunció este discurso en el a. 678, defendiendo al actor cómico Roscio contra el cual se había entablado una acción por una suma de dinero. El demandante C. Fannio Chærea había confiado á Roscio un esclavo suyo para que lo instruyese en el arte del teatro, con la condición de que las ganancias, que prodújese el talento del esclavo, serían divididas después entre el amo y el profesor. Ahora bien, el siervo había sido asesinado por un tal Flavio, quien debía pagar una indemnización á Roscio y á Fannio. Trátase en el discurso de la distribución de este dinero.

4).—*Pro M. Tullio*.—Discurso pronunciado ante los *reciperatores*, en 682 ó 683, sosteniendo una querrela formulada por Tulio contra uno de sus vecinos, el veterano de Sila, P. Fabio, el cual había destruído una casa de campo del demandante, situada en el territorio de Thurio.

Llegamos al célebre proceso de *Verres*. Los sicilianos, á quienes Cicerón había dejado un grato recuerdo por su recta administración en la cuestura de Lilybéa, le encargaron la acusación de su pretor Verres, culpable de las vejaciones y crímenes más horrendos. Cicerón aceptó esta comisión, por todo extremo delicada y di-

fcil en aquellos momentos: como que la causa de Verres era á la sazón la de todo el omnipotente partido aristocrático. Y, además de que Verres contaba con gran número de «amigos», tal vez de cómplices, en el Senado, tenía por defensor al famoso orador Hortensio. La empresa, estaba, pues, erizada de graves dificultades. La primera que se le ofreció fué el habérsele disputado el derecho de acusar. Con este motivo pronunció la oración que lleva el título de

5).—*Divinatio (in Cœcilium)*.—En efecto, un tal Cecilio, cuestor que había sido de Verres, y siciliano de origen, pretendió llevar la palabra en esta causa en nombre de sus compatriotas; pero en realidad con el intento de hacerles traición. Contra este Q. Cecilio Niger pronunció M. Tulio la citada arenga, abogando el gran tribuno por que no se le desposeyera de la causa que los sicilianos habían confiado á su probidad y á su talento. Dase á esta oración el título de *Divinatio*, porque los jueces debían resolver, *adivinar*, digámoslo así, cual de los dos competidores era el más llamado á desempeñar cumplidamente las funciones de acusador. Cicerón adquirió el derecho de presentarse contra Hortensio como acusador de Verres. Vienen después las oraciones ó memorias conocidas con el nombre de *Verrinas*.

6-11).—Esta serie de discursos ó alegatos en contra de Verres (*In Verrem*) se divide en dos partes (ACCIONES), de las cuales sólo llegó á pronunciarse la primera como introducción á la demanda propiamente dicha. Propasiéronse los amigos de Verres dar largas á la causa hasta fin de año, época en que su defensor Hortensio, cónsul designado, debería entrar en funciones y buscar en el entretanto el medio de sobornar testigos y jueces, de hacer, en una palabra, el proceso imposible. Cicerón desbarató estas maniobras: partió para la Sicilia; reunió en cincuenta días abundantísima copia de irrecusables testimonios: y, provisto de las necesarias armas, pronunció la mencionada *primera acción* (ACTIO I), resultando una tan completa prueba de la culpabilidad del acusado, que tuvo éste que condenarse voluntariamente al destierro, no teniendo valor para aguardar el resultado del proceso. Los otros cinco discursos, que constituyen la *acción segunda* (ACTIO II), fueron escritos y publicados por Cicerón, después de la fuga de Verres. En el primer discurso ó memoria de esta segunda acción trátase de la juventud

de Verres y de las infamias cometidas por él en Roma durante su pretura, razón por la cual se titula esta oración *De pretura urbana*. En los cuatro discursos restantes se enumeran los crímenes cometidos por Verres en su pretura de Sicilia. En el titulado *De iurisdictione siciliensi* se refieren sus prevaricaciones en la administración de justicia;—en el que se denomina *De re frumentaria*, se enumeran sus robos y conclusiones en la percepción de los diezmos ó ingresos del Estado;—en el que lleva por título *De signis*, (de especial importancia para la historia del arte), relátanse los robos de estatuas y de preciosos objetos artísticos cometidos contra los particulares y contra los templos; en el último denominado *De suppliciis*, se narran en estilo conmovedor las tiránicas ejecuciones llevadas á cabo por orden del inicuo pretor. Jamás la vida privada y pública de un hombre se había visto interrogada, analizada, puesta en evidencia, con más habilidad ni con más calor y atrevimiento. Cicerón se propuso sin duda con la publicación de este alegato asestar un golpe de muerte á la clase senatorial, de la cual era por entonces enemigo, y sin duda el éxito debió exceder á sus esperanzas.

12).—*Pro Fonteio*.—Por una inconsecuencia, de que no debemos maravillarnos, Cicerón defendió al año siguiente á un pretor, probablemente tan culpable como Verres, el cual había gobernado durante tres años la Galia trasalpina. De esta oración no poseemos más que la última parte.

13).—*Pro Coecina*.—Oración verosimilmente pronunciada en el mismo año que la anterior. Trátase de un punto de derecho relativo á la materia de herencia.

14).—*De A. Clautio Habito ó Abito*.—Defensa de un reo acusado de envenenamiento. Esta oración y la anterior son muy interesantes para el estudio de las costumbres de la época.

15).—*Pro C. Rabirio*.—En el año 654 ó 655 de R. había sido asesinado un tribuno sedicioso por el partido del Senado. Treinta y seis años después, bajo el consulado de Cicerón, fué acusado C. Rabirio por otro tribuno (*causa perduellionis*) como cómplice de aquella muerte. Este proceso iba tácitamente dirigido contra el Senado, cuya autoridad se deseaba desprestigiar. Cicerón, que militaba ya en el campo aristocrático, y Hortensio, defendieron al reo, primero ante el tribunal de los *duumviros*, y después en apelación, ante el pueblo.

16).—*Pro L. Murena*.—Defensa del cónsul designado L. Licinio Murena, perseguido en virtud de la ley *Tullia, de ambitu*. Fué pronunciada esta oración en Noviembre del a. 691. Discurso poco convincente, pero que,



como obra de habilidad y de arte, se cita entre los mejores de Cicerón. Entre los contrarios el gran juriconsulto Ser. Sulpicio Rufo y el estóico Catón. Con tal motivo, lanza el orador algunas sátiras contra la jurisprudencia, y contra la severa doctrina del Pórtico: en verdad en él incomprensibles. En esta ocasión fué cuando Catón pronunció aquellas famosas palabras, que le atribuye Plutarco: «*Oh grandes dioses! ¡qué cónsul tan complaciente tenemos!*...

17).—*Pro P. Cornelio Sulla*.—Discurso pronunciado en 692, en favor de Sila acusado de complicidad en la conspiración de Catilina.

18).—Defensa del poeta griego Arquias (*Pro Archia*), maestro que había sido de Cicerón. Este famoso poeta de Antioquía había obtenido el *derecho cívico* en virtud de la ley *Plantia Papiria*: prerrogativa que le fué negada 27 años después por un tal Gracco. En esta bella oración ciceroniana es en la que se encuentra el magnífico elogio de la poesía y de las letras que goza de tanta celebridad. Fué recitada en el a. 693.

19).—*Pro Valerio Flacco*.—En esta arenga defendió Cicerón á uno de sus amigos y auxiliares en el descubrimiento de la conjuración de Catilina, acusado después en venganza por los partidarios del conspirador. Acusáronle del delito de concusión, en 695.

20).—*Pro Publio Sextio*.—Oración pronunciada, con feliz éxito, en defensa de su amigo Sextio, acusado por la facción de Clodio de haber sido el autor de un tumulto. Se tiene por una de las más brillantes arengas del ilustre orador. Pronuncióse en 698.

21).—(*Interrogatio*) in *P. Vatinius textem*.—Se refiere al proceso de Sextio en el que Vatinius figuró como testigo de cargo. Es una diatriba á que daban los antiguos el nombre de *interrogación*, á causa del frecuente empleo de esta figura.

22).—*Pro M. Celio Rufo*.—En favor de Celio Rufo acusado de violencia y de tentativa de asesinato. Esta oración ingeniosa, sazónada de chispeantes sátiras contra la querelante, la famosa Clodia, es de grande interés para la historia de las costumbres. En 698.

23).—*Pro L. (Cornelio) Balbo*.—Oración en pró del español Cornelio Balbo á quien querían negar el derecho de ciudadanía, que le había otorgado Pompeyo. En el mismo año que el anterior.

24).—*In L. (Calpurniano) Pisonem*.—Discurso en contra de L. Calpurnio Pison pronunciado en el año 699.—Esta oración ha llegado á nuestro tiempo muy mutilada.

25 y 26).—En el año 700 pronunció las oraciones *pro Gn. Plancio* y *pro C. Rabirio Posthumo*; la primera contestando á una acusación de corrupción contra Plancio; y la segunda en defensa del caballero Rabirio Posthumo, envuelto por sus conexiones con Gabinio en las acusaciones de traición y de concusión fulminadas contra este ex prócónsul de Syria.

27).—*Pro Marcello*.—Es esta arenga, pronunciada en el a. 708, una de las obras maestras de Cicerón. Viene á ser una súplica para que el Dictador permita volver del destierro á su antiguo adversario M. Claudio Marcelo.

28).—En el mismo año pronunció la famosa oración en defensa de Q. Ligario (*Pro Q. Ligario*), acusado por Q. Tubercón de haber hecho en África la guerra contra César. Es una pieza oratoria notable por lo vehemente y conmovedora.

29).—Debemos citar, por último, entre las arengas judiciales de M. Tulio su interesante oración en favor del rey armenio, Deyótaro (*pro rege Dejotaro*) acusado inicuaente por uno de su familia de haber querido atentar contra la vida de Julio César, durante la permanencia de este grande hombre en la corte del rey armenio. Esta oración fué pronunciada por el insigne tribuno, en el año 709, nó públicamente, sino en la misma mansión del Dictador, quien, conmovido por su elocuencia, absolvió inmediatamente al acusado.

---

## LECCIÓN 23.

### Continúa el estudio de la Oratoria ciceroniana.

*Arengas políticas de Cicerón: su análisis. Característica de la oratoria ciceroniana: comparación de Cicerón con Demóstenes.*

DISCURSOS POLÍTICOS.—Los discursos políticos de Cicerón son panegíricos ó inectivas; más bien modelos del género demostrativo que no del género deliberativo: y es, porque en las arengas de Cicerón, se revela, como dice Rousseau, más bien el genio del abogado sin rival que el del hombre de estado: el orador judicial aparece siempre, aun en el orador político. No quiere decir esto que no fuera M. Tulio un verdadero hombre de estado y un gran tribuno; sino que le faltó algo para ser tan grande, hablando en el Senado ó sobre los *rostrós*, como Fericles y Demóstenes, arengando á los atenienses en la tribuna del Pnyx.

De los primeros discursos políticos de Cicerón se conservan los siguientes:

1).—*Pro lege Manilia sive de imperio Cn. Pompei.*—Arenga pronunciada en el a. 688 por Cicerón, entonces pretor, para sostener la *rogación* hecha por el tribuno Manilio, en virtud de la cual debían conferirse á Pompeyo, encargado á la sazón de la guerra marítima, poderes extraordinarios y el supremo mando de todos los ejércitos romanos de Oriente para acabar de someter á Mitrídates. Tuvo Cicerón en Catulo y en Hortensio dos enemigos formidables: como que comprendían cuán peligroso era en una República el declarar á la faz del pueblo, que un solo hombre podía sostener su gloria, y el investirle de una autoridad que le colocaba por cima de las leyes. Cicerón refutó esta opinión prudente y patriótica, con argumentos de una debilidad deplorable; pero, á parte de este lado débil de la arenga, es preciso admirar la brillantísima acabada exposición que hace del estado de Asia en aquellas críticas circuns-

tancias, de los intereses de todo género que apremiaban la pronta terminación de la guerra, y hasta el mismo espléndido panegírico de Pompeyo, que ocupa la mayor parte del discurso.—Esta arenga fué la primera que pronunció Cicerón en la tribuna de los *rostris*.

De las oraciones políticas, que pronunció en el año de su célebre consulado, poseemos las que siguen:

2—4).—*De lege agraria in P. Servilium Rullum*.—Tres discursos contra el proyecto de ley agraria presentado por el tribuno P. Servilio Rulo. En virtud de esta ley, los dominios del Estado debían enajenarse en provecho del pueblo. Propúsole el mencionado tribuno, unos cuantos días antes de entrar Cicerón en funciones como cónsul. La proposición era en aquellos momentos á todas luces prudente, política y útil al Estado, y además fundada en derecho; pero las disposiciones orgánicas, para llevar á cabo aquel patriótico pensamiento, eran malas ó impracticables. En efecto, el arrojar fuera de Roma á la turba mísera y peligrosa de plebeyos vagabundos, que vivía de viles industrias, de las distribuciones de grano y de la venta de sus sufragios, era de reconocida oportunidad; convenía, puesto que el inmenso *ager publicus* era más que bastante para mantener aquellas numerosas masas indigentes, que se las diseminara en diversas colonias de Italia. Empero para la distribución de los terrenos públicos se presentaban graves dificultades que Rulo y sus amigos no supieron conjurar. Proponían ellos el establecimiento de un decenvirato, con poder absoluto, durante cinco años, sobre todos los dominios de la República: estos decenviros debían hacer el reparto como juzgasen más conveniente, vendiendo, comprando, indemnizando á su arbitrio; en una palabra, disponiendo, como verdaderos dueños, de la riqueza pública. Esta parte de la ley era la vulnerable, y Cicerón la atacó con enérgica vehemencia, bajo el punto de vista democrático: cosa que se hacía tanto más fácil cuanto que Rulo y sus parientes se habían influido torpemente en el número de los decenviros, lo que daba al proyecto una marcada apariencia de conatos de medro personal y de usurpación de los derechos del Estado. Cicerón pronunció en el Senado la primera de estas oraciones (de la cual no conocemos más que el final) en primero de Enero del a. 691, en el mismo día en que tomó posesión del consulado. La segunda y la tercera arenga fueron pro-



lanciadas ante el Pueblo. Rulo retiró su proyecto de ley sobre el cual no llegó á recaer votación.

5—8).—Las *Catilinarias* (ORATIONES IN L. CATILINAM) son más conocidas. Sabido es que estas cuatro fogosas arengas fueron pronunciadas por el ilustre cónsul con motivo de la célebre conjuración de Catilina. La primera catilinaria, cuyo vehemente exordio *Quosque tandem, Catilina.....* etc., citan los retóricos como modelo incomparable de los de su género, es en efecto una explosión magnífica y valiente de la indignación y del desprecio. Pero si bien es una obra admirable de elocuencia, no puede estimarse del mismo modo bajo el punto de vista político. ¿Á qué conduce decir un supremo Magistrado á un conspirador que sus planes están descubiertos, que se le vigila, que se sabe todo lo que hace, y todo cuanto proyecta? Cicerón, hombre de ardiente imaginación y de viva sensibilidad, no pudo sin duda reprimir su cólera ante la gran audacia de Catilina, presentándose en el Senado en aquella sesión solemne y extraordinaria en que se iba á dar cuenta de la tremenda conjuración y de los graves peligros que amenazaban á la República.

Esta *primera arenga contra Catilina* fué pronunciada en el día 8 de Noviembre.—Al día siguiente pronunció el elocuente tribuno la *segunda*, dando cuenta al pueblo de la sesión del Senado y de haber salido Catilina de Roma. Á los pocos días el diligente cónsul descubrió uno de los más importantes hilos de la vasta conspiración; y, por consecuencia de ello, en la noche del 2 al 4 de Diciembre, fueron reducidos á prisión los diputados de los Alóbroges, que se habían dejado comprometer por el pretor P. Cornelio Léntulo. Á la mañana del día siguiente, reunió Cicerón al Senado en el templo de la Concordia y le votaron señalados honores por haber salvado la patria. Por la noche pronunció ante el pueblo la *tercera arenga*, dando cuenta de los sucesos.—La *cuarta catilinaria*, que es de todas la más notable, fué pronunciada, el día 5, ante el Senado en el templo de Júpiter Stator, al discutirse en aquella sesión memorable lo que había de hacerse de los conjurados reducidos á prisión. Cicerón, no sin algún escrúpulo, se declaró al fin de la opinión de Silano y de Catón, que fué la de la mayoría; y los conjurados fueron condenados á muerte, sin hacerles comparecer ante el Pueblo. Ya sabemos que esta infracción de la ley sirvió de pretexto á Clodio, mas adelante, para pedir su expulsión de Roma.

Después de su célebre destierro, pronunció el gran tribuno las siguientes arengas:

9.—12.)—Primeramente los cuatros discursos que los gramáticos intitu-

lan. *Orationes post reditum*.—Cada una de cuyas oraciones lleva un título particular alusivo á su asunto: así, pues, la que pronunció, dando gracias al Senado, lleva por epígrafe *Oratio cum Senatui gratias egit*; otra, expresando su reconocimiento ante el Pueblo, *Oratio cum Populo gratias egit*; y una tercera, destinada á probar que la consagración al culto que se había hecho del sitio en que se levantaba su morada no tenía ningún valor, y por lo tanto que le debía ser devuelta, es conocida con el título de *Oratio de domo sua ad Pontifices*. Estos tres discursos fueron pronunciados en el mes de Septiembre del a. 697. En el año siguiente pronunció el cuarto que se titula *Aruspicum responsio*, que trata de la denuncia ó respuesta de los arúspices «que las cosas sagradas se veían menospreciadas;» respuesta que Clodio interpretaba como refiriéndose á la reconstrucción hecha por Cicerón; y este afirmando que iba contra Clodio.

13).—Á fines de Mayo del propio año 698, pronunció la oración que se conoce entre los doctos con la denominación de *Oratio de Proviñtijs consularibus*. El discurso relativo á las *Proviñcias consulares* es un triste monumento de la inconsecuencia de Cicerón. Hállase esta arenga dividida en dos partes: en la primera aboga porque Gabiñio y Pisón sean separados del gobierno de sus provincias (la Macedonia y la Siria);—en la parte segunda combate á los oradores que se oponen á que César siga en el mando de las Galias.—¿Por qué separar á los primeros? porque no son hombres de bien. ¿Por qué prorrogar los poderes de César? porque es un grande hombre. El mismo modo de raciocinar que empleó en la otra ocasión á favor de Pompeyo.

14.—En el año 702 pronunció la renombrada arenga en favor de Milón (*pro Milone*). Esta pieza oratoria tal como salió de los labios de Cicerón no la poseemos nosotros; pero del modo que la conocemos, esmeradamente retocada por el gran tribuno, es una obra maestra de elocuencia. En este discurso pretende probar que el homicidio de Clodio, por el que era acusado Milón, había sido perpetrado en justa defensa; para lo cual hace una exposición y narración brillantes de las circunstancias del accidente, así como de la conducta irreprochable de su cliente y de la vida llena de vicios y de escándalos del desgraciado demagogo cuya muerte considera un bien para la Sociedad.—En este alegato calentaba sin duda el corazón del defensor el recuerdo de sus pasadas persecuciones políticas.

15—28.—Llegamos, por último, á las catorce oraciones *Antonianas* (*XIV Orationes in M. Antonium*) denominadas también *Filípicas*, á ejemplo del título que llevan las famosas arengas de Demóstenes contra Filipo, rey de Macedonia: piezas oratorias que

vinieron á formar en cierto modo la corona y el triunfo de la elocuencia ciceroniana. Todas ellas pertenecen al intervalo de tiempo que separa la muerte de César de la batalla de Módena: es decir, desde el 2 de Septiembre del año 710 hasta fines de Mayo del 711 de R. Parte de ellas fueron pronunciadas ante el Senado, y las otras ante el Pueblo, con el patriótico intento de prevenirle, y desbaratar los peligrosos planes del ambicioso M. Antonio, presentándole como el más funesto enemigo de la República; pero, en verdad, si en estas elocuentes arengas se mostraba ardentísimo el celo del tribuno por la conservación de la antigua constitución romana, viendo de buena fe en ello la salud de la Patria, no menos le agujoneaba el odio, sin duda merecido, contra Antonio. La más brillante de las catorce arengas es la *segunda*, apellidada *divina* por Juvenal.

Veamos el asunto de cada una de ellas: el orador se propone en la *primera*, pronunciada en 2 de Septiembre del a. 710, excusarse del largo tiempo en que ha vivido alejado de la vida política y se lamenta del último discurso pronunciado contra él por «su amigo» M. Antonio. Este último, irritado contra Cicerón, pronunció, en el Senado, en 19 de Septiembre, una invectiva tremenda contra él, poniendo al descubierto toda la carrera política de Cicerón, á la sazón ausente. El tribuno le contestó con la elocuentísima *filípica segunda*, que Abeken y otros eruditos creen no fué discurso pronunciado, sino más bien un manifiesto político (escrito desde su quinta puteolana) para que circulase entre el público en forma de respuesta pronunciada en el Senado. La *tercera filípica*, del 20 de Diciembre, tuvo por objeto proponer al Senado que felicitase á Décimo Bruto y á Octavio, por su resistencia á M. Antonio; esta proposición, una vez aceptada, fué puesta en conocimiento del pueblo por el mismo Cicerón, en el mismo día, en el *cuarto discurso*. En la *quinta oración*, de 1.º de Enero del a. 711, propuso nuestro tribuno al Senado que se acordasen distinciones en honor de los enemigos de Antonio y que se declarase á este último enemigo de la República. El día 4 se tomó acuerdo sobre ella, el cual fué comunicado al pueblo por Cicerón, en otro discurso: la *sexta filípica*. La *séptima* fué pronunciada, á fines de Enero. Insiste de nuevo M. Tulio en la necesidad de declarar la guerra á Antonio. En la *octava*, de principios de Febrero, censura con calorosa vehemencia las semi-medidas que se habían adoptado, en vez de las enérgicas resoluciones por él preconizadas, y formula proposiciones positivas. En la *novena arenga*, siempre atacando á M. Antonio, pide honrosas distinciones para Servio Sulpicio. En la *décima* reclama que se sancionen de una vez las medidas tomadas por M. Bruto en Grecia y Macedonia. En la *undécima*, que es de mediados de Marzo, pide que la ejecución de Dolabela se confie á C. Cassio.

sin éxito.—En la *filípica duodécima* pretende Cicerón descargarse de toda responsabilidad en lo de haberse enviado una diputación á M. Antonio.—En el día 20 de Marzo, defiende su política belicosa contra la conciliadora y pacífica de M. Lépidio y de Mnnacio Planco.—Y finalmente, en el día 22 de Abril del a. 711 se oyó arengar por última vez á aquel coloso de la elocuencia, proponiendo una gran fiesta, en acción de gracias por los triunfos que se habían conseguido contra Antonio en el *Forum Gallorum*, y que se otorgasen los debidos honores á los generales victoriosos. (1)

CARACTERÍSTICA DE LA ORATORIA CICERONIANA: *comparación de Cicerón con Demóstenes*.—Quintiliano encierra en dos líneas de sus famosas *Instituciones* (XII, 11) el elogio de Cicerón como orador: «*Quantum poesis ab Homero et Virgilio, tantum fastigium accepit eloquentia á Demosthene atque Cicerone*». ¡Que más podía decir en su honor sino que lo que para la poesía Homero y Virgilio, fueron él y Demóstenes para la elocuencia! Sobre todo, si se tienen en cuenta los fines inmediatos de la Oratoria. Cicerón poseía en grado eminente todas las cualidades que constituyen al orador; movilidad extraordinaria de imaginación, sentimiento ardiente y espontáneo, memoria felicísima, riqueza espléndida de expresión y un estilo incomparable. A veces es tal la afluencia de su lenguaje que perjudica á la expresión, sirviéndole sólo para encubrir la flojedad de sus razonamientos. Pero en aquel lenguaje claro, escogido, puro, amplio, apropiado siempre al asunto, que recorría todo el diapason de la elocución con una facilidad asombrosa, desde la frase agraciada, galante ó epigramática hasta la severa expresión trágica, ¡qué magia tan encantadora! Además poseía una acción oratoria que arrebatava. En una palabra, Cicerón era el perfecto tipo del orador romano. Por esto es muy difícil apreciar su mérito, comparándole con el gran orador ateniense. Cada uno de estos dos insignes oradores poseía una elocuencia apropiada á las diversas condiciones de sus conciudadanos; no cabe exacto paralelo entre ambos. Al grave auditorio

(1) Además de las arengas ciceronianas, que acabamos de analizar, consérvanse fragmentos de unas 20, y tenemos noticia de otras 33, que fueron pronunciadas por Cicerón. A este número debe agregarse el de los elogios que publicó, aunque no pronunció: tales como el de César, el de Catón el Joven, y el de Porcia, hermana de Catón.—De los fragmentos antedichos pertenecen, los más importantes, á los discursos *Pro Cornelio*, á la *Oratio in toga candida* y á la *Pro Emilio Scauro*. Los fragmentos se encuentran todos reunidos en las ediciones completas de Nobbe, de Klotz, y de Baizer Kayser. Sobre los 33 discursos v. *Orelli*, IV, 2.



romano agradaban los periodos armoniosos y los movimientos hábilmente preparados: aquellas fieras asambleas sólo podían manejarse con atinadas precauciones oratorias; al pueblo ateniense por el contrario, le complacían los rasgos vivos y enérgicos: su genio voluble y caprichoso, su imaginación rápida y pronta iban siempre delante del orador. La enérgica concisión, la sencillez y la austeridad que caracterizan la elocuencia de Demóstenes, hacían de él el modelo del orador ateniense; como por su elocuencia abundante y numerosa fué Cicerón el príncipe de la tribuna romana. (1)

---

(1) Para el estudio de las Obras oratorias de Cicerón pueden leerse los textos en las *Colecciones de las Obras completas* y en las *especiales de los Discursos* que cita Teuffel en su H. de la Liter. romana. Y como provechosos auxiliares de este estudio, la traducción de las *Oraciones selectas de Cicerón por el P. Andrés de J. C.*, de las E. Pias, publicada en Madrid, 1776-81, 7 t., 12.<sup>o</sup> y la de las *Oraciones escogidas de M. T. C. por D. Rodrigo de Oviedo*, Catedrático de los R. E. de Madrid, 1808. Asimismo, son dignas de consulta las versiones é ilustraciones de las piezas oratorias en francés de los *Discursos escogidos por Gueroult*, y por *Henry*; y las alemanas de los *Discursos selectos por Wolf, Wendt y Jenicke*.— Sobre las ocasion.: y éxitos de los discursos de Cicerón léanse las disertaciones de *Brumann* y de *Lange*.— Son además muy interesantes los siguientes trabajos: *Candenbach*, De Cicerone oratore;— *A Haacke*, De dispositione orationum Ciceronis, — y el *Lexicon de los discursos de Cicerón*, de *Marguet* recientemente publicado en Jena. Sobre la autenticidad de algunos discursos de Cicerón se han suscitado polémicas entre los eruditos; de las cuales se hace cargo el sabio *J. Felix Bæhr* en su obra de Historia de la Literatura latina. En esta misma obra se hallan citadas multitud de tesis y de monografías relativas al asunto.

Allá por el año 41 de la era vulgar compuso el gramático *Q. Asconio Pediano*, natural de Pádua, unos comentarios sobre Cicerón. Algunos fragmentos de estos interesantes comentarios, más históricos que gramaticales, fueron descubiertos por el florentino *Poggio*, en 1416, en el concilio de Constanza, en un ms. de *S. Galo*, que se perdió luego; y se refieren á las *Verrinas*, á la defensa de *Milón*, de *Scæuro*, de *Cornelio* y poco más. *Ángel Mai* descubrió algunos otros escolios sobre varios discursos de Cicerón en las bibliotecas de Milán y del Vaticano.

## LECCIÓN 24.

### Obras retóricas de Cicerón.

Examen analítico de los tratados de Retórica de M. Tulio Cicerón.

Aunque M. Tulio Cicerón fué, en lo que concierne á la teoría del arte oratorio, un discípulo de los griegos, no guardan semejanza sus tratados sobre la materia con los de Aristóteles y de Platón, por más que visiblemente imita en algunas partes de los mismos á los dos eminentes filósofos de la Grecia. Cicerón más que un filósofo del arte, es un preceptista, en el rigoroso sentido de la palabra, que explica á sus compatriotas los romanos, aprovechando el rico tesoro de sus estudios y de su experiencia, la mejor y más hábil manera de ejercitar un arte que era por todos reconocido como útil. «Formar al orador romano», este es su propósito; no examinar el arte oratorio en sus principios, en su naturaleza, y en su fin. Veamos ahora qué escritos sobre Retórica llevan al frente el nombre del ilustre orador romano.

Sus más famosas obras sobre el arte oratorio son las que escribió después de los 50 años, cuando ya había hecho su gloriosa carrera en la tribuna. Estos principales tratados son: los *Tres libros acerca del orador*, dedicados á su hermano Quinto;—*el Bruto ó de los Oradores ilustres*;—y el que lleva por título *El Orador ó sobre el mejor modo de decir*.—Además de estas obras se conservan: unos apuntes, escritos en su juventud, que se intitulán *Retórica ó Sobre la Invención retórica*;—y dos últimos opúsculos suyos de menos importancia que los antes citados, que se denominan: *Los Tópicos y las Particiones oratorias*.

Á los anteriores escritos hay que añadir una especie de Prefacio que escribió para su traducción del *Discurso sobre la Corona*, que lleva por epígrafe: *Sobre el mejor género de elocuencia*.—Algunos le atribuyen también, aunque sin fundamento, otro tratado que fi-

gura en todas las ediciones de Cicerón: *La Retórica a Herenio*. Procedamos al análisis de cada uno de estos escritos.

1).—Hemos dicho que en su juventud escribió un manual que se intitula RHETORICA, SIVE DE INVENTIONE RHETORICA. Fué efectivamente escrito en 666, cuando contaba 20 años de edad. De los cuatro libros, de que debió componerse la obra sólo se conservan los que tratan de la materia del discurso, *De Inventione*, y por esto se les cita generalmente de este modo. Vienen á ser, á lo que parece, resúmenes ó extractos de las lecciones de Hermágoras y de Cornificio.

2).—Siguen á la *Rethorica*, en el orden cronológico, *los tres tratados*, que hemos señalado como más notables, escritos por Cicerón, después de haber alcanzado sus más brillantes triunfos oratorios.

a).—En el a. 699 compuso *Los tres libros acerca del orador*: (DE ORATORE LIBRI III).—Hállanse escritos en forma de diálogo. Supone Cicerón una conversación habida en Túsculo, en el a. 662, entre Q. Mucio Escévola, el augur, Craso, Antonio y otros varios, acerca de las condiciones y conocimientos que debe poseer el orador, y sobre el mejor método oratorio. Antonio, representante de la vieja escuela de Catón, sostiene que el orador se forma principalmente con la práctica. Craso, que representa la generación nueva, formada sobre el modelo de Escipión y de Lelio, sostiene, por el contrario, que el orador necesita de una cultura extensa, variada y profunda. Esta es al mismo tiempo la opinión de Cicerón. El orador, dice Craso, debe no solamente estudiar la retórica, sino también la filosofía, la historia, la política, la jurisprudencia y otras varias ciencias. La filosofía, sobre todo, le es indispensable. Este diálogo acerca de la cultura necesaria al orador, es el asunto del libro I. En el libro II se habla ya de la manera de tratar el asunto (de la *invención* y la *disposición*):—y en el último, de la forma del discurso y de la acción oratoria (de la *elocución* y de la *pronunciación*). Aunque en esta obra no encontramos el talento dramático de Platón en sus diálogos, debe, sin embargo, contarse, en el número de los más preciosos escritos de Cicerón, tanta por la riqueza del fondo, como por el esmero y delicadeza de la ejecución.

b).—BRUTUS, SIVE DE CLARIS ORATORIBUS.—Titúlase el segundo tratado *Bruto* ó *Historia de los ilustres oradores*; y es, con efecto,

una historia crítica de la Oratoria romana, precedida de una introducción sobre la elocuencia de los griegos. Compuso Cicerón esta obra en 708, un año después de la batalla de Farsalia, en los momentos de forzada desocupación á que le condenó la ruina de la libertad. Las primeras y las últimas páginas del *Brutus* están saturadas de un sentimiento de tristeza profundísimo. Reflexionando Cicerón el silencio á que se halla condenada la grandiosa tribuna romana, tiende una mirada melancólica hacia los tiempos felices en que la elocuencia, libre y poderosa, se enseñoreaba en el foro, en el Senado y ante los tribunales de justicia; y desde los primeros vagidos de la oratoria romana, va desenvolviendo sus progresos hasta llegar á las grandes expansiones de la elocuencia en el siglo VII; y, por último, llega á la época brillante del mismo Cicerón, en que Roma podía esperar que iba á arrancar á los griegos en este género la gloria de la superioridad; halagüeñas y nobles esperanzas que quedaban destruidas con el triunfo de la ilegalidad y de la violencia. Ya hemos dicho en otro lugar que en este hermoso opúsculo se contienen casi todas las noticias históricas que poseemos acerca de la elocuencia antigua, por donde puede avalorarse su grandísimo interés e importancia.

c).—ORATOR AD M. BRUTUM.—El *Orador*, dedicado á M. Bruto, siguió al libro de los Oradores ilustres. Esta bella obra, como dice oportunamente Teuffel, es el testamento oratorio de Cicerón. En ella traza con especial esmero, la figura de su orador ideal, quizás complaciéndose en dejar á la posteridad en ella su propio retrato. «El orador ha de ser ante todo un gran pensador adornado de todo linaje de conocimientos; debe hallarse sobre todo profundamente versado en la filosofía, fundamento el más firme y seguro de la elocuencia. Según la diversidad de los asuntos debe saber recorrer todos los tonos y todos los estilos: siendo en unas ocasiones sencillo, en otras templado y en otras sublime; y poseer en el más alto grado el talento de la invención, de la disposición, de la elocución y la pronunciación.» Á la elocución da Cicerón una preferencia quizás excesiva; pero no debemos maravillarnos de que este sublime artista de la palabra ensalce con especial complacencia la habilidad que en él es más relevante y á la que debió su principal gloria literaria.



Sus dos últimas obras de Retórica son mucho menos importantes, como ya queda dicho. Los Tópicos (*Topica*), hallanse dedicados á su amigo el jurisconsulto Trebacio, y fueron compuestos, en pocos días, y sin el auxilio de ninguna clase de libros, en la corta travesía que hay de Velia á Rhegium. Vienen á ser un resumen de los Tópicos de Aristóteles. Sabido es que los antiguos entendían por *Topica* el arte de encontrar argumentos para toda clase de cuestiones; (de *τοια*: lugares ó *lugares comunes*). Cicerón redactó este opúsculo el año antes de su muerte.

El diálogo sobre las particiones oratorias (*Partitiones oratoriæ*) fué escrito, (no se sabe la fecha con certeza) para el uso de su hijo Marco. Es un simple Manual de Retórica elemental.

El preámbulo *De optimo genere oratorum* para su traducción (perdida) de los Discursos de Demóstenes y de Esquines, acerca *De la Corona*, es una exposición del aticismo.

Para concluir este capítulo, vamos á decir algo sobre la llamada Retórica á Herennio (*Libri IV rhetoricorum ad C. Herennium*). En opinión de los Manucios, de Mureto, de Sigonio y de Turnebo, pertenece este opúsculo á Q. Cornificio; otros lo atribuyen á Tirón, libertó de Cicerón; otros á su hijo Marco; y algunos también al retórico Galión y á Virginio Rufo. Otras dos hipótesis han corrido en el campo de la erudición como más probables; la de Schütz, que cree ser esta composición del retórico M. Antonio Gnífon; y la de van Heusde, que juzga ser el autor Elio Estilón de quien fué discípulo M. Tulio. Mr. Leclere, en su docta disertación sobre este escrito, se pronuncia por la autenticidad.

Por lo demás en estos cuatro libros de *Herennio*, se expone en un estilo sencillo, sobrio y conciso, el Arte de la Retórica. Se usó mucho y gozó de gran importancia en la enseñanza escolar de los siglos medios; razón por la cual se posee mayor número de códices de este opúsculo que de las grandes obras retóricas de Cicerón. (1) Concluiremos este capítulo manifestando, con Fieker, que los

---

(1) Traducciones de las obras retóricas ciceronianas: la versión española de los *Tratados didácticos* de C. sobre la elocuencia recientemente publicada por la *Biblioteca clásica*. Debese esta versión al docto catedrático Sr. M. Pelayo. (Madrid, 1879); existe además otra traducción de *Los tres libros del Orador*, por C. Fernando Casas, impresa en Cádiz en 1841.—En las traducciones extranjeras de las Obras completas,

preceptos expuestos en estos diversos tratados no pueden tener cumplida aplicación á la elocuencia moderna, como preceptos de arte oratorio en general; más como medios de formar el estilo y como apreciable tesoro de noticias para bosquejar la historia de la elocuencia griega y romana, conservan y tendrán siempre un valor inapreciable.

---

mencionadas en otro lugar, figuran preciosas versiones de estos tratados: siendo además muy acreditadas las siguientes traducciones especiales: *Rhetorica*, por Moser, que figura en la colección de Metzler, de Prosistas romanos; la de los *Tres libros del Orador*, por Kühner; la del *Bruto*, por Mebold; y la del *Orador*, por Teuffel.— Tesis: *Jentsch*. Aristotelis ex arte rhetorica quid habeat Cicero.— *Klein*. De fontibus topicorum Ciceronis.— *Gierig*, Merito esthetic de lo: Libros del Orador, de Cicerón.— *La Harpe*, Curso de Literatura, II, 2.

## LECCIÓN 25.

### Obras filosóficas de Cicerón.

Carácter de la filosofía de Cicerón.—Divisiones que se han hecho de sus Obras filosóficas.—Examen analítico y crítico de las mismas.

En gran número vinieron á establecerse los filósofos griegos en la capital del mundo, en el último siglo de la República: todos los sistemas de la Grecia adquirieron en ella carta de naturaleza, aficionándose los más distinguidos romanos á su estudio, y adhiriéndose cada cual á la secta que armonizaba con las tendencias de su carácter. (1) Sus obras, sin embargo, no han llegado hasta nosotros y sus nombres se verían á perpetuidad envueltos en el olvido, si no los hubiera dejado consignados en sus escritos inmortales el más afamado de todos ellos, y el primero de los autores romanos que compuso en lengua nacional obras de Filosofía. Cicerón oyó las doctrinas de todas las escuelas, sin que pueda afirmarse que abrazó resueltamente ninguna de ellas. En sus primeros años tomó el estudio de esta noble ciencia como un medio de completar su educación oratoria, circunscribiendo sus estudios á los filósofos menos antiguos, dejando á un lado los problemas áridos y metafísicos, viniendo á practicar una especie de eclecticismo de todos los sistemas. Dió quizá alguna preferencia al probabilismo de la nueva Academia, por estar más en armonía con su carácter irresoluto y por ser el de más adecuado empleo para su profesión de abogado. En moral gustaba del idealismo de los estoicos, por más que jamás practicó la austeridad de sus preceptos. Solamente mostró abierta hostilidad al epicureismo. Cicerón no se resolvió á escribir sobre

(1) Entre sus contemporáneos eran los más principales partidarios de la Academia M. Junio Bruto y M. Terencio Varrón; del estoicismo M. Porcio Catón, el de Uíca; de la doctrina peripatética M. Pupio Pisón; del epicureismo L. Manlio Torcuato, C. Veleyo, Lucrecio y Pomponio Ático; y de la doctrina de Pitágoras el naturalista Nigidio Figulo.

filosofía hasta los últimos años de su vida. Consagróse á crear una hermosa literatura filosófica para su Patria el tiempo que sus desgracias le alejaron de los negocios, buscando en esta sublime obra, á la vez que el alivio de sus pesares, un medio de resarcirse de la gloria á que se juzgaba acreedor, y que se le negaba por la política, y una ocupación para su actividad infatigable.

OBRAS FILOSÓFICAS DE CÍCERÓN: *su clasificación*. Vamos á examinar las Obras filosóficas de Cicerón, empezando, para mayor claridad, por clasificarlas.

El dividir las en *filosóficas y políticas* no satisface completamente, porque ya hemos dicho que, bajo cierto punto de vista, casi todos los escritos de este célebre hombre de estado llevaron una intención y un sentido político, aun sin parecerlo. El Catón, por ejemplo, más que un tratado de moral acerca de la *Ancianidad*, es una sentida protesta de la postergación y olvido á que se veía relegado el ilustre Cicerón, y á anciano, por sus amigos y por su Patria.

En la necesidad de adoptar alguna clasificación, y teniendo presente que, aunque sin método riguroso, Cicerón recorre en sus escritos las tres partes en que los antiguos dividían la Filosofía (la Lógica, la Física y la Moral), adoptaremos esta base, siguiendo en ello á notables historiadores modernos de la Filosofía antigua. Más de una vez hemos repetido que los esclarecidos romanos, que cultivaron la ciencia griega, y la filosofía por lo tanto, buscaron en estos estudios preferentemente el aspecto práctico y útil. Ahora bien, Cicerón consagró tratados más ó menos extensos á cada una de aquellas ramas de la Filosofía según su mayor ó menor aplicación práctica. — La biblioteca filosófica de Cicerón puede clasificarse del siguiente modo: I). — *Tratado perteneciente á la Lógica*: el de las Cuestiones académicas. — II). — *Escritos correspondientes á la segunda rama de la Filosofía antigua*: los tratados *De la Adivinación*, *De la Naturaleza de los Dioses*, *Sobre el Hado*, y las *Cuestiones tusculanas*. — III). — Los *Tratados relativos á la Moral* pueden subdividirse en dos grupos, incluyéndose en el primero aquellos que se relacionan con la Moral bajo su aspecto interno, y son: sus tratados *Sobre los verdaderos bienes y los verdaderos males*; el *De los Deberes*; *Las Paradojas*; y los *De la Ancianidad* y *La Amistad*; — y en el segundo grupo los que se refieren á la Mo-



ral bajo su aspecto externo ó Derecho, y son: el tratado *De las Leyes* y el *De la República*.

Bajo el punto de vista de su *mérito literario*, las divide Schoell en tres clases: en la 1.<sup>a</sup> comprende el *Tratado de los Deberes*, y los de *De la Adivinación*, *Del Supremo bien*, *De la República* y de *Las Leyes*, en todos los cuales, menos en el *De la República*, Cicerón se presenta en escena, exponiendo directamente sus doctrinas;—en la 2.<sup>a</sup> clase incluye aquellas obras en que diversos interlocutores se encargan de exponer las distintas especulaciones de las escuelas: cual sucede en *Las Académicas*, el *Tratado de la Naturaleza de los dioses*, el fragmento *Del Destino* y la primera y quinta *Tusculana*, escritos todos de sumo interés para la historia de la filosofía;—y en la 3.<sup>a</sup> clase el resto de *Las Tusculanas*, *Las Paradojas* y los libros *De la Vejez* y *De la Amistad*.

Conviene saber también, para avalorar la importancia y transcendencia de esta literatura filosófica ciceroniana, que, si bien toda ella apareció después de haber terminado el primer período de la vida activa pública del autor, cabe establecer, *bajo el aspecto cronológico é histórico*, una división interesante: pues los tratados filosófico-políticos de *La República* y *De las Leyes* aparecieron (desde el a. 700 al 702) cuando aún se hallaba en pie la Constitución romana: es decir, antes de la guerra civil y de la ruina de la libertad; lo que explica el *carácter teórico-práctico* de las dos obras. Eran publicaciones de verdadera actualidad: Cicerón, previendo la catástrofe de la *República*, quería recordar en estos escritos á sus conciudadanos la grandeza de la Constitución y de las Leyes romanas, hacerles ver que en ellas estaba la posible salvación para la Patria.—Pero la revolución se consuma, y ya no vuelve á dominar más que el *elemento especulativo* en la literatura filosófica de Cicerón, pues su alma desesperanzada y llena de amargura se aparta de la realidad que ha dado muerte á todas sus ilusiones. Á esta filosofía especulativa pertenecen ya casi todas sus otras obras filosóficas. En el a. 708 escribió *Las Académicas*, que vienen á ser como una introducción á los otros libros que aparecieron después: en el año 709 las obras *Del Supremo bien* y *Las Tusculanas*; en el de 710 redacta el augur sus opúsculos filosófico-religiosos; y después de ellos, sus restantes escritos filosóficos. Además de las obras que quedan mencionadas, dió á luz Cicerón otros varios trabajos de carácter filosófico, comprendidos en el Catálogo de sus escritos, que él mismo nos ha dejado en su tratado *De la Adivinación*.

Procedamos al *Examen analítico y crítico* de estas obras filosóficas.

1).—ACADEMICA Ó ACADEMICÆ QUESTIONES.—Títulase *Cuestiones académicas* el único trabajo literario filosófico de Cicerón, correspondiente á la Lógica.—En un principio constaba esta obra de dos

libros ó diálogos intitulados *Catulo* y *Lúculo*, de los nombres de los principales interlocutores. Conteniase en esta primera edición un compendio de la filosofía de la antigua y de la nueva Academia en lo relativo á la ardua cuestión del *criterio del conocimiento*.— La edición segunda, dedicada por Cicerón al sabio Varrón, por indicación de su amigo Ático, componiase de cuatro libros: en el 1.º se hacía una amplia exposición de las doctrinas de la Academia hasta Antioco; en el 2.º de la de Arcesilao, y en los dos últimos de la filosofía de Carneades y de Filón.—Á nosotros han llegado dos libros, á saber: el primero de la 2.ª edición (incompleto), y el segundo de la edición 1.ª. En el primero, Varrón expone la doctrina de la antigua Academia. Cicerón toma en seguida la palabra y explica la de la nueva Academia á la cual se muestra inclinado. Y no podía menos de ser así: el escepticismo moderado, que caracterizaba á la escuela neo-platónica, su teoría de la verosimilitud erigida en criterio absoluto, y los resortes que ofrecía un tal sistema al arte oratorio, se amoldaban perfectísimamente al espíritu y tendencias de Cicerón. En esta obra filosófica se muestra Cicerón como siempre: un *opinator*, un hombre que no dirá jamás: *yo sé*, con certeza, con evidencia, sino «me parece» *videtur mihi*.—La duda y la fluctuación en todo: en la ciencia como en la política.—Después de expouer Cicerón la filosofía de la nueva Academia, Lúculo establece las diferencias que separan esta secta de la antigua.

II).—Los escritos, que pertenecen á la sección segunda, hemos dicho que son los siguientes: las *Tusculanas* y los tres tratados filosófico-teológicos *Sobre la Naturaleza de los dioses*, *De la Adiración* y *Sobre el Destino*.

a).—TUSCULANÆ DISPUTATIONES.—En las *Cuestiones tusculanas* se enseñan los medios de lograr la felicidad posible en este mundo. Compónese esta obra de cinco libros, dedicados á Bruto. Yá sabemos que Cicerón redactó estas sentidas páginas en la época más triste de su vida. Desengañado de los hombres é indignado del espectáculo que ofrecía Roma, retiróse á su granja de *Tusculum*; y, esforzándose por olvidar la vida pública, se entregó al estudio de la Filosofía. Los asuntos de sus meditaciones se hallan en relación con el estado de su alma. ¿Qué es la muerte? ¿qué es el dolor? ¿Hay un medio de apartar las aflicciones del espíritu? ¿Qué son las

pasiones? ¿Cómo debe conducirse el hombre sabio y prudente con estos enemigos de su reposo? En fin, ¿qué es la virtud? ¿Basta al hombre practicarla para ser feliz?—Tales son las cuestiones que trata en las *Tusculanas*, si no con gran originalidad en la exposición y en los argumentos, que toma de los estoicos, con una elocuencia admirable.

b).—DE NATURA DEORUM.—Consta este diálogo *De la Naturaleza de los dioses* de tres libros, dirigidos también a M. Bruto. Aunque más dogmático que el anterior, ofrece el mismo carácter; pues también le movieron á tratar este grave argumento las tristes calamidades de su tiempo. Toman parte en esta polémica filosófico-teológica el epicureo C. Veleyo, el estoico T. Lucilio Balbo y el académico C. Aurelio Cotta. Después de exponer el autor, en una breve introducción, las doctrinas teológicas de los filósofos más antiguos de la Grecia, hace explicar á Veleyo las de Epicuro, en el libro I; siguiendo al escritor epicureista Filodemo. Cicerón hace inmediatamente después la crítica del epicureísmo, valiéndose de la obra del estoico Posidonio sobre el mismo asunto. En el libro II hace Balbo una completa exposición de la filosofía estoica según las obras griegas de Cleanto, de Crysipo y de Zenón, las cuales son impugnadas por Cotta, en el libro III, bajo el punto de vista académico. Cicerón aprovecha para este último libro las de los académicos Carneades y Clitómaco.

No es posible decir cuales eran en substancia las opiniones de Cicerón en punto de tanta transcendencia, porque en realidad no formula su credo teológico con claridad, ni de un modo preciso. Pero por el contexto de la obra y por la conclusión con que termina, cabe pensar en que la grave cuestión de la existencia y de la esencia de la divinidad y de la providencia se inclinaba más bien á las teorías de la antigua Academia que al escepticismo de la nueva: el dogma fundamental de la existencia de Dios y de su acción sobre el mundo debe admitirse «por ser opinión común á todos los pueblos, y equivaler este acuerdo universal á una ley de la naturaleza:» *consensus omnium populorum lex natura putanda est*. En cuanto á la pluralidad de los dioses, si bien no se expresa nuestro escritor categóricamente sobre este punto, es evidente que no creía en ellos, ó por lo menos, reducía como los estoicos la existencia de los dio-

ses á no ser sino emanaciones del Dios único.—Habiéndose perdido las obras de los filósofos griegos que trataban las materias que se desenvuelven en el opúsculo de Cicerón, es este de una importancia no común para la Historia de la filosofía.

c).—DE DIVINATIONE.—Inmediatamente después que el anterior, fueron escritos por Cicerón en su retiro, los dos libros *De la Adivinación*, inspirándose en los mismos sentimientos, y escrito con la misma tendencia. Supone ser una discusión habida en Túscolo, entre Cicerón y su hermano Quinto, acerca de la *adivinación* (augurios, revelaciones... etc). Este es su escrito más original y en el que se muestra más explícito.

El augur ha visto funcionar la religión romana y sabe á qué atenerse en el asunto de las revelaciones divinas. Por lo tanto, después que Quinto Cicerón expone en el libro I los argumentos de los estóicos en favor de la adivinación, tomándolos del Περὶ μαντικῆς de Posidonio, y en el II los principios de los académicos sobre el mismo asunto, Cicerón combate, en cuanto era posible, las supersticiones populares y las instituciones político-religiosas, dejando ver bien á las claras su escepticismo en este particular. Así los Padres de la Iglesia hicieron de este escrito precioso arsenal de donde tomaron poderosas armas para combatir el politeísmo.

d).—DE FATO.—Con esta obra (incompleta) acerca *Del Destino* se cierra la serie de los escritos religiosos de Cicerón.—No es posible determinar con precisión el carácter de este tratado filosófico. El autor combate bajo el punto de vista de los académicos el concepto de los estóicos relativo á la εἰμαρμένη (el destino). Tuvo á la vista en primer lugar á Crisipo, y después á Posidonio, Cleanto, Diodoro, Carneades, etc.

III.—A).—Los escritos relativos á la moral, bajo su aspecto interno, hemos dicho que son: el tratado *Del Sumo Bien*, el de *De los Deberes*, *Las Paradojas*, y los breves opúsculos *Sobre la Ancianidad* y *La Amistad*.

a).—DE FINIBUS BONORUM ET MALORUM.—Inmediatamente después de haber escrito las disputas *Académicas*, compuso Cicerón este diálogo, en el cual compara las doctrinas de las diferentes escuelas griegas acerca del soberano bien y del soberano mal, una de las principales cuestiones de la filosofía práctica. ¿En qué debe el homi-



bre hacer consistir el verdadero bien? ¿En el placer? ¿en la ausencia del dolor? ¿en el goce de la vida bajo el régimen de la virtud? ¿ó en la virtud sola y únicamente? Todas estas soluciones se daban por las escuelas, y según que se adoptaba esta ó la otra doctrina érase en la vida el hombre del placer, ó el hombre del deber rígido y austero, ó el hombre acomodaticio que se atempera á las circunstancias, que no rompe abiertamente con nadie, y que, sin dejar de ser honrado, puede llegar á entenderse hasta cierto punto con aquellos que no lo son. Tenían á la sazón en Roma sus representantes todas estas opiniones; mostrándose la mayor parte de ellos en la práctica fieles á sus teorías: por donde puede comprenderse de cuán vivo interés había de ser el tratado de Cicerón para sus contemporáneos. Los personajes que intervienen en la discusión son: Manlio Torcuato, Catón, Ático y Papio Pisón. En el libro I desenvuelve Torcuato la teoría de la escuela epicúrea, que refuta con calorosa vehemencia en el libro II el mismo Cicerón. En el libro III explica Catón la doctrina de los estóicos referente á este punto, la cual es rebatida por Cicerón en el siguiente libro; pero muy débilmente, porque en realidad siempre sintió una simpatía secreta hacia la severa moral de esta escuela, considerando que sólo de ella salían los grandes ciudadanos y las gentes verdaderamente honradas. En el último libro expone Pisón la doctrina de la antigua Academia y la de los peripatéticos. Los materiales de esta obra, importantísima para la historia de la filosofía, están tomados de Epicuro mismo, de Fedro, de Crisipo, de Antíoco, de Carneades y de Filón.

b).—DE ORIGEN. — El tratado *Sobre los Deberes* se compone de tres libros, dedicados á su hijo, que á la sazón hacía sus estudios en Atenas. En el libro I se ocupa de *lo honesto*; en el II de *lo útil*; y en el III examina *las relaciones de lo honesto y de lo útil*. Podría pensarse por el título y por este brevísimo resumen del contenido de la obra, que Cicerón desenvuelve en ella la importante doctrina moral de la Deontología, bajo un punto de vista profundamente filosófico. Nada menos exacto. Ni de Cicerón ni de ningún escritor romano hay que esperar investigaciones filosóficas, arrancando de principios elevados metafísicos ni expuestos con el rigorismo del método científico. Cicerón es un espíritu práctico; y su libro lleva el mismo sentido y espíritu del autor; quien no se pro-

puso, al redactar este bello opúsculo, sino dejar consignadas en él las enseñanzas que podrían convenir á su amado hijo para llegar á ser un estimable ciudadano y un excelente hombre de mundo; en suma: advertencias y consejos para su futura carrera política. Como no tenía necesidad de entrar en sutiles investigaciones acerca del fundamento ni de la naturaleza del deber, ni exponer, ni discutir, ninguno de los problemas filosóficos que se relacionan con esta parte de la Ciencia moral, no adoptó la forma del diálogo. En toda esta obra hay la indicada tendencia política predominante; y por esta razón se tratan con mayor prolijidad las relaciones y deberes que tienen conexión con la vida social y política: háblase con detenimiento y con perfecta claridad y precisión, de la beneficencia, del *decorum*, de las reglas del buen tono, de la manera de conducirse en sociedad, de las maneras de hacerse querer y respetar. Los deberes que ha de cumplir el hombre para perfeccionar su naturaleza moral ó su estado exterior, apenas si se indican; la vida doméstica no se toma en consideración sino en cuanto sirve de preparación ó de tránsito para la vida civil y social; los deberes religiosos quedan enteramente en silencio. Á pesar de todo, este libro de moral social para el uso de las personas de elevada posición ó de superior cultura, de las clases dirigentes en una palabra, se lee con grandísima complacencia por la pureza de su intención y por sus doctrinas elevadas, por su estilo encantador y por las observaciones finas y delicadas que sugirió al autor su larga, riquísima experiencia. Cicerón consultó para la redacción de esta obra especialmente á los estóicos, y sobre todo á Panecio para los dos primeros libros; y á Posidonio para el tercero: utilizó además á Diógenes de Babilonia, á Antipatro de Tiro, á Hecatón, á Platón y á Aristóteles; variando solamente la exposición con tomar ejemplos numerosos de la Historia romana.

c). --*PARADOXA STOICORUM.* --Las seis *Paradojas de los estóicos* se hallan dedicadas á Bruto. Fueron compuestas poco tiempo después de la anterior. Vienen á ser *Las Paradojas* un ejercicio de casuística oratoria, de escaso valor. Expónense en esta obra en un estilo más propio de la retórica que de la filosofía seis puntos curiosos de la doctrina estóica. Cicerón no cita este trabajo en el mencionado Catálogo suyo del libro de *Divinatione*.

d).—CATO MAJOR SIVE DE SENECTUTE.—El escrito intitulado *Catón el Viejo ó De la Ancianidad* se halla dedicado al íntimo amigo de Cicerón T. Pomponio Ático. Yá hemos indicado en otro lugar las circunstancias en que este hermoso libro fué escrito por Cicerón. Contaba el ilustre tribuno 63 años y se veía injusta é indignamente relegado al olvido. Este agravio inferido á su ancianidad, después de los grandes servicios que había prestado á su patria, inundaba su alma de profunda amargura y le hizo buscar en el honorable Catón, el antiguo, su escudo y su defensa, escribiendo bajo el título mencionado un monólogo (más bien que un diálogo) en loor de la ancianidad. En él refuta Cicerón, por boca de Catón, los cargos que se suelen hacer en contra de la vejez, oponiendo á estas acusaciones las ventajas que son peculiares á esta edad postrera de la vida. Con tan singular encanto se halla escrito este precioso libro que de él se ha dicho «*que despierta el deseo de ser anciano;*» y en verdad es merecedor de este elogio. «Los últimos trabajos de la respetable ancianidad, dijo Charpentier, la autoridad de los años y de la virtud, el recreo del estudio, la alegría que prestan al alma una vida realizada con honor y los recuerdos del bien dispensado, todas estas imágenes sonrientes, que embellecen el ocaso de la existencia, se hallan presentadas con los más gratos colores y animadas de fuerte convicción. El autor termina este cuadro delicioso haciendo caer sobre él el rayo de pura luz de la inmortalidad, mostrándonos la nueva vida que hay más allá de la ancianidad.» En este lugar se encuentra aquel pasaje, imitado de Jenofonte, en el cual late la sublime doctrina de la escuela platónica.

e).—LELIUS SIVE DE AMICITIA.—El tratado de Amistad fué escrito poco tiempo después que el opúsculo anterior. Lelio, personaje principal de este diálogo, habla de la naturaleza de la amistad, de su origen, de los modos de conservarla, etc., etc.: pero no debe perderse de vista, al leer este ameno diálogo, que entre los interlocutores, hombres de estado, no se trata de la amistad como relación moral humana, como fraternidad, nó; si no de las *amistades ó relaciones* que se forman entre los conciudadanos, más bien en vista de la utilidad política, que de la satisfacción social. Los interlocutores son: Lelio el joven y sus yernos C. Pannio y

T. M. Escévolá. La obra más consultada parece ser el tratado de Teofrasto y además Crisipo y la moral de Aristóteles.

B).—Los escritos relativos á la Moral, bajo su aspecto externo ó Derecho, precisamente los de fecha más antigua, como yá se ha dicho, son dos, á saber: el tratado de *La República* y el de *Las Leyes*.

a).—DE REPUBLICA.—El tratado *Sobre la República*, ó sobre el gobierno, en seis libros, se halla dedicado á su querido Ático. Es un diálogo, cuyos interlocutores son el joven Escipión, Lelio, Manlio, Filón, Tuberón, Mucio Escévolá y C. Fannio. Supónese habida esta plática filosófica acerca de la constitución y el gobierno de la República, algunos años antes de la revolución intentada por los Gracos. Cicerón toma como ideal de gobierno la Constitución antigua romana en la que veía felizmente combinadas las formas puras políticas aristocrática, republicana y monárquica. Los cónsules representaban la monarquía, templada por la corta duración de las funciones; el senado representaba la aristocracia; y el pueblo la democracia: hallándose las atribuciones de las tres órdenes tan sabiamente definidas, y tan felizmente equilibrados los poderes públicos, que nada podía encontrarse más perfecto. Dicho se está cuánto halagaría el orgullo patrio de los romanos este magnífico elogio, esta excelsa glorificación de las instituciones nacionales.—Por lo que acabamos de exponer, se comprende fácilmente que *La República* de Cicerón no se semeja más que en el nombre á la de Platón. Cicerón no traza como el filósofo ateniense, un plan imaginario, una teoría impracticable: tomando las cosas como ellas son en la realidad y los gobiernos con sus ventajas ó imperfecciones, busca lo mejor en lo posible, y lo encuentra en la forma mixta de la Constitución republicana de Roma.

Hasta el año de 1814 no se conocía de esta importante obra sino la conclusión, conservada por Macrobio bajo el título de *Sueño de Escipión*, y algunos otros cortos retazos citados por S. Agustín, Lactancio y otros eruditos antiguos; pero en la citada fecha se descubrió una gran parte del texto por el sabio Ángel Mai en un ms. palimpsesto sobre el que se hallaban unos comentarios de S. Agustín á los salmos. Á este feliz descubrimiento debemos el poseer en la actualidad casi enteros los dos primeros libros y fragmentos bastante extensos de los restantes.



b).—DE LEGIBUS.—Cicerón comenzó sin duda esta obra inmediatamente después de acabada la precedente. Pero no fué terminada ni publicada por Cicerón; por lo menos no hace referencia á ella en sus cartas ni en ningún pasaje de sus obras. De todas maneras este escrito puede considerarse como un complemento del anterior. De los seis libros, de que indudablemente se componía originalmente, no han llegado á nosotros sino tres, abstracción hecha de algunos fragmentos. Las partes mismas que se conservan no están exentas de lagunas. Fáltale á esta obra el prefacio que llevan todas las de Cicerón (*in singulis libris utor proemii... ad Att. IX, 6*). Teniendo á la vista los trabajos de Platón y de Crisipo escribió con su acostumbrado esmero el libro I, que no viene á ser sino una especie de derecho natural; mas el terreno de las abstracciones filosóficas no era el de Cicerón, como antes indicamos, y por lo tanto hay en este primer libro falta de profundidad y poca claridad. Pero en el libro II nuestro autor abandona la metafísica del derecho y pasa al examen de las leyes positivas: el publicista sucede al filósofo. Para Cicerón está siempre el ideal en Roma: así como antes encontraba ser su Código político el primero del mundo; del propio modo en este opúsculo nada encuentra superior á las *Leyes romanas*. Ocupase, pues, en el libro II, del *Jus sacrum*; y en el III *De Magistratibus*;—el IV probablemente se ocuparía *De Jure publico*, y el V *De Jure civili*. Esta obra fué compuesta poco después de la elevación de Cicerón al augurado: lo que explica naturalmente el detenimiento, erudición y complacencia con que se ocupa en ella de las leyes relativas al Culto: quiso sin duda mostrarse ante los ojos de sus conciudadanos digno del sagrado depósito que se le había confiado. (1)

(1) Traducciones españolas: la versión castellana de los Oficios, de la Amistad, de la Senectud, de los Paradoxos y el Sueño de Escipión, hecha por el médico Juan de Xaraba; Anvers, 1549; la que dió á luz en Salamanca, en 1582, el humanista Francisco Tharara (reimpresión en Valencia en 1774; la traducción de los Oficios y de los diálogos de la Vejez, de La Amistad, de las Paradojas y del sueño de Escipión, debida al Catedrático del R. Seminario de Nobles D. Manuel Valbuena, publicada en 1777 y reimpresión en 1818;—y por último, la traducción de la República de Mr. Villemain, trasladada al español por D. Antonio Pérez García, Madrid, 1848.—Son dignas de consulta entre las traducciones extranjeras: las francesas de Delcasse, Stievenart, Matzer, Pierrot, Pericaud, Liez y Chevalier que se encuentran en la Colección Panckouke y las alemanas de Hauff, Mosser, Kern, etc., de la Colección Metzler.—Bibliografía moderna del asunto: Kühner, C. in philosophiam merita;—Ritter y Preller,

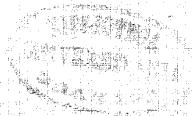
Otras obras filosóficas ó históricas de Cicerón se conocían en la antigüedad que han tenido la misma suerte que multitud de sus arengas: ó se han perdido en absoluto ó sólo quedan cortísimos fragmentos. (1)

Por la exposición anterior ha podido comprenderse hasta donde llega el verdadero mérito ó importancia de la literatura filosófica ciceroniana. Cicerón no es propiamente hablando un filósofo, á la manera de los insignes maestros de la Grecia; es un escritor romano, de vasto talento y de superior elocuencia, que se consagra por recurso y con intención determinada á las especulaciones filosóficas, componiendo sobre algunos puntos concretos de la ciencia preciosas páginas en estilo elegantísimo. Haber dado á su patria una literatura filosófica, de que carecía, este es su verdadero título de gloria; pretender que en ella sobrepujó á sus modelos, en especial á Platón y Aristóteles, es una ilusión. Falta á los escritos ciceronianos el mérito de la originalidad y la elevación científica, que encontramos en las obras profundas de aquellos ilustres pensadores griegos. Ahora, en estos escritos como en todos los de Cicerón, brillan las superiores cualidades de estilo y de lenguaje en que era el célebre orador incomparable: y, aparte de su mérito literario, ya hemos indicado de cuánto precio son los opúsculos, de que nos ocupamos, para la historia de la Filosofía antigua, por la extrema rareza de las obras que se han salvado.

---

Histor. philosophiæ græco-romana:—C. M. Bernhardt, De Cic. græca philosophiæ interprete.

(1) Obras filosóficas de Cicerón que desiderantur.—Entre las obras filosóficas de M. Tulio, cuya pérdida lamentamos, se cuentan las siguientes: dos libros *De gloria*, dedicados á Ático: el titulado *Hortensius sive de Philosophia liber* en el cual rechazaba el autor las censuras de que era en Roma objeto la Filosofía; y el que escribió después de la muerte de su hija Tullia con el epígrafe *Consolatio seu de luctu minuendo*, tomando por modelo al académico Crantor. Sobre Derecho escribió un tratado *De jure civili in artem redigendo, Liber de suis consiliis, De auguriis*, etc., etc. Los fragmentos filosóficos han sido coleccionados por Baiter-Kaysér.



## LECCIÓN 26.

### Las Cartas de Cicerón.

Importancia del Epistolario ciceroniano.—Colecciones en que se hallan divididas las Cartas.—Su análisis y crítica.

La Epistolografía nació en Roma en el último período de la República, como ramo especial de la Literatura, con motivo de las extensas relaciones políticas que los hombres de Estado se veían obligados á sostener con sus amigos y partidarios diseminados por las varias y dilatadas provincias, que se hallaban sometidas al dominio romano. Y era este comercio epistolar tanto más necesario, cuanto que aun no habían empezado á publicarse los periódicos (*acta diurna*), que se establecieron más adelante, para divulgar los acontecimientos públicos de importancia. Los hombres políticos, que vivían en las provincias, eran informados de los sucesos que ocurrían en Roma por las cartas de los amigos que residían en la Capital, y á su vez estos recibían por la correspondencia de aquéllos las noticias, que podían interesarles, de las provincias. Muchas de estas cartas eran verdaderos documentos políticos, que se escribían con el objeto de que tuviesen publicidad, de que circularan, y se redactaban con esmerado estilo literario; otras eran cartas de íntima confianza; y, por consiguiente, bajo el punto de vista literario, de menos valer; pero unas y otras ofrecen un rico manantial de noticias históricas relativas á los personajes y á los sucesos de la época, que suplen espléndidamente la pérdida de libros de Historia interesantísimos. La correspondencia de Cicerón es la única de estas preciosas fuentes históricas, que se ha salvado: cartas de sumo interés, pues arrojan un raudal de viva luz sobre los sucesos de aquel período agitado de los últimos días de la República, y sobre la propia vida de Cicerón: pues en sus cartas se retratan, como en ninguna otra parte, sus virtudes y sus debilidades. Antes que las cartas de Cicerón, se habían coleccionado y publicado las de otros personajes históricos de importancia: las de Catón, por ejemplo, las de Mummio, las de Graco y su madre, la famosa Cornelia. No era, por lo tanto, una novedad el dar á luz las de aquel importante hombre de Estado: si bien esto se verificó después de su muerte.

Las CARTAS DE CICERÓN, con otras de amigos suyos ó personajes políticos contemporáneos, forman cuatro colecciones. La primera

de *Cartas familiares*; la segunda contiene las *Cartas dirigidas á T. Pomponio Ático*; la tercera las que escribió á su hermano Quinto; y la cuarta compónese de unas cuantas cartas remitidas por Cicerón á Bruto y por este á Cicerón.—El número total de ellas asciende á 840, de las cuales 90 son de sus amigos y correspondientes.

I.)—La primera colección lleva el título *Epistolarum ad familiares* (1) *libri XVI*.—Diez y seis libros de *Cartas á sus amigos y familia*. Debemos su conservación al Petrarca, que descubrió y copió de su puño y letra el manuscrito en 1345. Su querido liberto M. Tulio Tirón (2) fué quien reunió, ordenó y publicó esta Colección epistolar; ora valiéndose de los papeles de Cicerón, quien acostumbraba conservar copias de sus cartas de mayor importancia, bien recurriendo á Ático, ó á los correspondientes de Cicerón. Encuéntrase en ella una gran cantidad de epístolas dirigidas á los personajes más distinguidos é influyentes de la época, tales como Cornelio Léntulo Spinter, Appio Claudio Pulcro, Q. Metelo Celer, Trebacio Testa, Terencio Varrón, Dolabela, yerno de Cicerón, Munacio Planco, Junio Bruto, Catón, Nigidio Figulo y otros varios. En el libro XIV se contienen las cartas escritas por Cicerón á su esposa Terencia, y en el XVI las dirigidas á su fiel liberto Tirón. En esta primera colección se encuentran asimismo cartas de varios amigos y conocidos de Cicerón: por ej., en el X libro la interesante correspondencia de M. Celio Rufo, las cartas de Munacio Planco y algunas de Antonio, de Bruto, de Casio, etc. En cuanto al modo de ordenarlas, hay una confusión notable por no haberse hecho cronológicamente.

II.—*Epistolarum ad T. Pomponium Atticum libri XVI*.—También estos diez y seis libros de *Cartas dirigidas al amigo ínti-*

---

(1) La denominación *Epistolæ ad familiares* la rechazan por falsa algunos doctos;—el título de *Epistolæ ad diversos*, también, porque lo creen falto de propiedad latina. Martyni Laguna propone el siguiente: *Ciceronis et clarorum virorum epistola*.

(2) Este agradecido é ilustrado liberto de Cicerón le sobrevivió muchos años, conservándole una piadosa memoria. Escribió la biografía del gran orador y publicó sus discursos y sus cartas. Compuso también algunos trabajos literarios originales. Su nombre va unido á sus célebres abreviaciones gráficas, conocidas con el nombre de *Notas tironianas* (Nota: Tironis).—Véase sobre ellas el reciente estudio publicado por Lehmann (Questiones de notis Tir. et Seneca, Lipsiæ, 1869).



mo de Cicerón T. Pomponio Ático, fueron descubiertas por el Petrarca en un manuscrito que se perdió después: de manera que el apógrafo, ó copia suya, sirvió de fundamento á los manuscritos posteriores y á las ediciones. Comienza esta correspondencia en el año 686, cinco años antes de su memorable consulado, y llega hasta la proximidad de la muerte del ilustre tribuno. Ya se sabe de cuanto precio es esta colección para el esclarecimiento de la vida y el carácter de Cicerón, puesto que á su amigo Ático le descubría aquel grande hombre entero su corazón y sus pensamientos, á veces tal vez más de lo que hubiera querido, de haber podido adivinar que todo aquel depósito de íntimas confianzas sería algún día entregado por su amigo á la posteridad. Las cartas que datan de los últimos meses de la vida de Cicerón no fueron incluidas en la colección, sin duda por temor á Octavio; ni tampoco las contestaciones de Ático, por más que fueran indispensables para la inteligencia de las de Cicerón, y de que este las conservara con singular cuidado. En cuanto á la ordenación, se hallan dispuestas algo mejor que las epístolas familiares; pero también deja mucho que desear.

III.—*Epistolarum ad Quintum fratrem* (1) *libri III.*—Compónese esta colección de 29 cartas remitidas á su hermano Quinto. Está dividida en tres libros, y abraza desde el año 694 al 700. En estas epístolas se limita Cicerón á remitir noticias á su hermano, para tenerle al corriente de la situación de los partidos en Roma, ó á darle útiles consejos. En una de ellas expone sus ideas relativamente á la administración de las provincias y particularmente del Asia, en donde á la sazón se hallaba Quinto con el cargo de propretor, lo que presta gran interés á este documento, pues viene á ser un bello Tratado sobre los deberes de un gobernador romano.

IV.—*Epistolarum ad Brutum libri.*—La última colección,

(1) El hermano de Cicerón, Quinto, nació en 652. Educóse del mismo modo que su ilustre hermano y participó del mismo gusto que éste por las letras, sobre todo por la historia y la poesía. Escribió anales y cierto número de tragedias traducidas del griego. De él se conservan sólo algunas cartas y el *Commentariolum petitionis* (fragmentos publicados por Bücheler, en Leipzig, 1869). Q. Cicerón fué edil, pretor, gobernador de la provincia de Asia, lugarteniente de Pompeyo en Cerdeña, de César en la Galia y de su hermano en Cilicia. Su adhesión á este último, natural y legítima, le valió correr la infausta suerte de M. Tulio. Como él sufrió la proscripción, y fué también asesinado con su hijo en el año 711 de Roma.—C. H. Blasse, De Q. Tulii Ciceronis vita.

compuesta de un solo libro, comprende las cartas de Cicerón á M. Bruto y de Bruto á Cicerón y á Ático. Es un pequeño fragmento de la correspondencia de estos dos grandes hombres; pues parece que se componía lo menos de 9 libros, principiando en los primeros tiempos de las relaciones de Bruto con Cicerón hasta la muerte del primero; y en la actualidad solo poseemos 25 cartas.

Algunos críticos ingleses y alemanes, entre ellos Tunstalt, Markland y Wolf, han negado la autenticidad de esta correspondencia. Las razones históricas y filológicas presentadas por estos sabios, en favor de su opinión, han sido combatidas por Middleton, Gesner y Weiske. Un novísimo trabajo de Hellmann ha venido á demostrar que los argumentos filológicos é históricos de los primeros no son del todo suficientes para establecer que estas cartas sean apócrifas, pues en cuanto á la latinidad de las mismas nada hay que sea contradictorio con la lengua de Cicerón y de su siglo; y por lo que hace á las demás razones alegadas le parecen poco sólidas y convincentes.

Las epístolas de la colección anterior y parte de las de este libro proceden también de la copia del Petrarca. Las 8 últimas cartas de la colección IV, fueron descubiertas en Alemania y publicadas por la primera vez por Cratander: por esta razón, aunque anteriores en fecha á las del ms. del Petrarca, aparecen colocadas después. (1)

Muchas otras cartas de Cicerón se han perdido, á la par que las correspondencias no menos interesantes de otra multitud de personajes esclarecidos de su época.

---

(1) La falta de orden cronológico con que están colocadas estas Cartas y el hallarse distribuidas en varias colecciones, en vez de formar una sola todas ellas, hacen perder en gran manera el interés de su lectura, tanto porque el hilo de los acontecimientos á que se refieren se halla interrumpido á cada paso, como porque ciertas cartas solo pueden ser inteligibles después que se han leído otras que figuran en distinta colección. Wieland publicó una traducción de todas las Cartas auténticas de Cicerón, disponiéndolas en orden cronológico, y precedidas de intrucciones con ayuda de las cuales su traducción forma una biografía de Cicerón, sacada de sus propias obras. Schütz, profesor de Jena, publicó en 1808 y siguientes, en seis volúmenes, una preciosa edición de todas las cartas, *temporis ordine dispositæ*, dividiéndolas en 15 secciones. Véase el curioso índice cronológico de esta obra que inserta Schoell, en su *Literatura romana*, II, 132 y siguientes.

En cuanto á traducciones, debemos anotar la española de todas las Cartas familiares por nuestro afamado humanista Pedro Simón Abril, diferentes veces dada á luz desde el siglo XVI; y las del 2.º libro de las Cartas familiares y algunas á Ático, que publicó en el mismo siglo XVI el carmelita Gabriel Auion; de las traducciones francesas y alemanas, las que se encuentran en las Colecciones completas de las obras de Cicerón.—Trabajos interesantes: Boissier, Sobre la manera como fueron coleccionadas y publicadas las Cartas de Cicerón.—Weiske, Mérito de las cartas de Cicerón y uso que se puede hacer de ellas.

## LECCIÓN 27.

(691—711)

### B). Segunda mitad de la época de CÍCERÓN.— CÉSAR.

Escritores notables de esta época y géneros que cultivaron.—*J. César*: su vida, su genio y su carácter.—Sus escritos: Asuntos de sus famosos *Comentarios*.—Importancia científica y literaria de estas Memorias.—Aulo Hircio.—Comentarios que se le atribuyen y su valor literario.

Dijimos que la segunda mitad de la época de Cicerón abrazaba desde la terminación de su consulado (691) hasta su muerte (711): y que debían incluirse en este subperíodo todos aquellos escritores que maduraron ó dieron á luz los frutos de su ingenio, durante estos dos decenios. Recuérdese que esta segunda mitad de la época de Cicerón se halla caracterizada por haber estallado, durante estos años, aquella formidable guerra civil, que decidió de la suerte, hasta entonces oscilante, de la República. La figura, pues, del célebre Dictador es la que aparece también en primer término en el grupo de los escritores de la época, como en la Literatura latina al frente de los grandes historiadores; siguiendo á César, en el campo de la *historiografía*, Oppio é Hircio, continuadores de César, Cornelio Nepote y Salustio;—la *oratoria* se halla representada por Calidio, Memmio, M. y D. Bruto, Celio Rufo, Cornificio, Curión, Furnio y hasta por una mujer, la célebre Hortensia:—como *eruditos* figuran Valerio Catón, Orbilio y el estoico Catón.—A la cabeza de los *poetas* de la época, y como representante de la grave generación antigua, figura el gran poeta didáctico Lucrecio; al que sigue aquella pléyade de imitadores pulcros y elegantes de la poesía alejandrina, de la que toman en gran parte sus asuntos, (poemas mitológicos, epitalamios, poesías eróticas): Catulo (el primero de todos ellos), Varrón de Atax, Licinio Calvo, etc. En la dramática solo se distingue el mimógrafo P. Syro.

Nótase en todos estos literatos, y más particularmente en los que representan la nueva generación, cuyos mejores años coincidieron con los de la encarnizada guerra civil de César y Pompeyo, un marcado apasionamiento político: lo que permite dividirlos en escritores *cesarianos* y *anticesarianos*: esto en cuanto al espíritu de sus obras. En cuanto á las formas literarias, abandonando la gente joven, saturada de cultura helénica, toda

imitación del arte antiguo romano, se esfuerza por querer igualar las formas sencillas, sobrias y elegantes de los escritores clásicos de la Grecia. Salustio en historia y Catulo en poesía son los que más claramente atestiguan el éxito de aquellos esfuerzos, entre otra multitud de competidores.

Siguiendo el plan, que nos hemos trazado, comenzaremos por ocuparnos de los Prosistas de la época, y entre éstos, de los insignes *Historiadores* que la ilustran, al frente de los cuales yá hemos dicho que se halla el esclarecido conquistador C. Julio César.

C. JULIO CÉSAR, *su vida y su genio*.—La historia entera de la antigüedad se desenvuelve en tres grandes regiones geográficas: Oriente, Grecia y Roma; y se sintetiza en los nombres de tres grandes conquistadores: Ciro, Alejandro y César. De consiguiente, con recordar el alto rango que ocupa Julio César en la historia militar y política de la Edad antigua, se comprenderá cuán innecesario es en esta Historia literaria detenernos en narrar con prolijidad su vida, cuando el famoso caudillo y célebre Dictador romano es de los personajes más conocidos de la Historia. Reasumiremos, tan sólo por vía de recuerdo, su biografía. Nació César en 12 de Julio del año 654. Recibió una superior educación literaria y científica. Militó en Asia, siendo muy joven (en los años 674 y siguientes), y á poco comenzó su carrera política y oratoria, llevando ante los tribunales, por concusionarios, á algunos miembros de la nobleza. Dé edad de 33 años, comenzó á desempeñar los cargos públicos, habiendo sido sucesivamente cuestor de la España ulterior en 687, edil en 689, gran pontífice en 691, pretor al año siguiente, propretor también de España en 693, y, por último, cónsul en 695. En el año 694 formó con Craso el memorable primer triunvirato. Encargóse, como pro-cónsul, del gobierno de la Galia, y sabido es que supo no sólo someter por medio de la guerra á aquellos valerosos pueblos célticos, sino que alzó sus correrías hasta la Bretaña y la Germania. La conquista del país de los galos favoreció grandemente sus proyectos ulteriores: pues le sirvió para allegarse cuantiosas riquezas, y para formarse un ejército de infatigables veteranos, adictos á su persona, con los que peleó después, durante tres años, hasta que logró alcanzar la dictadura. En efecto, derrotado por completo el partido de Pompeyo, llegó al término de sus deseos en 709, quedando dueño único del gobierno (como *cónsul sine collega et dictator reipub-*



*blica constituenda*), hasta que en la infausta fecha de los idus de Marzo del a. 710, sucumbió bajo el puñal de sus ingratos enemigos, á quienes con tan generosa liberalidad había tratado después de la victoria (1).

César fué en toda la extensión de la palabra un genio de primer orden y un gran carácter: un hombre superior á su siglo. Pero como para realizar sus grandes empresas militares y su vasto pensamiento político desechó pequeños escrúpulos, aprovechando todos los elementos, y hasta pasando por cima de las leyes, esto alejó de sus banderas á los ciudadanos más austeros y graves, quienes viendo en aquella audaz conducta, sólo lo que debía reprobar la conciencia pública, no se fijaron en toda la grandeza de aquel hombre extraordinario. Y eso que todos reconocían su preclaro talento, que elogiaban su genio militar, que admiraban su elocuencia, y aquella noble magnanimidad que tanto le enaltecía. El duelo universal que causó la muerte del Dictador en las naciones bárbaras oprimidas, revela que sólo ellas supieron adivinar que aquel espíritu superior se proponía cambiar la faz del mundo, llamando á todos los pueblos, desde lo alto del Capitolio, á participar de un Derecho común. Sucumbió aquel varón insigne sin poder llevar á cabo la revolución que indudablemente preparaba; y sin que entre sus sucesores hubiera ni uno capaz de realizar su gran idea. Tal vez si él hubiera podido prever la serie de monstruos, que habían de venir á aprovecharse de su obra, hubiera preferido mil veces morir en los campos de Farsalia. Este guerrero ilustre y eminente político fué á la vez un notable cultivador de las letras, y como tal vamos ahora á considerarle.

CÉSAR COMO ESCRITOR: *sus trabajos literarios*.—Como hombre de ciencia y como escritor J. César se halla colocado en el rango de los más ilustres de Roma: *Summus auctorum divus Julius*, dice Tácito. Y sin embargo, aquel gran genio militar y político, llamado

---

(1) Abstracción hecha de los *Comentarios* de César, la principal fuente que puede consultarse sobre la vida de este grande hombre es el *Divus Julius* de Suetonio, y además la *Vida de César* de Plutarco.—Son dignas de estudio las exposiciones que hacen de la vida del célebre dictador los historiadores de Roma, Drumann, Peter y Merivale. Por último Napoleón III ha dado á luz su *Historia de Julio César* (con atlas) en 1865.

por la claridad de su entendimiento y la energía de su voluntad de hierro á ser el dominador del mundo, conociendo su propia vocación, concentraba en ella todas las fuerzas poderosas de su inteligencia, no preocupándose grandemente de la gloria literaria, á pesar de que manejaba la lengua con singular pureza y elegancia, y de que poseía unas tan relevantes dotes oratorias que sólo fueron superadas por las de Cicerón. Esto no obstante, cultivó casi todos los dominios de la ciencia y de la literatura; si bien, en la generalidad de los casos, con algún determinado objeto político.

En su juventud cultivó la *poesía*, componiendo una tragedia titulada *Edipo* y un poema en honor de Hércules (*laudes Herculis*). La *astronomía* que desempeñaba un papel de gran importancia en la religión política de los romanos, fué objeto también de sus estudios, y entre los astrónomos es citado por Plinio al lado de Tolomeo y de Lydo; gran Pontífice, compuso obras especiales sobre los *auspicios* y los *augurios* (*Libri auspiciozum, auguralia*), y trabajó en la reforma del calendario; ya hemos dicho que como orador disputó la palma á Cicerón; durante la guerra de las Galias, dedicó al gran Orador un trabajo sobre *gramática* en dos libros con el título *De analogía*, en el cual se mostraba solícito partidario de la pureza del lenguaje, y en este punto no se limitó á consignar meras teorías: pues esta bella cuantidad literaria era distintiva de sus escritos; con marcado fin político escribió sus famosos *COMENTARIOS* y con el mismo espíritu un folleto titulado *Anti-Catón* (*Anticato*), contestando á un elogio de Catón por Cicerón: y por cierto que este libelo, indigno de su grandeza de alma, con razón es menospreciado por Plutarco: pues no correspondía á un hombre como César tratar con tan innoble saña en su tumba á aquel severo mártir de la República. También circulaban en la antigüedad sus interesantes *Cartas* y *Sentencias* (*Dicta colectanea*.) (1)

De toda esta varia literatura de César sólo poseemos en la actualidad sus renombrados *COMENTARIOS sobre la Guerra de las Galias y sobre la Guerra civil*.

DE BELLO GALLICO COMMENTARIORUM LIBRI VII: — DE BELLO CIVILI

---

(1) Los escasísimos fragmentos de los discursos de César, que *exstant*, acompañados de comentarios, pueden leerse en la Colección, varias veces citada, de Meyer (Orat. rom. p. 408 á 420), y en la edición de César, de Nipperdey, publicada en 1847; — los retazos, que aún existen, del tratado de *Analogía*, en la obra de Schlitter: De Julio Cæsare grammatico, Halle, 1865. — Los pasajes que hacen alusión á la correspondencia de este grande hombre con los personajes importantes de su época han sido reunidos también por el mencionado Nipperdey. Recientemente se han dado á luz otros estudios sobre los Fragmentos de César por varios sabios filólogos alemanes.

LIBRO III.—Sabido es que estos *Comentarios* son unas *Memorias militares*.—En la primera de estas dos obras narra Julio César, siguiendo el orden cronológico, la historia de sus campañas en la Galia, en Bretaña y en la Germania, y en la segunda hace el relato de la guerra contra Pompeyo y su partido. Consagradas estas obras á una historia especial, no podían tener el tono elevado y el espíritu épico de una historia universal. Los *Comentarios* del gran conquistador de las Galias, conviene tenerlo muy en cuenta, eran unas sencillas memorias escritas con la ruda franqueza del soldado, á la ligera y sin arte, en medio del tumulto de los campamentos y en los raros momentos de descanso que les permitía una vida incessantemente activa. Como fuente histórica son de un valor inestimable; sobre todo, los *Comentarios de la guerra de las Galias*. César es el escritor más antiguo que nos da á conocer este país, las costumbres de sus habitantes, sus trajes, sus usos, su religión, sus instituciones. Y son estas noticias tanto más seguras, cuanto que nuestro historiador no habla de las cosas de los galos sino hacia el cuarto año de la guerra, es decir, cuando las conoce suficientemente. Bajo el punto de vista geográfico y estratégico, la utilidad de los *Comentarios* ha sido proclamada por los jueces más competentes (1). La narración es sencilla y despojada de todo ornato, y el estilo tan natural y sobrio como no lo emplea ningún otro historiador romano, y en la literatura griega sólo admite parangón con el de los escritos de Jenofonte. Así estas Memorias históricas han sido celebradas por los críticos de todos los siglos. El Asinio Polión, el detractor de todas las glorias, fué el único entre los antiguos que censuró los *Comentarios*, haciendo cargo al autor de alterar los hechos, faltando á la fidelidad histórica. Pero no es este, repetimos, el juicio de los críticos más autorizados de todos los tiempos. Cicerón y Tácito consideraban esta obra de la más alta estima bajo el punto de vista histórico y literario. Y en cuanto á los modernos, oigamos

(1) Los grandes genios militares de los siglos posteriores han consagrado las mayores alabanzas y hecho objeto de su continuo estudio los *Comentarios*: Según I, el famoso Condé, Napoleón el Grande.—Después de haber publicado su obra citada el emperador Napoleón III, se han multiplicado en Francia los trabajos geográficos y militares sobre César: *F. de Saulcy*, Las Campañas de Julio César en las Galias. Estudios de Arqueología militar.—*L. Fallue*, Conquista de las Galias;—*Crewty*, Mapa de la Galia bajo el proconsulado de César.

el juicio del Tucídides de Alemania, Juan Müller: «Conozco que César me hace mirar como historiador infiel á Tácito. Es imposible escribir con más elegancia ni pureza que el autor de los *Comentarios*. En su lenguaje hay la verdadera precisión, que consiste en decir lo que es meramente necesario y ni una palabra más. César escribe como hombre de Estado, siempre sin pasión. Tácito es filósofo, orador, celoso amigo de la humanidad, y bajo todos estos títulos se apasiona alguna vez; entregándose uno ciegamente á él, puede ser llevado demasiado lejos: riesgo que no se corre jamás con Julio César. Sus razonamientos se refieren siempre á hechos que presenta con luminosa claridad, y en cuanto á su estilo es la imagen de su carácter. Podrían agitarse en su interior las pasiones más violentas; pero al exterior, aparece, como los dioses, por cima de todas las pasiones, sin que haya nada bastantemente grande para conmover su alma».

Los *Comentarios* que tratan de la *Guerra de las Galias* fueron publicados después de la conclusión de ésta, en 703: Los de la *Guerra civil* no parecen haber sido terminados: por luego no se extienden sino hasta la guerra de Alejandría. Después de la muerte de César, el círculo de sus amigos se creyó en el deber de publicar las campañas que no habían podido ser narradas por el Dictador, es decir: la guerra de Alejandría, la de África y la de España. Unidos á los *Comentarios* de César, suelen ir tres apéndices con los títulos *De Bello alexandrino*, *De Bello africano* y *De Bello hispaniense*, cuyos autores no son conocidos con entera certeza. Por luego las condiciones literarias del primero de estos opúsculos, *La Guerra de Alejandría*, revelan un autor ejercitado y deseoso de imitar el estilo de César. No ostentan igual carácter las otras dos obras *De la Guerra de África* y *De la Guerra de Alejandría*; pues bien á las claras se nota una falta de gusto literario, que contrasta considerablemente con la superioridad de los anteriores *Comentarios*. En opinión del docto Teuffel, *La Guerra de Alejandría* fué escrita por A. Hircio, ilustrado lugarteniente de César: y los otros dos relatos no por el culto Oppio (1), como se ha dicho, sino por algún oficial

(1) Hircio y Oppio poseían la cultura necesaria para escribir una obra de historia. Cicerón cita algunos escritos del primero, y Plutarco y A. Gelio del segundo. Teuff. H. de la L. R., I, 347.



que sin duda tomó parte en las dos campañas, según la prolijidad de los datos (durante la de España, Oppio se encontraba en Roma), y á cuyo subalterno encargó tal vez Hircio que anotase sus recuerdos, con intención de que le sirvieran de base para la historia que se propusiera él escribir, como continuación de sus anteriores *Comentarios de la Guerra alejandrina* (1).

---

(1) La edición *princeps* de César se publicó en Roma en 1469: habiéndose dado á luz innúmeras ediciones desde el siglo XV, traducciones en todas las lenguas, é importantes estudios y esclarecimientos por arqueólogos, historiadores, geógrafos, militares, y por los más insignes filólogos del mundo. Entre las traducciones españolas de los Comentarios, debemos citar las de D. José de Goya y Muniaín y la del académico de la Española D. Manuel de Valbuena. Una de las primeras versiones, que de las lenguas vulgares se dieron á la estampa, fué la publicada por Fr. Diego López de Toledo, comendador de Castelnovo. Toledo, 1498. En el siglo XVII los tradujo también Pedro García de Oliva.—Felipe III, á imitación de Enrique IV de Francia, tradujo parte de los Comentarios.—Entre las versiones francesas se celebra la de Artaud, que lleva la Colección Panckoucke: también es notable la alemana de Baumstark (Metzler).—Hay también una traducción griega de Planudio, que se encuentra en la de Lemaire. Ya hemos citado en sus lugares respectivos otras varias obras, que son dignas de consulta para estudiar la Vida y los Escritos de César. El catálogo de las que pueden añadirse sería interminable; pero no cerraremos esta nota sin apuntar las siguientes: *Hanns: De Cas. rerum a se gestarum scriptoris*;—*Napoléon I. Compendio de las guerras de César*;—*Mohjing: Quaestiones caesarianae*, etc.

## LECCIÓN 28.

### Cornelio Nepote y Salustio.

*Cornelio Nepote*: noticias sobre su vida y escritos.—Las *Vidas de los ilustres capitales*: Emilio Probo.—Virtudes y defectos del historiador Cornelio Nepote.—C. Crispo Salustio, su vida, su carácter, su genio.—Examen analítico y crítico de sus obras históricas. Méritos y defectos de Salustio.—Su renombre como escritor: elegante latinidad de Salustio.

CORNELIO NEPOTE: *algunas noticias acerca de la vida y de las obras literarias de este escritor*.—De pocos autores estaremos tan faltos de noticias acerca de su vida y de sus obras como de este antiguo historiador latino. Podemos únicamente fijar con precisión la época en que figuró, porque sabemos con certeza que eran sus amigos íntimos Cicerón, Ático y el elegante poeta Catulo, que le dedicó sus hermosos versos. Vivió en Roma probablemente; pero era originario de la alta Italia. Catulo le llama *Italus*; Plinio, *Padi accola* (habitante próximo al Pó); y Ausonio le dá el nombre de *Gallus*. Ahora bien, si nació en Verona, como se supone, estos diversos calificativos pueden convenirle: pues, en efecto, Verona pertenecía á la parte de Italia que se donominaba *Gallia togata* (1).—Este escritor no desempeñó cargo ninguno de la República, á semejanza en este punto de su amigo Pomponio Ático. Sábese que sobrevivió á éste, y que murió en tiempo de Augusto, y nada más respecto de su biografía.

En cuanto á sus composiciones literarias, encontramos citadas varias por los antiguos, que para nosotros se han perdido; y en cambio la única que poseemos como de Cornelio Nepote, y que los más sabios filólogos creen ser suya indubitadamente, no se encuentra mencionada por los autores antiguos, al menos con el título que

---

(1) Ostiglia (Hostiliz) cerca de Mántua, que tiene también la pretensión de haber sido su patria natal, le erigió una estatua en 2 de Mayo de 1868.—Ignórase el nombre de Cornelio Nepote.

lleva a la actualidad; nos referimos á las conocidas *Vidas de los ilustres capitanes*, tan manejadas por la juventud de nuestras escuelas.

De las obras de Cornelio Nepote los antiguos citan las siguientes:—a) una *Chronica*, verosimilmente en tres libros, que venía á ser una especie de Historia universal, ó quizá más bien una Historia de Roma con la que se relacionaban las de los demás pueblos: *omne ævum tribus explicare chartis*, dice Catulo;—b) unos libros de Ejemplos, *Exempla*, ó sea una Colección de casos y acontecimientos memorables, escrito con el fin de presentar el contraste de la sencillez y austeridad de la Roma antigua y las costumbres degeneradas de su tiempo;—c) unas biografías ó estudios biográficos de los varones más ilustres y distinguidos del pasado y de contemporáneos del autor; capitanes, hombres de Estado, príncipes, sabios, poetas, etc., publicada probablemente con el mismo intento que la anterior, la cual se cita con el título de *Libri virorum illustrium*;—d) una obra acerca de los Historiadores, *De historicis*, divididos en griegos y romanos;—e) Cartas dirigidas á Cicerón. Por los títulos de estas publicaciones se comprende la influencia que ejercía en los espíritus la literatura de Varrón.—Plinio afirma que Nepote se ejercitó también en la poesía; y los críticos modernos suponen que escribió sobre arqueología y geografía.

LAS VIDAS DE LOS ILUSTRES CAPITANES.—Yá hemos dicho que de todas estas composiciones de Nepote nada ha llegado hasta nuestros tiempos (1) sino el libro de *Los ilustres Capitanes*, que vamos á analizar. *Vite excellentium Imperatorum ó De excellentibus ducibus exterarum gentium*: así se intitula este libro de biografías, porque el autor efectivamente sólo cuenta en él las vidas de generales extranjeros: pues las dos más extensas biografías de Catón y de Ático (la de este último sobre todo) que suelen ir al final de esta obra, ó como apéndices de ella, pertenecen indudablemente á otras distintas: tal vez á la de los *Historiadores* ó á la de los *Varones eminentes* que hemos enumerado entre las perdidas:—ó quizá fueran publicadas al par que las de Cicerón y de César, que escribió también nuestro biógrafo.

*Las Vidas de los egregios Capitanes* hállanse dedicadas á su amigo Pomponio Ático. Después de la breve dedicatoria, contiene la obra veinte biografías de generales, casi todos griegos: atenienses

---

(1) Los fragmentos de todas estas obras han sido coleccionados por Schott, y reproducidos con correcciones y adiciones por Bos Staveren, Bardili, Roth, etc. Por lo demás no faltan indicios que Cornelio era leído todavía en el siglo IX.

unos, como Alcibiades, Temístocles, Alcibiades; espartanos otros como Lisandro y Agesilao; otros tebanos como Pelópidas y Epaminondas; y otros, como Timoleón, Dión y Erimines, pertenecientes á los demás estados de la Grecia. Viene después de estas biografías un capítulo *De regibus*, que no es sino un Catálogo de reyes de los griegos y persas,—y concluye el libro con las Vidas de los generales cartagineses Amilcal y Annibal.—En la mayor parte de los manuscritos y en todas las ediciones van después las mencionadas biografías de Catón y de Ático.

*Impostura de Probo.*—Ahora bien, esta obra de Cornelio Nepote, por un error de los doctos, se llegó á atribuir á un tal Emilio Probo, y con su nombre al frente se dió por primera vez á la estampa en 1471 y en las ediciones siguientes hasta el de 1563.—El origen de esta estúpida equivocación estuvo en un mal é incorrecto epigrama en seis dísticos (que se encuentra inserto en los manuscritos, después de el *Annibal*) en el cual dedica el mencionado Probo su libro á Teodosio (12); y en seguida viene la frase que ha dado lugar á tan varias interpretaciones «*Emilii Probi de exc. duc. exter. gent. liber explicit.*» *Aquí acaba el LIBRO DE EMILIO PROBO acerca de los generales de las naciones extranjeras.* El siguiente penúltimo verso del epigrama fué el que despertó la sospecha de no ser Probo el autor: «*Corpore in hoc manus est genitoris avique meaque.*» Se dedujo no sin razón que estos Probos eran de oficio editores ó copistas. El supuesto autor era, por lo tanto, un amanuense que dedicaba su libro, es decir, su manuscrito, su copia, al emperador Teodosio: á lo más, era sólo autor del epigrama que produjo tan singulares consecuencias. Gifario fué el primero que reivindicó el libro de que nos ocupamos á Cornelio Nepote; y después de él, el docto Lambino, insistiendo en que el mérito intrínseco y el clásico estilo de la obra no correspondían al de un escritor de fines del siglo IV, se decidió á publicarla á luz en París, en 1569, con este título *Emilii Probi seu Cornelii Nepotis excell. Imperat. Vita.* Sus argumentos repetidos por G. Savaro (1602), concluyeron por obtener la general aceptación, y á fines del último siglo (1775) el nombre de Probo desapareció por completo de la obra, y Cornelio Nepote se vió reintegrado en sus derechos.

Se ha seguido, no obstante, opinando por algunos que, si Probo



no es autor original de las *Biografías*, fué un imitador ó un extractador del historiador latino, á la manera que Justino lo fué de Trogo Pompeyo; pero la mayor parte de los doctos modernos como Bardili y Dábne, Valiki, Lieberkühn y Madvig, después de someter nuevamente esta cuestión á rigoroso examen, han declarado terminantemente que el autor de estas biografías, con su actual extensión y redacción, salvas algunas ligeras interpolaciones ó variantes, es el escritor del Siglo de oro Cornelio Nepote, teniendo precisamente en cuenta el contenido mismo de la obra y sus condiciones literarias.

VIRTUDES Y DEFECTOS DE CORNELIO NEPOTE COMO HISTORIADOR.— Vi- niendo ahora al *examen crítico de este historiador*, debemos consignar que los fragmentos que poseemos confirman el juicio que de él formó la antigüedad: Aulo Gelio se limita á decir que es «*rerum memoriae non indiligens*», Quintiliano no le incluye en su enumeración de los historiadores latinos, y Plinio le acusa de credulidad. Hay en su opúsculo biográfico omisiones y defectos incomprensibles: en efecto, no puede adivinarse á qué criterio obedecía en la elección de los *duces* ó *imperatores* cuya vida relata, ni por qué razón dejó en el olvido á otros, tanto ó más esclarecidos, como Brásidas, Arato, Filopemen, etc., ni se encuentra relación entre la manera prolija como cuenta la historia de algunos personajes y su valor real: ni, á pesar del título de la obra, se dan á conocer en ella la vida de los mismos como hombres de Estado, ni como capitanes, ni como ciudadanos; más bien se vé la tendencia á presentar los caracteres morales de estos héroes y de su época. En cuanto á las fuentes históricas en que ha bebido, ignórase como dejó á un lado á un historiador de tanto valer como Herodoto; y por otro es de extrañar la manera ligera como ha manejado á aquellos autores mismos por él consultados como Tucídides, Polibio, Éforo y Teopomp. Los anacronismos y errores geográficos ó históricos abundan: así, por ejemplo, confunde á Milciades, hijo de Cimón, con Milciades, su tío, hijo de Cypselo; en la vida de Pausanias confunde á Darío con Jerjes; en la de Cimón toma la batalla de Mycala, que ganaron Jantippo y Leotyquidas, por la que proporcionó la victoria á Cimón, 9 años después, cerca del Eurymedonte, etc., etc. —En cuanto á las cualidades literarias de esta obra: su estilo es

sencillo y conciso, claro y alguna vez enérgico; pero su latinidad, aunque del Siglo de oro, dista mucho de semejarse á la de los primeros historiadores de su época. (1)

C. SALUSTIO CRISPO. — Llegamos al más elegante de los historiadores latinos, al escritor C. Salustio, nacido de una familia plebeya de Amiterno, en el país de los Sabinos, en el a. 668 de Roma. Hemos dicho en otro lugar que Salustio pertenecía á aquella generación joven de estos tiempos, que así se distinguía por su elevada cuitura y por sus talentos como por su gran relajación en las costumbres. En efecto, por más que sus admiradores han tratado de recusar ó de atenuar las noticias que acerca de la agitada vida de Salustio nos han transmitido los escritores de la antigüedad, juzgando adulterada su biografía por enemigos y parciales, quedan siempre en pié irrefutables pruebas de que llevó una juventud desordenada, y de su inmoralidad también como hombre público. ¡Lástima que este grande hombre no hubiera sabido vivir como hablar!, decía Lactancio. Y en verdad parecen increíbles los datos que acerca de él nos dan sus contemporáneos, cuando se leen las páginas de este insigne escritor, en las que resplandece una moral pura y austera y las sentencias y enseñanzas más graves y profundas. — Relacionado con los personajes más notables de su época, especialmente con César, se arrojó, por ambición, en brazos del partido popular. Recibió la cuestura á la edad de 29 años, y el tribunado de la plebe seis años después. Hubiera continuado elevándose sin obstáculo á las más altas dignidades, si en el año 704 de R., no hubiera sido expulsado del Senado á instancia de los censores Appio Claudio Pulero y L. Pisón; fundándose, para imponerle tan gravísimo vejamen, en el delito de adulterio cometido con Fausta, hija de Sila y esposa de Milón. Parece, sin embargo, que en una época en que eran tan comunes semejantes escándalos domésticos

---

(1) Noticias biográficas: Plinio, H. N. III, 18, 127; IX, 39, 137.—Cicerón, ad Att., XVI, 14, 4.—Catulo, I, 3 y sts.—Aulo Gelio, XV, 28. De traducciones podemos citar, entre otras muchísimas, la española de D. Rodrigo de Oviedo, catedrático de los Reales Est. de San Isidro, publicada en Madrid en 1874;—la francesa de Calonne y Pommier, de la colec. Panckbucke, y la alemana de Dehlinger y Stern, de la colec. Metzler. Entre los Estudios críticos merecen citarse el Ensayo de un examen crítico, etc., de Rinck publicado en Venecia, en 1818, y trad. al alemán por Herrmann;—y los de Ranke, Waticky, Lieberkühn, Nissen, etc. (Véase Teuffel, I, 352.)



este famoso historiador se ha salvado del naufragio de los siglos. Sábese que escribió las obras siguientes: a).—*La guerra de Catilina*;—b) *La guerra de Yugurta*;—c) cinco libros de *Historias*;—d) y algunos le atribuyen dos cartas ó discursos, dirigidos á César, acerca *De la organización de la República*.

a.)—CATILINA Ó BELLUM CATILINARIUM.—*Historia de la célebre Conjuración de Catilina del a. 691 de R.* Según todos los datos que poseemos, este debió ser el primer ensayo literario de Salustio; por lo menos sabemos con certeza que fué anterior á las otras obras suyas históricas, y que debió probablemente darle á luz hacia el a. 708. Esta importante composición histórica comienza con una introducción, de carácter moral ó filosófico, en la cual el escritor pinta con los más vivos y enérgicos colores la corrupción y calamidades de su tiempo, y la relajación profunda del sentido moral, pasando, después de esta brillante declamación filosófica, á la exposición de los hechos; pero preocupándose en realidad más de la elegancia de la narración y de la pintura de los caracteres que de revelar las causas y los resortes secretos de los acontecimientos. La sana crítica echa de menos en esta monografía histórica, de carácter eminentemente político, una reseña más ó menos prolija del estado de los partidos que se disputaban á la sazón el poder en Roma y una instrucción suficiente y clara de las circunstancias que favorecieron al audaz Catilina, á pesar de su vida desenfrenada, para atraerse los valiosos elementos con que llegó á hacerse temible al gobierno de la República. Pero si estas omisiones de Salustio son censurables, todavía lo es más que faltara en sus relatos á la primera condición que debe enaltecer al historiador: á la imparcialidad. En odio sin duda á Milón, cuyo hogar había deshonrado, deja velada, en el relato de esta historia, la figura de Cicerón, patrono y amigo del matador de Clodio, pasando en silencio los grandes servicios que valieron al ilustre Cónsul el título de Padre de la patria; así como tampoco dice una palabra acerca del papel equívoco de César, cuyo espíritu se hallaba sin duda en favor de los conjurados. Si se toman en cuenta estas consideraciones, no puede tenerse á Salustio en la *Catilinaria*, por un historiador modelo; pero sí en esta, como en todas sus otras obras, por un escritor de hermosa latinidad y de admirable estilo, y por un grave pensador. Propí-



scse como modelo al historiador griego Tucídides, y, en efecto, se vé cuánto se afana por copiar aquella majestuosa enérgica sobriedad y sencillez que tanto realce prestan á la obra del historiador insigne de la guerra del Peloponeso.

b). — IUGURTHA SIVE BELLUM JUGURTHINUM. — *La Historia de la Guerra yugurтина* es evidentemente superior á la *Catilinaria*. Salustio podía mostrarse en esta obra enteramente imparcial, porque en ella era simple narrador de los sucesos de otro siglo: desde la época en que ocurrió la lucha del héroe nómida con los romanos hasta la fecha en que los consigna en estas brillantes páginas el gran historiador latino, han pasado más de 60 años: de manera que Bocco y Yugurta, Mario y Sila vivían ya en el mundo de los recuerdos. Es verdad que Salustio se esmeró por ser en esta monografía, en todo cuanto le era posible, exacto y completo: él consultó los manuscritos púnicos de Masinisa, de Micipsa, de Hiempsal II; él procuró informarse con toda detención de las antiguas tradiciones nómidas; él, en fin, recorrió el país en todos sentidos, visitando los lugares todos que habían presenciado los triunfos ó las derrotas de las legiones romanas. En estas descripciones tópicas y en las noticias curiosísimas que nos da sobre aquellas razas africanas, eternamente feroces ó incivilizadas, hay una verdad y una exactitud tan admirables que serán siempre una fuente de inestimable precio para el estudio de la geografía antigua y de la etnografía. Al pueblo, cuyas costumbres y carácter pinta Salustio, se le encuentra aun hoy en los ardientes arenales africanos. Pero el arte del escritor no aparece en ninguna parte de la obra tan perfecto como en el relato de los acontecimientos: el historiador va trasladando sucesivamente al lector á los distintos lugares que fueron teatro de los graves sucesos de su historia. Comienza escribiendo, como si dijéramos, el primer acto del drama: la escena es en el palacio y en la corte del rey de Numidia. La desgraciada familia del rey Micipsa rodea su lecho de muerte; la herencia del reino queda *pro indiviso* entre sus hijos legítimos Hiempsal y Adeherbal y su sobrino Yugurta, el bastardo hijo del difunto Manastabal, y nieto de Masinisa. Este violento disimulado príncipe nómida ambiciona quedarse dueño único del reino, y da muerte á uno de sus coherederos en el trono, mientras que el otro marcha á Roma á demandar protección

del Senado.— Cambia después la escena: el historiador nos traslada á la metrópoli, á aquel inmundo centro de venalidad y de corrupción, donde se amañó la escandalosa impunidad del tremendo crimen. El desdichado príncipe Adeherbal, tímido y suplicante, se arroja vertiendo lágrimas á los pies de los senadores; pero en el entretanto los emisarios de Yugurta derraman á su espalda el oro y las promesas.... Sabidos son los acontecimientos que vienen después, la muerte de Adeherbal, la declaración de la guerra; los desastres que experimentaron las armas romanas, en las primeras campañas, por la vil traición de los mismos jefes sobornados por Yugurta; los triunfos de Mario; la fuga de Yugurta, acogiéndose á su suegro Boco, rey de la Mauritania; y el comprar este príncipe su perdón de los romanos, mediante la vil acción de entregar al indómito Yugurta, el cual fué llevado á Roma como trofeo de guerra, pereciendo por último de hambre en el fondo de un calabozo

c).—HISTORIARUM LIBRI V.—Estos 5 libros de *Historias* abrazaban un período de 12 años desde el 675 al 687, narrando en ellos los acontecimientos militares y civiles de Roma desde la guerra de Yugurta hasta la conjuración de Catilina, con lo cual enlazaba Salustio sus dos historias menores con la descripción de los tiempos intermedios, dejando la historia completa de aquel período agitado y memorable en que se fué preparando la caída de la República. El plan y la composición de esta obra histórica es difícil determinarlo, pues no han llegado hasta nosotros de la misma sino algunos fragmentos del género oratorio. Á fines del siglo pasado, el docto presidente del parlamento de Borgoña, Carlos De Brosses, ensayó la reconstitución de esta obra, la más notable de Salustio; pero su trabajo, aunque digno de admiración, por ser un portento de erudición y estudio, es las más de las veces conjetural. Sábese tan sólo que Salustio trataba sucesivamente en las *Historias* de la guerra de Sertorio en España, de la expedición de Lúculo contra Mitridates, de la guerra de Espartaco y de la de los Piratas. Es decir, que muy probablemente esta obra no debió constituir un relato completo de todos los sucesos ocurridos en la mencionada *dodécada*; sino que se compodría muy probablemente de verdaderas monografías, pues el mismo Salustio nos enseña que él se propuso escribir la historia de los sucesos *carptim*; es decir, escogiendo

aquellos que le parecían más dignos de particular atención y estudio.

Todos los discursos y epístolas que se contenían en las tres obras de Salustio, fueron coleccionados, probablemente, en el segundo siglo de la era cristiana, para el uso de las escuelas de los retóricos. De esta colección sólo se conservan cuatro discursos de Lépido, de Filipo, de Cota y de Macro, pertenecientes á la obra de las *Historias* y dos cartas de Gneo Pompeyo de Mitridates.

d.)—DUE ORATIONES SIVE EPISTOLE DE REPUBLICA ORDINANDA.—En las ediciones de Salustio figuran, después de la Catilinaria y de la Yugurtina, estas dos *Cartas* ó *Discursos acerca de la organización de la República*, dirigidos á César, cuando se hallaba empeñado en la guerra de España contra Petreyo y Afranio. Vienen á ser estos documentos una especie de programa de la revolución que intentaba el partido cesariano y que realizó en parte el célebre Dictador: abatimiento de la nobleza, extensión del derecho cívico y establecimiento de la monarquía. Unos críticos, como Wosio y Douza y el mismo De Brosses, admiten la autenticidad de estos discursos á César; otros como Justo Lipsio, Carrio, Gerlach, Wolf y Kritz, dudan que tales composiciones sean de Salustio, juzgándolas más bien imitaciones hechas á modo de ejercicios retóricos, en época posterior; opinión que se encuentra muy admisible, cuando se recuerda que este elegante historiador latino fué el modelo más estudiado y más copiado en todo el período que se extendió desde el reinado de Adriano hasta el de Cómodo.

Respecto á las dos DECLAMACIONES de Cicerón contra Salustio, y de Salustio, contra Cicerón, que suelen ir también al final de las obras de Salustio, ya hemos dicho que son tenidas por evidentemente apócrifas.

MÉRITOS Y DEFECTOS DE SALUSTIO COMO HISTORIADOR.—Un juicio general de las obras de este historiador bajo el punto de vista de su arte, de su estilo y de sus demás condiciones literarias, casi se hace innecesario, después de las indicaciones que hemos hecho al analizar separadamente cada una de sus obras. Salustio es sin disputa el primer historiador literario de Roma. Abandonando por completo la senda de sus predecesores, él se propuso imitar, como ya hemos dicho, y lo ejecutó con éxito brillante, al grave historiador griego

Tucídides. Tal vez no iguale á su modelo en la elevación del punto de vista en que se colocaba; pero en su crítica penetrante, en su manera enteramente objetiva de presentar los hechos, y en la ordenación misma de sus obras, le imitó cumplidamente y hasta en el sistema de las *introducciones* y en el arte de mezclar los *discursos con las narraciones* para poner de relieve la situación y los caracteres de los actores. En cuanto al estilo, aspira también, como el historiador ateniense, á ser breve y substancial, pecando á veces en el extremo opuesto de la oscuridad y de la ambigüedad. Su latinidad es de lo más puro del Siglo de Oro; usa sin embargo, con alguna frecuencia los arcaísmos, lo que unido al tono retórico, que no escasea en sus escritos, valió á Salustio el número infinito de admiradores que tuvo en la época de Fronton y más tarde en el siglo IV y V de la era cristiana. Veleyo Patérculo, Quintiliano y Marcial le proclaman como el primer historiador de Roma. San Agustín y Luis Vives lo consideran como el que mejor ha poseído el arte de embellecer la historia, produciendo en el lector tal encanto que gusta más cuanto más se lee. (1)

---

(1) *Traducciones*: en castellano tenemos la del maestro Francisco Vidal de Noia, varias veces impresa en el siglo XVI;—la de Manuel Sueyro, del siglo XVII—y la magnífica del infante D. Gabriel, dada á luz en Madrid en 1772 con hermosos grabados. De esta traducción, seguida de la de otros fragmentos por M. Pelayo, se ha hecho recientemente otra edición en la *Biblioteca clásica*.—Son de notar asimismo las versiones francesas de Du Rozoir, en la Colección Panckoucke, la de Dureau de la Malle, etc., la italiana de J. Jacobo Mistrali, y las alemanas de Goriz, de Cless y de Dietsch, de la col. Metzler.—*Artículos críticos y exegéticos*: Lechner, *Observationes in nonnullis Sallust. locos*;—Nast, *De virtutibus Historiæ salustianæ*;—Gründel, *Questiones sallustianæ*;—Kunhardt, *De latinitate Salustii*, etc.



## LECCIÓN 29.

### Lucrecio y Catulo.

*Lucrecio*: escasas y oscuras noticias que se tienen acerca de este poeta. Su poema didáctico *De rerum natura*: análisis y examen crítico. Juicio de antiguos y modernos sobre este poeta: *El Anti-Lucrecio*, de Polignac. *Catulo*: su vida. Clasificación de su repertorio poético: epigramas, odas, elegías y epitalamios. Indicación de los más notables. Juicio crítico de la literatura poética de Catulo.

Pasamos á ocuparnos de los grandes poetas que figuran en esta segunda mitad de la Época ciceroniana: de LUCRECIO y de CATULO, representante el primero de la generación más antigua, que miraba con hondo pesar las calamidades de los tiempos, y alejada de las enconadas luchas de los partidos, se entregaba á la vida del pensamiento; y el segundo, de la generación joven, que se agitaba en el oleaje de la política candente y se dejaba arrastrar por el torbellino de sus pasiones.

LUCRECIO.—Partidario de la doctrina de Epicuro, el poeta latino Lucrecio, no olvidó aquella máxima de su maestro, que decía: *λάθε βίωσας, oculta tu vida*, y nada nos dejó consignado respecto de ella, hallándose su biografía envuelta en las más espesas tinieblas. Sábese tan sólo que nació por los años 657 á 659 de R., de una familia ilustre, y que vivió, por lo tanto, en la época de las terribles proscripciones; pero no puedo afirmarse qué parte pudo caberle, por la posición y rango de su familia, en las desgracias de aquellos tiempos; pudiendo únicamente inferirse que por los azares de la política sufriría algunas amarguras, puesto que continuamente alaba «al feliz mortal que atraviesa tranquila y plácida el mar de la vida en medio de las borrascas que hacen zozobrar la nave del Estado;» y puesto que parece haber redactado su poema para sustraer á su querido amigo Memmio, á quien lo dedica, de las intrigas, y amargos de la política, haciéndole que espaciara su ánimo en las regiones serenas de la ciencia. Fué contemporáneo, como sabemos, de todos los grandes hombres del último período de la República, habiendo conocido á Cicerón, á Varrón, á César, á Pompeyo, á Salus-

tio y á Catulo: y como todos ellos, recibió una instrucción variada, especialmente en las ciencias filosóficas. La misma escasez de noticias que tenemos respecto de su vida, tenemos también de la fecha y modo de su muerte, que fijan los autores en los años 699 al 703. Por luego debemos consignar que las tradiciones novelescas que se han consignado respecto de este gran poeta parecen notoriamente inverosímiles á los críticos más eminentes. (1) Dió la preferencia entre todos los sistemas de la filosofía griega, que á la sazón se explicaban por notables maestros en Roma, á las doctrinas de Epicuro, siendo producto de sus estudios, sobre este sistema, el poema filosófico-didáctico, que legó á la posteridad intitulado *El Poema de la Naturaleza*:—DE RERUM NATURA—cuyo contenido vamos á exponer, manifestando seguidamente el juicio que ha merecido á antiguos y modernos.

EL POEMA DE RERUM NATURA. —Se halla dividido en seis libros; y es muy probable, á pesar de las lagunas que encontramos en los libros I y VI, que poseamos la obra entera de Lucrecio casi como debió salir de las manos del poeta, á lo menos tal como debió dejarla después de su muerte. (2)

El poeta, entusiasta ardiente del mismo sistema filosófico que Cicerón combatió sin tregua durante toda su vida, se propone demostrar sus excelencias sobre todas las otras doctrinas filosóficas, que imperaban á la sazón en la Roma gentilica. Siguiendo, pues, al filósofo de Atenas, describe Lucrecio la naturaleza física, y la naturaleza espiritual; expone después la manera como pudo formarse el mundo por el concurso fortuito de los átomos, desenvolviendo de una manera brillante la historia del género humano, y de sus pro-

---

(1) Á todos los AA. parece absurda la tradición de que bebió un filtro amoroso que lo dejó estúpido ó hipocondríaco; así como la de que escribiera su poema en los momentos que gozaba de lucidez. Tampoco puede afirmarse con certeza si murió suicidado.

(2) El faltar en este poema algunos versos, citados por los escritores antiguos como pertenecientes al mismo, las desigualdades que se notan en algunos pasajes con relación al resto de la obra, y la multitud de variantes que se encuentran en los mss, indujeron á Eichstaedt á suponer una doble recensión del poema, de la cual sólo la segunda ha llegado hasta nosotros. Forbiger cree que esta suposición es insuficiente para resolver todas las dudas y confusión que ofrece la discrepancia de los textos, y juzga más probable que fuera revisado, y en gran parte modificado, en una época posterior, tal vez en el siglo II de nuestra era, por algún otro poeta inferior á Lucrecio. Bachr, I, 262.

gresos sucesivos, explicando por último los principales fenómenos de la Naturaleza.

*Libro I.—Origen del mundo: teoría de los átomos.*—Después de la invocación de Venus, que parece ser imitación del *Hipólito* de Eurípides, y de la dedicatoria á Memmio, sigue el elogio de Epicuro y la exposición de su doctrina acerca del origen de los mundos, y de los seres que los pueblan, señalando como constante génesis de ellos el vacío con los átomos.—En el libro II se exponen las cualidades creadoras de los átomos.—En el libro III señala como origen del temor que causa la muerte la ignorancia de la naturaleza del alma; combate la metempsicosis y considera los suplicios del Tártaro como una alegoría de los tormentos de la vida. En el libro IV explica las fuentes del conocimiento, que no son, dice, sino las imágenes y la sensación, considera los sentidos como infalibles, si bien incompletos para la satisfacción de nuestras necesidades; concluyendo con la explicación de los sueños y de las imágenes voluptuosas, y del amor. Por último, en los libros V y VI explica más concretamente la vida sideral y la terrena: en el V el sistema y movimiento de los astros, los eclipses y el fenómeno de los días y de las noches; y en cuanto á la Tierra expone cómo sucesivamente fueron surgiendo del seno de la naturaleza las plantas y los árboles, las aves y los cuadrúpedos, y finalmente el hombre, y con el hombre las grandes creaciones humanas: el lenguaje,—la propiedad,—el gobierno,—la guerra,—la religión—y sucesivamente todos los inventos de la industria, de las ciencias y de las artes;—y en el VI libro, después de hacer un brillante elogio de la patria de Epicuro, explica los meteoros y fenómenos de la naturaleza (que tanto aterran á los hombres) terminando bruscamente la obra con la descripción de la asoladora peste de Atenas.

La desesperante desconsoladora filosofía, que se desenvuelve en este poema de formas tan enérgicas y grandilocuentes, era el reflejo vivo de la desilusión y el escepticismo que se habían apoderado de los espíritus más elevados, en aquella sociedad degradada y enferma, que había perdido la fe religiosa de sus mayores y el amor á aquella austera *virtud* antigua, al calor de la cual había conquistado sus más preciadas glorias.

Para apartar á sus amigos y á su patria de aquella senda de relajación y de ruina moral el poeta Lucrecio no encuentra otro remedio sino la filosofía de Epicuro, mas esta doctrina en vez de levantar los espíritus acabará de enervarlos haciéndoles preferir en política la abdicación al noble patriotismo, el reposo á la libertad;—en religión los llevará á un casi ateísmo desconsolador;—y en moral á un egoísmo perfeccionado, que tomando por lema el «*vacare a dolore*», considerará inobligado todo sacrificio del propio bienestar en

aras de la humanidad.—Cierto que no sería este el intento del poeta, que era un espíritu serio y elevado; mas tales fueron las consecuencias del epicureísmo por él sustentado, cuando llegó á hacerse predominante en la época del Imperio.—Pero si pudo dar estos amargos frutos aquella doctrina filosófica, en cambio hay que reconocer que en el poema de Lucrecio se combaten con admirable ardimiento las supersticiones del gentilismo, y que en este sentido su obra poética pudo contribuir grandemente á derrocar de sus altares los ídolos paganos: pues atacó enérgicamente las ridículas creencias que habían dado origen en los pueblos antiguos á las prácticas más absurdas (á la adoración de los elementos y seres de la naturaleza, á los augurios, auspicios... etc. y hasta á los bárbaros sacrificios humanos) para hacer propicios á los dioses, ó para aplacar su cólera, cuando los creían irritados. Ahora bien, este poeta filósofo que combatía la religión tan atrevidamente, no niega en absoluto la existencia de la Divinidad; sino que se limita á considerar los dioses como viviendo en los inter-mundos, indiferentes á todo, gozando eternamente de su beatitud inalterable. Por lo demás, en esta exposición técnica de las doctrinas filosóficas de Empedocles y de Epicuro, se encuentran graves errores de la Moral y de la Ciencia antigua; pero, aunque el fondo de las doctrinas que contiene este grandioso poema han sido impugnadas por grandes filósofos de la antigüedad, y todavía con más vehemencia y con más alto sentido por la crítica filosófica cristiana, todos reconocen unánimemente que la obra de Lucrecio, literariamente considerada, es una de las más notables creaciones de la musa romana, no sólo por su originalidad y noble estilo, sino porque, á pesar de la aridez del asunto, supo el numen superior de Lucrecio derramar sobre él torrentes de poesía, principalmente en las digresiones y episodios, que le prestan encanto y amenidad.

Todos los amantes de la bella literatura celebran, y grandes poetas han imitado, los siguientes bellísimos pasajes del Poema que nos ocupa; la *Invocación á Venus*, el *Elogio de Epicuro* y el *Sacrificio de Ifigenia* del libro I;—la *Tranquilidad y la dicha del varón sabio y prudente*;—el *Rico insaciable* y el *Hombre que vive feliz con poco*, del II;—la *Consolación sobre la muerte* y la *Prosopopeya de la Naturaleza*, del III;—los *Sueños*, del IV libro;—del canto siguiente, las *Estaciones*, la *Humanidad primitiva*, el *Origen de la Sociedad* y la *Invención de las artes*, y la dicha que resulta de



la *aurea medicinitas* (de la afortunada medianía); y por último, en el libro VI, la conmovedora descripción de la *horrorosa Peste de Atenas*.

JUICIO DE ANTIGUOS Y MODERNOS ACERCA DE LUCRECIO. — *El Anti-Lucrecio de Polignac*. — Los escritores de la antigüedad prodigaron al genio de Lucrecio las mayores alabanzas. Cicerón, Virgilio, Ovidio lo consideran como uno de los más insignes vates de la antigua Roma. Molière, Voltaire y otros varios filósofos y escritores modernos han confirmado aquellos mismos juicios: sin que por esto digamos que le han faltado censores duros ó inexorables á este poeta latino. Lessing y algunos otros críticos le han juzgado muy desfavorablemente.

Un afamado príncipe de la Iglesia, el cardinal Melchor de Polignac, escribió, á mediados del siglo XVIII, un poema latino intitulado *Anti-Lucretius, seu de Deo et de Natura*, con el objeto de refutar las doctrinas del poeta Lucrecio, al mismo tiempo que el sistema de Newton, que á la sazón comenzaba á suplantar las teorías de la escuela cartesiana á la que era afecto el ilustre cardinal. Este raro poema se publicó en 1747, después de la muerte de su autor, quien modestamente se declara vencido por el escritor latino á quien combate, en cuanto á la galanura y energía de la expresión, creyéndose tan sólo superior en la doctrina.

*Eloquio victi, re vincimus ipsa.* (1)

Y en efecto, es preciso confesar que aunque la lengua de Lucrecio está repleta de arcaísmos y que es todavía algo ruda, es de una latinidad pura, enérgica y fuerte para su siglo, admirable en comparación con la de sus predecesores. (2)

(1) Puede leerse un curioso análisis y trozos del *Anti-Lucrecio* en la Literatura latina de Leirauc, p. 92.

(2) Entre los antiguos comentadores del poeta Lucrecio se cuentan Valerio Probo y San Jerónimo. Durante la Edad media fué olvidado por completo. En el siglo actual han escrito sobre el sistema filosófico expuesto en el poema *De rerum Natura* los doctos críticos Suckau, Braun, Hildebrant, P. Montee, Martha, y otros varios, así como sobre su lengua y métrica han disertado con gran erudición Altenburg, Proll, Schubert, Holtze, Rühn y otros humanistas. En cuanto á traducciones de este poema, no sabemos que haya más versiones castellanas que la reciente del poema completo por el Dr. D. Manuel Rodríguez Navas, publicada en Madrid; la de cuatro fragmentos traducidos por el marino D. Gabriel Ciscar, que se encuentran insertos en sus *Ensayos poéticos*;—la invocación *Eneadem genitrix*... traducida por Lista; y un trozo del canto I traducido por Menéndez Pelayo.—De las extranjeras, son notables la italiana de Alejandro Marchetti; las francesas de Lagrange, y la de Pongerville, de la col. Panckoucke, y las alemanas de Rinder y de Brieger.—En cuanto á estu-

CATULO.—La misma revolución operada por Cicerón en la Oratoria y la prosa literaria, llevó á cabo el popular poeta C. Valerio Catulo en el campo de la Poesía: así como el gran tribuno transformó el mecanismo de la frase romana, y, gracias á la cultura ática tanto como á su genio, hizo olvidar la ruda aunque vigorosa elocuencia de los antiguos oradores, así el vate romano, de quien varios á ocuparnos, implantó en el suelo latino toda la gracia, los giros, el estilo y la manera de la escuela griega, habiendo llegado á escribir con arte tan delicado y con ritmos tan dulces y melodiosos, que los griegos mismos vieron en él un rival de Anacreonte. Nació Catulo en Verona (1) en el año 667 y murió en el 700. Pertenecía nuestro poeta á una de aquellas familias nobles de provincia, que eran tan estimadas en su país como en la misma Roma; así es que su padre estuvo unido con vínculos de estrecha amistad con muy distinguidos personajes de la época, entre ellos con Julio César, pues en su casa bellísima de Verona había dado algunas veces hospitalidad al conquistador de las Galias, contra el cual debía lanzar más adelante el mismo Catulo los acerados tiros de sus epigramas políticos. Fué llevado á Roma por un tal Manlio, amigo suyo, y allí se relacionó bien pronto con todos los hombres de letras más esclarecidos que residían en la capital: con Cicerón, con Cornelio Nepote, y con otros varios. Según parece había estudiado en la misma Grecia la encantadora literatura poética que tan felizmente supo trasladar á la lengua latina, introduciendo en ella los graciosos metros y deliciosas imágenes de Anacreonte, y de la tierna musa de Lesbos. Gozaban con las encantadoras imitaciones de Catulo sus ilustrados amigos, admirando la facilidad de su numen poético, y aceptando con orgullo los poemas que les dedicaba el joven poeta.

---

dios críticos, ya hemos indicado los nombres de los más notables eruditos que se han ocupado de Lucrecio: entre los trabajos de estos doctos filólogos llamamos la atención sobre el libro del sabio profesor *Martha*, publicado en París en 1872, con el título de: *El Poema de Lucrecio, moral, religión, ciencia*. Sobre los demás, v. Teuff. I, 361.

(1) *Vannuci*. El padre de Catulo honró en la antigüedad al guerrero italiano que conquistó la Galia, y sometió otros muchos pueblos al yugo romano; en cambio, en nuestro siglo, se ha honrado la memoria de Catulo, de un poeta italiano, por un guerrero de la nación francesa. En el año 1801, después del sitio de Peschiera, el general Lacombe St. Michel se detuvo en la península de Sermione, con el objeto de festejar en su patria al elegante poeta Catulo.

Pero no sólo rodearon al vate veronés amigos graves que le animaron á buscar inspiración en asuntos serios y elevados; la juventud disipada de la época, que vivía perpetuamente entregada á los vicios y á las gaiantes aventuras, rodeó bien pronto al poeta y le arrastró por la senda de sus desórdenes y de su vida vertiginosa. Entonces nació en su ardiente corazón la loca pasión hacia *Lesbia*, cuya hermosura y atractivos canta en enamoradas estrofas, respirando la dicha que rebosa, como más adelante se duele triste y desesperado de los desengaños que experimenta en sus amores. (1)

En compañía del pretor C. Memmio Gemello, el mismo á quien dedica Lucrecio su poema, hizo un viaje á Bythinia, contando por este medio recuperar la fortuna que había perdido en su anterior vida de prodigalidad y desenfreno. Parece que no debió ver cumplidas sus ilusiones, pues él mismo nos dice que regresó tan pobre como antes «con la bolsa llena de telarañas». Pero si no pudo aliviar su patrimonio, enriqueció notablemente su fantasía, y dió abundante pábulo á su gran sentimiento poético, recorriendo en aquella expedición las ciudades más famosas en la poesía y en la historia. Después de la peregrinación de Asia, se restituyó á su casa paterna, en busca de reposo para su cuerpo y de alivio para los pesares que atormentaban su alma. Entregóse en aquellos dulces lugares á los más puros afectos de familia, dedicando, á la muerte de su hermano queridísimo, muerto en la flor de su vida y lejos de su patria, una elegía por todo extremo conmovedora.— Multitud de amigos pretendieron aliviarle del peso de sus desgracias; otros le fueron ingratos. El más fiel de los primeros, y el que le prodigó mayores beneficios, fué Manlio Torcuato, cuya noble fidelidad pagó el poeta, inmortalizando su nombre en el famoso epitalamio en que cantó las nupcias de su ilustre amigo con la bella Julia, tan notable por su hermosura como por su linaje. De igual modo, y con el mismo estro, dedicó otras varias composiciones á la casta unión de los esposos: hermosos epitalamios, que contrastan notablemente con sus primeras inspiraciones eróticas.— En la épo-

---

(1) Esta *Lesbia* era Clodia, hermana de Clodio, el implacable enemigo de Cicerón. Coqueta impudente, digna de su siglo: no pudiendo soportar el lazo que la unía á Meio Céfero, su marido, parece que halló medios de romperle violentamente, y en su lúbrica viudez se abandonó á todos los extrayíos del libertinaje.

ca agitada de sus pasiones: no le preocuparon las luchas intestinas que ensangrentaban el suelo patrio, ni los graves peligros que amenazaban á la República. Hasta que César llegó á la cumbre de su poder no se fijó en los males públicos: afiliándose entonces en el partido enemigo del dictador, compuso contra él virulentos epigramas, siendo ayudado en esta obra político-literaria por su amigo íntimo el mordacísimo poeta Licinio Calvo (1). Catulo murió á la edad de 33 años en la plena madurez de su ingenio después de haber enriquecido con sus versos dulces y armoniosos la Poesía lírica latina.

REPERTORIO POÉTICO DE CATULO. *Su clasificación: epigramas, odas, elegías, epitalamios.*—La COLECCIÓN POÉTICA DE CATULO comprende, entre composiciones serias y ligeras, unas 115 piezas, y lleva por título VALERII CATULLI AD CORNELIUM NEPOTEM LIBER. Las poesías de Catulo, si bien son líricas todas, en el lato sentido de la palabra, admiten alguna división: pues unas pertenecen al género epigramático; otras son odas propiamente dichas, ó verdaderos poemas líricos; y otras, las de mayor extensión é importancia, corresponden al género narrativo, ó al elegíaco. Los poemas de menor extensión constituyen la verdadera obra literaria original y propia de este poeta. Campean en ellos una rica variedad en los asuntos y en la métrica: unos, como su *Canto al pájaro*, delicias de su amada Lesbia, son verdaderos madrigales; otros son poemitas de carácter satírico llenos de gracia y donosura, ó desahogos de su musa, cuando se hallaba como la de Anacreonte entregada al amor y á los placeres. En toda esta poesía hay una verdad y un sentimiento que conmueven el corazón; pero en las de carácter báquico ó erótico suele haber tal desenfado y desnudez que repugnan á nuestro espíritu, educado en distinta influencia social, y en costumbres más reservadas y pudorosas que las predominantes en la sociedad antigua, y más principalmente en el siglo de corrupción de nuestro poeta. El mismo parece querer excusarse de este extravío dicién-

(1) Catulo es un poeta provincial que no perdona á los grandes de Roma su insolencia y su dureza con los países conquistados. La vida privada de César, el espoliador de la Galia, de la España y de la Bretaña; y la elevación á las dignidades de la República de las viles hechuras del grande hombre, tales son los asuntos de los acerbados epigramas políticos de Catulo.



donos; «*basta que el poeta sea casto; no es preciso que lo sean sus versos*».

Entre sus composiciones de carácter satírico se encuentran, como queda dicho, los epigramas políticos dirigidos á César «*Ad Mamurrum*». Los poemas que pertenecen al género narrativo y elegíaco, son en parte traducciones, en parte imitaciones de los griegos, particularmente de los poetas de Alejandría, y especialmente de Calímaco. Entre sus más notables elegías se cita la dedicada *Á la Cabellera de Berenice* DE COMA BERENICES, — la dirigida *Á Manlio*, AD MANLIUM; y la elegía fúnebre *Á la tumba de su hermano*, INFELIX AD FRATRIS TUMULUM.

Entre las composiciones puramente líricas más importantes y notables de Valerio Catulo deben citarse el hermoso citado Epitalamio escrito con motivo de las bodas de Julia y Manlio, lleno de amor y de poesía y escrito con gracia incomparable, una oda sáfica AD FURIUM ET AURELIUM, un precioso Himno en honor de Diana, y una bellísima imitación de Safo, dirigida á Lesbia, pintándole su amor: — (números 61, 11, 34 y 51 de la Colección).

Por último, en el género épico-lírico la obra maestra de nuestro poeta es su Epitalamio intitulado CARMEN DE NEPTIS PELEI ET TETIDIS, imitación felicísima de la poesía griega, en la cual el autor ha reunido en armonioso conjunto varios mitos y leyendas de la época heroica de la Grecia. En la parte principal de este poema se expone la expedición de los argonautas, con que comienza la obra; y la poética leyenda de las desventuras de Ariadna abandonada por Teseo, episodio el más interesante del poema. Estos relatos y episodios constituyen la parte puramente épica de la obra; empezando desde el verso 324 la parte lírica de la misma, con un bello Himeneo que cantan las Parcas en la fiesta nupcial honrada con la presencia misma de los dioses, en cuyo canto anuncian las diosas del Destino el nacimiento y la gloria de Aquiles.

JUICIO ACERCA DE LA LITERATURA PÓETICA DE CATULO.—Por la anterior exposición puede estimarse el fundamento que tuvieron sus contemporáneos y toda la antigüedad para incluirle con el número de los grandes poetas. Cornelio Nepote lo levantaba al nivel de Lucrecio, considerando á ambos como los dos grandes poetas de su siglo; Tibulo y Propertio lo mencionan con singular estimación,

Ovidio dijo de él: «*Verona se enorgullece de ser la patria de Catulo, como Mantua de ser la cuna de Virgilio*», pensamiento casi repetido después por el poeta Marcial.

En suma: todos sus contemporáneos le elogiaron, dándole el epíteto de *doctus*, de *poeta sabio*, lo que en la antigüedad valía tanto como decir: escritor ó poeta que había sabido con labor y arte admirable trasladar á la lengua nacional los primores y bellezas de los modelos griegos. Catulo contrajo evidentemente el mérito de haber perfeccionado la lengua rítmica poética y de haber imitado con toda perfección á los poetas griegos; pero la crítica moderna menos le aplaude por este mérito, que es indisputable, que por la gracia, sentimiento y vida que animan las composiciones originales del poeta: en una palabra, prefieren en su repertorio poético el Catulo romano al Catulo griego. En cuanto á la latinidad de Catulo es más arcaica, pero menos llena de helenismos que la de sus sucesores en la elegía Tibulo y Propercio (1).

---

(1) En nuestro siglo han traducido y comentado á este elegíaco vate latino notable latinistas, y hasta en nuestra España, donde no poseíamos todavía versión alguna del poeta veronés, ha dado á luz, en 1878, el Sr. D. Manuel Alonso Martínez, la bella traducción en verso que dejó escrita su docto tío D. Norberto Pérez del Camino, acompañada del texto latino.

Debemos citar entre las francesas las de Noel y de Mollevaut y entre las alemanas las de Schwenck, Heyse, etc. En Italia ha sido traducido por Frazzola, por Pagnini Lanzi, etc., etc. Han publicado curiosos artículos sobre la vida y los escritos de Catulo: Richter, De Catulli vita et carminibus; Franke, De artificiosa carminum C. compositione... etc. y curiosos estudios y comentarios Pfeiffer, Hang, Schwabe, Rettig y otros muchos filólogos y críticos: Teuff. I, 396.

## LECCIÓN 30.

### Conclusión del estudio de la Época ciceroniana.

Otros hombres ilustrados de la Segunda mitad de la época de Cicerón pertenecientes á la generación más antigua: Catón, el de Utica, y otros oradores.—*Literatos y oradores* que representan la generación más joven de esta época. División que de ellos puede hacerse, atendiendo á su espíritu político: cesarianos, anticesarianos, indiferentes; los más notables.—Las publicaciones periódicas, ó *Acta*, de los romanos.

Indicamos en una de las lecciones anteriores que los Autores latinos pertenecientes á la segunda mitad de la Época de Cicerón pueden dividirse en dos secciones: una en la que figuran los oradores y escritores correspondientes á la generación más antigua, aunque sus obras y su nombre literario sean posteriores al año del consulado de Cicerón: como César, Nepote, Lucrecio;—y otra en la que se agrupan los oradores, jurisconsultos, y hombres de letras que representan la gente joven de aquel tiempo.

Yá nos hemos ocupado separadamente de los prosistas y poetas más esclarecidos é importantes de una y otra generación. Vamos á completar el cuadro, apuntando los nombres de los demás oradores y escritores de la época no mencionados en las lecciones anteriores.

*Catón el de Utica, y otros oradores.*—De la generación antigua tenemos que citar en este capítulo primeramente á M. Porcio Catón, denominado después de su muerte EL DE UTICA, nieto del famoso Catón, el Censor. La vida pública del severo Catón uticense se halla narrada por Plutarco. De ella sólo indicaremos que nació en el a. 652 de Roma; que perdió en edad temprana á su padre y que se educó al lado de su tío materno, de aquel célebre M. Livio Druso, que pereció en 665, víctima de sus empresas en favor del Pueblo. En la escuela de este gran ciudadano aprendió el joven Catón los severos principios que formaron en adelante la base de su carácter. Hizo su primera campaña en la guerra de Espartaco, y más tarde tuvo el mando de una legión en Macedonia. Después de haber sido cuestor y tribuno de la plebe, en el año 700, obtuvo la pretura, sin haber desempeñado en adelante ningún otro cargo pú-

blico. En la guerra civil peleó valerosamente por las antiguas libertades republicanas al lado de Pompeyo; hasta que, después de la batalla de Farsalia, se retiró al África, y se dió la muerte en Utica, en Abril del a. 708, luego que ocurrió la nueva derrota de Thapso; no queriendo sobrevivir á la República. Desde su juventud estuvo consagrado al estudio de la Filosofía del Pórtico, cuyos dogmas siguió rígidamente durante toda la vida. Fué uno de los oradores que más calorosamente atacaron en el Senado á los partidarios de Catilina. Una arenga catoniana relativa á este asunto parece que la hizo estenografiar M. Tulio Cicerón; pero á nuestros tiempos nada ha llegado de este célebre hombre público de la antigua Roma, á excepción de una carta á Cicerón de fecha del a. 704, la cual figura en el XV libro de las *Epístolas familiares*.

También pueden contarse entre los oradores de la generación antigua, de esta época, al pretor M. Calidio, á Memmio, el amigo de Lucrecio y de Catulo, á C. Manilio, á P. Sextio, á L. Herennio Balbo y á P. Clodio el famoso perseguidor de Cicerón.

Queda dicho de la generación joven consagrada á la oratoria ó á la literatura, en esta segunda mitad de la Época de Cicerón, que dió á sus discursos y á sus escritos un tinte político, en pró ó en contra de César, gran coloso hacia el que se dirigian las miradas de todos, amigos ó adversarios. Los escritores y oradores, pues, de esta generación joven pueden dividirse en cesarianos, anticesarianos ó indiferentes. No citaremos entre los escritores amigos del Dictador á Salustio, ni entre sus adversarios á Catulo, por haber hablado ya de estos dos autores.

a.)—*Escritores y literatos partidarios de César.*—Para llevar á cabo su vasto pensamiento necesitaba el ilustre Dictador el concurso de la juventud ilustrada y de genio de esta época, y en cuanto fuera posible hacerla de su partido. Ahora bien, uno de sus más notables proyectos era el de unificar la legislación, reuniendo en un sólo *Código* todas las leyes que se hallaban en vigor: para esto, se procuró la colaboración de los jurisconsultos más eminentes: entre ellos del docto C. Ofilio; del espiritual amigo de Cicerón C. Trebacio Testa, que vivió largo tiempo y fué maestro del famoso Antistio Labeón; de C. Casselio, hombre de claro talento y de carácter; y por último, de L. Valerio.

Q. Elio Tiberón se distinguió en este grupo también como historiador, orador y jurisconsulto. Pero en el terreno del dere-



chó fué superado por P. Alfenio Varo de Cremona, cónsul en el año 715.

Entre los otros partidarios de J. César que ofrecen algún interés literario ó histórico, sobre todo como oradores, ó bien como autores de cartas que han llegado hasta nosotros, deben citarse: en primer término al tribuno del pueblo C. Escribonio Curión, y, después de este gran hombre de talento, á Q. Cornificio, al triunviro M. Antonio, y á L. Balbo.

b.)—*Literatos y oradores anti-cesarianos.*—Entre los conjurados que tomaron parte en la muerte de César, el más activo y distinguido, bajo el punto de vista literario, fué el severo M. Junio Bruto, cuyo talento lució principalmente en la filosofía y en la elocuencia; en cuanto á D. Bruto y á C. Cassio solamente, conocemos de ellos dos cartas que se encuentran en el Epistolario ciceroniano.—Ampio Balbo y Antonio Naso compusieron obras históricas inspiradas en un espíritu hostil al Dictador.—Entre los poetas anti-cesarianos, además de Catulo, figuraron Cassio de Parma, C. Trebonio, Tícidas, autor de poesías eróticas, C. Helvio Cinna, autor de un poema mitológico intitulado *Zmyrna* y el gran amigo de Catulo, C. Licinio Calvo, vate como él imitador de los alejandrinos en lo correctó de las formas; y de su amigo el cantor de Lesbia, en lo de trasladar á sus composiciones el fuego de su alma apasionada.

c.)—*Poetas y literatos sin partido político.*—Deben citarse entre los hombres de cultura de la época, pero de política indecisa, al aventurero M. Celio Rufo, y al débil Munacio Planco; á los oradores C. Fannio, L. Sempronio Atraterio, Q. Volucio, Annio Cimbro, etc.—En el siglo I de nuestra era se conservaba también un discurso de Hertensia, la hija del célebre orador, rival de Cicerón.

Los hombres dedicados á la erudición no tomaban tampoco sino una parte muy indirecta en las luchas políticas. El más célebre de estos doctos es el citado amigo de Salustio, Ateyo Pretextato, escritor vario y fecundo, que se daba á sí mismo el dictado de *Philologus*;—figuraron, además de este escritor, el autor de una historia de la Literatura, llamado Santra, el liberto de Pompeyo, Leneo, y Epidio Sexto Clodio, Gabio Basso y algún otro.

Entre los poetas de la época, de actitud política desconocida, debemos citar como notables á P. Terencio Varrón de Atax y al mi-

mógrafo P. Syro:—a.) VARRÓN *atacino*, natural de la Galia narbonense, ensayó varios géneros de poesía: en su juventud escribió sátiras y un poema épico intitulado *Bellum sequanicum*; más adelante reprodujo libremente la epopeya de Apolonio de Rhodas sobre los Argonautas: *Argonautæ*; y dió á luz otras varias imitaciones de los vates alejandrinos. De este poeta no se conservan sino algunos retazos insertos en los *Poetæ latini minores* de Wernsdorf.—(*Chorographia Ephemeris*);—b.) P. SYRO compuso, para el teatro, *mimos*, que fueron representados hasta la época de Nerón. Como lo indica su nombre era de nación sirio, y fué traído á Roma á la edad de 12 años. Por su gracia é ingenio fué manutido por su patrono, y se dedicó á componer y á representar mimos, que le granjearon una gran popularidad en toda la Italia, y después en Roma durante quince años. ¡Yá dijimos, al hablar del anciano mimógrafo Laberio, que fué derrotado en un certamen por el joven P. Syro, á quien le concedió la palma César, diciendo al honorable Laberio: «aunque yo fuera partidario tuyo, Laberio, hay que confesar que has sido derrotado por un *Sirio*.» Nada se conserva del repertorio escénico de P. Syro, y esto se explica fácilmente, recordando que los mimógrafos eran propiamente improvisadores, y sus piecitas no existirían probablemente más que en ejemplares de teatro. Las numerosas bellas *sentencias* que en las de Syro se contenían fueron coleccionadas en el siglo I de nuestra Era, y entonces fué cuando P. Syro adquirió rango en la historia de la Literatura. Como estas celebradas sentencias contienen preciosas reglas de conducta para la vida, fueron, según parece, estudiadas por los jóvenes en las escuelas durante la Edad media. Se poseen varios códices de esta Colección de sentencias filosóficas: los doctos alemanes Wölfflin (1869) y Spengel (1874) han hecho recientemente una interesante recensión en vista de los manuscritos más notables.—Cicerón elogia la elevación de alma de este poeta-filósofo; y Séneca decía que sus máximas eran el compendio de la moral de los antiguos. Están escritas en versos yámbicos.—Una traducción francesa de ellas se encuentra en la *Colección Nisard*.

*Las publicaciones periódicas ó ACTA de los romanos*.—No terminaremos el estudio literario de la época ciceroniana sin apuntar que, desde el año 695, se empezaron á publicar, de una manera regular,

las noticias del día (*acta*):—los protocolos del Senado en los *Acta Senatus*, y los acontecimientos públicos celebrados en los *Acta populi* ó *Acta diurna*. Esta especie de periódicos diarios eran dirigidos por un redactor oficial; se exponían gratuitamente al público, y después se copiaban y expendían por empresarios. No poseemos ningún fragmento auténtico de estas publicaciones periódicas. Sobre los *Diarios entre los romanos* es digno de ser estudiado, entre otros libros, el publicado, con este mismo título, por el erudito V. Leclerc, en París, en 1838;—y la docta disertación de *Rensen: De diurnis abisque romanorum actis*, dada á luz, en Groninga, en el año 1857.

## LECCIÓN 31.

### II.) ÉPOCA DE AUGUSTO (711—767).

#### Virgilio.

*Poetas de la época de Augusto.*—P. Virgilio Marón: su vida, su carácter, su genio.  
*Poemas de Virgilio. Examen analítico y crítico de las Églogas.*

Desde el año 711, en que termina la Época de Cicerón, hasta el año 767 de Roma se extiende el período literario, que hemos convenido en denominar Época de Augusto, segunda de las dos en que hemos subdividido el brillante Siglo de Oro de las Letras latinas.—La Época de Cicerón, dijimos, está caracterizada por el espléndido desarrollo que llegó á alcanzar en ella lo *Prosa latina* severa y majestuosa;—la Época de Augusto por ser el período fecundo de la elegante *Literatura poética*. Los hechos sociales y políticos, que imprimieron carácter á la producción literaria de una y otra época, quedan suficientemente expuestos en la Parte general. (1)

Los elegantes poetas, que fueron regocijo y encanto de la Corte de Augusto legaron á la posteridad modelos de gracia poética acabadísimos, y ensayaron todas las variedades de la Poesía: la poesía épica, la didáctica, la bucólica, la mélica ó lírica, la satírica y epistolar y la elegía erótica; todas tuvieron esclarecidos cultivadores, y hasta la misma literatura dramática, á pesar de que en este Siglo se hallaba en plena decadencia el Teatro romano.

Siendo así que en esta edad de Augusto predominan los poetas, como en la anterior los oradores y prosistas, nos ocuparemos primeramente de

(1) Augusto y los hombres de Estado, que le rodeaban, tomaron parte en la actividad literaria de la época: Augusto escribió alguna vez en verso y con más frecuencia en prosa, y lo mismo su ministro Mecenas; Agripa se hizo célebre por sus memorias y por su catastro y Mapa del Imperio. Al lado de estos hombres de Estado, brillaron también el orador, historiador y gran escritor trágico C. Asinio Polión y el docto M. Valerio Messala Corvino. Sobre la vida y la importancia literaria de estos personajes pueden leerse los siguientes trabajos: *Beulé*, Augusto y sus amigos;—*A. Lion*, Meccenatiana, sive de C. C. M. vita et moribus;—*A. F. Motte*, Estudio sobre Agripa;—*B. Luczato*, Investigaciones históricas acerca de C. Asinio Polión;—*J. M. Valetou*, M. Val. Mess. Corvino, etc., etc.



los ilustres vates de la época, empezando por el príncipe de los poetas latinos, por el admirable cantor de La Eneida.

P. VIRGILIO MARÓN (1)—nació en Andes, hoy Piécola, aldea contigua á Mantua, en Octubre del año 664, ó sea 70 a. de J. C.—Llamábase su madre Magia y su padre Marón. Este último era un laborioso alfarero (*figulus*), que llegó á adquirir, á fuerza de constancia, una modesta fortuna; por lo cual pudo dar á su hijo Publio una educación esmerada. Envióle primeramente á estudiar á Cremona, donde permaneció hasta los 16 años. Después haber vestido la toga viril (15 de Octubre del a. 699), pasó á Milán; y, poco después, á Nápoles, donde, dedicado á la lectura de los autores griegos y al estudio de la medicina, de las ciencias naturales, de las matemáticas y la filosofía, adquirió los variados y selectos conocimientos que brillan en sus obras. San Jerónimo en sus adiciones á la Crónica de Eusebio, afirma que pasó á Roma á concluir sus estudios después de haber estado en Milán (2). Sea que por entonces visitase ó no á Roma, sobre lo cual han disertado con gran erudición los críticos modernos, es lo cierto que por los años de 705 volvió á la heredad paterna, sin perder la afición á la vida del campo; como no perdió nunca tampoco aquella fisonomía especial que ella imprime, pues al pintárnoslo sus más antiguos biógrafos alto, enjuto, moreno y de aire silencioso y melancólico, no olvidan la circunstancia de su voz y aspecto campesino: *corpore et statura grandi, aquilo colore, varia valetudine, facie rusticana*. De esta doble afición á las musas y á los campos, resultaron las primeras poesías que de él se conservan: los encantadores *Poemas bucólicos*

---

(1) Los autores alemanes llaman al poeta *Vergilius*, y no *Virgilius*. Fúndanse en que las inscripciones del tiempo de la República y de los primeros siglos del Cristianismo, y los mss. más antiguos, como el *Medicens*, por ej., dan la primera lectura y no la segunda; y además porque los griegos escriben casi exclusivamente *βεργίλιος* ó *Ὀβεργίλιος*. El primer ejemplo de *Virgilius*, de fecha cierta, parece ser del siglo V. En la Edad media comenzó á adoptarse esta ortografía con preferencia, y triunfó por completo en los siglos XIV y XV.—El filólogo Schultz defiende la lectura con i; y Hübner, Ritschl y otros la contraria. Teuffel, II, 23.

Sobre la vida del ilustre poeta: además de los antiguos gramáticos sus comentadores y biógrafos, Donato sobre todo, pueden consultarse los trabajos modernos siguientes: Burmann, Heine y De la Rue en sus ediciones de Virgilio; Heine, *Virgillii Maronis vita per annos digesta*.

(2) Léase, acerca de este particular, el Estudio preliminar y la Introducción á su traducción de *La Eneida* por D. M. Antonio Caro.

escritos en su mayor parte á imitación de los idilios del vate de Siracusa. Algunos de estos ensayos habían atraído hacia el modesto Virgilio la atención de Asinio Polión, durante su gobierno, como legado del triunviro Antonio en aquel territorio en que se hallaba la villa natal del poeta; lo que le valió, sin duda, más adelante, la protección de aquel jefe militar, que era á la par distinguido cultivador de las letras.—En efecto, cuando en el año 713 se repartieron las tierras de Mantua entre los veteranos de Octavio, la propiedad del padre de Virgilio tocó en suerte á un centurión llamado Arrio. Intercedieron entonces en pró de Virgilio, y cerca de Augusto, Asinio Polión y Cornelio Galo, consiguiendo exenciones en su favor, que agradeció en el alma el noble poeta. Pero, después de la toma de Perusa, Octavio reemplazó á Asinio Polión en el gobierno de la Galia traspadana por Alfenó Varo: el nuevo gobernador había sido condiscípulo de Virgilio en la escuela del filósofo Sirón, y prometió patrocinarle; pero, á pesar suyo, la soldadesca, mal satisfecha, volvió á apoderarse del patrimonio de la familia de Virgilio; habiéndose visto él mismo amenazado, en términos de haber tenido que salvarse pasando á nado el Mincio. Sus amigos y favorecedores le aconsejaron que se marchase á Roma, donde era ya conocido por sus preciosas églogas. En ella fué perfectamente recibido no sólo por Mecenas sino también por Augusto, habiendo logrado la formal restitución de sus queridos campos paternos; y, según otros escritores, una indemnización de las pérdidas que había experimentado. Estas desventuras y peripecias de su vida las recuerda el poeta en dos bellas églogas, honrando la memoria de sus valedores, y lamentando al mismo tiempo las desgracias de sus compatriotas. Á este período de su venida á Roma y de su residencia en ella, se refiere la anecdota de aquel dístico que apareció escrito en una puerta del palacio de Augusto, un día en que iban á celebrarse grandes espectáculos públicos, después de haber diluviado toda la noche:

*Nocte pluit tota: redeunt spectacula mane.  
Divisum imperium cum Jove Cæsar habet.*

«Diluvia toda la noche, pero mañana se celebrarán los fiestas. César comparte con Júpiter el imperio del mundo.»

El dístico dicen era de Virgilio, pero habiéndoselo atribuido

cierto coplero, llamado Batilo, discurrió aquél la ingeniosa traza de escribir en la misma puerta el siguiente verso:

*Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.*

seguido del hemistiquio *Sic vos non vobis.....* tres veces repetido.

«Yo compuse estos versillos, y otro se llevó la honra. Así vosotros, no para vosotros.....»

Los hemistiquios, á lo que parece, quedaron inconclusos, por ignorancia del usurpador, hasta que el mismo VIRGILIO hubo de completarlos nada menos que de estas cuatro maneras: *nidificatis aves*, — *vellera fertis oves*, — *mellificatis apes*, — *fertis aratra boves* — (hacéis, aves, el nido, — ovejas, os cubrís de vellón, — labráis, abejas, la miel, — arrastráis el arado, ¡oh bueyes!). El cuento es bonito, pero muy inverosímil, dice, con razón, nuestro docto intérprete de Virgilio, Sr. Ochoa. Como quiera que sea, Virgilio protegido por Augusto habitaba en Roma una casa en el barrio Esquilino, contigua á los jardines de Mecenas, con una rica librería que tenía, como los demás recursos con que contaba, á disposición de sus amigos. Lo fueron suyos los literatos más ilustres de su tiempo: Horacio, Tibulo, Propercio, Galo, y los personajes más notables de la corte, Mecenas, Agripa, Messala, Polión. Esta atmósfera de afecto y de veneración que le circundaba, esta popularidad inmensa, era para el candoroso modesto poeta á veces motivo de mortificación, y llevado de aquel amor infinito de ciencia y de recogimiento que era en él cualidad predominante, á los 34 años de edad, después de haber dado punto á sus Poesías idílicas, se retiró á Nápoles, emporio en aquel tiempo muy afamado de las ciencias y de las letras, y allí dió comienzo á su gran Poema didáctico *Las Geórgicas*, una de las creaciones más admiradas de la musa latina. Se dice que levantó este imperecedero monumento á la agricultura y al suelo de la península bella, fecunda y siempre sonriente de Italia, por insinuación de su protector Mecenas, y que invirtió siete años en llevar á cabo este inimitable modelo de primor y de elegancia poética. Desde el año 714, en que concluyó *Las Geórgicas*, parece que consagró todas sus vigiliass á la gran epopeya nacional con que se propuso enriquecer la literatura de su Patria. Descando presentarla sin duda con todo el esplendor poético digno del asunto, fué á buscar inspiración á la patria clásica del arte y de la poesía. Con mo-

tivo de este viaje á la Grecia, fué cuando su apasionado amigo Horacio le dedicó la hermosa tiernísima Oda.

*Sic te, diva potens Cypri.....*

en la cual se revela el hondo pesar con que le había visto ausentarse para las playas del Ática, exponiendo su preciosa vida, en los azares de una navegación siempre peligrosa. Y parece que el cariñoso *adios* del ilustre poeta, fué un triste presentimiento: pues á poco de su llegada á Atenas, cuando se hallaba ocupado en revisar sus obras, tocó en aquella metrópoli Augusto, de vuelta de Oriente, y le comprometió á acompañarle á Roma. Débil de complexión y de salud, agraváronse sus dolencias con las fatigas del viaje, y murió no bien pisó las playas de Brindis en 22 de Septiembre del año 735 (19 a. de C.), á los 51 años de su edad. Trasladados sus restos mortales á Nápcles, en cumplimiento de su última voluntad, fueron enterrados en el camino de Puzola (*Puzzuoli*), á dos millas de aquella ciudad, en un sepulcro, al que se puso esta inscripción, comúnmente atribuida al mismo VIRGILIO, pero sin fundamento alguno y contra toda verosimilitud:

*Mantua me genuit: Calabri rapuere; tenec nunc*

*Parthenope: cecini pascua, rura, duces.*

Instituyó herederos de sus bienes, en primer lugar, á su hermano, de distinto padre, Valerio Próculo; luego á Augusto, á Mecenas, á Lucio Vario y Plocio Tucca, encargándoles que se quemasen los manuscritos de la *Encida*, por considerarlos todavía muy imperfectos; mas, desobedeciendo ellos afortunadamente aquel mandato, la publicaron, sin hacer en ella más alteración que la de suprimir tal cual verso desalinado ú oscuro.

Virgilio poseyó la dulce naturaleza de un niño: cándido, amable y de disposiciones constantemente pacíficas; buen hijo y fiel amigo, mostró siempre un carácter honrado y una complacencia ó interés sin límites en el bien de todo el mundo. Sus enemigos no atacaron jamás á su persona, le hostilizaron por su posición y por sus tendencias literarias y políticas. El carácter del hombre se revela así mismo en las obras del poeta. Él recorre todos los tonos de la poesía, y bebe en las fuentes más puras de la inspiración, tratando los asuntos que pueden excitar en nosotros los sentimientos más generosos: la naturaleza y sus esplendores, la religión, la patria, la fami-



la y el amor; viéndose favorecido su genio con su vasta erudición que le permitió aprovechar materiales preciosísimos en sus obras. En cuanto á su elocución y demás condiciones externas de su literatura, cumple decir que la palabra y el estilo fueron trabajados por él con verdadera paciencia de artista, debiéndose á esta labor perseverante esa admirable corrección y elegancia de composición, de lenguaje y de prosodia, que le hicieron ser mirado, durante siglos, en Roma, como el modelo clásico del estilo y de la expresión poética.

POEMAS DE VIRGILIO.—Las obras poéticas de Virgilio pueden enumerarse atendiendo al orden cronológico de su composición y á la diversidad de sus asuntos, del modo siguiente: 1.º *Las Églogas* y los pequeños poemas de su juventud;—2.º El poema didáctico intitulado *Las Geórgicas*;—3.º El poema épico *La Eneida*.

A.)—*BUCOLICA* SIVE *ECLOGÆ*.—Poseemos diez lindos *poemas bucólicos* de Virgilio: indudablemente *idilios selectos ó escogidos* entre los varios que compuso en diversas épocas y circunstancias, y por esta razón quizá fueron intitutados por los gramáticos *Eclogæ*, Poesías escogidas, abandonando el más apropiado título de *Bucolica*, Composiciones pastoriles.—Fueron escritas las Églogas, según sus biógrafos, á instancias de Asinio Polión, durante los años 712 al 717, pero no en el orden mismo en que se hallan dispuestas ordinariamente en los manuscritos y en las ediciones. Según el orden cronológico opina Baehr que deberían estar colocadas de la manera siguiente: II, III, V, IX, I, VI, IV, VIII, VII y X. Este es asimismo el parecer de Mr. Desaugier. (*Las Bucólicas de Virgilio*. París, 1825.)

Aunque los bellos idilios de Teócrito sirvieron de modelo á Virgilio para introducir en Roma este género poético (1), no ensayado anteriormente por ningún otro poeta latino, debemos hacer notar que la égloga virgiliana dista mucho de ser esa representación fiel y exacta de la naturaleza y de la vida candorosa, ingenua y sencii-

(1) D. Félix María Hidalgo en su excelente traducción en verso de la Églogas, señala las imitaciones de Teócrito que se notan en Virgilio. En 1825 publicó, en París, el profesor Eichhoff un trabajo muy erudito con el título de *Estudios griegos sobre Virgilio*, en el cual se hace un cotejo minucioso de los dos textos griego y latino. Según este sabio maestro, sólo las églogas I, IV y VI pertenecen exclusivamente á Virgilio.

lla de los pastores, que forma el carácter esencial de la poesía propiamente bucólica. El mundo pastoril, que se pinta en estas églogas, no tiene existencia real y verdadera, sino meramente artificial. Los pastores que el poeta presenta á veces en escena, por su exquisita cultura revelan bien que no son verdaderos sencillos aldeanos, sino personajes alegóricos; y lo mismo se desprende de las frecuentes alusiones á las vicisitudes de la vida del poeta, á los personajes y sucesos políticos de su tiempo. Y no tiene la égloga de Virgilio aquel carácter, porque le faltase sentimiento ni conocimiento de la dulce vida campestre ni inspiración ni ternura para retratarla fielmente: Virgilio lo mismo que Teócrito, amaba y conocía profundamente la naturaleza; ambos poetas tenían ante sus ojos en las sonrientes campiñas y en el cielo inspirador de la Italia el fondo de sus hermosos cuadros bucólicos..... pero, aunque sobre un mismo fondo, podía cambiar y cambió en efecto el carácter de las figuras por la fuerza de los tiempos y de las circunstancias: los pastores de Teócrito se producen con más naturalidad y sencillez que los de las Églogas: en los pastores de Virgilio se notan los rasgos de la refinada civilización contemporánea. La mezcla de urbanidad y de finura, de gracia, de delicadeza, de ingeniosa lisonja, que resalta en los poemas bucólicos de Virgilio, anuncia claramente que una naturaleza compuesta ha sustituido con todos sus atractivos y seducciones á la sencillez primitiva. Por otro lado, las desgracias, que amargaron la juventud de nuestro poeta, y las prosperidades y favores, que le dispensaron sus valiosos amigos y protectores, todas estas varias circunstancias de su vida le llevaron á hacer servir la égloga, ora de representación alegórica de estos acontecimientos, que tanto afectaban á su alma, ya de expansión á su profundo sentimiento de gratitud y de admiración á Augusto, á quien, quizá con más sinceridad que los otros escritores de la época, consideraba Virgilio como único fautor de la prosperidad y grandeza de la Patria, después del período tristísimo y sangriento de las recientes guerras civiles.

Vamos, para confirmar estas ideas, á hacer un análisis, aunque rápido, de las diez Églogas, examinándolas por el orden cronológico de su composición, para que sea más fácil y provechoso su estudio.

a). *Alexis*.—La primera égloga en el orden cronológico, y la

segunda de la Colección. El pastor Coridón lamenta los desdenes del hermoso mancebo Alexis, y procura cautivarle con promesas y halagos. Virgilio, siendo aun muy joven, se propuso imitar la poesía de Teócrito, y compuso esta égloga, quizá una de sus primeras producciones, tomando por modelo el idilio XI titulado el *Cíclope*, del poeta siciliano, como ensayo para ejercitarse en la poesía bucólica. Aun no conocía á Polión.

b). *Palemón*.—Pertenece esta bella égloga al género llamado *amebeo*, cuya ley consiste en que dos improvisen alternativamente, diciendo el segundo tanto ó más que el primero sobre el propio tema. Los pastores Menalcas y Dametas, después de lanzarse mutuamente groseros insultos, se desafían á cantar. Elegido Palemón árbitro de la contienda, no se atreve á decidirla. Esta égloga es la III de la Colección. Cuando la compuso Virgilio ya era Asinio Polión, gobernador de su país: parece, pues, que el poeta se propuso elogiar la recta administración de aquel magistrado, cantando los inocentes placeres á que podían entregarse sus felices compatriotas, y á la vez la protección que el ilustrado Polión dispensaba á las musas:

*Pollio amat nostram, quamvis est rustica Musam:*

*Pierides, vitulam lectori pascite vestro.*

*Pollio et ipse facit nova carmina...*

Algunos pasajes de esta égloga están imitados de los idilios IV y V de Teócrito.

c). *Daphnis*.—La tercera égloga, V de la Colección. En ella Virgilio, bajo la figura del pastor *Menalcas*, y uno de sus discípulos llamado Celes, bajo la de Mopso, celebran en magníficos versos á *Daphnis*, llorando el primero su muerte y el segundo cantando su apoteosis. Algunos críticos han sostenido que el poeta quiso celebrar en esta composición la apoteosis de Julio César; otros opinan que *Daphnis* era un hermano de Virgilio, que murió muy joven; pero nada hay de seguro sobre que fundar la interpretación alegórica de esta fábula pastoril.

d). *Meris*.—Esta cuarta égloga, IX de la Colección, toma nombre de un capataz ó mayordomo de la hacienda de Virgilio, llamado Meris, que se encuentra, en el camino de Mantua á Roma, con su amigo Lícidas, y le cuenta la desgracia de los labradores de aquella comarca, y en especial la de su amo (que toma en esta fábula pastoril el nombre de Menalcas, como en otras el de Titiro), el cual se vió amenazado de muerte por el centurión Arrio, á consecuencia de la orden, que había conseguido Virgilio, para que se le devolviese su heredad.

e). *Titiro*.—Virgilio, ó más bien el padre de Virgilio, bajo la figura del aldeano Titiro, encarece en esta égloga á su conterráneo el pastor Melibeo su inmensa gratitud al bienhechor que le había

restituído el patrimonio de que había sido despojado injustamente: con cuya ocasión lamentan ambos las desgracias que acarrea la guerra civil á los labradores. Esta Égloga es la I de la colección.

f). *Sileno*.—En esta sexta fábula pastoril, Sileno es sorprendido en una gruta por los zagales Cromis y Mansilo, á quienes se agrega la náyade Egle: prometen dejarle en libertad si les recita algunos versos, con cuyo motivo les canta Sileno el origen del mundo conforme á la doctrina de Epicuro y recuerda varias fábulas de la antigüedad. Dryden, insigne traductor y comentador de nuestro poeta, se inclina á creer que Virgilio siguió en este precioso canto la cosmogonía mosaica, y con él concuerdan algunos otros autores, teniendo en cuenta que el cisne de Mantua pudo conocer la Traducción griega de los Setenta, que existía hacia ya más de dos siglos.

g). *Polión*.—En esta famosa égloga el ilustre poeta, evocando los oráculos de la Sibila de Cumas, vaticina el nacimiento de un *niño maravilloso*, que ha de volver al mundo la edad de oro. Son innumerables las conjeturas y comentarios que se han hecho sobre esta composición bellísima, con motivo del misterioso niño en ella tan ensalzado: unos quieren que sea un hijo de *Polión*, á quien Virgilio dirige su égloga, y que le nació, siendo cónsul, á poco de haber negociado entre los triunviros la paz que debía asegurar la tranquilidad de la Italia;—otros quieren que se aluda al joven Marcelo, hijo de Octavia, hermana de Augusto;—y otros á su hijastro Druso, hijo de C. Tiberio Nerón y de Livia.

En los siglos de exaltada fe religiosa se creyó que esta égloga debía entenderse como una embozada profecía de la venida de Jesucristo, y como tal fué leída por Constantino en el Concilio de Nicea, traducida á la lengua griega: versión curiosa que nos ha conservado Eusebio. Es difícil explicar, por falta de datos suficientes, la alusión. Pero si esta interpretación última contribuyó á la conversión de Constantino, dice Gibbon, merece Virgilio un lugar muy distinguido entre los misioneros del Evangelio. Ochoa se inclina á creer que el niño tan elogiado es Druso, nacido en el palacio de Augusto, á los tres meses de haberse este casado con ella, robándola á su primer marido.



Un moderno traductor y comentador de las églogas virgilianas (1) cree que el *puero nascenti fave Lucina* alude al mismo Octavio cuyo nacimiento supone que inspira el canto profético con que comienza la égloga, anunciando la *aurea edad* de paz y de bienandanza que vendría con el reinado de Augusto, sobre todo desde el consulado del ilustre Polión (á quien vá dedicada la égloga), pues por su mediación se pactó la *pax de Brindis*, que todos esperaban iba á asegurar la tranquilidad y la dicha en el Mundo romano.

h). *La Hechicera*.—Así se denomina la VIII égloga: ofrece para nosotros el interés de haber servido de modelo á nuestro poeta Garcilaso en la suya tan celebrada, que empieza:

*El dulce lamentar de los Pastores....*

Tiene dos partes esta pieza poética: en la primera el pastor Damón canta las quejas de un amante de Nise, sacrificado á su rival Mopso; y en la segunda Alfesibeo declara los encantamientos de una hechicera, para ganar la voluntad de Dafnis; y de aquí toma nombre la composición. Es esta égloga una imitación del segundo idilio de Teócrito. Polión invitó al poeta á tratar este asunto, y él le remite la composición después de su triunfo sobre los parthenios, pueblo de la Iliria.

i). *Melibeo*.—Toma nombre del zagal Melibeo quien, yendo en busca de una oveja que se le había extraviado, asiste á un certamen poético entre Coridón y Tirsis, convidado por Dafnis, árbitro de la competencia. La escena pasa á orillas del Mincio. Es una imitación del octavo idilio de Teócrito. En las colecciones lleva el número VII.

j). *Galo*.—En esta última égloga canta Virgilio la desesperación y el dolor de su gran amigo Galo abandonado por su ingrata Licoris.

Los poemas pastoriles virgilianos, aunque dignos de su autor, en cuanto á la belleza y dulzura de su lenguaje y á la gracia de sus imágenes poéticas, son inferiores á las restantes composiciones del poeta de Mantua. Terminaremos este análisis de las primeras composiciones de Virgilio, enumerando otros pequeños poemas ó ensayos ligeros poéticos que se le atribuyen, y que se citan también como producciones de su juventud. Son los siguientes: a.) *Culex*, ó el Mosquito, poemita de 413 exámetros, en el cual se introduce la sombra de una mosca difunta que demanda los honores de la sepultura; — b.) *Ciris*, ó la Garza, que tiene por argumento la fábula de Niso y Scila; — c.) *Copa*, ó la Venta, que se compone de 40 versos elegiacos, y es un poemilla en que el autor pinta las delicias que

(1) Eduardo Toda.—*Le Ecloghe di Virgilio*.

se gozan en cierta taberna; —d.) *Catalecta*, colección de epigramas; —e.) *Moretum*, ó el Almodrote, en el que se narran las tareas rústicas matinales de cierto aldeano. El mérito de estos poemitas es escaso. Sobre su autenticidad se han escrito eruditas disertaciones (1).

---

(1) Son dignas de lectura la versión castellana de las églogas de D. José María Hidalgo (Sevilla, 1829), la de Francisco Lorente (Madrid, 1834), y la de D. Juan Gualberto González (Madrid, 1844). Además de estos traductores, deben citarse al poeta Fr. L. de León y á los antiguos humanistas Juan Fernández Idiaquez, al maestro Diego López, á Cristóbal de Mesa y á D. J. Francisco de Enciso Monzón, que las tradujeron y publicaron todas: el primero en el siglo XVI, y los demás en el XVII.—Citaremos como muy estimables las francesas de Charpentier, en prosa,—y la de Desru-giers, en verso. Italianas: son muchas las que se han publicado desde la que en el siglo XV hizo B. Pulci para el uso de Lorenzo de Médicis. Entre las más recientes están las dadas á luz por G. Sapio y por Occioni-Bonaffons y la citada de Ed. Toda. Entre las alemanas se recomiendan como muy buenas la de C. N. Osiander (col. Metzler) y la de Binder.—Trabajos críticos: C. Schaper, De clogis Verg. interpretandis et emendandis.—J. F. Westphal, De Vergilii carminibus bucolicis, etc.

## LECCIÓN 32.

### Conclusión del estudio de Virgilio.

*Las Geórgicas*: su asunto. Examen analítico y crítico de este gran poema didáctico.—  
*La Eneida*: significación é importancia de esta celebrada epopeya.—Méritos y defectos que le señala la crítica.—Renombre de Virgilio en la posteridad: sus escoliastas y comentadores.

En esta lección vamos á examinar las dos grandiosas obras poéticas que hicieron inmortal el nombre de Virgilio: *Las Geórgicas* y *La Eneida*.

B.)—GEORGICON LIBRI IV: *asunto y objeto de esta obra*.—Tal vez no posea ninguna otra literatura un poema didáctico más perfecto que el de Virgilio intitulado *Las Geórgicas*: y lo es no sólo por el encanto mágico de su estilo, y de su verificación elegante y armoniosa, y por la naturalidad y gracia de sus pensamientos, sino hasta por la singular maestría y peregrina amenidad con que está tratada en general la materia toda que constituye el fondo de la obra. En este precioso poema se explican las *labores del campo*: (*Geórgica*). Compónese de cuatro libros: el I trata de la *Agricultura*; el II de la *Arboricultura*; el III de la *Zootecnia* ó cria de ganados; el IV de la *Apicultura* ó cuidado de las abejas. Parece que en esta obra didáctica debió invertir siete años el poeta, desde el 717 al 724, y que la escribió por inspiración de su noble protector y amigo Mecenas, á quien la dedica; pero respondiendo enteramente á las tendencias, espíritu y puntos de vista del poeta, lo que explica el calor y enérgico entusiasmo con que trata el asunto, glorificándolo é idealizándolo en cuanto su naturaleza lo permite, de tal manera, que las partes didácticas apenas si se distinguen por el tono de las que son meramente poéticas.

ANÁLISIS Y CRÍTICA DE LAS GEÓRGICAS.—No es por lo tanto este poema didáctico una obra de encargo, destinada exclusivamente, como se ha pretendido, á secundar los planes políticos del ministro

de Augusto, que deseaba promover la afición á la noble agricultura, decaída y olvidada por consecuencia de las desastrosas guerras civiles. Los versos de Virgilio no ejercieron, en este sentido, casi ninguna influencia sobre sus contemporáneos: Fueron saboreados con el mismo deleite que los han gustado las generaciones posteriores, y nada más.

¿Dónde está, pues, el valor real de este gran poema? Vamos primeramente á exponer el plan seguido en la obra, y después determinaremos su propio carácter, y su verdadero mérito ó importancia en la esfera de la bella literatura.

*Análisis. Canto I.*—Después de una breve exposición, invoca el poeta á las divinidades protectoras de la agricultura, y entra seguidamente en la materia del libro. Ocupase en primer lugar de la naturaleza de las tierras y de los métodos de cultivo; y, después, del origen de la agricultura, de los diversos instrumentos de la labranza, del tiempo propicio para las labores del campo, en fin, de los pronósticos que pueden sacar los labradores del aspecto de los astros: lo que sirve al poeta de transición para hablar de los *prodigios que siguieron á la muerte de César*.

*Canto II.*—Yá hemos dicho que su objeto principal es la arboricultura. Después de una invocación á Baco, el poeta nos habla de la doble reproducción natural y artificial de los árboles y de los arbustos y de los varios modos de cultivarlos; ocupase después de los terrenos para cada uno de ellos más propicios, con cuya ocasión hace un magnífico *elogio de la Italia*; seguidamente nos habla del arte de conocer la naturaleza de las tierras; y después, del cultivo de la vid, del olivo, y de otros frutales: terminando este canto con un bello episodio *sobre la felicidad de la vida campestre*.

*Canto III.*—La ganadería. Empieza con una elegante invocación á los dioses protectores de los animales, y entra en la materia, que divide en dos partes: en la primera trata del ganado mayor; y del ganado menor en la segunda: en la una se ocupa de los toros y de los caballos; en la otra de las ovejas y las cabras; y pasa á ocuparse de la custodia de los animales: con cuyo motivo habla de los perros y del modo de cuidarlos. Termina el libro explicando las plagas que afligen á los animales y describiendo con tal motivo *los horrores de una epizootia*.

*Canto IV.*—En este último libro ocupase el poeta de la cria de las abejas, de sus costumbres, de la manera prodigiosa como se gobiernan en su pequeña república, de sus batallas, de las enfermedades á que están sujetas y del modo de sanarlas; y, por último, refiere la bellísima *fábula de Aristeo á la cual se enlaza la de los amores y trágico fin de Euridice y Orfeo*.

*Mérito y defectos de este famoso poema didáctico.*—Expuesto ya el argumento del Poema, reflexionemos sobre su verdadero mérito y carácter.



Virgilio poseía acerca de la agricultura profundos y sólidos conocimientos, es decir, toda la ciencia de su tiempo, y la trajo á sus cantos de *Las Geórgicas*; pero en el poema no contempla la Naturaleza sólo con los ojos del sabio; sino también y más principalmente con la ilusión mágica del poeta. Recuérdese el carácter esencialmente utilitario que domina en las obras de *Re Rustica* de Catón el Censor y de Varrón, y se comprenderá perfectamente que, aunque Virgilio aprovechara en parte los escritos de estos dos ilustres escritores romanos, y aunque estudiara ó imitara también en muchos lugares los de Hesiodo, Teofrasto, Aristóteles, Nicandro, Arato, Jenofonte y los de todos los geopónicos, sus predecesores, dió á su obra un carácter más ameno y poético. Late efectivamente en todo su poema un alto pensamiento, dice Mr. Paul Albert, constituyendo *su unidad*, y siendo el germen fecundo de todas sus bellezas. Todos los seres y fenómenos del cielo y de la tierra, astros, mares, montañas, ríos, plantas, árboles, animales, el aire, el éter, la luz, *hasta las humildes yerbas parásitas que se mezclan con las ricas espigas*, todo cuanto en el mundo se manifiesta y vive, lo alienta y mueve una gran substancia universal, fuente inagotable de la vida. Vivir en el seno de la madre Naturaleza, pródiga y fecunda, y comprender y gozar sus maravillas, es la suprema de las felicidades para el poeta: (*felix qui potuit rerum cognoscere causas!*...)

En esta unión íntima del hombre con la Naturaleza exterior, unión que la ley del trabajo impone, pero que el amor mitiga y dulcifica, es donde hay que buscar la originalidad del bello poema de Virgilio. Nuestro poeta no vé en la Tierra una madre avara, que oculta en su seno las riquezas, que pueden satisfacer nuestras necesidades y que es preciso arrancarle á fuerza de sudores, y en eterna dura lucha con ella; antes por el contrario, la saluda como la bienhechora del hombre, como la madre cariñosa que le sustenta, y le proporciona placeres muy dulces en la vida..... Tal es el pensamiento poético de donde se origina toda la belleza y encanto de este poema tan celebrado. ¡Cuánta hermosura no hubiera añadido á su obra el numen soberano de Virgilio si hubiera podido mirar en la Naturaleza los esplendores del verdadero supremo Dios creador de los mundos!

Á pesar de la universal admiración que se viene tributando á *Las Geórgicas* de Virgilio, háñsele anotado algunos defectos por los críticos. El primero: la falta de orden en las partes que componen el poema. El orden lógico no podía exigirse en una obra didáctico-poética ¿cuál es, pues, el orden que en esta obra cabía reclamar? El orden llamado poético, precisamente el que emplea Virgilio con mérito incomparable, pues los episodios y descripciones, las galas y ornamentos poéticos están distribuidos por toda la obra con el gusto más delicado y exquisito. Otros censuran este poema por sus falsos preceptos científicos, acusándole de ser un mal tratado de Agricultura. No desconocemos que Virgilio, como Lucrecio, y como todos los poetas y escritores de las pasadas edades, dió cabida efectivamente en las páginas de esta obra á preocupaciones y groseros errores de su tiempo; pero ¿habremos de desconocer por eso lo que hay en esta como en todas las obras maestras de la sabia antigüedad de eternamente bello?

¿Ni cómo hemos de negar que el poema virgiliano tiene valor ante la ciencia, si vemos citado á Virgilio como autoridad por las primeras autoridades en la materia, en la antigüedad por Plinio el naturalista y por el español Columela, y después de multitud de siglos por nuestro docto Herrera, consumado maestro de la ciencia geopónica? En cuanto al estilo, lenguaje y versificación ya hemos dicho que la obra es admirable: quizá la más perfecta bajo este aspecto, que poseyeron los romanos (1).

C.) —*ÆNEIDOS LIBRI XII: asunto de la obra.*—El poema épico heroico de Virgilio, intitulado *ÆNEIS, La Eneida*, compónese de 12 libros, y tiene por asunto la empresa confiada por los hados al piadoso príncipe Eneas de llevar á Italia los dioses de su patria, para fundar con otros valerosos héroes troyanos una nueva llión en el suelo latino: (*ut conderet urbem inferretque deos Latio*), leyenda que, dando por antepasados de los Romanos á los valerosos *Troyanos ó Eneadas*, como les llamaban los libros Sybilinos, halagaba

(1) Han sido traducidas las *Geórgicas* por Luis de León, Juan de Guzmán y Crisóbal de Mesa. Alcanzan en Europa gran celebridad la traducción francesa de este poema por Delille, y las inglesas de Warton y de Dryden; entre las versiones modernas italianas se citan las de Luigi Mancini y la de Biondi; y entre las alemanas las de Genthe y de Osiander.—*Trabajos: Hanov, Schedæ criticæ ad Verg. Georgica:—E. Tegner: De Progressu omnibus in Georg. Vergilii;—Possett, De Vergil. Georgicis, etc.*

por todo extremo el orgullo nacional: uniéndose á este interés patriótico general, el particular de la *dinastía julia* que se gloriaba de remontar hasta los dioses su genealogía. (1) Estos orígenes del pueblo romano y de sus grandes familias patricias habían tomado carta de naturaleza en Roma desde la primera guerra púnica y llegaron á ser artículo de fe para todos los historiadores romanos pro-sistas ó poetas; sin embargo, antes de Virgilio, ningún escritor había tratado este asunto de una manera especial.

*Su análisis y crítica.*—El poema de Virgilio es una síntesis, ó, por mejor decir, una fusión de los dos grandes poemas homéricos: los seis primeros libros de la *ENEIDA*, destinados á referir las peregrinaciones del héroe troyano, son, como si dijéramos, su *Odisea*; y los otros seis, en que se cuentan sus afares y batallas en el Lacio, su *Iliada*. Resulta, pues, que la *acción* épica, aunque dividida en dos grandes períodos, se halla desarrollada en un poema perfectamente *uno*: mezclándose y concertándose también con artificio admirable en el poema el mundo de la fábula griega y el de la fábula ausonia. Para que nuestros lectores se formen una cabal idea del organismo artístico de este hermoso poema de Virgilio, vamos á trasladar su argumento:

Principia Virgilio el poema con una exposición de su asunto y con una invocación á las musas: después de la cual, refiere el poeta cómo Juno, movida de su afición á Cartago y de su odio á los troyanos, concita contra Eneas y sus compañeros de expedición, que á la sazón navegan por el mar de Sicilia, el furor de los vientos, desatados por el rey Eolo; describiendo la pavorosa tempestad, que les hizo perder algunas de sus naves, y arribar como náufragos á las playas de Cartago. En la primera mitad del *libro II*, narra el príncipe troyano, á ruegos de la reina Dido, el incendio y ruina de Troya, con todos los episodios de aquella última y tremenda noche en que fueron saqueadas por los dánaos la ciudad y el palacio de Priamo. En la segunda mitad de este canto y en todo el *libro III* refiere el príncipe Eneas su salida de la ciudad de Troya por haberle aconsejado su madre Venus que salvara á su padre, á su esposa y al niño Ascanio, última esperanza de la patria; la pérdida de su esposa Creusa; y el cómo se refugiaron en la ciudad de Antandro, al pie del monte Ida, con sus compañeros fugitivos de Troya, donde construyeron la armada

---

(2) Julio César en el elogio fúnebre de su tía afirmaba que la *gens Julia* descendía de *Juno*, hijo de Eneas. Sabido es, por otro lado, que, según la fábula, Eneas era hijo de Anquises y de Venus.

con que habían recorrido durante siete años las diferentes costas mediterráneas hasta llegar frente á las de Sicilia; la muerte del anciano Anquises; y finalmente, la tempestad que los había arrojado á las playas africanas. El *libro IV* es el patético cuadro del origen, desarrollo y resultados de la pasión de Dido por Eneas, la fuga precipitada de los troyanos, y el faror y trágica muerte de la infeliz reina de Cartago. En el *libro V* se refiere cómo Eneas arriba por segunda vez á las costas de Sicilia, desde donde dirige su rumbo hacia la Italia, después de celebrar con juegos fúnebres el aniversario de la muerte de su padre Anquises. En el *libro VI*, visita los Campos Eliseos donde le anuncia aquél el glorioso destino que está reservado á él y á los romanos, sus descendientes, en las edades venideras.—En el *VII canto* cambia la escena: llega Eneas al Lacio y hace alianza con el rey latino, quien le promete su hija Lavinia en matrimonio; pero Turno que es el desposado de ésta, se la disputa con las armas. En el *libro VIII* socorre Evandro á Eneas, al cual entrega Venus un escudo forjado por Vulcano, donde están representadas las hazañas y gloria futura del pueblo rey. El *IX* contiene el cuadro de los sangrientos combates que acaecen entre los ejércitos enemigos, y el interesante episodio de Niso y Enrialo.—En el *X* convoca Júpiter la asamblea de los dioses con el intento de reconciliar á Venus y á Juno, que protegen á las dos naciones beligerantes; pero vista la imposibilidad de una avenencia, el padre de los dioses se declara neutral y abandona al hado la suerte de la guerra. Sigue esta con mayor encarnizamiento; y Palante, hijo de Evandro, muere en la lid á manos de Turno, á quien Juno sustrae repentinamente de la venganza de Eneas. En el *XI libro* describe Virgilio los funerales de Palante y las tentativas de reconciliación entre Eneas y el rey Latino; las singulares hazañas de la virgen guerrera Camila; la dispersión del ejército latino aterrado con la muerte de la noble heroína, y la llegada de Turno con su ejército. Por último, en el *libro XII* se refiere el singular combate á que fué desafiado Turno por Eneas para terminar la guerra, y se ajustan solemnes pactos, en cuya virtud obtendrá el vencedor la mano de Lavinia y el cetro del Lacio. Á pesar de los obstáculos que pone Juno, vienen á las manos los dos rivales, en presencia de ambos ejércitos, terminando con la muerte de Turno la guerra y el poema.

Expuesto el argumento de la Eneida, discurremos sobre la *significación y verdadero mérito poético de esta epopeya* latina, tan diversamente apreciada por la crítica moderna, después del no interrumpido entusiasmo con que ha sido ensalzada durante siglos. Ya hemos dicho que Virgilio no pudo dar la última mano á la Eneida; pero, á pesar de ello, podemos casi afirmar que esta obra poética hubiera quedado en su composición general, y en sus grandes partes, tal como la poseemos, aun después de su corrección



definitiva. Los contemporáneos del poeta la recibieron á su aparición con gran entusiasmo, lo que prueba claramente que el ilustrate había acertado á ser afortunado intérprete del sentimiento nacional. Roma no había tenido, en efecto, hasta entonces una verdadera epopeya; pues no podía darse este título á los relatos históricos en verso de Nevio ó de Ennio, ni á los poemas narrativos de sucesos particulares contemporáneos ó de época no muy lejana, ni á las imitaciones de los poetas cíclicos, que cantaban alguna aislada tradición heroica de la antigua Grecia: que esto fué lo que ejecutaron algunos escritores romanos anteriores ó contemporáneos de Virgilio. Era preciso descubrir un asunto de verdadero interés nacional, y vasto en sus proporciones, que se relacionara á la vez con la edad heroica, perenne inagotable manantial de la gran poesía, y por otro lado con la edad contemporánea. La historia de Eneas era el gran asunto: desempeñaba un interesante papel en las narraciones homéricas; y su venida á Italia, para conquistar el país latino y fundar por misión divina (*sic fata voluere!*...) la Ciudad sagrada de donde saldría la formidable raza de héroes que había de dominar el Orbe, era para los romanos la más grata tradición de los tiempos legendarios;— por otro lado, grandes y pequeños, doctos é indoctos, se habían acostumbrado en la época del poeta á aceptar á Augusto como identificación de aquella invicta Roma, señora de las naciones. El poema, pues, de Virgilio era de interés verdaderamente nacional: como que hasta para más halago del fiero patriotismo romano aparece en él humillada por el fundador del pueblo rey la miserable reina de Cartago.

La *Eneida* fué acogida naturalmente como el magnífico impercedero monumento de la grandeza romana. Y en verdad no puede negarse que el poeta había sabido *elegir* un asunto digno de la trompa épica. Algunos críticos, sin embargo, consideran rebajado este mérito en la ejecución de la obra, por encontrarse en ella, en cada página, frases, trozos y pasajes enteros de Homero, de Apolnio de Rodas, de los trágicos griegos: sin considerar que nada importan todas estas imitaciones en los pormenores de una obra tan vasta si la concepción primera es original, si la inspiración es grandiosa y verdaderamente nacional. Virgilio podría haber robado detalles artísticos á Homero, á los poetas cíclicos, á los alejandrinos y

aun á los mismos viejos poetas latinos; pero en su hermosa epopeya no domina sino la gran imagen de Roma, reina y señora del mundo por la voluntad excelsa de los dioses: esta imagen espléndida, es la que le presta toda su magnificencia; y en su grandiosa concepción radica la originalidad, que echan de menos los críticos severos que no ven en la Eneida sino una copia primorosa del arte griego.

Más fundada que esta censura de falta de originalidad es la que ha formulado la crítica contra las cualidades y condiciones del héroe de la Eneida; pero aun este cargo fácilmente se desvanece, si se medita que en el príncipe troyano no se propuso el dulce Virgilio «cantor eterno de la paz y enemigo declarado de los horrores de la fuerza y de la violencia» presentar uno de aquellos guerreros homéricos, valientes hasta la fiereza, de *«aquellos hombres creados por Júpiter, como dice Homero, para vivir desde la adolescencia en medio de los combates y de la matanza, hasta encontrar la muerte en la pelea.»* El recuerdo de las desolaciones de Italia debía mantenerse tan vivo en el espíritu dulce del poeta de Mantua, que le haría mirar con espanto análogos horrores, aun en las regiones fantásticas del pasado. De aquí la pálida melancólica figura de Eneas, en la que se ve retratada la fría majestad de Augusto y la dulce tristeza del poeta. El héroe troyano se vé arrojado en un mundo que no se ha hecho para él; es un instrumento casi inerte del ineludible Destino. El príncipe Eneas es un varón piadoso que jamás se rebela contra los decretos celestiales, ni los recibe con enojo. Al cumplir su *misión sagrada*, le sobrevienen desventuras y desgracias sin cuento; pero aunque con el alma contristada, se resigna, y sigue el rumbo que le trazan los hados. Triste náufrago, arriba á las playas de Cartago, y se deja coger, tierno y agradecido, en los lazos de amor de la apasionada hermosa Dido; pero su alma siempre *piadosa*, abandona las dulzuras del amor sin resistencia, á la primera intimación de los dioses. A su pesar también, y *siempre en obsecrancia de las leyes del destino*, se dirige al suelo de Italia, llevando á aquel noble país la guerra y el esterminio, que repugnan á su corazón. El carácter que asigna el poeta á su héroe, está perfectamente conservado desde el principio hasta el fin del poema: sentimiento profundo de piedad, la gravedad y las cualidades serias de un romano, jefe de un vasto Imperio, esto es lo que encontramos en la figura de Eneas; pero nada del héroe de las an-

figuras epopeyas, ni aun siquiera de los mismos primitivos guerreros de la patria romana.

En nuestro siglo, desde que Wolf arrojó en el campo de la crítica la famosa teoría de las epopeyas populares, fruto de una inspiración colectiva y libre, se han exaltado con preferencia las grandes epopeyas de Oriente, los poemas homéricos y los romanceros y cantos de Gesta de los pueblos antiguos de Europa, reelegándose á inferior rango la epopeya virgiliana, por no ver en ella sino un trabajo DE ARTE, una fría obra de imitación, falta de la inspiración y sentimientos enérgicos que dan vigor y lozanía á los cantos de rapsodas y trovadores. Pero estas exageradas apreciaciones, á primera vista seductoras, no pueden aceptarse de una manera absoluta. Son indudablemente muy encantadoras, por su poética sencillez, las epopeyas elaboradas en sus edades heroicas por la fantasía creadora de los antiguos pueblos de nuestra raza; pero la *Eneida* virgiliana, nacida en el seno de una sociedad, que representaba la síntesis de toda la civilización antigua, debía ejercer una influencia más poderosa en el sentimiento y en el gusto estético de las naciones, que se alzaron sobre sus ruinas, heredando su cultura literaria ó inspirándose en sus obras. El bello poema de Virgilio viene, en efecto, desde la antigüedad, mirándose como acatado modelo en este alto género poético, y á su sistema artístico se han ajustado casi todos los poemas épicos de las modernas literaturas. La *Eneida* por lo tanto, debe ser y será considerada á perpetuidad, como una gran obra poética, como una de las más preciadas joyas de la literatura clásica. El arte del poeta, dice Baehr, se revela sobre todo en la maestría, enteramente suya, con que supo aprovechar materiales extranjeros, dándoles un colorido, una fisonomía nacional; en la habilidad con que ordena y enlaza las tradiciones y mitos más distantes, aunque romanos, tras de Roma y con Roma su centro común; en las descripciones geográficas demuestra tal fidelidad, que los escritores de siglos posteriores, le citan como autoridad. En cuanto á la latinidad de la *Eneida* osténtase en toda su perfección, distinguiéndose por su pureza y exquisita elegancia, y en la versificación ninguno de los poetas épicos igualó á Virgilio en la regularidad y armonía del verso. (1)

(1) Entre las traducciones castellanas de la *Eneida* son las más estimadas la de Gregorio Hernández de Velasco, de la que se han hecho varias ediciones; la de D. Eu-

Para terminar estos breves apuntes sobre el príncipe de los poetas latinos, haremos observar que Virgilio, en medio de la corte de Augusto, es, no sólo por sus dotes personales sino por las pasiones que describe, el poeta que representa la transición entre el antiguo mundo del paganismo y el mundo cristiano: así que quizá no se encuentre un escritor de la antigüedad que haya ejercido en los siglos posteriores, sobre todo en la época inmediata, una influencia tan profunda como Virgilio. Yá dejamos apuntado que, al aparecer la *Éneida*, fué proclamada la obra maestra de la poesía. Ovidio y Propertio la elogian con entusiasmo y lo mismo Quintiliano y Estacio. Los gramáticos y los retóricos hicieron de esta epopeya latina la materia predilecta de su enseñanza: viniendo á ser la *Éneida* de Virgilio el arsenal universal de donde se tomaban expresiones, frases, sentencias morales y temas de declamación; formáronse de ello centones y florilegios; y hasta los griegos mismos tradujeron la epopeya romana.

La piedad cristiana quiso transformar también en creyente al gran poeta latino. Las nobles y misteriosas aspiraciones de este alma elevada, que parece flotar entre el olimpo y el cielo cristiano, fueron consideradas como revelaciones proféticas: refiriéndose en los escritores de la *Historia Augusta*, que yá en tiempo de Adriano y de Severo se consultaban sus obras poco menos que como un texto sagrado, siendo las *Sortes virgilianæ* una práctica general de

---

genio Ochoa en su versión de las obras completas de Virgilio dada á la estampa en Madrid, en 1869; la que recientemente se ha dado á luz, en la *Biblioteca clásica*, debida al poeta americano D. M. Antonio Caro. También el docto sinólogo español don Sinibaldo Más publicó no há muchos años una rara traducción, en verso, tratando de imitar en ella la metrificacón cuantitativa latina. Entre las versiones extranjeras, gozan de gran celebridad en Europa la italiana de Anibal Caro, las francesas en prosa de Villenave y Amar de la Colección Panckoucke, y la de Pongerville; y en verso, las de Delille y Barthelemy; entre las alemanas merece citarse la de Gersber, con excelente introducción y notas, publicada en 1859. En nuestro siglo se han dado á luz también estudios de copiosísima erudición sobre el gran poema de Virgilio: entre ellos merecen apuntarse los siguientes: *Tissot*, Estudios sobre Virgilio comparado con todos los poetas épicos y dramáticos antiguos y modernos;—*Segrée*, La *Éneida* considerada con relación al arte de la guerra;—*L. Magnier*, Análisis crítico y comentario de la *Éneida*;—*Cadinbach*, Prolegomena ad Verg. *Æneida*.—*Breier*, De Virgilio poeta epico recte æstimando;—*Heltier*, Geografía de Virgilio;—*Bonstetten*, Viaje sobre la escena de los diez últimos libros de la *Éneida*;—*Tohfer*, Virgilii geographia in *Æneide* exhibitá;—*Ostlander*, De carmine epico Virgilii;—*Lersék*, Antiquitates virgilianæ;—*A. Noel*, Virgilio y la Italia;—*Wedeber*, Homero, Virgilio y Tasso... etc., etc. (Teuffel, 1. 33).





adivinanza entre los devotos del gran poeta. Mantúvose vivo este entusiasmo hasta la caída del Imperio romano, y se reprodujo en la época carolingica en la cual los poetas se afanaban por imitar el estilo y la exposición poética de Virgilio: habiéndose elevado al grado de verdadera adoración, puesto que se llegó á considerar al cisne de Mantua como un ser sobrenatural dotado de mágico poder, hasta el punto de ser más conocido y reverenciado del pueblo, en los tiempos del Dante, por esta reputación de encantador y de nigromante, que por sus poesías, poco conocidas de la muchedumbre. Así se explica la alta importancia que el gran vate italiano da al poeta Virgilio en la inmortal *Divina comedia*. En la época del Renacimiento perdió este carácter sobrenatural; pero se hizo de Virgilio la primera y la más alta autoridad en literatura poética, ajustándose los poemas épicos y los tratados sobre la epopeya al modelo de la virgiliana. Esta reverencia y entusiasmo no interrumpidos por espacio de tantos siglos, contribuyeron á conservar en la pureza más perfecta, y con el respeto más extremado, el texto de los poemas de Virgilio: razón por la cual podemos congratularnos de poseer una copia bastante fiel del texto original en el renombrado *Códice de Medicis* del IV ó V siglo, que actualmente se encuentra en Florencia. (1)

Entre sus más célebres comentadores antiguos, debemos mencionar á M. Valerio Probo y al gramático Servio Mauro Honorato, cuyo trabajo ha llegado íntegro á nosotros, y de gran valor, porque habiendo vivido su autor, según Macrobio á fines del IV, debe suponerse que es un resumen de multitud de trabajos anteriores. En este comentario se leen pormenores curiosísimos de historia, de arqueología y de mitología. El que lleva el nombre de Junio Philargino es de menor importancia. Los *Escolios* de Venecia descubrier-

---

(1) Viene después el *Codex palatinus* y el *Vaticanus* del IV al V siglo también; luego el *Gudianus* del siglo IX; después de los tres *manuscritos de Berna* del IX al XI; y por último, el denominado *Minorangiensis* del X al XII: preciosos códices sobre los cuales dió á luz curiosos estudios, no há muchos años, el docto filólogo Ribbeck. Uno de los primeros monumentos de la imprenta fué la edición *princeps* de Virgilio, publicada en Roma en el año de 1469. Las innumerables ediciones que se han hecho después de las obras de este gran poeta de la antigüedad, encuéntranse citadas en las noticias literarias que acompañan á la edición de *Dos Puentes*, y en la *Biografía clásica* de Schweizer y de Wagner.

tos sobre un palimpsesto por Ángel Mai no son sino una compilación de antiguos comentarios.

En la época actual han visto la luz pública un sinnúmero de versiones y trabajos bibliográficos, críticos, geográficos, arqueológicos y filológicos relativos á la literatura virgiliana, muchos de los cuales quedan anotados en los capítulos respectivamente dedicados al examen de las obras maestras de este celeberrimo poeta latino.

## LECCIÓN 33.

### Horacio.

*Horacio: su vida y su carácter.*—Sus obras poéticas.—Cómo aparecen comúnmente coleccionadas.—Orden en que fueron escritas.—*Poesías del género satírico:* las Sátiras y el libro de *Epodos*, su examen analítico y crítico.

**HORACIO: SU VIDA Y SU CARÁCTER.**—Así como de Lucrecio dijimos que había dejado *oculta su vida*, en armonía con el precepto del Maestro, el jovial celebrado poeta Horacio, aunque epicúreo, nos ha legado una mina riquísima de pormenores biográficos en sus obras: de tal manera que, sin otras noticias de autores antiguos, llegamos á conocer por sus escritos, tan perfectamente la vida de este famoso poeta, como podríamos conocer la de un ingenio cualquiera de nuestro tiempo con quien nos ligara el vínculo de la amistad más franca y expansiva. (1)

(1) Si deseamos conocer su retrato, él mismo nos dice que era el tipo opuesto de su amigo Virgilio: pequeño de estatura y grueso, ó por mejor decir, *barrigudo*, como que Augusto se chanceaba, comparándolo á un *sextariolus*. Sabemos por él también, que padecía de los ojos y que se los cuidaba con un colirio; que era débil de estómago, y que padecía accesos de gota y de hipocondría. En sus sátiras, en sus odas y en sus epístolas aprendemos las vicisitudes todas de su vida, sus gustos y sus costumbres. Oigámosle: «Me levanto, y me voy á enterar del precio que tienen las legumbres y los granos. Hasta bien entrada la noche ando vagando entre la muchedumbre del circo del foro, divirtiéndome con los charlatanes y oyendo á los adivinos; después regreso á mi casa en busca de mi predilecto plato de legumbres, de mis garbanzos y de mis pasteles, que me sirven mis tres esclavos, sobre mi blanca mesa de mármol, donde se encuentran simplemente un par de copas y un *cyathus*; y un vaso para las libaciones con su patera, todo de barro de la Campania. En fin, diríjome á mi lecho sin cuidados que me obliguen á madrugar..... Permanezco acostado hasta la hora IV (las diez de la mañana): y seguidamente me voy de paseo, ó después de haberme recreado con alguna lectura, ó escribiendo... cuando los rayos ardientes del sol me advierten que es hora de tomar el baño, abandono el campo de Marte, y después tomo el alimento necesario para no estar con el estómago vacío hasta la noche...» etc. Durante su residencia en el campo, nos cuenta los lugares que habita, y las horas en que come, bebe, duerme, trabaja, y todo cuanto piensa y siente, cuanto ama, y aborrece... Jamás ha existido una poesía más personal que la de Horacio, (P. Alberti, *Literat. romana*, II, 62).

La primera fuente para estudiar la vida de este poeta es, por consiguiente, su mis-

Llamábase Quinto Horacio Flacco, y era natural de Venusia, ciudad de la Apulia. Nació en el mes de Diciembre del año 689, dos años antes de la famosa conjuración de Catilina, siendo cónsules L. Aurelio Cotta y L. Manlio Torcuato. Su padre, honrado libertino, se propuso no omitir ningún género de sacrificios por darle una educación generosa y espléndida; lo envió primeramente á Roma á la entonces afamada escuela del maestro de literatura Orbio Pupilio; y, un año antes de la muerte de César, le hizo marchar á completar su instrucción en la culta Atenas. Hallábase en dicha ciudad, enteramente consagrado á la Filosofía, cuando se presentó en ella el famoso M. Bruto, con el intento de atraer á su causa á los jóvenes romanos, que se hallaban en aquel noble emporio de la ciencia antigua, completando sus estudios. Horacio contaba entonces veinte años y se dejó arrebatar por el fogoso tribuno republicano. Nuestro poeta estuvo siempre *exento de ambición*, según nos repite el mismo á cada paso; pero en esta ocasión, tal vez única en su vida, se debió sentir movido por el anhelo interesado de honor y de fortuna. Sea de ello lo que fuere, se alistó en las filas del ejército de Bruto, quien le nombró tribuno militar. Con él recorrió la Macedonia y el Asia; hasta que, en el año 712, la desgraciada batalla de Filipos puso término á la carrera militar del joven Venusino, pues su genio, más á propósito para rendir culto á las musas que para brillar en las artes de la guerra, le hizo abandonar para siempre las armas.

Yá para entonces había quedado huérfano de padre, y los triunviros habían sin duda confiscado sus bienes, pues Horacio nos cuenta que regresó á Italia «*pobre y desplumado*» (*decisiss humilem pennis*). Para allegarse los recursos más indispensables, se hizo *scriba* ó secretario del cuestor; pero, como ha acontecido con otros muchos grandes hombres, sus desgracias y vicisitudes fueron originadoras de sus mejores obras y de su gloria: pues en esta situación apurada de su vida fué cuando se dedicó á la poesía, inspirándole su pobreza el deseo de darse á conocer y de crearse una posición menos ingrata: (*paupertas impulit audax ut versus facerem*)...

mo repertorio poético.—Además, puede consultarse el extracto de la vida de Horacio por Suetonio, que se ha conservado por los mss. Biografías modernas: Masson, *Vita Horatii*. Lugd. Batav., 1708.—Walckenaer, *Historia de la vida y de las poesías de Horacio*. París, 1858.—*Noël des Verges*, *Vida de Horacio*, con dos cartas y seis vistas fotográficas, al frente de la edición de Didot, publicada en París, en 1855.



Sus primeras obras poéticas fueron del género satírico, y por ellas se dió á conocer y entró en los círculos aristocráticos; pues á pesar de que algunos de los dardos del novel poeta fueron lanzados contra el ilustre Mecenas, favorito del vencedor, al poco tiempo, por gestiones cariñosas de sus amigos Virgilio y Vario, entró en relaciones con el célebre ministro de Augusto, y con Octavio mismo, habiendo en sus versos immortalizado Horacio, á fuer de agradecido, aquella amistad generosa, ó, si se quiere, calculada, pues yá hemos dicho que en los planes del Dictador entraba, al comenzar de su gobierno, el cautivar con su amistad y con sus favores la voluntad de los hombres de letras más distinguidos de su tiempo. Olvidando pues, la breve campaña republicana del joven poeta que con tal ingenio manejaba la sátira, Mecenas y Augusto lo colmaron de bienes y de atenciones. Contento el favorecido vate con su suerte, se entregó de lleno, como buen epicúreo, á su afición y á los deleites, sin pretender jamás entrar en la difícil y peligrosa carrera de los honores. El emperador quiso hacerle su secretario; pero él lo rehusó, á pesar de ser el cargo ambicionado y provechoso. Reconocido á la amistad y á los favores que le dispensaron el César y su noble amigo Mecenas, los celebra y ensalza con grata complacencia, según dejamos dicho; pero también alguna vez les hace comprender con formas delicadas que, al aceptar los presentes de tan excelsos amigos, no creía haber vendido su independencia.— Esta singular actitud del poeta no atenuó, sin embargo, en lo más mínimo la amplia libertad que se le concedía en la Corte. Pero él gustaba más que de las delicias palaciegas, de la dulce calma y grato bienestar que le proporcionaba su bello retiro de la Sabina ó su linda quinta de Tibur, y en ellas pasó los días mejores de su existencia, entregado blandamente al culto de las Musas y de las Gracias, exento de cuidados é inquietudes, gozando de la voluptuosa indolencia, que canta en sus dulcísimos versos, y de aquella «*aurea mediocritas*,» que preconiza en ellos como la más envidiable fortuna de la vida. En este tranquilo período de la suya se entregó el esclarecido vate con gran ardor á la continuación de sus estudios literarios, y principalmente á los de la poesía griega, con la mira siempre de restaurar la literatura poética romana, tan favorecida en aquellos tiempos por Augusto y sus elegidos. Entonces

también arrancó de su lira los acentos más armoniosos: siendo de esta época la mayor parte de sus *odas* (CARMINA); así como en sus últimos años escribió sus apacibles, sabrosas *epístolas poéticas*. Tal fué la vida del príncipe de los poetas líricos latinos: en medio de su dulce embriaguez le sorprendió la muerte en Roma á los 57 años de edad, en el día 27 de Noviembre del año 746 de R., tres semanas después de la muerte de Mecenas, cuyas cenizas fueron mezcladas con las suyas.

El poeta Horacio poseía un alma verdaderamente ingénuo y amable, dotada de un gusto exquisito y de ese ponderado buen sentido en que se hace consistir el alto valor de sus obras. En las poesías de Horacio no hallaremos el entusiasmo ardiente ni el alto vuelo que se remonta hasta las regiones de lo ideal; pero sí el arte mágico de embellecer la realidad y de presentar con dulce encantador colorido poético las escenas y circunstancias comunes y sencillas de la vida. Por esta razón no salieron de su lira los nobles enérgicos acentos de Píndaro y Tirteo; pero sí los tiernos de Safo, de Alceo y de Anacreonte: y ostentó, sobre todo, su claro talento y su originalidad en los poemas filosóficos ó didácticos, aunque no empleara en ellos formas artísticas tan elegantes y primorosas.

Dijimos que su carácter era independiente, y que prefería la halagüena vida de los campos á la agitada y seductora de la Corte; y sin embargo se le ha censurado duramente por su brusca conversión política, por sus desmedidas hisonjas á Augusto y por su vano alarde de haber arrojado el escudo en la batalla de Filípos. Por nuestra parte declaramos que nos repugnan y hastían por todo extremo las adulaciones exageradas, llevadas hasta la apoteosis, que se prodigan en las composiciones de todos los poetas de la corte de Augusto; pero también nos parece que el cargo se ha exagerado contra el poeta Horacio, quien, á vueltas de todo, si habla con algún desdén de su pasado político, es porque en realidad se redujo á un breve arrebató de joven, en desarmonía indudablemente con el fondo de su carácter. Su *evolución*, que estaba en conformidad con su naturaleza íntima y con todos sus gustos é inclinaciones, dice acertadamente Paul Albert, *no es la que es difícil explicar; sino su pasajero acceso de republicanismo.*—«*Es preciso medir á cada hombre con su medida*», y la pauta de nuestro Horacio constituíala un

temperamento medio entre todos los extremos. El gobierno del astuto *imperator*, cuya parte más bella fué la que conoció nuestro poeta, la renombrada *pax octaviana*, mejor dicho, se ajustaba perfectamente á sus más sinceros deseos. Por otro lado, yá hemos apuntado, en las noticias biográficas, que sino fué su actitud política la de un hombre de oposición, por que no podía serlo, dadas sus propias ideas y el lazo de gratitud que le ligaba con sus favorecedores, observó, en cuanto le era posible, una línea de conducta política prudente y decorosa.—Su temperamento templado le llevó también al gusto por aquella filosofía que convida á huir del dolor, entregarse de lleno á las dulzuras de la efímera vida, y á arrojar una mirada de resignación hacia todo aquello que esta nos rehusa. Horacio estima como el bien más preciado esa tranquila *igualdad* de espíritu que no bastan á turbar ni las borrascas interiores del corazón, ni los acontecimientos exteriores y extrañas pretensiones. Bella filosofía en apariencia; pero en el fondo este sistema epicureísta venía á glorificar la indiferencia y el egoísmo, amortiguando en el alma toda noble idea de abnegación y heroico sacrificio, con lo cual dicho se está, que los escritores, partidarios de la doctrina, contribuían, quizá sin quererlo, á hacer más extensa la úlcera social que devoró las entrañas de la sociedad antigua, y que ellos mismos miraban por otro lado con visible repugnancia, según se revela en sus mismos escritos. Se lee, pues, sin satisfacción y hasta con disgusto esta brillante literatura, cuando fijamos la atención en el fondo que se oculta con frecuencia bajo formas tan galanas, pulcras y elegantísimas. Ahora, en cuanto á condiciones de estilo y de lenguaje, de ritmo y gracia poética son verdaderamente clásicos los poetas latinos del Siglo de oro; y sobre todos el que llevó á su más alto punto la lírica latina.

OBRAS POÉTICAS DE HORACIO: *Su análisis y crítica*.—Las poetas de Horacio pertenecen unas al *género lírico* y otras al *didáctico*. Son del género lírico los cinco libros de *Odas*, comprendiendo en ellos el titulado *Epodos* y el *Poema secular*, con que terminan. Y pertenecen al didáctico: dos libros de *Sátiras* y otros dos de *Epístolas*, entre las que sobresale la llamada *Arte poética*. En este orden se encuentran colocadas invariablemente en los códices y ediciones, por más que no corresponda esta disposición al orden cronológico

en que fueron compuestas por el poeta.—Pero indudablemente al coleccionarse, se colocaron las odas (CARMINA) en primer término, por ser las piezas poéticas á que daba el ordenador mayor importancia.

Nosotros vamos á examinar el repertorio poético de Horacio, en el orden con que cada género fué cultivado por el ilustre poeta, analizando primeramente las *Sátiras*; después el libro de *Epodos*, que comprende *poesías lírico-satíricas*, y pertenece también á la primera época de la vida literaria de Horacio;—luego las *Odas*;—y por último las *Epístolas* (1).

A.)—SATIRARUM LIBRI II.—Con el cultivo de la sátira comenzó la brillante carrera poética de Horacio. El poeta se dió á conocer por este medio, según queda dicho; y fundó sobre esta base la fama que llegó á gozar más adelante.—Según los cálculos de los eruditos, debieron escribirse desde los años 713 al 726 de Roma, es decir, desde el 24<sup>mo</sup> al 37<sup>mo</sup> de la vida de Horacio. Compónese la *Colección de Sátiras* de dos libros: conteniendo diez piezas el primero, y ocho sátiras el segundo. Siguiendo en parte la senda trazada por su predecesor Lucilio, admitió la unidad del ritmo y de la composición; pero no permitiendo las circunstancias entrar en el terreno de la política sin abrir de nuevo antiguas heridas (mucho menos á un escritor que había desempeñado un papel activo en el partido vencido), limitóse Horacio á elegir casi exclusivamente para materia de su crítica asuntos sociales ó literarios. En sus sátiras se propone el poeta enseñarnos á combatir nuestros vicios, á enfrenar nuestras pasiones, á deponer los errores que nos preocupan, á distinguir lo verdadero de lo falso, y á preservarnos de la ridiculez en que caen los hombres que, encaprichados con su opinión, la sostienen obstinadamente sin examinar si es ó no fundada; en suma, el autor se afana por hacernos dichosos, agradables y fieles para con nuestros amigos, y complacientes, circunspectos y honrados con todos aquellos con quienes tenemos que vivir. Un ligero examen analítico de cada uno de los dos libros de sátiras nos hará conocer

---

(1) En este orden las examina el docto historiador de la L. R. Teuffel: de tal manera se explica y se comprende mejor el espíritu que las informa, y los asuntos de que se ocupa el escritor.



de una manera más cumplida los asuntos elegidos por el poeta para hacerlos objeto de su crítica:

**LIBRO I. Sátira primera.**—En esta sátira dirigida á Mecenas domina el gran principio de Aristipo: *querer es poder*; del que estaba el poeta tan vivamente penetrado, como que venía á ser la piedra angular de su filosofía y el asunto de casi todas sus sátiras y sus epístolas. El afán de enriquecerse era en su época la pasión universal de los romanos; no viviendo nadie contento con su fortuna. Contra este furor por mejorar de posición escribió Horacio su primera sátira.—**Sátira 2.<sup>a</sup>**—Va dirigida contra los seductores de mujeres casadas, cuyo vicio escandaloso pinta el poeta sólo bajo el aspecto ridículo, sin hacer ver todo lo que tiene de odioso bajo el punto de vista moral.—**Sátira 3.<sup>a</sup>**—Escribióla el poeta contra la general tendencia de los hombres á abultar las faltas de sus semejantes y á interpretar en mal sentido las debilidades de los demás, por pequeñas que sean.—En la **Sátira 4.<sup>a</sup>** se defiende Horacio de las censuras desfavorables, que le habían proporcionado las sátiras anteriormente publicadas, y explica los principios y las causas que le han determinado á este género de composición: en esta misma sátira es en la que hace la crítica dura contra los versos de su predecesor Lucilio, de que hemos hablado en otro lugar.—La **Sátira 5.<sup>a</sup>** es una especie de diario de un viaje hecho por Horacio de Roma á Brindis, en compañía de Mecenas, de Virgilio, de Plancio y de Varro. Tomó por modelo el viaje de Roma á Cápua, por Lucilio; y ha sido después imitado por varios escritores, entre ellos por Bachaumont y Chappelle.—**Sátira 6.<sup>a</sup>**—Este poema es por todo extremo interesante por la franqueza y la modestia encantadora con que el poeta se ocupa de sí mismo, enorgulleciéndose de su humilde origen: esta composición, en la que elogia á su amigo Mecenas, porque no hacía consistir la nobleza en la ilustre cuna, sino en la práctica de la virtud, ha servido de inspiración, con otra de Juvenal, para la sátira de Boileau sobre la nobleza.—La **Sátira 7.<sup>a</sup>** es un ligero poema en el que se relata un proceso cómico que tuvo lugar ante el célebre Bruto, gobernador del Asia Menor, entre P. Rupilio Rex y Persio de Clazomene. Casi no está escrita más que para poner en boca de Persio el siguiente equívoco, por cierto de no muy buen gusto: *Oh Bruto! yo te conjuro en nombre de los omnipotentes dioses; tú, que expulsaste á los reyes de Roma, libranos también de este Rex* (recuérdese que P. Rupilio tenía el cognombre de *Rex*).—La **Sátira 8.<sup>a</sup>** es una invectiva contra una tal Caninia, que sin duda había ofendido gravemente al poeta, pues la satiriza además en otros dos poemas: en esta sátira introduce el poeta á Friapo, burlándose de los encantamientos de las hechiceras.—En la **Sátira 9.<sup>a</sup>** describe el poeta la insoportable charlatanería de un hablador fastidioso é importuno, en quien sin duda quiso señalar á la insoportable turba de malos poetas, que rodeaban en la época de Augusto, á los grandes genios, acosándoles con sus impertinencias y con sus pretensiones continuas de ser introducidos en el círculo de Mecenas.—La

*última sátira* del libro I es puramente crítica. Horacio desfiende en *esta sátira* el juicio que había emitido acerca de Lucilio en la IV, procurando reducir á su verdadero valor el mérito de su ilustre predecesor en el cultivo de la sátira; dictando con tal motivo reglas preciosísimas de composición literaria, y terminando con la útil é importante máxima de que los escritores deben aspirar al aplauso de los hombres inteligentes, despreciando la opinión de los fatuos y de los pedantes.

LIBRO II.—*Sátira 1.<sup>a</sup>*—En la primera sátira de este libro se justifica Horacio de los rencores y amargas censuras que se habían despertado contra él, por su primer libro de sátiras: es una justificación llena de ironía, bajo la forma de un diálogo entre él y Trebacio, célebre jurisconsulto de su tiempo. El poeta hace como que consulta con Trebacio sobre si se debe ó no renunciar a escribir sátiras, y aprovecha la ocasión de decir á su juez muchas verdades, que se dirigen á sus antagonistas.—La *Sátira 2.<sup>a</sup>* es un bello elogio de la frugalidad: brillante por la verdad de sus pensamientos y por la viveza del colorido; iba naturalmente dirigida contra el lujo y la relajación vengonzosa de costumbres.—En la *Sátira 3.<sup>a</sup>* se ocupa el poeta de las locuras y extravagancias humanas.—La *Sátira 4.<sup>a</sup>* es un diálogo entre Horacio y Cario especie de gastrónomo, que desenvuelve en presencia del poeta, con un énfasis ridículo, una nueva teoría de la cocina. Horacio le ridiculiza, no por lo erróneo de sus aforismos culinarios, sino porque este epicúreo degenerado cifraba la suprema felicidad en comer una salsa bien hecha ó un pastel delicado; y, bajo este aspecto, aparecía menos como un hombre que como una bestia.—La forma de la *Sátira 5.<sup>a</sup>* es del propio modo dramática: dialogan en ella Ulises y Tiresias acerca de un vicio de la sociedad antigua, generalmente desconocido en las naciones modernas: el cual consistía en hacer la corte á los ricos solterones para que les dejasen un legado en sus testamentos. Los romanos habían hecho un estado particular de este infame oficio, al que Petronio dió el nombre de *hereditipeta*.—En la *6.<sup>a</sup>* *Sátira* compara el poeta las ventajas del reposo que disfruta en el campo, con las incomodidades que sufre en Roma. En este poema es donde se encuentra la bella fábula del ratón de la ciudad y el del campo.—En la *7.<sup>a</sup>* *Sátira* supone Horacio que uno de sus esclavos, usando de la libertad que le dan las fiestas saturnales, le reconviene, de un modo vigoroso, pero festivo, por la inconsecuencia de sus gustos y por los defectos de su carácter.—La *Sátira 8.<sup>a</sup>* es una descripción bñónica de un grotesco banquete con que fué obsequiado Mecenas en la casa de un avaro llamado Nasidieno. Esta sátira es extremadamente divertida por la gracia con que está tratado el asunto; pero además es interesante bajo el punto de vista histórico: pues nos proporciona acerca de los festines de Roma, documentos que no se encuentran en ningún otro lugar.

La sátira de Horacio se diferencia de la de su antecesor Lucilio, y más todavía de la del célebre Juvenal, por su tono jovial y dema-

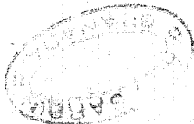
siado complaciente: por esto le han censurado algunos críticos acerbamente; pero no se ha tenido en cuenta que el genio que animaba á Horacio no era maligno ni misántropo; era nuestro poeta un amigo delicado de lo verdadero y de lo bueno, que veía á los hombres como eran, y que más frecuentemente los juzgaba dignos de lástima ó de risa que de odio ó de animadversión: es un filósofo culto que vé claras las extravagancias humanas, y juzga que lo más acertado era reprenderlas amablemente. «Ningún poeta, dice Laharpe, conoció mejor que Horacio el lenguaje que conviene á la razón: sin predicar la virtud, la hace sentir; sin mandar que se tenga prudencia, la hace amar; conociendo lo peligroso que es el papel del censor, halla medios de precaverse de sus escollos: nadie puede quejarse de que á él solo reprende, pues siempre habla con todos, y es demasiado festivo, para que nadie le llame regañón; por último, Horacio hace cuanto puede por evitar el fastidio, empleando una variedad de tonos inagotables, episodios de mil clases, diálogos, ficciones, apólogos y pinturas de caracteres, usando hábil y atinadamente de la forma dramática, tan feliz y oportuna donde quiera que puede entrar.» —En cuanto á las condiciones propiamente literarias de las sátiras de Horacio, celébranse en ellas la originalidad de los caracteres, la novedad con que los coloca en el cuadro, la exactitud con que los dibuja, y la habilidad con que los contrasta; la ligereza con que desflora las materias, la destreza con que, abandonando un objeto para pasar á otro, presenta á éste enlazado con aquél, cuando ya cree el lector que los ha abandonado á entrambos; la maestría con que de lo particular pasa á lo general, y al contrario, sacando á veces de un ejemplo trivial una máxima importante; y sobre todo y más principalmente la solidez de los racionios y la energía de la expresión. Todos estos méritos indiscutibles de la sátira horaciana, dice un ilustre intérprete del poeta, dan á esta hermosa preceptiva de la vida y de las artes una amenidad extraordinaria, haciendo de su lectura una grata diversión, al paso que un estudio útil y provechoso.

En cuanto á la versificación, Horacio, empleó el verso épico, por considerarlo el más conveniente al contenido generalmente didáctico de las sátiras, y que le estaba recomendado ya por el ejemplo de Lucrecio.

B.)—**EPODON LIBER**—El nombre de *Épodos* (Ἐποδοί, τὰ ἐποδοί) dado á esta segunda colección poética de Horacio, es sin duda una invención de los gramáticos, originada del carácter métrico de la mayor parte de las piezas: pues se dió, en efecto, más tarde la designación de *epódica* á toda combinación métrica de dos versos, uno largo y otro corto, sobre todo de un trímetro y un dímetro yámbicos (1). No tiene, pues, relación el título de la Colección, *Éponos*, con el asunto de las composiciones que la constituyen: datan estas poesías de la misma época que las sátiras, y son de igual carácter que ellas, aunque más agresivo, pues las sátiras son una obra de crítica general, en tanto que los *épodos* van dirigidos contra personajes particulares. Por otra parte, en su forma mélica están denotando que el poeta se preparaba para la composición de sus bellísimas poesías líricas. Horacio se muestra en los *épodos* imitador del cáustico vate griego Arquíloco, aunque imitador independiente. Las últimas composiciones de este libro ofrecen un carácter más serio y reflexivo, aproximándose á las odas ó *carmina*; así como entre las odas encontramos algunos fragmentos, que por su forma y contenido podrían ocupar un lugar en la colección de los *Épodos*.

---

(1) Horacio denomina á sus *épodos*, en algunos pasajes *iambi*, *yambos*. Este era el metro usado por el famoso satírico griego Arquíloco: *Archilocum proprio rabies armavit iambo...* H.



## LECCIÓN 34.

### Conclusión del estudio de Horacio.

Las *Odas* de Horacio: su carácter é importancia en la Literatura latina. Su clasificación: sagradas, heroicas, filosóficas y festivas. Modelos. Juicio crítico de la poesía lírica de Horacio.—Análisis é importancia de la: *Epistolae poéticas* de Horacio, en particular de la *Epistola á los Pisones*. Celebridad de los poemas de Horacio: sus comentadores. Su influencia en la literatura moderna.

C.) HORATHI CARMINA.—Quinto Horacio Flacco es considerado generalmente como el primero de los líricos latinos. Sus poesías de este género se designan en las colecciones con el nombre genérico de *Carmina*, y constan de cuatro libros de *Odas* y del CARMEN SACULARE. En este grupo de sus obras poéticas se incluye también por casi todos los autores el libro de los *Épodos*, que aunque de fecha anterior á las *Odas*, hállase colocado después de estas en los manuscritos y en las ediciones, formando el V libro.—El tiempo y el modo como se formó la Colección de los Poemas líricos es difícil determinarlo con precisión, por más que este particular haya sido objeto de los estudios más curiosos y eruditos.—Ea cuanto á la época de su composición parece lo más probable, y esta es la opinión del docto profesor W. Teuffel, que después de haber cumplido Horacio la edad de treinta años, resolvió utilizar las facultades prácticas y la facilidad de pluma que había adquirido, escribiendo los *Épodos*, para trasplantar la lírica griega en el suelo romano. Nuestro poeta empleó un período largo, lo menos siete años, en llevar á cabo su pensamiento, siendo el resultado de estos afanes literarios los primeros tres libros de las *Odas*—CARMINA—á los cuales se agregó algunos años más tarde el libro IV, escrito bajo la influencia de circunstancias exteriores. Horacio intitula con frecuencia sus poesías líricas *Æolium ó Lesbium carmen*; y, en efecto, sus *odas* se distinguen por ser una imitación de la *poesía mélica eolia subjetiva*; la *poesía coral dórica*, por su carácter, mitad

musical y mitad orquestrico y ritual, no era la más á propósito para ser trasplantada á suelo extranjero, por lo cual Horacio no acudió á beber en esta fuente de la poesía helénica; pero tampoco cometió la falta de casi todos los poetas romanos de su tiempo, quienes fueron á inspirarse en la fría y conceptuosa literatura de los eruditos vates de Alejandría.—Horacio buscó el verdadero puro manantial de la poesía clásica griega, siendo sus modelos predilectos Alceo y Anacreonte y la tierna poetisa de Lesbos.—Comenzó su carrera lírica el egregio poeta con ejercicios de estilo, ajustándose á los ejemplares griegos, traduciéndolos en una palabra;—después se fué elevando poco á poco á imitaciones en el espíritu de los mismos;—y, por último, se atrevió á tratar en las formas métricas de los griegos asuntos de actualidad ó de su elección, ó que revelan puntos de vista meramente subjetivos del poeta. Hay, por lo tanto, en este rico repertorio poético multitud de composiciones que son propiedad evidente de Horacio, tales son, por ej., aquellas que revelan la situación del Estado en determinadas circunstancias; las que van dirigidas á ciertos personajes contemporáneos: á Augusto, á Mecenas, etc. Pero aun aquellas mismas en que no hizo más que imitar ó traducir á sus modelos griegos, prestó á la lengua y á la literatura poética de su patria un servicio señaladísimo: pues el genio romano era, como hemos indicado más de una vez, poco apto para la poesía y menos para la de este género, y, por lo tanto, antes y después de Horacio se habían mostrado poco favorecidos de la musa lírica.—Las Odas de Horacio enriquecieron por un lado la poesía latina y por otro conservaron para la posteridad preciosas copias del arte griego cuyos originales no han llegado por desgracia hasta nosotros.

CLASIFICACIÓN DE LAS ODAS DE HORACIO: *modelos en cada una de sus variedades.*—Es muy difícil una acertada clasificación de las odas de Horacio. Bajo el punto de vista de la *originalidad* podrían dividirse, como arriba queda dicho, en *traducciones*,—*imitaciones*,—y *odas originales de asunto romano*;—pero suelen clasificarse más generalmente, atendiendo al asunto de las mismas, con arreglo á la división que los preceptistas hacen comunmente de la poesía lírica. Bajo esta base se clasifican las poesías líricas de Horacio en *sagradas* ó *heroicas*, *filosóficas* y *festivas*.

a). *Odas sagradas: Carmen Saculare.*—En esta variedad lírica no podía remontar muy alto su vuelo el Cisne de Venusa, dado el general escepticismo y las circunstancias todas de su tiempo, de que hemos hablado en la Parte general y al ocuparnos de otros escritores de la época. La restauración religiosa iniciada por Augusto obedecía á un calculado plan político, no la originaba una fe sincera de la religión patria ni un deseo propiamente piadoso de sostener el culto nacional. No hay, por lo tanto, que comparar las poquísimas odas de Horacio, que afectan este carácter, con los himnos védicos ni con las solemnes odas pindáricas, ni mucho menos con la sublime poesía religiosa bíblico-cristiana. Esto se comprueba leyendo su oda «*Ad Romanos*» ó la que empieza *Odi profanum vulgus.....* etc. El mismo *Poema secular*,—*CARMEN SÆCULARE*,—que parece el más caracterizado de Horacio en este género, lo escribió el poeta, por encargo de Augusto, para una solemnidad oficial,—(para los juegos ó grandes festejos que acostumbraban celebrar los romanos de siglo en siglo, desde principios del IV en recuerdo de un terrible contagio de que se vió libre la ciudad)—y ofrece poco que admirar. Piden en este poema los coros de niños, adultos y ancianos, que los dioses protejan la patria, que hagan renacer las antiguas puras costumbres, que colmen de gloria á la raza romana. En verdad hay en este Poema cierta sencillez y gravedad que corresponden á la santidad del objeto; pero no la alta inspiración, ni ese entusiasmo ardiente, que mueven á los pueblos cuando se ensalza á Dios y se cantan sus glorias.

b). *Odas heroicas.*—Alguna más elevación y entusiasmo encontramos en las pocas odas, en que, siguiendo las huellas de Alceo, canta Horacio las grandezas ó los desastres de la patria y las hazañas de los héroes. Pero la oda heroica necesita un sentimiento patriótico más vivo, y un espíritu más serio que el que poseía nuestro poeta: y así se explica por qué razón es tan reducido el número de sus odas en este género. Son muy celebradas, sin embargo, las odas *Cælo tonantem.....* etc.; *Qualem ministrum fulminis.....* etc.; *Justum ac tenacem.....* etc.; *Oh navis! referent te in mare.....* etc. En este grupo se encuentran algunas enteramente originales, tales como las dirigidas á Bruto, á Druso, á Mecenas y en las que celebra los triunfos sobre los partos, los bretones y los españoles.

c). *Odas filosóficas*.—El genio reflexivo y pensador de Horacio, reposado y dueño de sí, se prestaba mejor á brillar en la oda llamada filosófica, discurriendo sobre las veleidades de la fortuna, sobre las leyes fatales á que nadie puede sustraerse, sobre los engaños de la vida, sobre el estrago de las pasiones, sobre las dulzuras de la amistad y sobre otros parecidos asuntos. Cítanse, entre sus mejores composiciones de este género, las odas *Beatus ille*..... etc.; *Rectius vives, Licine*..... etc.; *Æquam memento*..... etc., etc.

d). *Odas festivas*.—Por último, tenemos sus odas festivas consagradas á Baco y al Amor. Estas odas báquicas y eróticas no son, sin embargo, exacta copia de las anacreónticas: pues les falta esa graciosa frívola ligereza propia de estos poemitas líricos. Horacio, aun en estas composiciones alegres y festivas, razona y filosofa. Son muy numerosas las odas de este género que figuran en la colección y se hallan esparcidas en los cuatro libros. No necesitamos repetir que el amor no resulta más idealizado en este poeta que en cualquiera otro de los de su tiempo, excepción hecha de Virgilio.—En general el sentido sensual, epicúreo, que en ellas domina, las priva de ese candor que tanta belleza presta á la poesía lírica de este género.

Bajo el punto de vista de la Métrica, podrían también dividirse las Odas de Horacio en varios grupos.—La división en estrofas formaba la base del *métos*, μέτρος, griego; y aunque no estuvieran esencialmente destinadas para la música las odas de Horacio, adoptó también este poeta la estrofa en sus odas. Unas se componen de estrofas de cuatro versos y otras de dos: en el primer grupo se hallan las que se denominan *tetrástrophas*; tales son las odas en que se emplea la *estrofa sáfica* ó la *alcáica*, ó aquellas otras en que se usa la estrofa compuesta de *tres asclepiádeos* y *un glicónico*, ó la de *dos asclepiádeos*, *un gliconio* y *un ferecracio*;—en el segundo grupo se hallan las *distrophas*: tales como las que se componen de la breve estrofa yámbica, del *épodo yámbico-arquiloquio*, ó de un *asclepiádeo* y *un gliconio*.—Hay, además de estas odas notoriamente divididas en estrofas, otras en que no se usa sino una sola clase de metro en toda la composición, es decir, que son odas *monósticas*. Parece, pues, que en estas poesías quiso voluntariamente el poeta infringir el principio de la poesía mélica; pero Lachman y Wetzel



han hecho notar que en general *el número de versos de que se componen todas las odas* (á excepción de una sola, la 8.<sup>a</sup> del IV libro) *es divisible por cuatro*: de donde se ha deducido como cosa muy verosímil, que Horacio escribiera todas sus odas en estrofas de *cuatro versos*.

MÉRITO DE LAS ODAS DE HORACIO. —Yá hemos dicho que la poesía lírica en Roma no se vió en tan alto grado favorecida como en Grecia, por el carácter de la nación y por la falta de cultura popular; pues bien, Horacio llevó la lírica latina á su mayor altura: y así decía Quintiliano que era el único de los poetas de este género que merecía ser leído. No encontraremos en sus Odas ese vuelo generoso, ni ese entusiasmo ardiente de los grandes líricos griegos, ni aun de los mismos que le sirvieron de modelo; pero si sus poemas líricos no son el resultado de una fantasía que se desborda, muestran las otras dotes sobresalientes del poeta: talento claro, gusto depurado y exquisito y un espíritu reflexivo que sabe penetrar en los arcanos del corazón y en las arduas cuestiones de la existencia. Se admira, sobre todo, en estas bellas odas, la regularidad rigurosa, la armonía y el ritmo del metro y el arte delicado del lenguaje. Horacio es un poeta correctísimo en este punto, un gran maestro de composición. Alguna vez sin embargo, encontramos áridas frases, giros prosáicos, repeticiones y faltas de proporción, que desdican del gusto habitual del poeta: pero lo común es encontrar en sus obras líricas una facilidad de estilo, una gracia y una naturalidad en el lenguaje y un esplendor en las imágenes verdaderamente encantador: así se explica la gran influencia de la lírica horaciana en los vates romanos que le sucedieron, y aun en los poetas líricos de las modernas literaturas.

En un manuscrito de Montpellier del siglo IX se encontró una oda de Horacio, la 9.<sup>a</sup> del IV libro, puesta en música.—Algunos eruditos creen que sería copia de otro códice de época anterior, y de aquí se ha deducido que por lo menos algunas de las odas de Horacio habían sido destinadas para la música y el canto.

D.)—EPISTOLARUM LIBRI II.—Las *Epistolas poéticas* de Horacio fueron escritas, según dijimos en el apunte biográfico, en los últimos años de la vida del poeta. Son semejantes en la forma y en el argumento á las Sátiras: y entrámbas fueron designadas con el títu-

lo general de *Sermones*, discursos. Hallanse las Epístolas divididas en dos libros, de los cuales el primero contiene veinte Cartas poéticas y tres el segundo: la última de todas es la que, dirigida á los Pisones, se conoce con el título de *Arte Poética*. Aunque en las sátiras y epístolas se propusiera nuestro poeta un mismo objeto, es decir, flagelar y corregir los vicios y errores de su época, no puede negarse que las primeras tienen un aspecto más objetivo que las segundas: en aquellas se parte de un punto de vista más general y son más acerbas y cáusticas que las segundas, por lo mismo que van lanzadas contra la sociedad entera; las *Epístolas*, sobre todo las del primer libro, son tranquilas pláticas familiares acerca de varios objetos de la vida. En ellas, aparte de las expansiones afectuosas del poeta y de sus advertencias ó desahogos con los amigos y personajes á quienes las dirige, se encuentra tratada siempre alguna doctrina ó punto general de carácter moral, filosófico ó literario: por donde se vé claramente que la forma epistolar es una manera popular, digámoslo así, elegida por el poeta para exponer, con los preciosos datos de su rica experiencia y de sus conocimientos, los particulares puntos de vista suyos en las cuestiones que presenta.

Vamos á indicar sumariamente el asunto de estas Epístolas, y por este resumen se formarán nuestros lectores una idea cabal del contenido de estos celebrados documentos poéticos del ilustre amigo de Mecenas.

LIBRO I.—*Epístola* 1.<sup>a</sup>, dirigida á Mecenas. En ella se excusa nuestro Horacio de la inacción en que, al parecer, venía estando desde que publicó su tercer libro de Odas. El vé pasar plácidamente su pacífica vida, mientras que la mayoría de los hombres corre afanosa tras de la fortuna, por el favor ó por el talento.—En la *Epístola* 2.<sup>a</sup>, dirigida á Máximo Lolio, toma el tono sentencioso de un padre, que quiere garantir á sus hijos de los peligros de la inexperiencia; y, aprovechando su reciente lectura de Homero, aconseja el estudio de los poemas del bardo jonio como gran enseñanza moral.—*Epístola* 3.<sup>a</sup> En ella pide noticias, con suma gracia, de un tal Floro, que formaba parte de la *cohors amicorum*, que acompañaba á Tiberio al Asia, cuando fué enviado por su padre para restablecer á Tigranes en el trono de Armenia.—La 4.<sup>a</sup> *Epístola* está destinada á preguntar por el estado de salud de su amigo el célebre Tibulo, á quien llama *nostrorum sermonum candidus iudex*, sin duda porque Tibulo habría emitido algún juicio favorable sobre las sátiras de Horacio.—La *Epístola* 5.<sup>a</sup> es una invitación á comer, dirigida á Manlio Torcuato, quien se estaba condenando á todo género de privaciones, por dejar á parientes lejanos,

que son ingratos generalmente, una fortuna adquirida con grandes sudores.—Horacio se propone en la *Epístola* 6.<sup>a</sup> demostrar que todo hombre debe saber trazarse una línea de conducta.—Parece que Mecenas se lamentaba de ser olvidado ó desatendido por el amigo que le era deudor de su posición, Horacio, en la *Epístola* 7.<sup>a</sup>, se justifica de este cargo en los términos más francos y desirados.—La *Epístola* 8.<sup>a</sup> es un pequeño cumplimiento dirigido á Celso Albinovano.—En la *Epístola* 9.<sup>a</sup> recomienda, con la finura más exquisita, uno de sus amigos al príncipe Tiberio.—La 10.<sup>a</sup> *Epístola*, es un elogio de la vida tranquila que goza el poeta. En esta carta se encuentra la célebre fábula de Estesicoro, reconviniendo á los de Himera por el desatino que habían hecho, confiándose á Falaris, tirano de Agrigento.—Dirige la 11.<sup>a</sup> *Epístola* á un tal Bulacio, á quien sus pesares habían obligado á viajar por el Asia Menor.—*Carta* 12.<sup>a</sup>: es una recomendación que hace de un tal Pompeyo Grofo, rico siciliano, al intendente de las tierras que poseía Agripa en esta isla.—La *Epístola* 13.<sup>a</sup> es una instrucción cómica de la manera como un rústico aldeano de la Sabina había de cumplir el encargo de llevar al Emperador una colección de las obras hasta entonces publicadas por el poeta.—La *Epístola* 14.<sup>a</sup> vá á un siervo encargado de la administración de su hacienda, durante su ausencia.—*Epístola* 15.<sup>a</sup> El poeta necesita vivir en el dulce clima del medio día de Italia, y pide noticias sobre esta región á uno que había tenido posesiones en ella.—*Epístola* 16.<sup>a</sup> Descripción de la casa de campo de Horacio. El poeta dice en ella á su amigo Quincio algunas verdades sobre lo que constituye el carácter del hombre de bien.—En la *Epístola* 17.<sup>a</sup> nos ha dejado un gran retrato del filósofo A' t'ipo, el hombre que, según Horacio, supo acomodarse mejor á la próspera y á la contraria fortuna.—*Epístola* 18.<sup>a</sup> Consejos á Lolio sobre la manera de vivir con los grandes sin humillación.—*Epístola* 19.<sup>a</sup> Contra los imitadores y críticos de Horacio.—*Epístola* 20.<sup>a</sup> Es una especie de epílogo en el que el poeta predice á su libro la suerte que le aguarda; terminalo con un retrato cómico de su persona.

*Libro II.*—Contiéndense en él tres notables *Epístolas literarias*. La 1.<sup>a</sup> y la 2.<sup>a</sup> (escritas á excitación de Augusto) ofrecen un resumen histórico muy interesante de la Literatura latina, y del estado de las letras en su época. La *Epístola* 3.<sup>a</sup> es la que se conoce generalmente con el nombre de *Arte Poética*.

El mérito de estas interesantes *Epístolas* se ha reconocido universalmente por todos los críticos. En estas cartas poéticas muestra una tranquilidad más grande, una manera más calculada y un arte más consciente de sí mismo que en todas sus anteriores obras. Sobre todo, se distinguen las *epístolas* por el tacto delicado con que el autor aborda en ellas las cuestiones más difíciles, y por la abundante riqueza de sólidos conocimientos que en ellas ostenta, espe-

cialmente en las epístolas del libro II donde sustenta con calor y hasta con parcialidad sus principios literarios, su conocida doctrina de que todos los esfuerzos de los buenos escritores debían dirigirse á rivalizar con los modelos griegos en la perfección de la forma, tan completamente desatendida por los antiguos escritores romanos. La más conocida de todas estas Epístolas es la famosa dirigida á los Pisones en la que trata con una exactitud notable y con una reflexión profunda una serie de cuestiones de estética. Por su importancia vamos á ocuparnos de ella separadamente.

e). EPÍSTOLA AD PISONES SIVE ARS POETICA. — Esta carta poética de Horacio dirigida á los Pisones puede considerarse como la última obra literaria y la más importante de Horacio. Quintiliano es el primer escritor de la antigüedad que la cita con el título de *Arte poética*, y su ejemplo fué seguido por los demás gramáticos y escoliastas. Pero esto nada prueba en favor de la autenticidad de este título, el cual, según todas las probabilidades, no proviene del autor mismo, sino de mano posterior. Este famoso documento poético de Horacio es una de las producciones de la antigüedad, que más han ocupado la atención de los doctos de los siglos posteriores, especialmente en los tiempos modernos.

Los Pisones, á quienes vá dirigida la Epístola, son L. Calpurnio Pisón, (cónsul en el a. 738 de R.) y sus dos hijos; ó, según otros Cn. Calpurnio Pisón (cónsul suffectus) y sus dos hijos Cneo y Lucio.

Viene manteniéndose una constante polémica entre los sabios acerca del carácter de esta obra, y del objeto que se pudo proponer el poeta Horacio al redactarla. Los más antiguos intérpretes Acon, Porfirio y otros, á los cuales han seguido en los tiempos modernos Lambino, Escalfigero, Vossio y algunos más, sostienen que esta Epístola no contiene sino una colección de preceptos aislados relativos á la Poesía y á las cualidades que deben adornar al poeta: preceptiva literaria redactada sin plan ni enlace, sino conforme se le iba ocurriendo al autor, y con el desorden *proprio de una carta*. Otros intérpretes, como Daniel Heinsio, Michelssen, y en especial Regelsberger creen que en ella se encierra una teoría entera del Arte poética, un sistema completísimo, y atribuyen la aparente falta de conexión, de lazo interno, y de armonía entre las partes



que la componen, á la incuria de los amanuenses. Dacier vó en la Epístola un extracto de lo más selecto que escribieron relativamente á la Poesía los críticos y filósofos griegos Aristóteles, Zenón, Demócrito, etc.; ocupándose de los asuntos que trata según iban apareciendo en su mente. Hurd considera este documento poético como una chispeante sátira contra el teatro romano y contra los dramáticos de la época, y como una tentativa de operar una reforma en la escena. En la actualidad se ha tenido más en cuenta para determinar el objeto de la Carta á los Pisones, la relación que debe suponerse entre el asunto de la misma y las personas á quienes vá dirigida. Opínase, pues, que con esta Epístola, y con la sencilla y libre exposición de los requisitos que son indispensables para llegar á ser un buen poeta, ó un buen escritor en general, se propuso sin duda Horacio disuadir á los jóvenes hijos de Pisón de seguir una carrera para la que no tendrían tal vez aptitud, ni bastantes conocimientos, y quizá también á este fin principal se unieron otras miras accesorias, como por ejemplo, las de satirizar, obligándola á huir de las faldas del Parnaso, á la numerosa legión de poetasros de la época. Esta opinión ha sido extendida en Alemania por Engel, Wieland, Mittermayer y otros críticos distinguidos. El docto filólogo supone que Horacio, imitando el *Fedro* de Platón, en que se burlaba este filósofo de los retóricos de su tiempo, se propuso ridiculizar á los malos poetas del suyo.

En medio de tantas y tan ingeniosas hipótesis para determinar el verdadero carácter de esta obra literaria, parece lo más aceptable considerar esta Carta, si no como un tratado *completo* del Arte poética, como un poema didáctico *en forma epistolar*, donde se contienen las teorías más preciosas ó interesantes que del arte antiguo han llegado hasta nosotros.

El ARTE POÉTICA se divide en tres partes:

En la primera expone Horacio los *Preceptos generales de la Composición*, lo cual sirve de introducción á toda la obra (v. 1—86). Trata desde luego de la *invención*, de la unidad, proporción y congruencia de las partes (1—42). Siguen después algunos versos acerca de la *disposición* (42—46). Ocupase inmediatamente de la *elocución*: expone su teoría sobre el uso de las voces, y especialmente dicta la acertada manera de emplear los arcaísmos y neologismos (46—73); y por último enumera los versos latinos que se aplican á cada género poético (73—86).

La segunda parte que constituye, digámoslo así, el fondo de la obra, trata de la *Poesía dramática* (96—309). Se advierten en ella tres grandes divisiones correspondientes á los tres géneros dramáticos.

La tercera parte contiene una *Colección de preceptos dirigidos á los poetas sobre los estudios que han de hacer* (209—476). Aconsejales que estudien al hombre en las obras de los filósofos, de sus semejantes y de sí mismos; y que mezclen siempre lo *útil* con lo *agradable*. Pasa luego á tratar la famosa cuestión de si es la naturaleza ó el arte, quien forma al poeta; y la resuelve, diciendo, que nada puede el uno sin la otra y recíprocamente. Por último, enseña á los poetas el modo de distinguir sus amigos de sus aduladores.

Como se vé, por el brevísimo análisis anterior, no carece el *Arte poética* tan en absoluto de orden como se afirma comunmente; sino que es poco sensible, porque las transiciones de una á otra materia son casi imperceptibles, siendo este precisamente uno de los caracteres generales de los escritos de Horacio.

CELEBRIDAD DE LOS POEMAS DE HORACIO: *sus comentadores. Su influencia en la literatura moderna.*—Las poesías de Horacio vinieron á hacerse clásicas; y, al par de las de Virgilio, se empleaban como tales en las escuelas después de la muerte del autor. Las copias circulaban, por lo tanto, en número considerable; y así se explica la integridad y pureza con que se han conservado los textos. Los comentadores antiguos más notables fueron: Julio Modesto, Valerio Probo, Q. Terencio E scauro, Helenio Aeron, Pomponio Porfirion, etc., y desde el Renacimiento, Ángel Policiano, Aldo Manucio, Henrico Glareano, el Brocense, Minelio, Daniel Heinsio, Desprez, Dacier, el abate Batteaux, el P. Sanadon, etc., etc.

El poeta Horacio fué de los vates latinos menos saboreados en la Edad media; pero, desde mediados del siglo XV, la poesía horaciana empezó á ejercer una influencia efficacísima en la literatura de las lenguas vulgares, manifestándose esta influencia no yá solo en las innumeradas traducciones que empezaron á hacerse desde entonces, en todas ellas, sino en las imitaciones y paráfrasis de las poesías horacianas, que abundan en tan infinito número en las colecciones de los poetas modernos; sobre todo, en nuestra España, donde han hecho gala de traducir y de copiar al vate de Venusa los humanistas y los vates más esclarecidos de nuestras grandes escuelas literarias; desde el dulce Fray Luis de León y el docto

Brocense, y Espinel ó Iriarte, los Argensolas y los Moratines, hasta nuestros modernos poetas Lista y Martínez de la Rosa y el eximio intérprete de todas las obras de Horacio, don Francisco Javier de Burgos. — Los trabajos modernos de crítica y erudición acerca de Horacio, y de sus obras son curiosísimos y dignos de ser estudiados por los que gusten de la amena literatura del Cisne venusino. (1)

---

(1) El texto latino puede ser leído en la edición de las *Obras completas*, de Horacio, con hermosa traducción española y excelentes y disertos comentarios, de nuestro esclarecido poeta de D. Francisco Javier de Burgos, 2.ª edición; y la *Epístola á los Pisones* en la bella edición, dada á luz en París, con traducción en verso libre, por el insigne escritor D. Francisco Martínez de la Rosa: ambos literatos, honor de nuestra venerada Universidad granadina:

Sobre *Horacio y sus traductores en España*, ha publicado no hace muchos años un trabajo muy curioso y erudito el profesor D. Marcelino Menéndez Pelayo. Como este trabajo es fácil de ser consultado, no necesitamos apuntar más traducciones españolas que las mencionadas, pues en dicho libro se hallan anotadas todas las versiones castellanas, lusitanas, gallegas y lemosinas que han visto la luz en nuestra Península, durante cuatro siglos. Entre las francesas citaremos la traducción de las cuatro *Poéticas* de Aristóteles, de Horacio, de Vida y de Boileau, del abate Batteaux; la de las *Obras completas*, en prosa, por Andrieux, Dara, Amar, etc. de la Colección Pankoucke, París: 1831;—y en verso, la de las *Poesías líricas* por Goupil, París 1823; y de las *Sátiras y Epístolas* por F. Ragon, París, 1832.—Entre las alemanas la de Nordenflicht, la de Binder y la de Neumann.—Entre los traductores italianos de Horacio se citan á Giorgini, Solari y Gargallo y otros muchos.—Trabajos: *L. Doderlein*, *Lectioes horatianae*;—*Dillenburger*, *Quæstiones horatianae*;—*Paldamus*, *Horatiana*;—*Bentley*, *Præf. ad Horat.*; *Baxter*, *Judicium de Horatio ejusque scriptis*; etc., etc., etc.

## LECCIÓN 35.

### Los poetas elegíacos Tibulo y Propertio.

Tibulo: su vida y su carácter.—Cualidades de la elegía tibulina. Los cuatro libros de las Elegías de Tibulo: dudas acerca de la autenticidad de los dos últimos.—Propertio: su vida. Examen y crítica de sus Elegías.

Vamos á proseguir en esta lección el estudio de la poesía elegíaca latina, cuyo primer cultivador fué en el período precedente, el poeta veronés Catulo.—Tanto éste como los vates de que vamos á ocuparnos se dedicaron á imitar por punto general la elegía erótica alejandrina, de género patético y melancólico, más bien que la elegía política ó gnómica de los antiguos poetas griegos. Al poeta mencionado Catulo, suceden en el cultivo de la elegía, en esta época, entre otros, Tibulo, Propertio y Ovidio.—Haremos en la presente lección el estudio de los dos primeros poetas; y de Ovidio, por el número, variedad é importancia de sus obras poéticas, nos ocuparemos separadamente.

I.—TIBULO: su vida y su carácter.—Sobre la vida y vicisitudes del poeta Albio Tibulo reina gran incertidumbre: por la escasez de noticias que acerca de este escritor nos han transmitido los antiguos (1). Descendía de una familia ecuestre, la cual, según parece, debió perder la mayor parte de su patrimonio en las guerras civiles, y esta es la razón por qué jamás nombra Tibulo en su composición al *divus Imperator* tan decantado de los poetas contemporáneos. Parece, sin embargo, que debió gozar de regular fortuna, puesto que pasaba grandes temporadas en su posesión de *Pedum* (su aldea natal cerca de Preneste y Tiboli) dedicado á la agricultura y á la poesía. Mientras residía en Roma concurría al círculo literario de Messala Corvino, con quien vivió en estrecha intimidad, hasta el punto de acompañarle á su expedición á la Aquitania; y, en el siguiente año 724, se había decidido, después de alguna re-

(1) H. A. W. Spon. De Tibuli vita et carminibus disputatio, Lipsiæ, 1819.—Ocsiting. De Albii Tibulli vita et carminibus quæstiones: Upsala, 1860.



sistencia, á acompañarle en una misión al Asia; pero al llegar á Corcyra (Corfú) se puso ó fingió enfermo y tuvo que regresar á Italia. Desde esta época hasta la de su muerte carecemos totalmente de noticias: solo se sabe que murió siendo *joven* aún, en el año 735.

Aunque Tibulo, como los demás poetas elegiacos del siglo de Augusto, siguió el ejemplo de los alejandrinos, tratando casi exclusivamente asuntos eróticos, abandonó bien pronto la erudición, para dar á sus versos un tono más sincero y apasionado.—Tal vez en su primera época se sintió dominado por aquella hipocresía general de su tiempo, por aquel remedo de vida pública, con que se daban por satisfechos sus contemporáneos, y soñó con entrar en la carrera de los honores, y á este fin se puso bajo la protección de Corvino, y por esto en alabanza suya escribió sus primeros versos; en los cuales, no pareciéndole bien comparar á su héroe con los Escipiones y Camilos de la antigua Roma, lo pone en parangón con Ulises y con Nestor, con los héroes de la epopeya homérica. Es la primera época de la vida social y literaria de Tibulo. Mas no tardó Tibulo en reconocer su propia vocación, y señaló á su genio un nuevo rumbo. Tibulo renunció á ser ciudadano, y se consagró por completo al *amor*. Desde entonces el poeta vive y muere cantando sus tiernos amores. «Gozar de su dulce mediocridad en su linda quinta, contemplar cómo crecen y espigan sus ricas mieses, oír rugir la tormenta en su blando lecho y estrechar á su amada sobre su corazón, esa es para nuestro poeta la verdadera felicidad... Su amigo Messala luchó en buen hora con gloria en los rudos combates de la guerra!.... él no se quiere entregar sino á las dulces luchas del amor.»

ELEGÍAS DE TIBULO.—Posemos, llevando al frente el nombre de Tibulo; 37 composiciones en verso elegíaco, á excepción de una sola; las cuales se hallan divididas en cuatro libros. Á quien se deba la formación de esta Colección y de su ordenamiento, enteramente se ignora; tampoco nos es dado determinar la fecha de estas composiciones, ni la serie cronológica de cada una de ellas, tanto más cuanto que se viene discutiendo muchísimo entre los doctos acerca de la autenticidad de una gran parte de las mismas. En cuanto á las Elegías de los libros I y II, que Pasow coloca tras los años 715

al 727 de R., ninguna duda ofrecen hasta ahora. Mas en cuanto á las del libro III, que Spohn, juzga necesarias para la inteligencia de las relaciones de Tibulo con Delia (ó Plania), la dueña de su corazón, negóse por Wossio que fueran de Tibulo, fundándose en el dístico que se lee en la Elegía 5.<sup>a</sup>, v. 17 y 18; en que Ovidio dice que Tibulo tuvo sólo dos amantes, etc.; y en que tienen un carácter y tono inferior al de las genuinas. Atribúyeselas Wossio á un tal Lygdamo. La opinión de Wossio fué seguida por Eichstaedt y recientemente por Paldamus, Dissen, Oebeke y otros filólogos alemanes; pero Spohn y otros varios han sostenido la autenticidad, fundándose en que *Lygdamo* es un nombre supuesto del poeta y en que el carácter general de estas elegías es esencialmente tibulino.— El IV libro empieza con el panegírico escrito en hexámetros, en loor de su amigo y favorecedor P. Valerio Messala Corvino. Los antiguos comentadores unánimemente lo consideran de Tibulo; pero Heine y Dissen, atendiendo á la inferioridad literaria de esta obra, comparada con sus otras composiciones, la han calificado de apócrifa. Passow, Teuffel y otros críticos han resuelto la dificultad, considerándola sencillamente como un primer ensayo literario de la juventud del poeta. Las elegías siguientes del libro IV (desde la 2.<sup>a</sup> á la 12.<sup>a</sup>) son una correspondencia poética entre Sulpicia y su amante Ceryntho. En los manuscritos y ediciones se atribuyen estas elegías á Tibulo. Barth y Bronckuis se las aplicaron á la poetisa Sulpicia, que vivió en el reinado de Domiciano; pero, no fundándose esta hipótesis en datos incontestables, se creen hoy generalmente de Tibulo, considerando al poeta como una persona intermedia de dos amantes, y que escribe por encargo de ellos estas cartas ó elegías.

Empero, prescindiendo de estas cuestiones de erudición y de crítica, lo que debemos consignar es: que el punto culminante del desenvolvimiento poético de Tibulo, lo que le constituye en príncipe de la elegía latina, son sus bellas composiciones en honor de Delia. Estas hermosas elegías forman un ciclo, que comprende todo un fragmento de historia psicológica, un verdadero romance. Otras veces canta sus amores con Nerera, con Némesis, con Sulpicia, con Glycerá. Quiénes son estas mujeres? ó son todas *una sola mujer*? Parece que bajo el nombre de Delia se ocultaba el de Plania, descendiente de una de las familias más ilustres de Roma.

De todas maneras, y para concluir, debemos hacer notar que, á pesar de ser Albio Tibulo el mejor, el más original y el más conmovedor de los poetas elegiacos romanos, dista mucho de ser superior en el sentimiento á los poetas elegiacos de la Grecia clásica. Una estrofa de Safo tiene más fuego, dice Albert, que sus dos libros de elegías. Tibulo es un alma lánguida, melancólica sin elevación, débil hasta en amor. «*Albio, deja de gemir y de evocar constantemente el recuerdo de la cruel Glycera; cesa de lamentarte, en lúgubres elegías, de que un amante más dichoso que tú goce de la sonrisa de la infiel.....*», esto le aconsejaba su amigo el epicúreo Horacio; pero el infeliz Tibulo no vé en el mundo más que las Delias, las Némesis y las Neeras; y quiere vivir constantemente sometido á su yugo..... En esto habían venido á parar, añade el mismo escritor, los hijos de aquellos que combatieron á Mitridates, á Sertorio y á Yugurta! Tales eran las inspiraciones de la nueva poesía..... (1)

II.—PROPERCIO.—La fecha del nacimiento de este poeta no puede señalarse con certeza: los autores conjeturan que debió tener lugar desde los años 696 al 708 de Roma (2). Igual incertidumbre existe respecto de su patria: disputanse el honor de haber sido su cuna Mevania, Amenia, Ispello y Asis. Que era umbrío no lo dice el mismo poeta. Muerto su padre, vino á educarse en Roma; pero abandonó el estudio por consagrarse al culto de las musas, habiéndose captado por sus primeros ensayos la amistad de los poetas más en boga de la época, Ovidio, Galo y otros. No tenemos más noticias respecto á las peripecias de su vida: sólo sabemos que, como los demás poetas elegiacos, tuvo una amante llamada Cynthia á la que dedicó los melodiosos acentos de su lira. Murió Propertio muy joven.

---

(1) Traducción española: la de D. Norberto Pérez del Camino, Madrid 1860. Traducciones francesas: de Mollevaut y Baudement (Nisard); italianas: las de Antonio Rossio, J. Ceselli, etc.; alemanas: las de Teuffel, Stoccarda, Mezler, y la de Eberz, etc., etc.—Estudios: *Dieterich*, De Tibulli amoribus, sive de Delia et Nemesi;—*F. Passow*, De ordine temporum quo primi libri elegias scripsit Tibullus;—*Peterßen*, Del IV libri elegiis corumque auctor;—*Bubendey*, Quæstiones tibullinæ;—*Prafke*, De diffinitionibus quibusdam Tibulli locis, etc.

(2) Véase el interesante artículo sobre Tibulo y Propertio de Atto Vanucci, en su citada obra *Estudios sobre la Literatura latina*.—H. Paldamus, *Erótica romana*.—Fr. Jacob, *Propertio*, 1847.

SUS ELEGÍAS.—De Propertio poseemos varios libros de elegías eróticas.—Por su primer libro (*Propertii Cynthia Monobiblos*) dedicado á esta hermosa (bajo cuyo nombre poético, los intérpretes quieren descubrir el de Hostia) entró en el círculo ó tertulia literaria de Mecenas. Las poesías, que compuso más adelante, se contienen en los libros II al IV de su actual Colección de elegías, ó al V según Lachman y los que opinan que el II libro se compone de dos. Fuera de las elegías á su adorada Cynthia, las restantes son: unas, cartas en forma elegíaca; otras, elegías de un colorido local, más importantes bajo el aspecto arqueológico que bajo el punto de vista literario, trenodias, elegías didácticas, etc.

La musa de Propertio permanece más fiel que la de los otros vates elegíacos á la imitación de los poetas alejandrinos Calímaco y Filetas, que son sus modelos; por esta razón á él pudo apellidarse con razón el *Calímaco romano*; en sus elegías prodiga la erudición mitológica con tal exceso que las hace con frecuencia pesadas y oscuras; es menos sencillo, tierno, delicado y decoroso que Tibulo; pero, en cambio, hallamos en sus elegías una lengua esmerada y correcta (pues como su maestro Calímaco cuidaba mucho de limar sus versos); y al mismo tiempo aquel fuego ardiente en la pasión, que tanto le alababa su amigo Ovidio.

El ingenio vigoroso de Propertio supo elevarse hasta la majestad épica en las elegías narrativas del IV libro, que son de asuntos históricos romanos.

Los críticos antiguos estaban divididos en juzgar el mérito de Tibulo y de Propertio. Mientras Quintiliano daba la preferencia á Tibulo sobre Propertio, Plinio el joven opinaba de manera enteramente contraria; Ovidio celebra la dulzura y la gracia de Propertio; pero concede la gloria de la elegía al tierno cantor de Delia. La misma divergencia reina en la moderna crítica, pero generalmente se estiman como de más valor poético las elegías tibulinas. (1)

---

(1) Versiones: La hermosa elegía de *Cornelia á Paulo* traducida primorosamente en verso castellano por mi querido é ilustrado amigo D. Juan Quirós de los Ríos, la cual vió la luz pública en la *Rev. de Andalucía*, de Málaga.—Traduc. francesas de todas las elegías de Propertio: las de Mollevant, en verso, y Denne Baron (Nisard); las italianas de Francisco Corsetti, Agustín Peruzzi, etc.;—y las alemanas de Jacob y de Hertzberg.—*Estudios*: G. H. Keil, *Observaciones críticas in Propertium*;—*Gruppe*, De la elegía romana, etc., etc.

## LECCIÓN 36.

### Ovidic.

*P. Ovidio Nasón.*—Su vida, su genio, carácter de sus obras. El destierro de Ovidio. División que puede hacerse de sus poemas.—Examen analítico y crítico de sus elegías eróticas: *Los Amores* y *Las Heróidas*.—Sus poemas erótico-didácticos, *El Arte de Amar*, *Remedios de Amor* y *Los Cosméticos*: análisis y valor literario de estas obras poéticas.

P. OVIDIO NASÓN: *su vida y su genio, carácter de sus poemas.*—La vida de este afamado poeta nos la encontramos, como la de Horacio, en gran parte relatada en sus mismas obras. Y por cierto que se ha hecho memorable, por los misteriosos sucesos que labraron su desventura en el último período de ella, después de haber gozado una primera época de favor, de gran popularidad y de próspera fortuna. Era P. Ovidio Nasón, descendiente de una familia rica del orden ecuestre, y nació en la ciudad de Sulmona, en el territorio de los Pelignos, el día 20 de Marzo del a. 711 de R.—Deseando sus padres que el joven Publio y su hermano Lucio recibiesen una educación espléndida, los enviaron á Roma á las escuelas de los maestros que gozaban más nombradía. Los dos hermanos eran, por naturaleza, de inclinaciones y gustos diversos: á Lucio le complacía el rumor del foro y le apasionaba la elocuencia; á Publio, por el contrario, no le agradaba sino la poesía, no siéndole posible resistir el encantador atractivo de las Musas, á pesar de las continuas amonestaciones de su padre para que les volviera las espaldas, y para que se consagrara al derecho y á la elocuencia, que eran estudios positivos, que abrían á la juventud la carrera de los honores. Para más entibiar su vocación le hacía ver que los versos no proporcionaban fortuna ni aun á los poetas más excelsos, y le recordaba el ejemplo del divino Homero, muerto en la miseria.

Pero estos fríos razonamientos, inspirados por el celo paterno, no parece que bastaban á destruir la natural vocación del joven poeta:

pues cuando parecía someterse sumiso á los consejos de su padre, lo hacía prometiéndoselo, y pidiéndole perdón en verso.

*Juro, juro, pater, nunquam componere versus.*

En este primer período de su vida estudió la lengua griega, en la cual se hizo doctísimo, y se ejercitó en la escuela de Aurelio Fusco y de Porcio Latron en el arte retórico. En estas escuelas el futuro cantor de Corina y del *Arte de Amar* adquirió el tesoro de sentencias que más tarde trasladó á sus poemas.

A los 17 años, vistió la toga viril, y comenzó á prepararse en los estudios que abrían la carrera de los cargos públicos; pero, en vez de frecuentar las escuelas de los juriconsultos, según los deseos de su padre, continuó conversando con las Musas y, según su propio dicho, frecuentaba y veneraba como dioses á los Poetas:

*colui, fovique poetas;*

*Quotque aderant vates, rebar adesse deos*

*Trist. V, 41-42.*

Como los demás jóvenes de las grandes familias, fué á completar sus estudios en Atenas; y desde allí, ansioso de conocer nuevas gentes y costumbres, continuó con su amigo Macro el viaje al Asia Menor, visitó la Troada, y en aquellos lugares, llenos de tan grandes recuerdos poéticos, se sintió profundamente conmovido, del mismo modo que al visitar, de regreso, la Sicilia, centro de las bellas tradiciones históricas y mitológicas de la Magna Grecia. Después de haber gozado por una temporada las delicias de Siracusa, regresó á Roma pasando entonces por el duelo de haber perdido á su hermano, su perpetuo amigo y compañero de la juventud.

Por este mismo tiempo, comenzó á desempeñar algunos oficios públicos, habiendo sido primero triunviro capital y después decenviro. Hubiera podido por esta vía haber llegado á los cargos más elevados: pero cuando pudo entrar en el orden senatorio, lo renunció solemnemente, considerando los altos empleos carga superior á sus fuerzas; y, sobre todo, porque quería dedicarse enteramente al cultivo de la poesía, su primera y principal vocación en la vida. Y no en vano le consagró su amor á las Musas: pues ellas le dictaron aquellos sus apasionados versos juveniles, ensalzando la hermosura de su amada *Corina*, que, leídos, le conquistaron la general admiración. Estos primeros cantos eróticos fueron publicados con el tí-

tulo de *Amores*.—Consumado maestro en el *arte de amar*, ó, por mejor decir, de seducir, escribió un largo poema, dictando reglas para ejercitarlo con éxito, y en el cual, si la razón y la moral no tienen mucho que celebrar, la crítica literaria encuentra la facilidad y el ingenio, que eran ya característicos en este poeta. También fueron obra de su juventud unas cartas poéticas ó *heróidas*; especie de patéticos lamentos dirigidos por las antiguas heroínas á sus amantes ausentes.

Consagróse á más graves argumentos en la edad madura; y, calzando el coturno trágico, escribió su *Medea*, que debió ser insigne obra de arte, á juzgar por los grandes elogios que le tributaron por esta producción en la antigüedad: como que, con motivo de esta tragedia, dijo el severo Quintiliano que era una gran prueba de lo que hubiera sido capaz nuestro fecundo poeta, si en vez de dar rienda suelta á su fantasía, se hubiera dedicado á enfrenarla.

Compuso después Ovidio sus grandes obras de *Las Metamorfosis* y los *Fastos*,—y otros libros, todavía del género de su primera literatura, con los títulos de *Remedio de amor* y *Los Cosméticos*.

Por todas estas obras, por su festivo ingenio, y por su carácter amable se había hecho Ovidio el poeta más popular y querido de aquella frívola sociedad romana que, olvidada de la grandeza de sus mayores y de la pérdida de la libertad, sólo buscaba el recreo y el pasatiempo. Magistrados, poetas, sabios, cortesanos, matronas, y hasta el mismo Augusto, todos gustaban del trato y del numen del poeta Ovidio. Él frecuentaba el círculo de Messala Corvino, y todos los más ilustres escritores de su tiempo eran sus amigos y fieles admiradores. Horacio le recitaba sus poemas líricos; Propercio sus amores; Galo sus lamentos elegiacos; Emilio Macro sus versos sobre las plantas; Póntico sus versos heroicos, Basso sus yambos.

*El destierro de Ovidio*.—Tantas amistades y concordias le hacían enteramente venturoso. Había contraído matrimonio tres veces, repudiando á las dos primeras esposas, y encontrando en la tercera la fiel compañera de su próspera y adversa fortuna, inmortalizada en sus tiernas elegías. Tuvo también una hija que era sus delicias. Vivía en ya avanzada edad, tranquilo y feliz, en su bella casa cerca del Capitolio, consagrado á trabajos más útiles y honestos que los de su juventud, rodeado de amigos, y disfrutando plácidamente

de las delicias de la familia, cuando en la noche del 23 de Noviembre del año 762, á los 52 de su edad, descargó sobre él y sobre su inocente familia un tremendo golpe la mano airada del destino. — En una tierna elegía, que saben de memoria cuantos aman la bella literatura, dejó descrita el desgraciado poeta la escena dolorosa de aquella noche tristísima. — Augusto lo desterró repentinamente de Roma á Tomos ciudad de la Messia, en las lejanas costas del Ponto-euxino.

La causa de este destierro, ó más bien *relegación*, pues ni perdió la ciudadanía ni sus bienes le fueron confiscados, fué entonces un arcano; y envuelta ha quedado en el misterio más profundo. Ovidio no se permitió en sus escritos desde el Ponto sino expresiones muy oscuras y vagas sobre este punto, sin duda temeroso de decir algo que pudiera agravar su triste situación.

Las simpatías que inspiran siempre las grandes adversidades, y más aún las de los hombres ilustres, que caen del pináculo del poder, de la gloria, ó de la próspera fortuna en el abismo del olvido, de la impopularidad ó de la desgracia, este interés que inspiran, repetimos, las vicisitudes de los grandes genios, ha venido sosteniendo durante siglos un incesante pasmoso trabajo de investigación, acerca de las causas que pudieron originar la *relegación* súbita del célebre poeta y la inexorabilidad de los Césares en no querer levantarle el castigo, ni aún mitigarlo. — Aunque su *Arte amatoria* fué mandada quitar de todas las bibliotecas públicas, no puede concebirse que la causa estuviera en la libertad de sus poesías eróticas, dado que eran obra de su juventud, y habida en cuenta la general licencia reinante en las costumbres: otros, fijándose en las breves expresiones con las cuales culifica el poeta su culpa, diciendo que más que un crimen (*scelus*) fué un error (*error*), una imprudencia, con la orden coetánea de destierro de la impúdica Julia, nieta de Augusto, á la isla de Tomos, conjeturan que tal vez habría sido el poeta cómplice ó testigo de alguna de sus liviandades; — otros que habría sorprendido á Livia en el baño; — otros que fué víctima de un golpe de Estado, opinión sostenida por Villenave, en su vida de Ovidio. Según este escritor, Ovidio debió presenciar alguna escena violenta entre Octavio, Livia y Tiberio, cuando arrepentido Augusto de haber asociado un extraño al Im-



perio, pensaba en levantar el destierro á Póstumo Agripa; Ovidio tuvo quizá la debilidad de hablar de este secreto de Corte y Augusto lo abandonó á la venganza de Livia y de Tiberio. (1)

Que la relegación del poeta debió estar relacionada con algo en que estaba interesado el honor de la familia imperial, es evidente: lo revelan las palabras estudiadas y circunspectas del ilustre proscrito; su exhortación á los amigos para que huyan del trato con *los poderosos*, pues la *familiaridad* con ellos ha sido la causa de su perdición; la dureza de la pena; la insistencia con que la mantuvieron, á pesar de las humillantes súplicas del poeta, tanto Augusto como su sucesor.

Los ruegos del poeta á sus pocos fieles amigos para que condolidos de su situación impetrasen la conmiseración del César, y ya que no pudieran conseguir que se le levantase el castigo, para que le cambiaran la residencia á un país menos ingrato que aquel triste y bárbaro de los getas, donde vivía con el alma traspasada de dolor, fueron continuos.

Tal vez el infortunado Ovidio exageraba sus sufrimientos y pintó calculadamente con tintas sombrías el país en que se hallaba, pues por otro lado dice que le miraban bien los naturales, y, si no ha mudado la naturaleza de esa región, que está en la misma latitud que España é Italia, es difícil que fuera un país glacial y nebuloso como lo describe el poeta, pues los viajeros modernos dicen que posee un clima dulcísimo; además de eso, él mismo se consuela, diciendo que le acompañaban en él sus gratas amigas las Musas. Pero, aun suponiendo que exagerara sus dolores, todavía creeríamos injusta la severidad con que se la acusa por no haber sabido llevar con más firmeza su desgracia, pensando en que es digna siempre de respeto esta nostalgia del proscrito, si éste no hubiera llevado hasta la apoteosis la adulación á sus poderosos implacables enemigos. Y por desgracia para él fueron estériles tantos lamentos

---

(1) En las obras de Ovidio se encuentran abundantes noticias de su vida.—Sobre el destierro ó relegación de Ovidio véase el trabajo publicado en París, en 1859, por A. Deville, Ensayo sobre el destierro de Ovidio.—Son estudios muy estimados los de J. Nason P. Ovidii Nasonis vita ordine chronologico digesta, Amstelod, 1708; y Carlos Rosmini; Vida de P. Ovidio Nason, Ferrara, 1780; y el publicado acerca del destierro, por Boissier, en la Revista de Ambos Mundos, 1867.

y humillaciones. Después de haber fatigado inútilmente con sus súplicas á Augusto, á sus amigos, y después á Tiberio, murió en el mismo Tomos á los 59 años de edad. (1) Los Bárbaros, entre quienes había vivido, concluyeron por ser sus amigos y admiradores. Había aprendido la lengua del país y en lengua gética escribió un poema que, de haberse conservado, sería una de las piezas más curiosas de la literatura antigua.

En el destierro acabó sus *Fastos* y sus *Metamorfosis* y compuso las conmovedoras Elegías, que, por serlo, llevan el nombre de *Tristes*, y las *Epístolas pónicas*, nombre tomado del país en que estaba condenado á pasar el resto de sus días. En él también escribió un poemita intitulado *Ibis*, y otro sobre *Los Peces*, del que sólo se conservan fragmentos.

POEMAS DE OVIDIO: *su división, análisis y crítica*.—El gran talento de Ovidio probóse en la mayor parte de los géneros poéticos, especialmente en la poesía elegíaco-crótica, en la erótica-didáctica,—en la narrativa ó descriptiva,—en la elegía patética, en la sátira y en la propiamente llamada didascálica. Á la poesía *elegíaco-crótica* pertenece su primera obra denominada *Amores* y las *Heróidas*;—á la *erótica didáctica* sus poemas intitulados *Remedios contra el amor* y *Los Cosméticos*;—á la *dramática* su tragedia *Medea*;—á la narrativa ó descriptiva su gran poema mitológico *Las Metamorfosis*,—y su calendario poético intitulado *Los Fastos*;—al género de la *elegía patética* sus *Tristes* y sus *Epístolas pónicas*;—al *satírico* su poemita *Ibis*;—y al propiamente didascálico su poema sobre *Los Peces*. Yá hemos visto en la biografía á qué época de la vida del poeta corresponden cada una de estas composiciones. Procedamos al examen de las mismas.

I.—Hemos dicho que al primer grupo pertenecen *Los Amores* y *Las Heróidas*.

a). AMORES SIVE LIBRI AMORUM.—Con el título de *Amores* dió á luz en su juventud el poeta Ovidio una colección de 49 elegías eróti-

(1) Ovidio fué sepultado en Tomos, (cerca del moderno Kustenji, según Teuffel) en el mismo año en que murió Livio, ó sea en la segunda mitad del año 770. Otros colocan á Tomos en donde se encuentra la actual Mankalia. La célebre emperatriz Catalina II, de Rusia, después de la paz de Jansy, en 1792, fundó, con el nombre de *Ovidiopolis*, una ciudad en un lugar donde creyeron haber sido descubierta la tumba del poeta. Esta nueva ciudad no ha llegado á prosperar.

cas, divididas en un principio en cinco libros, y en otra edición en tres.—Ovidio mismo es el héroe de todas estas poesías: en ellas canta sus pasiones, sus penas y sus placeres, sus temores y sus esperanzas; son como si dijéramos el diario de sus aventuras amorosas.

En estos poemas voluptuosos, inspirados al poeta por su amada Corina (en quien quieren ver los eruditos á la famosa Julia, la *Cesarea puella* como la apollida Sidonio Apolinar) domina un tono obsceno y libre, que ofende á nuestra moral; pero, en contra, nos hallamos con algunas tan puras y delicadas como la elegía del libro (III sobre la muerte de Tibulo. Por lo demás, aunque no con la sinceridad y candor que Tibulo, procuró también inspirarse en sus propios sentimientos; y, bajo este punto de vista, es también su elegía original y romana. Pero la cualidad que en esta y en todas las composiciones de Ovidio sobresale es su imaginación exuberante, y su fluidez en la versificación.—La época de estas composiciones se fija en los años del 746 al 752.

b). HERÓIDES.—Tomando la palabra elegía en un sentido amplio, pueden incluirse en el primer grupo unas 21 *Epístolas elegiacoróticas* (de cuya invención se envanece nuestro poeta); ó sea, unas cartas amorosas, que el poeta supone escritas por las mujeres de la época heroica á sus amantes ausentes: tales como Penélope, Filis, Briseida, Fedra, Oenone, Hypsípila, Dido, Hermione, Deyanira, Ariadna, Canacé, Laodamia, Hypermemnestra, Safo, Paris, Helena, Hero, Aconcía y Cydippe. Algunas de estas cartas poéticas no se encuentran en los manuscritos. Los más antiguos códices traen sólo 19.

Las *Heróidas* podrían pasar por una obra maestra de Ovidio en el género elegíaco, si no encontráramos también en ellas la licencia y desbordamiento de imaginación que debilitan el sentimiento en Ovidio. Los críticos se hallan divididos en el modo de apreciar estas epístolas mitológicas: alguno encuentra á Ovidio más conmovedor en ellas que en las mismas que escribió desde su destierro.—Parécenos exagerado afirmar que conmueve un poeta más pintando las desdichas de personajes imaginarios, que deplorando las suyas propias. Mr. Lefranc, que es el crítico aludido, explica este raro fenómeno artístico, diciendo que esto sucedía de tal manera, porque el calor del genio de Ovidio residía en la imaginación, más que en el sentimiento. Para este escritor Ovidio es un talento que concibe

admirablemente la pasión más bien que la siente: así explica que sea con más verdad Briseida ó Fedra, en las *Heróidas*, que Ovidio mismo en las *Tristes*. Otros, por el contrario, consideran las *Heróidas* frías y monótonas, y sólo estimables por su pura latinidad y su versificación. En tiempos modernos se han hecho imitaciones de las *Heróidas* en Inglaterra, en Italia y en Francia. Planudio las tradujo en griego. La época de su composición hacia el año 750.

II.)—Al grupo de los poemas erótico-didácticos hemos dicho que pertenecen el *Arte amatoria*,—los *Remedios*—y *Los Cosméticos*.

a). *ARS AMATORIA SIVE ARS AMANDI*.—El *Arte de Amar* es un poema, dividido en tres libros, y escrito en metro elegíaco, en el cual expone el poeta Ovidio el arte de agradar, el arte de conquistarse el corazón de las mujeres y los medios de conservar su amor: amor que no entiende el poeta en su sentido noble y puro. El *Arte de Amar* de Ovidio es el arte de cortejar y de conquistar á las *hetéiras* y libertinas: con lo que queda indicada la inmoralidad de este poema, reflejo en último término de la depravación reinante en las costumbres. Su aparición debió tener lugar en el año 752 de Roma. Esta producción puede servirnos de comentario precioso de las leyes famosas Julia y Papia Poppea.

b). *REMEDIA AMORIS*.—También en verso elegíaco y en un sólo libro se halla escrito el poema que intituló Ovidio *Remedios de Amor*: en el cual presenta el poeta los antidotos que deben usarse contra el veneno del amor, ó por mejor decir, los remedios para sanar de esta enfermedad del corazón. En esta composición se nota el ingenio y el tono ligero de los anteriores y su mismo carácter. Su composición y publicación debió ser probablemente á fines del año 756 ó principios del siguiente.

c). *MEDICAMINA FACIEI*.—*Los Cosméticos* son un fragmento de cien versos en metro elegíaco, dedicado á las matronas romanas, en el cual les dá reglas el poeta para aderezarse, para hacerse la *toilette*, con que deben procurar dar realce á su natural belleza. Algunos críticos han dudado que sea esta obra auténtica de Ovidio; otros creen que debió tener á la vista algún modelo alejandrino. Sea de ello lo que quiera, este fragmento poético, más que para los literatos, es estimable para los historiadores de usos y costumbres de la antigüedad.



## LECCIÓN 37.

### Conclusión del estudio de Ovidio.

El poema de *Las Metamorfosis*, de Ovidio: su asunto. Valor literario é importancia de este poema. Examen analítico de los seis libros que poseen del poema. *Los Fastos*: su mérito é importancia. Poemas de Ovidio escritos en el destierro: las elegías *Tristes* y las *Epístolas pónicas*: análisis y crítica.—El poema satírico *Ibis*.—El poema didáctico sobre *Los Peces*.—Otras obras poéticas atribuidas á Ovidio.

En esta Lección vamos á ocuparnos de las obras de más gravedad é importancia de Ovidio y de aquellas que son más conocidas en las escuelas. Nada diremos de su celebrada tragedia *Medea*, porque esta y otras bellas producciones dramáticas de la misma época, las magníficas tragedias de Asinio Polión, por ejemplo, se han perdido para la posteridad.

III.)—Al género narrativo dijimos que pertenecían dos obras las más notables de Ovidio: su poema mitológico intitulado *Las Metamorfosis* y su calendario poético *Los Fastos*.

a). METAMORPHOSIS SIVE METAMORPHOSEON LIBRI XV.—El poema de *Las Metamorfosis* pertenece al género de lo que los antiguos llamaron *cíclico*. Se compone de XV cantos, que contienen 246 leyendas mitológicas, escritas en el metro épico, referentes á todas las transformaciones exteriores sufridas por personajes de la antigüedad, desde el *Caos* hasta Julio César. La primera transformación es la de Lycaón transformado en lobo por Júpiter; y la última la del padre adoptivo de Augusto, metamorfoseado en astro. Consta de 15 libros, cada uno de los cuales tiene tres ó cuatro metamorfosis. Á su vez cada uno de estos mitos se enlaza con el siguiente por analogía de semejanza ó de diferencia.

RÁPIDO ANÁLISIS DE LAS METAMORFOSIS. LIBRO I: Origen del mundo, elementos, zonas, vientos, astros, creación del hombre. Metamorfosis de Lycaón en lobo, y el diluvio. Repoblación del mundo, la serpiente Python, Dafne, Aventuras de lo.—LIBRO II: Faetón, su caída, su muerte, sus hermanas, Cycnó, Calixto, Herse y Aglauro, Europa.—LIBRO III: Aventuras

de Cadmo, Acteon, Tiresias, Narciso, Baco y Penteo.—LIBRO IV: las hijas de Mineo. Furores de Athamas, Ino y Learco arrojados en el mar, destierro y fin de Cadmo, Medusa, Atlas, Andrómeda librada por Perseo.—LIBRO V: Matrimonio de Perseo con Andrómeda, batalla contra los Etiopes, victoria del héroe, combate de las Musas con las hijas de Pierio. Robo de Proserpina, peregrinación de Ceres, Ascalafe, las Sirenas, Aretusa, Tripolemo.—LIBRO VI: Impiedad y metamorfosis de Aracna, impiedad y desgracias de Niobe. Los aideanos convertidos en ranas, Marsias vencido, Pélope, Tereo, Progne y Filomela. Robo de Orithyia.—LIBRO VII: Expedición de los Argonautas, conquista del Vellocino de oro. Eson rejuvenecido. Asesinato de Pelias, Teseo, Minos, los Mirmidones, Procris.—LIBRO VIII: Megara asediada por Minos, traición de Scyla, muerte del Minotauro, Ariadna, Dédalo é Icaro. El javalí de Calidón, muerte de Meleagro. Ninfas transformadas en islas. Filemón y Baucis, Proteo, Erisicton y su hija.—LIBRO IX: Deyanira unida con Hércules: derrota de Aquelóo, muerte de Nesso, muerte de Hércules, Galantis, Iola y los hijos de Alceceo, Biblis, Ifis.—LIBRO X: Orfeo en los infiernos: sus cantos en la Tracia, Atys, Cyparissa, Hyacinto, Adonis, Atalante é Hipoméne.—LIBRO XI: Muerte de Orfeo. Las Bacantes cambian en árboles. Aventuras de Midas. Fundación y toma de Troya, Dedalion, Aleyone y Céyx.—LIBRO XII: Guerra de Troya, Sacrificio de Ifigenia, combate de Aquiles con Cycno, combate de los Lapitas y de los Centauros, muerte de Aquiles.—LIBRO XIII: Disputa de Ulises y de Ajax por las armas de Aquiles; ruina de Troya, fin deplorabile de Polyxena, de Astianax, de Hécuba; aventuras de Eneas.—LIBRO XIV: Metamorfosis de Escila, los Cercopes, la Sibila de Cumas, Aqueménides entre los troyanos. Aventuras de Ulises. Apoteosis de Eneas, fundación de Roma, Rómulo.—LIBRO XV: Fundación de Crotona, Pitágoras y la metempsicosis, Traslación de Esculapio á Roma. Muerte, elogio y apoteosis de César. Elogio de Augusto.

Ovidio tuvo sus predecesores y modelos en este género de poesía mitológica: Corinna, Calistenes, Nicandro, y en fin Partenio, el maestro de Virgilio, habían escrito poemas con el mismo título de *Mutaciones ó Transformaciones* (Μεταμορφώσεις, Αλλοιώσεις, Ετεροποιήματα): en los que también se narraban las metamorfosis de los hombres en cuadrúpedos, en árboles, en objetos variados: mitos que, si en un principio tuvieron un sentido simbólico ó moral más ó menos profundo, por los progresos del antropomorfismo helénico se había perdido su verdadera significación; y, por lo tanto, eran incapaces de inspirar ni á Ovidio ni á ningún poeta del escéptico siglo de Augusto himnos, ni poemas religiosos del alto tono poético que los védicos ú órficos, ni grandes epopeyas como las de

Valmiki ú Homero, Milton ó Dante; ni tragedias como las de Esquilo; ni dramas como los de nuestro Calderón. El único poeta romano, que en aquel siglo creó cuanto podía hacerse en el sentido de lo épico religioso, fué el dulce cantor de la *Eneida*. Las fábulas de las *Metamorfosis*, á pesar de estar escritas en verso heroico, no constituyen una verdadera epopeya heroico-religiosa; pero sí un ameno y primoroso poema meramente *narrativo*; y, considerándolo como tal, su mérito real puede señalarse en lo que indica la generalidad de los críticos: en haber sabido reunir y enlazar en bello conjunto tan prodigioso número de leyendas, revistiéndolas con todos los encantos de una poesía fácil y agradable, con variado estilo, y con versificación rítmica y armoniosa.

b). FASTI.—Algo más serio que el anterior es el poema de los *Fastos*. Debía constar este poema de doce libros correspondientes á los doce meses del año: pues el poema de los *Fastos*, es una especie de Calendario ó almanaque poético en el cual vá explicando Ovidio el origen y la solemnidad de las fiestas romanas, por su orden cronológico, con indicaciones sobre la salida y puesta de los astros. Pero no pudo escribir el poeta más que el primer libro, correspondiente á los seis primeros meses; habiendo sido obstáculo para la terminación de la obra la desgracia de sus últimos años. La importancia literaria é histórica de la misma puede avalorarse, recordando la importancia que tenía el calendario en la vida civil y religiosa de los romanos. Durante muchos siglos, la aristocracia se había reservado exclusivamente su conocimiento, y había hecho de él uno de sus más poderosos instrumentos de gobierno. Yá en esta misma época habían aparecido otros trabajos históricos relativos á las antigüedades religiosas y nacionales de la Italia. Recuérdese los que citamos, cuando nos ocupamos de Varrón. Pues bien, el ensayo de este insigne polígrafo de enlazar los usos de la vida civil y religiosa á las tradiciones antiguas del Lacio y de la Italia, fué el que á su vez se propuso el poeta Ovidio en sus *Fastos*. Bajo este punto de vista es un trabajo de erudición y de arqueología. La erudición de Ovidio era, por lo tanto, de segunda mano; pero para nosotros, que hemos perdido casi todos los originales que pudo consultar este escritor para componer sus poemas mitológicos, tanto esta obra como la anterior tienen un precio inestimable, indepen-

dientemente de su elegancia y gracia poética, y de su latinidad fluida y armoniosa. Las *Metamorfosis* y los *Fastos* son dos fuentes principalísimas para el estudio de la mitología; y consiguientemente, para la inteligencia misma de la poesía y de las bellas artes de la antigüedad, y para el de muchas de sus instituciones civiles y políticas. Ovidio tuvo á la vista para la redacción de este trabajo los de otros escritores griegos, principalmente alejandrinos; pero debemos repetir que los que en primer lugar le suministraron materiales fueron los antiguos analistas, y los escritores romanos de cosas astronómicas y cronológicas, tales como Clodio Tusco, L. Cincio, Cornelio Labeón y especialmente el citado sabio Varrón.

IV. Llegamos á los tristes *documentos poéticos escritos por Ovidio en su destierro del Ponto*.—Son los unos las expansiones del proscrito, narrando sus vicisitudes, y desahogando su dolor, y suplicando alivio para él á su dulce esposa, á sus amigos, á los Césares implacables, ante quienes se abate tan servil y miseramente que en verdad causa compasión. Ya dijimos que en nuestro sentir hay algo que disculpa siempre al hombre desgraciado que desfallece en la lucha con la adversidad; pero el que lleve la humillación y la lisonja á sus mismos enemigos hasta erigirlos en dioses, es verdaderamente doloroso y repugnante. Son estos poemas patéticos LAS TRISTES y LAS PÓNTICAS.—Por ellas hemos dicho que la energía moral no es el sello del desdichado Ovidio; pero todavía lo prueba aun más el poema débilmente satírico que escribió también en el destierro, de que nos ocuparemos, después de hacerlo de *las elegías y las epístolas*.—El último poemita que se cree escribió también en el destierro es el didascálico *Habentikon* ó *De los Peces*.

a). TRISTIUM LIBRI V y EPISTOLARUM EX PONTO LIBRI IV.—Los cinco libros de las *Elegías* intituladas *Tristes*, en número de 50;—y cuarenta y seis epístolas elegíacas, divididas en cuatro libros, conocidas con el título de *Pónticas*.—Ya hemos dicho que entrambas obras fueron escritas en Tomos: la primera desde los años 762 al 65; y la segunda en los cuatro años siguientes. Las *Tristes* son poesías en las cuales el proscrito desahoga consigo mismo su propio corazón, y discurre sobre sus pesares y sobre su desgracia; si bien estos documentos fueron después leídos por los suyos; pero



las *Pónticas* son epístolas, sobre el mismo tema, escritas directamente á sus amigos de Roma. Cuando se leen estos bellos escritos poéticos nos sentimos conmovidos de profunda compasión por la desventura del ilustre poeta; pero se entibia este sentimiento, repetimos, ante la exagerada, monótona repetición de sus duelos y sufrimientos; y más aún ante sus humillantes rogativas al tirano mismo que por *leve falta* le condena á duro y perpetuo castigo. Mas es preciso declarar la justicia con que está reconocida universalmente la hermosa versificación y la lengua dulce y fluida de estas elegías.

b). *Ibis*.—Cuando se lee este poema satírico se desearía que no hubiera sido escrito por Ovidio. Calumniado, insultado por un doméstico del Emperador, por un poetastro que se permite además ultrajar á la esposa del poeta, éste en vez de alzarse enérgicamente contra tal vil agresión, toma por toda venganza la pueril de escribir un poema satírico, *Ibis* (ave de Egipto, que se alimenta de serpientes), á imitación de otro que con el mismo título había escrito Calimaco contra Apolonio de Rodas. Ni aun siquiera se atreve á nombrar á aquel cobarde perseguidor de una infeliz mujer y de un desterrado. Se contenta simplemente con lanzarle improprios traducidos del poema alejandrino. Se venga por imitación!.. venganza de erudito, en verdad pobre é inofensiva, como el corazón del poeta.

c). *HALIUTICA*.—Por último debemos citar entre las obras escritas por Ovidio Nasón en Tomos su poema sobre *Los Peces del Mar Negro* (Ponto Euxino), que ha llegado incompleto á nuestro poder, y fué compuesto también en vista de modelos alejandrinos.

El inmenso valor que se dió á las obras de Ovidio, y la fama de que estuvieron gozando durante el primer siglo de la era cristiana en las escuelas de Retórica, y entre los poetas, unidos á la melodía y ligereza de su versificación, dió por resultado el que durante la Edad media, corriera con el nombre del poeta, muchas composiciones escritas en verso elegíaco. Una sola de estas, la elegía *Nux*, (1)

(1) *La Elegía Nux* (182 versos) tiene graciosas descripciones y galas poéticas. Cuéntase en ella las lamentaciones de un *Nogal* que se queja de los golpes y malos tratamientos que sufre. Nada impide que se considere este poema de Ovidio, ó de su época. Mi querido é ilustrado amigo el Sr. Sánchez Almonacid lo ha incluido en su *Chrestomathia latina*. Los poemas apócrifos de Ovidio fueron coleccionados en el siglo XVII por *Goldard Catalecta Ovidii*.

puede admitirse como de Ovidio, porque tiene sabor y sello antiguo. Las demás son evidentemente poemas cómicos de la Edad media, como la Elegía *De Pulice, Pediculo, Vetula*, los versos *De Philomela* y en fin la *Consolatio ad Liviam*.

En la Edad media tanto las *Metamorfosis* como las *Heróidas* fueron muy leídas y consultadas. A principios del siglo XIII hizo una imitación de las *Metamorfosis* el alemán Alberto de Halberstadt.

En cuanto á traducciones, comentarios y estudios de interpretación y de crítica, de pocos poetas de la antigüedad se habrán hecho en tan gran número como del ilustre desterrado del Ponto. (1)

---

(1) *Traducciones castellanas.* Las *Metamorfosis*, traducción del doctor Sigler, Salamanca, 1580, en vers. suelto;—traduc., en octava rítmica, por Felipe Mey: Tarragona, 1586;—en tercetos y octavas, rimas, con el comento y explicación de las fábulas, por el Ldo. Pedro Sánchez de Viana; Valladolid, 1589;—traduc. de las Obras amatorias, con las 21 Epístolas y el poema *in Ibin*, por Diego Mexía: Sevilla, 1590;—versión de los *Remedia amoris* (la mitad) por D. Luis Carrillo y Sotomayor, caballero del hábito de Santiago; Madrid, 1613;—*Heroyda ovidiana*, Dido á Eneas, traducida por D. Salvador de Alvarado y Alvear, Burdeos, 1648;—la de las *Metamorfosis*, las *Tristes* y las *Pónticas*, por D. Diego y D. Ignacio Suarez de Figueroa: Madrid, 1732;—la de las *Metamorfosis* ó Transformaciones, por Francisco Griwel, con magníficos grabados de D. José Asensio: Madrid, 1805, 4 t. 4.°, etc. *Traducciones de las obras eróticas, de las Metamorfosis, Annals, Tristes, Pónticas, y poemas menores* se han hecho por innumerables latinistas franceses, alemanes é italianos entre los que citaremos á Hertzberg, Lindeman, Adler, Strombeck, Suchier, y Wollet, etc., de los germánicos;—á los humanistas italianos Baretti, Domenico Morocini, Jerón, Pompei, Hermolao Federigo, Cristóbal Bocella (de Sulmona), Cesselli, Brambilla, Galeroni, Manzoni, Biambí y otros muchos; y á los latinistas franceses Cretin, Mollevaut, Kervillars, Delalain, Quicherat. La Colección Panckoucke ha dado una versión de las obras completas, bajo la dirección de Pongerville, Amar, etc. También se tiene una traducción griega de Plaudio. (Teuffel, Bachr, Fieker, H. de la L. romana).—En la *Biblioteca clásica*, que se publica en Madrid, los tomos 76, 105 y 106 son traducciones españolas de *Las Heróidas* y de *Las Metamorfosis*, de Mexía y Sánchez de Viana,

## LECCIÓN 38.

### Historiadores de la Época de Augusto.

Géneros en prosa que se cultivan en esta época. Historiadores notables que en ella figuran. *Tito Livio*: su vida. Sus *Anales* de Historia romana.—Libros que se conservan de esta gran obra histórica: su análisis é importancia. La división por *Décadas*. Complemento de Freinshemius. Juicio de antiguos y modernos acerca de T. Livio: la *pataviniana liviana*.—*Trogo Pompeyo*: su vida y su obra. Extracto de *Justino*.

Terminado el estudio de la abundante Literatura poética del siglo de Augusto, vamos á ocuparnos de la prosa literaria de esta época, de menos importancia que la del período anterior histórico, por haber impedido el orden político dominante que la oratoria y la historiografía, sus dos variedades más brillantes, continuaran manifestándose con aquella amplitud y libertad que en los últimos tiempos de la República.—Extinguióse el fuego ardiente de la elocuencia romana con el nuevo régimen político, no quedando otro recurso á los pocos oradores, que sobrevivieron á la pérdida de la libertad, si no querían volver sus labios, que el atemperarse á las circunstancias, sustituyendo á la antigua noble oratoria la declamación enfática, que degradó por completo la tribuna romana, á pesar del esfuerzo generoso por restaurarla del insigne retórico español *M. Séneca*.—*La Historia* se resintió también con el nuevo régimen político; basta recordar que el gran escritor Asinio Polión, después de la batalla de Actium, no se atrevió ya á publicar aquella interesante Historia de las guerras civiles, anunciada por Horacio en su famosa oda *Motum ex Metello consule civicum...* etc.: la Historia romana fué solo campo cultivable para los escritores griegos contemporáneos, pues los romanos tenían que ocuparse de épocas remotas, como *Pompeyo Trogo*, ó escribir epopeyas en prosa, como lo hizo el insigne Tiro Livio, prosista el más notable de este tiempo y el único que legó á la posteridad un gran monumento literario, digno de atento análisis y estudio.—En cuanto á la *Literatura científica*, escribieron sobre varios asuntos especiales Julio Hygino, Verrio Flacco, Sennio Capiton y Vitrubio: en la literatura jurídica, que adquiere desde esta época importancia creciente, se hicieron notables, como escritores, los afamados jurisconsultos Labeón y Capiton.

Como los historiadores ocupan el primer rango entre los prosistas del siglo de Augusto, empezaremos ocupándonos de ellos; y después lo haremos de los científicos, oradores, filósofos y retóricos.

A). HISTORIADORES DE LA ÉPOCA DE AUGUSTO.—En los primeros tiempos del reinado de Augusto aplicáronse los escritores amantes de la literatura histórica, á redactar biografías de célebres personajes que acababan de desaparecer de la escena pública, en sentido apologético: tales fueron los escritos de Volunnio y de Bibulo sobre M. Bruto, de Q. Delio sobre M. Antonio y de Tiron sobre Cicerón. Los autores de *Memorias*, como Augusto, Agripa ó Merala, siguieron el mismo camino, contando su propia vida. Asinio ya hemos indicado que llegó á escribir una historia extensa y animada de las guerras civiles; pero la abandonó, no creyendo favorables los tiempos para ocuparse con sinceridad del pasado. Octavio (Mussa) y Cincio parece que escribieron una historia romana completa, el último en un sentido dinástico. En los últimos tiempos de Augusto, y tal vez en los primeros del reinado de Tiberio, figuraron también Fenestella, escritor de concienzuda erudición, que dió á luz unos *Anales*; L. Arruntio, el autor de una *Historia de la guerra púnica*, exagerado imitador de Sallustio; Annio Felialis, que dió á luz una *Historia de los antiguos tiempos de Roma*, y Crenucio Codro, que escribió con independencia de la República y de la fundación de la Monarquía; escrito que sirvió de pretexto para acusarle más adelante del crimen de lesa majestad. Todas éstas obras históricas han perecido: sólo ha llegado á nosotros un Resumen de los hechos de Augusto, que hizo grabar el emperador en tablas de bronce para colocarlas sobre su sepulcro: que es lo que se denomina *Monumento de Ancyra* (1); la gran *Historia romana* de Tito Livio, y un extracto de la de Trogo Pompeyo, de que vamos á ocuparnos.

a). TITO LIVIO.—El gran representante de la Prosa literaria en la época de Augusto es el insigne historiador Tito Livio. Nació este escritor latino en Padua en el a. 695 de Roma; pero bien pronto se trasladó á la capital donde se captó la amistad de los personajes más distinguidos y hasta del mismo Augusto, á quien se recomendó con sus *Diálogos sobre la Filosofía* y de quien conservó siempre el favor, no obstante que se chanceaba con él, llamándole *mi querido pompeyano*. Tito Livio era un hombre de probidad y de noble carácter, preparado por su primera educación para ser un buen ciudadano, y cuya elocuencia hubiera podido llevarle á los más altos honores; pero no quiso deber nada á la gracia del Prín-

(1) El erucito viajero Busbeca descubrió fragmentos del *Monumentum ancyranum* en Galacia, en Ancyra, Cosson, Pablo Lucas, Tournefort, Andrés Schott, Chissul, y otros, continuaron haciendo investigaciones: hasta que en 1861, con motivo de una exploración arqueológica en la Bithynia por los Sres. Perrot y Delbet, este monumento, conocido con el nombre de *Testamento político de Augusto*, fué completado y publicado. Mr. Boissier ha dado á luz un estudio sobre él, en la *Revista de Ambos Mundos*: 1863.



cipe, y se limitó á vivir en la vida privada, desempeñando con honor todos sus deberes: aceptó en primer lugar las cargas que impone la cualidad de esposo y de padre (se casó dos veces, y educó seis hijos);—y, en segundo, consagró su vida entera y todas sus facultades á la composición de una gran historia de su Patria. Residiendo en Roma, y otras veces en Nápoles, trabajó en la redacción de esta magna obra histórica, por la cual llegó á adquirir tal celebridad y tan extensa fama, que un español de Gades (Cádiz) vino desde su país á Roma, por sólo el gusto de conocer al insigne escritor patavino. La mayor parte de su vida la pasó en Roma, bajo el principado de Augusto; pero, al comenzar el reinado de Tiberio, se restituyó á Padua, donde murió el año de 711 de R., 17 a. de J. C. En el año de 1415 se descubrió cerca del templo de Sta. Justina en Padua, un sepulcro, que se creyó ser la tumba del eminente historiador; y en el mismo sitio se levantó un suntuoso mausoleo. El ilustrado rey de Aragón D. Alfonso V, después de largas y muy complicadas negociaciones, logró de los paduanos que le cediesen un brazo del que se suponía cadáver de T. Livio. Pero, más adelante, reconocióse por los arqueólogos que el sepulcro descubierto no era el del historiador Livio, sino del liberto de un personaje romano del propio nombre. Esto nos debe servir de norma para apreciar la fe que puede darse á los bustos de mármol y á los retratos que se dicen de T. Livio (1).

SUS ANNALES DE HISTORIA ROMANA. — La gran obra histórica de T. Livio es la que él mismo denomina ANNALES, y que comprende la HISTORIA DE ROMA desde su fundación hasta la guerra germánica, ó sea hasta la muerte de Druso (744 de R.). No es posible determinar con entera precisión la época de su vida en que dió comienzo á esta vasta obra ni el tiempo que pudo invertir en llevarla á cabo; lo probable es que la escribiese en edad madura; después de la batalla de Accio y de la clausura del templo de Jano, según unos, y según otros un poco más tarde. Componíase esta obra de 142 libros, pero más adelante fué dividida por los copistas en *Décadas*, título con que vulgarmente es conocida.—En la actualidad no poseemos

(1) L. E. Kohler, De T. Livii vita ac moribus, Berlin, 1851.—Weingartner, De T. L. vita, Berlin, 1852; y las introducciones de Gysar y Weissenborn en sus ediciones, 1854-57 y 1860, etc.

de la *Historia romana* de T. Livio sino 35 libros, á saber: los diez primeros (la 1.<sup>a</sup> década) desde la fundación de Roma hasta el año 460.....; desde el XXI al XLV, ó sea desde el a. 536 (principio de la segunda guerra púnica) hasta el 586..... y además algunos fragmentos de los libros restantes. Valiéndose de ellos, y de un resumen ó sumario de la obra (*Periochæ*), que se cree ser de Floro, ha escrito con singular maestría en los tiempos modernos el sabio alemán Freinshein (Freinshemius) sus *Suplementos*, en latín, á la Historia de T. Livio. Cuantos esfuerzos se han hecho hasta ahora por encontrar *un ejemplar completo*, que se decía existir en el siglo XVI, han sido inútiles. Algunos críticos creyeron haber descubierto en una traducción arábiga otros libros, entre ellos desde el LX al LXXVI; pero, después de un detenido examen, hubo la crítica de desechar este descubrimiento, como destituido de toda autenticidad. Mr. Lefranc indica que en la biblioteca imperial de Moscú existe una traducción completa de T. Livio en lengua eslava. Estas y otras investigaciones prueban la importancia indisputable de esta inmensa compilación, para la cual se sabe que Augusto mandó poner á disposición del gran historiador todos los archivos de la República.

Ahora bien, por el plan tal como nos es conocido de este vasto monumento histórico, podemos apreciar en algún modo su carácter, así como su mérito é importancia. Tito Livio fué el primero y el único escritor romano que concibió y llevó á cabo el gran proyecto de una Historia nacional completa: antes de él, extractos, posteriormente resúmenes. Queda consignado que, después de la batalla memorable de Áctium, cuando ya quedó pacificado el Mundo y apareció con toda su imponente majestad la unidad del Imperio, fué cuando este insigne escritor emprendió la redacción de su gran *Historia*. Los esplendores de los triunfos de Augusto, aquella procesión de pueblos y de reyes vencidos, las fiestas, los juegos, las súplicas y los sacrificios en todos los templos, la soberanía de Roma verificada y las antiguas tradiciones de los oráculos cumplidas; toda aquella fulgida gloria y aquel inmenso poder, que habían despertado en el alma de Virgilio la idea de su epopeya, hieren también vivamente la imaginación de Tito Livio, y quiere á su vez *erigir en el campo grandioso de la Historia un monumento á la Patria do-*

*minadora del mundo* (1). Pero con espíritu más levantado; pues mientras los poetas veían representada la grandeza de Roma en Augusto, y con él relacionaban la fortuna y la dicha de la Patria, el gran historiador no ve más que la gran figura de Roma y á ella sólo refiere toda la magnificencia de su obra.

Á éste entusiasmo patriótico tal vez se debiera la *credulidad* excesiva de que le acusa la crítica: esto es, que aceptara y diera lugar en su obra á leyendas y fábulas propias para halagar en buen hora la vanidad nacional, para servir de asunto á bellas narraciones poéticas, pero no para instruir severamente á los hombres en la verdad de lo pasado, en la razón de lo presente y en la prudente previsión de lo porvenir. La historia de Roma hasta la toma de la ciudad por los Galos no puede resistir el examen de una severa crítica: el mismo Livio reconoce que la constituyen un gran número de fábulas (2). Pero no debe perderse de vista que nuestro historiador no se propuso ser, en lo que se refería á los antiguos tiempos, lo que podríamos llamar un investigador de la verdad: sino un narrador elocuente de *todo cuanto se había dicho y escrito* sobre la Roma de los primeros siglos. De aquí la multitud de graves errores técnicos y de pormenores que se encuentran en tales relatos. Tito Livio por otro lado no había sido ni general, ni hombre de Estado, ni político, ni administrador; carecía, por consiguiente, de una educación que le hubiera dado todo el saber necesario para tratar con escri-

(1) En este sentido se ha dicho que la *epopeya de la nación romana* es la *Historia de Tito Livio*: epopeya escrita en majestuosa grave prosa como correspondía al carácter y genio romano.

(2) Sus fuentes para los tiempos remotos son los *Analistas*, de que ya hemos hablado, exceptuando tal vez á Catón; y para la época posterior, partiendo de los comienzos de la segunda guerra púnica, consulta principalmente á Polibio, aunque no le cita muchas veces: acude también á otros escritores latinos, procurando fundir y conciliar sus encontradas opiniones. Así se explica que algunos relatos no guarden conformidad con los de Polibio: el del pasaje de los Alpes por Aníbal, por ejemplo. Las discrepancias que se notan entre ambos célebres historiadores en la narración de ciertos pormenores relativos á este famoso acontecimiento han sido en nuestra época objeto de interesante estudio y viva discusión: Los unos dando la preferencia á Polibio; y rechazando la autoridad del hist. latino; tales como Gibbon, Whitacker, etc., (*los ingleses*); seguidos de Melville y De Luc (*Historia del paso de los Alpes por Aníbal*, Ginebra, 1818) y Franke (*De via qua Hannibal ad Alpes progressus est*, etc., 1842);—y otros (*los franceses*), considerando como fuente principal á T. Livio, tales como Forlard, Letronne, Fortia d'Urban (*Disert. sobre el paso del Ródano y de los Alpes por Aníbal*, 1821), Laranza, etc., etc.

pulosa precisión y discernimiento ciertos sucesos históricos. Tito Livio poseía, como él mismo dice un «espíritu antiguo» y creía digno de ser respetado todo cuanto armonizase con el enatecimiento de la Patria romana, la cual es para él, como lo era para Virgilio, la más bella de todas las cosas: *rerum pulcherrima Roma*; noble pasión que si no le llevó hasta las invenciones personales, porque era un espíritu grave y recto, le condujo á algo peor que ser crédulo: á ser injusto contra Cartago y Annibal, y contra todos los enemigos de Roma.—T. Livio no aprecia el hecho de la conquista del mundo como resultado de aquella política fría, perseverante y calculadora del Senado, ni vé las grandes instituciones, ni la disciplina, ni los resortes que se pasieron en juego para realizarla: á los ojos del historiador no se presenta más que la brillante galería donde figuran las colosales estatuas de los grandes ciudadanos y de los héroes por cuyas virtudes se ha logrado tan inmensa grandeza. Retratar aquellos indómitos caracteres, ponerlos en acción, *hacerles hablar* con severa elocuencia antigua, ofrecer en una palabra, *una historia de Roma á la vez dramática y épica*, como él la llevaba en su corazón y en su pensamiento, este fué el intento del escritor, que nos ocupa, y sólo mirando bajo este aspecto artístico su obra, puede reputarse magnífica, y explicarse la admiración con que fué recibida por sus contemporáneos. El arte histórico de T. Livio ha ejercido una marcada influencia en la historiografía de los tiempos modernos, como el de Virgilio en la literatura épica; pero la crítica de nuestros días no le admite ya como modelo, después de los trabajos de Niebur, de Michelet y de Mommsen; tanto más cuanto que, según queda indicado, los cien libros perdidos deberían contener la parte de más valor histórico, y la más admisible de esta bella obra de la antigüedad.

Quintiliano compara el estilo de Tito Livio al de Herodoto: hay, en efecto, en su exposición una amplitud y una elegancia, que recuerdan las del historiador griego; pero más que el estilo de Herodoto, el de T. Livio recuerda el de Cicerón, á quien imitó más felizmente que ningún otro prosista latino. El gran retórico español dejó perfectamente caracterizadas las cualidades literarias que resaltan en los escritos de T. Livio: *mira facundia; laecia ubertas*, dice Quintiliano, *juvunditas in narrando*: elocuencia admirable,



generosa abundancia y narración amantísima. Á estas cualidades puede con justicia añadirse la de la energía.

En cuanto á la acusación famosa de patavinismo (*patavinitas liviana*) dirigida contra él por Asinio Polión, y sobre la cual se ha disertado tantísimo por los críticos y eruditos, puede afirmarse que hasta hoy no se sabe lo que significa, con entera certeza. Según unos, debió aludir á su *pompeyanismo* (recuérdese que Augusto le llamaba, bromeándose, *mi querido pompeyano!*), y, por lo tanto, que sería una censura de su espíritu político:— otros creen que se referiría á algún defecto de estilo, al empleo de provincialismos, de *giros patavinos*, que deberían ofender los oídos de los escritores habituados á emplear en toda su pureza el *sermo urbanus*. «*Peregrina (verba) ex omnibus, prope dixerim, gentibus..... venerunt... quemadmodum Pollio deprehendit in Livio patavinitatem*» (1).

POMPEYO TROGO ó TROGO POMPEYO: el abreviador JUSTINO. —Trogo Pompeyo escribió en la misma época, y como para completar la obra de Tito Livio una HISTORIA UNIVERSAL. Todo lo que de su vida sabemos es que era galo de origen, que estuvo afiliado al partido de Pompeyo, y que de él recibió el derecho cívico.—Su obra misma ha desaparecido; lo que es de lamentar grandemente, tanto por la importancia del asunto, como por la riqueza de las fuentes históricas por él consultadas, que para nosotros hoy no existen. El título de esta vasta composición era *Historiæ philippicæ et totius mundi originæ et terræ situs*. Comprendía 44 libros: —llamóle *Historias filípicas*, porque eligió como punto central de su gran historia, no á Roma, sino el imperio de Filipo, la Macedonia. Después de una rápida introducción, trazaba la historia de los asiáticos y de los

(1) Quint. I. 5.—Sobre esta cuestión son dignos de ser consultados el trabajo de D. G. Morhof, De patavinitate liviana, 1685—y el que hace pocos años dió á luz el doctor profesor Wiedemann, con el título: *Quæstio de Livii patavinitate*.

*Traducciones españolas*: la anón. impresa en Amberes, casa de Arnolde Birmano, á la enseña de la gallina gorda: 1553.—Décadas de T. Livio, príncipe de la Hist. romana, trad. por Fr. Pedro de Vega, Madrid: 1793. La *Biblioteca clásica*, antes citada, ha dedicado los tomos 111, 112, 113, 116, 118, 121 y 122 á la traducción castellana de T. Livio hecha por D. Francisco Navarro y Calvo.—Entre las *versiones francesas*, citaremos la de Dureau de la Malle y la de Liez, Verger y Dubois de la Colección Panckoucke;—y entre las *italianas*, de época reciente, la de Luigi Mabil. *Trad. alem.*: las de Kleiber y Gerlach.—*Estudios*: Lachman, De fontibus hist. T. Livii comm.—H. Taine, Ensayo sobre T. Livio;—U. Köster, Qua ratione T. Livii analibus usi sint historici latini atque græci... etc., etc.

griegos, desde los tiempos más remotos; y después pasaba á la Macedonia y á los reinos de Asiria, que surgieron de la conquista de Alejandro. El autor dejaba relativamente á la sombra la historia romana: tal vez porque había sido ya tratada por T. Livio. Trogo Pompeyo escribió, teniendo á la vista los mejores documentos históricos de la Grecia, tales como las obras de Ctesias y de Teopoli-po; y en un estilo animado y en un lenguaje clásico más sustancial y menos retórico que el de T. Livio: por lo cual su obra ofrecía más garantías de veracidad. Además de la parte pragmática, tenían un lugar importante en esta vasta obra la etnografía y la historia natural. Plinio le llamaba *auctor severissimus*. Este antiguo historiador fué víctima, por desgracia, como algunos otros, de los abreviadores. Las *Philippicas* de Trogo se han perdido para la posteridad, y sólo las conocemos por el resumen de esta colosal historia hecho por un abreviador que vivió á mediados del siglo II del cristianismo, M. JUNIANO JUSTINO, el cual dió á luz el Extracto con el título: *Historiarum philippicarum et totius mundi originum et terræ situs excerptorum libri XLIV a Nino ad Cæsarem Augustum*. El mismo abreviador declara en su obra que suprimió todo lo que pareció inútil ó desagradable (*omissis iis, quæ nec cognoscendi voluptate jucunda, nec exemplo erant necessaria*); es decir, que suprimió toda la parte geográfica y cronológica, reemplazando una obra llena de ciencia y de filosofía por un resumen desprovisto de valor.—Á falta de la obra de Trogo, ha sido mirado este compendio con vivo interés y citado como fuente de autoridad, aun por escritores tan ilustres como S. Jerónimo, S. Agustín y Orosio.—Su latinidad es correcta y sencilla (1).

---

(1) Traducción española: la de Jorge Bustamante, impresa en Anvers (1542), Alcalá (1586), y Bruselas (1609).—Trad. francesa: la de Pierrot y Boitard, París: 1847.

## LECCIÓN 39.

### Otros prosistas y poetas de la época de Augusto.

Los escritores Julio Higino, Verrio Flacco, y Vitrubio; su vida y sus obras.—Los juriscónsultos: Labcón y Capítón.—Los oradores y retóricos: M. Séneca.—Los filósofos.

Los poetas didácticos Falisco y Manilio; sus obras. Otros poetas de esta época.

En la *Parte general* apuntamos, entre los prosistas del siglo de Augusto, que escribieron sobre materias científicas, al polígrafo C. Julio Higino, á los gramáticos Verrio Flacco, y Sennio Capítón y al escritor de arquitectura Vitrubio; y como escritores de derecho á los juriscónsultos Labcón y Capítón. Vamos en esta lección á analizar las obras de dichos autores; después apuntaremos, para completar la galería de los prosistas de la época de Augusto, los nombres de los oradores, filósofos, gramáticos, etc., que también figuraron en este tiempo y de los cuales ó no poseemos sus obras, ó sólo nos quedan de ellas fragmentos insignificantes.—y, por último, nos ocuparemos de los poetas de la época que se encuentran en el mismo caso.

I.—C. JULIO HIGINO.—El gramático Suetonio nos dejó algunas noticias acerca de la vida del escritor C. Julio Higino. Fué español, de nación, y liberto de Augusto. Estudió y tomó por modelo al gramático griego Alejandro Polyhistor (de donde le vino tal vez el sobrenombre de *Alejanandrino*) y tuvo á su cargo la biblioteca palatina fundada en 726.—Fué gran amigo de Ovidio y de Clodio Licino, quien nos cuenta que murió casi pobre. Este docto escritor unió el género de Varrón al de Figulo, proponiéndose imitar sobre todo la actividad literaria á la vez universal y nacional del primero.—Atribúyensele á este escritor un libro *De situ urbium italicarum* y otro sobre los varones ilustres romanos. Publicó además unos trabajos sobre un poema de Cinna y sobre las obras de Virgilio; y libros originales sobre la agricultura y la apicultura. Á ejemplo de Nigidio Figulo, se ocupó también de astrología y de mitología. Sobre esta última materia existe una colección de 277 fábulas (*FABULARUM LIBER*, en su mayor parte de la literatura trágico-griega) y

cuatro libros DE ASTRONOMÍA, que se atribuyen al escritor español; pero los críticos los estiman de dudosa autenticidad, pues los groseros errores que contienen ambas obras no parecen corresponder á la idea que hemos de formarnos de un sabio á quien se le encargó la dirección de la Biblioteca imperial. Baehr opina que deben ser dos compendios para el uso de las escuelas: sobre todo la Astronomía, quizá destinada para servir de explicación escolástica de Arato. Este opúsculo astronómico se estima útil, porque expone los varios sistemas de Eratóstenes, compensándonos de su pérdida. Es también muy posible que el fundamento de la obra actual sea algún escrito del docto polígrafo que nos ocupa (1).

II.) LOS ERUDITOS: *Sinnio Capítón*, *Verrio Flacco*, etc.—Siguiendo la senda trazada por Varrón, entregáronse varios escritores, al fin del reinado de Augusto, a escribir sus investigaciones así literarias y filológicas, como históricas, á los trabajos de crudición. Entre ellos Sinnio Capítón y Verrio Flacco. El primero redactó sus investigaciones ó estudios arqueológicos en el sentido nacional y en forma epistolar. Tras los escritos de Sinnio Capítón, vinieron los del liberto M. VERRIO FLACCO, conocido por sus *Fastos* FASTI,—y por su gran trabajo lexicográfico DE VERBORUM SIGNIFICATIONE, abundante y rica mina de noticias sobre las antigüedades romanas. Nosotros no conocemos esta obra más que por el extracto que de ella hizo Pompeyo Festo, y por el resumen de este mismo extracto, debido á Pablo Diaero, cuyos dos escritores eliminaron lo que les pareció inútil ó superfluo. (2)

III.) VITRUBIO.—Á pesar de que en el noble arte de la Arquitectura mostraron los romanos gran aptitud y originalidad, como lo revelan los soberbios edificios que han resistido hasta nuestros días las injurias del tiempo, en su Literatura científica no aparece más que una sola obra relativa á este arte bello-útil: el conocidísimo tratado de Vitrubio Polión. Era este célebre arquitecto romano, natural de Verona, y vivió en los tiempos de César y de Augusto. Recibió encargo de éste último de construir algunas máquinas de guerra; y, á ruegos del mismo quizá, escribió también (probablemente hacia los años 738—741 de R., es decir, en los últimos de su vida) una obra DE ARCHITECTURA, en diez libros, de los cuales sólo se han conservado los siete primeros y algunos capítulos del IX, habiéndose

(1) B. Bunte, De C. Julii Hygini... vita et scriptis: Marburgo, 1846.—Scheffer, De Hygini scripti fabul. atate atque stylo... etc.

(2) Lindeman, Corpus gramm. latin. II, y aparte, Leipzig, 1832.

dose perdido por desgracia los planos y diseños que les acompañaban. La palabra Arquitectura se toma en esta obra en un sentido muy amplio, pues se extiende á la ciencia del Ingeniero y á otras varias materias.

En estos 7 libros Vitrubio trata de la Arquitectura en general;—de los conocimientos necesarios al arquitecto;—de los materiales de construcción;—de la construcción de los templos y de los varios órdenes de arquitectura;—de la construcción de las plazas y de los edificios públicos;—de las casas particulares, así de la ciudad como del campo, y según el gusto griego ó romano;—de la ornamentación y pintura de las fábricas, etcétera, etcétera.—Los últimos tres libros hablan de la construcción de los acueductos, de los relojes solares, máquinas, etc.

Los materiales de esta obra fueron tomados de obras griegas que se han perdido, y de la experiencia y puntos de vista del autor. Esto, y el ser como hemos dicho, la única gran obra de arquitectura antigua, que poseemos, explica el gran crédito de que goza: á pesar de que al autor le faltan talento y facilidad para escribir, y de que él mismo se muestra modesto en apreciar su cultura científica, en la obra dá muestras de un saber profundo, y de mucha lectura y reflexión. —Poseemos además un extracto de la obra de Vitrubio, —*Epítome Vitrubii*,—de autor desconocido (1).

IV). LOS JURISCONSULTOS.—Los más célebres juriseconsultos de la época de Augusto son Labeón y Capitón.—Los conocimientos jurídicos de M. ANTIQSTIO LABEÓN (695—735 de R.) tenían por base una extensa cultura, y hallábanse realizados por un carácter de una firmeza inquebrantable, que no contribuyó menos que sus numerosos tratados de Derecho á asegurarle una sólida reputación. La gran autoridad de que gozó se revela en el infinito número de veces que se le cita en las Pandectas y hasta en las Instituciones de Gayo. Vivía la mitad del tiempo en Roma y la otra en el campo, donde se consagraba plenamente á la ciencia. Dejó más de 400 obras entre las cuales se cuentan *Comentarios á las XII Tablas*, *Los libros del pretor urbano y del peregrino*, *Comentarios del derecho pontificio*, etc. Fué el fundador de la escuela llamada de los *sabinianos* en la cual predominó una manera libre y racional de interpretar el derecho; en oposición á la de los *proculeyanos*, que se atenia principalmente á la letra de

(1) *H. Genelle*, Cartas sobre Vitrubio;—*Maffei*, Verona pintoresca, III, 44 y stes. Traducciones: la española con comentarios por D. Joseph Ortiz Sanz, Madrid: 1787; —francesa; la de Tardien y Cousin (con texto y atlas) y la Manfray;—traducc. inglesas: la de Newton y la de Wilkins;—traduc. italianas: la de Orsini y la de Viviani y Tuzzi. —*Ex' gesis*: *J. Polemus*, Exercitationes vitrubiana;, —*B. Baldus*, De verborum Vitrubii significatione;—*C. Lorentzen*, Observationes criticae ad Vitrubium,.... etc., etc.

la ley, al sentido estricto y á la experiencia del pasado. Jefe de esta segunda escuela: C. AREYO CAPRÓN (720—775 de R.), que estaba muy lejos de poderse medir con su rival Labeón, ni en ciencia ni en actividad literaria. Cítanse entre sus obras un libro *De Conjectan* y otro *De jure pontificio*, etc.

Á esta época sin duda pertenecen Bleso, discípulo de Trebacio y sin duda también Fabio Mela. (1)

V). ORADORES Y RETÓRICOS: MARCO ANNEO SÉNECA.—La elocuencia fué perdiendo su antiguo esplendor y majestad por las varias causas que quedan ya indicadas: expulsada de la tribuna, vivía retirada á la sombra en las escuelas, recibiendo una dirección perniciosísima.

En las escuelas de los retóricos se componían *declamaciones* sobre asuntos imaginarios, sobre temas elegidos á capricho, las cuales se dividían en *controversias* y *suasorias*; pertenecientes las primeras al género llamado por Quintiliano *judicial* y las segundas al *deliberativo*. También comenzaron á ponerse en boga las *recitaciones* ó lecturas públicas de oraciones escritas, las cuales contribuyeron á dar mayor desenvolvimiento á la ampulosa y enfática elocuencia de las escuelas. Asinio Pollón, M. Messala, Furnio, Atratino, Q. Arruncio, Q. Haterio (696—799 de R.), etc., fueron en el siglo de Augusto los representantes del arte oratorio. La generación joven, no poseía más talentos oratorios que los que estaban en relación con la latitud que permitía la Monarquía y estaba representada por los hijos de Messala, Messalino y Cotta, Fabio Niger, T. Labino y Cassio Severo.

Entre los retóricos del siglo de Augusto, pertenecientes á la generación antigua, citaremos al español Porcio Látron (natural de Valencia, en opinión de Luis Vives) amigo del gran retórico cordobés M. Séneca; á Arelio Fusco, á C. Albucio Silo, de Novara; á Passieno el Viejo; al petalante Cestio Pio, de Smyrna; á L. Junio Gallón, otro amigo de Séneca.—Entre los miembros más importantes de la generación joven se hallaba Papirio Fabiano y Albio Flavio.

Pero el gran maestro y escritor de Retórica de este infausto período de postración de la elocuencia romana, y al que se debieron nobles esfuerzos por restaurar la tribuna, fué el español Marco Séneca.

M. ANNEO SÉNECA.—Nació M. Anneo Séneca en Córdoba, por los años 695 de Roma. Pertenecía á una ilustre familia del orden ecuestre. Sus padres se esmeraron en darle una educación espléndida, estimulados por la esperanza de su ingenio. Lleváronle á

(1). Sobre estos juriconsultos veanse las *Historias del Derecho romano* varias veces citadas.

Roma á perfeccionar sus estudios; y, en compañía de su amigo y compatriota Porcio Latron, asistió á la escuela de Manilio, donde dió muestras superiores de sus altas dotes intelectuales, sobre todo de poseer una memoria tan prodigiosa que era motivo de la general admiración: como que llegaba á *repetir dos mil nombres en el orden con que eran pronunciados*, y uno por uno los versos que en el aula recitaban sus condiscípulos. Esta maravillosa facultad fué la que le permitió aprenderse fielmente el sinnúmero de piezas de los más renombrados oradores, que habia oído en su juventud, y compilarlos más tarde, á ruegos de sus hijos, en la gran obra que ha legado á la posteridad. Treinta y siete años permaneció en Roma entregado á sus estudios, hasta el año 748 en que regresó á Córdoba, donde se desposó con una matrona de alta cuna y de superior talento, habiendo sido fruto de esta unión Anneo Novato, Anneo Séneca y Anneo Mela, padre de Lucano. Deseando daries una educación correspondiente á su linaje, llevólos á Roma, con su esposa. Con tal motivo se consagró M. Séneca á la enseñanza de la Retórica, adquiriendo gran fama como maestro, naciendo entonces en su ánimo el intento generoso y laudable de levantar la elocuencia de su vergonzosa postración y abatimiento. Como muestra de lo que habia sido y de lo que yá era la tribuna romana dió á luz su famosa colección de diez libros de *Controversias* y uno de *Suasorias*. En efecto, se encuentran en ambas obras nobles pensamientos y pasajes verdaderamente elocuentes, al lado de glaciales declamaciones que, no obstante la pureza y elegancia de la lengua, atestiguan la corrupción del gusto y la decadencia de la verdadera oratoria.

Esta compilación notable de sentencias y discursos es, por consiguiente, una mina de las más preciosas para la historia de la Retórica y de la Elocuencia bajo los reinados de Augusto y de Tiberio. De las *Controversias*—*CONTROVERSIARUM LIBRI X*—sólo poseemos cinco libros: el I, II, VII, VIII, X, y aun éstos mutilados; de los otros cinco tenemos únicamente una serie de extractos ó fragmentos. —El libro de *Suasorias*—*SUASORIARUM LIBER*,—es otra colección del mismo tenor, hecha en época posterior, aunque en los mss. y ediciones aparece ordinariamente á la cabeza de las obras de Séneca (1).

(1) Körber, Sobre el Retórico Séneca y sobre la oratoria romana en su época,

OTROS PROSISTAS DEL SIGLO DE AUGUSTO.—Además de los grandes escritores, de que acabamos de ocuparnos, figuraron entre los *literatos* de esta época el erudito gramático Sinnio Capítón, Cecilio Epirota, L. Crassicio, Seribonio Afrodisio, y otros varios.—El gusto por el estudio de las *ciencias filosóficas* se extendió también considerablemente en esta época, según hemos podido apreciar por el espíritu y carácter de las obras de los grandes escritores. Pero en realidad todos ellos no fueron sino amantes ó aficionados á la filosofía. Los únicos filósofos, á quienes se pudo dar verdaderamente este título, fueron: los dos Quinto Sestio Niger, padre é hijo, los cuales escribieron en griego, y fueron seguidos por Casicio, Papinio Fabiano y algunos otros. (1)

Concluido el estudio de los prosistas, vamos á terminar el de la Literatura poética de la edad de Augusto. En primer lugar haremos mención de dos escritores de quienes se conservan unos *poemas didácticos* incompletos y son: Gracio Falisco y Manilio.

a). GRACIO FALISCO.—Las circunstancias de su vida se desconocen. Poseemos bajo su nombre un poema sobre *La Caxa*, *CYNEGETICON* en 150 hexámetros; pero mutilado al final de la obra. Es considerada esta producción poética como una de las más bellas de la época que historiamos, comparable por su latinidad y por su estilo á la lengua y estilo clásico virgiliano.

b). MANLIO ó MANILIO.—Sobre la Astronomía, ó por mejor decir, sobre *La Astrología*, es la otra obra didáctica que poseemos del poeta *Mallio, Manlio* ó Manilio, con el título de *ASTRONOMICON LIBRI V*. Trata en ella de los cuerpos celestes y de la influencia de las constelaciones en los destinos humanos. Háse confundido á éste por algunos con Mallio Teodoro, á quien Claudiano dedicó un panegírico, y por lo tanto lo han supuesto escritor del tiempo de Teodosio. Pero la generalidad de los críticos convienen actualmente en llamarle Manilio, y en que debió existir en la época de Augusto, deduciéndolo del texto mismo del poema. Manilio, aparte de las raras supersticiones que admite en su poema, recuerda por su originalidad y energía á Lucrecio; y por lo demás en sus descripciones resplandecen todas las dotes literarias de los escritos del siglo de

Marburg: 1844.—*O. Gruppe, Quaestiones anniana*, Stettin, 1843.—*Traducción española*: las dos últimas *Suasorias*, que se refieren á Cicerón, las puso Quededo al final de la *Vida* de M. Bruto.—*Versión francesa*: C. V. Quiçille, Paris, 1829. *Crítica*: *Amador de los Rios*; H. de la Lit. española; t. I.—*Waschnuth, Quaestiones crit.* in *Sen. reth.*; Posen; 1867.

(1) Sobre estos Prosistas véanse las hist. de la L. Romana de Bachy y de Teufel.





oro. Esta obra es, sin contar con su mérito literario, de sumo interés para la historia de la astronomía y de la astrología en la antigüedad (1).

Hecho el estudio de los grandes poetas de la Época de Augusto, cuyas obras han llegado hasta nosotros, vamos á completar el cuadro, apuntando los nombres de otros varios poetas coetáneos y amigos de los anteriores, cuyas obras no han llegado á nuestro poder, pero que gozaron en su época de reputación literaria.—Para mayor claridad vamos á dividirlos en amigos de Virgilio, de Horacio y de Ovidio.

a.) POETAS AMIGOS DE VIRGILIO.—El más antiguo de todos fué L. VALERIO RUFO, (680-740) admirador primero de César, y después de Octavio, y autor de epopeyas sobre estos dos personajes; conocido sobre todo por su tragedia *Thyestes*, y por las relaciones de amistad que le unieron con Horacio y con Virgilio, cuya Eneida publicó.—EMILIO MACER ó MACRO, de Verona, amigo también de Virgilio, y próximamente de la misma edad que el anterior (739) es el autor de unos poemas didácticos del género de los de Nicandro, de una *Ornithogonia*, de una *Theriaca*, y probablemente de un poema de Botánica (*De herbis*).—C. GALO fué el primero que trasplantó al suelo romano la elegía erótica de los poetas alejandrinos. Fué amigo también de Virgilio, y llegó por el favor de Augusto á una alta posición en el ejército y en la política; pero abusó de su poder y pereció joven, de una manera trágica.—Por último entre los amigos de Virgilio debemos citar á CORDERO autor de elegías.

Entre los enemigos de Virgilio sólo pueden citarse á los poetas BAVIO y MÆVIO.

b.) POETAS AMIGOS DE HORACIO.—Debe citarse en primer término á C. VALGIO RUFO, cónsul en 742, autor de elegías, de epigramas y de una obra de Botánica; también hizo una traducción de la Retórica de Apolodoro de Pérgamo; y publicó en forma de cartas el resultado de sus investigaciones gramaticales.—Entre los demás amigos de Horacio, cultivadores de la Poesía, debemos citar á Aristio Fusco, á Fundano y á Servio Sulpicio, y entre los más jóvenes á Ticio y á Julio Antonio.

c.) AMIGOS DE OVIDIO QUE CULTIVARON LA POESÍA.—Fueron los siguientes: PÓNTICO, amigo también de Propercio;—el traductor Tuticano;—MACRO el joven, que trató en verso épico el ciclo mitológico troyano;—SABINO, autor de unas respuestas á las Cartas de Ovidio y de un poema análogo al de *Los Fastos*;—CORNELIO SEVERO, autor de un poema épico *Bellum siculum*;—PEDO ALBINOVANO, autor de una *Thesis*, de epigramas, etc. Giraban también en este círculo RABIRIO y SEXTIO ENA, de Córdoba, los cuales tomaron de la guerra civil el asunto de sus poemas, y JULIO ANTONIO, LARGO, CAME-

(1) El texto latino de los *fragm. de Falisco* en los *Poetae latini minores*, de Wernsdorff, Altenburgo, 1780; y en el *Corpus poet. latin.*, Weber.—Sobre Manilio. *Breiter*, De emendatione Manilii.

rino, Lupo, Abronio Silón y otros que escribieron epopeyas mitológicas, siguiendo el gusto y la escuela de los vates de Alejandría.

Entre los poetas de esta época se citan además á *Domicio Marso* (700-750) predecesor de Marcial en el género epigramático, autor además de elegías eróticas (*Melænis*), de un poema épico (*Amazonis*) de *Fabelle* y de una obra de Retórica (*De urbanitate*);—al poeta trágico Pupio;—al liberto de Mecenas, C. Melisso, autor de una obra de forma cómica y creador de la *trabeata*.

En los últimos años del reinado de Augusto no contó la poesía sino con medianías como los poetas elegiacos Próculo y Alfio Flavio, el lírico Rufo, los trágicos Turrano y Flacco y alguno que otro de análoga importancia. (1)

---

(1) Sobre todos estos Poetas, léanse las notas eruditas de Teuffel en su H. de la L. R.

## LECCIÓN 40.

### Ciclo II.—La Literatura bajo el Imperio.

Siglo I del cristianismo ó sea La Edad de Plata.

(DESDE EL AÑO 14 AL 117.)

ESCRITORES PERTENECIENTES AL TIEMPO DE LA DINASTÍA JULIA.

#### PROSISTAS.

Géneros que se cultivaron en la época de la dinastía julia: escritores que sobresalieron en esta época.—Los Oradores.—Los Historiadores; *Veleyo Patérculo*, *Valerio Máximo*.—Los científicos: *Celso*, *Columela* y *Pomponio Mela*.—El novelista *Petronio*.—El historiador-novelesco *Q. Curcio Rufo*.—Obras de todos estos escritores, su mérito é importancia.

Entramos en el *Segundo Ciclo de la Literatura latina*: en el estudio de las letras romanas bajo el Imperio. Este largo Período histórico de la decadencia dijimos que podía subdividirse en dos sub-ciclos ó periodos: el uno, la comunmente denominada *Ætas argentea* (Edad de plata) de la Literatura latina, porque en el primer siglo del Cristianismo que comprende (ó más exactamente desde el año 14 al 117)—todavía brillaron insignes escritores que podían figurar dignamente al lado de los clásicos de la *Edad de Oro*;—y el otro, la llamada *Edad de Cobre*, que es el triste período de la *vejez y decadencia* de las letras latinas y se extiende desde el siglo II hasta la destrucción del Imperio Romano de Occidente próximamente.

El aspecto general que ofrece el Imperio durante el primer Siglo, y la influencia que los hechos políticos tuvieron en la vida de la Sociedad romana en todas sus esferas, indicado queda en el lugar correspondiente de la primera parte de este libro. La Edad de Plata, dijimos, comprende desde el reinado de Tiberio hasta el de Adriano: lo que nos dá una natural subdivisión de esta Edad en tres subperíodos de aspecto social, político y literario bien marcado, á saber: 1.º el de la dinastía julia;—2.º la época de los Flavios;—3.º el de los reinados de Nerva y de Trajano. En esta Lección vamos á comenzar el estudio histórico-crítico de los escritores correspondientes al primero de estos subperíodos: es decir, el de aquellos autores que tuvieron la desdicha de haber vivido en la época de Tiberio, de Calígula, de Claudio y de Nerón.

La tribuna romana continuó muda sin que fuera dado el empleo de la palabra oratoria más que en defensas judiciales ó en complacientes pane-

gáficos de los Príncipes;—la *Historia*, no pudiendo narrar con libertad, tenía también que permanecer en silencio antes que doblegarse á las circunstancias, así es que poseemos pocas obras notables históricas de esta época, fuera de las de Veleyo Patérculo y Valerio Máximo:—la *Literatura científica, la de erudición y la jurídica* pudieron vivir con más libertad por su carácter neutral y pacífico: así, pues, publicaron sin obstáculo sus estudios el médico Celso, el geopónico Columela, el geógrafo Pomponio Mela y otros varios escritores;—la *Literatura filosófica* latina tuvo un ilustre representante en esta época en el sabio español L. Annéo Séneca; y, por último, entre los prosistas notables de este sub-periodo literario figuraron el *novelista* Petronio y el escritor de *historia romántica* Q. Curcio Rufo.—Por el cultivo de la Poesía hubo furor en esta época; pero fueron contados los poetas que se hicieron dignos de ceñir el laurel de Apolo: Séneca, Fedro, Persio, Luçano y algún otro. (1)

A.) LOS ORADORES.—Entre los oradores de la época, que publicaron sus discursos, y algunas obras acerca del Arte oratorio, deben citarse, como los más notables, á Vocieno Montano de Narbona, Mamercio Scauro, á Sinio Galo, autor de un paralelo entre su padre Polión y Cicerón; al caballero P. Vitelio, que acusó á Pisón de la muerte de Germánico; y á Domicio Afer, de Nimes, quien brilló por algún tiempo en el foro y desempeñó elevadas funciones bajo los reinados de Tiberio, Caligula y Nerón. Sus discursos (publicados) más célebres fueron: *Pro Voluseno*, *Pro Domitilla*, y *Pro Lælia*: (*Meyer, Orat. fragmenta*: p. 565-570).

B.) HISTORIADORES.—Hemos dicho que entre los pocos que cultivaron la Historiografía en la época que vamos á estudiar se encuencan Veleyo Patérculo y Valerio Máximo.

I.) M. VELEYO PATÉRCULO.—Poco se sabe de su vida. Según los cálculos de Dowel, moderno biógrafo de este historiador antiguo, debió nacer en el año 733 de Roma. Era hijo de un Prefecto de caballería, y entró en el servicio del ejército hacia el a. 755 de R., habiendo recorrido el Oriente con César, hijo adoptivo de Augusto; y después, en cualidad de Prefecto de caballería, siguió á Tiberio á su expedición á la Germania, á la Panonia y á la Dalmacia; de re-

(1) Entre los miembros de la familia imperial, el tertz Titelio poseia cierta educación literaria, de que hizo uso como orador y como escritor. El infortunado Germánico cultivó asimismo las letras y compuso diferentes obras poéticas. A. Stahl, Tiberio, Berlin, 1863. Merivale. V.; Peters III, I; Duruy, De Tiberio imperatore, Paris, 1853.—Caligula es el único de los emperadores que no escribió. Claudio escribió sobre Historia é intentó una reforma del alfabeto latino. En el siglo XVI se encontraron en Lyon dos tablas de bronce con una parte de los discursos pronunciados por el emperador Claudio en el Senado, acerca de la admisión de la nobleza gala en las funciones públicas de Roma.—Nerón se envanecía presuntuosamente de poseer genio artístico y poético.



greso á Roma, recibió la investidura de pretor. Poco después se retiró á la vida privada y al estudio; y en este período de reposo, que siguió á su pretura, parece que adquirió todos los conocimientos literarios que muestra en su obra, después de haber hecho en la primera parte de su vida una carrera exclusivamente militar.

La obra histórica de Velejo, que poseemos, lleva el título de *VELLEII PATERCULI HISTORIÆ ROMANÆ AD M. VICINIUM CONSULEM LIBRI II*;—pero en ella no se limita rigurosamente á la *HISTORIA ROMANA*. Siguiendo el ejemplo de los analistas latinos, el autor toma por punto de partida las emigraciones de los griegos á Italia, y tiende con tal motivo una rápida mirada hacia el pasado histórico del Oriente y de la Grecia; y, entrando después de lleno en los sucesos de la Historia romana, llega hasta la caída de Cartago. La exposición es en el principio de la obra breve y concisa; pero, á ejemplo de los mismos analistas, va desarrollando más y más los hechos según van siendo más próximos. Por lo demás, la *Historia* de Velejo es la obra de un antiguo militar, que ha servido á las órdenes de Tiberio; que profesa á su antiguo general una frenética admiración, la cual expresa en los términos más ampulosos, celebrando y enalteciendo sus hechos; y, por la misma pasión, trata sin piedad á los adversarios. Por estas exageradas adulaciones á Tiberio se le ha censurado duramente; pero no debe olvidarse que él había sido amigo y compañero de armas del príncipe, siendo joven; que el historiador escribió su obra antes de los últimos días de su reinado; y por último, que su gusto le llevaba irresistiblemente á emplear el énfasis y á cargar los colores. Su lenguaje es todavía clásico; pero su manera de escribir la característica de todo el siglo (1).

II.) VALERIO MÁXIMO.—Este escritor, después de haber servido en el ejército de Asia, regresó á Roma probablemente después de la caída del favorito de Tiberio, Sejano; escribió una colección de anécdotas intitulada *Dichos y hechos célebres: DICTORUM FACTORUMQUE*

(1) Traducción española: *Histor. rom.* escrita al cónsul M. Viciano, traducida por D. Manuel Sueyro, señor de Voorde, caballero del hábito de Cristo. Antuerpia: ap. Johann. Resbeg, 1616, 4.º.—Madrid, 1787;—traduc. francesa: por Despres, 1825.—Estudios: *Dowell*, *Annales velleiani*;—*Speckert*, De la sinceridad de V. Patérculo;—*Auf. Pernice*, De Velli; *fidè historica*;—*Windheuser*, De V. *fidè in iis locis quæ ad Tiberii mores spectant*.....etc., etc.

MEMORABILIUM LIBRI IX, y la dirigió al tiránico emperador, á quien dedica tan profundas alabanzas. En su opúsculo hállanse extractados, tomados de varias obras históricas, y á ejemplo de otras tales compilaciones de los gramáticos, varios dichos, hechos y anécdotas de hombres eminentes, para eterna memoria de ellos entre los hombres y para proponerlos de ejemplo á la posteridad. La división de la obra en IX libros la reclama su contenido; pero los títulos, que lleva cada una de las partes, parece que deben atribuirse más bien que al autor á algún gramático posterior: sin duda para el mejor uso de la obra por los oradores y en las escuelas de Retórica: (*De Religione, De Auspiciis, De Institutis antiquis, De Testamentis*, etc.; ó atendiendo á las ideas morales: *De Fortitudine, Moderatione, Pudicitia*, etc.). En cuanto al mérito del trabajo, debe decirse que lo tiene sólo por las buenas fuentes en que ha bebido el historiador: fuentes principalmente romanas (Tito Livio, Trogo Pompeyo, etc.), como se deja ver por el número de ejemplos, que se contienen en cada capítulo; cuya elección debió hacer, por orgullo, de la historia nacional. Los adversarios de la monarquía son tratados en la obra generalmente como culpables del crimen de alta traición. Las adulaciones á la familia imperial abundan: el mismo servilismo que Patérculo, y menos justificado. La exposición declamatoria, estilo hinchado, la latinidad todavía no muy degenerada. Un apéndice que lleva la obra con el título *De Prænominiibus*, con datos de buena procedencia, no parece tener nada de común con Velleo. Se poseen también algunos extractos de la obra de Valerio, entre ellos los de un Julio Paris y un Januario Nepociano (1).

C.) LOS CIENTÍFICOS.—Entre los científicos de este tiempo, de quienes se conservan obras de algún valer, hemos dicho que son los principales Celso, Columela y Pomponio Mela.

1.) CELSO.—Aulo (ó Aurelio) Cornelio Celso, que no debe confundirse con otros del propio nombre, se conquistó en su tiempo gran fama de escritor. Por desgracia no tenemos noticias circunstanciadas respecto á su persona: créenlo unos de Roma, otros de

(1) *D. Moller*, Dissert. de Valerio Maximo. Traducciones españolas: la de mossen Hugo de Urries, Zaragoza, 1495; Sevilla, 1504; Alcalá de Henares, 1529; la de Diego Lopez con comentarios: Sevilla, 1631; y 1647.—Estudios críticos: *C. Elschner*, *Questiones Valer.* Berlin, 1844;—*Gelbcke*, *Quest. Val.* Berlin, 1865.

Verona. También se ha controvertido grandemente la época precisa en que vivió; pero la opinión más comunmente admitida es que debió existir en tiempo de Augusto, y escribir y publicar bajo el gobierno de los príncipes que le sucedieron. En el fragmento de su gran obra, que ha llegado á nosotros, revélese que poseía un caudal copioso de conocimientos en todas las ciencias. Venía á ser la magna obra literaria de Celso, — que él intituló *DE ARTIBUS*, *De las Artes*, — una vasta enciclopedia de todos los ramos del saber de su época: de retórica, de filosofía, de arte militar, de agricultura, de medicina. De todo este variado repertorio científico, que se componía de XX libros, sólo ocho han llegado á nuestro poder: los que tratan de las *ciencias médico-quirúrgicas*. De estos, los cuatro primeros se ocupan de las enfermedades internas; los dos siguientes de las externas y de sus remedios; y los dos últimos de la Cirugía. Las obras consultadas por Celso parece que fueron en primer término las de Hipócrates y Asclepiades; añadiendo á los datos y doctrinas de éstos y otros escritores los resultados de su propia experiencia. Y á este propósito debemos indicar que se ha discutido largamente sobre si Celso fué médico de profesión, ó si fué un profano de la ciencia, que se ocupó de ella como de otras varias materias literarias y científicas. La opinión generalmente admitida es que debió haber ejercido el difícil oficio de curar, dada la profundidad y precisión de conocimientos que revela en sus obras. Sus contemporáneos Columela, Plinio, y aun Quintiliano, hacen siempre mención de Celso con respetuosa distinción, y en cuanto á las cualidades literarias de sus escritos, baste decir que se le llama el Cicerón de los médicos: *Cicero medicorum* (1).

II.)—COLUMELA.—Después de Celso, y antes que Plinio, escribió un interesante libro de *Agricultura*, el español L. Junio Moderato Columela, natural de Gades (Cádiz): *meam quam generant Tartessi, littore Gades. Colum X*, 185. El insigne geopónico es, pues, nuestro compatriota, como lo fueron muchos de los más esclarecidos escritores latinos de esta época. No se tienen abundantes noticias acerca de las peripecias de su vida; pero se sabe que residió en Ita-

(1) *H. Palhamus*, de Cornelio Celso, Greiswald, 1842; *C. Kessel*. Celsus: Gissen: 1844.—Traducción francesa; la de Fourquier y Rattier, Paris, 1524; y la alemana de B. Ritter, Stuttgart, 1840.

lia, y que vivió durante algún tiempo en las provincias de Cilicia y de Siria. Según una inscripción (1), encontrada en Tarento, debió morir y ser enterrado en esta ciudad; pero no están seguros los arqueólogos de que el Columela de la inscripción sea nuestro geopónico español.—El padre de Columela era hombre docto en todas las ciencias y *diligentísimo labrador de la hermosa Bética*: Junio Moderato debió conocer desde temprana edad las artes y prácticas de la labranza, y enriquecer después estos primeros conocimientos con el estudio de los más célebres agricultores y botánicos antiguos, y con la gran experiencia de sus viajes por los países más distintos. En la República literaria se le conoce por sus doce libros DE RE RUSTICA, dirigidos á P. Silvino. El autor trató la materia agrícola de dos modos: primero, bajo una forma breve (poseemos un libro *De arboribus*, perteneciente á esta primera edición); y después, de un modo más amplio en los doce libros mencionados. Columela se esmera en tratar su asunto dignamente, y escribe con verdadera pasión y con el entusiasmo propio de un hijo del mediodía de España; doliéndose de la indiferencia de sus contemporáneos, y de su menguado amor á la naturaleza pródiga y fecunda. El X libro DE CULTU HORTORUM se halla escrito en verso (432 hexámetros) en memoria y para completar las *Geórgicas* del poeta Virgilio, á quien profesa una gran veneración (2).

III.) POMPONIO MELA.—El primer escritor latino de quien tenemos un tratado especial de Geografía es el español Pomponio Mela, descendiente, según se dice, de la ilustre familia de los Sénecas. Sábese que vivió en tiempos del emperador Claudio. Su obra titúlase DE SITU ORBIS, compendio en tres libros que ha llegado á nosotros íntegro, pero corrompido y alterado por los copistas.

Después de una descripción general de las tres partes del mundo antiguo, comienza nuestro geógrafo con la descripción del África, en la cual, como en las siguientes, sigue el curso de las costas: pasa

(1) Inscripción de Tarento en Mommsen I. R. n. 578; *L. Junio L. f. Gal. Moderato Collumelæ trib. mil. leg. VI ferrate*.

(2) Poseemos una versión española de la Agricultura de Columela. Traducción francesa: la de Suboureux de la Bonneterie, t. 3.º y 4.º de la trad. de los geopónicos, Paris, 1772. El X libro traducido en verso por L. Th. Herissant, en el *Magazin encyclop.*, Marzo; 1813.—Meyer, *Historia de la Botánica*, II, p. 58-67.—Amador de los Ríos *Hist. de la Lit. española*, t. I.



después á describir el Egipto, la Arabia, la Siria, la Fenicia, el Asia menor, siguiendo el giro de las playas del Mediterráneo. En el II libro describe las del Ponto Euxino, la Escitia europea, la Tracia, la Macedonia, la Grecia, la Iliria, la Italia, la Galia y la España. En el III' sigue las costas del Océano: partiendo de las de España y de la Galia, Mela describe la Germania, la Sarmacia, la extrema Escitia, las regiones del Mar Caspio y del Océano oriental, la India, la Persia, la Arabia, la Etiopia, y las costas occidentales de África. No viajó Pomponio Mela como Estrabón; pero aprovechó las mejores fuentes, de que pudo disponer, con muy discreta crítica, por lo que se encuentra en sus relatos poco de fabuloso. Su estilo es breve y sustancial; y sus exposiciones se hallan frecuentemente amonizadas con muy agradables descripciones. Se le censura de haber tenido omisiones, de falta de orden, y de haber usado denominaciones antiguas en vez de las coetáneas; pero, en opinión de doctos críticos, algunos de estos defectos cabe atribuirlos á los amanuenses, por lo mismo que ha circulado muchísimo este libro de *Geografía anti-gua*, tan universalmente conocido y estimado (1).

IV.) PETRONIO: *su vida*.—El novelista romano P. ó C. Petronio Arbitor ó Arbitro, del orden ecuestre, nació en Marsella y fué educado en Roma, en donde (si, como creen algunos autores, es este Petronio el escritor de quien habla Tácito en sus Anales, XVI, 18, 19) conjuntamente se consagró con gran amor á la ciencia y á los placeres más desenfrenados, por lo que llegó á conquistarse gran celebridad. Á pesar de sus costumbres relajadas, parece que en la gestión del consulado y en su proconsulado de la Bithinia, desplegó una gran actividad y notable inteligencia. En la corte de Nerón se hizo el dictador de la moda y del buen gusto, el ordenador obligado de todas sus fiestas y regocijos. Esta predilección del Emperador fué á su vez el origen de su desgracia: pues le atrajo la envidia y los celos del bárbaro Tigelino, quien le calumnió ante el César de tal manera que, para sustraerse de la pena que creía inevitable, apeló al triste recurso de aquellos tiempos sombríos y calamitosos, dándose voluntaria muerte en el año 67 de nuestra era.—Pero, aun

---

(1) Traducción española: la del cronista Luis Tribaldo; Madrid, 1642; traducción francesa: la de Fradin y Poitiev, París, 1844. A. de los Ríos: H. de la Lit. española.

sin aceptar este relato biográfico de Tácito, habría que suponer escritor de este tiempo al autor Petronio, cuyo nombre va al frente de la rara novela latina de que vamos á ocuparnos, pues la pureza extraordinaria de la frase, la elegancia del estilo, y todos los accidentes literarios de la obra así lo atestiguan. Esta es la opinión que sostienen actualmente críticos de gran nota. Otros han sustentado la idea de que Petronio era un autor de la época de los Antoninos, ó de la de Alejandro Severo, y aun algunos llegaron á suponerle del tiempo de Constantino Magno.

SATYRICON SIVE PETRONI ARBITRI SATYRICI LIBER.—La novela de costumbres,—satírica y obscena,—que lleva al frente el nombre de Petronio, intitúlase el SATYRICÓN, y se hubo de componer en su origen de unos XX libros.—En la actualidad se compone esta obra de un cierto número de fragmentos, de los cuales el de mayor extensión é importancia es el conocido por la *Cena ó Festín de Trimalción*. No es fácil un Análisis del *Satiricón*, por ser varias y de distinto género las aventuras que en esta obra se cuentan, y los héroes que en ella figuran. El personaje principal, que lleva la palabra en esta novela, es un liberto llamado Eucolpio, joven libertino que relata sus aventuras eróticas: con tal motivo presenta el autor una série de escenas y cuadros de los inmundos vicios y escándalos de la época, pero en estilo y con rasgos humorísticos, y con cierta complacencia sensual, en armonía con el espíritu de su siglo. En el fondo encuentran algunos críticos una cierta ironía: y en tal sentido, estiman y consideran á nuestro jovial Petronio con algún sentido moral, aunque sin el alto propósito de los grandes severos escritores satíricos.—Hemos dicho que el fragmento más extenso que se conserva, y el más interesante, es el célebre del *Banquete de Trimalción*, magnífica sátira de la glotonería y del lujo y afeminación de los grandes; de las costumbres decadentes de Roma (1).—Quién es este Trimalción?—Unos creen que en este personaje grotesco se quiso satirizar al emperador Claudio, otros creen que al mismo Nerón.—Sea de ello lo que fuere, es lo cierto

---

(1) Descubierto en 1662 en Fraun, en la Dalmacia; se dió á luz por primera vez en Padua, en 1664, y después fué reimpresso con mayor corrección en Amsterdam, en el año 1770. Á la primera aparición de este fragmento su puso en duda su autenticidad; pero ha sido defendida por Petito con razones que disipan toda duda. Bachr, 3.

que esta bella sátira tiene una gran importancia para la historia de las costumbres, pues nos suministra preciosísimas noticias acerca de la vida privada de los romanos. Otro de los pasajes más conocidos del Sarracón es el *Episodio de la Matrona de Efeso*, especie de cuento del género de los escandalosos y desvergonzados, que llevaban en la Grecia el nombre de *milesios*. Encuéntrase en esta novela ó *potpourri* satírico (que en verdad se relaciona con las *Menippeas* de Varrón) algunos pasajes satírico-literarios: el uno va contra los retóricos, y el otro contra los poetas: en el primero hace causantes á los declamadores de la ruina de la elocuencia; en el segundo parece que alude directamente al autor de la *Farsalia*, censurándole por no haber distinguido la Historia de la Poesía (1).

V.) Q. CURCIO RUFO. — Hé aquí un escritor cuya existencia es un problema. ¿Quién es el autor, llamado Curcio Rufo, á quien se atribuye la obra histórico novelesca *De Rebus gestis Alexandri Magni*? Absolutamente se ignora. Hasta sobre la época misma en que debió haberse escrito este opúsculo, reina gran discrepancia entre los autores, porque ni uno solo de la antigüedad hace mención de él. Hasta el siglo XII, en que le nombran Salisbury, Pedro de Blois y algunos otros, nadie lo cita: no hemos de maravillarnos, por lo tanto, que unos escritores coloquen á Curcio en el siglo de Augusto, otros en la época de Tiberio, otros en la de Claudio, en los tiempos de Trajano otros, y otros en fin, en los días de Teodosio ó de Constantino el Grande. Nosotros seguimos la opinión de Teuffel y otros doctos autores, y le colocamos en el sub-período, que nos ocupa, teniendo en cuenta: que el estilo de Curcio lleva el sello de buena época; y, con el filólogo Funk, que pudo ser el autor de la *Vida de Alejandro* un retórico distinguido Curcio Rufo, de quien habla Tácito, que se vió exaltado por su mérito á los cargos más elevados del Estado *en los días de Tiberio y de Claudio*.

Yá hemos dicho que su obra es una *Historia de las empresas*

(1) Tácito, Anu. VI, 18. A. de Balois, De vetata patriaque Petron., ac eius operis (ap. s. Diss. de *Cena Trimalchæ*: edic. Burman, t. II). Traducción española: El Satyricon, traducido por Pellicer en 1623 é ilustrado por González Salo. — Traducción francesa: por Heguio de Guerle. París, 1836. — Estudios: J. C. Orelli, Lecciones Petronianas; — W. Wehde, Obs. crit. in Petr. Bonn, 1861, etc. — Sobre la índole y carácter de las dos variedades que ofrece la sátira romana, véase el interesante prólogo de M. Th. H. Martin, en la trad. francesa de las H. de la L. R. de Teuffel.

*de Alejandro el Grande.* Hállase dividida en diez libros, de los cuales faltan los dos primeros; y los restantes han sufrido notables interpolaciones. En cuanto al carácter de este opúsculo, han convertido largamente los críticos y eruditos; pero generalmente es considerado más como una novela histórica que como una historia seria del famoso conquistador de Macedonia: escrita además en estilo retórico y declamatorio; con lo que queda dicho que en él la verdad se halla sacrificada al amor de lo maravilloso y extraordinario por un lado, y por otro al esplendor de la elocución.—Es una verdadera leyenda la historia de Q. Curcio; el autor se aprovechó para su redacción de todas las fábulas y puerilidades, que encontró en los autores griegos relativas á su héroe. Muestra además una gran ignorancia en geografía, en táctica militar y en cronología; pero en cambio reviste con los colores más brillantes toda la parte legendaria de esta curiosa historia. Son especialmente notables los discursos que embellecen la obra. (1)

---

(1) W. Berger, De Q. C. R. etate. Callsruhe, 1870. *Traducciones españolas:* la de Miguel Castañeda publicada en 1534, y la de Mateo Ibañez de Segovia y Orellana, marqués de Corpa, publicada en los tomos 107 y 108 de la *Biblioteca clásica. Versión francesa:* la de Aug. y Alf. Trognon (col. Panckoucke): 1828-29.—Estudios: H. Alames, *Observat. in Curtium*;—J. Schmidt, *Questiones curtianæ*;—etc., etc.



## LECCIÓN 41.

### L. Anneo Séneca.

L. ANNEO SÉNECA: su vida y su carácter.—Sus obras: Examen de sus escritos en prosa.—Sus *Escritos filosóficos*.—*Sus Cartas á Lucilio*.—*Las Cuestiones de Historia natural*.—Obras poéticas de Séneca: análisis de sus *tragedias* y de su *Sátira intitulada Apokolokyntosis*.—Propiedades literarias de Séneca.

L. ANNEO SÉNECA; *su vida y su carácter*.—La España y las Galias dan á la literatura en esta época sus primeros talentos, como más adelante el África.—La sola familia cordobesa de los Sénecas ilustró casi todo este siglo: uno de sus miembros más ilustres fué el esclarecido filósofo L. Anneo Séneca, de cuya vida y escritos vamos á ocuparnos. Este célebre escritor, hijo de M. Séneca el retórico y de Helvia, nació en Córdoba en el segundo ó tercer año de nuestra era. De edad temprana fué llevado á Roma para completar su educación, habiéndose consagrado con especial preferencia á los estudios filosóficos, si bien por complacer á su ilustré padre, cultivó también el arte oratorio, y aún peroró diferentes veces ante los tribunales con tan feliz éxito que llegó á excitar la envidia de otros declamadores, entre ellos del mismo emperador Calígula, quien, según el historiador Dión Casio, llevó su ojeriza hasta condenarle á muerte, por una brillante defensa que había hecho en el Senado: y hubiera perecido, si una de las concubinas del tirano no le hubiera asegurado que padecía tal enfermedad Séneca que no viviría mucho.—No había de ser este el último peligro que había de correr, durante su azarosa existencia. En el primer año del imperio de Claudio (42 de C.) tuvo la desgracia de verse envuelto en la causa que se siguió contra los seductores de Julia, hija de Germánico y hermana del César, quien le desterró á la isla de Córcega, donde residió durante ocho años. Agripina, que substituyó en el tálamo nupcial á la impúdica Messalina, hizo que se levantase á Séneca el destierro; y, restituído á Roma, le confió la educación de su hijo el tristemente

cóbre Nerón. Jamás filósofo alguno consiguió más fatales resultados, en la educación de un príncipe, que Séneca en la de Nerón: pues éste apenas dió muestras de haberse adoctrinado con maestro tan insigne, en otra cosa que en aquella su presuntiosa vocación á las letras, y en aquel número de frases sentenciosas con que ocultó, durante los cinco primeros años de su reinado, aquel natural perverso que en vano se había esforzado el ilustre maestro en modificar.—Nuestro filósofo por su parte había profesado desde su juventud las más rigurosas doctrinas; pero, elevado por el favor de la Corte á las más altas dignidades, y disfrutando en ella de una privanza poderosa, se vió colmado de riquezas hasta tal punto, que hacen subir algunos la fortuna que llegó á poseer á unos 500 millones de sextercios. Olvidado entonces de aquella máximas rígidas que había aprendido en las escuelas de Soción y de Sexto, llegó á contraponer de tal manera sus costumbres con sus doctrinas, que en su casa servía á sus convidados los manjares en vajillas de oro, y les daba asiento en mesas de cedro, cuyo valor excedía de un millón de sextercios. Esta insaciable avidéz y esta vida de ostentación y fausto, perdieron al ilustre Séneca: pues llegó á excitar la envidia hasta del mismo Nerón, quien yá se había separado de su tutela para echarse en brazos de Pompeya Sabina y de Tigelino. Comprendió el maestro y antiguo privado del Príncipe que se nublabá la estrella de su poderío; y, queriendo conquistarse nuevamente la voluntad de su discípulo, ó por lo menos desarmarle, le dirigió una elegante oración, donándole toda su fortuna, y rogó á él únicamente que le dejase alguna heredad para vivir. Pero el gran filósofo no había meditado que á los tiranos no les gusta aparecer enriquecidos por la generosidad de sus súbditos, sino que por el contrario, les es más grato encontrar en ellos culpables que bienhechores. Séneca fué acusado (tal vez calumniosamente) de haber tomado parte en la conjuración de Pisón, y recibió la orden de morir, dejándose al honorable anciano, por todo privilegio, la elección del género de muerte: Séneca pidió que le abriesen las venas. Su fiel esposa Paulina quiso seguir su misma suerte y morir del mismo modo; empero Nerón ordenó que se le vendasen las venas, que se había hecho abrir, y la fiel esposa sobrevivió triste y enferma, por algunos años, al esposo amantísimo é inolvidable. El

sabio filósofo murió con gran serenidad de ánimo, alentando á los asistentes, unas veces con dulzura, otras con cierta especie de imperio y de serenidad. Los últimos momentos del eminente filósofo se encuentran circunstanciadamente narrados por la pluma de Tácito. Murió el año 65 de nuestra era, á los 63 de su edad, en el XII del reinado de Nerón.

El carácter de este filósofo ha sido objeto de vivas controversias: unos atacándolo duramente, otros estimándole limpio de toda mancha. Se le ha censurado ásperamente por su fluctuación en las ideas; por su amor al lujo y á las riquezas; por haber adulado servilmente en unos escritos al imbécil emperador Claudio, y haber escrito después contra él un libelo en el que le presenta como el más miserable de los hombres. De todos estos defectos ó debilidades, difícilmente podía librarse, ni aún el espíritu más grave, en aquellos calamitosos tiempos de corrupción; pero todavía es más terrible el cargo que le han hecho algunos de complicidad en la muerte de Agripina. Esta acusación gravísima debe juzgarse notoriamente injusta; no cabe pensar en aquel varón recto y de alma noble y elevada que hubiera hecho nacer en el ánimo de un hijo el horrendo proyecto de un parricidio. Sólo cabe dolernos, como dice Schoell, que este grave filósofo no se hubiera retirado súbitamente de aquella Corte infame y criminal, donde no podía ningún hombre de bien mostrarse con honor. (1)

OBRA DE SÉNECA.—Las obras literarias de Séneca, que han llegado hasta nosotros, pueden clasificarse del siguiente modo: 1.º Escritos filosóficos;—2.º Cartas á Lucilio;—3.º Las cuestiones de Historia natural;—4.º La Sátira Apokolokyntosis;—5.º Las Tragedias.

I.) ESCRITOS FILOSÓFICOS DE SÉNECA.—Los escritos de carácter

---

(1) El fondo de algunas de sus doctrinas filosóficas, en especial aquellas de orden moral en que aconseja la resignación contra las adversidades de la vida y la práctica rígida de la virtud y del bien, han llevado á algunos escritores (entre ellos al mismo S. Jerónimo) á suponerle impuesto en la pura moral cristiana; y aun á creerle amigo del apóstol S. Pablo, su contemporáneo. Véase sobre esta tan debatida cuestión á Schoell: Historia de la Literatura romana; á *Amador de los Rios*, Hist. de la Literat. española, t. I; y á otros varios autores que tocan esta cuestión.

Sobre la vida de L. Anno Séneca: *Gelpke*, De Seneca vita et moribus Berna: 1848, A. *Maferns*, De Senecæ vita et tempore quo scripta ejus philosophica... composita sunt, Altona: 1871.

filosófico son doce, á saber: el escrito sobre *La Ira*;—los III libros de *Consolación á su madre Helvia*, la mejor de sus obras, en sentir de algunos críticos:—*De Consolación á Polibio*;—*De Consolación á Marcia*;—*Sobre la Providencia*;—*De la tranquilidad del alma*;—*de la Constancia del Sabio*; los III libros acerca de *La Clemencia*;—*Sobre la Brevedad de la vida*;—*Del Ocio*;—y los VII libros acerca *De los Beneficios*, obra rica en pensamientos, hábilmente ordenada, y en la que se trata la delicada cuestión, que constituye su asunto, bajo todas sus fases.

a). *De Ira*.—En este opúsculo, dividido en tres libros, expone el filósofo Séneca los principios de la filosofía del Pórtico relativos á esta pasión. En el libro I describe los síntomas y los efectos de la cólera; en el II indaga los orígenes de esta pasión; y en el III indica los remedios más conducentes para su curación. Fueron escritos estos libros, en opinión de algunos autores, hacia el principio del reinado del emperador Claudio, y hallanse dedicados á Novato Galión, hermano del autor.

b). *De Consolatione ad Helviam matrem liber*.—Este opúsculo fué escrito por Séneca en el año 38, durante su destierro en la isla de Córcega: en él expone Séneca en orden bello y vigoroso varios razonamientos para consolar á su afligida madre: es un escrito que inspira reverencia y admiración hacia el carácter del filósofo.

c). *De Consolatione ad Polybium liber*.—Polibio, liberto y secretario de Claudio, era amante de las letras y las cultivaba á lo que parece con algún fruto. Séneca, que sin duda le había conocido particularmente en Roma, le dirigió esta consolación con motivo de la muerte de su hermano. Parece que fué escrita en el tercer año de su destierro. Algunos críticos, entre ellos Ruhkopf, han dudado de la autenticidad de esta obra, tanto por encontrarse en ellas expresiones directamente opuestas á los principios de Séneca en otros lugares, como por las bajas adulaciones al emperador Claudio.

d). *Liber de Consolatione ad Marciam*.—Marcia, hija del historiador Cremucio Cordo, habia perdido un hijo. Para consolar de esta pérdida á su amiga, le dirigió el sabio proscrito este sentido documento, una de las piezas más conmovedoras y elocuentes de Séneca.

e). *De providentia liber sive quare bonis viris mala accidunt, cum sit Providentia*.—Esta obra, compuesta en tiempo de Nerón, hallase dirigida á Lucilio Junior, procurador de la Sicilia: trátase en este opúsculo una grave cuestión constantemente agitada y debatida por los hombres lo mismo antiguos que modernos, lo mismo indoctos que filósofos: ¿por qué razón en este mundo se ofrece tan á la continua el espectáculo de la maldad triunfante y afortunada y la virtud desdichada y perseguida? ¿Es posible creer en la justicia y en la omnipotencia divinas, cuando el hom-



bre de bien, imagen de Dios, es tan frecuentemente víctima de la adversidad, de la miseria y del oprobio? Este problema, dice Mr. Lefranc, que enlaza la alta Metafísica con la Moral y que es el complemento de la una á la vez que la base de la otra, esta cuestión transcendente, una de las más difíciles que puede abordar la Filosofía, la resuelve Séneca en favor de la Providencia; *aboga por la causa de los dioses*. Pero, por una extraña contradicción, concluye por aconsejar á los desgraciados el suicidio, si bien como el último refugio.

f). *De animi tranquillitate ad Serenum*.—Este opúsculo fué escrito verosimilmente poco después del destierro, cuando Séneca había sido llamado á la Corte para encargarse de la educación de Nerón. El principal asunto de esta disertación filosófica es mostrar al amigo, á quien la dedica, los medios de recobrar la calma y la firmeza de ánimo, que le han hecho perder recientes pesares.

g). *De constantia sapientis sive quod in sapientem, non cadit injuria*.—Algunos han creído este escrito continuación ó parte del anterior:—porque en él se repiten los elevados principios de la escuela estoica en lo relativo á la firmeza de carácter y energía de espíritu que debe conservar el hombre sabio en todas las situaciones y vicisitudes de la vida. Séneca demuestra que el sabio no puede sufrir jamás ninguna *injuria*, no puede *perder nada*: su capital, su tesoro inestimable es la virtud, y nadie puede desposeerle de él.

h). *De clementia ad Neronem Cæsarem liber*.—Este tratado, que parece estar dividido en tres libros, y del cual no ha llegado á nosotros más que el primero y el principio del segundo, fué dado á luz en el segundo año del reinado de Nerón, á cuyo príncipe lo dedica. Sabido es que este emperador se mostró elemento y benéfico en los días primeros de su reinado: (*ojalá no supiese escribir!*—al presentarle á la firma la sentencia de un culpable). De este hecho parte su egregio maestro Séneca para hacer el elogio de la clemencia, y para exhortarle á seguir por la hermosa ruta en que había comenzado á caminar.

i). *De brevitate vite ad Paulinum*.—Sirve de tema á este trabajo filosófico el asunto de la cortadad de la vida y sobre el buen empleo que debe hacerse del tiempo; por cierto que en este escrito aconseja á su pariente Paulino que renuncie á los empleos y á los honores, y que se oponen los motivos en que funda su consejo á los que antes da á su amigo Sereno para que se interese por la cosa pública. Escas fluctuaciones y contradicciones filosóficas son características de Séneca.

j). *De vita beata ad Gallionem*.—Es este opúsculo verosimilmente de los últimos años del autor gira sobre la cuestión *de la felicidad en la vida*: tema muy debatido entre estoicos y epicúreos. Séneca, como es consiguiente, sustenta los severos principios estoicos, afirmando que sin la virtud no hay dicha verdadera en este mundo, y que la riqueza, salud, etc., deben ambicionarse por ser bienes relativos.

l). *De ocio aut recessu sapientis.*—En este opúsculo (incompleto), el filósofo Séneca se propone una de las cuestiones del estoicismo práctico: el sabio ¿debe ó puede entregarse á los negocios públicos? ¿debe permanecer en el retraimiento?—Séneca contesta que el hombre debe vivir siempre conforme á la naturaleza, y componiéndose la humana de actividad y de inteligencia, debe el hombre hacer á la vez una doble vida activa y contemplativa.

m). *De beneficiis.*—Compónese de VII libros esta obra.—En ella se propone este notable moralista familiarizar á los hombres con la beneficencia y con la gratitud; ó lo que es lo mismo, con la ciencia, por muchos ignorada, de recibir y de dispensar el beneficio. Esta obra preciosísima hállase dedicada á Ebuco Liberal, y fué escrita en los comienzos del principado de Claudio.

En todos estos escritos filosóficos, en los cuales se tratan cuestiones de tan alta importancia para la vida, demuestra Séneca ser dueño de una espléndida fantasía, de un juicio recto y exquisito, de sentimientos elevados, y de un profundo conocimiento del corazón humano. Sus principios son generalmente, según hemos visto, los de la rígida y austera, á la vez que altiva moral estoica; y en cuanto á su exposición, aunque robusta y elocuenta siempre, toma alguna vez el carácter retórico y declamatorio de la época. En las producciones del eminente filósofo español se reflejan como en ningunas otras el espíritu triste y sombrío de su tiempo: y así se explica la poderosa influencia que ejercieron sobre sus contemporáneos y en los siglos subsiguientes.

II. CARTAS Á LUCILIO.—Después de los Tratados anteriores, vienen las Cartas á Lucilio,—EPISTOLÆ AD LUCILIUM,—en número de 144, las cuales se hallan divididas en los manuscritos en 20 ó 21 libros. En esta *Colección epistolar* contiénesse asimismo una serie de meditaciones ó reflexiones generales sobre multitud de interesantes puntos y cuestiones de la vida y de la ciencia. La alta moralidad que transpira en todas estas cartas, la profundidad y gravedad de sus pensamientos y su brillante y seductora exposición hacen interesantísima la lectura de esta correspondencia filosófico-moral, tan aplaudida y admirada por los hombres insignes de todos los siglos.

III. CUESTIONES DE HISTORIA NATURAL.—Pasamos á ocuparnos de nuestro filósofo bajo otro punto de vista. Vamos á considerarle ahora como cultivador de las Ciencias físico-naturales.—Su talento

vasto y fecundo atesoró en éstas como en otras ciencias un copioso caudal de saber y de experiencia que legó á la posteridad en una de sus más importantes obras: en los *QUÆSTIONUM NATURALIUM LIBRI VII* (siete libros de Cuestiones naturales) dedicados á Lucilio Junior. Abstracción hecha de Lucrecio, de Cicerón, y de Plinio *el Viejo*, la única obra de Física que nos ha quedado de los romanos, y la primera en que fué tratada esta materia con cierta extensión, es la que escribió el filósofo Séneca, con el título de *Quæstiones naturales*, dividida en siete libros. Múestrase en ella nuestro filósofo un observador atento y asiduo, que aspira á penetrar con filosófico espíritu el reino de la Naturaleza, y que escribe el resultado de sus observaciones é investigaciones con el sólo fin de comunicarlo á los ciudadanos, no porque tuviese el propósito de exponer un sistema suyo propio y completo.

En el I libro trata del fuego;—en el II del rayo y del trueno;—en el III del agua;—en el IV de la nieve, del granizo, etc;—en el V de los vientos;—en el VI de los terremotos y sus causas;—en el VII sobre los cometas. Al discurrir sobre estos puntos de la ciencia de la Naturaleza, sigue Séneca la doctrina de los estoicos, pero con cierta independencia; pues la impugna alguna vez. Sus fuentes son las obras de los filósofos griegos Aristóteles, Teofrasto, etc. y principalmente las de los antiguos estoicos.

Pero estas *Quæstiones naturales* son una obra de física y de moral á la vez; pues domina en el gran filósofo la tendencia de conducirnos, mediante una exacta contemplación de la Naturaleza, á un más puro conocimiento de Dios, y consiguientemente á la práctica de la religión y de la virtud.

Esta obra de Séneca llegó á ejercer una gran influencia durante la Edad media hasta el punto de ser considerada al lado de la de Aristóteles como autoridad inapelable en materia de Física, hasta que en el siglo XVI se dió por los sabios nueva dirección á esta ciencia.

IV. LA *ΑΠΟΚΟΛΟΥΝΤΩΣΙΣ*. - En esta violenta y cáustica sátira contra el emperador Claudio intitulada *Αποκολούτωνσις sive Ludus in morte Cæsaris*, refiere el autor burlescamente lo que pasó en el Olimpo después de la muerte del emperador Claudio, y la metamorfosis de este emperador en calabaza.

V. SUS TRAGEDIAS.—Además de las obras que acabamos de analizar, se deben á este ilustre escritor de la antigüedad una colección

de diez tragedias, cuyos títulos son los siguientes: *Medea*, *Hipólito*, *Edipo*, *Las Troyanas*, *Agamenón*, *Hércules furioso*, *Thyestes*, *la Tebaida*, *Hércules sobre el monte Ceta* y *La Octavia*.

*Asuntos de estas tragedias.*—a) *Medea*: Su asunto es la venganza de Medea, esposa de Jasón, haciendo perecer á la nueva mujer de éste, y dando muerte en su presencia á los hijos que ella misma le había dado. En esta pieza pone en boca del coro la célebre predicción poética, que se ha visto cumplida, con el descubrimiento de la América (1).—b) La titulada *Hipólito* es la del mismo nombre de Eurípides: la incestuosa pasión de Fedra por su hijastro Hipólito, y su feroz venganza.—c) El *Agamenón* es el asesinato del rey de Argos, llevado á cabo por su adúltera esposa Clitemnestra y su amante Egisto, á pesar de haberlo predicho la profeta Casandra, la cual es también sacrificada.—d) *Las Troyanas*: toma nombre de las mujeres que constituyen el coro y de las infelices princesas troyanas que gimen en la desgracia después de la ruina de Ilión: desgracias que llegan á su colmo con el sacrificio de Polixena, hija de la desolada reina Hecuba y de Astianax, hijo de Héctor y de Andrómaca.—e) *Hércules furioso*, imitación de Eurípides: la furia que inspira la diosa Juno á Hércules contra su esposa Megara y contra sus hijos á los cuales sacrifica.—f) *Thyestes*, la venganza terrible de Átreo contra su hermano Thyestes, haciéndole comer en un festín las entrañas de sus hijos.—g) *Las Fenicias* ó *la Tebaida*: el asunto es el odio y la guerra fratricida entre Eteocles y Polynice, hijos de Edipo y de Yocasta.—h) El *Edipo*, imitación del Edipo rey de Sófoeles. El desgraciado rey de Tebas, víctima del Destino, ha dado muerte á su padre Layo, y se encuentra, sin saberlo, casado con su propia madre. Yocasta se dá la muerte; y Edipo, privado de la vista, abandona el trono y huye de su patria.—*Hércules Océo*.—Venganza y muerte de Deyanira; Hércules se consume envuelto en la túnica fatal: su apoteosis.—*Octavia*, única de asunto romano. Se trata en ella de las desventuras y muerte de Octavia, hija de Claudio y de Mesalina, y esposa de Nerón.

Grandes controversias se han sostenido entre los críticos acerca del origen, autenticidad y valor literario de estas antiguas tragedias latinas, las únicas que han llegado íntegras á nosotros. Creyóse por algunos autores que Séneca el *Filósofo* era un personaje distinto de Séneca el *Trágico*; distinción tan infundada, dice el docto Amador de los Ríos, como la que se pretendiera hacer de Cicerón, porque, habiendo sido un polígrafo, brilló igualmente como *orador*, como *retórico*, como *filósofo*, y hasta como *poeta*. El estu-

(1) Venient annis  
Sæcula seris, quibus Oceanus  
Vincula rerum laxet, et ingens

Pateat Tellus Tiphysque novos  
Detegat orbis, nec sit terris  
Ultima Tule.



dio profundo de Séneca, prosigue el erudito historiador de las letras españolas, mostrará siempre al verdadero crítico que, así en sus tragedias como en sus libros filosóficos, existe un fondo indestructible de unidad, que revela al propio tiempo un solo hombre, y una sola época. Pero fuera de las obras de L. Anneo, tampoco faltan fundamentos históricos: ¿pueden decir los partidarios de la dualidad personal quiénes fueron los padres, amigos y maestros, etc., del segundo Lucio Anneo Séneca? Además de eso ¿no se sabe que Marcial dice en uno de sus epigramas (I, 57) y aludiendo sin duda á M. Séneca y á su hijo:

*Duos Senecas unicunque Lucanum  
Fecunda loquitur Corduba?*

¿Cómo el español M. Valerio Marcial llamó el *tercer Séneca*, que no hubiera sido por cierto menor gloria de Córdoba?

Respecto á la autenticidad, han andado también discordes los críticos. Quintiliano tuvo por legítima la *Medea*; Tertuliano creyó lo propio de la *Tebaida* y el *Edipo*; Valerio Probo juzgó que estas dos y la *Hécuba* eran parto genuino de su ingenio; Lactancio reconoció en el *Thyestes* el estilo de L. Anneo; admitió Terenciano Mauro el *Hércules furioso*; creyó Prisciano que sólo el *Amagénón* era digno de la pluma de Séneca; Justo Lipsio que el *Hipólito*; y, por último, Isaac Pontano admite como del poeta cordobés *Medea*, *Troades*, *Hércules furioso*, *Thyestes* é *Hipólito*, y desecha todas las demás como apócrifas. Se vé, pues, que unánimemente es rechazada la *Octavia*, única tragedia de este repertorio, de asunto romano; y que, ya por unos ó ya por otros, todas las demás encuentran quien las atribuya á Séneca. Y, en verdad, esta desavenencia entre los críticos tal vez no existiría si se considerara que el vacilante espíritu que las informa es el mismo que vimos fluctuante y contradictorio en los escritos filosóficos; y que *todas* las tragedias de Séneca, obedecen á un mismo sistema literario. En efecto, estas obras dramáticas eran escritas, nó para conmovier con su representación desde el palco escénico. La tragedia no pudo aclimatarse en Roma por la falta de condiciones que hemos apuntado en otras ocasiones, y tuvo que retirarse del Teatro para refugiarse en los libros de los literatos. Escribíanse tragedias *para ser leídas* en el círculo limitado de las personas eruditas. Á esta clase pertenecen las de Séneca.

En ellas buscaremos en vano las reglas que pide el Arte dramático para las obras que han de ser llevadas á las tablas: nada de interés, ni ilación de acontecimientos, ni de emoción creciente, requisitos indispensables en una tragedia representable; nada de caracteres retratados con las cualidades que les asigna la historia ó la leyenda. El público erudito, ante quien se leían, prefería á la acción dramática y al movimiento de las escenas, las pomposas declamaciones, las descripciones brillantes, las disertaciones filosóficas y las máximas sentenciosas, los versos elegantes y armoniosos y los atavíos y galas del estilo. Ahora bien, todas las tragedias de Séneca eran no *piexas de receta*, como se ha dicho, sino producciones de *forma dramático-trágica* al gusto de la época, ó inspiradas en el orden de ideas y de sentimientos reinantes. Si se repara bien en esta circunstancia, y en la clase de asuntos tratados en ellas, se ha de convenir forzosamente que están todas como fundidas en un mismo crisol. No pueden, por consiguiente, juzgarse estas producciones dramáticas de gabinete con el mismo criterio que las destinadas para la representación, puesto que en ellas el artista viola las reglas del arte voluntariamente. La fluctuación en los pensamientos, el predominio de la rígida alitiva moral estoica, y la ampulosidad declamatoria unida á pensamientos atrevidos y á sentencias sublimes, todo ello se encuentra lo mismo en esta literatura dramática de Séneca que en sus grandes obras filosóficas.

Las tragedias de Séneca han sido imitadas en las literaturas modernas, sobre todo, en la literatura dramática francesa (1).

(1) Traducciones españolas: la del cura de Sta. Catalina con el título de *Floras escogidas*: Valencia, 1555;—*Flores de L. Anneo Séneca*, traduc. por J. Martín Cordero: En esta colección se contienen las obras selectas del filósofo español, recogidas por Erasmo por instrucción de sus discípulos.—Anvers. 555. Traduc. del tratad. *De beneficiis* por Gaspar Ruiz Montiano, Barcelona, 1664. El tratado de *Clemencia*, traduc. por Revenga, Madrid, 1626. También vertieron al castellano algunos de sus opúsculos filosóficos el licenciado Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco de Quevedo Villegas. Traducciones francesas: la de Langrange, con notas crit. hist. y liter. por Naigeon, París, 6 vol.—y la de Ajasson de Grandsogne Baillard, Charpentier, Naudet, etc., de la Colecc. Panckoucke.—Traducc. italiana: de Bernardino Catalina;—Traducc. alemanas: de Gröninger y de Güthling.—E. F. Werner, *De Seneca philosophia*;—G. Herzog, *De Seneca philosophia*;—C. Martha, *Los moralistas bajo el Imperio*;—G. Boissier, *El Cristianismo y la Moral de Séneca*;—Baarto, *Séneca, de Deo*;—Fickert, *Séneca, de natura deorum*;—Comm. in qua Stoicorum doctrina ethica cum christiana comparatur.—Amador de los Rios, H. de la Lit. Española, 1;—Schoeif, Teuffel, etc., obras citadas, etc., etc., etc.

Traducciones castellanas de las tragedias de Séneca: *Las Troyanas*, versión caste-

Poseemos además un cierto número de *Epigramas* de este ilustre polígrafo, de los cuales, parte son medianos, parte de una autenticidad harto dudosa.

---

*llana* de D. Giuseppe Antonio González de Salas, Madrid, 1633; en francés, las ha traducido Coupé y Levée en el siglo pasado, y Amar en el actual; en italiano, las tradujo todas Ludovico Dolce; y en alemán, Swoboda.—Sobre ellas se han escrito multitud de disertaciones críticas entre las que citaremos: B. Schmidt, Observaciones críticas in Senec. *tragedias*;—G. Boissier, Las tragedias de Sén. ¿fueron representadas?—Widal, Estudios sobre tres trag. de Séneca, etc., etc., Amador de los Ríos, H. de la L. E.—La *Biblioteca clásica*, que se publica en Madrid, ha dado á luz en los tomos 65, 67, y 70 traducciones españolas de las *Epistolas morales* de Séneca por Navarro y Calvo, y de los *Tratados filosóficos* por Fz. Navarrete y Navarro y Calvo.

De Séneca se han perdido las sig. obras en prosa: *De motu terrarum*; *De piscium natura*; *De situ Indiae*; *De situ et sacris aegyptiorum*; *De forma mundi*; *Exhortationes*; *De officiis*; *De immaturo morte*; *De superstitione*; *Dialogus de matrimonio*; *De amicitia*; *Moralis philosophiae libri*; *De remediis fortuitarum*; *De paupertate*; *De misericordia*; *De vita patris*. Fragmentos: en la edición de Haase, III, 410-467. F. Osann, De Senecae scriptis quibusdam deperditis.

## LECCIÓN 42.

### Poetas que figuraron en los tiempos de la dinastía Julia.

Poetas notables que vivieron en esta época. Séneca el trágico.—Fedro: noticias acerca de este escritor y vicisitudes de su conocido libro de *Fábulas*.—Persio: su vida. Análisis y crítica de sus sátiras.—Lucano; su vida, su genio, su poema de la *Farsalia*. Méritos y defectos del mismo.

La pacífica literatura poética tuvo no pocos cultivadores en este tiempo en que las grandes manifestaciones de la Prosa no podían aparecer con espíritu libre é independiente. Pero de este gran número de cultivadores de la Poesía, sólo se hicieron notables unos pocos: el trágico Séneca, el fabulista Fedro, el satírico Persio, el poeta español Lucano, el bucólico Calpurnio, el didáctico Lucilio Junior y alguno que otro.

a.) *Séneca el trágico*.—El mismo L. Anneo Séneca el filósofo fué el más esclarecido escritor trágico de este siglo. (Véase el examen analítico que hicimos de sus tragedias y opúsculos poéticos, al ocuparnos de su vida y de sus obras literarias en general).—Otro de los escritores trágicos que se señalaron en este tiempo fué Curiacio Materno.

b.) *FEDRO*.—El primer fabulista que aparece en la literatura latina es el poeta, tracio ó macedonio de origen, conocido con el nombre de *Phædrus* ó *Phæder*, liberto de Augusto. De este escritor, hoy tan conocido en las escuelas, no hablan ni una palabra los autores contemporáneos suyos. Los escasos pormenores que tenemos acerca de su vida, se han sacado del texto mismo de la *Colección de fábulas esópicas*, que corren en el mundo literario bajo su nombre. Parece, pues, que nuestro fabulista fué llevado á Roma desde su patria bajo el reinado de Augusto: y que llegó á familiarizarse con la lengua latina hasta el punto de poseerla con tanta perfección como su propio idioma. Bajo el reinado de Tiberio, créese que fué víctima de las iras del favorito Sejano; pero no se sabe con certeza el motivo de esta persecución: tal vez por algunas alusiones políticas envueltas en sus apólogos. Créese que estas fábulas esópicas, *Fabulæ esopiceæ*, se debieron publicar en diversas épocas de la vida del autor. Según Schwabe, Fedro debió escribir los dos primeros libros en vida de Sejano, después del retiro de Tiberio á Caprea, y



publicarlos en esta época; así como el tercero bajo Calígula, y los dos últimos bajo el reinado de Claudio.—Una parte de estas fábulas no son sino felices traducciones de las griegas de Esopo; pero otras son originales, ó imitadas de autores no conocidos. Nuestro poeta se alaba de ser el primero que daba á conocer á los romanos la fábula con sus composiciones en verso senario. Y esta es su verdadera obra original: la idea de escribir en latín apólogos á la manera de Esopo: porque hasta entonces no habfan hecho los poetas romanos, como Plauto y Horacio, por ejemplo, sino intercalar algún que otro apólogo en sus obras, por vía de breve digresión ó ejemplo.—Pero Fedro no consiguió aclimatar esta planta exótica en el suelo romano. Un docto escritor contemporáneo explica este resultado infecundo, atribuyéndolo á ser imposible que agraden en los siglos de alta corrupción y de cultura intelectual refinada estas formas de enseñanza moral, sencillas y candorosas, que recuerdan en verdad ese primer saber balbuciente de las edades primitivas. Un Esopo, un Bilpay ó un Lockman, dice, trasportados á uno de estos pueblos ya gastados y envejecidos, á un mundo donde cada hombre sabe á qué atenerse sobre las cosas útiles ó inútiles de la vida, escéptico y libertino, no hubieran podido tampoco conseguir entretenerlo con sus cuentos morales ó infantiles. Esta moral elemental sencilla y sin vigor necesita vivir en su época: Fedro el fabulista no supo ser hombre de su tiempo, y es la razón de que sus apólogos, aunque bien versificados, fueran recibidos con frialdad por sus contemporáneos. Y, además de que pudo no venir á tiempo este género poético, tal vez bastaron á impedir la popularidad y difusión de estas fábulas, y ocasionaron el olvido en que cayeran las sátiras de carácter político, que se lanzaban en algunas de ellas.—Es lo cierto que como los libros tienen también su suerte (*habent sua fata libelli*), la colección de Fedro la tuvo infausta antes y después de la vida del autor.—Entre sus contemporáneos yá hemos dicho que fueron recibidas con tal indiferencia, que ni un solo autor las menciona. El primero y el único autor de la antigüedad que pronuncia el nombre de Fedro (*Phaedrus* ó *Phæder*) es el fabulista Avieno, que vivió siglo y medio después que el docto liberto de Augusto. El verso de Marcial sobre el cual se ha pretendido fundar la notoriedad de Fedro no parece que le es aplicable: ¿cómo encontrar en

los áridos y sencillos apólogos de este autor las fábulas picantes y malignas (*joet improbi*) de que habla Marcial? Quintiliano no le menciona: y Séneca, su contemporáneo, ignora su existencia: como que en uno de sus escritos declara que el apólogo no ha sido ensayado en Roma: (*intentatum nostris opus*).

Este silencio de los antiguos, la escasez de los manuscritos de Fedro, y otros varios motivos llevaron á algunos eruditos del siglo XVII, y á otros de nuestro siglo, á poner en duda la autenticidad de la Colección de Fábulas de Fedro. Pero después de la publicación textual del manuscrito de Pithou, hecha en 1830 por M. Berger de Xivrey, se hace imposible ya todo escepticismo en este punto. En efecto, el primer manuscrito de las fábulas de Fedro, descubierto y publicado por Pedro Pithou, en 1596, y que se remontaba al siglo X, fué transmitido á los descendientes de Pithou, los cuales ignoraban su existencia y su importancia; y hasta el año de 1830 no volvió á saberse de él. El marqués de Lapelletier de Rosambo, casado con una nieta de Pithou, último vástago de la familia, se hallaba en posesión de este raro códice, y fué quien permitió sacar copia de él á Mr. Berger de Xivrey, quien le publicó con un interesante prefacio, cuya lectura recomendamos, así como el trabajo de Schwabe, reproducido en la Colecc. Lemaire, para el cabal estudio de esta curiosa cuestión bibliográfica acerca de las fábulas de Fedro.

Pero no sólo tuvo la Colección de Fedro la desgracia de haber sido recibida con poco entusiasmo en su tiempo; sino que en los últimos del Imperio y durante la Edad media (en que debió ser algo más leída de lo que parece) sufrió la suerte de verse retocada, descompuesta y desfigurada. Un tal Rómulo descompuso las fábulas de Fedro, reduciéndolas á prosa, y en tal forma estuvieron sirviendo en las escuelas durante los siglos medios. Otro de los que coleccionaron las fábulas fedrinas, con otras de Esopo y de Avieno, fué Nicolás Peroti, arzobispo de Manfredonia.—Ignorábase ó habíase olvidado la existencia de nuestro antiguo fabulista latino, cuando se descubrió el códice de Pithou, cuya nueva publicación por Berger de Xivrey, ha dado ya solución definitiva al prolongadísimo debate sobre los apólogos de Fedro.

En cuanto al mérito de este escritor no es comparable al de ninguno de los otros célebres fabulistas de la antigüedad. Sin contar con las que son meras traducciones de los esópicos, en general no muestra Fedro haber comprendido el carácter del apólogo.—Los personajes (animales, árboles, etc.), que juegan en la pequeña acción dramática de sus fábulas, no tienen vida ni carácter apropiado, son frías abstracciones morales, nó seres reales presentados con animación y movimiento, de tal manera que encontremos en sus

rasgós, en sus dichos y en sus hechos, un remedo gracioso y exacto de nuestra humana vida (*mutato nomine.....* etc.) En sus fábulas se revela, en sentir de los más reputados críticos, nó que poseía el gé- nio de la fábula como Esopo, sino que escribía en este género pód- tico por el solo capricho de ser llamado el Esopo romano: faltan en sus cuadros observaciones íntimas sobre las costumbres, hábitos y caracteres de los animales; así es que más parecen personajes filo- sóficos, bajo aspecto animalesco, que verdaderos animales: y si tie- nen alguna verdad, es porque sus conocidos caracteres son los aná- logos humanos que simbolizan; y esto no siempre. Recuérdese, por ejemplo, la fábula de los dos mulos: el uno cargado de dinero lleva la cabeza erguida y marcha con júbilo, haciendo sonar su campa- nilla; el otro, que lleva áuestas la carga de cebada, le sigue con paso lento y sin darse ninguna importancia; esto será en buena hora un exacto bello símbolo del orgulloso y del humilde; pero los actores de esta escena no tienen de bestia otra cosa que el nombre y el oficio. Algunas de las fábulas fedrinas no son sino meras narracio- nes de sucesos romanos de actualidad, precedidos ó seguidos de una sentencia. Ahora, en cuanto á las cualidades de estilo y de lenguaje de estas fábulas, tan leídas y tan populares, convienen todos los críticos en que su latinidad es digna de su época, y en que, aunque frío, es el escritor Fedro claro, sencillo y elegante (1).

c). PERSIO.—Nació el poeta satírico A. Persio Flacco en Vola- terra, en Toscana, en el año 34 de C., y en el 20 del reinado de Nerón. Era caballero romano. Siendo muy joven perdió á su padre y fué llevado á los 12 años de edad á la Capital del Imperio, á re- cibir educación: y en efecto, en ella oyó las lecciones de Rhemmio Palemón, del retórico Virginio Flacco, y, cuatro años después, las del célebre filósofo estoico Cornuto, que llegó á ser para él un se- gundo padre. En la escuela de este notable maestro conoció y trabó

---

(1) Biografías de Fedro de Pagenstecher, Desbillons, y Titze y *Traducciones: Las Fábulas de Fedro* traducidas al castellano, en el tomo 144 de la «Biblioteca clásica» que se publica en Madrid. Traducciones francesas: en prosa, la de Masson; y en verso la de Joly.—Gallet, De Poesi apolojorum eorumque scriptoribus;—Herder, Disertación sobre la fábula esópica.—Funke, Apologia pro Phadro ejusque fabulis.—Schwa- be, De Phadro antiquitatis scriptore. Véase el estudio de Yannuci acerca de la fábula en su citada obra de *Literatura latina*, y el publicado, no ha mucho, por D. Julián Apraiz, catedrático de Retórica y Poética del instituto de Vitoria.

amistad con varios jóvenes que ilustraron como él las letras romanas: tales fueron Lucano, Cessio Basso, Séneca y Servilio Noniano. Entonces también se unió en lazos de amistad con aquel severo Traseas, de quien Tácito decía que Nerón *dejó caer sobre él la cuchilla, cuando se propuso herir á la virtud misma.*

Todas las tradiciones concuerdan en presentarnos á Persio como un hombre de costumbres intachables, de carácter dulcísimo y alma elevada. «Era hermoso de rostro, dice el autor anónimo de su vida, poseía una modestia virginal y era un modelo de piadosa ternura para su madre, su tía y su hermana».

Inspirado en las sátiras de Lucilio, se dedicó con ardor á cultivar este género poético, siguiendo las huellas de sus antecesores, é imprimiendo en él el sello de su espíritu serio y melancólico. Escribía poco y lentamente, porque gozaba de pobre salud: agraváronse sus habituales padecimientos, y murió prematuramente á los 28 años de edad, en el 815 de R. y 62 de nuestra era, legando una parte de sus bienes á su madre y á su hermana; y á su amado maestro Cornuto una suma de 100,000 sextercios con su rica biblioteca de 700 volúmenes. El filósofo no aceptó sino la segunda mitad del presente. Cuéntase que su maestro, movido de celo por la reputación de su discípulo, aconsejó á la madre del poeta que destruyese todas las obras de Persio, á excepción de las Sátiras que fueron corregidas por Cornuto y publicadas por Cessio Basso.

La *Colección de Sátiras* de Persio han formado desde su origen un sólo libro, dividido después por los gramáticos en seis partes. Hállanse precedidas de un prólogo de catorce versos. Tres de estas sátiras, la 2.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>, tienen la forma epistolar, pero no por eso dejan de ser, como las otras, unas como morales disertaciones.

Vamos á dar una idea de cada una de estas sátiras.

*Sátira 1.<sup>a</sup>*—Persio se burla de la manía de sus contemporáneos de hacer versos, y de darse en espectáculo, recitándolos públicamente, así como del mal gusto que presidía en las críticas que se hacían de las obras literarias.—2.<sup>a</sup> *Sátira.* En la segunda sátira trata de la inconsecuencia y de la frivolidad de los votos que los mortales dirigen á los dioses. Encuéntrense en ella pormenores curiosos acerca de la manera de purificar á los niños recién nacidos.—En la *Sátira 3.<sup>a</sup>* reprende á la juventud romana, que huyendo de toda ocupación seria se entregaba á la ociosidad, madre de todos los vicios. Vá dirigida la 4.<sup>a</sup> *Sátira* contra la presunción, muy

común entre los hombres, de aquellos que se estiman capaces de todo, y especialmente para gobernar el Estado. Es una clase de diálogo entre Sócrates y Alcibiades. —Dirige la *Sátira 5.<sup>a</sup>* á su maestro Cornuto y en ella examina la cuestión *de cuál es el hombre verdaderamente libre*; y, fiel á los principios de su maestro, decide que lo es solamente el sabio. En la última sátira mófasc nuestro poeta de los avaros, que, privándose de lo necesario, preparan una espléndida posesion á los herederos, que la derrocharán gallardamente.

Censúrase generalmente al satírico Persio, por la oscuridad que reina en sus composiciones. Cuéntase, á este propósito, que San Ambrosio arrojó el libro de Persio, exclamando: *lejos de aquí, ya que no quieres que se te entienda*; y que San Jerónimo, por un acto semejante de impaciencia, echó las Sátiras al fuego, diciendo: *quemémoslas, para que se esclarezcan*. En efecto, pocos autores necesitan tanto el auxilio de la erudición y de la crítica como nuestro poeta; habiendo llegado á ser proverbial su oscuridad. Señáanse cuatro causas á este defecto de Persio, universalmente reconocido: 1.<sup>a</sup> el carácter especial de su estilo;—2.<sup>a</sup> el gran cuidado que puso en disfrazar los rasgos que se referían á Nerón;—3.<sup>a</sup> la lejanía de los tiempos en que escribió; y 4.<sup>a</sup> el descuido con que fué tratado el texto de la obra en las primeras ediciones impresas. Esta oscuridad ha sido en alguna parte disipada por los luminosos trabajos de sus muchos y doctos comentadores, entre los cuales se cita, como el más célebre de todos, al erudito Isaac Casaubon, de cuyo trabajo, de erudición prodigiosa, decía el famoso Escaligero, poco amigo de nuestro poeta: *la salsa vale más que el pescado* (1). —Pero no solamente han notado los críticos en Persio el defecto de la oscuridad; sino además la vaguedad con que habla nuestro joven poeta de las pasiones y de los vicios humanos: hija sin duda de su falta de experiencia del mundo. El joven Persio vivió siempre alejado del trato social, encerrado en el pequeño círculo de parientes y amigos: ¿qué conocimiento podía tener de las pasiones y de las miserias morales de la sociedad humana?; el que podían enseñarle los manuales de los estoicos, las conversaciones castas y

(1).—Perrean dice haber contado más de cincuenta comentaristas desde Cantálico Claro y Funcio, en el siglo XV, hasta Hoening y Achaintre, en nuestro siglo. Entre los comentadores españoles de Persio deben ser mencionados el Brecoense y Antonio de Nebrija.

reservadas de su familia; es decir, la faz puramente exterior. Nuestro joven estoico sabía perfectamente en qué consiste el bien y el mal, la libertad verdadera, la verdadera dicha, la verdadera piedad; pero el poeta que aspira á producir honda impresión en sus lectores no puede ser simplemente un teórico, tanto más el escritor cómico ó satírico, si han de retratar fielmente en sus cuadros las pasiones que devoran á los hombres, las repugnantes úlceras del alma. —De todas maneras, este joven poeta, dulce y melancólico, de sentido moral elevado, fué aplaudido por sus contemporáneos; y, por su noble pasión del bien público, como dice muy bien su intérprete Mr. Perreau, *es uno de los que han merecido bien de la posteridad* (1).

d). LUCANO; *su vida y su genio; su poema*.—Dáse el nombre de poetas pseudo-*virgilianos* á aquellos vates épicos de genio verdadero y de alta inspiración, pertenecientes á la edad que estudiamos; los cuales, pugnando con el mal gusto poético, reinante yá en su época, se afanaron por restaurar en sus poemas las formas *virgilianas*, sin que al cabo les hubiera sido posible curar un mal, de que ellos se sentían contagiados: pues eran muchas y de diverso género las causas que contribuían á sostener la ampulosa y énfasis declamatorio que domina en toda la Literatura de este siglo.

Entre estos insignes escritores, que quisieron ennoblecer la Poesía épica en la primera época del Imperio, debe ser colocado, en preferente término, el vate español *M. Anneo Lucano*, de la ilustre familia de los Sénecas. Era hijo de Anneo Mela, caballero romano; el único hijo de Séneca *el Retórico*, que se mantuvo fuera de la vida pública y que no pensó sino en hacer fortuna. Lucano nació también en Córdoba, en el a. 39 de J. C.: llevado en edad temprana á la capital del Imperio, en ella fue adoctrinado en la filosofía

(1) Sobre la biografía de Persio léase la *Vita Auli Persii Flacci, de commentario Probi Valerii sublata*, en la edición de este poeta, de Jahn, 1843. *F. Pasow*, Vida y escritos de Persio.—*Traducción castellana*: la de Diego López, Burgos, 1609; Madrid, 1642; y la de D. José María Vigil, publicada en el tomo 158 de la «*Biblioteca clásica*.» —*Traducción francesa*, en prosa, con comentarios por Boileau y Parnelle; y en verso, por A. F. They;—*Versión italiana*, la de Jacobo Sacchi.—Estudios: *Nisard*, Estudios sobre los poetas latinos de la decadencia, I, 237 y sgtes.—*C. Martha*, Un poeta estoico.—*Fr. Knickenberg*, De ratione stoica in Pers. satyr. appárente;—*B. Erdmat*, Observat. aliquot grammaticæ in Persii satyras;—*Schleitter*, Quæstiones persianæ, etc., etc.

estoica por el reputado maestro Anneo Cornuto, en cuya escuela tuvo por condiscípulo al poeta Persio y á otros hombres de gran mérito de aquel tiempo. Además de este docto filósofo, contribuyeron á educarle el gramático Remio Palemón, el elocuente y probo retórico Virginio Flavo, y su ilustre tío Séneca, quien, para desdicha del joven Lucano, le puso en relaciones con su regio discípulo Nerón. Dió Lucano muestras de gran precocidad de ingenio, escribiendo desde los 18 años tragedias, fragmentos épicos y *cántica* para las pantomimas. Además de eso obtuvo grandes éxitos en la oratoria. Favorecido por el César, cuyas virtudes celebró en un certamen poético, apenas se puso la pretexto, cuando fué nombrado cuestor del príncipe, y más tarde augur. Todo sonreía á aquel apasionado hijo de la Bética; y parecía llamado á un porvenir brillantísimo, cuando, por un capricho de su imperial condiscípulo, cayó por tierra todo el edificio de su fortuna. Los abundantes laureles que conquistaba el fêrvido poeta español excitaron la envidia primero, y el odio después, de su regio protector, quien no tardó en darle muestras públicas de su enojo. En efecto, invitado Nerón para oír la lectura de un poema de Lucano, asistió á la sesión, y se retiró al promedio de la recitación, bajo pretexto de que se marchaba al Senado. El fogoso español se sintió herido en su amor propio, y empleó, para vengarse, las armas que tienen en sus manos los poetas: escribió contra Nerón (al que en otras ocasiones había prodigado tan desmesuradas alabanzas!) unos versos injuriosos; y llevó aun más allá su valentía ó su despecho: pues se atrevió á disputar al príncipe el premio en un certamen público. Por fortuna ó por desgracia para Lucano los jueces tuvieron la independencia de otorgárselo; y, en su virtud, vengóse el déspota prohibiéndole volver á declamar en público en adelante. Á su vez, el poeta, exasperado, prorrumpió en groseras invectivas contra el presuntuoso príncipe-poeta, y arrastrado por la misma cólera entró en la conjuración de Pisón. El complot fué descubierto, y Lucano se vió reducido á prisión con los principales conjurados. La conducta del poeta fué desde entonces muy digna de reprobación: pues el mismo que poco antes altivo y jactancioso no había cesado de clamar contra los tiranos y de glorificar al tiranicida, se arrojó á los pies de Nerón de la manera más vil y humillante, llevando su insensatez hasta el punto

de denunciar á su propia madre Acilia, esperando poner á salvo su vida. Nerón se mantuvo inexorable; y á Lucano, lo mismo que á su tío Séneca, le permitió tan sólo el elegir la manera de morir. El joven poeta recobró su perdido ardimiento, y murió á la edad de 26 años, recitando con intrepidez sus propios versos, dejando viuda á la dócta é ingeniosa esposa suya *Pola Argentaria*, la cual se dice que tuvo alguna parte en las producciones poéticas de su marido.

De las obras poéticas de Lucano únicamente se ha salvado *LA FARSALLA*, poema épico-histórico, en 10 cantos ó libros, que tiene por asunto la guerra de César y de Pompeyo, desde el punto en que estalló hasta el asedio de Alejandría.

En este poema el autor desarrolla su argumento, siguiendo el orden cronológico, y guardando la fidelidad histórica en la narración de los hechos, con lo que queda dicho que *La Farsalia* es uno de aquellos poemas épico-históricos, imitación de los alejandrinos, en nada semejantes á las epopeyas del tipo homérico: pues en éstas se desarrolla una acción íntegra, grandiosa, memorable y de interés general para un pueblo, y en su argumento intervienen divinidades ó poderes sobrenaturales, favoreciendo ó contrariando los designios de los héroes. Estas colosales epopeyas, por lo tanto, en las que la historia se mezcla con la leyenda y los dioses con los hombres, nada tienen que ver con poemas como el de Lucano en el que se trata de relatar con las nobles galas y con el fuego ardiente de la poesía un hecho real histórico de época no lejana: la formidable lucha en que se disputaron el dominio de Roma dos partidos poderosos, capitaneados por dos grandes hombres de ambición y de genio, y cuya desastrosa guerra fratricida produjo la ruina de la República. El asunto era grandioso; pero no admitía ficciones poéticas. No podía el poema ser de interés propiamente nacional, puesto que en él se narraban las discordias civiles; y no era dado que el poeta pudiera agradar á todos los hijos de la patria romana, sino á aquellos que, como él, vieran en Pompeyo representada la causa de la libertad de la República, y en César al audaz usurpador que se propuso tiranizarla. De todas maneras, en esta bella obra poética, así como reina alguna diferencia en sus diversas partes, en la lengua y en el estilo, se nota también una gran versatilidad en los sentimientos del poeta. Mientras que en los primeros libros se muestra



reservado y cauteloso en expresar su amor á la libertad, en los siete siguientes dá rienda suelta á su odio contra las tiranías, revelándose bien claramente que la redacción de la primera parte correspondía sin duda á los tiempos de su amistad y favor con el príncipe, y la segunda á la época en que aquél habría hecho sentir al poeta laureado, rival suyo, el peso de su tiranía: ó bien escribiría los primeros libros y las alabanzas á Nerón y la apoteosis, que en él se encuentra, en los primeros años del reinado de este príncipe, ó sea, en el tiempo en que se mostró benéfico y clemente, y los últimos cantos en los días en que el monstruo se entregó despiadadamente á sus bárbaros instintos. Las descripciones son en este poema espléndidas y brillantes, así como las pinturas de los grandes héroes que intervinieron en aquella lucha terrible que hizo derramar la sangre de los pueblos todos en el antiguo mundo conocido. Son admirables los retratos de César y Pompeyo, de Bruto y de Catón.

Hay en el lenguaje algo del tono retórico de la época; por esto decía sin duda Quintiliano que su fogoso estilo debía ser *magis oratoribus quam poetis imitandus*; pero en la versificación se vé, como hemos dicho al comenzar este capítulo, el noble anhelo de reproducir los ritmos melodiosos y las primorosas formas del admirable cantor de la Eneida.—El argumento debió probablemente haber acabado con la batalla famosa que dá nombre al poema: es evidente, por lo tanto, que quedó sin concluir. En vida del poeta no debieron publicarse más que los cantos I al III. Desde el IV al IX se publicarían después de la muerte de Lucano, por la solicitud de algún pariente ó amigo. (1)

No faltaron comentaristas ó ilustradores al célebre poeta cordobés: entre ellos se cita un tal Palemón. De estos comentarios quedan algunos fragmentos, los cuales fueron dados á luz en su edición por Oudendorf: y en la actualidad se han publicado, corregidos, por Weber, mediante un manuscrito de Berlín. (2)

---

(1) Muchas obras poéticas de Lucano se han perdido y apenas conocemos de ellas más que los títulos, á saber: el *Incendio de Troya*, el *Catálogo de las heroínas*, la *Lira de Hector*, *Orfeo*, las *Saturnales*, las *Sylvas* en 10 libros, y una tragedia titulada *Medea*.

(2) Sobre la Vida de Lucano: *Suetonio*, *Vita Lucani*; *Genthe*, *De Lucani vita et scriptis*, Berlín: 1879.—*Traducciones españolas*, de la *Farsalia* de Martín Lasso

de Oropesa, Valladolid, 1544; Amberes, 1585; Burgos, 1578; y la versión en octavas por D. Juan de Jaúregui y Aguilar, Madrid, 1644, que se ha vuelto á dar á luz en los tomos 113 y 114 de la *Biblioteca clásica*.—*Traducciones francesas*, en prosa, por Toutsaint-Masson; y en verso, por Lepermay; *italianas*, las de Franc Cassi y la de Miguel Leone.—Estudios: *Leloup*, De poesi epica et Lucani Pharsalia.—A. *Preime*, De Lucanis Pharsalia;—*Meusel*, Diputato de Lucani Pharsalia.—A. de los Rios. H. de la L. E. Es digna de ser leida la tesis doctoral de mi venerado maestro el eminente tribuno *D. Emilio Castelar*: Lucano, su vida, su genio, su poema; que se encuentra en la colección de sus *Discursos académicos*.

— 369 —

— 369 —

— 369 —

— 369 —

— 369 —

## LECCIÓN 43.

### Otros poetas y prosistas del tiempo de la primera dinastía.

Poetas: *Calpurnio Sículo, Cessio Basso, Lucilio Junior* y otros.—Prosistas: oradores, historiadores, gramáticos, científicos y jurisconsultos.

Además de los notables escritores cuyas obras acabamos de examinar, figuraron otros varios poetas y prosistas en esta época, que deben ser mencionados: tales fueron Calpurnio, Cessio Basso, Lucilio Junior, y otros varios, entre los primeros:—y multitud de oradores, historiadores, gramáticos, científicos, filósofos y jurisconsultos, de los cuales vamos á ocuparnos en esta lección.

I.) POETAS.—a.) *T. Calpurnio Sículo*.—A principios del reinado de Nerón, compuso siete églogas, que no son sino una imitación de las de Teócrito y de Virgilio.—Ignórase la patria de este escritor y las circunstancias de su vida, pues el sobrenombre *Sículo* unos quieren que signifique que era Siciliano, y otros creen que alude á ser el imitador del poeta bucólico de Sicilia.—La generalidad de los AA. han colocado á este poeta en el siglo III, por creerle coetáneo del vate cartaginés Aurelio Nemesiano, quien á su vez copió de un modo grotesco á Calpurnio Sículo: y por que las cuatro largas églogas del primero fueron confundidas por mucho tiempo con las de Calpurnio, al lado de las cuales figuran en los códices. Pero el atento examen de los poemas bucólicos de Calpurnio, en número de siete, ha llevado á muy doctos críticos modernos á suponer que este escritor es de la época que estudiamos, por las alusiones que se encuentran en las siete primeras églogas; y, por luego, á asegurar la nó coetaneidad de las poesías de Calpurnio y de Nemesiano: por la desemejanza esencial que se nota en la prosodia y en la versificación de unas y otras églogas; (1) y

(1) *Haupt, De carminibus bucolicis Calpurnii et Nemesiani, Berlin. 1854; Wernsdorf, Poetæ latini minores, Traducción francesa de Calpurnio: la de Mairault, Bruselas, 1744.*

porque el lenguaje y estilo de Nemesiano están revelando una época posterior.

1.<sup>a</sup> Égloga: *Delos*. Dos pastores retirados en una gruta, encuentran un oráculo que el dios Fauno había grabado en la corteza de un árbol.— 2.<sup>a</sup> Égloga: *Crocalus*. Canto simebeo de un pastor y un jardinero, en presencia de Tyrsis.— 3.<sup>a</sup> Égloga: *Exoratio*. Lamentaciones de un pastor, que ha sido engañado: imitación del idilio III de Teócrito.— 4.<sup>a</sup> Égloga: *Cassar*. Canto coral de alabanzas.— 5.<sup>a</sup> Égloga: *Mycón*. Instrucciones de un viejo pastor, acerca de los trabajos del campo.— 6.<sup>a</sup> Égloga: *Litigium*. En la contienda de dos pastores groseros y apasionados.— 7.<sup>a</sup> Égloga: *Templum*. Un pastor que viene de Roma y cuenta á un amigo suyo las inchas que ha visto en el anfiteatro

Las Églogas 8.<sup>a</sup>, 9.<sup>a</sup>, 10.<sup>a</sup> y 11.<sup>a</sup>, ya hemos dicho que son de Nemesiano.

b). *Cassio Basso*.—Al círculo de Persio pertenecía asimismo el poeta lírico Caessio Basso, que parece escribió un poema didáctico con el título *De metris*.—Tal vez en el siglo III fué metamorfoseado este poema en un Manual de métrica en prosa, del cual poseemos fragmentos considerables. Este poeta es el amigo cariñoso del satírico Persio, que publicó las obras del malogrado jóven después de su muerte.

Consérvanse del poema de C. Basso unos pocos fragmentos: (Keil, Gramm, lat. VI.—R. Westphal, Metr. griega, I).

c). *Lucilio Junior*.—En este tiempo se distinguió también otro poeta, Lucilio Junior, jóven amigo de Séneca, á quien el ilustre filósofo dedica algunos de sus escritos. Tiénesele por autor probable de un poema didáctico intitulado *ΕΡΧΑ*, en 145 hexámetros perfectamente construídos, cuya obra se dirige contra las supersticiones populares, que combate el poeta en tono algo seco y pedantesco.—Explicase en él el fenómeno de los volcanes, no haciendo mención en la obra de la célebre erupción del Vesubio, lo que podría probar que había sido escrita antes de este acontecimiento. Empieza combatiendo con rudeza las fábulas míticas extendidas por los poetas acerca de los fenómenos volcánicos (*fallacia vatium... stolidi mendacia vulgi... fabula mendax*), del mismo modo que todas las fábulas que tienen por base las afecciones humanas. La parte puramente didáctica carece en general de variedad y de vida; pero se eleva cuando expone las ricas delicias que proporciona la



observación de la naturaleza. La erupción del Etna (v. 608 y stes.) está descrita de una manera espléndida. El autor parece que debió tener á la vista las *Cuestiones* de Séneca y el poema de Lucrecio. El lenguaje es el adoptado después de Virgilio en la poesía romana (1).

Además se señalaron como cultivadores de la poesía en este período, Yagelio, Curcio, Montano, Serrano y el autor de un arreglo ó extracto de la Iliada, escrito con corrección y esmero, para el uso de las escuelas; y por último, parecen ser producciones del siglo I casi todas las *Poesías de un Códice de Vos*, perteneciente al siglo IX, las cuales han sido publicadas por Rieser en su *Anthologia latina*.

II.) PROSISTAS.—Dijimos que además de los primeros prosistas de esta época, ya estudiados, figuraron otros varios como cultivadores de la historia, de la gramática y la literatura, del derecho, de la filosofía, de las ciencias, etc., cuyas obras para nosotros se han perdido.

*Historiadores*: dijimos en la Parte general que el noble historiador Cremucio Cordo, por haber escrito con independencia, bajo el reinado de Augusto una *Historia de los últimos tiempos de la República y de la fundación de la Monarquía*, se vió perseguido, y sus libros condenados al fuego. El mismo asunto fué tratado bajo Tiberio, á la manera retórica del tiempo, por el historiador Aufidio Basso, escritor dotado de cierta cultura filosófica, y que trazó el cuadro de las guerras civiles y de las campañas contra los germanos. En tiempo de Calígula escribió sobre historia el poeta Cneo Léntulo Getúlico, y bajo el de Claudio, M. Servilio Noniano; Domicio Córbuló (bajo Calígula y Nerón) relató sus propias aventuras en Asia, como Suetonio Paulino narró las suyas de África, y L. Vetus las que llevó á cabo en la Germania.—Cornelio Becco escribió en tiempo de Claudio una obra de Cronografía.

*Gramáticos y eruditos*.—Los principales gramáticos ó eruditos de la época de Tiberio, son: *Julio Modesto*, discípulo del célebre Hygino, el cual aplicó sus investigaciones tanto á la Arqueología como á la Lingüística; *Q. Remmio Palemón*, autor de una gramática, *Ar*: (arte) que se hizo después muy célebre; *Pomponio Marcelo*, *Niso* y otros. Más adelante figuró como gramático y comentarista de los escritores clásicos *M. Valerio, Probo Vericio*, el cual escribió acerca de Lucrecio, de Virgilio, de Horacio y de Persio: asimismo trató acerca del latín arcaico en sus epístolas litera-

(1) El *Etna* en la citada colección de Wernsdorff.

rias. En esta época figuró también el erudito *Q. Asconio Pediano*, comentador de Cicerón, de Salustio y de Virgilio.

*Filósofos y juriconsultos.*—Los profesores de Filosofía de esta época, como Sextio, Cornuto, Musonio Rufo y Epicteto, hicieron en general uso en sus escritos de la lengua griega. Entre los escritores amantes de la Filosofía, que emplearon la lengua latina, fuera de Séneca y de Celso, de Persio y de Lucano, de quienes ya hemos hablado, pueden citarse: á Fabiano, Pulio Kano, Tráscas Peto, Barea Sorano, Rubelio Plauto, Elvidio Prisco y alguno que otro.—Entre los juriconsultos más notables de esta época debemos citar á Masurio Sabino, que dió su nombre á la escuela de los Sabinianos, muy conocido por su libro de Derecho civil; á M. Cocceyo Nerva, á su discípulo Prócuro, que dió su nombre á los proculianos, á C. Casio Longino, etc., etc.

*Científicos.*—Pertenece á esta época los botanistas Copión y Antonio Castor y los distinguidos médicos Estartinio, Bettio Valente y Scribonio Largo, del cual poseemos un tratado de medicamentos (*Compositiones medicamentorum*) en un estilo pasable (1).

---

(1) Sobre los prosistas y poetas que se citan en esta Lcción, véase á *Teuffel*, H. de la L. Romana.

## LECCIÓN 44.

### Escritores de la época de los Flavios: prosistas.

*Plinio el Antiguo*: su vida, sus obras, su muerte.—Examen de su vasta Enciclopedia científica intitulada *Historia natural*: importancia y valor de esta obra.—*M. Fabio Quintiliano*: su vida, su enseñanza, sus *Instituciones oratorias*. Análisis y crítica de este tratado de Retórica.—*Frontino*: su vida y sus obras.—Otros prosistas de esta época: oradores, retóricos, jurisconsultos, etc.

Entramos en el estudio de los escritores que escribieron durante la dinastía Flavia (1). En esta lección vamos á ocuparnos de los Prosistas que acaudalaron la literatura latina de la época: Plinio el Mayor, Quintiliano, Frontino y otros.

PLINIO EL VIEJO: *su vida y escritos*.—C. Plinio Segundo el Mayor ó el *Viejo* (así llamado para distinguirlo de su ilustre sobrino *Plinio el Joven*, de quien hablaremos más adelante) es uno de los hombres más célebres de la antigüedad. Nació en *Novocolum*, en la alta Italia, en el año 23 de nuestra era. Después de haber pasado probablemente su juventud en Roma, adocrinándose en todo linaje de estudios, militó por algún tiempo en el ejército de la Germania; y, después de su regreso á Roma, fué nombrado por el emperador Nerón su procurador en España, cuyo cargo conservó hasta el reinado de su íntimo amigo el emperador Vespasiano, ignorándose la posición que ocupó en los tiempos de este príncipe. Fuera de estos pormenores, y de que era un hombre de aplicación incansable y de una actividad literaria asombrosa, no sabemos más de este varón severo y doctísimo sino la manera trágica de su muerte. En el año 79 de nuestra era comandaba Plinio como almirante la armada romana reunida en el promontorio Miseno, cuando tuvo lugar la terrible erupción del Vesubio, que dejó soterradas las ciudades de Herculano, de Pompeya y Stabias. El docto Plinio,

---

(1) Vespasiano tuvo amor á la literatura y compuso algunas Memorias.—Domiciano simuló también amor á la poesía y recitó públicamente. (Véase *Touffet*, II, 288).

llevado de su celo por la ciencia y de la ardiente pasión de saber que le devoraba, dirigióse con intrépida audacia hacia el Vesubio para explorar de cerca el fenómeno de que era testigo, y su noble curiosidad le costó la vida. Hemos dicho que este escritor antiguo ofreció el ejemplo de una curiosidad increíble. Es preciso leer en las cartas de Plinio, su sobrio, el empleo que hacía de su tiempo. Sorprendíale el sueño sobre los libros: en la mesa, en el baño, en todas partes, leía ó hacía que le leyeran; y sus lecturas todas las resumía en análisis minuciosos. Así es que, á la mitad de su vida, pasaban estos extractos de 660 volúmenes; habiendo llegado á ser tan rica y variada la biblioteca pliniana, como que era una vasta compilación de casi toda la enciclopedia antigua, que uno de sus amigos, Licinio, le llegó á ofrecer por sus volúmenes la enorme suma de 4.000 sextercios.

C. Plinio segundo se ocupó de casi todos los ramos del saber, sin mostrar, á lo que parece, especial preferencia por ninguno.—La única obra que poseemos hoy de este célebre polígrafo es su *Historia natural*.

Hacia el año 801 de R. (ó 48 de C.) después de haber sido nombrado capitán de caballería en el ejército de la Germania, compuso un tratado sobre el empleo de la flecha en la caballería: *De javulatione equestri*. En los primeros años del reinado de Nerón, consagró sus momentos de ocio á redactar tres libros sobre la profesión del abogado: *Studiosorum libri tres*. Volviendo más tarde á los recuerdos de su vida militar, relató en 20 libros, la historia de Germania: *Germanica bella*. Más tarde consagró su actividad á los estudios gramaticales y filológicos, y escribió 8 libros con el título *De dubiis sermonis libri VIII*, en cuya obra se anotan las frases y palabras dudosas, y se trata de su uso y aplicación. Después de la muerte de Nerón, se propuso dar una continuación á la historia de Aufidia Basso. Ninguna de estas obras ha llegado á nuestro tiempo; no siéndonos posible juzgar á Plinio más que por su mencionada obra de *Historia natural*, terminada un año antes de su muerte.

HISTORIE NATURALIS LIBRI XXXVII.—La *Historia natural* de Plinio es una gran obra enciclopédica extractada de otras dos mil en su mayor parte perdidas. Compónese de 37 libros. En el primero se encuentra una dedicatoria á Tito y una especie de índice de la obra, y de los autores de donde ha extractado las materias que en ella se contienen. En los 36 libros restantes presenta el autor una gran miscelánea de las Ciencias naturales, aplicadas especial-



mente á las necesidades de la vida, y á las de las artes: entran por consecuencia en ella la Física, la Botánica, la Zoología, la Geografía, la Astronomía, la Medicina, la Agricultura, la Mineralogía, y hasta la Pintura y la Estatuaria.

*Distribución y plan de la Obra.* I: Sumario é índice de las fuentes.—II: Descripción matemático-física del Universo;—III—VI: Geografía;—VII: Antropología y fisiología del hombre;—VIII—XI: Zoología (mamíferos, peces, aves, insectos y coleópteros, anatomía comparada y fisiología);—XII—XXVII: Botánica (árboles y arbustos exóticos, árboles frutales, árboles silvestres. Botánica general: arboricultura, cereales, legumbres; teoría de la agricultura y de la horticultura, botánica médica);—XXVIII—XXXII: Zoología médica;—XXXIII—XXXVII: Mineralogía, principalmente en sus relaciones con las necesidades ordinarias y el arte: artistas más célebres de la antigüedad, sus obras, etc.

Únicamente la filosofía deja de tener representación en esta inmensa enciclopedia científica, si bien en algunos pasajes de ella muestra el autor cierto escepticismo y una desesperación y disgusto profundo de la vida: en suma, aquella sombría filosofía, que era uno de los frutos naturales del siglo, y el síntoma clarísimo de la enfermedad que amenazaba de muerte á la Roma gentilicia.

Todos los críticos se hallan unánimes en reconocer la extrema importancia de esta vasta compilación antigua. Y nó por que Plinio nos haya dejado en esta grande obra una completa descripción de la Tierra, ni un perfecto sistema de Historia natural, ni de Medicina, ni una cumplida teoría del arte ni de su historia, puesto que Plinio no era ni geógrafo, ni astrónomo, ni naturalista, ni médico, ni artista de profesión; sino un hombre de Estado, que aprovechaba todos los momentos en que quedaba libre de sus ocupaciones, devorando y extractando libros griegos y latinos (¿quién sabe si por distraerse de las tremendas amarguras de la vida!)—relativos á los objetos más distintos y variados del saber humano, con el único propósito de resumir en una sola obra la ciencia entera de su época. Por defectuosa que sea, pues, la obra de Plinio en algunos puntos, por graves que sean los errores, y son bastantes, que en ella se contengan, este gran resumen de la ciencia greco-romana tendrá que ser siempre muy aprovechado de todos cuantos se consagran á hacer investigaciones serias sobre la antigüedad. Por esta razón ha ejercido durante muchos siglos una gran influencia, especialmente en la

Edad Media, tanto bajo su forma original, como en los numerosos extractos que de ella se formaron.

El estilo de Plinio varía notablemente en las diferentes partes de su obra. El prefacio y las introducciones de los diferentes libros se hallan escritos con cierta gravedad y las ideas expresadas con energía y en términos concisos: el estilo en esta parte de la obra es más esmerado que en las restantes, compuestas generalmente de descripciones tomadas de autores extraños, ó de áridas, pesadas nomenclaturas (1).

QUINTILIANO.—Háse atribuido sin fundamento la causa de la decadencia de las letras latinas clásicas, en el período que estudiamos, á los escritores hispano-latinos, sin considerar que el empobrecimiento intelectual y literario caminaba á la par y de consuelo con el general abatimiento político y la degradación moral del pueblo romano. Más bien al genio español debió la Literatura latina sus más preciadas obras en este siglo primero de su decadencia: á la familia de los Sénecas; á Columela y á Pomponio Mela durante la primera dinastía; en la época de los Flavios al afanado maestro Quintiliano; más tarde á Silio Itálico, á Marcial y á Anneo Flero.

El escritor *M. Fabio Quintiliano* nació en *Calagurris* (Calahorra), ciudad de España, hacia el año de Roma 796, 42 después de J. C., y murió de edad bien avanzada bajo el reinado de Adriano. Fué conducido á Roma, según se cree, por el emperador Galba, cuando éste se decidió en fin á aceptar el Imperio. En Roma ocupó un lugar brillante en el foro, según se deduce de un verso de Marcial, en que le apellida *honor de la toga romana*. Pero en lo que se concilió mayor fama fué en la enseñanza de la Retórica, habiendo sido el primer profesor público estipendiado por el Estado. En efecto, el emperador Domiciano le asignó sobre el fisco un sueldo de

(1) Vida de Plinio: Suet., A. Gellio, IX; Plinio el Joven, Epist. III.—*Traducción española*: de los libros VII y VIII de la Historia de los Animales, con anotaciones, por Jerón. Gómez de Huerta; Madrid, 1599; el mismo tradujo el Libro IX de Plinio de la H. N. de los pescados del mar, de lagos, estanques y ríos; Madrid, 1603. El mismo Huerta, médico y familiar del Santo Oficio, publicó la versión de XXXVII libros, incluidos los dados á luz anteriormente; Madrid, 1624-29. *Traducc. francesa*: la de Aiaasson de Grandsagne, anotada por los profesores del Jardín del Rey; miembros del Instituto. *Traducc. italiana*: la de Cristophoro Landino; *alemanas*: las de Külb y Strack. Trabajos críticos *Th. Bergk*, *Exercitationes pliniane*;—*Urlichs*, *Vindiciae pliniane*;—*D. Molteni*, *Diss. de Plinio*; etc., etc.

6.000 sextercios; le confió la educación de dos hijos y de su nieta, y le confirió la dignidad de consul (ornamenta consularia). Después de haber ejercitado durante 20 años con gran aplauso sus funciones de maestro, se retiró de la cátedra. Quintiliano no se reveló como escritor hasta su edad madura, cuando ya pudo haber adquirido un gran tesoro de conocimientos y de experiencia; primero se dió á conocer en un tratado acerca de las causas de la decadencia en la Oratoria, y después en el famoso manual de Retórica intitulado *Institutiones oratoriae*, que nos ha sido conservado, el cual, tanto por la habilidad con que está presentada la materia, cuanto por la riqueza de propias observaciones y de doctrina que en él abunda, y por la sobria elegancia de su estilo y de su lenguaje, ha sido y sigue siendo uno de los libros más estimados de la antigüedad.

Un pasaje de la séptima sátira de Juvenal ha inducido á algunos escritores á creer que nuestro Quintiliano con su doble profesión de orador y retórico llegó á acumular una gran riqueza; pero esta afirmación parece exagerada si hemos de referir al gran retórico español el pasaje de Plinio *el Joven*, en donde ofrece á cierto Quintiliano una parte de la dote para colocar á su hija en matrimonio. Muchos autores creen que el Quintiliano que se refiere en este pasaje sea distinto del ilustre retórico, por más que éste hubiera contado entre sus discípulos al noble Plinio *el Joven*; y se fundan en que Quintiliano en un lugar de su obra, en que se duela de la adversa suerte que le ha privado en su ancianidad de su cara esposa y de dos hijos, no hace mención de su hija. De todas maneras, lo que parece más probable es que, si no poseyó una gran riqueza, no se hallaba enteramente privado de bienes de fortuna: es decir, que era rico relativamente á los otros retóricos representados por Juvenal como una turba de famélicos. Pero, cualquiera que fuera la posición material de Quintiliano, ello es que gozó de grande autoridad y representación según el testimonio de los contemporáneos. Hemos dicho que la única obra de este célebre maestro que ha llegado á nuestro tiempo es la intitulada *Institutiones oratorias*.

LIBRI XII INSTITUTIONIS ORATORIAE, con un premio á Marcelo retórico de aquel tiempo, y una breve carta al librero Trifón. Contiénesse en esta obra, según hemos indicado anteriormente, los sazonados frutos del estudio y larga experiencia del esclarecido maestro.

Un rápido análisis de esta obra nos dará á conocer el fin á que aspira el autor y los medios que propone para conseguirlo.

Quintiliano desea formar al orador, si no perfecto, al menos completo. Toma al educando desde la cuna, y empieza por dirigir su educación, exigiendo que se coloque á su lado una nodriza de costumbres honestas, y sobre todo que sepa hablar con pureza: las mismas cualidades demanda después del pedagogo, que debe suceder á la nodriza, y del gramático que ha de instruirle después del pedagogo. Desde este punto hace pasar Quintiliano á su educando por todos los géneros de instrucción, que han de preceder al estudio de la elocuencia: le pone primero en las manos del gramático para que aprenda su lengua; para que lea los poetas latinos y griegos, sienta el encanto de la poesía, y tome una idea general de la historia; quiere que no le sean extrañas la música y la geometría; la una para preparar su oído á la armonía, y la otra para que se acostumbre á la exactitud y al método. En suma, en la filosofía, en la política, en la jurisprudencia, en todos los ramos del saber, estima necesario educar al futuro orador. Llega, por fin, la hora de confiar el joven educando al maestro de Retórica; éste deberá ser asimismo de puras costumbres y capaz de hacerse respetar y amar. Deberá ejercitar al discípulo primeramente en las partes del discurso; habituarle á sostener tesis; y, por último, le dará materias para declamar ó perorar. Después de estas y otras instrucciones relativas á la educación del joven que ha de profesar la Oratoria, nuestro autor entra ya, digámoslo así, en los pormenores del *Arte mismo retórico*. Los libros que tratan de esta materia son los que ofrecen menos originalidad, pues sus preceptos eran ya muy conocidos, y Quintiliano no encuentra dificultad en confesarlo; empero jamás habían sido expuestos de una manera tan completa. Los libros más originales é interesantes son el X y el XII: el primero, porque en él pasa revista Quintiliano á la mayor parte de los escritores clásicos, griegos y latinos, cuya lectura recomienda á su orador; y el XII, por que en él se ocupa de la importante cuestión de las costumbres del orador. En el X hace una crítica, para nosotros sumamente interesante, de los escritores de Grecia y de Roma, fijándose principalmente en aquellos cuya lectura y estudio le parecían más á propósito para formar al orador: notándose que en esta reseña



histórico-crítica atiende más Quintiliano á la lengua y estilo que á los conceptos, más á la forma que á la sustancia de las obras; y además que pasa en silencio á ciertos escritores. Bien es verdad que el maestro Quintiliano profesaba en este punto principios opuestos á los de Cicerón, á pesar de ser su ídolo el ilustre tribuno. Cicerón afirmaba que si él era orador, lo debía menos á las lecciones de los retóricos que á las enseñanzas de los filósofos; Quintiliano, por el contrario, censura á Cicerón por la importancia que concede á la filosofía en la formación del orador. Para Quintiliano el orador es el hombre hábil en el arte de la palabra; *dicendi peritus*. Pero debemos añadir (y con esto entramos en la cuestión del libro X) que exigía además, como Catón, que el orador fuese hombre de bien; *vir bonus*. Y todavía iba más allá que Catón: porque el austero Censor creía que el dictado de orador no debía concederse á gentes sin conciencia, aunque estuvieran dotadas de genio; pero Quintiliano niega que el ímprobo pueda ser orador: con lo que sin duda quiso expresar que el orador, si no lleva en su palabra la autoridad y el prestigio moral, es siempre oído con prevención y difícilmente puede conseguir convencer, persuadir y conmover á su auditorio, que son los inmediatos fines de la elocuencia.

Esta obra que ha inmortalizado el nombre del autor ha sido objeto de los juicios más favorables de antiguos y modernos. El docto florentino Poggio, á quien se debe el descubrimiento de este tratado de Quintiliano (1) hablaba, al dar cuenta de su hallazgo del modo siguiente: «*Sermonis exornandi, atque bene excolendi cum multi præclari ut scis fuerint latina lingue auctores, tum vel præcipuus atque egregius M. Fabius Quintilianus, qui ita discrete, ita obsolete summa cum diligentia exsequitur ea que pertinent ad instituendum vel perfectissimum oratorem, ut nihil ei vel ad summam doctrinam vel singularem eloquentiam meo iudicio deesse videatur*». — Y consiguió que fuera saludada con entusiasmo la preciosa obra de Quintiliano por los hombres del Renacimiento, habiendo seguido gozando de gran autoridad hasta nuestros días. Hasta el mismo siglo XVIII, tan poco reverente con la antigüedad, ha tratado á Quintiliano con una indulgencia y un respeto

(1) Baehr, H. de la Lit. latina, II, 361.

poco comunes. Su libro, en efecto, abunda en excelentes preceptos, revelando claramente el gusto y buen sentido del autor y la verdadera pasión con que enseña su arte. Recomendábase asimismo este esclarecido maestro de Retórica por ser el firme adversario de los vicios á la moda y por haber intentado restaurar la elocuencia, remontándose á los antiguos modelos de la época clásica (1).

SEXTO JULIO FRONTINO.—Nació este hábil capitán y distinguido ingeniero romano hacia el año 41 de J. C. Aunque de humilde nacimiento, llegó á elevarse por sus merecimientos á los más altos cargos del Estado, pues fué pretor en el año 71, cónsul en el 74, y poco después se distinguió por sus hazañas militares en la Britania y en la Germania. Después de la guerra germánica, regresó á Roma: y en esta ciudad, ó en la campaña, vivió tranquilamente bajo el reinado de Domiciano, entregado por completo á sus estudios científicos. En tiempo de Nerva recibió por segunda vez el consulado (97 de C.) y en el mismo año fué nombrado inspector de las obras hidráulicas de Roma: *curator aquarum*.

Julio Frontino depositó en sus escritos los frutos de su rica experiencia y de sus estudios. Han llegado á nuestro poder los extractos de una obra de *Agrimensura*; y Flavio Vejeico utilizó un tratado teórico de táctica, perdido después. Las dos obras más importantes que se conservan de Frontino son: su obra popular sobre la táctica intitulada STRATEGEMATA, en cinco libros alterados con adiciones extrañas, y su tratado en dos libros acerca de los acueductos —DE AQUIS URBIS ROMÆ—obra de un interés capital, tanto por los numerosos pormenores científicos y los documentos históricos que contiene, como por que se halla escrita en un lenguaje sobrio, conciso y elegante (2).

(1) Sobre la Vida de Quintiliano: *H. Dowd* Annal. Quintiliani.—Traducción castellana de las *Institutiones* de Quintiliano por los padres de las Escuelas Pías Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier (tomos 103 y 104 de la *Biblioteca clásica* que se publica en Madrid).—Versión en francés: la de C. V. Ouzille;—italianas: las de Horacio Tescanella y Jac. Gargilio;—alemana: la de Bossler y Baur.—Estudios críticos: *F. Müller*, *Quaestiones Quintilianæ*;—*Frotscher*, *Observat. critica in Quint.*;—*Radtiger*, *Prolus. de Quint. pedagog.*; etc., etc., *V. A.* de los Ríos, *H. de la L. E.*: *Teuffel*; *Bachr*, etc.

(2) Sobre la biografía de Frontino; *D. Moller*, *Diss. de Frontino*.—*Frontini Vita a J. Paleno* contexta. *Traducción española* de los ejemplos, consejos y avisos de la Guerra, por Diego Guillén de Ávila (ms. del Escorial, siglo XV?). Traduc. en francés, por Nicolás Perrot de Ablancourt.

OTROS PROSISTAS DE ESTA ÉPOCA.—Otros varios escritores, además de los notables que acabamos de estudiar, figuraron en este tiempo.—Como *historiógrafos* debemos citar: á un *Lucinio Muciano*, amigo de Vespasiano, autor de la relación de un viaje á Oriente, consultada por Plinio; y á dos personajes distintos de la época que se ocuparon de sucesos en que habían formado parte; el consular M. Cluvio Rufo y el orador Vipstano Messala, de la escuela de Quintiliano. Como orador se distinguió en tiempo de Vespasiano, así como los historiadores que acabamos de citar, el poeta *Curacio Materno*. Otros cultivaron con preferencia la declamación, ó dieron lecciones de elocuencia, tales como Sex. Julio Gabiniano, M. Aper y J. Segundo, y entre los contemporáneos de Quintiliano al escritor *Tutilio* denominado el príncipe de los retóricos. En la infausta época de Domiciano se hicieron notar como oradores acusadores, *M. Aquilio Régulo*, *Bebio Massa*, *Mettio Caro* y *Palfurio Sura*. Entre los defensores, además de Tácito, Plinio y Herennio Senecio se pueden citar con honor á *Victorio Marcelo*, *Septimio Severo*, originario de Africa, *Flavio Urso*, *Vettio Crispino*, *Satrio Rufo*, *Licinio Sura*, etc.—Entre los jurisconsultos más distinguidos del tiempo de Vespasiano, debemos citar al sabiniano *Celio Sabino* y al proculiano *Pegaso*; así como en la época de Domiciano al jurisconsulto *Aufidio Chio*.—Entre los gramáticos el más conocido de esta época es *Emilio Asper*, el discreto comentador de Terencio, de Salustio y de Virgilio. (1)

---

(1) Sobre estos Prosistas léanse las citas de Teufféi y las de Bachr; obras citadas.

## LECCIÓN 45.

### Poetas del tiempo de los Flavios.

*Valerio Flacco*: noticias biográficas acerca de este poeta y examen analítico y crítico de su *Argonáutica*.—*Silio Itálico*: cuestión acerca de su patria; noticias acerca de su vida, y análisis de su *Púnica*. *P. Papinio Estacio*: sus poemas.—*Marcial*, su vida, sus *epigramas*; clasificación y examen de los mismos y su valor literario. Otros poetas de la época.

En la presente lección vamos á ocuparnos de los poetas romanos que figuraron durante la dinastía flavia. Entre ellos, y en primer lugar, aparecen los cultivadores de la poesía épica, que, siguiendo el ejemplo de Lucano, pretendieron imitar las formas virgilianas: tales fueron Valerio Flacco, Silio Itálico y Papinio Estacio.

C. VALERIO FLACCO: *su vida y su poema*.—Es este el único poeta del tiempo de Vespasiano cuya obra nos es conocida. Á los nombres de este poeta C. Valerio Flacco van unidos en algunos manuscritos los de Setino Balbo, según algunos por ser oriundo de *Setia* (¿en la Campania ó España?). Otros, sin embargo, le dan por patria á Padua, en cuya ciudad murió, siendo joven, y en donde había pasado su vida. No tenemos más noticias biográficas de este poeta latino, de cuyo mérito literario, únicamente hace especial mención el docto Quintiliano, aludiendo á su muerte, y considerándola como una desgracia deplorable: *multum in Valerio Flacco nuper amissimus..... Inst. or. X, I.*

En el año de 1417 fué descubierto en la biblioteca del monasterio de San Galo por el poeta florentino Poggio un manuscrito, conteniendo los tres primeros libros, y la primera mitad del IV, del poema de Valerio Flacco intitulado ARGONAUTICA, y después fueron descubiertos los restantes que poseemos hasta el VIII. Calcúlase que este poema, si fué concluído por su autor, debió contener hasta X ó XII cantos. Su asunto, como ya lo indica el título, es la famosa expedición del príncipe Jason y de los argonautas, en busca del vellocino de oro.



El poema de Valerio es una copia de la *Argonautica* de Apolonio y Rodas, como antes de él la había intentado Varrón Atacino y otros poetas romanos, cuyas obras se han perdido. Valerio Flacco, si bien nació como Lucano uno de los poetas que escribieron con más pulcritud en su época, fué menos original que el cantor de la *Farsalia*; y así se explica la gran discordancia en que se encuentran los críticos al apreciar el mérito de este poeta: pues, mientras los unos lo consideran como el primero de los imitadores de Virgilio, fijándose solo en la belleza de la dicción, los otros, considerando esta cualidad literaria menos esencial que la invención, lo encuentran frío, lánguido y descolorido, y dan la preferencia á los poemas de Lucano, de Estacio y aún de Silio Itálico (1).

SILIO ITÁLICO: *su patria, su poema*.—No se sabe con certeza cual fué la patria de este poeta latino; pues mientras los escritores españoles Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales, Esteban Garibay, D. Nicolás Antonio y otros reputados escritores sostienen que fué Silio andaluz, y natural de la antigua Itálica; los escritores extranjeros como Baillet, Celario, Vossio, y otros muchos comentadores, entre los cuales se halla el aragonés Jerónimo de Zurita, combaten esta opinión, afirmando que no debe contarse á Silio entre los hijos ilustres de la Bética; y lo mismo han repetido en nuestros días los doctos historiadores de las Letras latinas Schoell, Baehr, Nisard y otros varios. Los que le dan por patria Itálica se fundan en el sobrenombre del poeta, *Italicus*, y en las frecuentes alusiones que hace á la Bética, ingiriendo nombres, recordando lugares y pintando costumbres propias de esta región. Los que combaten esta opinión se fundan por un lado en que el nombre *Italicus* no podía indicar este origen, pues en tal caso debería habersele apellidado *Italicensis*, pareciendo más bien que el nombre *Italicus* le vendría de alguno de sus antepasados, originario de la Italia, que se establecería en alguna de las otras provincias del Imperio; y por otro en el inexplicable silencio de su contemporáneo el poeta español

---

(1) Discurso preliminar sobre la Vida de Valerio Flacco, en la hermosa edición acompañada de la traducción española, en verso, por mi docto inolvidable amigo el Sr. D. Javier de León Bendicho; Madrid, 1865.—Estudio crítico: C. Meyncke, *Questiones valerianæ*;—E. C. F. Reus, *Observationes valerianæ*;—Weichert, *Epist. crit. de C. Valeri Argonaut.*; etc., etc.

Marcia], el cual ni una sola vez le da el dictado de *compatriota*, á pesar de mencionarle en varias ocasiones. Esta cuestión, mientras no se descubran otros datos, será siempre de imposible satisfactoria solución.—Queda solo á nuestro favor la grata tradición, que le ha venido considerando como hijo de nuestra patria.

Créese que Sillio nació en el año 25 de nuestra era, bajo el reinado de Tiberio. Consagróse, desde muy joven, y con gran ardor á la Elocuencia y á la Poesía, tomando por modelo en la primera al príncipe de la Oratoria romana, con lo que llegó á adquirir una gran reputación en el foro, y en cuanto á la poesía (siguiendo el ejemplo de Lucano y de Valerio) se afaná por imitar al dulce poeta Virgilio: habiendo llegado á ser tal su predilección por estos dos grandes ingenios del Siglo de Oro, que compró las dos célebres posesiones que pertenecieron á aquéllos, la de Cicerón en Túsculo, y la de Virgilio cerca de Nápoles, donde habia sido sepultado.

Sillio pasó por todos los empleos que conducían al consulado, cuya dignidad alcanzó al frisar con los 43 años en el 68 de J. C. (1) Obtuvo asimismo el favor de Vitelio y de Vespasiano y bajo el Imperio del segundo desempeñó el cargo de procónsul en Asia, provincia que supo gobernar con extremada integridad y justicia. Colmado de honores y de riquezas, adquiridas con probidad, se retiró en su ancianidad á la Campania, donde pasó el resto de sus días, consagrado al noble cultivo de las musas. Atacado á la edad de 75 años de una enfermedad incurable, se dejó morir de inanición (2) el año 100 después de J. C., bajo el reinado de Trajano.

Rodeado en su bella quinta de Nápoles de magníficas estatuas y de preciosas pinturas, que habia recogido con exquisita diligencia, y enriquecida su rica biblioteca con los más celebrados libros, tanto

(1) El poeta Marcia aplaudió la exaltación de Sillio al consulado, deseando que se perpetuara en él aquella dignidad, cual otro Pompeyo ó César. Plinio el *Joven* escribía con relación á los títulos que habian exaltado á Sillio al consulado: *laserat famam suam sub Nerone; credobatur sponte acussasse*: añadiendo, al tomar en cuenta su recta administración en Asia: *amaculam veteris industriae laudabili otio abluerat*. La vaguedad de la acusación y la certidumbre del aplauso, dice con razón el docto Sr. Amador de los Ríos, contrastan de tal manera, que no es posible recaiga sobre el nombre de Sillio la nota infame de delator, ni lo consiente la tranquilidad con que, según el mismo Plinio, acabó sus días.—(Plinio, *Epist.* VII, libro III).

(2) El mismo citado Plinio menciona la muerte de Sillio diciendo: *amodo nuntiatum est Silius Italicus in Napolito suo inedia vitam finisse. Causa mortis valetudor*, (idem, *idem*).

griegos como latinos, se consagró de lleno á su constante vocación por la poesía y la literatura, dando la postrera mano á su *BELLA PUNICA*, poema empezado en su juventud, y única obra suya que ha llegado á nuestro tiempo, y por la cual le calificaba bastante exactamente Plinio diciendo que era poeta ó escritor de más esmero que ingenio: *Silio scribebat carmina majore cura, quam ingenio*. En efecto, el argumento de este poema épico (la segunda guerra púnica), y los materiales del mismo están tomados de Tito Livio y de Polibio, á imitación de otros poetas romanos, que habían derivado el argumento de sus cantos de la historia nacional. En cuanto á la forma poética, Silio tomó por modelo á Homero y á Virgilio. La exposición, rica en episodios, es declamatoria y proliza, notándose en todo el poema la falta de la fuerza creadora y de la inventiva, y una tendencia excesivamente forzada al empleo de lo maravilloso. Su lenguaje es natural y sencillo y la versificación rigurosa hasta la uniformidad.

Á juzgar por algunos epigramas de Marcial, Silio Itálico debió haber gozado de gran fama entre sus contemporáneos; pero después de su muerte cayó su poema en el más completo olvido, y olvidado siguió durante 13 siglos, hasta que en el año de 1415 el poeta florentino Poggio descubrió en San Galo el poema de Silio, que se dió á la estampa seguidamente, en diferentes veces, en Roma y en otras ciudades de Italia (1).

P. PAPINIO ESTACIO. — Bajo el reinado de Domiciano vivió y escribió este poeta oriundo de Nápoles (desde los años 45-96 de J. C.) Su padre, distinguido gramático y poeta, fué maestro del citado emperador. P. Papinio recibió en Roma su educación. Siendo aún muy joven se casó con la viuda Claudia, de la cual hace mención en sus poesías. Á juzgar por algunos pasajes de Juvenal debió alcanzar gran reputación en su época por su talento poético y por su especial maestría en el arte de improvisar, habiéndose hecho grato

---

(1) Vida: *Cellarius*, Diss. de Silio Itálico (edic. Drakenborch).—*C. Rupertii*, *Comm. de Silii Vita et carmini*. Traducción castellana: se ha vertido libremente á nuestra lengua, la parte de mayor interés de *Las Púnicas*, en las ilustraciones del Diccionario geográfico de la España antigua por D. Miguel Cortés, 1835.—Traducción francesa: la de Lefevré de Villebrune.—Estudios: C. Silio y su poema, por Horacio Occident;—*Ernesti*, *Disquisitione de carmine siliano*;—*Nisard*; Estudios sobre los poetas latinos de la decadencia. III, etc., etc.

hasta al mismo Domiciano, á quien prodiga las más serviles alabanzas. En edad avanzada, cuando ya sus fuerzas comenzaron á declinar, y despues de haber sido vencido en un certamen literario, se retiró á la Campania donde vivió tranquilamente, hasta el término de sus días. La gran autoridad de que gozó este poeta nos dá la razón de cómo el Dante le coloca después de Virgilio en su *Divina Comedia*.

Se han salvado de Estacio las obras siguientes: a.) Una colección de 32 poesías intitulada *Sylvas*, dividida en 5 libros. La mayor parte de ellas se hallan escritas en versos épicos y el resto en versos mélicos. Como lo indica su título, no constituyen estos cantos un solo argumento; son poesías de circunstancias, compuestas en diversas ocasiones, efusiones, productos de la inspiración del momento.—b.) Un poema épico en 12 cantos, titulado la *THEBAIDA*, cuyo asunto es la fratricida lucha entre los príncipes thebanos Eteocles y Polinice, hijos de Edipo. Era, pues, el mismo argumento tratado por otros poetas anteriores con algunos cambios y modificaciones para dar á la obra algún aspecto de originalidad. Entre las fuentes griegas de que se valió el poeta citaremos especialmente la *Thebaida* de Antímaco; en cuanto á la forma, Estacio, del propio modo que los otros épicos de su tiempo, siguió las huellas de Virgilio.—c.) *La Aquilina*, poema en dos libros, de los cuales el último es incompleto. El plan del mismo era muy extenso: pues debía abrazar las partes de la leyenda que preceden y que siguen á la Iliada: es decir, la vida y la gesta de Aquiles desde su nacimiento en adelante. Probablemente la muerte impidió al poeta su terminación. Á pesar de sus imperfecciones gozó este poema de gran reputación entre los antiguos.—d.) La tragedia *Agave*, citada por Juvenal, y otros poemas menores de Estacio, se han perdido completamente.

Estacio es un poeta instruído y susceptible de sentimientos calorosos, en el cual encontramos, sin embargo, los mismos defectos que en sus próximos antecesores, y que son la consecuencia del espíritu y carácter mismo de la época, más preocupada de la exposición y de la forma, que de la invención, del plan y de la idea general de la obra poética (1).

(1) *Dowell*, *Annales Statiáni*. *Crusius*, *Vida de los poetas latinos*, I. *La Thebaida* traducida por Juan Arjona: (en el tom. XXXVI de la B. de A. A. españoles. Rivade-



MARCIAL: *su vida, sus epigramas*.—Otro de los ingenios españoles, que honraron las letras latinas en el primer siglo del Imperio, fué el poeta M. Valerio Marcial. Nació en la ciudad de Bilbilis en la Celtiberia (hoy Calatayud en Aragón), en el año 20 de C.—Aunque de modesta cuna, sus padres le dieron una educación esmerada, con el propósito de dedicarlo á la carrera del foro; y para perfeccionarle, lo enviaron á Roma á la edad de 20 años; pero el joven bilbilitano volvió las espaldas al Derecho y se consagró por completo al cultivo de la poesía. Dióse á conocer muy en breve por su feliz ingenio; y vivió en Roma durante 35 años con el escaso fruto de sus talentos poéticos, sin haber llegado á hacer fortuna en la Metrópoli; pues, aunque supo captarse la benevolencia de Tito y de Domiciano, no le otorgaron sino meras dignidades honoríficas, como las de *caballero, tribuno y padre de familia con tres hijos*, vanas prerrogativas que no producían á nuestro menesteroso poeta ni un miserable as, y que sin embargo obligaban á mostrarse agradecido. Esta es la clave de sus lisonjas á Domiciano, de que se le censura tan acerbamente.—Despechado de ver el poco aprecio que hacía de sus obras el emperador Trajano, decidió abandonar á Roma; y, con la generosa ayuda de su amigo Plinio el joven, pudo regresar á su patria. En ella se casó con una mujer rica llamada Marcela. Vivió después algunos años, pues vemos que, desde su retiro, envió á Roma en el año 100 el libro XII de sus *Epigramas*.

El número de los epigramas, — EPIGRAMMATA — de Marcial asciende á 1.200, divididos en 14 libros: de los dos últimos el uno lleva el título de *Xenia, regalos de hospitalidad* y el otro el de *Apophoreta, regalos de mesa*, porque no contienen más que una especie de motes ó divisas, que se ponían sobre los regalos que se distribuían en las fiestas de Saturno ó en otras. El libro que se halla á la cabeza de la colección, lleva en la generalidad de las ediciones el título de *Liber spectaculorum, seu de spectaculis*, porque en su mayor parte se discurre acerca de los espectáculos dados por Tito y Domiciano. La colección, tal como existe, fué publicada por el poeta (sal-

neira, Madrid, 1855, y en los tomos 109 y 110 de la *Biblioteca clásica. Traducción francesa* de las Obras completas, por Achaintre, Rinn y Bouteville.—Estudios: O. Müller, *Quæstiones stadianæ*; E. Nauke, *Observationes criticæ et gramm.* in P. Statium;—Imhof, *Emendationes stadianæ*, etc. Véase la Obra citada de Nisard sobre los Poet. lat. de la decadencia.

vas algunas ligeras variantes). Los epigramas de los nueve primeros libros fueron dados á luz en tiempo de Domiciano; el X bajo Nerva, y los dos siguientes bajo Trajano. Los dos últimos libros contienen epigramas de los primeros tiempos de su residencia en Roma. Á pesar de que Marcial se propuso á Catulo por modelo, sus composiciones epigramáticas distan mucho de las del poeta veronés, tanto respecto de la latinidad como de la *vis epigramática*. En Catulo hay más genio poético; pero en Marcial hay más talento y agudeza, bien que muchas veces esta agudeza suele perjudicar á la claridad de sus composiciones. Además de esto, las alusiones, por referirse, como acaece siempre en esta clase de festivos ligeros poemas, á circunstancias efímeras ó locales, á ridiculeces del momento, ó á individuos muchas veces oscuros, pierden para nosotros mucha parte de sus sales. Entre los antiguos y modernos críticos de este vate latino ha habido la misma divergencia que al juzgar otros escritores de la misma época. Mientras Plinio le juzgaba favorablemente en la antigüedad, y en la edad moderna un tan docto humanista como Escaligero, quien le apellida *cultissimus poeta atque ingeniosissimus*, cuéntase del docto cardenal veneciano Andrés Navajero, que todos los años, en día señalado, quemaba algunos ejemplares de las obras de Marcial en holocausto de su buen gusto. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el chispeante poeta de Bilbilis ha dejado el tipo del punzante epigrama que en las literaturas posteriores se han complacido en imitar todos los poetas: y si no son todos los de Marcial igualmente estimables, los tiene de distinto mérito literario, según afirma ingenuamente el mismo poeta: «*Sunt bona, sunt quedam mediocria, sunt mala plura*» (1).

Bajo el punto de vista de la materia son estos joviales epigramas de gran interés é importancia para nosotros, pues nos ofrecen una variedad riquísima de pormenores acerca de la vida privada de los romanos y de sus costumbres sociales y públicas.

---

(1) A. Brandt, De Martialis poetae vita, Berlin, 1853. Traducción castellana de D. Jusep González de Salas, con el título de «*Marcial redivivus*» Zaragoza, 1649. Algunos se hallan en el Parnaso de Quevedo ilustrado por Salas. En los tomos 140 y 141 de la *Biblioteca clásica* se ha publicado la traducción castellana de los *Epigramas*. Traducción francesa por Verger, Dubois y Margeart. Paris, 1832 (col. Panck). Versión italiana: la de Pedro Magenta. Traduc. alem. completa: la de Al. Berg.—Estudios: Nisard. Obra citada.

OTROS POETAS DE ESTA ÉPOCA. — Además de los poetas estudiados en esta lección, debemos citar algunos otros, que cultivaron igual género de literatura. En la época de Vespasiano escribió el poeta *Curcio Materno* dos pretextas (*Domitius, Cato*) y una tragedia, *Thyestes*, así como *Saleyo Basso* escribió poemas al parecer de carácter mítico. Entre los que vivieron bajo el reinado de Domiciano deben anotarse al cónsul *Arruncio Stella*, poeta elegíaco-erótico; al satírico *Turno* y á su hermano el poeta trágico *Scevo*; á *Virginio Rufo* y á *Vestricio Spurinna*, autores de Poesías ligeras en el metro mélico; y, por último, á la famosa *Sulpicia*, mujer de Caleno, compositora también de poesías eróticas. La sátira que se conserva como de esta poetisa es, en opinión de autorizados críticos, de una época posterior. Además de los poetas que hemos nombrado, cita Marcial un sinnúmero de personas de todas condiciones que empleaban sus ratos de ocio en hacer versos para leerlos después en las *Recitaciones*, que habían llegado á ser la verdadera plaga de esta época.

---

## LECCIÓN 46.

### Época de Nerva y de Trajano.

#### TÁCITO.

*C. Cornelio Tácito: su vida y su carácter.*—Sus obras históricas: *La Biografía de Agricola*,—*Las Historias*,—y *Los Annales*: análisis de estas notables composiciones y juicio de las mismas.—Su obra étnico-geográfica titulada *Germania*: asunto é importancia de esta obra.—*El Diálogo de los Oradores*.

Para terminar el estudio histórico-crítico de la *Edad argentea* de las Letras romanas pasamos á ocuparnos de los prosistas y poetas que figuraron en los tiempos de Nerva y de Trajano (1). En esta *Lección* vamos á hablar del primer historiador del tiempo del Imperio: de Tácito.

*Tácito: su vida y su carácter.*—El primer historiógrafo de la época que estudiamos es, en sentir de todos los críticos, *C. Cornelio Tácito*, oriundo de una familia plebeya, y nacido según se cree comunmente, en Interamna (Terni), en la Umbria, no se sabe en qué año con certeza; pero partiendo de la aseveración de Plinio el joven, quien afirma que era Tácito próximamente de su edad (2), y sabiéndose que era algunos años mayor que este su íntimo célebre amigo, se ha supuesto que debió nacer Tácito por los años del 54 al 57: á mediados del siglo. No se tienen noticias de sus primeros años. Algunos escritores le hacen discípulo del gran retórico Quintiliano, otros de M. Aper y de Julio Segundo, oradores de fama de esta época y grandes ornamentos del foro.—Las relevantes cualidades morales y claro talento de Tácito le conquistaron bien pronto una reputación honrosa y le procuraron el afecto de uno de los ciudadanos más íntegros y dignos de aquella triste época: del renombrado Julio Agricola, el cual le entregó su hija en matrimonio, al partir para la Britannia. El singular ejemplo de las virtudes de su

(1) Nerva era amante de las letras; pero reinó poco tiempo, para hacer sentir sus efectos.

(2) Plinio nació el año 62, ó á fines del 61.



suegro contribuyó á fortalecer el alma, yá de suyo vigorosa, de Cornelio Tácito; y por cierto que le pagó tan grande beneficio: pues empezó su gran carrera de escritor inmortalizando el nombre del padre querido y del venerado maestro: uno de los primeros escritos, si nó el primero, de nuestro gran historiador es, en efecto, la magnífica *Biografía de su suegro Julio Agrícola*.

Parece que obtuvo Tácito diferentes honores durante los reinados de Vespasiano y de Tito, que fué nombrado pretor por Domiciano en el año 88, y que además fué miembro de un colegio sacerdotal (*quindecimvir sacrorum*), y que en calidad de tal, dirigió las fiestas seculares ordenadas por este príncipe.

En el año 89 dícese que dejó su habitual residencia de Roma y que viajó por la Bretaña y la Germania: otros autores escriben que no salió de Roma hasta el año 93, en que murió su ilustre suegro. Ello es que, después de la muerte de Domiciano, le vemos nuevamente en Roma, elevado por Nerva á la dignidad de *consul suffectus*, vacante por muerte de Virginio Rufo, de quien hizo Tácito el panegírico. En el año 99 lo encontramos aun en activo servicio; pero abandonó, por último, los negocios políticos, y se entregó completamente á la redacción de sus obras históricas. Se ignora el año preciso de su muerte; pero, sabiéndose que sobrevivió al amigo de toda su vida Plinio el menor, y á Trajano, se deduce que hubo de morir octogenario. Parece que debió Tácito tener prole; pues, además del efímero emperador M. Claudio, que, á fines siglo III, se envanecía de descender del gran historiador, hasta el punto de haber ordenado que en todas las bibliotecas públicas se tuviesen y renovasen copias de sus escritos, hubo en el siglo V un prefecto de la Galia, de nombre Polemio, que se gloriaba de tener la misma genealogía.

Sobre el carácter del grave historiador Tácito vamos á permitirnos extractar un párrafo de un escritor alemán, Hegewisch, citado por Schoell en su *Historia de la Literatura romana*: «Poseía Tácito un alma alimentada desde la infancia de todo cuanto el espíritu republicano de los antiguos romanos había producido grande é inmortal; ardiente de patriotismo y de amor por la verdadera gloria; embebida en el recuerdo de los fundadores de la grandeza romana, de sus virtudes cívicas, de su conducta irreprochable, de su desin-

terés en el servicio de la patria; tan llena de admiración profunda por estos grandes hombres como de indignación contra todo lo que podía degradar el carácter de los antiguos romanos; que detestaba los sentimientos serviles y el lujo y la disipación reinantes en su tiempo, no encontrando felicidad sino cuando se trasportaba en alas de la imaginación á los antiguos siglos de la inocencia, de la pureza de costumbres, de la generosidad y del patriotismo. Tal fué el alma de Tácito. A las cualidades morales reunía este escritor los talentos más extraordinarios: un genio observador, que penetraba en los repliegues más ocultos del corazón humano; un juicio seguro para discernir el enlace de una serie continuada de causas y de efectos, que sabía hacer apercibir á los demás; el espléndido don de la elocuencia y una rica imaginación poética para trazar sus cuadros con los rasgos más salientes y los más vivos colores; un espíritu en fin, severamente justo, que la dignidad de la historia supo siempre moderar, á fin de que no sirviese más que para castigar los vicios y las prevaricaciones de los hombres.»

OBRAS LITERARIAS DE TÁCITO.—Las obras de C. Cornelio Tácito pueden dividirse del siguiente modo, atendiendo á sus asuntos: 1.º) Escritos históricos: *La vida de Agrícola*,—*Las Historias*,—y *los Anales*;—2.º) Su obra etnográfico-geográfica intitulada *Germania*;—3.º) el Opúsculo literario, que le atribuyen algunos autores, en que se trata *De las causas de la corrupción de la elocuencia*.—Parece que debió dejar escritos también algunos de sus discursos, pero no han llegado á nosotros.

A.—SUS OBRAS HISTÓRICAS:

a). VITA AGRICOLÆ.—Créese que Tácito debió erigir este monumento literario á la memoria de su ilustre suegro, tres ó cuatro años después de su muerte, del 97 al 98 de Cristo. Este precioso documento histórico y literario propónese como el modelo de biografía más acabado y perfecto que nos ha legado la antigüedad. En efecto, no se sabe qué admirar más en este bello libro, si el carácter noble y amable del héroe, ó la verdad, la sensibilidad y la seriedad que reina en el trabajo del biógrafo. Tácito supo hacer que brillara en esta biografía la cualidad más difícil de encontrar en esta clase de documentos históricos: la fidelidad y la verdad. Ensalza con noble complacencia las singulares virtudes que enaltecieron

al honrado Julio Agrícola, pero no lleva sus alabanzas hasta el exagerado panegírico; antes por el contrario, no oculta la indignación que le inspira la política del Gobierno romano, del cual fué el mismo noble Agrícola alguna vez el instrumento.

b.) HISTORIARUM LIBRI.—Es este segundo escrito una *Historia de su época*, desde el comienzo del imperio de Galba hasta la muerte de Domiciano, á los cuales se proponía añadir más adelante el relato de los reinados de Nerva y de Trajano, y cuyo designio no llegó á realizar probablemente. No conocemos el número de libros de que se debieron componer estas HISTORIAS: pero debió ser bastante considerable, porque los únicos que se conservan, es decir, los cuatro primeros y el principio del quinto, no contienen más que la narración de los acontecimientos de un año.

c.) ANNALES.—Ésta obra de Tácito abraza la historia de Roma desde la muerte de Augusto hasta la de Nerón, ó lo que es lo mismo: el período de cincuenta y cuatro años que precedió al comprendido en sus *Historias*. Incurriríamos, sin embargo, en un grave error si consideráramos *Las Historias* y *Los Annales* como formando un todo: los *Annales* fueron escritos después que las *Historias*; y, ora por la materia, ora por el método seguido en ellos, forman una obra de distinto carácter y con plan enteramente diferente. En las *Historias*, como narra sucesos de su tiempo, lo hace con extensión y minuciosamente; en los *Annales* se propuso exponer los más notables sucesos de los primeros tiempos del Imperio, trazar un cuadro rápido y sumario de la historia de esta época, y lo hizo á la manera de aquellos antiguos historiógrafos que, con obras del mismo título habian tratado la historia de la República romana.

De los *Annales* de Tácito solo poseemos los cuatro primeros libros, una parte del V, fragmentos del VI, los libros XI al XV y casi todo el XVI.—En esta parte que se ha salvado por fortuna, se contiene el reinado de Tiberio, los últimos tiempos del de Claudio, y la de Nerón desde el año 67 de J. C. (1)

(1) A pesar de la orden del emperador Tácito, de que hemos hablado en otro lugar los manuscritos de los *Annales* de Tácito llegaron á hacerse tan raros, que Vindelin de Spira no pudo incluir en su edición (1468 ó 69) más que los últimos libros. Hasta entonces los únicos que se encontraron. El papa León X prometió una recompensa pecuniaria é indulgencias al que encontrase la parte de esta obra que faltaba aún. Uno de sus agentes, Angel Arcombaldi, descubrió en la abadía de Corbey, en Wets-

En estas dos obras se muestra Tácito gran maestro en el arte histórico. No son estas dos grandes composiciones meras historias pragmáticas, minuciosas y completas, de los sucesos que acaecieron en Roma durante las dos primeras dinastías; sino más bien una exposición de la verdadera vida política del Estado romano bajo los primeros Césares; de las relaciones del Poder imperial con el Estado y el Pueblo romano. En los *Anales* vemos la consolidación y rápida devaluación del principado hasta la extinción de la estirpe Julia; en cuyo punto comienzan las *Historias* narrando los hechos subsiguientes de la dinastía Flavia.

Muestra este historiador una gran profundidad de pensamiento filosófico y político en estos libros; un conocimiento grandísimo del corazón humano, y de sus flaquezas ó inclinaciones; así son tan superiores y admirables las pinturas que nos presenta de los caracteres y de las situaciones morales. Escribe con la pluma empapada en la hiel de la amargura que inunda su corazón, dolorido por los graves males que afligen á su patria; pero si su espíritu, aguijoneado por la indignación, ó por un exagerado sentimiento de patriotismo, puede alguna vez recargar las tintas sombrías de sus cuadros históricos, y aun faltar á la exactitud en sus relatos, generalmente ha y en él la honrada aspiración de no faltar á sus deberes de historiador, y de conservarse fiel á su divisa de escribir *sine ira et studio* (1). Por lo que respecta á sus opiniones políticas, aunque no descende en estas obras á pormenores que nos las den á conocer concretamente, se vé con claridad que, aunque romano admirador de las antiguas instituciones republicanas, acepta la Monarquía imperial como una necesidad de los tiempos;—en cuanto á sus tendencias filosóficas, le vemos fluctuar entre el estoicismo y el epicureismo, si bien se inclina más á los severos principios del Pórtico;—y lo mismo acontece respecto á su sentido religioso, por más que reina en él (tal vez por la desesperación en que vivían estas almas

---

falia, un ms. legado por el arzobispo Anshaire, fundador de este convento, que contenía los cinco libros primeros de los *Anales* de Tácito. Felipe Bervaldó lo publicó, por orden del papa, en 1515, en Roma.

(1) Algunos escritores le tacharon en la antigüedad de haber faltado á la verdad histórica. Paehr cita el siguiente texto de Tertuliano: *Tacitus sane ille mendaciorum loquacissim. us.* Apolog. 16. (L. R. II, 213.)



rectas en medio del inmundo lodazal de la sociedad pagana) tal incertidumbre, que ha dado margen para tachar á nuestro historiador, en cuanto á religión, de epicúreo ó de ateo, aunque tal vez no fuera ni lo uno ni lo otro.

Por lo que respecta al estilo, es tan enérgico y vigoroso como el de Salustio y el de Tucídides. Es además carácter predominante en la manera de decir de nuestro historiador la concisión en la expresión de sus pensamientos, lo que contribuye en gran manera á dificultar la inteligencia de sus escritos; y de aquí el que se le haya censurado de dureza y oscuridad. En cuanto al lenguaje de Tácito no puede negarse que adolece del defecto que era peculiar á su siglo, y que ya hemos notado en todas las producciones literarias de este período: del amaneramiento retórico. Las exageraciones declamatorias, y el recargamiento de figuras retóricas son en él de uso harto frecuente, así como las voces y elocuciones arcaicas y poéticas.

B. LA GERMANIA.—Una de las obras geográficas más interesantes que la antigüedad nos ha transmitido, es la de Tácito intitulada *DE SITU, MORIBUS ET POPULIS GERMANIÆ LIBELLUS*, descripción geográfica y política de la antigua Germania, ó sea, de la parte del N. O., única de este vasto país conocida de los romanos.

Su obra se divide en tres partes: en la primera (cap. 1-5) trata de la situación de la Germania, del origen de su población, y de la naturaleza de su suelo.—En la 2.<sup>a</sup> (cap. 6-27) de las costumbres de los germanos en general: de su manera de hacer la guerra y de sus costumbres privadas y civiles; y en la 3.<sup>a</sup> pasa revista á los diversos pueblos germánicos en general y á los usos y costumbres que los distinguen.

Se ha discutido no poco acerca de las fuentes en que debió tomar Tácito las interesantes noticias geográficas que nos suministra esta obra. No puede asegurarse que las recibiera sobre el terreno, puesto que su permanencia entre los germanos ó entre los belgas sus vecinos, es un problema. En opinión de muy doctos críticos debió recogerlas de los militares que habían hecho las campañas de la Germania; de los romanos que habitaban las provincias limítrofes; de los tráfugas que como Marbod y Gottwa (Catualdus) se refugiaron en Roma, y de la gran obra sobre las guerras de Ger-

mania, escrita por Plinio el Antiguo, desgraciadamente para nosotros perdida.

No menos se ha disputado sobre el fin que Tácito debió llevar al publicar su *Germania*: han creído unos que debió proponerse al mostrar las costumbres sencillas y virtuosas de estos pueblos bárbaros, dirigir una sátira á las costumbres depravadas de sus contemporáneos; otros, que quiso mostrar á los romanos bajo su verdadero aspecto una región que cada día tenía más importancia para ellos; otros han llevado la cosa más lejos y han pensado que Tácito vió como por inspiración los peligros que amenazaban al pueblo romano de la parte de los pueblos del Norte, y quiso señalarlo á sus compatriotas, excitándolos á que volvieran á la antigua sencillez de sus costumbres para poder resistir al enemigo que amenazaba la seguridad de sus descendientes.

Sea de ello lo que quiera, esta obra de Tácito, á pesar de los graves errores que contiene, es el monumento principal que poseemos par. la historia antigua del Norte.

La redacción última de esta obra y su publicación debió tener lugar entre el año 98 y el tercer consulado de Trajano (100 después de J. C.), es decir, antes que la de las *Historias* y los *Anales*.

C. DIALOGUS DE ORATORIBUS. — Atribúyese, por último, al escritor Cornelio Tácito una obra escrita en los últimos tiempos del reinado de Tito, ó á principios del de Domiciano, en la cual se exponen y explican las causas de la corrupción de la elocuencia en la época del Imperio. En esta obra expone el autor sus propias ideas en forma de un diálogo entre las notabilidades literarias del tiempo de Vespasiano. Otros autores, negando la paternidad de esta obra á nuestro historiador, la atribuyen á otros muchos escritores: unos á Plinio *el Joven*, otros á Suetonio, otros á Quintiliano.

Por la exposición que acabamos de hacer de las obras literarias de este escritor se comprenderá con cuánta razón le alabaron contemporáneos y amigos suyos de tanto valer como Plinio *el Joven*; el entusiasmo que tuvo por este historiador Amiano Marcelino;— y el sinnúmero de sus admiradores en la época del Renacimiento, entre los cuales nos bastará mencionar á algunos de los más ilustres, como Cosme de Médicis, Montecúculi, Hugo Grozzio, G. Vos-

sio, y sobre todos al dócto Justo Lipsio, quién llegó á hacer de este historiador un tan continuo estudio, que se lo sabía casi de memoria, lo cual le valió el título de Salvador de Tácito, *Sospitator Taciti* (1).

---

(1) *J. Lipsius*, Taciti Vita. *Meioroto*.... De Taciti moribus. *D. Moller*, Dissert. de Tácito. *J. Gestrich* Diss. de Vita et scriptis Taciti. *J. Boetticher*, De T. vita, scriptis et scribendi ratione, etc.—*Traducciones españolas*: la de Sueyro; Anvers, 1613; Madrid, 1614; la versión castellana de los Cinco primeros libros de C. C. T. por Antonio Herrera Tordesillas; Madrid, 1615; y otra de los mismos cinco libros, ó sea, del Tiberio, por D. Baltasar Alamos de Barrientos; la traduc. de la *Germania* y la *Vida de Agricola* por Felipe V. La traduc. de las *Historias* y los *Annales* por don Carlos Coloma; Madrid, Imp. Real, 1794; reimpressa en los tomos 17, 18 y 40 de la *Biblioteca universal* de Medina y Navarro. *Traduc. francesas*: la de Dureau de la Malle, la de Bournout y la de Panckouche. *Traduc. italianas*: las de Valeriani de Petrucci, de César Balbo, etc.—*Traduc. alemanas*: las de Gutmann, Rothz, Ritter, etc. *Estudios: Hegewi* A, Sobre el carácter de Tácito considerado como escritor;—*Woltmann*, Sobre la vida, y el espíritu de las obras de Tácito;—*Fr. Roth*, Tucídides y Tácito comparados;—*Lerminier*, Estudios de Historia;—*Liebert*, De doctrina Taciti;—*Dubois Guchan*, Tácito y su siglo;—*F. Savaete*, Estudio sobre Tácito.

## LECCIÓN 47.

### **Plinio el Joven y otros prosistas, sus contemporáneos.**

*Plinio el Joven*: su vida y su carácter. Plinio considerado como orador; examen de su *Panegírico de Trajano*. Sus *Cartas*: contenido y valor literario é histórico de las mismas.—*L. Anneo Floro*: opiniones diversas acerca de su patria y de su época. Su Epítome de la Historia romana: carácter del mismo.—Otros oradores, historiadores, gramáticos, literatos y jurisconsultos de esta época.

En este capítulo vamos á ocuparnos del orador y epistológrafo *Plinio el Joven*, del historiador *Floro* y de los otros cultivadores de la prosa, que figuraron en los tiempos de Nerva y de Trajano.

**PLINIO EL MENOR: su vida y su carácter.**—Después de Cicerón no hubo tal vez un orador que se conquistara tan alta y merecida reputación como *Plinio*, apellidado *el Menor* ó *el Joven*, para distinguirlo de su tío el docto Plinio el naturalista.—Se hizo asimismo célebre por su interesante Correspondencia literaria.—Nació Plinio *el Joven* en Novocomo, en la alta Italia, hacia el año 62. Sus padres fueron L. Cecilio y una hermana de Plinio *el Mayor*. Por consecuencia de la prematura muerte de su padre, se propusieron su ilustre tío, quien lo adoptó por hijo, y su tutor Virginio Rufo, darle una educación brillante; y, con tal intento, fué llevado á Roma para oír las lecciones de los maestros que gozaban de más nombradía; y, en efecto, las recibió del famoso retórico español M. Fabio Quintiliano y otros.—Á los 19 años pronunció su primera peroración en el foro. Más tarde le vemos militando en el ejército de Siria, y después desempeñando en Roma los más distinguidos cargos públicos; fué elevado á la pretura á la edad de 31 años; y sucesivamente fué tribuno de los soldados, tribuno de la plebe, pretor y prefecto del tesoro. Vivió retirado de la vida pública durante el reinado de Domiciano, y volvió á entrar en ella en los tiempos de Nerva y de Trajano. Este emperador le confirió en el año 100 ó 101 la dignidad de cónsul, en reconocimiento de lo cual, escribió Plinio su famoso citado *Panegírico*. Dos años después le envió en calidad de



procónsul al gobierno de la Bythinia y del Ponto. Á ese tiempo se refieren sus ruegos á Trajano en favor de los cristianos. Su muerte se presume debió ocurrir desde los años 110 al 114.

Es el escritor y orador, de que nos ocupamos, una de las figuras más simpáticas de la antigüedad. Era de naturaleza física débil: y de un carácter honrado, amable y nobilísimo. Suave y bondadoso con sus inferiores y generoso y espléndido con sus amigos, entre los cuales se contaron un Quintiliano, un Silio Itálico, un Marcial, un Tácito; amoroso hasta lo sumo en la vida de familia. Contrajo tres veces matrimonio: dos en tiempo de Domiciano, y últimamente con la espiritual discreta Calpurnia; pero sin haber dejado sucesión. Su blandura de sentimientos no le llevaron, sin embargo, hasta la falta de rigidez en las ocasiones que la demandaban: así vemos con cuánta energía, interesándose por la viuda de su amigo Helvio, la venerable Fannia, digna descendiente de la familia Arria, pidió en pleno Senado el castigo de Certo, que acababa de ser nombrado cónsul designado. Su amor al estudio no se extinguió jamás; antes por el contrario, entre las ocupaciones de sus cargos y el noble culto de las letras compartió entera su existencia, habiéndose hecho célebres sus nobles entretenimientos en aquella quinta laurentina, de cuyos encantos habla con tan grata complacencia (1).

SUS OBRAS.—Como orador llegó á conquistarse gran nombre por sus discursos pronunciados ante el tribunal de los centumviros y en los procesos criminales, en tiempo de Domiciano. Plinio comenzó á publicar durante el reinado de Nerva, después de haberlos retocado, los discursos que había pronunciado en la época precedente; pero de todas sus piezas oratorias no se ha salvado más que el citado PANEGÍRICO DE TRAJANO. — Asimismo empezó á redactar, en los primeros tiempos del reinado de Nerva, la preciosa COLECCIÓN DE CARTAS, distribuídas en 9 libros, que había de ser más tarde (desde el 97 al 108) entregada á la publicidad. Esta bella *Correspondencia* ha llegado á nosotros, así como algunas de sus interesantes epístolas al noble emperador Trajano.— Á la edad de 40

---

(1) C. Fca, Relación de un viaje á Ostia y á la villa de Plinio llamada *Laurentina*. Roma, 1802.—*Haudembourl*, La *Laurentina*, casa de campo de Plinio, etc. Paris, 1838. *Vatery*, Viaje literario á la Italia. XV, 6, IV, 8. *Cantú*, Hist. de Como, I, 97.

años se decidió á proseguir algunos ensayos poéticos iniciados en su juventud: pero nada ha llegado á nosotros de lo que él llamaba sus *Lusus* y sus *Ineptia*: (Juguetes y bagaetas literarias).

a). El PANEGÍRICO ó ELOGIO DE TRAJANO es un notable ejemplar de aquella oratoria encomiástica, que había quedado como única posible en los días del Imperio. Es una oración, en acción de gracias á Trajano, pronunciada por Plinio ante el Senado, cuando fué designado cónsul por el emperador. En ella ensalza las virtudes de Trajano, y los grandes servicios que el noble príncipe venía prestando á su patria. Para apreciar la importancia de este discurso es preciso recordar que lo pronunció Plinio cuando estaba todavía vivo el recuerdo de Domiciano. No se volvía con Trajano á aquellos días memorables de la antigua libertad romana del tiempo de la República; pero Plinio y los ciudadanos honrados de su tiempo, recordando los días de mortal inseguridad para el honor y para la vida, que corrieron durante el funesto reinado de Domiciano, pronunciaban aquellas alabanzas con toda sinceridad y saliendo de lo íntimo del alma agradecida.—Es cierto que se prodigan estos loores en el *Elogio* que nos ocupa, pero la ingenuidad con que se escribieron debe suavizar la censura: y en cuanto á las abundantes galas poéticas que lo adornan, deben mirarse como no excesivas, dado el gusto dominante. Antes bien, es preciso reconocer que en este *Panegirico* (1) mostró Plinio su delicada imaginación, un gran talento de exposición y un exquisito gusto de lenguaje. Es, además de eso, de gran precio bajo el punto de vista histórico; porque, al reseñar la vida y hechos de Trajano, nos ha transmitido pormenores muy interesantes acerca de un período cuyos historiadores se han perdido.

b). SUS CARTAS.—Pero todavía es más estimado Plinio como epistológrafo que como panegirista. Sus *Cartas*, como destinadas por el mismo autor para la publicidad, fueron desde luego escritas con el más exquisito esmero, y este mismo exceso de lima es lo

---

(1) Este *Encomio* ó *Panegirico* fué recitado dos veces ante el Senado. Los grandes aplausos que prodigaron sus amigos á Plinio por este trabajo literario, le movieron á darle mayor desenvolvimiento. Esta nueva redacción ó ampliación de la primera es la que ha llegado á nosotros: nó el *Panegirico* tal como le pronunció ante los Senadores.

que, en sentir de ciertos críticos, las hace inferiores á las de su modelo M. Tulio Cicerón. Á pesar de su estilo un poco afectado, y del tono algo jactancioso (defectos de época) que se notan en ellas, y por el que con razón se las censura, son las *Cartas de Plinio* interesantísimas: no solamente porque ellas nos dan á conocer el espíritu y el bondadoso corazón de su autor, sino porque derrama un raudal de luz sobre la historia, la jurisprudencia, la administración del Estado, los usos, las costumbres, la literatura y las artes de la época; porque nos dan á conocer sus relaciones con los varones más insignes de su tiempo; porque nos enteran de la vida y de los estudios de su tío el célebre naturalista, de su fin deplorable, etc. El más notable de los diez libros de este curioso Epistolario es el X: en el cual se contiene la mencionada correspondencia suya con el noble emperador, que tan preciosos detalles nos suministra acerca del gobierno de las provincias, durante aquel reinado. Para nosotros, la más interesante de todas estas cartas es la concerniente á los primeros cristianos.—Son, en una palabra, las Epístolas de Plinio, tan bellas como instructivas (1).

L. ANNEO FLORO.—La época precisa en que vivió este escritor, su patria y las circunstancias de su vida, nos son tan desconocidas como las de Q. Curcio Rufo y las de otros autores antiguos: en tanto se le llama Lucio Anneo en los mismos códices, como L. Julio Floro; muy respetables autores le hacen oriundo de la España y de la egregia familia de los Sénecas; otros le creen de la Galia: ya se le toma por aquel Julio Floro Segundo, ensalzado por su elocuencia en las *Instituciones* de Quintiliano; ora se le toma por el Floro que suponen algunos autor de la *Octavia*, tragedia de Séneca, ó bien se le cree autor del himno *Pervirgilium Veneris*.—Lo cierto es que, llevando al frente el nombre *L. Anneo Floro*, poseemos un Compendio de la historia romana intitulado *Epitome de gentis Romano-*

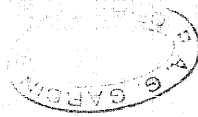
(1) Sobre su vida y sus obras. *Masson*. C. Plinii Vita ordine chronologico digesta. Amst. 1709. *Tanqmann*. De Plin vita... Breslau, 1865. *Lagergren*. De vita et elocutione Plinii Secundi; Upsal, 1872. *E. Cavet*, Estudio sobre Plinio el Joven; Tolosa, 1857. *Grasset*. Plinio el Joven, su vida y sus obras; Montpellier, 1865. Traducción castellana del *Panegirico*, de Plinio, en el tomo 154 de la «*Biblioteca clásica*» de Medina y Navarro. Traducción francesa de las Cartas y el Panegirico; Londres, revisada y corregida por Julio Pierrot; Paris, 1826 (Col. Panck.) Estudios: *J. G. Veld*, Observat. in Plin. Panegyricum; *J. C. Orelli*, Hist. crit. Epist. Plinii et Trajani (en su edición); etc., etc.

*rum*; y que, atendiendo á un pasaje del proemio de esta obra, han colocado algunos escritores á Floro y su historia en la época de Adriano; en la de Trajano le han puesto Gerardo Vossio y otros, como Freinshein, J. Voss, Hermann, Moller, Saxe, Duker, Gosrau y otros. Nuestro docto historiador de las letras españolas, D. José Amador de los Ríos, le coloca también en estos tiempos del Imperio. Siguiendo, pues, á tan autorizados escritores, y siendo desconocida la época exacta de su existencia, hemos colocado en este lugar al citado autor del *Epítome rerum Romanorum*.

Abraza este Compendio histórico, dividido en 4 libros, desde la fundación de Roma hasta el año 725, en que César Augusto cerró el templo de Jano. Más que un verdadero resumen, fiel y exacto, de la historia de Roma durante este período, el *Epítome* de Floro viene á ser una especie de panegírico del pueblo romano, exornado con todas las galas del lenguaje, y escrito en un estilo oratorio y casi poético. En el relato de los hechos parece ser un mero abreviador de las narraciones de T. Livio, y tal vez de otros buenos historiadores antiguos; pero, por su carácter especial, en este resumen histórico, como antes que de la exactitud, el entusiasta autor se preocupa de la grandeza de Roma, que trata de dibujar á grandes rasgos, y con mano vigorosa, se encuentran errores cronológicos y geográficos, que lo hacen defectuoso bajo el punto de vista científico, así como lo es bajo el aspecto literario, por ese estilo oratorio y poético ajeno al rigor de la verdadera exposición histórica (1).

OTROS PROEISTAS DE ESTA ÉPOCA.—*Oradores*: Al lado de las grandes figuras literarias de la época, Plinio nos dá á conocer un gran número de personajes, de diverso rango, que se distinguieron como oradores y como abogados, en el Senado y en el Foro, la mayor parte de los cuales publicaron sus discursos: entre ellos *Pompeyo Saturnino*, *Voconio Romano* y *P. Anneo Floro*.—*Historiadores*: *Claudio Ptolión*, *Fannio* y *Pompeyo Plauto*.—La *jurisprudencia* estuvo representada en el reinado de Trajano por un número de hombres eminentes; entre los proculeyanos por los fecundos escritores *Neracio Prisco* y *Juvencio Celso*; entre los sabinianos por

(1) *Salmassius*, Proleg. in Flor. D. Moller, Disputatio de L. Anneo Floro. E. Titze, De Epítome rerum roman... vero auctore et operis antiqua forma.—Véase á Bæhr, Teuffel, Schoell, en sus Hist. de la L. R. y á A. de los Ríos, en la H. de la Literatura española, t. I. Traducción española del *Compendio* de Floro, por D. J. Eloy Díaz Jiménez, en el tomo 84 de la citada *Biblioteca clásica*. Traducción francesa del *Epítome* de la de Ch. du Rozoir, con notas y coment.: París, 1829.



*Javoleno Prisco, Ticio Aristo y Minicio.*—Gramáticos.—Los más notables de la época de Trajano son: *Urbano*, comentador de Virgilio, *Velio Longo* y *Flavio Caper*. Bajo el nombre de este último se conservan dos pequeños tratados: *De Orthographia* y *De verbis dubiis*. En este tiempo escribió también Casselio Vindex sus *Lectiones antiquae* y Cloacio Vero.—Finalmente, como *escritores científicos*, figuraron en el reinado de Trajano varios agrimensores y geómetras: como *Hygino*, del cual poseemos un tratado jurídico considerable de agrimensura, y un tratado *De munitiombus; Balbo*, autor de unos elementos de Geometría; el agrimensor *Siculo Flacco*, de un opúsculo intitulado *De conditionibus agrorum*, etc. (1).

---

(1) Sobre todos estos escritores véanse las anotaciones de Teuffel: H. de la L. R. II, y en Baeh-, obra citada.

## LECCIÓN 48.

### Los poetas del tiempo de Nerva y de Trajano.

*Juvenal:* su vida. Examen analítico crítico de sus famosas sátiras. Otros poetas de este período.

*JUVENAL: su vida.*—Uno de los escritores que, al par de Tácito, legaron á la posteridad el cuadro fiel de la sociedad romana decrépita y corrompida de esta época del Imperio, fué el poeta satírico Décimo Junio Juvenal. Pocas y contradictorias son las noticias biográficas que poseemos acerca de este vate esclarecido. De las que parecen más verosímiles, y del texto de sus mismos escritos, se deduce que la fecha de su nacimiento debió tener lugar hacia el 795 de R., ó sea, el 42 de la era cristiana. De su familia sabemos tan sólo por Suetonio, que era su padre, ó la persona que le educó, (*incertum filius an alumnus*) un rico liberto. Era Juvenal natural de Aquino, ciudad de los Volscos, y vivió más de 80 años; desde el reinado de Calígula hasta el de Adriano. Parece que se consagró en Roma con ardor á la elocuencia, es decir, á la *declamación*, y que hasta edad algo avanzada no cultivó la poesía; pero las circunstancias políticas del tristemente célebre reinado de Domiciano, obligaron á nuestro poeta á tener bien ocultos sus primeros ensayos satíricos: no aparecieron, por consiguiente, hasta más adelante. Cuéntase, sin embargo, que por haber en una de sus sátiras, la VII, dirigido una pulla picante á un histrión ó pantomimo llamado Páris, favorito de Domiciano, y creídose que en ella aludía á un actor, querido de Adriano, el príncipe envió al poeta, yá octogenario, á purgar su atrevimiento en un destierro *honroso*, en calidad de jefe de una cohorte al centro del Egipto, según unos; á la Bretaña, según otros; pues en la época, causa y lugar de destierro hay gran discrepancia entre los autores: si bien hay conformidad en el hecho del destierro, y en que residió por este ú otro motivo en Egipto. En los primeros años del reinado de Trajano (95 de C. ú 885 de R.),

parece que se hallaba ya de retorno en Roma y que murió á los pocos años, en tiempo de Adriano, á los 81 ú 82 de su vida.

SUS SÁTIRAS.—Poseemos de Juvenal 16 soberbias sátiras, que los gramáticos posteriores dividieron, á lo que parece, en 5 libros. La composición de estas sátiras tuvo lugar en épocas diferentes. En cuanto á su publicación creen los críticos más perspicaces que debió tener lugar en el reinado de Trajano, después del regreso á Roma del poeta: por lo menos en las seis primeras hay mayor causticidad y vehemencia; las últimas muestran ya un carácter de senilidad, que están revelando claramente que debieron ser escritas y publicadas por Juvenal en sus últimos años.

Diez y seis son las sátiras que poseemos de este poeta, las cuales se hallan divididas en cinco libros.

En la 1.<sup>a</sup> *Sátira*, que es un verdadero prefacio, explica los motivos que le han impulsado á coger la pluma en la mano. Ante el espectáculo de la depravación reinante en las costumbres, dice, es imposible permanecer en silencio: (*difficile est satiram non scribere*); y á falta de genio, puede inspirar á cualquiera la musa de la indignación; (*si natura negat, facit indignatio versus*): después de esto, pasa á enumerar los varios asuntos que han de ser tratados en sus poemas satíricos;—la *Sátira* 2.<sup>a</sup> vá dirigida contra la depravación de los grandes y contra los pseudo-filósofos; severos en apariencia y de costumbres licenciosas: *qui Curios simulant et bachannalia vivunt*.—En la 3.<sup>a</sup> *Sátira* se pintan los inconvenientes y peligros de residir en Roma;—la 4.<sup>a</sup> *Sátira* vá contra el vicio de la gula y contra el lujo que se desplegaba en los festines: en esta pieza satírica es donde se encuentra la célebre anécdota del robadallo de Domiciano; la discusión famosa del Senado, consultado por el emperador sobre la manera más conveniente de prepararlo, es por todo extremo cómica; es de ver el embarazo de los graves senadores, nó por ignorar la salsa que vendría mejor al formidable cetáceo, sino por la dificultad de encontrar una vasija bastante capaz para contenerle: *deerat pisci patinæ mensura*;—la *Sátira* 5.<sup>a</sup> contra los *patronos*, que no protegen debidamente á sus *clientes*.—En la 6.<sup>a</sup> *Sátira* se presenta al desnudo la repugnante imagen de la corrupción de aquel nefando siglo; el relato de los desórdenes y la pintura de los vicios están presentados con colores tan vivos que ofenden el pudor;—la *Sátira* 7.<sup>a</sup> se ocupa de la condición mísera en que vive la gente de letras en un país en que los ricos desprecian las ciencias;—en la 8.<sup>a</sup> *Sátira* de Juvenal, como en la 6.<sup>a</sup> de Horacio y en la 5.<sup>a</sup> de Boileau, se hace ver que la nobleza r dice sólo en la virtud y en el mérito personal: *nobilitas sola atque unica virtus*;—en la 9.<sup>a</sup> *Sátira* se atacan vicios familiares á los romanos de su tiempo;—en la 10.<sup>a</sup> *Sátira*, llamada con gran entusiasmo por

Dryden la *divina*, el poeta hace ver cuán poco bastan á labrar la dicha, los honores y los bienes de fortuna, y cuán insensatos suelen ser siempre los *deseos y votos de los hombres*, que olvidan las leyes divinas;—la 11.<sup>a</sup> *Sátira* es una invitación á Pérsico, amigo del autor, para que le acompañe en su mesa, ofreciéndole una modesta comida, con cuyo motivo hace el elogio de la frugalidad;—la 12.<sup>a</sup> *Sátira* vá lanzada contra los indignos *hæredipetas* (plaga social desconocida en nuestro tiempo);—la 13.<sup>a</sup> *Sátira* vá dirigida á su amigo Calvino á quien se le había negado por uno cierta formidable suma que aquel le había dejado en depósito: el poeta procura consolarle; y con este motivo desenvuelve las más puras doctrinas;—en la *Sátira* 14.<sup>a</sup> se trata de las graves consecuencias del mal ejemplo en la familia;—en la *Sátira* 15.<sup>a</sup> pone en ridículo las supersticiones insensatas y feroces de los egipcios;—y, por último, la *Sátira* 16.<sup>a</sup> se ocupa de las ventajas del estado militar: este poema satírico dúdase por algunos críticos que sea de Juvenal.

En esta Colección de graves sátiras, de tintas melancólicas y sombrías, se reflejan por un lado la rigidez estoica del poeta; las profundas amarguras de su alma y el negro pesimismo que se había apoderado de todas las almas rectas de aquel tiempo. La manera de Juvenal difiere completamente de la de sus ilustres predecesores Horacio y Persio: no encontraremos en sus poemas ni la grata jovialidad del poeta de Venusa, ni las abstracciones teóricas y el desprecio filosófico del discípulo de Cornuto; sino cuadros de costumbres, dibujados con mano vigorosa, y tremendas invectivas contra las hediondas immoralidades de su siglo: *Juvenalis ardet, jugulat, Persius insultat, Horatius irridet.*

El espíritu retórico declamatorio, que penetró en aquella época en toda su literatura, lo encontramos también en Juvenal; pero, á pesar de este defecto, que podríamos llamar de época y de escuela, la animación y enérgica vehemencia y el lenguaje nervioso y varonil de estas celebradas sátiras les dieron un gran precio en la antigüedad y justo merecido renombre en los siglos posteriores. La oscuridad, que ofrecen algunos pasajes por las alusiones ó por la excesiva concisión con que están expresados, hizo necesario el que fuesen comentadas, y desde el siglo III los gramáticos se dedicaron á este trabajo de erudición. La mayor parte de estos comentarios háñse perdido; pero algunos de estos escolios se han salvado, los cuales fueron en el siglo XVI dados á luz con grandes incorrecciones, y en nuestro siglo por Cramer con grandes mejoramientos, en



vista de un código antiguo descubierto en San Galo.—Las sátiras de Juvenal, lo mismo que las de Persio y Horacio, han sido objeto de otra multitud de trabajos de erudición y de crítica: y se tienen como fuente preciosa para el estudio, siempre interesante, de las costumbres de la antigua Roma (1).

OTROS POETAS DE LA ÉPOCA.—Plinio nos ha transmitido los nombres de un gran número de personajes consagrados á la poesía, los cuales ensayaron todos los géneros: citanse entre ellos á *Octavio Rufo*, á *Titinio Capiton*, *Passenio Paulo*, imitador de Propercio y de Horacio, *Caniario*, poeta épico, *Sex. Augurio*, poeta lírico; *Virgilio Romano*, autor de comedias y de mimiambos y *P. Anneo Floro* (de quien poseemos algunos fragmentos), de origen africano. (2)

---

(1) *J. V. Franke*, Examen criticum Juv. vitæ. Altona, 1820; y *De vita Juv. questio altera*, Dorpat, 1827. *B. Borghesi*, Sobre la Época de Juvenal; Roma, 1847. *C. Synnerberg*, De temporibus vitæ carminumque Juvenalis rite constituendis. Helsingfors, 1866. *Kempf*, Observaciones in Juvenalem. Berlín, 1843. *Traducción española*: Declaración magistral de las Sátiras de Persio y de Juvenal, por Diego López; Madrid, 1642; y la traducc. en verso de D. Luis Folguera Sión; Madrid, 1817. En el tomo 158 de la *Biblioteca clásica*, que edita en Madrid hoy la Vda. de Hernando, se ha publicado de Juvenal una traducción castellana, en verso, por nuestro queridísimo discípulo, el eximio poeta y docto humanista D. Francisco Diaz Carmona, Catedrático del Instituto de Córdoba. *Versión francesa* en prosa: la de Baillot, 1828; y en verso la de V. Fabre de Narbonne; Paris, 1825. Estudios: *G. Pintzar*, De versibus spuriiis... in Juv. Satyris dissertatio;—*Nisard*, Poetas de la decadencia;—*Widal*, Juvenal y sus sátiras: estudios literarios y morales;—*G. Boissier*, Juvenal y su época;—*Madrig*, De locis aliquot Juv. interpretandis;—*G. Lehmann*, Antiquitatis Rom. domesticæ in Juv. sat. illustratæ... etc., etc.

(2) Sobre estos poetas v. Teuffel, Baehr, Schoell, obras citadas.

## LECCIÓN 49.

### B.—Edad de cobre de las Letras latinas.

Escritores latinos del siglo II de nuestra era.

En la parte general de este Curso histórico-literario dijimos que el último período de la Literatura latina clásica se llama por los tratadistas *Edad de Cobre*, porque representa una época de completa esterilidad para la bella-literatura, y determinamos las causas que motivaron esta sensible decadencia. Vamos, pues, á trazar, en rápido bosquejo, pues no permite tampoco otra cosa la índole de nuestro curso, el cuadro de la cultura literaria correspondiente á las tres centurias que abraza este largo período de decrecimiento intelectual de la Roma gentilicia; y, aunque brevemente, apuntaremos también los nombres y producciones de los primeros insignes escritores cristianos que ilustraron la Literatura sagrada latina en estos mismos siglos.

En el siglo II vamos á dividir los escritores latinos en tres épocas: 1.<sup>a</sup> la de Adriano;—2.<sup>a</sup> la de los Antoninos;—3.<sup>a</sup> la de Cómodo y Septimio Severo.

I. ESCRITORES DE LA ÉPOCA DE ADRIANO (117 á 138).—En toda esta época (yá se dijo en su lugar correspondiente) á los trabajos originales suceden las frías imitaciones, á las obras de vasta extensión los resúmenes, á la elocuencia la declamación y la afectación retórica, en una palabra, á las obras del genio los productos de la fría erudición. No cabe, pues, esperar de este siglo literatura poética espontánea, ni aun siquiera elegante. Más que poetas, son prosistas los escritores que aparecen en este tiempo. En el reinado de Adriano figuran como cultivadores de las letras el mismo emperador, oriundo de Itálica en la España, los historiadores Suetonio, Justino, los jurisconsultos Salvio Juliano y Pomponio, etc.,—y los gramáticos Q. Terencio Scauro y otros varios.

a). *Adriano*.—El emperador P. Elio Adriano, natural de Itálica, en España, vivió desde el año 76 al 138. En este famoso príncipe se dieron las cualidades más extrañas y opuestas: supersticioso y escéptico; sociable y suspicaz; de buen corazón y cruel; torradizo y voluntarioso, en una pala-

bra, no guardaba seriedad ni perseverancia en nada. Pero esta movilidad le obligó á girar de acá para allá por todo el Imperio y fué originadora de muy útiles instituciones. Cultivó la literatura, y la miró con predilección; pero sus escritos no dejan ver en él sino un mero aficionado.

Sus *Sentencias* y *Epístolas* fueron dadas á luz por Goldast, en 1601: sus rescriptos en el *Corpus legum*, de Hanel.

b.) *C. Suetonio Tranquilo*.—El escritor más distinguido de este tiempo es Suetonio (75-160 de J. C.) Las primeras muestras de su talento, como abogado y como escritor, las dió en el reinado de Trajano, y después desempeñó el alto cargo de Secretario de Adriano; pero, habiéndose retirado después á la tranquila vida del estudio, recorrió toda la enciclopedia de la antigüedad, á semejanza de Varrón; y más especialmente consagró su atención á las investigaciones históricas de la literatura y de la lengua, según hemos podido notar en todo el curso de esta obra, pues á él se refieren la mayor parte de las noticias que se tienen respecto á escritores de la antigua Roma. Escribió en latín y en griego, como era muy común en los autores de este tiempo. Poseemos de C. Suetonio una parte muy notable de su obra *Varones ilustres* (poetas, oradores, historiadores, filósofos, gramáticos y retóricos romanos), y casi completas sus *Vidas de los doce Césares*. Tienen el defecto estos escritos de todos los de su tiempo, la afectación retórica; pero en cambio sus relaciones están tomadas de buenas fuentes y con fiel diligencia y juicio inteligente.

De los *Viri ilustres* la parte mejor que se conserva es la *de grammaticis et rhetoribus*. Traducciones: la española de Jáime Bartolomé, canónigo de Urgel; Tarragona, 1596; la francesa de Alph. y Augusto Trognon; y la alemana de Dorgens.—En el tomo 64 de la citada *Biblioteca clásica*, ha aparecido una versión castellana de las *Vidas de los XII Césares*, por J. Norberto de Castilla.

c.) *Justino*.—De esta misma edad es probablemente Justino, el abreviador de Trogo Pompeyo; así como el historiador de César, JUVENCIO MARCIAL. Los demás historiadores de este tiempo fueron griegos, y escribieron en lengua de su patria; como Cassio, Longino y Flegon.

d.) *Los juriconsultos*.—El más reputado juriconsulto de esta época fué *Salvio Juliano*. Por orden imperial coleccionó y arregló los Edictos pretorios del tiempo de la R. P. y publicó además 90 libros de discusiones jurídicas, que fueron insertos en el Digesto de Justiniano. Figuraron además, como cultivadores de la Jurisprudencia, *Sex. Pomponio*, autor de una Historia del Derecho hasta la época de Adriano, también incluida en

la citada Compilación de Justiniano, — y otros varios. — *Zimmern*, Historia del Derecho romano, I, 337—340.

e.) — *El gramático Q. Terencio Scawro y otros escritores.* — El gramático más célebre de este tiempo fué *Q. Terencio Scawro*, autor de una gramática latina y de una poética: este es el famoso comentador, más de una vez mencionado, de varios poetas antiguos, de Plauto, de Virgilio, de Horacio. De él se conserva todavía un opúsculo acerca de la *Ortografía* que, aún hoy, es de interés para la historia de la lengua. (*Brambach. Lat. Orthograph.* 47-49). A la misma época pertenecen los gramáticos *Veleyo Celer*, *Elio Melisso*, *Domizio*; y, entre los griegos, los gramáticos *Vestino* y *Heliodoro*.

Como retóricos, se distinguieron el erudito español *Antonio Juliano*, maestro de A. Gelio, y *C. Castricio*, que tuvo en Roma una cátedra de declamación, que fué muy celebrada.

En la filosofía fueron dueños del campo, en este tiempo, los griegos, como *Plutarco* y el platónico *Calvisio Tauro*.

Entre los escritores de ciencias especiales se distinguió el africano *Celio Aureliano*, de Numidia, autor de unos tratados de Medicina, en los que se vé un hombre metódico y un sutil observador. Sus obras sobre las *Enfermedades agudas* y *Sobre las enfermedades crónicas* en la colección *Medeci veteres*, Lausanna, 1774, son, bajo el punto de vista lingüístico, de gran precio; pues nos ofrecen un documento de la latinidad africana.

Dijimos que en la edad de Adriano no hubo ningún poeta de nombradía. Por lo demás, versos escribió el mismo Emperador; y versificadores fueron *L. Elio Vero*, *Voconio* y otros.

II. ESCRITORES DE LA ÉPOCA DE LOS ANTONINOS (138-180). — Esta época literaria la vamos á subdividir en dos períodos: el uno de *Antonino Pio*, y el otro de *M. Aurelio*.

A.) *Escritores del periodo de Antonino Pio.* — En los dos decenios que abraza este período se distinguieron el retórico y orador *M. Cornelio Fronton*, el gramático *C. Sulpicio Apolinar*, los jurisconsultos *L. Volucio Meciano*, *Ulpio Marcelo*, el eminente *Gayo* y algunos otros menos nombrados.

a.) *Cornelio Fronton.* — El escritor que gozó de más nombradía en todo este tiempo de *Antonino Pio* fué *M. Cornelio Fronton*, de Cirta, que vivió del año 90 al 168 de C.; yá en la época de *Adriano* se señaló como orador, y bajo el reinado de *Antonino Pio* fué maestro de *M. Aurelio* y de *L. Vero*. Poseemos de él casi toda su correspondencia con su discípulo el ilustrado príncipe *M. Aurelio*, en la cual, al par que al retórico frívolo (mal gusto literario reinante) se ve al hombre respetable, al consejero leal y franco, al maestro paternal y cariñoso. Era entusiasta de la literatura latina antigua y la recomendaba con fervor á sus discípulos. De las obras de *Fronton* somos deudores al cardenal *Angel Mai*, que las descubrió á



principios de este siglo, parte en la ambrosiana de Milán, y parte en la biblioteca del Vaticano. V. *Filiberto Soupé*, De Frontonis reliquiis; Anicens, 1853. G. *Boissier*. La juventud de M. Aurelio y las Cartas de Fronton, en la Revista de ambos mundos, 1. ° 8.

Con Fronton se hallaban estrechamente unidos en amistad los retóricos *Favonio* y *Herodes Attico*, y aún el historiador Apiano, pero tanto estos como *Aniano*, escribieron en griego. Como orador forense no tuvo fama en este reinado más que *L. Fabio Severo*, de Trieste.

b.) *C. Sulpicio Apolinar*.—La gramática y la erudición, dijimos que se hallaban en gran boga en estos tiempos. Las diatribas ó discusiones declamatorias estaban á la orden del día: en las calles y en las plazas, en los edificios públicos y en las casas particulares, hasta en el acto de las consultas médicas, se sostenían cuestiones de erudición delante de un auditorio que escuchaba estupefacto tan estupendas muestras de saber. Uno de estos afamados gramáticos fué el cartaginés *C. Sulpicio Apolinar*, maestro de A. Gelio y de Pertinaz, y autor de unos argumentos en verso de las comedias plautinas y terencianas.

Después de él se cita á *Arruncio Celso* que se dió asimismo á las investigaciones sobre Literatura antigua.

c.) *Los jurisconsultos de la época de Antonino Pio*.—En este tiempo hay que distinguir dos clases de jurisperitos: los prácticos, que se consagraban con fama ó sin ella á la abogacía, discípulos de Juliano muchos de ellos, y los teóricos ó maestros, que se dedicaban á la enseñanza y á la literatura jurídica. Entre éstos se hizo de nombre en aquel tiempo *L. Volusio Meciano*, maestro que fué de M. Aurelio, y autor de algunos escritos sobre Derecho. También fué maestro de gran autoridad *Ulpio Marcelo* y la gozó durante este reinado y el siguiente.

Pero el escritor más insigne de Derecho de esta época fué el jurisconsulto *GAYO*, oriundo de la parte oriental del Imperio, el cual vivió desde el a. 110 al 189 de C. próximamente. Fué autor de multitud de obras jurídicas entre las cuales celebranse principalmente sus 7 libros llamados *Aurei* y sus cuatro de *Instituciones*, que vienen á ser una introducción al estudio de la Jurisprudencia notablemente cultivada en aquel tiempo. Estas INSTITUCIONES se conservan casi íntegras: (*R. Dernburg*, Las Instituciones de Gayo;—*Huschke*, Juripr. antejustin, 149 y stes).—Estas Instituciones de Gayo se descubrieron en 1816 en un palimpsesto del siglo V, por Goschen y Holloveg, el cual fué publicado en Berlín, en 1820. Recientemente ha dado á luz una edición, sobre una nueva colación del texto W. Studemund, en Leipzig: 1874. Traducción italiana: la de J. Tedeschi, Verona, 1856.

Ni la Literatura filosófica ni la histórica tuvieron representantes en este periodo: fuera del *Liber memorialis* de *L. Ampelio*, que es un grotesco resumen de noticias astronómicas, geográficas é históricas.

En Poesía sigue la misma esterilidad. Aunque sin completa certeza,

créese de este tiempo el himno *Pergilium Veneris*, consagrado á una fiesta de primavera en la que se glorificaba á Venus, como fuerza vivificadora del universo.

B.) *Escritores del tiempo de M. Aurelio* (161-180).—Aunque los desastres que affigieron al Imperio en el reinado del bondadoso M. Aurelio, podían haber contribuído á hacer más infecunda la producción intelectual de esta época, figuraron algunos escritores que se han hecho célebres en la literatura y en la ciencia: tales como el arqueólogo A. Gelio, el novelista Apuleyo, el gramático Apolouio Discolo, y el escritor de Medicina Galeno. De este mismo tiempo son las oraciones del sofista Aristides de Bytinia, y probablemente el diálogo de Minucio Félix, el más antiguo escritor latino de la literatura cristiana.

a.) *Aulo Gelio* (125-175 de C.).—La obra literaria que nos dá á conocer más cumplidamente toda la enciclopedia de esta época es la que, en 20 libros, escribió el erudito A. GELIO, discípulo de Apolinar, con el título de Noches Áticas: *Noctes Atticae*, que poseemos casi íntegra, á excepción del VIII libro del cual no tenemos más que los argumentos. Esta obra viene á ser un extracto de los diversos libros leídos por el autor. Contienen en esta miscelánea noticias relativas á la lengua, á las antigüedades y á los ramos todos de la literatura y de la ciencia. Hay en A. Gelio la afectación propia de los escritores de su época, cierta presunción pedantesca; pero las citas que hace merecen confianza.

*Vogel*. De A. Gellii vita, studiis, narratio et iudicium. (Zittars, 1860)  
A. Cramer, Hertz, Mommsen, Madvig y otros sabios alemanes han publicado recientemente curiosos estudios sobre A. Gelio.—Traducción francesa: la de V. Verger, con notas. París, 1830, 3 vol.

b.) *Apuleyo*.—En el reinado de M. Aurelio vivió y escribió también el filósofo, retórico y novelista africano L. APULEYO, natural de Madaura. Después de haber disipado su fortuna en viajes, para perfeccionarse en el estudio de la filosofía, vino á establecerse de abogado en Roma. Volvió á enriquecerse, casándose con una viuda llamada Pudentila. Acusado por los parientes de haber empleado artes mágicas para hacerse amar, se defendió en un brillante discurso y fué absuelto. Dedicóse por completo al estudio; y, entre otras obras, publicó bajo el título de *Metamorphosis* (en 11 libros) la célebre novela del *Asno de Oro*. Esta fábula era lo que llamaban

los antiguos un cuento milesio, lo que llamamos los modernos una novela fantástica.

En el fondo era una ingeniosa sátira contra las ridiculeces de la época, contra la superstición general en la magia, contra la fruhería de los sacerdotes paganos, y contra la insuficiencia misma de la política romana, que no ponía á raya á la gran turba de embauadores, que impunemente ejercitaban su infame oficio en las provincias.

El héroe de la novela, en castigo de imbecil curiosidad, se ve metamorfoseado en asno; pero, en medio de esta transformación, se pone en contacto con todas las clases y condiciones sociales; penetra en el interior de las casas, donde le ocurren las más cómicas aventuras; asiste á la celebración de los misterios más secretos, y descubre mil infamias; hasta que recobra la forma humana y queda regenerado. Uno de los pasajes más preciosos de esta curiosa novela es la *fábula de Psyché*, alegoría muy original, escrita con exquisita gracia y con gusto muy delicado. Por lo demás, en esta obra se notan los defectos de estilo y de lenguaje de los escritos de la época, y más principalmente de los africanos.

Además del *Asno de Oro*, escribió Apuleyo: un *Liber de mundo*, traducción libre de otro tratado análogo de Aristóteles;—*De Deo Sócratis*, ó *Del Genio de Sócrates* en el que examina el autor la clase de *d-mon* á que pertenece;—*De habitudine doctrinarum et nativitate Platonis*, introducción á la lectura de Platón;—*Florida* ó *Las Flores*, cuatro libros de extractos de memorias y discursos;—*Apologia*, la defensa de su proceso. Las obras completas de Apuleyo han sido traducidas en francés por Bertoland; París, 1825 y 1862.—Traducción española: la de Diego López de Cortégama; Sevilla, 1513, fol. gótico.—Tomo 113 de la *Biblioteca clásica*.

c). *M. Minucio Félix*.—Á esta época parece que corresponde, según hemos indicado, el primer trabajo que conocemos de la literatura latina cristiana, á saber: un diálogo, *Octavius*, en el cual se exponen y combaten con brío los prejuicios y las objeciones que se hacían contra el cristianismo.—El autor escribe con filosofía y con arte y en realidad para los doctos. (Véase Schoell, IV, 19).

d). *Los jurisconsultos*—Figura en este género literario Q. *Cervidio Scevola*, que fué maestro del célebre Papiniano; de sus escritos se hace un gran uso en las Pandectas. También pertenecen á esta época *Papinio Justo*, *Patenio* y *Papirio Fronton*. *J. L. Conradi*, *De vita et scriptis Q. Cervidii Scevola*, Leipzig, 1754. Historias del Derecho Romano citadas.

III.) ESCRITORES DE LA EDAD DE CÓMODO Y DE SEPTIMIO SEVERO.

(180-211)—El decaimiento sigue siendo cada vez mayor en estos últimos años del siglo II y en el primer decenio del III.—No hay para qué hablar de poesía, pues apenas dan muestras de este bello género literario algunos *centones virgilianos*.—En la prosa, gracias á que este período puede enyanecerse de haber dado á luz al gran jurisconsulto PAPINIANO. Pero con la agonía de la literatura pagana contrasta la vigorosa naciente literatura cristiana, pues en esta edad vivió el Cicerón del cristianismo, su elocuente defensor, TERTULIANO.

a.) *Papiniano*.—Coetáneo y amigo de Septimio Severo fué el jurisconsulto famoso EMILIO PAPINIANO, Prefecto del pretorio, bajo Severo; fué condenado á muerte por su sucesor el feroz Caracala, por haber permanecido fiel á su otro hijo Geta. Este jurisconsulto se hizo célebre no sólo por su gran conocimiento del Derecho sino por un alto sentimiento de moralidad y de justicia, que le mereció la veneración de sus contemporáneos y el respeto de la antigüedad. De sus escritos los más importantes son: 37 libros de *Quæstiones* y los 19 de *Responsa*. *Ev. Otto*, Papinianus, seu de vita, studiis, scriptis, honoribus et morte Papiniani. Brema, 1743.

Contemporáneos de Papiniano fueron asimismo los juristas Messio, Causistrato, y Cl. Trifonino, etc. Hist. del Der. rom. citadas.

b.) *Tertuliano*.—Escritor de gran originalidad y fuerza de ingenio fué el ilustre Q. SEPTIMIO FLORENTE TERTULIANO, que vivió desde el 150 al 220 próximamente. Fué el defensor elocuente y enérgico del Cristianismo: comenzó por escribir su *Apología* en el año 199, defendiendo á los cristianos contra los gobernadores que los acusaban de menospreciar y aborrecer á los Emperadores y al Estado, y después se convirtió en ardiente propugnador en Occidente de la secta de los montanistas. Entre sus libros los hay importantísimos para la historia y para la anticuaria: *Ad Nationes*, *De Idolatria*, *De Spectaculis*, *De pallio*, etc. La enumeración completa de las obras del insigne Tertuliano, puede verse en la *Bibliotheca histórico-literaria Patrum* de Schonemann. En la mencionada *Bibliotheca clásica* se ha publicado una versión castellana de la *Apología contra los gentiles*, debida al obispo que fué de Tarazona Fr. Don Pedro Manera (tomo 125).—Traducción toscana: por Selvaggia Borghini, noble pisana, Roma 1756 (1).

(1). Para estudiar con más extensión esta hermosa Literatura latina cristiana, de los primeros siglos, tan importante como interesantísima, recomendamos á nuestros



A estos últimos tiempos del segundo siglo pertenecen asimismo los dos escoliastas *Helenio Acrón* y *Pomponio Porfirio*, a los cuales hemos citado al hablar de Terencio, de Horacio y de Persio;—*Statilio Máximo* y otros eruditos.

---

lectores el IV tomo de la *Lit. lat. de Schoell* y el bello *Manual de Literatura Sagrada* de *Mr. Emilio Lefranc*.

## LECCIÓN 50.

### Escritores latinos de los últimos tiempos del Imperio de Occidente.

Vamos, para completar la lista de escritores de la Roma antigua, que son asunto de nuestro estudio, á dar la de los que figuraron en los últimos tiempos de la decadencia de las letras latinas gentílicas. Como el movimiento literario va siendo cada vez más lento é insignificante, iremos indicando por medias centurias los escritores que figuraron en este prolongado período de agonía política, social y literaria.—Además de esto, iremos apuntando los nombres de los insignes escritores que ilustraron la hermosa Literatura latina cristiana, naciente en estos mismos siglos.

SIGLO III. a.) *Escritores de la primera mitad de este siglo (211-253)*. Abarca esta media centuria desde el Imperio de Caracalla hasta el de Galieno. En el curso de este medio siglo la buena Literatura sigue declinando por la misma pendiente que en el anterior, siendo la *Jurisprudencia* también la que dá los espíritus más elevados y distinguidos.—En efecto, en esta época figuran los dos eminentes jurisconsultos y prefectos del pretorio *Ulpiano* y *Paulo*.

Los escritos de *ULPIANO* (83 libros *Ad edictum*, 51 *Ad Sabinum*, 2 de *Institutiones*, etc.), fueron casi todos compuestos en el principado de Caracalla, y sus extractos constituyen una gran parte del *Digesto* de Justiniano. *PAULO*, que sobrevivió á Ulpiano, fué tan gran jurista como él y expositor más elegante.—Las más notables de sus obras fueron los 80 libros *Ad edictum* y sus *Sententiae*: de ellas se encuentran textos abundantes en las *Pandectas*.—La *Gramática* y *erudición* tuvieron dos no innobles representantes en *Julio Romano*, el métrico *Juba* y *Censorino*; autor de un opúsculo que se conserva con el título de *Die natali*, dedicado á cierto poderoso Mecenas, llamado Q. Cerello, en el cual se contienen preciosas indicaciones históricas y cronológicas.—La *Historia* fué cultivada por *Mario Máximo*, uno de los autores de la *HISTORIA AUGUSTA* (1). Entre los ver-

(1) Después de la época de los Antoninos permanece muda la Historia durante una centuria; no por que faltarán en ella historiógrafos; sino porque la medianía ó insignificancia de sus escritos los hizo indignos de conservación. La época no era favorable, en verdad, para el cultivo de este género literario: prestábase, á lo más, á sencillas crónicas ó biografías, tales como las de los seis compiladores conocidos con el nombre de *Scriptores historiae augustae*. El número de las *Vidas de Césares*, que compusieron, asciende á 34: desde Adriano hasta la muerte de Caro y de sus hijos; es decir un período de 168 años.

sificadores figuró *Alfio Acito*, que puso en dámetros yámbicos la *Historia*, y *Sereno Samónico*, que escribió un poema didáctico (*Medicinæ præcepta*).

La Literatura latina cristiana se gloria de verse ilustrada en esta época por un *Cipriano*, y por su primer poeta *Comodiano*.

b). *Escritores de la segunda mitad del siglo III.*—En esta época la influencia política de las provincias bárbaras de Oriente vá siendo cada vez más poderosa, y, por consiguiente, se vá acabando todo espíritu romano en la Literatura, y la lengua corrompiendo extraordinariamente. Hasta la misma Literatura jurídica, que en las épocas anteriores se mostraba vigorosa y espléndida, quedó muda y estacionada. Desde la *conclusión del periodo anterior hasta el reinado de Diocleciano* (253-284) figuraron: el cartaginés *M. Aurelio Olimpío Nemesiano*, autor de un poema intitulado *Cynagética*;—el gramático *C. Julio Solino*, que lo es de un resumen enciclopédico de geografía é historia: *Collectanea rerum memorabilium*,—y, por último, el erudito *Nonio*, autor de la especie de *Léxicon*, que aun poseemos, conocido por el título *Compendiosa doctrina per litteras* (miscelánea gramatical, arqueológica, etc., tomada en gran parte de A. Gelio).—En tiempo de *Diocleciano* (284-305) el arte que hizo mejores pruebas, á pesar de las condiciones de la época, fué el *oratorio*: salieron efectivamente de las escuelas retóricas de la Galia buenos oradores; pero esta elocuencia tuvo que ponerse al servicio de la Corte imperial: las obras oratorias que de ellos conocemos son *Panegíricos* de los emperadores;—de los escritores de la *Historia augusta*, tres pertenecen también á la época de Diocleciano: *Elío Sparziano*, *Vulcacio Galicano*, y *Trabelio Polión*.—En este tiempo se formaron las notables compilaciones de Constituciones imperiales, con los nombres de *Código Gregoriano* y *Hermogeniano*. Por último, á fines del siglo III escribe el mauritano *Terenciano* un tratado en verso de prosodia, con el título: *De litteris, syllabis, metris*.—En cuanto á la Literatura cristiana, reinando aún Diocleciano, hacia el año 295, escribió el retórico nómida Arnobio, sus siete libros *Adversus gentes*, justificándose de haber abrazado el Cristianismo: escrito polémico-apologético; y un ilustre discípulo suyo, el elocuente orador y vehemente escritor *Lactancio* escribió en elegante, enérgico estilo sus obras *Institutiones divine*;—*De officio Dei*;—*De ira Dei*;—etc.

SIGLO IV.—Este siglo fué el más glorioso para la *Literatura del cristianismo*, pues en él brillaron las tres grandes lumbreras de la Iglesia, *S. Ambrosio*, *S. Jerónimo*, y por último, *S. Agustín*.—del lado de la Latínidad gentilicia figura en esta época, el notable orador *Símmaco*, el último elocuente defensor del paganismo. Por lo demás, la retórica y la gramática y los estudios de erudición continuaron de la misma manera que en la época anterior. La *Historia* siguió enriqueciéndose con algunos compendios, descollando entre todos el historiador *Ammiano Marcelino*. La Poesía gentilicia prosiguió en rápida decadencia, contrastando con los acentos de verdadera poesía que exhalaba la musa latina cristiana. Veamos cua-

les fueron los escritores así gentílicos como cristianos que figuraron en cada una de las dos mitades de esta centuria.

I.) *Escritores de la primera mitad del Siglo IV.*—Figura entre ellos el mismo emperador Constantino, que redactó algunas memorias. Este príncipe se deleitaba asimismo con los elogios ó panegíricos que se le recitaban públicamente, cuatro de los cuales se conservan: dos de ellos del retórico Eumenio, y uno de Nazario.—En el principio de esta centuria Vopisco de Siracusa condujo hasta su término el diseño histórico que había quedado interrumpido con Trebelio Polión; y los escritores Lampridio y Capitolino escribieron las historias de varios emperadores.—Durante el reinado de Constantino escribió versos en alabanza del emperador Publio Porfirio Optaziano; y el sacerdote español Juvenco sus cantos épicos sobre asuntos del Nuevo y tal vez del Viejo Testamento.—En la propia edad de Constantino continuó dando señales de vida la Literatura jurídica con Aurelio Arcadio Carisio y con Hermogeniano, autor del Código que lleva su nombre.—Entre los gramáticos debemos citar á Cominiano, Albino, Asmonio, etc.—Se hicieron notables en este tiempo dos escritores del mismo nombre, Firmico Materno, el uno pagano y el otro cristiano: el primero autor de un tratado titulado *VIII Libri Matheseos*; y el segundo de otro con el nombre *De errore profanarum religionum*.—En cuanto á la Filosofía era la más importante la neo-platónica, y de ella dieron muestras el citado Firmico Materno y Calcidio.—Hacia la mitad del siglo, se hizo notable por la variedad de sus estudios y trabajos el gramático y retórico C. Mario Victorino, autor de escritos filosóficos y retóricos y de una *Métrica*, en seis libros, que poseemos aún. Habiéndose convertido en sus últimos años al cristianismo, escribió algunos comentarios á las epístolas de San Pablo, y defendió la doctrina ortodoxa contra los arrianos y maniqueos.—También en torno á la mitad de esta centuria enseñó en Roma el gramático y retórico Elio Donato, del cual han llegado á nosotros dos trabajos literarios; el uno, una gramática (*Ars*), y el otro un comentario del teatro de Terencio. Comentó asimismo las Geórgicas y la Eneida de Virgilio; empero de estos opúsculos sólo conocemos algunas citas de Servio.—Probablemente en este tiempo dió á luz Paladio sus catorce libros de Economía rural.—Por último, en esta primera mitad del siglo IV, fué compilada, no se sabe por quien, una breve obra de Medicina, tomada de la Historia natural de Plinio.

II.) *Escritores de la segunda mitad del siglo IV.*—a.) En la segunda mitad del cuarto siglo y con anterioridad á la época de Teodosio I, dieron á luz sus escritos los historiadores siguientes: el *Cronógrafo del año 354*, que publicó un Manual histórico concerniente á la ciudad de Roma, de precioso inestimable, como fuente de conocimiento de aquella época;—Aurelio Victor, autor de dos opúsculos históricos, intitulado el uno *Cæsares*, y el otro *Építome* (breve historia de los emperadores); el primero llega hasta Constantino y el segundo hasta Teodosio I: lo es también de una historia pri-



mitiva de Roma: *Origo gentis romanae*; *Eutropio*, que bajo el reinado de Valente, escribió un Compendio de la Historia romana hasta sus días: *Breviarium ab Urbe condita*, en diez libros:—*Rufo Festo*, autor de otra obra análoga;—y *Julio Obsequens* de un opúsculo en el que se narran los hechos prodigiosos acaecidos desde el año 505 al 742 de Roma, extractados de un compendio de Livio.—Como *cultivadores de la Oratoria*, se hicieron notables *Gennadio*, *Minervio*, *Alcimo*, *Delfidio*, *Arborio* y poco después *Ausonio*. Pero, con haber habido tantos oradores, no se ha salvado más que un solo discurso: el de *Claudio Mamertino*, pronunciado en el primer día del año 362, en Constantinopla, para felicitar á Juliano por su exaltación al consulado.—Fecundo escritor en *materia teológica* fué en este tiempo el célebre obispo de Poitiers, *S. Hilario*, que compuso entre otros escritos, un buen número de comentarios al Antiguo y Nuevo testamento: asimismo dieron á luz en esta época sus escritos dogmáticos el ardiente obispo de Cerdeña, *Lucifer*, y los obispos *Febadio* y *Potamio*.—En esta misma época figuraron y escribieron los celebrados gramáticos *Flavio Sosipatro Carisio* y *Diomedes*.—Fué un poeta de singular ingenio, en este tiempo, *Rufo Festo Avieno*, procónsul de Africa en 366 y de la Acaya en 372. Sus obras son del género didascálico; una versión en hexámetros de los Fenómenos de Arato; una *Descripción de la Tierra* según la *Periegesis* de Dionisio, también en hexámetros; una *Descripción*, en trimetros yámicos, de las costas del Mediterráneo, del mar Negro y del Caspio, con el título de *Ora marítima*, de la cual se conserva un libro; una obra sobre Historia romana, etc. Además escribió epigramas. En general posee buen estilo.—Una de las grandes figuras de esta época es *Ausonio*.

DÉCIMO MAXO AUSONIO nació en Burdeos hacia el año 309. Su padre era médico del emperador Valentino I y le dió una educación esmeradísima, primero en su ciudad natal y después en Tolosa, donde, después de haber ejercido la abogacía, abrió cátedra de elocuencia. En ella formó un discípulo celeberrimo: S. Paulino, que después fué obispo de Nola. Después de 30 años de enseñanza, le confió el emperador Valentiniano la educación de su hijo el emperador Graciano. En recompensa de su dirección pedagógica, recibió las dignidades de *conde* y de *cuestor*, y más adelante llegó á ser elegido cónsul en 379 y procónsul de Asia. Después de la muerte de su protector Graciano, abandonó la carrera de los honores, y se retiró á su patria, en donde se consagró á escribir las obras que le han dado tanto nombre. Murió en 384. Se cree que abrazó la religión cristiana. Escribió Ausonio los siguientes poemas: 140 *Epigramas*; una obra intitulada *Ephemeris*, especie de *potpourri* en verso de distintos ritmos sobre la manera de pasar el tiempo;—30 poemas intitulados *Parentalia* consagrados á los miembros de su familia:—otra colección de poemas en honor de sus maestros de Burdeos;—38 epitafios en loor de los héroes que perecieron en la guerra de Troya;—una descripción poética de las 17 principales ciudades del Imperio romano, *Ordo nobilium*.

*urbium*;—una colección de las principales máximas de los Siete sabios de la Grecia;—una colección de 20 *Idilios* que son más bien poemas descriptivos que bucólicos: el X de ellos, ó sea la *Descripción del Mosella*, es considerado como la obra maestra de Ausonio;—una colección de pequeños poemas á la manera de los epigramas griegos, intitulada *Eclogarium*;—24 *Epistolæ* en verso dirigidas á diversos amigos;—y, por último, unos *Argumentos* (*periochæ*) de la Iliada y la Odisea.—En prosa se conserva de él el Panegirico del emperador Graciano.

Las necesidades del culto divino ocasionaron la composición de cánticos sagrados cristianos, entre los cuales deben citarse, como de los más antiguos que se conservan, los del papa *San Dámaso*. Figuraron también en este tiempo, como escritores en materia dogmática, Paciano, Optato y Filiastro, de los cuales se conservan escritos.

b.)—En tiempo del emperador Teodosio se hizo notable como orador y como epistológrafo *M. Aurelio Simmaco*, prefecto de Roma, en el año 384 y consul en el 691. Era hijo también de un prefecto, y recibió una educación esmerada. Propúsose, al parecer, por modelo al famoso Plinio *el Joven*: pues, como él, hacía sus delicias de la literatura, y era protector de sus cultivadores; imitóle asimismo en su economía doméstica: y por último, recorrió como él la misma carrera política. El Senado le eligió para pronunciar el elogio de Valentiniano y de Graciano. Vanamente empleó su elocuencia demandando de este príncipe el restablecimiento del *Ara de la Victoria* en el Senado, y la renovación de algunas ceremonias del paganismo: pues se encontró un adversario poderoso é invencible en San Ambrosio. En el año 384, siendo prefecto de Roma, se afilió al partido de Máximo, cuyo panegirico pronunció; pero, habiendo vencido Teodosio á su antagonista, Simmaco se refugió en una Iglesia y obtuvo su perdón del emperador. Ignórase la época de su muerte. El hijo de Simmaco, coleccionó sus cartas, clasificándolas sin observar el orden cronológico, y las dió á luz, distribuyéndolas en 10 libros. En esta correspondencia se contienen noticias útiles para la historia de la época y para el estudio del derecho romano.

Como escritores retóricos figuraron en la época de Teodosio I, Chirio Fortunaciano, Rufiniano, Julio Victor y otros varios.

Entre los historiadores de este tiempo es el más conocido é importante el historiador AMMIANO MARCELINO, que vivió desde el año 330 al 400 próximamente. Natural de Antioquia: después de haber militado honrosamente por algún tiempo, se consagró á escribir en Roma en los últimos años del siglo IV, y compuso 31 libros de Historia, que intituló *Rerum gestarum libri XXXI* que no venían á ser sino una continuación de la de Tácito. esto es, una historia del Imperio desde Nerva hasta la muerte de Valente. Háyase perdido los 13 primeros libros de esta obra; pero la parte de ella, que se conserva, es de gran interés, por haber sido el mismo historiador testigo presencial de muchos de los hechos que relata. Su

obra es especialmente curiosa para la historia y la geografía de la antigua Germania, en cuyo país residió por mucho tiempo Ammiano Marcelino.

Después de este escritor no encontramos en la historia profana sino áridas crónicas y compilaciones. Únicamente, á mediados del siglo VI, nos encontramos con el historiador *Jornandes ó Jordanus*, autor de una historia de los godos, *De rebus gothicis*, de bastante interés para el conocimiento de esta raza germánica.

En la época del citado Teodosio, aparece, como cultivador de la filosofía, *Vettio Agorio Prætextato*, varón de elevada alcurnia;—como gramáticos y comentadores de Virgilio, los eruditos *Servio Honorato* y *Tiberio Claudio Donato*;—y como autor de un *Epítome Rei militaris*, *Flavio Veyecio Renato*.

Por último, brillaron en esta época dos insignes lumbreras de la Iglesia cristiana: *San Ambrosio* y *San Jerónimo*.

SAN AMBROSIO, obispo de Milán (340-397), varón de ejemplar virtud y de elevado carácter. En la misma época en que los insignes padres de la Iglesia San Basilio el Grande, San Gregorio Nacianzeno y San Gregorio de Nisa se opusieron en Oriente á los progresos del arrianismo, lo combatió San Ambrosio con ardiente celo y con no menos brillante éxito en Occidente. Su actividad infatigable y enérgica elocuencia, su firmeza inquebrantable en sostener contra los príncipes los derechos y las pretensiones de la Iglesia, y la celebridad que adquirió como doctor de la fe, y que le aumentaron sus obras, la santidad, en fin, de su vida y de sus austeras costumbres, le grangearon el gran prestigio y autoridad de que goza este ilustre Padre de la Iglesia y que sólo comparten con él San Jerónimo y San Agustín. Son innúmeras sus obras en prosa: citanse entre las más importantes la intitulada *De la fe*, en 5 libros, su *Exposición* de 118 Salmos, y sobre todo, su obra acerca de los deberes de los ministros cristianos, *De officiis ministrorum*, en 5 libros. Atribúyensele algunos *hymnos sagrados*, y una versión de *La Guerra judáica* de Flavio Jesefo, que por mucho tiempo pasó bajo el nombre de *Hegesippo*.

Pero uno de los más doctos campeones del Cristianismo, sutil dialéctico y escritor galante, de alma ferviente y de corazón sensible, y de una actividad infatigable, fué el ilustre SAN JERÓNIMO de Estridón. Este varón sabio y esclarecido comentó y tradujo el Antiguo y el Nuevo Testamento; concilió por medio de sus obras latinas la cultura pagana con la cristiana, lo antiguo con lo presente; sin de-

jar por eso de dictar cartas doctrinales y de tomar parte en las controversias. Obras muy interesantes de este padre insigne de la Iglesia son la *Crónica de Eusebio traducción y enriquecida por el mismo*, la historia de la literatura cristiana, *Viri illustres*, su versión de la Biblia y su numeroso interesante *Epistolario*.

Figuraron además, en este tiempo, como prosistas cristianos, *Rufino*, que vertió al latín los escritos de los doctores griegos de la Iglesia, principalmente de Orígenes y de Eusebio; el gramático Cresconio, y Evagri, Desiro, Anastasio, etc; y, como poeta, el español *Aurelio Prudencio Clemente*, que vivió desde el año 348 al 410. Hacen honor á este insigne vate cristiano sus bellísimas poesías, llenas de facundia y de vida, contándose entre las mejores las historias de los mártires: *Peristephanon*. Además enriquecieron la poesía cristiana *Meropio*, y el célebre obispo de Nola *Poncio Anicio Paulino*, el esclarecido discípulo de Ausonio.

Para cerrar el Catálogo de escritores que nos hemos propuesto sirva de conclusión y término á nuestro COMPENDIO HISTÓRICO DE LAS LETRAS LATINAS, vamos á citar los nombres y las obras de dos varones eminentes que figuraron á fines del siglo IV y principios del V: del poeta gentilicio *Claudio* y del ilustre escritor latino de la Iglesia romana *San Agustín*.

CLAUDIO CLAUDIANO, natural de Alejandría, en Egipto, floreció bajo los reinados de Arcadio y Honorio, que le hicieron levantar una estatua en la plaza de Trajano y fué amigo del célebre ministro Estilicón. De este escritor latino, único poeta digno de este nombre, en aquella triste infecunda época de la Poesía latina, se conservan obras de géneros muy diversos: panegíricos, epopeyas, sátiras, idilios, epigramas. Entre sus *panegíricos* los hay en honor del consulado de *Probrino* y *Olybrio*; de *Honorio* y de *Teodoro*, y los *Elogios de Estilicón* y de *Sereno*. Sus poemas épicos tienen por títulos: *El Rapto de Proserpina*, la *Gigantomaquia*, *De bello gildonico* y de *De bello getico*. Seguidamente vienen sus *Invectivas* contra *Eutropio* y *Rufino*. Dió muestras gallardas de su ingenio nuestro poeta en dos *Epitalamios*, compuesto el uno con motivo de las bodas de Honorio y la hija de Estilicón, y el otro con ocasión de las de Paladio y Celerina. Existen además del vate alejandrino cinco *Epístolas en verso*; y con el título de *Idilios*, siete poemas descriptivos ó didácticos. Por último, algunos *Epigramas*.

SAN AGUSTÍN.—Egregias dotes de alma y de corazón y una rica



variedad de obras literarias han hecho grande é inmortal el nombre del africano *Aurelio Agustín*, no sólo entre los doctores de la Iglesia y entre sus contemporáneos (año 354 al 430), sino entre todas las naciones y en los siglos subsiguientes. El ilustre obispo de Hipona había pasado una juventud agitada por las pasiones, y por algunos años vivió sumido en el error de los maniqueos, habiendo debido el ser enderezado por la recta senda al santo obispo San Ambrosio. Poseía *San Agustín*, como hemos dicho, un espíritu y un corazón verdaderamente superiores, que se revelaron en su vida y en las obras admirables que ha legado á la posteridad. Fué uno de los escritores más fecundos de la Iglesia latina: pues en la revisión de sus obras, él mismo las hace subir al número de 93, formando 232 volúmenes. Su biógrafo Posidonio cuenta hasta 1.030 obras de este prelado, incluyendo sus cartas y sermones. Son notables sus *Retractaciones*, en las que hace la severa crítica de sus obras, y sus *Confesiones*, en las que hace el juicio de su vida. Entre sus escritos los hay muy importantes de Teología dogmática. Pero su obra más grandiosa y celebrada es la intitulada LA CIUDAD DE DIOS, en la cual se propuso refutar á los enemigos del Evangelio, que consideraban el establecimiento de la Religión cristiana como una de las causas principales de la decadencia del Imperio romano. La invasión de los godos y el saqueo de Roma por Alarico proporcionaron al elocuente apologista del Cristianismo una gran ocasión para escribir esta brillante defensa, en la cual hace recaer las culpas de las calamidades que afligian al Imperio en esta época, sobre aquella sociedad gentilica, impía, decrépita y corrompida. En esta obra admirable, dice un moderno tratadista, se contienen las cuestiones más trascendentales de la filosofía pagana, los hechos más notables de la historia universal, las causas que los produjeron, los principios de las ciencias, el origen de las sociedades, la formación de los gobiernos, la historia de la fábula, y las verdades del Evangelio, que más interesan á la historia de la humanidad (1).

Veamos el Resumen analítico, que hace el mismo escritor, de esta magna obra de San Agustín.

«Consta de 22 libros; en los cinco primeros se refutan los que creen que la multiplicidad de dioses es necesaria para la felicidad del mundo y

(1) *Dr. D. Jacinto Diaz*.—Literatura latina.

que atribuyen á la opinión contraria los desastres que habían sobrevenido; en los cinco siglos siguientes se combaten los que opinaban que el culto de las deidades paganas era útil para la otra vida: de los doce restantes cuatro explican el origen de las dos Ciudades: cuatro su progreso, y los cuatro últimos su fin.

Empezó el politeísmo en Grecia según San Agustín, en los tiempos de Moisés: siendo sus propagadores los poetas. Ejerció desde luego una influencia perniciosa sobre las costumbres públicas, porque la religión pagana, lejos de refrenar las pasiones, las autorizaba con el ejemplo de los mismos dioses; y los templos en vez de ser escuelas de moral, eran lugares de corrupción. No eran suficientes para dirigir las costumbres de los pueblos los edictos de los magistrados, los consejos de los filósofos, ni los ejemplos de los buenos; pues los magistrados sólo podían impedir muchos actos exteriores contra el estado ó contra los particulares, pero no los ocultos; los hombres más se curaban de lo que hacia Júpiter, que de lo que enseñaba Platón: los ejemplos de virtud eran muy raros, y pocas veces ó nunca del todo puros.

El estrago general de costumbres y los absurdos del gentilismo, indujeron á algunos sabios á creer que era necesaria una regeneración. El que más explícitamente reconoció esta necesidad fué Platón, quien al mismo tiempo enseñaba muchos errores, como el comunismo, la eternidad de la materia, etc., etc. Varrón, el más docto de los romanos en concepto de Tulio, veía los absurdos del politeísmo, pero recomendaba su culto. Los demás de aquella nación estaban prevenidos contra el cristianismo, porque decían que con la antigua religión había llegado el Imperio al apogeo de su esplendor, y con la nueva había empezado su decadencia. Pero esto no los disculpaba cuando se les convenía de que ni su prosperidad ni su ruina podía atribuirse á sus ídolos que eran piedras, y que á lo más habían sido hombres como sus adoradores. No es extraño que así pensasen los idólatras, porque limitaban sus afectos á lo terreno, y no alcanzaban las miras de una Providencia, que dirige el curso de los acontecimientos á un fin más elevado. El Evangelio los ilustró acerca de la Jerusalén terrena y celestial, ó ciudad de los escogidos viandantes y triunfantes.

S. Agustín dice que Dios crió á un solo hombre, del cual descendiesen los demás, para estrechar más los vínculos de caridad entre los de una misma raza.

— La materia de los tres últimos libros es el juicio final, en que se pronunciará la sentencia de separación de las dos ciudades: el castigo de los malos, y el dogma de la resurrección de la carne. Tal es, en resúmen, la obra *De civitate Dei* de S. Agustín. » (1)

(1) La enumeración y más detenido análisis de las obras de S. Agustín y la de los demás escritores cristianos mencionados, pueden leerse en las citadas historias críticas de Schoell y de Lefranc.

En el *Siglo V*, y aún en el *VI*, continuó todavía apareciendo algún que otro escritor que podría figurar en esta Lista final de escritores clásicos latinos; pero, según apuntamos en la Parte general, la musa pagana moribunda puede decirse que exhaló sus últimos acentos poéticos en los labios de Claudiano y que despidió con Simmaco los últimos fulgores de su elocuencia. La más preciada latinidad de estos siglos hay que buscarla en la literatura de aquéllos Santos Padres que consagraban su palabra elocuente al servicio de la fé cristiana, defendiéndola contra los paganos, fijándola contra los herejes, y enseñándola amorosamente al pueblo.

El latín, después de la caída del Imperio de Occidente, dijimos en otro lugar, continuó siendo la lengua del gobierno y de la vida pública, como ya lo era de la Iglesia; pero lo vemos, sin embargo, desde el siglo *VI* esencialmente cambiado en su carácter fundamental; y llegar á un punto de degradación tal, del que ya no era posible levantarlo. Los esfuerzos de un *Boecio* y de un *Casiodoro*, y la gran influencia que ejercieron en su siglo y sobre los siguientes, prolongaron todavía en el *VI* el estudio de la antigua literatura clásica, cuya pérdida lograron también contener compilaciones enciclopédicas como la del ilustre *S. Isidoro*; pero la muerte de la latinidad clásica era inevitable. El idioma latino acabó de vivir como lengua hablada, llegándose á formar, con el curso de los siglos, del latín corrompido de las clases populares, en contacto con el eclesiástico y con la jerga de voces bárbaras de provinciales y germánicos, las lenguas conocidas con el nombre de *vulgares*, *neo-latinas* ó *romances*.

Hemos llegado al término que nos habíamos propuesto, al escribir este Manual histórico-crítico de las letras latinas clásicas. Para completar las noticias que á los inmortales escritores romanos y á sus obras se refieren, podríamos haber apuntado el número de manuscritos ó antiguos códices que de estas obras se conservan y cuáles son los más notables y afamados; la fecha de la edición *princeps* de cada autor; cuántas y cuáles son las ediciones que se han hecho, hasta nuestro tiempo, de cada escritor latino, y cuáles son las que reputan de mayor mérito los bibliógrafos y filólogos; pero todas estas noticias pueden leerse en el Diccionario bibliográfico de Heinsio, en el Manual del librero de Brunet, en la Bibliografía latina de Fabricio, en los Manuales bibliográficos de Schweigner y de Wagner, en los Catálogos de *Autores latinos*, de las grandes librerías europeas de Madrid, París, Londres, Oxford, Leipzig, Berlín, Nápoles, Roma y Milán, etc.; en el Catálogo del Marqués de Morante; en las citadas historias críticas de Schoell, de Ficker ó de Teuffel; y, aunque más sucintamente, en la primera edición de este nuestro

libro, publicada en 1889: datos que no hemos reproducido en la presente edición por considerarlos incompletos y deficientes, por ser más adecuados en un curso de *Literatura relacionada con la bibliografía*, como se estudia en la *Escuela Diplomática*, y por ser fácil consultarlos, en caso necesario, en las obras bibliográficas mencionadas.

Los textos originales pueden ser leídos en cualquiera de las notables *Colecciones de Autores latinos* que con repetición se han mencionado en esta obra, tales como las de Nisard, Lemaire, Panckoucke, Teubner, Tauchnitz, etc., no pudiendo hacerlo en las especiales ediciones y de mayor crédito, dadas á luz separadamente, bajo la dirección y con el estudio de los reputados filólogos y latinistas de nuestra cuita Europa.

FIN.





# ÍNDICE.

Páginas

LECCIÓN	1	<i>Introducción.</i> —Concepto de la asignatura y plan de su enseñanza . . . . .	1
---------	---	----------------------------------------------------------------------------------	---

## I.)—Parte general.

LECCIÓN	2	A.) EL PUEBLO ROMANO: su origen y su lengua; su carácter, sus instituciones, su genio . . . . .	12
LECCIÓN	3	B.) SEGUNDA DIVISION DE LA PARTE GENERAL: RESEÑA GENERAL HISTÓRICA DE LA LITERATURA ROMANA. <i>Época ante-histórica:</i> su carácter. Manifestaciones poéticas y monumentos de los cinco primeros siglos: carmen saturnio, canto de los arvales y salios, nenas, etc. . . . .	23
LECCIÓN	4	Cantos satíricos y farsas cómicas. Monumentos histórico-políticos. Monumentos privados: inscripciones. Monumentos jurídicos: La Ley de las XII Tablas. La elocuencia en esta época . . . . .	32
LECCIÓN	5	Períodos de la Historia de la Literatura latina . . . . .	43
LECCIÓN	6	Ciclo I.— <i>La Literatura durante la República y en la época de Augusto.</i> <i>Primer período:</i> Carácter y aspecto de los Siglos VI y VII. Estado de la Literatura y de la lengua latina en este período. . . . .	49
LECCIÓN	7	<i>Segundo período:</i> El Siglo de Oro: su carácter y extensión y épocas en que se subdivide. a) Época de Cicerón: carácter y aspecto general de la misma. Las letras latinas en esta época. . . . .	58
LECCIÓN	8	b) Época de Augusto: su aspecto general y su carácter. Las letras latinas en esta época. Estado de la lengua latina en el Siglo de Oro . . . . .	65
LECCIÓN	9	Ciclo II.— <i>La literatura romana durante el Imperio.</i> <i>Primer período:</i> la Edad de Plata de las Letras latinas, su carácter y aspecto general. Estado de la Literatura y de la Lengua en este período. . . . .	74

LECCIÓN 10	<i>Segundo período: la Edad de Cobre de la Literatura romana: su carácter y aspecto general. Estado de la lengua desde el principado de Adriano hasta los últimos tiempos del Imperio de Occidente.</i>	84
------------	---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

## II.)—Parte especial y biográfica.

### CICLO I.—LA LITERATURA DURANTE LA REPÚBLICA Y EN TIEMPO DE AGUSTO.

LECCIÓN 11	PERÍODO I: <i>de Andrónico á Sylla.</i> —Poetas del siglo VI: Andrónico, Nevio, Plauto: su vida, su genio, etc.	93
LECCIÓN 12	Análisis de las comedias de Plauto	101
LECCIÓN 13	Conclusión del estudio de Plauto.	118
LECCIÓN 14	Ennio, Pacuvio, Cecilio	127
LECCIÓN 15	Terencio y otros poetas del siglo VI.	136
LECCIÓN 16	Los prosistas del Siglo VI de R.: Catón el Censor.	148
LECCIÓN 17	Poetas del Siglo VII de Roma: Attio, Atta y Afranio. El satírico Lucilio.	155
LECCIÓN 18	La Oratoria y la Prosa literaria en el Siglo VII de Roma	163
LECCIÓN 19	SIGLO DE ORO: a.) <i>Época de Cicerón:</i> escritores de la primera mitad de esta época: Varrón	170
LECCIÓN 20	Otros escritores de la primera mitad de la Época de Cicerón: Figulo, Hortensio, etc. Poetas: Laberio	177
LECCIÓN 21	M. Tulio Cicerón: su vida, su carácter, etc.	183
LECCIÓN 22	Discursos forenses de Cicerón.	192
LECCIÓN 23	Arengas políticas de Cicerón	198
LECCIÓN 24	Obras retóricas de Cicerón.	205
LECCIÓN 25	Obras filosóficas de Cicerón	210
LECCIÓN 26	Las Cartas de Cicerón	222
LECCIÓN 27	Escritores de la Segunda mitad de la Época de Cicerón.—César	226
LECCIÓN 28	Cornelio Nepote y Salustio.	233
LECCIÓN 29	Lucrecio y Catulo.	244
LECCIÓN 30	Otros escritores de la época ciceroniana	254
LECCIÓN 31	b.)— <i>Época de Augusto:</i> Poetas de este período P. Virgilio Marón: Églogas.	259
LECCIÓN 32	La Eneida y las Geórgicas de Virgilio	270
LECCIÓN 33	Horacio: Sus Sátiras y Los Épodos	282

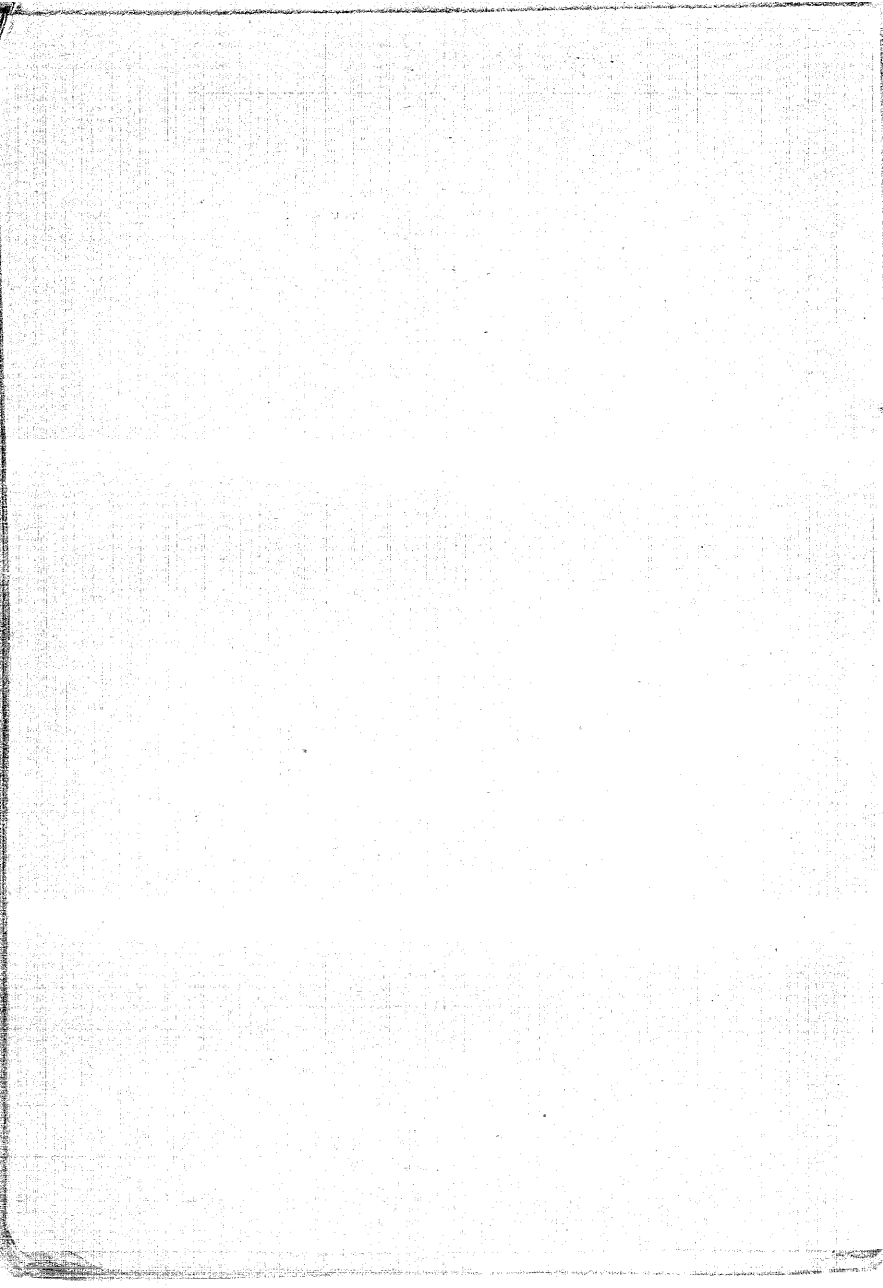
		Páginas
LECCION 34	Las Odas y Epístolas de Horacio. El Arte poética.	292
LECCION 35	Los poetas elegíacos Tibulo y Propercio . . . . .	303
LECCION 36	Ovidio: su vida, su carácter, etc. Sus poemas eróticos . . . . .	308
LECCION 37	Las Metamorfosis, los Fastos, las Tristes y las Pónicas de Ovidio, etc. . . . .	316
LECCION 38	Historiadores de la Época de Augusto: Tito Livio y Trogo Pompeyo (Justino) . . . . .	322
LECCION 39	Otros prosistas y poetas de la Época de Augusto: Julio Higino, Verrio Flacco, Vitrubio, M. Séneca, etc.—Falisco, Manilio, etc. . . . .	336

CICLO II.—LA LITERATURA BAJO EL IMPERIO.

LECCION 40	LA EDAD DE PLATA. (Siglo I de J. C.) a.)— <i>Escritores del tiempo de la dinastía Julia. Prosistas:</i> Oradores.—Historiadores: Veleyo Patérculo, Valerio Máximo. Científicos: Celso, Columela y Pomponio Mela.—Petronio.—Curcio Rufo. . . . .	338
LECCION 41	L. Anneo Séneca . . . . .	348
LECCION 42	Poetas: (Séneca), Fedro, Persio, Lucano . . . . .	359
LECCION 43	Otros poetas y prosistas del tiempo de la 1. <sup>a</sup> dinastía . . . . .	370
LECCION 44	b.)— <i>Escritores de la época de los Flavios. Prosistas:</i> Plinio el viejo, Quintiliano, Frontino, etc. . . . .	374
LECCION 45	Poetas: Valerio Flacco, Silio Itálico, Papinio Estacio, Marcial. . . . .	388
LECCION 46	c.)— <i>Época de Nerva y de Trajano. C. Cornelio Tácito.</i> . . . . .	391
LECCION 47	Plinio el Joven y otros prosistas. . . . .	399
LECCION 48	Juvenal y otros poetas de su época. . . . .	405
LECCION 49	LA EDAD DE COBRE DE LAS LETRAS LATINAS; <i>Escritores del Siglo II del Cristianismo:</i> —de la época de de Adriano;—de la de los Antoninos;—de la de de Cómodo y Septimio Severo. . . . .	409
LECCION 50	Escritores latinos sagrados y profanos de los últimos tiempos del Imperio de Occidente . . . . .	417







## ERRATAS.

---

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
9	16	<i>Beltour</i>	<i>Deltour</i>
15	9	suavisando	suavizando
47	9	Nerón	Nerva
67	5	albausos	aplausos
129	2i	<i>pæseos</i>	<i>pæseos</i>
131	en la nota	coleccionadas	coleccionados
139	8	así mismo	á si mismo
146	en la nota	<i>critice</i>	<i>critice</i>
151	25	<i>dic</i>	<i>dici</i>
152	4	intuló	intituló
159	21	<i>Nevio</i>	<i>Novio</i>
173	15	SATIRÆ	SATIÆ
183	15	daba este	daba á este
238	en la nota	inventiva	investiva
267	22	cénsul	cónsul
269	en la nota	clogis	eclogis
275	19	Enrialo	Eurialo
299	16	no provienen	no proviene
356	20	<i>Amagenon</i>	<i>Agamenon</i>
386	6	<i>Silio</i>	<i>Silius</i>

---

Vendese esta obra, en la Libreria de la Viuda  
e Hijos de Pauline Ventura Sabatel, Mesones, 52,  
y en las principales de España, a 12,50 pesetas  
ejemplar.

